Vas a SALTAR



ROSE GATE

Vas a SALTAR



ROSE GATE

AVISO

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo aviso del autor. Todos los derechos reservados.
Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Los fragmentos de canción que aparecen se han utilizado para darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Titulo original: Vas a saltar
Copyright ©Rose Gate, diciembre 2025
Corrección: Nía Rincón
Diseño de la portada: H. Kramer
Ilustración de portada: Patricia Espejo

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS
PLAYLIST
PERSONAJES
INTRODUCCIÓN
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71
CAPÍTULO 72
CAPÍTULO 73
CAPÍTULO 74
CAPÍTULO 75
CAPÍTULO 76

CAPÍTULO 77
CAPÍTULO 78
CAPÍTULO 79
CAPÍTULO 80
CAPÍTULO 81
CAPÍTULO 82
CAPÍTULO 83
EPÍLOGO 1
EPÍLOGO 2
LA AUTORA
BIBLIOGRAFÍA

AGRADECIMIENTOS

☐ ADVERTENCIAS (Antes de abrir este libro):

Vas a Saltar no es una historia suave. Aunque te rías, aunque haya química y caos del bueno, este libro pisa terrenos que pueden remover: discriminación, prejuicios, bullying, racismo, trauma, salud mental, miedo a la recaída, presión familiar, manipulación emocional, relaciones complejas y escenas sexuales explícitas que no siempre son sencillas de leer.

Te lo digo desde ya porque nunca quiero sorprenderte a la mala.

Lo que ocurre aquí dentro existe ahí fuera: duele, pesa, hiere… pero también se transforma, se enfrenta y se nombra.

En estas páginas conviven heridas y deseo, límites y libertad, dudas y valentía.

Aquí también encontrarás humor, amor sincero, amistades que salvan y la posibilidad real de que alguien te vea tal y como eres.

Si en algún momento necesitas parar, respira. Cierra el libro. Cuídate primero. Tu bienestar va por delante de cualquier capítulo.

Cuando escribí Vas a caer jamás imaginé que este universo crecería tanto, ni que cada personaje encontraría un hogar en el corazón de los lectores, aunque a Mase no le ha costado demasiado, ya sabes es de los que no piden permiso ni perdón.

Volver a la SSU con esta nueva historia —más caótica, más valiente, más libre—ha sido un salto que no habría dado sin ti.

A mi familia, que ya asume que «estoy acabando un párrafo» significa

«nos vemos dentro de tres horas». Gracias por quererme incluso cuando
solo existo entre pantallas.

A mis ceros —Nani, Irene, Laura y Maca—, mis brújulas en mitad del caos.
Gracias por sostener, por empujar y por estar siempre ahí. Sois mi medalla diaria.

A Nía, Noni, Marisa, Sonia, Marieta y Andrea, que vuelven a lanzarse de cabeza a estas historias sin miedo, con una mirada que detecta fallos, alma y verdad.
Esta vez también habéis sido mi red, mi pulso y mi espejo.

A Bárbara, por todos los audios, las risas y los «¡Necesito la historia de Naomi y Valentino!», será la próxima, palabrita.
Gracias por sentir cada escena como si te tocara a ti.

A Patri, por ilustrar emociones que ni yo sabía que tenían forma.
A Kramer, por vestir este libro con una portada que respira.
Y a ti, lectora, lector, que vuelves a este universo o llegas por primera vez:

Gracias por abrir estas páginas, por confiar en mí, por acompañar a personajes que no encajan en moldes y por entender que cada historia es también un acto de resistencia.

Gracias por seguir aquí, incluso cuando todo se mueve.
Gracias por saltar conmigo.

INSTAGRAM

Jessica Cobos, Aurorill, Acoraida, Berta, Romi, Irati, Juan Angel, Acoraida, M Ángeles Navarro, lola, María Urbistondo, Gisselle & Isabella, Karol, Zuleika, Nina, Caremn Gómez, Nani/Daniela, Almudena, Iara, Marian, Gracia, Carmen Kampello, RositaKoali, Helen Gus, Judit Casado, Nicol Inostroza, Borja Verga, Cristinity, Andrea88, Pekemi, @Cristinaa__, Amaia Zubasti, Anita, ANIA.C.N,

Maribel Rivas, Jimena Santamaría, NOECASU, Ana I. Alfonso, Susana condado, Judith Pérez, Ana, @Alicia Garcia, @Joselinbooks18, Desirée López, Mila, Cele Smirnoff, Sandra Y Arias, Natalia López, Honorio Mayor, Minerva Fuentes, Paty Arteaga, Klaudia Kruszakin, Elisa Quevedo, Belén Sabino, Melani Menacho, Ana Moreno, Silvitabook_, Saritato, Dorielis, Alicia Suárez, Azucena Muñoz, Nancy Ocampo, Carla Ortiz, Elena y Gema Zambrano, Gloriellen, Irina Rodríguez, Melva Costa, Cris Rodríguez, Margarita Agudo, Irene García, Andrea Zilvy.lm, Alba, Bea Martínez, Yuguersi, RG.aguilar128, Monicfarreras, Vane Martín, Gema Polo, Alejandra Ramos, Carina.l.prieto, Ana Mari P G, Maria del Mar Servian, Sandra Milena González, Jennifer Sierra, Beatriz @beuchi_books, Miryam, Nuria Ardanuy, Nuria Gómez, Barbosa, Bren Damián, Rafael E. Díaz, @maryasecas, Iris (@IRISMUNDORAINBOW), @Loslibrosdenuria, Maria Amparo (@un_sofa_donde_leer). Lorena García, Inma Bravo, Cristina C., Victoria Gallego, Yessy @marquesita93books, @PATRICIA_ILUSIONISTA7, Lisbeth Ortega, Clara Amador, Adriana di Giuseppe, Celeste, Carolina Castillo, Elisabet Rodríguez, Noelia Casal, Areamar, Marta Gil, María del Mar, Macarena Urrutia, María José Chousal, Ivy Correa, Brenda González, Diana Venavidez, Karina Giraldo, Lidia Armario, Valeska.m.r, Isabel García Romero, Raquelstylo1977, Mdpsmith, Vanessa Barbeito, Josyta1981, Ninape_libros, avilapopeye2009, Mercind23, Cristina Lancau, Alexandra Mora, Ornela Fuentes, Crix, Karina Binsztoc, Marta_oscar_max_rex, Lumina Reynoso, Tania Calvo, Emiliacamelia86, Elin Cáceres, @patryhn, Bea Martínez, Laura A. Madruga, Nathalie Cuevas, Angela del Río, Vero González, María Villalva, Natalia Pérez, 1._estrellabonita, Verónica Moriana, Lorena Moreno, Paula Aguilar Canals, Mireia Romeu, Lucía Gabado, Anna Millà, Gabriella Benassar, Beatriz Pantigas, Susana Gulo, Ada_Olle_art, Jessica Coca, Ariadna Taberner, Sara Cánovas, Tania Marín, Kassandra Fernández, Maria de la Peña Zorrilla, Azahara @luli_books, Estefanía Miranda, Desirée Naranjo, Mari Carmen Villena, Nai, @cuando.lo.mios.duerrmen, @sofa_manta_libros Joaqui, @flordeliss87 @sraddiaz, M. Carmen Gamero, Alvarezfatimareimundez, Montse Bagán, Ainhoa Molina, Marta

Sancha, Lourdes Bermúdez, Lectorahastaaltashoras, Reyes Gil, Mayte Rodriguez, Noelia Haro, Eva_murias, Virhur71, Marina Toiran, Montse Vilchez, Pilar Vidal, Mila Valls, Mireya Gil, Vanessa_books, Criis_mily_books, Esperanza Ruiz, María Plaza, Inma Bl, Laura Rodríguez, @nomada.entre.libros, Evaplaza_goldenpascattery, Silvia Román, Olivia, Nely Medina, Anai Bastida, @subii_8, Lucía Pérez, Marta Lozano, Sara Ferret, Lorena García, @_surinesc_, Bego @lilith_read_books, Isabel Cánovas, Marta Fernández Alsina, @Deli_grey.anastacia1973, @mariapy, Irene Burgos, Elena Aguilera, Rebecabravo1, Anira Vera, Anitadevoradoradelibros, Ro Álvarez Vidal, Natti_ruano, Johanna Martínez, Yolanda Gómez, Olivia Gimeno, @Carolinaentrelibros_, Esperanza Gualda, @nessva25, aniibooks, Ana Planas, Maria Jose Mg, María Jose Jiménez Tineo, Rocío Sánchez, @patryblog, @maienevan, Nina Goffi, @mirefugiolector, @pilar_vilma, Celia Montesinos, @aracelitarifa, Marina, @booksbyflexing, Zahira Ramos, @angi1687, Mary Pérez Román, Paula Pavón, Nefertrini73, @mariajoymislibros, Cristina Muñoz, @aurabooks_, @miriam.books23, @vainilleando, @libros_magia_pasion @dianacgasco, Cristina López, @alexiabe28, Lola Montiel, Bego C., @juanidiaz17, Aria 78, Estívaliz Casas, @martaneni, Dayana Valdés, Alicia Eva Cazorla, @anasumar20, Sarra Domínguez, @libroterapeuta, Miriam MG, @olayasues, Alexx, Marieta Montoro, Isabel Montejano, Ana Olalla, @moniechu, Choni @meganphillips2008, Paula Gómez López, @mamadesilvanaellidan, Mari Carmen Castro, @Criis1206, Alexandra Popescu, @nanibooktok, @yerrai.a_03, Nati Romerro, @alggarc, @catab.ooks, Irene Martínez Alcázar, Silvia Mezquita, @jennygrrz, @beatrizgonque, Aii, Monica Cstas, @tedelaen, Ruth Bertran, LoreGarnero, NataliaChacon, @Letyciro, Jessica Ramos, @aroarabales, Vanesa Garo, @hime.18, @Steph:bookstory, @belensanchezrivero, @estelabm, Irene Martínes Ruiz, @monicastellarautor, @deculog, Vanesa Conde, @martabeladona, Maru Arias, Nuria Sánchez, @mtvc92, @edithmarsimal, Vanesa Fdez Fdez, Natalia Atx, Kira Montero, ángeles Jiménez, @bookswithjulss, @bensusanmay, @bookssbyflexing, @clariibm29, merygbooks, Herenia Llorente, @alba_profe_vet, @monikavgalan, Anaith Desiree, @jackrut,

@cristinatarrason, @Leticia Álvarez, Yolanda ManriPetunia, @majlopezCynthia Castellano, Evaesthervelazquez, @lorbaris29, @kalipoamarillo, @_coffee.books, @loslibrosdemama, Elena Argüello, @elenalibrosinfinitos, @leo_nel_aida, @leesuspiros, Ana Cid, @AiriLisLiaBel, @labibliotecadeantaar, Patricia Gorriz, @lureidy_mgl, @labibilotecadenayru, @anvicla7, @anusfernu21, @rocio_alonso88, @viryi80, @lichitinita_books, @martaah_sa, Nathalie Cuevas, @cangil666,

TIKTOK

@Devoradora.de.libros (Sandra), @leyendoaciegas, Blanca Lorda, Cynthia Martín, Paula Incógnito, Beatriz Lozano, @magdalenanr, Rocío o Martínez, Alejandra Pérez, Paulina Kruszakin, Laura Forteza, Eli RG, Romanticdepapel, Laia Vila, Ana Belén Pérez, Mar Ramos, Bárbara Loeches, Andrea Martínez, Mar Bustos, Marina MF, Jessi Pacio, Carmen DG, Berta Ruiz, Juan Carlos, Vicky Diéguez, @mariajosearreolag2, Marta García, Ana, Celina, Yeray Booknook, @maydulibros, Blanca, Nelia, Ana Ros, Fatima Hierro, Rosa Masdemont, Sari, @viviendo.entre.capitulos, claudia, Natgm, Ana Heredia, Elena Cobo, Dulce Sevillano, Núria Oramas, Lorena Fiuza, Ingrid Garcia, Paula Osorio, Eri, Diana Clavijo, Jessica Moral, @libreria_karyna1482, Laura Sanchez, Sil Gascon, Ingrid Arango, Silvia Gonzalez, @libreria_karyna1482, @Lorena_books.

FACEBOOK

Blanca Ruiz, Rosario Torcuato, Yolanda Fdez, Purificación Carmona, Chari Guerrero, Elena Hernandez, Raquel Garcia, M Isabel Espalza, Edith Vazquez, Paola Mñogil, Carmen L Scott, Carmen Marin, Isabel Hernandez Gutierrez, Dali RM, Silvia Povedano, Victoria Alcobendas, Virginia del Rio, Luisa Reyes, Cinta Diaz, Ana Mº Gómez Reyes, Elisabet Massip, Lumina Reynoso, Bárbara Moreno, Soledad Camacho, Irmina Piasecka, Natividad de Paz, Cortes Vera, Maria Jesús Pecino, Marisa Chamorro, Beatriz Mata, Carmen Sánchez, Stephany P.Lux, Carmen de la fuente, Ana Belén Garcia, Yanira Santana, Soledad Alvarez, Cris Saura, Carmen Glez, Ines Chaves,

Rocio Casado, Pilar Palomas Cantarero, Monica Moreno, Nuria Exposito, Silvia Fernandez Gonzalez, Maria José Moreno, Silvia Garcia Oliveira, Soraya Troitiño, Marria del Mar Casas Cantudo, Natalia Barcena AranzuequE, Patricia Susana Clark, Carina Prieto, Mireia Mont, mª José Prieto, Sandra Sotos, Cristina Roman, Juani Lopez, Manolita Botella, Rocío Almagro, Concepción Sánchez, Mabel Escobero, Reme Alcaraz, Carmen Dobreanu, Nuria Valero, Helen Martinez, Mayte Rios, Isabel Pérez Tejedor, Celia Suarez, Encarna Vera, Laura Caastañeda, Hencar Castillo,Ana Belen Maqueda, Marisol Pérez, Sandra Herrera, Rosa María Calatayud, Gema Gomez, Andrea Baez, Mia Petite hernandez, Minerva Martín Moreno, Ana G Jiménez, Alro Diaz, ángela Rubio, Amalia álvarez, Letícia García, Diana Hernández, Marta Lozano, Roser Cabrera, Cova Tirador, Yasmina Rivera, Cary Anzardo, Natalia Rada, Pamela de Diego, Ana Jordan, Ana Aranguren, Amaya Pires Alves, Sonia Lorente Serna, Rosa mº Corral, Cynthia Pagan, Deli Peña, Ana Presas, Judith Gutierrez, Marialina Lores, Mar Tha Paz, Isabel Perez, Helena Qf, Oihana Luceño, Marria Diaz, Lizzy Picado, Olga Galindo, Bego Linos, Virginia Fernandez, Puri Martinez, Gema Gomez, Sonia Martin, M Dolores, Arco, Joanna Da Silva, Sylvia Rubio, Olga l. Génesis, Sara Padial, Rebeca Lobo, Laura Barrios, Toñi Merino, Yennis M Prieto, Alejandrra Pérez Prieto..

Gracias por recomendar, por compartir, por abrazar a mis personajes como si fueran vuestros.

Y a ti, que ahora sostienes este libro:

Gracias por ilusionarte con cada una de mis historias y vivirlas a mi lado.

Noe Frutos, Mari Hoyos, Rocío, Mada, Edurne Salgado, Eva Suarez, Piedi Lectora, Elysbooks, Maca (@macaoremor), Saray (@everlasting_reader), Vero (@vdevero), Akara Wind, Helen Rytkönen, @Merypoppins750, Lionela23, lisette, Marta (@martamadizz), Montse Muñoz, Olivia Pantoja, Rafi Lechuga, Teresa (@tetebooks), Yolanda Pedraza, Ana Gil (@somoslibros), Merce1890, Beatriz Ballesteros. Silvia Mateos, Arancha Eseverri,

Paulina Morant, Mireia Roldán, Garbiñe Valera, Silvia Mateos, Ana Planas, Celeste Rubio, Tamara Caballero, Toñi, Tamara., María Jesús Lendínez.

A todos los grupos de Facebook que me permiten publicitar mis libros, que ceden sus espacios desinteresadamente para que los indies tengamos un lugar donde spamear. Muchas gracias.

@letrasteychocolate,Volvoreta Tximeleta, noee_albatros, @gema_morenas, Cat Rod, @_my.reading.diary_, Elizabeth Caravaca, Laura Bcn, @dary_r_h dary_r_h, proyectandocamino, @Elenasinh_books, Ángela del Río Rodriguez, kristina.kar, Jennifer @paseandoentrelibros, @eva_y_suslocuras, @asc_ortega, @mundociruelita, nosoysergi.books, Juani Rodríguez Pelayo, @lecturas_mily, nina_reus, kade_leonese, lourdes.andresgarcia, inmabl, @vanu_sa_ms, Vane Ayora Bonavila y Tamy Cano Vélez, Mirna, Judith @ju_neverstopdreaming, @magema_78, @Mirnita_Coni, Irene Moya-Angeler, Mpm76,Virhur, Salomé, Magema_78, Cristina Garcia Felix, Mis_Lekturas, Carmen Brandariz, Lilyfreitasm, Elisabet Caballol, @Llegirpersomiar, @Jessie.Eel, Wicanna9, Ana Moreno Jiménez, @Ganadorademipropiavida, Mayka Ventura Perez, Marimarmartintarin, Mar Mt, María, Arantxa Vilches, @Eclairmontserrat, Carolina Fernández San José, Viki Hernández, Lupita.Rios.127, Ana Yanci Diaz, @Cris_Lectora_21, Luzanayansivaldes, Mesumerjoentrelibros, Maryambergirl, Alejandra Pino, Laslecturasdelanore, Carolina Venegoni, Hollie Deschanel, Vanesa Barbero, Ana Flores Garin, Sonia Barrionuevo, Patry, Ana Juan, Kira Montero @Kira.1480, Gema López Uceda, @Lsr212121, Marta /Mined, Sara Ávila E Irene Caracuel, @Vanesafuentesfernandez, @Nataliaaxtscrap. Bookadictisima, @Anams666, Lourdes González, Triowood21, Andrea_Fdzre, Adriana_Roman2, Maria Martín Martis, @Magema_78, Ortegalisbet, Maru Arias, Idoia: Lilith_Lectora.

A todos los que me leéis y me dais una oportunidad, y a mis Rose Gate Adictas, que siempre estáis listas para sumaros a cualquier historia e iniciativa que tomamos.

lucía soto, zaraida méndez, laura mowobooks, mónica elrincondeleyna, eli p r, lucía moreno, isabel garcía, maría marques, cati domenech, booksbyclau, nieves nuria, sara_cazadoradelibros, maria amparo lorente navarro, sandra ruiz, evelyn lima, ana, y cruzando los dedos, manuela molina, inma bretones, lory g, leerconverynia, meghan salvador ibáñez, mina, pilisanchezurena, yudith hernandezdeyepez, kevin fuertes, josep fibla, maría victoria lucena peña, gloria cano, nieves muñoz, maría rubio, gemma pastor, luciaanddogs, mireia tintaypluma, ana moreno, desi, flori, 6lanca, athene_mc, tere lafuente, marijopove, ana paula sahagun, toñy gómez, isabel guineton, jennifer escarez, teresini, marianitacolon, laura 7days7books, gema guerrero, beatriz maldonado perona, lucía ruiz, vanesa rodríguez, mariana colón, sylvia, cris bea lópez, ana m m, beatriz sánchez, diana garcía, yaizza jiménez, edurne ruiz, nira lecturasdenira, laura071180, betsabe, mery elrinconcitode_mery, belloisamary04, liletty, menchu, fimedinai, sonia p rivero, isabel guardia, cecilia, irenita19mm, cris bealopez, angela_fp16 anuska, valeria, luz, alicia barrios, mónica rodrigues, martina figueroa, nurha samhan, stephanie lara, sandra rodriguez, luz anayansi muñoz reme moreno, kathy pantoja y al aquelarre de rose: jessica adilene rodríguez, beatriz gómez prieto, gabi morabito, cristy lozano, morrigan aisha, melissa arias, vero lópez eva duarte, jessica adilene rodríguez, vero lópez, ainy alonso, ana torres, alejandra vargas reyes, alexandra rueda, almudena valera, cristina tapia, may fg, andrea bernardino muñoz, flori gil, lucia pastor, ana maría pereira glez, amelia sánchez, amelia segura, ana cecilia gutierrez, stylo barrio, elena perez, ana de la cruz, ana farfan tejero, kayla rasquera ruiz, dolors artauana fl y su página palabra de pantera, ana garcía, ana gracía jiménez, ana guerra, ana laura villalba, ana maría manzanera, ana maria padilla, ana moraño, ana planas, ana vanesa maría, anabel raya, ángela martínez, ale osuna, amparo godoy, amparo pastor, ana cecilia, ana cecy, ana de la cruz peña, ana maria aranda, ana maría botezatu, ana maria catalán, ana plana, anabel jiménez, andy garcía, ángela ruminot, angustias martin, arancha álvarez, arancha chaparro, arancha eseverri, ascensión sánchez, ángeles merino olías, daniela mariana lungu, asun ganga, aurora

reglero, beatriz carceller, beatriz maldonado, beatriz ortiz, beatriz sierra ponce, bertha alicia fonseca, beatriz sierra, begoña llorens, berenice sánchez, bethany rose, brenda gonzález, carmen framil, carmen lorente, carmen rojas, carmen sánchez, carola rivera, catherine johanna uscátegui, cielo blanco, clara hernández, claudia sánchez, cristina martin, crusi sánchez méndez, chari guerrero, charo valero, carmen alemany, carmen pérez, carmen pintos, catherinne johana uscátegui, claudia cecilia pedraza, claudia meza, consuelo ortiz, crazy raider, cristi pb, cristina diez, chari horno, chari horno hens, chari llamas, chon tornero, d marulanda, daniela ibarra, daniela mariana lungu moagher, daikis ramírez, dayana lupu, deborah reyes, delia arzola, elena escobar, eli lidiniz, elisenda fuentes, emirsha waleska santillana, erika villegas, estefanía soto, elena belmonte, eli mendoza, elisabeth rodríguez, eluanny garcía, emi herrera, enri verdú, estefanía cr, estela rojas, esther barreiro, esther garcía, eva acosta, eva lozano, eva montoya, eva suarez sillero, fati reimundez, fina vidal, flor salazar, fabiola melissa, flor buen aroma, fontcalda alcoverro, gabriela andrea solis, gemma maria párraga, gael obrayan, garbiñe valera, gema maría parraga, gemma arco, giséle gillanes, gloria garvizo, herenia lorente valverde, inma ferreres, inma valmaña, irene bueno, irene ga go, isabel lee, isabel martin urrea, itziar martínez, inés costas, itziar martínez lópez, jenny lópez, juana sánchez martínez, jarroa torres, josefina mayol salas, juana sánchez, juani egea, juani martínez moreno, karito lópez, karla ca, karen ardila, kris martin, karmen campello, kika dz, laura ortiz ramos, linda méndez, lola aranzueque, lola bach, lola luque, lorena de la fuente, lourdes gómez, luce wd teller, luci carrillo, lucre espinoza, lupe berzosa, luz marina miguel, las cukis, lau ureña, laura albarracin, laura mendoza, leyre picaza, lidia tort, liliana freitas, lola guerra, lola gurrea, lola muñoz, lorena losón, lorena velasco, magda santaella, maggie chávez, mai del valle, maite sánchez, mar pérez, mari angeles montes, maría ángeles muñoz, maría dolores garcia, m constancia hinojosa, maite bernabé, maite sánchez moreno, manuela guimerá pastor, mar a b marcela martínez, mari ángeles montes, mari carmen agüera, mari carmen lozano, maría camús, maría carmen reyes, maría cristina conde gómez, maría cruz

muñoz, maría del mar cortina, maría elena justo murillo, maría fátima gonzález, maría garcía, maría giraldo, maría gonzález, maría gonzález obregón, maria josé estreder, maría josé felix solis, maria josé gómez oliva, maría victoria alcobendas, mariló bermúdez, marilo jurad, marimar pintor, marisol calva, marisol zaragoza, marta cb, marta hernández, martha cecilia mazuera, maru rasia, mary andrés, mary paz garrido, mary pérez, mary rossenia arguello flete, mary rz, massiel caraballo, may del valle, mencía yano, mercedes angulo, mercedes castilla, mercedes liébana, milagros rodríguez, mireia loarte roldán, miryam hurtado, mº carmen fernández muñiz, mónica fernández de cañete, montse carballar, mónica martínez, montse elsel, montserrat palomares, myrna de jesús, maría eugenia nuñez, maría jesús palma, maría lujan machado, maría pérez, maría valencia, mariangela padrón, maribel diaz, maribel martínez alcázar, marilu mateos, marisol barbosa, marta gómez, mercedes toledo, moni pérez, monika gonzález, monika tort, nadine arzola, nieves lópez, noelia frutos, noelia gonzalez, núria quintanilla, nuria relaño, nat gm, nayfel quesada, nelly, nicole briones, nines rodríguez, ñequis carmen garcía, oihane mas, opic feliz, oana simona, pamela zurita, paola muñoz, paqui gómez cárdenas, paqui lópez nuñez, paulina morant, pepi delgado, peta zetas, pilar boria, pilar sanabria, pili doria, paqui gómez, paqui torres, prados blazquez, rachel bere, raquel morante, rebeca aymerich, rebeca gutiérrez, rocío martínez, rosa freites, ruth godos, rebeca catalá, rocío ortiz, rocío pérez rojo, rocío pzms, rosa arias nuñez, rosario esther torcuato, rosi molina, rouse mary eslo, roxana andreea stegeran, salud lpz, sandra arévalo, sara lozano, sara sánchez, sara sánchez irala, sonia gallardo, sylvia ocaña, sabrina edo, sandra solano, sheila majlin, sheila palomo, shirley solano, silvia loureiro, silvia gallardo, sonia cullen, sonia huanca, sonia rodríguez, sony gonzález, susan marilyn pérez, tamara rivera, toñi gonce, tania castro allo, tania iglesias, toñi jiménez ruiz, verónica cuadrado, valle torres julia, vanesa campos, vanessa barbeito, vanessa díaz, vilma damgelo, virginia lara, virginia medina, wilkeylis ruiz, yojanni doroteo, yvonne mendoza, yassnalí peña, yiny charry, yohana tellez, yolanda sempere, yvonne pérez, montse suarez, chary horno, daikis ramirez, victoria amez, noe saez, sandra

arizmendi, ana vanesa martin, rosa cortes, krystyna lopez, nelia avila castaño, amalia sanchez, klert guasch negrín, elena lomeli, ana vendrell, alejandra lara rico, liliana marisa scapino, sonia mateos, nadia arano, setefilla benitez rodriguez, monica herrera godoy, toñi aguilar luna, raquel espelt heras, flor guillen, luz gil villa, maite bernabé pérez, mari segura coca, raquel martínez ruiz, maribel castillo murcia, carmen nuñez córdoba, sonia ramirez cortes, antonia salcedo, ester trigo ruiz, yoli gil, fernanda vergara perez, inma villares, narad asenav, alicia olmedo rodrigo, elisabet masip barba, yolanda quiles ceada, mercedes fernandez, ester prieto navarro, maría ángeles caballero medina, vicky gomez de garcia, vanessa zalazar, kuki pontis sarmiento, lola cayuela lloret, merche silla villena, belén romero fuentes, sandrita martinez m, britos angy beltrán, noelia mellado zapata, cristina colomar, elena escobar llorente, nadine arzola almenara, elizah encarnacion, jésica milla roldán, ana maria manzanera, brenda cota, mariló bermúdez gonzález, maría cruz muñoz pablo, lidia rodriguez almazan, maria cristina conde gomez, meztli josz alcántara, maria garabaya budis, osiris rodriguez sañudo, brenda espinola, vanessa alvarez, gilbierca maría, chanty garay soto, vane vega, maría moreno bautista, moraima selene valero lópez, dalya mendaña benavides, mercedes pastrana, johanna opic feliz, maría santos enrique, candela carmona, ana moraño dieguez, marita salom, lidia abrante, aradia maria curbelo vega, gabriela arroyo, berenice sanchez, luz marina miguel martin, maria isabel hernandez gutierrez, sandra gómez vanessa lopez sarmiento, melisa catania, chari martines, noelia bazan, laura garcia garcia, sakya lisseth mendes abarca, sandra arizmendi salas, yolanda mascarell, lidia madueño, rut débora pj, malu fernandez, veronica ramon romero, shirley solano padilla, oscary lissette, maria luisa gómez yepes, silvia tapari, jess gr, carmen marin varela, cruella de vill, virginia fernandez gomez, paola videla, loles saura, bioledy galeano, carmen cimas benitez, vanessa lopez sarmiento, monica hernando, sonia sanchez garcia, judith gutierrez, oliva garcia rojo, mery martín pérez, pili ramos, babi pm, cristina garcia fernandez, maribel macia lazaro, bea franco, ernesto manuel ferrandiz mantecón brenda cota, mary izan, andrea books butterfly, luciene

borges, mar llamas, valenda_entreplumas, joselin caro oregon, raisy gamboa, anita valle, m eugenia, lectoraenverso_26, rosa serrano, almu040670 almusaez, tereferbal, adriana stip, mireia alin, rosana sanz, turka120, yoly y tere, laufreytes, piedi fernández, ana abellán, elenacm, eva maría ds, marianela rojas, verónica n ch, mario suarez, lorena carrasco g, sandra lucía gómez, mariam ruiz anton, vanessa lópez sarmiento, maria jose gomez oliva, pepi ramirez martinez, mari cruz sanchez esteban, silvia brils, ascension sanchez pelegrin, yani navarta miranda, m carmen romero rubio, gema maria párraga de las morenas, vicen parraga de las morenas, mary carmen carrasco, annie pagan santos, dayami damidavidestef, raquel garcía diaz, lucia paun, mari mari, yolanda benitez infante, elena belmonte martinez, marta carvalho, mara marin, maria santana, inma diaz león, marysol baldovino valdez, fátima lores, fina vidal garcia, moonnew78, angustias martín, denise rodríguez, verónica ramón, taty nufu, yolanda romero, virginia fernández, aradia maria curbelo, verónica muñoz, encarna prieto, nanda caballero, klert guash, ana mªlaso, cari mila, carmen estraigas, sandra román, carmen molina, ely del carmen, laura garcía, isabel bautista, mªangeles blazquez gil, yolanda fernández, saray carbonell, mªcarmen peinado, juani lópez, yen cordoba, emelymar n rivas, felisa ballestero, beatriz gómez, fernanda vergara, dolors artau, maría palazón, elena fuentes, esther salvador, bárbara martín, rocío lg, sonia ramos, patrícia benítez, miriam adanero, mªteresa mata, eva corpadi, raquel ocampos, ana mª padilla, sonia sánchez, maribel macía, annie pagan, miriam villalobos, josy sola, azu ruiz, toño fuertes, fernanda mercado, mªcarmen lozano, melani estefan benancio, liliana marisa scarpino, yasmina sierra, fabiola martínez, mª josé corti acosta, verónica guzman, dary urrea, jarimsay lópez, kiria bonaga, mónica sánchez, teresa gonzález, vanesa aznar, mªcarmen romero, tania lillo, anne redheart, soraya escobedo, laluna nada, mª ángeles garcia, rita vila, mercedes fernández, carmen cimas, mariangeles ferrandiz, ana martín, encarni pascual, natalia artero, geral sora, oihane sanz, olga capitán, mªjosé aquino, sonia arcas, sonia caballero, montse caballero, maría vidal, tatiana rodríguez, vanessa santana, abril flores, helga gironés, cristina puig, natalia zgza, carolina pérez, olga

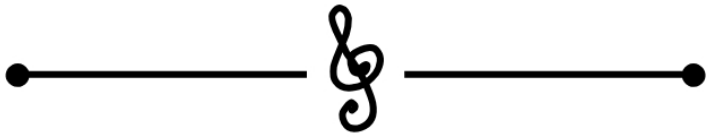
montoya, tony fdez, raquel martínez, rosana chans, yazmin morales, patri pg, llanos martínez, amamosleer_uy, theartofbooks8, eva maria saladrigas, cristina domínguez gonzález leyendo_entre_historia, krmenplata, mireia soriano la_estanteria_de_mire, estíbaliz molina, unlibroesmagia, vanesa sariego, wendy reales, ana belén heras, elisabet cuesta, laura serrano, ana julia valle, nicole bastrate, valerie figueroa, isabel maría vilches, nila nielsen, olatz mira, marta_83_girona, sonia garcía, vanesa villa, ana locura de lectura, 2mislibrosmisbebes, isabel santana, deli_grey anastacia11, andrea pavía, eva m pinto, nuria daza, beatriz zamora, carla ml, cristina p blanco sintiendosuspaginas, amatxu_kiss, yenc_2019, gabriela patricio, lola cayuela, sheila prieto, manoli jodar, verónica torres, mariadelape peñadelbros, yohimely méndez, saray de sabadell, littleroger2014, mariosuarez1877, morenaxula40, lorena álvarez, laura castro, madali sánchez, ana piedra, elena navarro, sandra moreno, maria luisa gómez, maría abellán, ines ruiz, merche silla, lolin garcía, rosa irene cue, yen córdoba, yolanda pedraza, estefanías cr, ana mejido, joselin caro, yeni anguiano, maría ayora, elsa martínez, eugenia da silva, susana gutierrez, maripaz garrido, ángeles delgado, cris fernández crespo, marta olmos, marisol, sonia torres, jéssica garrido, laurabooksblogger, cristina león, m pulido, constans, yeimi guzman, lucía pastor, aura tuy, elena bermúdez, montse cañellas, natali navarro, cynthia cerveaux, marisa busta, fatima lecturas de faty, cristina leon, verónica calvo, cristina molero, lola lolita loliya, mª isabel hernández, may hernández, isamvilches, may siurell, beatriz millán, rosariocfe65, dorina bala, marta lanza, ana belén tomás, selma, luisa alonso, mónica agüero, pau cruz, nayra bravo, lore garnero, begikat2, anabel morales, amaia pascual, mabel sposito, pitu katu, vanessa ayuso, elena cabrerizo, antonia vives, cinthia irazaval, marimar molinero, ingrid fuertes, yaiza jimenez, ángela garcía, jenifer g s, marina toiran, mónica prats, alba carrasco, denise bailón amorliteral, elena martínez, bárbara torres, alexandra álverez, silvinadg9, silvia montes, josefina garcía, estela muñoz, gloria herreros, mnsgomezig, sassenach_pol, raquelita locasdelmundo, leti leizagoyen, soledad díaz, frank jirón, keilan setuto, annadriel anna martin, ivelise rodríguez, olga tutiven,

maría del mar, yolanda faura, inma oller, milagros paricanaza, belén pérez, esther vidal, pepi armario, suhail niochet, roxana capote, silvia torres, sandra pérez, concha arroyo, leticia rodríguez, cristina simón, alexia gonzalex, maría josé aquino, elsa hernandez, toñi gayoso, yasmina piñar, patricia puente, yudys de avila, melisa sierra, cristi hernando, maribel torres, silvia a barrientos, mary titos, kairelys zamora, miriam c camacho, ana guti, soledad camacho, cristina campos, maría isabel sepúlveda, beatriz campos, mari loli criado, monica montero, jovir yol logar yeisy panyaleón, yarisbey hodelin, itxaso bd, karla serrano, gemma díaz, sandra blanca rivero, carolina quiles, sandra rodríguez, mey martín, mayte domingo, nieves león, vane de cuellar, reyes gil, elena guzmán, fernanda cuadra, vane ayora, diosi sánchez, tengolibrospendientes, divina_lectura_paty, maría josé claus, claudia obregón, yexi oropeza, bea suarez, victorialba67, lady books7, valeska m r, raquel attard missattard, lola_lectora, lecturasdefaty, lola toro, chari garcía, lisbeth de cuba, vanesha, cris, oropeza, montserrat castañeda, alicia cecilio, estrella, susana ruiz, rosa gonzález, noelia, _saray89_, mercè munch, maite pacheco, cris e, maría del carmen, adriana román, arantxa_yomisma, inmamp18, nerea_y_los_libros, pris, martita, gema gerrero, gisela, marivega, cristinapinos, josune1981, m jaresav, caroo_gallardoo, beccaescribe, rosemolinar, tami, elicaballol, maruajose, paloma osorio, thris, lorena royo, flor s ramirez, starin8, aguedayohana téllez, maria belén martínez, lalylloret, mayte ramírez, camino combalina, maría isabel salazar, teresa hernández, sultanita bella, paula hernández, valeska miranda, maría victoria lucena, daniela, karina garcía, olga lucía devia, susy gómez chinarro, amaya gisela, maría barbosa, montse domingo y elia company, kristibell73, ros_g c, majomartinez_43, camikaze 🔥 , mery martín pérez y vanessa martin perez, zirim11, desirée mora, isabel san martín, paky gonzález, damasa, jenny morató, camila montañez, lodeandru, sagrario espada, jessica espinoza, davinia mengual, blanca nuñez, crisbetesponce, orly puente, carmen pacheco, yovana yagüe, genuca15, lidia gm, lidia verano, judith olivan, elenagmailcom, elena carranza, deli, andru, silvia barrera, begoña fraga, maría isabel

epalza, maría escobosa, cristinaadan4256, verónica vélez, carolina cieri, sandra salinas, maricarmen romero maroto y mayte gallego, michelle llanten, maria jose cortia, miss_carmens, esmeralda rubio, rocítri69, kenelys duran, isabel guerra.

A todos los que me leéis y me dais una oportunidad, y a mis Rose Gate Adictas, que siempre estáis listas para sumaros a cualquier historia e iniciativa. Se os quiere.

PLAYLIST







PERSONAJES

Camila Ortiz: Protagonista femenina. Leal, provocadora y magnética; bisexual y cero filtros. Estudia Ciencias del Deporte y destaca en barras asimétricas.

Mason Fitzroy: Protagonista masculino. Carismático, caótico y poliamoroso. Estudia un máster, especialista en caballo con arcos y salto. Mejor amigo de Jaxon Reyes.

Thiago Cruz: Protagonista masculino. Reservado, disciplinado y marcado por racismo y una relación tóxica pasada. Gimnasta de élite procedente de Puerto Rico, becado en la SSU. Campeón nacional en suelo. Estudia Psicología del Deporte. Su especialidad: suelo, anillas y caballo con arcos.

Landon Hayes: Capitán del equipo. Rival y hermanastro de Jaxon Hayes. Perfeccionista, controlador que ha ansiado siempre la aprobación de su padre y eso lo ha llevado a autolesionarse y un estado de ansiedad profundo. Estudia Administración Deportiva. Destaca en anillas y barras paralelas.

Sienna Walsh: Sufre en silencio un TCA. Capitana del equipo femenino y rival directa de Avery. Es competitiva y perfeccionista. Estudia Nutrición y Ciencias del Deporte. Compite en barra de equilibrio, suelo y barras asimétricas.

Avery Dalton: Gimnasta estrella de SSU. Es disciplinada, ambiciosa y tiene un lado rebelde. Estudia Kinesiología con especialización en Fisioterapia Deportiva. Destaca en barra de equilibrio, suelo, barras asimétricas y salto.

Jaxon "Jax" Reyes: Hermanastro de Landon, Hijo no reconocido de Alexander Hayes. Rebelde con talento, bromista y con un pasado complicado. Ha pasado a ser el ayudante del entrenador Graham en la SSU.

Harper Sinclair: Amiga incondicional de Sienna. Leal a su grupo y no soporta a Avery. Estudia Fisioterapia Deportiva. Destaca en salto y suelo.

Lena Moreau: Parte del círculo cercano de Sienna. Detesta a Avery y sigue fielmente a Sienna. Estudia Psicología del Deporte. Su especialidad son barras asimétricas y suelo.

Isla Dawson: Otra seguidora leal de Sienna. Siempre apoya sus decisiones. Estudia Medicina Deportiva. Compite en suelo y barra de equilibrio.

Naomi Park: Mejor amiga de Camila. Apasionada de la tecnología y el análisis de datos. Ha estudiado Biomecánica y Tecnología Aplicada al Deporte, ahora se encuentra haciendo un máster. Se especializa en salto y suelo.

Zach Coleman: Parte del grupo de Landon. Leal a él. Estudia Fisioterapia Deportiva. Compite en suelo, salto y anillas.

Ethan Blake: Otro miembro del grupo de Landon. Estudia Rehabilitación Deportiva. Se especializa en barras paralelas y barra fija.

Derek Vaughn: También leal a Landon. Hará piña con el resto de integrantes del equipo. Estudia Kinesiología. Destaca en caballo con arcos y anillas.

Graham Hayes: Entrenador del equipo masculino de SSU. Justo y paciente. Es el tío de Jax y Landon, y suele intentar mediar entre ellos.

Irina Volkova: Entrenadora del equipo femenino de SSU. Bielorrusa. De carácter duro, exigente e inflexible, pero con un fuerte sentido de la justicia. Supervisa a Avery y al resto del equipo femenino.

Alexander Hayes: Exgimnasta olímpico con gran influencia en la NCAA. Es frío y calculador. Nunca ha reconocido realmente a Jax como su hijo. Padre biológico de Jax y padre legal de Landon.

Mariana Reyes: Madre de Jax. Luchadora y protectora, aunque ha cometido errores amorosos. Jax la cuida y protege de su actual pareja. Trabaja de camarera junto a Belinda y Sue, sus compañeras.

Connor Callahan: Hermano menor de Jax. Adora a su hermano y demuestra una gran inteligencia para su edad. Jax lo protege del entorno familiar tóxico.

Ethan Callahan: El menor de los hermanos de Jax. Inocente y dulce, sigue a Jax a todas partes. Jax es su gran modelo a seguir.

Valentino Dalton: Hermano mayor de Avery (ella fue seismesina, por lo que apenas se llevan unos meses). Extrovertido, carismático y fiestero. Jugaba para los SS Warriors ahora lo ha fichado un gran equipo de la NCL.

Decano Dean Mitchell Carter: La máxima autoridad académica en SSU. Profesional y dedicado a mantener la imagen institucional de la universidad. Responsable directo de las becas y de aplicar sanciones.

Alondra Rivera: Expareja tóxica de Thiago. Manipuladora, celosa y emocionalmente inestable; reabre heridas profundas en él.

Eddie Ortiz: Padre de Camila. Empresario poderoso con negocios turbios en Las Vegas; elegante, calculador y obsesionado con la reputación.

Victoria Rojas de Ortiz: Madre de Camila. Exbailarina y figura mediática; teatral, protectora y manipuladora cuando se trata de su

familia.

Alma Ortiz: Hermana mayor de Camila. Abogada del negocio familiar, pragmática y protectora; actúa como mediadora entre todos.

Nadia Ortiz: Hermana de Camila. Modelo e influencer; dramática, coqueta y muy ligada a la imagen pública del clan.

Sofía Ortiz: Hermana pequeña de Camila. Sarcástica, curiosa y caótica; cómplice máxima de Camila y reina de las apuestas familiares.

Fidel Cruz: Padre de Thiago. Exclavadista cubano; humilde y trabajador, ahora limpia piscinas en Miami.

Aurora Rosario: Madre de Thiago. Exatleta puertorriqueña; cariñosa, firme y dedicada a sacar a su familia adelante trabajando en un hotel.

Yanelis Cruz: Hermana de Thiago. Trabaja en un salón de belleza; directa, protectora y la voz práctica del hogar.

DEDICATORIA

Para quienes han tenido que levantarse incluso cuando nadie miraba.
Para quienes cargan con heridas viejas, miedos nuevos
y aun así buscan un lugar donde puedan ser ellos mismos
sin pedir permiso ni perdón.

Para quienes han sido juzgados por lo que son, por a quién aman,
o por no encajar en moldes que otros intentaron imponerles.
Para quienes han soportado prejuicios, burlas o silencios hirientes
y aun así siguen defendiendo su espacio en el mundo.
Para quienes aprendieron que el amor no siempre es simple,
que tiene multitud de prismas y que lo importante no es a quién amas,
sino amar desde el corazón.

A ti que tuviste miedo,
pero aun así creíste que merecía la pena intentarlo.
A ti que temblaste, dudaste, caíste, te equivocaste…
y seguiste adelante a tu propio ritmo.

Gracias por estar aquí.
Gracias por elegirte incluso en los días más torpes,
en los días en los que dudas si estás haciendo lo correcto.

Ojalá este libro te recuerde que, con todo y pese a todo,
siempre tienes derecho a dar tu propio **salto**.

INTRODUCCIÓN



Mason

Cerré la puerta. Punto. Dos menos en mi lista de gente que todavía me aguantaba; llevaba meses empujando a todo el mundo fuera.

Premio para mí.

El eco sonó tan fuerte que Albert asomó la cabeza desde el pasillo con esa expresión suya de «¿es necesario que vuelva a llamar a los bomberos o esta vez el incendio va por dentro?».

Ni siquiera pensar en tíos buenos con mangueras me levantaba el humor.

—¿Todo bien, señorito Fitzroy?

—Perfecto —dije—. Le acabo de hacer *ghosting* a mis sentimientos. Nada nuevo.

Fui a por la botella de vodka, me serví un trago y brindé con el reflejo patético de aquel tipo de rizos dorados que me devolvía el ventanal.

—Por el talento innato para cagarla.

El hielo aplaudió mi estupidez y me pregunté cuánto tiempo me duraría el peinado; quizá debía pedir cita en la peluquería o, mejor todavía, pasarme yo mismo el cortacésped del jardinero para asimilar que, después de perder a mis amigos, era inevitable que el puto bicho me arrancara la cabellera.

La casa olía a perfume caro y a derrota.

«Bienvenido a la mansión Fitzroy», murmuraba el miedo.

Ese que se mete entre las costillas y se queda a vivir para siempre.

El cabrón llevaba instalado en mí desde los siete años y se negaba a abandonar mi cuerpo, obviando las cartas de desalojo que le envié.

Conseguí que Cami y Thi se fueran; lo que no lograba apagar era la vocecilla aguda de Ortiz, que resonaba en bucle en mi cabeza:

—Eres un cabrón. Y, aunque nos despidas, vamos a volver —amenazó.

Claro que iban a volver. Camila era una jodida plaga.

Y Cruz… de los que se meten bajo tu piel, analizándote por dentro, decidiendo quedarse a jugar sin importar lo jodido que estés; le ponían los retos, si no, que se lo preguntaran a Sienna. Un peligro.

El tipo de gente que te desmontaba la fachada hasta los cimientos.

Yo no quería que nadie me desmontara nada. Bastante tenía con intentar que no se me cayera encima mi propio tejado.

Di otro trago. El vodka me ardió, buscando borrar el retumbar de la palabra «pruebas».

Las del hospital. Las que todavía no tenían fecha porque yo mismo las había atrasado.

No me sentía preparado y me daba igual lo que dijera el médico: que si el tiempo era fundamental; que era importante pillarlo a tiempo si el diagnóstico no era bueno; que si blablablá…

Era mayor de edad, lo que me otorgaba capacidad para decidir y la posibilidad de no revelar nada a mis padres. El doctor Hudson no

podía saltarse la confidencialidad o podría enfrentarse a una demanda de las que te hacen perder hasta la póliza dental.

Si me las hacía, podían cambiarlo todo…, o no cambiar nada.

Según él, necesitaba ahondar más para descartar, y yo no me sentía capaz de que lo hiciera.

«¿Y si está de vuelta?».

No estaba preparado para volver a la quimio, al hospital, a perder los rizos. Antes tenía el pelo liso. ¿Te lo puedes creer?

Lo peor de las dudas era que no mataban, pero tampoco te dejaban vivir.

Encajé mi culo en el sofá, miré al techo y pensé en lo irónico que era todo.

Había pasado el año entero arreglando vidas ajenas: animando a Landon a un acercamiento con Jackass, a volver al equipo, a su capitanía.

Intentando que lo suyo con Sienna funcionara mientras averiguábamos la verdad de lo sucedido en verano. Y, en ese intermedio, yo organizaba fiestas para que todos sonrieran un rato, porque en eso, indiscutiblemente, era el mejor: en dar una capa de risas que camuflara el malestar.

Hace unos meses, todo parecía fácil, solo necesitaba volver la mirada a agosto.

Sol, música, playa, el inicio de la SSU marcado por el campus medio vacío y yo convencido de que aquel curso iba a ser uno de los buenos porque solo cursaría un máster…

Sonreí solo de pensarlo. Cómo no reírme.

La sorpresa inesperada de convertirme en el nuevo capitán nos dejó locos a todos.

Recuerdo haberle dicho a Graham:

—¿Puedo obligar al equipo a llamarme Su Alteza Real del Caballo con Arcos?

El entrenador suspiró; en el fondo, me conocía demasiado bien y sabía que no tenía remedio. Jaxon, que estaba a su lado, chasqueó la lengua, molesto.

—¿Puedes tomártelo en serio, Fitzroy?

No, no podía porque así había decidido que fuera mi vida: pura comedia y caos controlado, aunque a veces se fuera de madre.

Bendito fuera el drama universitario. Por si no me bastara con un *cliffhanger* inesperado, llegó el segundo giro de guion: Thiago Cruz, «el Nuevo». El guionista de mi historia era de Óscar. Ese tío era demasiado serio para mi nivel de tontería general, el problema era que el término *follable* se le quedaba corto.

Ojos de los que te pierden, cuerpo diseñado para memorizarlo con la lengua, sumado a una de esas mentes de las que te leen sin necesidad de intérprete. Un combo tan peligroso como tentador.

Camila lo miró, deseosa de hincarle el diente como buena fan de *Crepúsculo*; yo hice lo mismo. Tardamos menos en apostar quién se lo tiraba que en presentarnos.

«El primero que se acueste con él, gana y se lo queda».

No recuerdo quién lanzó el reto ni que sería el principio del fin de toda mi cordura.

Cami y yo éramos igual de locos, libres y amantes del sexo. Podría haber cruzado la línea con ella hacía tiempo, compartíamos humor y tensión no resuelta. Si no di el paso fue porque era la amiga de Avery y Jaxon me cortaría las pelotas si la jodía.

Javery (el equipo formado por mi mejor amigo y su chica) opinaban que nuestra intensidad daba vértigo. Si folláramos, desataríamos la teoría del Big Bang, imposible que pudiéramos funcionar sin que se fuera todo a la mierda.

Por eso, cuando Thiago irrumpió con su calma de huracán contenido, las reglas del juego amenazaron con cambiar.

Sin darme cuenta, lo que empezó como un reto se convirtió en una puta contradicción a tres bandas que apestaba a desastre.

Cada palabra, cada mirada, cada salto, cada decisión… llevaba a uno sin red con muchas consecuencias. Y ahora estaba enclaustrado en este sofá, junto a la botella y a ese cabrón del ventanal que no me quitaba los ojos de encima.

—¡Que te jodan, Fitzy!

Brindé, tragué y solté una risa tan falsa que hasta el eco se dio la vuelta.

¿Sientes curiosidad por saber qué pasó ese año entre nosotros?

No finjas, puedo leerlo en tu cara, me he criado rodeado de actores y actrices, así que... sé cuando alguien miente o dice la verdad.

Si te quedas, te lo cuento.

Te invito a una ronda de sofá, vodka y neuronas en descomposición.

No tengo nada mejor que hacer, y a la vista está que tú tampoco, ¿no?

No te hagas de rogar, píllate un vaso, que del pedo ya me ocupo yo.

CAPÍTULO 1



Camila

La maleta me miraba como si supiera que estaba posponiendo lo inevitable.

Llevaba más de una hora frente a ella, decidiendo si meter las mallas o fingir que no las encontraba. Todo porque temía las agujetas que sabía que sufriría después de no haber hecho nada en todo el verano.

Ni un estiramiento, ni una voltereta ni una triste plancha.

Solo piscina, tequila y siestas estratégicas entre una apuesta y otra.

Así eran los veranos de la familia Ortiz: en una vivienda fortificada dentro de un complejo de superlujo en Tulum, rodeados de hombres armados hasta los dientes.

Mi madre decía que el descanso también era disciplina.

Mentía.

El único músculo que había ejercitado eran los pulgares, deslizando en TikTok, y los de la mandíbula de comer como una cosaca y beber margaritas.

—¿Ya has terminado? —preguntó Alma, mi hermana mayor, apoyada en el marco de la puerta.

—Depende de lo que entiendas por terminar.

—Acabar algo.

—Sí, imagino que esa es la definición… Estaba intentando averiguar si la IA había desarrollado una nueva función para leer la mente y hacer la maleta sin intervención humana.

—Podrías habérselo pedido al servicio.

Ella siempre tan práctica.

Podría, pero no lo había hecho. Había ciertas cosas que me gustaba hacer por mí misma, y una de ellas era elegir los *outfit* que llevaría a la SSU. Más allá de los maillots y el chándal, claro.

—Mamá me ha mandado para recordarte que en media hora tenemos que ir al aeropuerto, así que haz algo más que mirar tu equipaje con odio.

Le saqué la lengua.

Alma era mi hermana mayor; después venía Nadia, luego yo y, por último, Sofía.

Alma era la más parecida a mi padre. Estudió Derecho porque, cuando tienes una familia como la mía, hay bastantes papeletas de acabar a pensión completa entre barrotes.

Ladeé el cuello hasta que crujió. Definitivamente, estaba oxidada y pagaría las consecuencias las primeras semanas, eso estaba claro.

Solo de pensar en el primer día con Volkova me daban microrroturas fibrilares en las neuronas.

Podía verme: desenterrando el chándal, intentando hacer un mortal y muriendo en el intento.

—Te vas a arrepentir de haberte pasado estos meses tocándote las narices —canturreó Alma, alejándose por el pasillo, como si tuviera la facultad de leer mi mente.

—Gracias por la confianza, hermana.

—De nada, atleta.

«Atleta del año», pensé mientras lanzaba un top deportivo al fondo.

El verano me había dejado varias secuelas, entre ellas: dos *piercings*, unas mechas rubias y una reputación dudosa en un salón de tatuajes de Playa del Carmen.

Todo empezó una noche loca de las chicas Ortiz, un par de chupitos de más y un «no hay ovarios» que me salió del alma.

Horas después tenía un aro plateado en la nariz, una bolita entre el labio y la barbilla y una foto bochornosa que Sofía amenazaba con subir a Instagram: un tío con demasiados tatuajes tomando un chupito entre mis tetas.

—Al menos, te quedan bien —dijo Nadia al día siguiente—. Pareces una estrella del pop en rehabilitación.

Se llevaba dos años conmigo. Era creadora de contenido *lifestyle* y había hecho sus pinitos, gracias a eso, en el mundo de la moda. Su frase favorita era: «No soy *influencer*, soy influencia».

—Gracias, supongo.

—Y las mechas… Bueno, te hacen parecer menos muerta. Deberías usar la crema de color SPF50 que te pasé y el retinal por las noches. Hay que empezar pronto con la rutina de skincare *si no quieres arrugas.*

—Si me salen arrugas, me paso la plancha.

—Muy graciosa. Haz lo que quieras, es tu cara, pero te digo desde ya que no te iría nada mal algo de bótox preventivo.

—Paso de tener cara de muñeca hinchable. Además, a los tíos solo les importa lo bien que la chupo y a las chicas… —Arrugó la nariz.

—Ahórrate lo de las chirlas.

Dio media vuelta y se fue.

Tampoco era que hubiera estado con demasiadas; si me daban a elegir era más de liarme con rabos que con bollos, pero ¿a quién no le amarga un atracón de dulce?

Me miré al espejo del tocador y sacudí los moños. Reconozco que lo de las mechas fue idea mía…, o del aburrimiento.

Ni siquiera fui al salón de belleza. Sofía me ayudó a aclararlas en la cocina, con un bol de plástico y cero conocimientos técnicos.

Era con la que mejor me llevaba, la única con la que compartía travesuras; yo era la rebelde y ella la consentida.

Terminamos manchando medio mármol y riéndonos hasta que mamá entró y casi nos mata sin necesidad de pistola.

Hablando de la reina de las Ortiz…

—Camila, ¿has hecho ya la maleta o voy a tener que mandártela por correo otra vez? —gritó mi madre desde algún punto de la mansión, que era nuestra casa de veraneo con cristales antibalas.

—Estoy en ello —vociferé.

Seguro que Alma le había ido con el cuento.

A los dos minutos, apareció sosteniendo una copa de Martini entre los dedos y una semiautomática en la otra.

—Recuerda que, si necesitas protección, solo tienes que pedirla.

—No pienso llevarme un arma, mamá.

Puse los ojos en blanco.

—Era broma —mintió, guardándola en el bolsillo de la bata.

—Ya…

—Es solo por si acaso, para que te sientas mejor.

—Hace mucho de aquello y no ha vuelto a pasar nada parecido. Además, el campus es muy seguro.

—Como quieras, pero date prisa, o perderás el avión y tu padre no te costeará el billete.

Así era ella: *glamour* y peligro a partes iguales.

Había sido bailarina en un club de Las Vegas antes de casarse con papá. Lo conoció allí mismo, cuando él era un simple camarero con hambre de dinero y la suficiente cabeza para saber qué teclas tocar y a qué hombres se tenía que beneficiar mi madre para hacerse con la riqueza de los demás.

Mamá, a sus casi cincuenta, seguía moviéndose como si el escenario nunca hubiera cerrado.

Y él tirándose a cualquier bailarina con buenas tetas.

Todas éramos conscientes de que a papá le iba demasiado la variedad y a mi madre le decía que: «una cosa era amor y la otra sexo. Solo había una señora Ortiz, y esa era ella».

Decidí no seleccionar tanto y meter la ropa a destajo. Si después me faltaba algo, justificaría mi día de compras en Los Ángeles.

Olí el aroma a puro y escuché la risita sofocada de mamá justo antes de que mi padre apareciera, trajeado y con ese humo de habano que odiaba.

—Otra vez a dar saltos en la universidad, ¿eh? —preguntó como si fuera un delito.

Se había pasado los últimos días yendo y viniendo porque, según él, ciertos negocios necesitaban su atención.

—Eso parece.

—Podrías quedarte. Aprenderías más en Nevada que allí. Yo no necesité estudios superiores para convertirme en millonario.

Resoplé, cerrando la cremallera de la maleta.

—El problema es que yo prefiero una vida en la que no necesite ir armada, con escolta y temiendo por si alguien me atacará en la siguiente esquina.

Él rio, pero la mirada se le endureció un segundo antes de negar con la cabeza.

—No veo que le hagas muchos ascos a la vida que os he dado.

Era cierto, pero una cosa era disfrutar de lo que tenía sin plantearme de dónde venía y otra ser partícipe. No respondí y él dio la callada como respuesta.

—Date prisa, Edwin está esperando para llevaros al aeropuerto.

—Descuida, ya casi estoy.

Por fin metí las últimas prendas y arrastré la maleta por el suelo de mármol en dirección al salón. En la SSU intentaba pasar desapercibida sobre quién era mi familia. El blanqueo de capitales no solía ser un buen tema de conversación.

Pensé en Avery, mi compañera de cuarto. Su vida era tan distinta a la mía. También su dedicación o cómo se implicaba en el equipo. Ella era la culpable de que ese año quisiera tomarme las cosas de otra manera. No quería ser solo la chica divertida, la que se conformaba con competir de forma decente.

Ese año me apetecía destacar.

Si ella podía con todo lo que tenía encima, ¿cómo no iba a hacerlo yo?

La escena seguía grabada en mi cabeza.

Avery estaba haciendo su equipaje porque era el último día de la residencia.

Algo cayó al suelo; era un bote que rodó hasta mis pies.

—¿Esto es tuyo? —pregunté.

Ella alzó la vista y se mordió el labio.

—Dámelo, por favor.

—¿Qué es? —Su expresión era de preocupación—. No me jodas que has tomado algún estimulante para rendir o aprobar los exámenes.

—No es eso.

Lo giré y leí la etiqueta. El nombre no me decía nada.

—Tía, ¿qué es esto? Drogas de diseño no parecen.

—Nada.

—A ver, Dalton. Cuando alguien dice «nada» con esa cara, es «algo».

Suspiró.

—¡Júrame que no se lo contarás a nadie! Ni siquiera a Naomi.

Estreché el meñique con ella.

—Prometido.

—Tengo síndrome de Ehlers-Danlos.

—Eso suena a apellido de diseñador.

—Ojalá. Es una enfermedad del tejido conectivo. Mis articulaciones son más laxas, se me dislocan con facilidad. De pequeña tuve que cambiar la gimnasia rítmica por la artística porque era menos perjudicial para mí.

—Espera, espera… Entonces, ¿estás compitiendo con el riesgo de lesionarte a la mínima? —Asintió—. ¿Y nunca dijiste nada? ¿Por qué?

—No quería que me trataran como a una enferma. Ni que pensaran que los entrenadores me daban un trato de favor por pena.

Me quedé mirándola.

La perfeccionista, la fuerte, la que nunca fallaba…, y llevaba todo un año —más bien toda una vida— compitiendo lesionada en silencio.

—Estás loca —le dije al fin. Se encogió de hombros.

—Siempre he preferido luchar a rendirme.

—Eres una valiente. Si antes te admiraba, ahora más.

Sonrió.

—Solo intento no dejarme mermar.

—Eres pura inspiración. Podrías ser una gurú del crecimiento personal.

—Cállate, tonta.

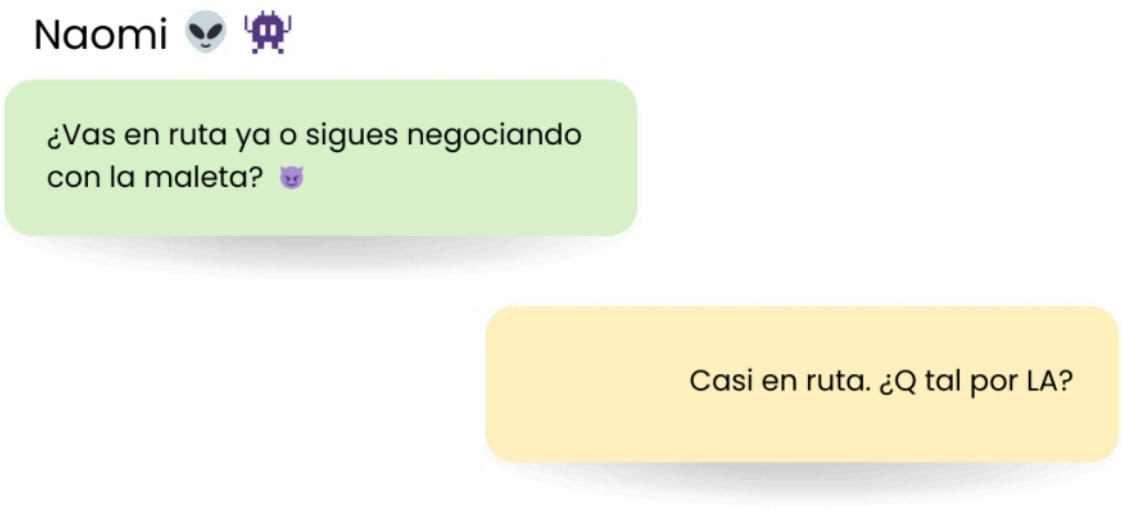
Le devolví el frasco. Nos reímos, pero algo cambió.

Desde entonces pensaba en ella: en su cabezonería, en su discreción, en cómo nunca se quejaba.

Y, aunque nunca lo confesaría, me había picado el orgullo.

El móvil vibró entre los montones de ropa desechada.

Mensaje de Naomi.



Naomi 👽👾

No t lo vas a creer. La Sra. Walsh nos ha invitado a la fiesta d bienvenida d Sienna la hiena 🦁

¿A nosotras? Igual se ha confundido y ha mandado el mensaje en general

Naomi 👽👾

Al principio pensé lo mismo, xo q va.
Ha pedido al grupo hasta una pancarta, con la alergia que me da a mí la purpurina 🤮

Pues a mí las hienas no m han añadido al grupo así q paso

Naomi 👽🤖

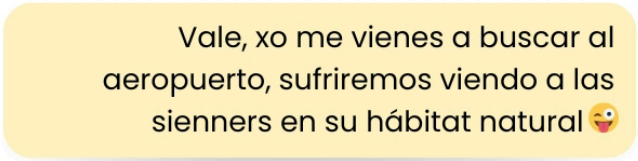
Ha tenido que llegarte una solicitud, lo q ocurre es q seguro q has pasado. Además, si Avery y yo vamos, tú no te libras.

¿Y pq tenemos q ir?

Naomi 👽🤖

Ya conoces a Avery. Para hacer equipo y empezar bien la temporada💪

Por supuesto que la conocía, demasiado bien; llevaba un año observando cómo clasificaba sus bragas por colores para que terminaran en la muñeca de su novio.



Me guardé el móvil.

Arrastré la maleta fuera de la habitación.

Las ruedas chirriaron contra el mármol pulido del pasillo, rompiendo el silencio que quedaba tras los gritos de mamá y las risas de Sofía al fondo.

El aire acondicionado ofrecía el frescor que el exterior te negaba.

En la entrada, Edwin, el chófer, ya esperaba junto al coche blindado, vestido de negro de pies a cabeza.

Mamá hablaba por teléfono en la terraza, papá fumaba un puro bajo la sombrilla y Nadia hacía un vídeo para sus redes, cómo no.

Mis hermanas se acercaron para despedirme. Puede que todos fuéramos muy distintos, pero a tocones y *achuchables* no nos ganaba nadie.

—¿Lista, señorita Camila? —preguntó Edwin al abrirme la puerta.

—¡Qué remedio! —respondí, aunque no estaba del todo segura.

El cuero del asiento crujió bajo mis piernas bronceadas.

Edwin cerró la puerta con un clic metálico, arrancó el motor y el blindado se deslizó por el camino de grava.

Vi por la ventanilla cómo la casa se hacía pequeña entre las palmeras, con su piscina de revista y sus secretos bien guardados.

Sonreí pensando en lo que me esperaba en Los Ángeles.

Ese año no prometía calma.

Prometía fuego.

Y yo era gasolina.

Hora de volver a saltar, hora de volver al tapiz y hora de volver a… él.

CAPÍTULO 2



Thiago

El sol de California me dio de lleno en la cara en cuanto salí del autobús.

No era el calor sofocante de Miami, sino algo distinto: más seco, más brillante, más perfecto, como si hasta el clima aquí tuviera el privilegio asegurado.

Me colgué la mochila al hombro y avancé hacia la salida de la terminal, intentando no parecer tan perdido como me sentía.

El campus de la Stellar Sports University estaba a solo una hora y, según el mapa que me había mandado el departamento de admisiones, era tan grande que necesitabas un GPS con instinto millonario para no acabar en el edificio equivocado.

Había llegado a Los Ángeles con una maleta medio rota, un portátil prestado y una beca que cubría lo necesario.

Nada de lujos.

Nada de excesos.

Solo la oportunidad.

Y, para mí, eso lo era todo.

El autobús de enlace al campus me dejó frente a la entrada principal: un arco de piedra blanca con el logotipo de la SSU grabado en metal dorado.

El suelo brillaba como recién encerado, los jardines parecían sacados de un catálogo y los estudiantes…

Bueno.

Los estudiantes llevaban zapatillas que costaban más que mi billete de ida y vuelta.

Un chico aparcó un Tesla negro junto al pabellón deportivo. Otro bajó de un Jeep con un reloj que podría alimentar a mi familia durante un mes.

Y ahí estaba yo, con mis deportivas gastadas, un pantalón corto y la camiseta del club de gimnasia de Puerto Rico con manchas de sudor en las axilas. Un cuadro perfecto.

Suspiré.

No era la primera vez que sentía que me colaba en un lugar al que no pertenecía.

Crecí viendo a mis padres trabajar hasta la madrugada y doblar turnos.

Mi madre, campeona nacional de cien metros lisos, limpiaba habitaciones en un hotel de Miami Beach. Mi padre, un exclavadista cubano, hacía mantenimiento de piscinas y jardines.

Ambos soñaron con una vida que nunca habían podido tener.

A veces los escuchaba hablar de ello por las noches, cuando pensaban que yo dormía.

«Si al menos Thiago estudia…», decía ella.

«Con lo listo que es, no va a acabar limpiando mierda como nosotros», respondía él.

Yo los escuchaba desde la cama y me prometía que, de algún modo, iba a conseguirlo.

Al principio, no sabía cómo.

Ahora solo sabía que tenía que hacerlo.

La gimnasia llegó a mi vida por accidente.

El entrenador de un club local vio mis saltos en la playa cuando era crío y convenció a mis padres para llevarme a entrenar.

Nunca pensé que serviría para algo más que para cansarme antes de dormir, pero me abrió una puerta.

Una beca en Puerto Rico.

Después, torneos.

Medallas.

Y ahora, una plaza en una universidad que muchos solo veían por televisión.

La SSU no solo cubría la matrícula: también libros, comida en el campus, transporte y alojamiento durante las competiciones.

Solo exigían tres cosas: no suspender, destacar en el deporte por el que te habían fichado y no dar problemas.

Pensaba cumplir las tres.

Había trabajado todo el verano arreglando piscinas —porque algo había aprendido de acompañar a mi padre— para ahorrar lo suficiente y no tener que pedir dinero a mi familia.

Di gracias a Dios y al deporte por no tener que endeudarme.

En este país, estudiar costaba lo mismo que comprarte una casa…, pero sin casa.

Miles de chicos de mi edad firmaban préstamos que los perseguirían durante décadas, creyendo que la educación era una inversión y no una condena.

Pagaban por un futuro que todavía no existía hipotecando el presente.

Veía las cifras en los titulares: jóvenes con treinta años pagando todavía los estudios que empezaron a los dieciocho, intereses que se acumulaban como si la ambición tuviera comisión.

Algunos ni siquiera llegaban a graduarse, pero la deuda no perdonaba; seguía ahí, recordándoles que habían intentado ser alguien y habían fracasado en el intento.

American Dream lo llamaban.

Para mí, sonaba más a *American* Deuda.

Mis padres jamás habrían podido firmar un préstamo así.

No por falta de ganas, sino porque los bancos ni siquiera les habrían dado la oportunidad.

Demasiado riesgo. Demasiado acento. Demasiado poco que embargar.

La beca era mi única red.

Y, aun así, me sentía como si caminara sobre un cable a punto de romperse.

Porque, cuando vienes de donde yo vengo, el fracaso no es una opción: es un lujo que no te puedes permitir.

La mayoría de los que estudiaban aquí no pensaban en dinero.

Pensaban en ligas, en carreras de éxito, en heredar empresas o mantener apellidos.

Yo pensaba en facturas.

En que, si no mantenía mi nota media y mi rendimiento deportivo —además de una conducta intachable—, no solo perdería el equipo, también el esfuerzo de mis padres por darme una vida mejor.

No podía fallar.

Tampoco lesionarme, o mi futuro se rompería conmigo.

A veces me preguntaban por qué no disfrutaba más del «sueño americano», ya que, según todos, me había tocado la lotería.

Supongo que porque lo veía desde fuera como quien observa un escaparate.

Con la frente pegada al cristal, sabiendo que todo lo que brilla dentro no está hecho para ti.

Y ahora estaba aquí.

Sin red.

Rodeado de chicos y chicas que no le daban importancia a tenerlo todo.

El campus parecía un parque temático del éxito: columnas blancas, fuentes, bancos pulidos y estudiantes vestidos como si fueran a una sesión de fotos en lugar de a clase.

Yo llevaba la camiseta pegada de sudor y una gorra vieja ocultando mis trenzas, mis raíces.

El racismo me había enseñado que, cuanto más desapercibido pases, mejor.

Caminé frente a un grupo de chicas con mochilas de diseñador que hablaban de sus viajes por Europa. Una de ellas me miró de arriba abajo y susurró algo a su amiga.

No me molestó.

Estaba acostumbrado a esas miradas.

Era el precio de venir de donde yo venía.

Crucé el jardín central y vi el pabellón de gimnasia al fondo: imponente, con su fachada de cristal y el logo metálico y morado de la universidad brillando al sol.

El corazón me dio un vuelco.

Ahí dentro era donde realmente tenía que demostrar que merecía estar.

Ahí no importaban los relojes, los coches ni los apellidos.

Solo los cuerpos, la técnica, la caída y cómo te levantabas después.

Apreté la correa de la mochila y seguí andando.

El edificio de administración era otra cosa: silencioso, con aire frío y olor a café de importación.

Una recepcionista rubia con sonrisa profesional me entregó un formulario y un mapa.

—Gracias.

—Ve al pabellón de gimnasia artística. Cuando entres, camina todo recto y sube a la primera planta. El entrenador Graham te está esperando.

Volví a agradecerle las instrucciones y las seguí al pie de la letra.

Estaba fuera de horario de entrenamiento, así que no me cruzaría con nadie del equipo.

A cada paso me encontraba con chicos de mi edad que parecían salidos de una campaña de Nike: hombros anchos, sonrisa blanca, confianza automática.

Yo tenía esas tres cosas, aunque la última me había costado ganarla. Lo hice a base de hambre, determinación y un miedo constante al fracaso.

Al llegar al edificio, aspiré con fuerza. El aroma a ambientador y magnesia me dio la bienvenida. Subí las escaleras, intentando no parecer fuera de lugar.

En el pasillo vi mi reflejo en una de las vitrinas acristaladas.

Cabello oscuro, piel morena, ojos brillantes.

Mi madre siempre decía que heredé la expresión de mi padre: ese gesto de quien ha visto el agua muy de cerca y no quiere ahogarse otra vez.

Cuando llegué al despacho, un hombre de mediana edad, con camiseta del equipo masculino, me estrechó la mano.

—Thiago Cruz, ¿verdad? Bienvenido a la Stellar Sports University y a mi equipo.

—Gracias, señor.

—Tenemos muchas esperanzas puestas en ti, hijo. Tu entrenador en Puerto Rico me habló maravillas.

Asentí.

«Esperanzas» era una palabra pesada porque implicaba resultados, medallas y orgullo universitario. Nadie te financia por nada.

El hombre me dio una carpeta con mi horario y el número de la residencia.

Me puso un poco al día de lo que se esperaba de mí, de cómo se estructuraban los entrenamientos y que, si llegabas tarde, te quedabas fuera.

—Cualquier cosa, pasa por aquí.

—Lo haré, señor.

—Para ti, entrenador Hayes, y si nos vemos fuera, soy Graham.

—Entendido.

Salí del despacho con el documento en la mano y la sensación de que aquel hombre aparentaba ser buena persona; su lenguaje corporal no contradecía sus palabras, lo que ya era mucho.

Fui directo a la residencia masculina, bloque B.

Habitación 214.

El camino hasta la residencia pasaba junto al lago artificial del campus.

El agua estaba tan quieta que parecía de mentira.

Me senté un segundo en el borde, dejando la mochila en el suelo.

El sonido lejano de una pelota, las risas, las conversaciones.

Todo olía a privilegio.

Y a oportunidad.

Me quité la gorra y pasé la mano por el pelo, intentando procesarlo.

Estaba aquí.

Había llegado.

Y, aunque no perteneciera a ese sitio, lo daría todo por encajar.

Pensé en mis padres. En las horas de trabajo bajo el sol. En sus manos agrietadas y su manera de sonreír cuando les conté que me habían aceptado.

«Estamos muy orgullosos», dijeron.

Yo solo sentí vértigo.

—¡Cuidado! —gritó alguien.

Solo me dio tiempo a alargar la mano para atrapar el balón antes de que me golpeara en la cara. Me ardieron las palmas.

Se escuchó un silbido.

—¡Hostia puta, menuda recepción! ¡Se le da mejor que a ti, Donnovan!

—¡Cállate, Evans! ¿Me la devuelves? —preguntó, frunciendo el ceño.

No quería problemas, así que me limité a pasársela. Me puse en pie.

Lo que vio no debió agradarle porque me lanzó una mirada de disgusto sin pedir disculpas y se largó.

Seguí caminando hasta el edificio de residencias.

Era moderno, con cristales tintados y pasillos alfombrados.

Un chico con auriculares me sostuvo la puerta.

—Gracias.

—De nada, *bro*. Nuevo y becado, ¿no?

—Sí.

—Se nota. —Rio, amistoso, y se alejó.

Entré en mi habitación.

Dos camas, dos escritorios, dos armarios.

La mía estaba vacía.

La otra ya tenía cosas: una mochila con las siglas de la uni, un libro de anatomía, un frasco de proteínas.

Dejé la maleta en el suelo y abrí la ventana.

Desde ahí se veía el pabellón de gimnasia.

Un nudo me apretó la garganta.

No era miedo.

Era responsabilidad.

La beca, mis padres, un año por delante para demostrar.

Todo lo que había dejado atrás para llegar hasta aquí.

Y todo lo que tendría que sacrificar para no perderlo.

A veces, la gente decía que estudiar en una universidad de élite era un privilegio.

A mí me parecía más una prueba de resistencia.

Un *Full-twisting double back* de los que requieren técnica, potencia, una ejecución impoluta y que la claves al final.

Me tiré en la cama, aún sin hacer, y respiré hondo.

Cerré los ojos y me repetí la frase que mi madre decía antes de cada competición:

«Hazlo bonito, aunque duela».

Sonreí.

Dolía, sí.

Pero también estaba empezando a parecer bonito.

CAPÍTULO 3



Thiago

El gran día había llegado.

Aunque el equipo ya llevaba semanas entrenando, yo no pude venir antes: tenía que terminar bien con mi trabajo en Puerto Rico. En la SSU lo sabían y respetaron los plazos, pero eso no evitó que sintiera el vértigo de llegar tarde a una historia que ya tenía capítulos escritos.

El despertador sonó antes del amanecer. El campus seguía dormido, roto el silencio solo por el riego automático y el rugido lejano de algún coche deportivo. Me vestí rápido, metí la acreditación en la mochila y salí en dirección al pabellón.

El aire tenía ese frescor previo al sol, el que te hace sentir que todo puede empezar de nuevo.

Mi compañero de habitación, Miles Anderson, me había puesto al día la noche anterior mientras devoraba una hamburguesa.

Según él, el año pasado el equipo fue una telenovela con saltos mortales incluidos. Y lo sabía porque, en apariencia, se había enrollado con Lena Moreau, una de las gimnastas del equipo. «Nada serio», aclaró justo antes de lamerse los dedos.

Me contó que el capitán anterior, Landon Hayes, había renunciado después de una temporada intensa. Que era sobrino del entrenador e hijo de una exestrella olímpica, cuyo nombre aún flotaba por los pasillos como si fuera una leyenda gracias a que formaba parte del comité. Conocía de sobra la fama que precedía a ese hombre.

La capitana, Sienna Walsh, había perdido su puesto contra la nueva estrella del equipo femenino: Avery Dalton, la gimnasta que lo ganó todo en los Nacionales. Walsh renunció a una plaza olímpica dos veces, la chica los tenía cuadrados o las cosas muy claras. Me parecía bien, no hay nada como estar seguro de las decisiones que tomas.

Y, según Miles, el nuevo capitán del equipo era un fiestero legendario.

Hijo de la industria del cine, aunque tuviera más aspecto de semidiós. Organizaba las noches más salvajes del campus y tenía fama de no poner límites ni al dinero ni a las personas con las que se liaba. Si hubiera pertenecido al panteón romano sería Baco. Podía imaginarlo tumbado con una toga y una corte de gente sirviéndole uvas y vino.

—Si Fitz te invita, vas —dijo con solemnidad—. Aunque tengas examen o meningitis, nunca verás una fiesta igual.

Yo lo escuchaba en silencio, dejando que hablara.

Tenía esa forma de relatar que mezcla cotilleo y adoración, como si cada persona en la SSU fuera parte de una mitología moderna.

Yo prefería formarme mi propia idea. Las apariencias engañan y el ruido suele tapar lo importante.

No se lo dije, pero me quedé con la sensación de que Anderson necesitaba vaciar todo ese torbellino de palabras solo para oírse respirar.

En el deporte de élite, todos tenían dos versiones: la que mostraban en la pista y la que vivían cuando se apagaban las luces.

Y yo nunca me quedaba en la superficie.

Quizá por eso elegí estudiar Psicología aplicada al deporte. No me interesaban solo los cuerpos que volaban, sino las mentes que se rompían. Hoy, la salud mental es casi tan decisiva como la fuerza física.

Y eso, aplicado al alto rendimiento, daba dinero. Esa parte era fundamental, aunque no la importante; para mí, mi elección iba más allá: quería ser ese lugar seguro donde un atleta pudiera soltar lo que llevaba años cargando, sin hundirse, y ayudarlo a saltar al otro lado del precipicio.

Quizá todo me viniera porque en casa había visto a mis padres hundirse y reflotar.

Tenía una hermana mayor, ella era la que contaba las historias más increíbles mientras yo me quedaba sentado con sus muñecos, embobado, escuchándola.

Supongo que me acostumbré a mirar, a entender antes de hablar, y eso me condicionó siempre.

El sol apenas despuntaba cuando llegué al pabellón. Las luces del gimnasio ya estaban encendidas.

A través de la cristalera vi el movimiento: los chicos calentando, las chicas estirando junto a las barras, los entrenadores comentando algo frente a las pizarras electrónicas.

Todo limpio, ordenado, casi quirúrgico. Magnesia, metal y disciplina.

El ambiente tenía ese tipo de silencio lleno de concentración que no se oía, pero se sentía.

Empujé la puerta. El cambio de temperatura fue inmediato: el aire acondicionado me golpeó la piel y el ruido de mis zapatillas nuevas sonó más fuerte de lo que me habría gustado.

No hubo silencio total, pero sí esa pausa en la que todos miran.

Sentí las miradas clavarse, ese escaneo rápido que los atletas hacen por instinto: postura, hombros, seguridad.

Nada que no conociera.

El entrenador Hayes estaba frente a un chico rubio, con el sol instalado en los rizos y una sonrisa de quien sabe que cae bien haga lo que haga.

Indiscutiblemente, ese tenía que ser Mason Fitzroy. El fiestero. Mi capitán. Y sí, la fama le encajaba. Tenía ese aire despreocupado de quien flota por la vida sin pedir permiso.

Sus ojos se toparon con los míos. Eran de un azul casi translúcido con unas pestañas largas y rizadas que acompañaban una nariz recta y una boca de labios llenos y sonrisa burlona. Detrás del encanto solía haber algo más. Los que vivían haciendo bromas todo el tiempo eran los que no se permitían pensar demasiado.

Desvié la vista hacia el grupo de chicas. Una bajita, con moños altos que intentaban ganar centímetros, me escaneó de arriba abajo sin disimulo.

Le devolví la mirada. Ni provocación ni flirteo: solo un pulso entre dos personas que aún no se han presentado.

Y entonces la vi.

Era justo como la había descrito Anderson y como la había visto en internet la noche anterior, cuando busqué su nombre.

Sienna Walsh, la capitana caída.

Morena, ojos azules fríos como el acero y una espalda tan recta que parecía desafiar la gravedad.

Había fuerza en ella, sí, pero también una tensión difícil de esconder.

El tipo de rigidez que aparece cuando el cuerpo se convierte en enemigo.

No hacía falta ser psicólogo para notar que su equilibrio era una fachada a punto de resquebrajarse.

Seguí caminando, dejando que el eco de mis pasos llenara el espacio.

Sabía que todos esperaban algo: una grieta, un error, una señal.

No pensaba dárselas.

Estaba seguro de lo que podía aportar al equipo y cuál era mi misión.

Y, entonces, el entrenador habló.

—Os presento a Thiago Cruz. Viene de Miami con una beca completa, aunque puede que no os suene porque ha estado compitiendo en Puerto Rico. Su padre fue clavadista olímpico cubano y su madre velocista del equipo puertorriqueño —prosiguió Graham

—. Es campeón nacional de suelo, anillas y caballo con arcos en su país materno. Así que ya sabéis: no os lo va a poner fácil.

Di un paso adelante. El eco de mis zapatillas sonó como si el suelo quisiera presentarme también.

No me moví con prisa ni con miedo. Solo dejé que me miraran.

Un becado con más hambre que recursos, el tipo al que todos observan para medirlo. Y yo no pensaba bajar la vista.

Tenía que decir algo, así que lo hice:

—Para los que no sepan pronunciar mi nombre —dije tranquilo, con una sonrisa casi invisible—, es Thiago, no Thiéigo ni Tiágo. Y sí, soy medio cubano, medio boricua… —necesitaba que entendieran que me sentía orgulloso de mis orígenes, que no los ocultaba—, y cien por cien listo para dejaros atrás si hace falta. Vengo a ganarme la plaza y llegar a los Nacionales.

El silencio duró medio segundo.

Después, un murmullo cruzó el gimnasio, mezcla de sorpresa y aprobación.

Escuché un «los tiene cuadrados» por ahí.

La mirada azul del capitán se cruzó con la mía.

No supe si quería probarme o provocarme.

Tenía ese tipo de carisma que llena un sitio sin pedir permiso: postura relajada, sonrisa fácil y ojos que lo ven todo sin dejarse ver demasiado.

Carisma natural, sí, pero también una vibración cansada.

El brillo de quien ha dormido poco y sentido demasiado.

El ego le servía de escudo; se olía desde lejos.

En otra vida habría sido el paciente favorito de mi profesor de Psicología.

Tan guapo que, si fuera una mujer, me habrían dado ganas de tirármela.

Corté el pensamiento antes de que siguiera rodando.

—Ti-hago-la-cruz —bromeó, dibujando una cruz en el aire, como si me bendijera.

Algunos se rieron, pero no de burla.

Era su forma de marcar territorio.

Graham intervino con voz neutra:

—El bromista es Mason Fitzroy, tu capitán.

Levanté las comisuras por instinto, no por cortesía.

Él sostuvo el gesto.

Una corriente invisible se tensó entre los dos.

Extroversión defensiva. «Caso de manual», pensé.

Reí para mis adentros. Esgrimía la risa para tapar el miedo, estaba seguro. Podría escribir un ensayo.

El decano entró poco después, apurado, soltando las mismas frases motivacionales de bienvenida que, con toda probabilidad, repetía cada año.

La gimnasta de los moños se acercó a Fitzroy y hablaron en voz baja.

Yo aproveché para observar al resto.

Avery Dalton, la chica de oro del equipo femenino, destacaba sin necesidad de hacer ruido. Serena, enfocada, de esas personas que canalizan la presión con disciplina.

No necesitaba mandar para que la escucharan.

Me cruzó la mirada y asintió apenas un «bienvenido» sin necesidad de mover los labios.

Eso era liderazgo de verdad, del que nace y no se fuerza.

El decano se marchó y Graham me preguntó si quería añadir algo antes de empezar con el entrenamiento.

—No vengo a quitarle el puesto a nadie —respondí tras escuchar un murmullo que decía algo sobre Landon—. Vengo a ganarme el mío y sumar al equipo.

Esa última frase siempre funcionaba para que no me vieran como una amenaza a la que liquidar. La había usado más veces de las que quisiera admitir: en Puerto Rico; en torneos internacionales; en cada sala donde tenía que demostrar que merecía estar ahí.

Y siempre producía el mismo efecto: el ambiente se relajaba un poco.

Graham asintió, satisfecho.

Jaxon —el ayudante del entrenador, con más cuerpo de atleta que varios del equipo— me observaba con curiosidad técnica.

El resto medía. ¿Oponente o aliado? Ya lo descubrirían.

Poco a poco, las conversaciones volvieron a llenar el espacio.

Hayes dio una palmada, me presentó a la entrenadora del equipo femenino y anunció el inicio del entrenamiento.

Mientras calentaba, los observaba.

Si algo había aprendido era que cada salto, cada chiste, cada mirada contaba para comprender a lo que me enfrentaba.

Todos mostraban más de lo que creían a través del lenguaje no verbal.

Había venido a ganarme mi sitio, sí, pero también a entenderlos. A todos.

«A ellos».

CAPÍTULO 4



Mason

Había chicos buenos. Chicos muy buenos. Chicos que estaban muy buenos.

Y luego estaba Thiago Cruz.

No le quité los ojos de encima en todo el entrenamiento. Era jodidamente difícil hacerlo.

Primero, porque un buen capitán —ahora lo era, y tenía que acostumbrarme a sonar como tal— debía evaluar a su fichaje nuevo; y segundo, porque mi sistema de valores era simple: si me gustaba, lo miraba; si me entusiasmaba, lo quería; si lo quería, iba a por él hasta que me lo follara.

Y Thiago pertenecía a la categoría de «no pienso parar hasta que nos empotremos contra todo el mobiliario». Me daba igual quién fuera el taladro y quién el tornillo.

Suspiré y bebí un trago largo de agua, sintiendo el sudor pegarme la camiseta a la espalda.

En anillas se había marcado una plancha limpia, hombro cerrado, sin tembleque ni teatrillos.

En caballo con arcos, control total.

En suelo… Joder, en suelo fue porno artístico: amplitud, empeines, recepción clavada. Ni pasito de seguridad ni rodilla traicionera. Si hubiera estado en la grada, le habría tirado el refresco al de delante solo para liberar tensión.

Y tensión justo era lo que llevaba acumulada desde que nuestros ojos se cruzaron.

Que clavara así las caídas solo me hacía pensar en cómo lo haría en la cama.

Necesitaba follar. Si era con él, mucho mejor.

Entrenábamos con la equipación de pretemporada: camiseta de tirantes blanca con franjas moradas bordeando el cuello y finas líneas doradas en los costados. El pantalón era blanco, ajustado, ideal para estudiar la técnica... y para imaginar cosas que no debía.

Sudor. Brazos. Espaldas. Chasquidos. Magnesia en suspensión.

Jaxon me cortó un par de veces con esa mirada suya de ayudante responsable. Me dejé regañar.

Mi mejor amigo se estaba tomando en serio su papel y no era plan de fastidiarle el puesto.

Tenía prisa por que acabara la sesión.

En la SSU existían pasillos donde se decidían cosas sin comités; el estrecho que conectaba con los vestuarios era uno de ellos.

En el último estiramiento, Cruz levantó la cabeza y me pilló mirándolo.

No aparté la vista.

La sostuvo un segundo más de lo necesario, como si entendiera perfectamente la provocación.

Bien. Juego aceptado.

Me gustaban los tíos que no rehuían el contacto visual. Ya había tenido suficiente de ser el secretito de Troy, nunca más iba a ser el secreto de nadie.

—Buena sesión, capitán —me dijo Jaxon al pasar, bajo—. Y deja de mirarlo o vas a resbalar con la baba.

—Imposible —le contesté—. Babear es de perros, y yo soy un puto león.

Le rugí.

Puso los ojos en blanco y se dio la vuelta para seguir a Graham hacia la oficina.

—No te pongas celoso, cariño, sabes que mi marido siempre serás tú.

Sacó el dedo del medio a relucir sin dejar de caminar.

Me quedé unos segundos más, lo justo para ver cómo Thiago recogía su sudadera en la otra punta del pabellón y la metía en la mochila con esa pulcritud milimetrada que tenía.

Ni un movimiento innecesario.

A veces, la disciplina me calentaba más que cualquier baile.

Había decidido quedarme en la SSU y hacer un máster, no porque me pirrara estudiar, sino porque no me apetecía despedirme de todo esto: mis amigos, los entrenamientos, el equipo...

En una vida donde la única persona que te esperaba en casa era del servicio, se agradecía el ruido.

Solo quedábamos él y yo.

Corté hacia el pasillo. Quería esperarlo allí, sin disimulo, sin testigos.

Me apoyé en la pared, crucé los tobillos y esperé.

Mientras hacía tiempo, recordé la cara de Camila esa mañana, cuando notó que Cruz me interesaba.

Me vino a la cabeza la apuesta que habíamos hecho justo después de la presentación.

Camila había dicho, muy convencida, que Cruz se la había comido con los ojos, sabiendo que sus futuros hijos se apellidarían Cruz-Ortiz.

Casi me atraganté de la risa, aunque lo que sentí no tuvo ni puta gracia.

Una punzada. No de celos —o eso me repetí—, sino de algo que preferí esconder bajo mi costumbre de reírme de todo.

Ella lo dijo como si fuera broma, pero la forma en que lo miró no tuvo ni pizca de humor.

Y lo peor era que la entendía.

Solíamos coincidir en gustos por los tíos. El año pasado vivimos un par de situaciones tórridas que, aunque no acabaron en sexo completo, sí dejaron besos, miradas y cuerpos demasiado cerca. Como en el cumpleaños de Jaxon o la fiesta de las finales.

Verla tan interesada, tan encendida, me revolvió más de lo que quise admitir.

Camila se había vuelto imposible de ignorar.

Las mechas rubias le iluminaban las facciones morenas, los moños altos dejaban ver los *piercings* nuevos y ese cuerpo pequeño, flexible y mortal, diseñado para pecar.

Se movía con esa mezcla de fuego y reto que la hacía única.

Cada vez que la veía entrar al gimnasio, pensaba que alguien debería patentar el *Cami-Sutra 3.0*.

Y aunque me reía con ella por la apuesta, sabía a la perfección que no iba a ser fácil vencerla.

Era una bomba envuelta en carcajadas y *gloss*.

Y yo quería ganarle, aunque solo fuera por el gusto de verla rabiar.

Mis pensamientos se frenaron cuando escuché las pisadas.

Thiago apareció con la mochila al hombro, el cuello aún perlado de sudor y la camiseta pegada al torso.

Los ojos color miel iban despejándole el camino.

Se apellidaba Cruz, pero aquella entrada se parecía más a un asedio.

—Thi —lo llamé justo cuando iba a pasar. No me moví. Bloqueé el paso sin tocarlo, dejándole medio metro de margen, suficiente para que eligiera si rozarme o detenerse.

Se detuvo.

Su mirada bajó lo justo para inspeccionarme: brazos cruzados, sonrisa descarada, el sudor aún perlado en mis sienes. Luego subió, serena, con ese aire de quien no se inmuta ni aunque el mundo arda.

De cerca olía a esfuerzo recién exprimido, a calor bien empleado. Ni rastro de colonia cara ni artificios. Solo él. Y eso bastaba para ponerme muy bruto. Llámame cerdo, pero me flipaba el aroma a sudor fresco.

—Thiago, capitán —me corrigió, neutral.

Me encogí de hombros.

—Ya te escuché, es que soy de diminutivos. Buenísima plancha en anillas, por cierto. Sostuviste la línea sin abrir costillas. Y el apoyo en caballo… limpio. La segunda diagonal de suelo te quedó más bonita que la primera; metiste el doble atrás con más altura. Si trabajas un pelín la salida de cadera, te auguro muy buenos resultados.

Ni un «gracias». Ni la sonrisa del novato cuando lo alaban.

Solo ese silencio tenso que daba ganas de morder.

—Tomo nota —contestó seco.

—Tómame a mí —solté, porque mi filtro era más decorativo que funcional. Sonreí, bajando el tono cuando vi cómo sus ojos se abrían un poco—. Digo… como referencia. Soy buen guía. Y mejor compañía.

Su rostro volvió a la calma inicial. Ese control. A cualquiera lo habría intimidado; a mí me encendía.

Me apoyé con el hombro en la pared, con la toalla colgando del cuello.

—¿Y a qué debo el informe técnico? —preguntó. Si esperaba que pasara de largo, me equivocaba.

«Minipunto para el señor Cruz».

—A que me gusta la gente que hace bien las cosas —respondí—. Y tú lo hiciste más que bien. Tienes fuerza en las escápulas, te adaptas rápido a la corrección… Eso no se enseña. Se trae en el ADN. Y el tuyo parece *premium*. Quizá tener padres atletas, en vez de cineastas, como los míos, te dé cierta ventaja.

Giró la cabeza, evaluándome.

Yo le sostuve la mirada sin pudor. Dejé que mis ojos siguieran el recorrido que ya se habían aprendido de memoria: clavículas, pecho, la sombra oscura de sudor en el esternón, los oblicuos marcando el límite del pantalón.

Me pasé la lengua por el labio inferior, despacio. Él lo notó.

No hice nada por ocultarlo.

—No suelo regalar elogios —continué—, aunque contigo hago excepciones.

—Soy más de trabajo que de flores, no necesito que las hagas —dijo.

—Lo uno no quita lo otro —repliqué—. Puedes clavar la rutina y escuchar cómo te digo que estás para cometer un pecado mortal.

«Allá voy».

Le tembló la comisura. No sé si fue una sonrisa o una amenaza. Me daba igual, solo quería comerle la boca. Y la polla, puestos a confesar.

—¿Qué querías? —soltó al fin, directo.

Ahí estaba.

La puerta abierta al juego.

Me gustaban los tíos que no se cortaban.

—A ti —contesté.

Lo dije alto, sin esconderme, con toda la desvergüenza que me caracterizaba.

Frunció el ceño. Por un segundo, la miel de sus ojos se volvió ámbar duro. Me sostuvo la mirada como quien examinaba una grieta en la carretera: no decidía si evitarla o pisarla.

—No me van los tíos —respondió con voz seca—. Pierdes el tiempo.

—Árboles más altos han caído, y se me dan genial los troncos. Tal vez en otra vida fui leñador —dije, sonriendo—. Cuanto más gruesos y con relieve, mejor.

—No vayas por ahí conmigo. Te confundes.

Solté el aire, crucé los brazos y ladeé la cabeza.

Sabía que esa respuesta me ponía más que un sí facilón. El reto era mi *guilty pleasure* favorito.

—¿Eso crees? —pregunté, avanzando medio paso, lo justo para invadir su espacio sin tocarlo—. ¿Y si te demuestro que el confundido eres tú?

Me mordí el labio. Lento.

Sus ojos bajaron hacia mi boca.

Otro se habría apartado, nervioso, al darse cuenta. Él no.

Volvió a subir la mirada con esa calma que me desarmaba.

Ese gesto me encendió como un fósforo en gasolina.

Llevaba cachondo desde que cruzó la puerta del gimnasio y nuestros ojos colisionaron.

Hacía tiempo que mi cuerpo no reaccionaba tan rápido, tan voraz. Y aquello olía a peligro del bueno. Pensé en Jaxon y Avery. A él le pasó lo mismo cuando conoció a Demasiado. Las reacciones químicas de nuestro cerebro que afectaban al organismo eran inevitables.

—Imposible.

—Los imposibles me flipan —respondí—. Por eso hago artística.

Guardó silencio. Estaba seguro de que contó mentalmente antes de contestar, como si cada palabra pasara por un filtro.

—Me alegro por ti.

—Te alegrarías más conmigo —rematé sin perder la sonrisa.

—No me conoces.

Pero quería hacerlo.

Y que no se hubiera largado aún, o no me hubiera calzado una hostia, decía mucho más de lo que pensaba, que tal vez sí quería hacerlo.

—Estás empezando —admití.

—Tú tampoco me conoces como para saber si te gusto.

—Soy un básico. Me basta con saber que, si quisieras, podrías levantarme en crucifijo y no temblar. Y que yo sabría dónde agarrarme para no caer. Eso te lo garantizo.

No dijo nada.

Mis ojos recorrieron la curva del trapecio al deltoides como si ya fuera terreno conquistado.

Pensé en Camila, en su risa cuando me prometió que me ganaría.

«El primero que se lo tire, gana».

El recuerdo me sacó una sonrisa. Adoraba los retos donde el premio respiraba.

—¿Cuánto tiempo crees que necesitas para darte cuenta de que tienes más ganas de probar de lo que piensas? —le susurré, casi tocando su oído.

—El mismo que tú necesitas para darte cuenta de que conmigo te equivocas de tío, capitán.

La forma ronca, con ese acento suave, me atravesó el abdomen y la polla.

«Capitán».

Nunca me había alegrado tanto de serlo. Dicho así, me subió la sangre al prepucio.

—Acepto el reto —dije despacio, saboreando cada sílaba como si fuese suya—. Bienvenido al equipo, Thi. Va a ser divertido tenerte por aquí. Nos vemos en las duchas, y no dudes en pedirme ayuda si se te acaba el jabón… —añadí, guiñándole un ojo.

Me aparté un paso, justo el necesario para pasar rozándolo.

Admiré las trencitas que recogían su pelo, el temblor casi invisible en su respiración.

No se movió hasta que mis zapatillas dejaron de sonar en el interior del vestuario.

Me mordí la lengua para no reírme. Le gustara o no, ya estaba dentro.

Mientras caminaba hacia mi banco, vi la sonrisa reflejada en el cristal oscuro del cuadro eléctrico. Ridícula. Juvenil. Feliz. Me la dejé puesta, me la había ganado.

El teléfono vibró en la taquilla. Un mensaje de Camila:

«Ni se te ocurra pillarlo en la ducha y lanzarte a por su rabo. Juego limpio, Fitzy».

Solté una carcajada. Me desnudé, tiré la toalla al hombro y entré bajo el agua.

El chorro me cayó en la nuca y me enderezó. Bendita presión.

Pensé en nuestro encuentro en el pasillo y me sorprendió acabar de enjuagarme sin verlo.

¿Se habría largado sin ducharse?

Cazador o presa. Con Thiago Cruz no estaba claro, quizá por eso ya me tenía deseoso de averiguarlo.

CAPÍTULO 5



Camila

Nuestra habitación era nuestro refugio. Caos controlado que nosotras entendíamos a la perfección: dos camas hechas a medias, dos armarios abiertos que ni juntándolos alcanzaban el tamaño de mi vestidor de Las Vegas, dos escritorios que —en una semana— estarían llenos de apuntes, un baño compartido atestado de mis productos —porque Avery no era fan del *skincare*, del *makeup* o el *bodysculpt*— y la minisalita con el sofá donde Naomi se había espatarrado como una gata, con el móvil en la mano y el iPad al lado, por si el mundo se acababa y hacía falta doble pantalla para despedirse. Una yonqui de la tecnología.

Avery estaba en su cama con una toalla en la cabeza, oliendo a crema de coco —yo la había obligado para evitar que su piel muerta colonizara el suelo por falta de hidratación— y ordenando la galería del teléfono. Mi compi no llevaba bien perder el tiempo, no sabía

estar quieta sin organizar sentimientos, agendas o cajones. Yo había secuestrado el espejito de aumento para repasarme el *eyeliner*: ojito de diosa vibra-latina, aunque no tuviera plan. El plan podía aparecer. O se inventaba. Ojalá con nombre, apellidos y el pelo lleno de trencitas.

—Repaso —dije, tumbándome bocabajo con las piernas en el aire —. Uno: la semana que viene empiezan las clases. Dos: el viernes es tu cumple, Dalton, y la fiesta del equipo en el Sand Dreams. Tres: hoy Cruz me miró como si supiera exactamente dónde guardo las llaves de mi reloj biológico. Nunca había querido hacer prácticas para quedarme embarazada con tanto ahínco. ¡No me miréis así! Dije prácticas, con doble forro y píldora, que los bebés no entran en mis planes por ahora. Fin del informe.

—No te miró a ti —respondió Avery sin levantar la vista—. Nos miró a todas. Es nuevo. Medía el terreno y a los compañeros que desconocía hasta esta mañana.

—Que mida lo que quiera —repuse—. Yo me convierto en cinta métrica para que me ponga donde le apetezca.

Naomi rodó en el sofá con su sonrisa de «ya viene el ciclón Camila».

—Cami, si tú eres la cinta métrica, él es la Estrella de la Muerte y tú aterrizas en el puerto de atraque —murmuró sin soltar el móvil—. Ojito con las torretas láser… Diría que he visto a Fitzy al mando de una y encañonándote.

—Me encanta cuando mezclas sexo y *Star Wars*, pero sobran las menciones a Mason Fitzroy y sus capacidades de disparar —le contesté.

«Mason Fitzroy igual a punzada en las tripas».

Avery se rio por lo bajo. Risa breve, como si le diera vergüenza disfrutar. Suerte que Jaxon se la quitaba a base de orgasmos.

—Sienna estuvo fatal en el entrenamiento de hoy —soltó de pronto—. Mucho peor que la semana pasada. Volkova se la comió viva.

—Cruda y sin sal —confirmé, girándome de lado—. ¡Viva la proteína! Se lo merece. Siempre fue una sobrada y ahora la hiena

pisa la sabana y se topa con una depredadora mayor. Que se aguante. Las Sienners son unas vendidas.

—A mí me dolió verla tan desconectada —admitió Avery.

—Tú eres blanda con Walsh. Le sentó como el culo que te quedaras la capitanía y se le nota a la legua. ¿Quería un verano en París poniéndose fina a cruasanes y *baguettes*? Pues que se coma el *jet lag* si ahora le cuesta más que a las demás.

Naomi dejó el móvil y apoyó la barbilla en el respaldo.

—Lo de hoy fue como ver un *X-Wing* caer por mal cálculo. No por falta de talento, por exceso de carga. Mental —puntualizó—, que nos conocemos.

—Coincido —añadí—. Tenía la cabeza en otro sitio, y si ese sitio es París o algún francés, por mí que se las pire.

Avery se frotó la nuca con la toalla.

—Volkova no piensa regalar nada a nadie. Ya me lo dejó claro. Y yo… —Miró al suelo—. No sé cómo ayudarla sin que sienta que la estoy reemplazando.

—A ver si lo entiendes, cabeza de alcornoque. Tú no eres el problema: ella sí. Ya no es la capitana y tiene que asumirlo. —Me incorporé—. Encadenó cagada tras cagada: se lio con el idiota de Landon, se puso de culo contigo por ocupar un rol que votamos todas… No sabe elegir sus guerras ni su bando. Si quiere pelear, que lo haga con Hayes o con Volkova.

—¿Puedes ser menos Yoda? —pidió Naomi, que ya había vuelto al móvil—. Me entra la tentación de hablar al revés.

—¿Más directa? Ok. Hoy fui segunda opción en asimétricas y voy a por la primera, aunque ese puesto —miré a nuestra capitana— sea tuyo.

Ella sonrió.

—Esa es la actitud.

—¿Te alegra?

—Me llena de orgullo. Si necesitas ayuda, cuenta conmigo.

Lo decía en serio, Avery Dalton era así. Le gustaba sacar lo mejor de todo el mundo.

—¿Ves por qué te elegimos? Eres la hostia. Reyes tuvo buen ojo al no parar hasta conquistarte; mereces la capitanía, y punto.

Chocamos miradas y sonrisas.

—Y hablando de conquistas —canturreó Naomi—, ¿vamos a hablar del exótico con hombros de mármol? ¿O ya te has olvidado?

—Ni hablar, es mi nuevo tema favorito. Ya dije que me lo pido; aparta tus ojos rasgados, Mulán. —Naomi bufó, yo seguí—. ¿Lo habéis escuchado? De Miami. Medio cubano, medio boricua. Cien por cien «bésame la vida y hazme una buena comida», y no hablo de la de tenedor.

—Te falta información —saltó Avery con gesto medio serio.

—Tranquila, le pediré un informe de ETS y en paz. —Ella negó—. ¡Venga ya! Es campeón nacional de suelo, anillas y caballo; estoy preparadísima para que me enseñe lo bueno que es… en todos los planos —encadené—. Hoy respiraba antes de cada pase como si nada le tocara, seguro que es de los que saben hacer jadear a una mujer.

Avery y Naomi se miraron; yo seguí.

—Me tocó con los ojos. Y eso que aún llevaba el maillot. Mañana muevo ficha: lo invito a un *tour* privado por Los Ángeles. Comité de bienvenida con curvas.

Avery me apuntó con el bolígrafo.

—¿Y Mason?

—¿Qué pasa con él?

—Os escuché. La apuesta. —Bajó la voz—. Dijiste que el primero que…

—Fue una tontería. Fitzy no tiene ni un gramo de posibilidades con él. Cero. *None*. Ese tío no mira a Mase como comida. A mí sí me va a mirar, yo me ocupo.

Naomi chasqueó la lengua.

—Cinematográficamente suena a giro de guion en el minuto treinta y cinco, y aquí todas sabemos quién es el especialista en cine.

—Cuando llegue, yo ya habré girado —repliqué—. Soy latina. Nací bailando *plot twists*. Así Mason aprenderá que no todo lo que brilla son sus rizos.

Avery abrió el cajón, sacó una vela de vainilla y la encendió. Le gustaba que el cuarto oliera a algo dulce. A mí me gustaba que todo

oliera a posibilidad.

—Si no acepta mi *tour*, el viernes me pongo mi vestido del *fornicidio* y lo remato. Infalible: cualquier tío con rabo cae ante esa miniatura de espalda descubierta cargadita de perspectivas.

—Vale, pero, si no, cero dramas —apuntó Avery.

—Cero dramas. —Crucé los dedos a la espalda—. Solo orgasmos. Por tu cumple te regalo uno simbólico en tu honor.

—Qué detallazo —bufó—. Apunta, Naomi: el regalo de Cami será intangible.

Naomi alzó el iPad como quien sella un pacto.

—Sin porno *amateur*. Solo acta notarial: «Camila Ortiz dona un orgasmo simbólico a la capitana». Fechado y sellado para los anales de la historia.

—Ummm, ¿anales? —Arqueé una ceja—. Esos también me gustan.

Nos reímos. Nuestra cueva brilló con el viernes en el horizonte.

El móvil de Avery vibró con un tono inconfundible. En pantalla: Valentino.

—Mi hermano no puede ser más inoportuno —murmuró, pero aceptó la videollamada.

—¡Valen! —saludó. En el sofá, Naomi se tensó entera. No un poco: entera.

—¿Dónde estás? —La cara masculina llenó la pantalla, demasiado guapo para su bien, barba de dos días y camiseta de Dallas—. Dime que estás en tu cuarto y no en el de Jaxon mientras te come los bajos. Hay cosas que un hermano nunca debe ver.

—No seas imbécil. Si estuviera con Jaxon no te contestaría. Estoy en mi habitación con las chicas.

—Dime que están en tetas.

—¡No, guarro!

—Haz un barrido para demostrarlo.

Avery nos miró con cara de «ya lo conocéis». Pulsó la cámara trasera. Yo ya estaba lista: levanté la camiseta hasta la garganta con un *ta-dá* burlón mientras agitaba a mis amigas.

Naomi puso cara de «me bajo en la próxima», pero no se movió. Avery, muy profesional, pasó de largo y dejó mi aportación periférica

para enfocar la cara de mosqueo absoluto que regentaba el trono del sofá.

—¿Te ha crecido el entrecejo en estos últimos meses, Parks? —Se rio Valentino—. Estoy dudando si eres tú o Chewbacca. Enséñame las tetas y salgo de dudas.

—¡Vete a la mierda, Dalton! —escupió Naomi sin levantarse.

—Vuelve al plano de antes, hermanita —siguió él, carcajeándose —. Me gusta más la alegría de Cami, y las agitadoras de sus dos amigas, que la cara de culo de la friki de *Star Wars*, siempre mirando con sospecha…

—¡Soy medio asiática! ¡A ver si maduras y un pelotazo te recoloca las neuronas, imbécil! —alcanzó a decir Naomi cuando Avery giró definitivamente la cámara.

—Mejor salgo y bajo a la sala común —zanjó Avery—. Antes de que un pezón de Camila atraviese la pantalla y nos baneen del wifi.

Se puso de pie y salió riñendo a Valen por su mala conducta con Naomi.

El silencio quedó raro. Denso. Como si entrara viento frío —imposible en agosto—. Mi mejor amiga seguía rígida. Podría pasar por una escultura.

Un segundo. Dos. Tres.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Nada.

—Venga ya… No te pongas de culo por Valen, ya lo conoces y sabes que estaba de broma. Él es así, disfruta picándote.

—Tú podrías haberte cortado un poco, ¿no? —dijo, clavando la vista en el techo.

—¿Cortarme? —Me incorporé. Le vi la expresión: la traición planeando por sus ojos—. Espera…, ¿algo que confesar con Dalton? ¿Hubo algo entre vosotros el año pasado que no me hayas contado?

—¿Estás loca? —Por fin me miró, flechazo de indignación—. A mí ese capullo… —Se mordió el labio—. No me importa.

—Ya…

—No me liaría con él ni aunque fuera el último humano en Tatooine y yo una granjerita de humedad desesperada —remató, seca.

—No sé qué has querido decir, pero tu humedad es más bien sequedad y te veo demasiado ofendida para alguien a quien supuestamente le da igual el *quarterback* suplente de los Texas de Dallas —canturreé.

—No me da igual —resopló—. Querría que dejara de existir. Hay diferencia.

—Ajá. ¿Y por qué? ¿No te gusta la barba? ¿Corre mucho abrazado a una pelota? ¿Demasiado guapo? ¿Dice barbaridades? —Conté con los dedos—. A mí me pone nerviosa Thiago Cruz y no quiero que desaparezca. —Le sonreí de lado—. Te pone el cavernícola de Dalton y no pasa nada.

—Ni de coña. Y aunque me gustara un milímetro, no me acercaría. No me van los jugadores de fútbol americano ni los tíos con encefalograma plano y alergia a *Star Wars*. Además, es el hermano de nuestra amiga.

—Puedes negarlo lo que quieras, pero te llama el lado oscuro. —Me encogí de hombros—. Si no te gustara, no te habría importado enseñarle las tetas como he hecho yo.

—Yo no tengo tetas que enseñar.

—Vale, quizá lo tuyo no son melocotones, más bien lichis, pero me da que Valen no les haría ascos por su tamaño. Le basta con tener un lugar calentito del que mamar.

—¡Puaj! ¡Qué asco!

Su expresión no tenía desperdicio y las mejillas estaban coloreadas.

—Ya, ya… Si no te atrae nada la idea de su boca succionando tus pezones, no hace falta que te esfuerces tanto en demostrar que no te gusta, consigues el efecto contrario.

Bufó. Me dejé caer de espaldas y miré el techo. El viernes estaba a cuatro noches. Cuatro noches podían ser eternidades o pestañeos.

—Naomi —pregunté sin moverme—, ¿crees en el destino?

—Creo en la Fuerza —dijo—. Y en la estadística. Si alguien quiere algo y se organiza bien, lo consigue siete de cada diez veces.

—Yo quiero ser nueve de cada diez —murmuré—. Y esta vez no pienso quedarme sentada esperando.

La puerta se abrió. Entró Avery con dos vasos de hielo, dos refrescos en los bolsillos y una bolsa con gominolas.

—Había cola en las máquinas. Repongamos líquidos y glucosa. Toca compartir.

—Cuando te crías con cuatro hermanas, compartes o mueres —dije.

Abrimos latas, llenamos vasos y chocamos como si fueran copas de cristal. Por la ventana, el atardecer estiraba su lengua naranja sobre el campus.

Tenía el objetivo fijado. Podía esperar. Ahora importaban mis chicas. Y la fiesta, nada más.

CAPÍTULO 6



Thiago

Hacía la colada en la lavandería de la residencia con la misma meticulosidad con la que repasaba una serie de anillas: ritmo, postura, repetición. La secadora marcaba el tiempo del mismo modo que hacía un contador de entrada —uno, dos, tres— y yo la miraba más atento que al móvil. La semana había sido intensa; Graham analizaba con mirada crítica a cada gimnasta sobre el aparato. Línea en el vuelo, tensión en el *core*, salida limpia. No era solo fuerza: era cabeza. Si la mente y el cuerpo no iban a la vez, se te iba el ejercicio y se te escapaba la temporada. No hacía falta que me lo repitiera porque, yo mejor que nadie, sabía que el pensamiento fallido pesaba tanto como el músculo flojo.

Mientras me fijaba en el parpadeo de los segundos, repasaba los apuntes de visualización que había ido practicando: anclajes; respiración diafragmática; ese diálogo interno que cortaba la

paranoia y dejaba sitio a la rutina. Graham lo explicaba bastante bien: «El ejercicio no se sostiene sin la intención». Era una buena frase. Quería salir de la SSU con algo más que una carrera bajo el brazo, quería contactos y, si tenía suerte, alguna oferta seria, la sensación de que mi trabajo no era provisional.

Mis padres merecían sentir que su esfuerzo no había sido en vano, estar orgullosos de mí.

Por eso llevaba toda la semana ubicándome, centrándome y entrenando fuera de horario porque el capitán se había propuesto no hacerme fácil la concentración. Tenía esa habilidad pasmosa de aparecer en cada pausa con una ocurrencia destinada a desviar la mirada en mi dirección.

Ayer mismo se plantó al lado de las anillas con la sonrisa perfilando su boca ancha, admirándome de pies a cabeza mientras hacía el Cristo con todo el cuerpo en tensión.

Me llamó «Thi», como si el apelativo le abriera una puerta que yo no había accedido a abrir.

Acabé la serie, tratando de que no me afectara aquella intensidad que te hacía llegar a plantear situaciones que jamás se me pasaron por la cabeza. El efecto Fitzroy era demoledor y mi compañero de cuarto ya me había advertido que más de uno se había vuelto muy *heterocurioso* con el capitán. Encima, a Fitz le iba lo de compartir.

Di un paso atrás en la salida y maldije para mis adentros.

Él se acercó. Su energía olía a peligro.

—Si te cuesta clavarla, puedo ayudarte, tengo un máster.

Hinqué mis pupilas en las suyas.

—Imagino que te refieres a los aterrizajes.

—Conmigo puedes imaginar lo que quieras, *golden boy*.

—Si necesito ayuda, se la pediré al entrenador o a Jaxon. Gracias por la oferta, capitán.

No quería entrar en su juego, así que prefería pasar por alto las insinuaciones y no entrar al trapo dándole más munición.

Mase alzó las cejas, como si le hubiera quitado una merienda. Le gustaba el *show*; a mí me gustaba la técnica. Intentó recuperarme con una de sus réplicas mientras mi pecho subía y bajaba por el esfuerzo.

—De nada, para eso estoy, para cuidar de quien lo necesita y orientar. Mañana es la fiesta del equipo, no te la puedes perder, está demostrado que es bueno conectar con los compañeros, tanto dentro como fuera, así hay más complicidad y se forjan lazos. Estarás de acuerdo conmigo en que un equipo unido compite mejor.

Eso no se lo podía rebatir. Era bueno conectar tanto dentro como fuera del tapiz, aunque no con las segundas intenciones que veía en sus ojos.

—Allí estaré —me limité a responder.

Me deshice de él, caminando hacia el cubo de la magnesia, y lo escuché murmurar por lo bajo un «y yo te estaré esperando».

A cabezota no le ganaba nadie.

Se notaba que era un corredor de fondo y que las negativas se la soplaban. Tiraba la caña a cada oportunidad y yo no estaba para picar con entusiasmo, que no era ningún salmón.

Si perdía el foco por una sonrisa, perdía tiempo útil.

No solo Mase estaba al acecho. Ser el recién llegado te convertía en objeto de curiosidad para un grupo que lo tenía casi todo: dinero, fiestas y un repertorio de conquistas nada despreciable. Era la novedad del escaparate, el exótico del grupo, pero no pensaba convertirme en el juguete de nadie. Entreno, estudio, contrato. Todo lo demás sobraba.

En cuanto salí del vestuario, Camila se me acercó. Tragué con fuerza. Tenía el pelo húmedo suelto, que goteaba sobre un top corto de tirantes que mostraba su ombligo y unos pechos libres sin sujetador.

El *short* podría haberse tipificado en el código penal como arma homicida para conductores desconcentrados y personas con insuficiencia cardíaca. Media nalga quedaba al aire y a ella no parecía importarle.

—Menudo entreno te has marcado…

—Gracias —contesté, contenido.

Ella me sonrió.

—Vives en la residencia masculina, ¿verdad? ¿Te gusta? ¿Qué tal tu compañero de habitación?

—Em, becado, así que… Sí. Con mi compañero bien, he tenido suerte.

—Yo también la tuve con Avery, está becada, como tú, y comparte cuarto conmigo; mis padres viven en Las Vegas y se quedaban más tranquilos si vivía en el campus que en una casa apartada del mundo. No me va la soledad. ¿Has visto ya la ciudad?

—Apenas he tenido tiempo.

—Si quieres, puedo mostrártela. —Se acercó a mí. Olía muy bien, como a fruta y flores recién cortadas. Algo jugoso y voluptuoso, como ella—. ¿Te va bien esta tarde?

—Hoy no puedo.

—¿Mañana?

—Es la cena del equipo, no voy a tener tiempo.

Ella hizo un mohín… Todavía le daba vueltas a lo que me llevó a decir…

—¿Qué tal el fin de semana?

Se le iluminaron los ojos castaños. Yo me maldije.

—¡Perfecto! Voy a llevarte a algunos sitios increíbles, vas a alucinar.

Tenía una energía ruidosa y contagiosa: risa ancha, manos de las que te hacen pensar en cuerdas finas...

Expulsé esa imagen de inmediato. No es que huyera de las relaciones o los rollos; el problema era que tuve una en Puerto Rico que dejó cicatrices profundas y me enseñó a poner límites antes de que me faltase el aire.

Dalton y Parks salieron, así que ella se despidió de mí, atropellada, con un:

—Mañana nos vemos y concretamos.

En cuanto se dio la vuelta, fui incapaz de no mirarle el trasero. Una cosa era que no quisiera líos y otra que no la gozara viendo un buen culo, y el de Cami Ortiz lo era.

La secadora pitó, indicándome que el programa había finalizado. Mientras doblaba la ropa como mi madre me había enseñado —doblar borde con borde, camisa dentro de camisa, calcetín con calcetín—, pensé en Sienna.

A ella también la vi salir del vestuario y, si me vio, no dio muestras de ello; simplemente pasó de largo. La excapitana tenía esa presencia que desarmaba sin estridencias. La veía como un pájaro con un ala rota que insistía en alzar el vuelo, aunque la anatomía no respondiera. Quería acercarme, mirar el ala y entender dónde dolía, sin convertir el gesto en algo grandilocuente. No sabía si era pena, curiosidad o una mezcla de ambas. Solo sabía que algo me tiraba hacia ella y quizá, durante la salida con el equipo, pudiera pillarla con la guardia baja.

Aspiré con fuerza el aroma a suavizante y, aunque no era el mismo, me transportó a casa, donde todos teníamos una tarea asignada.

Subí las escaleras de la residencia con el cesto cargado en una pila enorme y con la sensación de que en mi casa nadie se eximía de las pequeñas tareas: lavar, doblar, recoger. Alcancé la puerta de mi habitación, más por intuición que porque me alcanzara la vista.

Fue por eso que no vi el cartelito colgado que decía NO MOLESTAR —código de mi compañero para avisar de las visitas femeninas—. Entré en piloto automático y, en cuanto bajé un poco el cesto, me encontré con una escena que no tenía en mi *planning*.

Lena estaba encima de mi colega, como si el suelo fuera lava y él la única palmera a la que subirse. Estaba gimiendo con fuerza, desnuda, mientras Miles la azuzaba.

—Así, nena, córrete… —se oía.

Intenté no mirar, pero fue inevitable fijarme en la espalda estirada y aquel redoble de tetas.

—Perdón, perdón, no he visto nada —balbuceé.

Lena gritó, y no justo porque hubiera alcanzado el orgasmo, sino porque, al parecer, no se había percatado de mi presencia.

Intenté cerrar la puerta sin soltar la cesta: mala idea. Choqué contra la puerta porque tenía los ojos cerrados para no mirar; cayeron al suelo varias prendas mientras los gritos de Lena y sus reproches me perforaban los tímpanos. Algo debió quedarse atrapado entre la puerta y el marco porque, por mucho que tirara, la madera rebotaba.

«Mierda».

El pasillo se convirtió en un auditorio improvisado, y yo —más el espectáculo de sexo en vivo que se desarrollaba en el interior de la estancia— en su número principal. Sentí la cara arder. Fuera, unos cuantos se partían la caja y sus risas me picaban como agujas.

—¡¿Quieres cerrar de una puta vez?! —gritó Lena—. ¡Pírate, Cruz!

Pude oír a Miles reírse y a ella reñirle.

Opté por la vía rápida. Me agaché, metí la mano en la rendija de la puerta y empecé la batalla con el algodón.

«¡Un puto par de calcetines!».

La sensación de humillación era tan física como el tejido del suelo cuando, al final, pude sacar la bola y cerrar. Me dejé caer contra la pared con el culo pegado a la moqueta; algunos de mis compañeros soltaron comentarios contrariados por no haberlos dejado disfrutar más del espectáculo.

Lena salió cinco minutos después, algo despeinada, con las mejillas rojas y la mirada cargada de indignación.

—Lo lamento, no vi… —balbuceé.

—Ni. Una. Puta. Palabra. Cruz —me espetó.

Hice el gesto de poner los dedos en los labios y cerrar un candado imaginario; ella no se detuvo a mirarme, avanzó por el pasillo para buscar las escaleras y largarse cuanto antes.

Anderson salió cinco segundos después con un calzoncillo ridículo de Superman y me tendió la mano con una sonrisa de «he sobrevivido a cosas peores».

—Lo siento, tío —dije muy en serio—. Venía con la ropa hasta arriba y no vi que…

—No pasa nada. Yo ya me había corrido, es a ella a quien le has jodido el orgasmo; ya volverá a por más —soltó convencido.

—Me cago en la puta —dije—. Una mujer sin orgasmo es como la peli *Destino Final:* sabes que en algún momento la muerte irá a por ti.

Miles se partió la caja y su carcajada fue la vacuna que necesitaba para recomponer la escena.

—Pues mantente alejado de Lena hasta que se le pase.

—No me digas eso, que esta noche voy con el equipo al Sand Dreams. ¿No puedes quedar con ella para que pueda licenciarme?

—Anda, entra, que te ayudo a recoger la ropa, pero los calzoncillos te los coges tú; paso de tocar tejidos cuya misión sea almacenar rabos ajenos.

Me reí, porque reír con Miles era sencillo.

Cuando conseguí tenerlo todo en el armario, ya era la hora de irme. El Sand Dreams estaba a una media hora andando, así que salí con tiempo. Mi ropa estaba limpia y yo preparado para lo que viniera.

CAPÍTULO 7



Mason

El centro comercial parecía un campo de batalla con villancicos de fondo.

Sí, en Los Ángeles, a finales de agosto, ya olía a Navidad.

¡Viva el consumismo!

Había niños llorando, parejas discutiendo y un Papá Noel con ojeras que claramente cobraba por hora, agitando esa campana que apestaba a «Saquen sus tarjetas de crédito, háganme el favor».

Jax y yo llevábamos cuarenta minutos buscando el regalo perfecto para Avery.

Él quería algo «significativo».

Yo quería irme a casa y prepararme a conciencia para esa noche.

Tenía planeado que Thiago bebiera, se desinhibiera, bajara esa coraza de hetero de manual y cruzara nuevas fronteras antes de que Cami me lo arrebatara.

Habíamos olido todos los perfumes de Sephora.

—No es suficiente, quiero algo más emotivo.

—Vale, entonces, un gato.

—Es alérgica.

—Pues un perro.

—No entra en mis planes que cargue con una responsabilidad.

—¿Un caballo? Esos te los cuidan en la hípica y hay cero dudas de que a tu chica le encanta montar.

—Le gusta montarme.

—Bueno, a ti te monta el rabo y el otro la lleva a clase.

—No es una buena idea.

Jax se llevó la mano a la cara.

Ese gesto que hacía cuando recordaba que éramos amigos por elección y no por inteligencia.

—Tiene que ser algo especial, ¿vale?

—¿Especial tipo «mi novia me salvó de la mierda de vida que llevaba» o «me ha costado un riñón»?

—No sé, Fitzy. Su último regalo fue la hostia. Me arregló la moto y el casco de «No voy a Caer», menos mal que al final cayó. Me siento como si todo lo que pudiera plantear se quedara corto. Tengo curro, la pasta no es un problema ahora…

Le di una palmada en el hombro, teatral.

—Si a Dalton le hubieran importado los ceros de tu tísica cuenta corriente del año pasado, se habría quedado con el gilipollas de Landon Hayes. ¿Debo refrescarte la memoria y recordarte que dormías en el puto garaje y por poco perdéis la casa por culpa del imbécil de tu padrastro?

—Jamás voy a olvidarme de eso.

—Entonces, asume que lo que le gustó de ti fue la persuasión y, seguramente, tu rabo. Así que… si vamos a lo grande: ¿por qué no le regalas un finde sorpresa en los géiseres, para rememorar vuestra primera vez, y te pones un lazo en la polla?

Jax negó con la cabeza y siguió caminando con esa paciencia que solo tiene la gente que ha sobrevivido a mi compañía más de tres años seguidos.

—¿Por qué sigues sacando pollas en todas las conversaciones?

—Porque suelen ser mi mejor argumento —repliqué—. Y, hasta ahora, nadie ha sabido rebatírmelo.

Cruzamos delante de una tienda de joyas. El escaparate parecía el pecho de una tía rica: brillos por todas partes y cero corazón.

Jax se quedó mirando un colgante con forma de infinito y un pequeño diamante.

—Esto… Ese es bonito, ¿no? —preguntó tímido.

—Sí, si tu objetivo es que piense que eres el tipo de tío que escucha a Ed Sheeran y llora viendo *Love Actually*.

Se rio, pero no se apartó del escaparate.

Y ahí supe que lo decía en serio.

Así que bajé el sarcasmo medio punto.

—Tío, solo tienes que comprar algo que diga que la conoces.

—Eso intento, Mase. Quiero un regalo que huela a promesa de futuro, quiero una vida a su lado.

Y ahí me dio.

No en el orgullo, sino en esa parte blanda que intentaba tener cerrada con cemento.

El tipo hablaba de amor como quien hablaba de respirar.

Si se lo hubiera dicho hace un año, no me habría creído.

Jax ya no era mi Jackass, sino el Rey de Reyes de Demasiado, y yo… yo hacía chistes para no pensar en lo mucho que me costaba hacerme a la idea sin ahogarme. Faltaba poco para que también me volviera prescindible para él, y desde luego que había descendido un puesto en su pirámide emocional.

Intenté volver al presente.

—Vale, poeta, compra el maldito colgante y vámonos antes de que empiece a sonar *All I Want for Christmas* —dije, dándole un codazo.

—Aún no estoy seguro.

—Perfecto, entonces, podemos morir aquí. Te enterraré entre las rebajas de Calvin Klein, tienes culo de anuncio de calzoncillos.

Al final, compró el collar y le grabó un «Contigo siempre querré caer», aunque en chino, porque solo cabía en símbolos. Solo esperaba que el joyero no le hubiera tangado y puesto: «Te huele el sobaco».

Terminamos en el *food court* con un par de cafés.

Jax revisaba su móvil, haciendo un *collage* de fotos con su chica para redes, y yo mi plan maestro para que Thiago Cruz perdiera la compostura esa noche.

—¿Sabes qué me gustaría? —dije, mirando el techo lleno de luces.

—¿Qué?

—Que, por una vez, alguien pensara tanto en mí como tú piensas en Avery.

Jax me miró entre divertido y preocupado.

—¿Te refieres a… Troy?

—Ese capullo es historia.

—¿Cami? —Alzó las cejas—. He visto cómo la miras en los entrenos o cuando habla con Cruz.

—No. Ella solo piensa en cómo joderme la vida por deporte y liarse con el *golden boy*.

—Espera, espera, espera… ¿Thiago? —Sonreí de lado—. ¡No me jodas! Claaaro, por eso lo persigues en todos los aparatos, ¡cómo no me he dado cuenta!

—Estabas demasiado implicado con los *rookies*.

—Te mola en plan «¿quiero algo más?».

—No lo sé, tío. Me la pone dura. Me ha cortado los pies, pero… No se aparta. A veces me mira como si pudiera leerme, y eso es jodidamente incómodo y excitante.

—Tal vez es lo que necesitas, alguien capaz de ahondar en ti.

—Por ahora quiero su rabo, no que me psicoanalicen en mitad de un polvo. Y ganarle la apuesta a Camila.

—¿Qué apuesta?

—A ver quién se tira antes a Cruz.

—Ahora sí que tiene sentido. Escúchame bien. Thiago viene becado, no necesita ser el centro de vuestras mierdas.

—Tranquilo, en mi caso sabe muy bien cómo poner límites, aunque quiera saltarlos. Y te recuerdo que a ti te pasó lo mismo con Demasiado.

—Sí, pero yo la quería para algo serio.

—Al principio, lo único serio que querías era ponerla en todas las posiciones que te permitiera, así que no me seas bocas.

Jax rio por lo bajo, sabía que había perdido.

El sonido se evaporó entre la música y la gente.

Yo me quedé mirando a una pareja en la mesa de al lado: se reían, se robaban patatas del plato, se tocaban sin miedo.

Pensé en lo fácil que parecía todo cuando no lo habías tenido.

—Eh, Mase. —Jax me lanzó una servilleta a la cara—. No te pongas moñas.

—Solo estaba practicando mi papel de secundario amargado, ¿vale?

—Pues te sale de puta madre.

Bufé, hice el mohín de víctima y volví a la carga con gilipolleces varias.

Cuando Jax me pilló el turno, me quedé mirándolo de reojo.

Mi mejor amigo, con su gorra ladeada, las manos grandes de quien ha vivido más calle que otra cosa y la sonrisa fácil que se le soltaba cuando hablaba de sus hermanos pequeños o de su madre.

Pensé en cómo le había cambiado la vida en los últimos meses: Graham y su madre dieron el paso.

Su tío sanguíneo le había ofrecido aquello que su hermano —el padre biológico de Jaxon y Landon— jamás le dio.

Alexander intentó que Jaxon no naciera. Quiso hundirlo, apartarlo de lo que más quería.

Graham, en cambio, se había vuelto su sostén.

Había visto a Jaxon abrazar esa confianza nueva cuando le ofreció un puesto como su ayudante al terminar la carrera.

Eso me gustaba de veras.

Mi mejor amigo ahora lo tenía todo, y con todo me refería a una familia y una novia que lo querían.

A mí el dinero me importaba una mierda porque no había dólares en el mundo capaces de pagar lo que ahora tenía Jackass.

Sentí una punzada de algo agudo: envidia de la sana.

¿Merecería yo una vida así?

Me habían dado todo el jodido mundo y, aun así, a veces me despertaba con la sensación de que me faltaba lo único que

deseaba: abrazos sin condiciones.

Podía pagar conciertos privados y aviones de madrugada, pero ¿qué daría yo por esa certeza de que alguien te quería, aunque el coche se te cayera a trozos?

Por ver a tu madre sonreír en la cocina sin mirar la cuenta bancaria. Por que un tipo te llamara hijo sin que implicara sangre.

Lo pensé con brutal honestidad: vendería mi fortuna por tener cinco minutos de esa paz. Era incapaz de no desearlo. Volví al mundo cuando Jaxon tiró de mí.

—Tío, se ha hecho tarde. Tengo que ir a por Avery para darle el regalo y la cena en el Sand.

—Pues vete ya a por ella, subnormal —le dije—. No quiero *spoilers* de cómo te da las gracias por el regalo.

—¿Y tú?

—Sabes que pulso este botón y en cinco minutos tengo a mi chófer en el aparcamiento. Lo nuestro sí que es una relación.

—Vale, nos vemos luego.

Lo vi marchar atropellado y yo hice lo que había dicho.

Le pedí a Oliver que viniera a buscarme y, cuando estuve dentro del vehículo, que me diera una vuelta por la ciudad.

—Pon la de *Sweater Weather*, Ollie.

—Sí, señorito Fitzroy.

No me iba eso de llegar el primero; las estrellas siempre hacían una entrada triunfal.

Media hora después, le pedí que nos acercara a casa.

Me di una ducha, me puse mis mejores galas y volví a pedirle que me llevara al Sand.

Esperaba que todo el mundo reaccionara como si yo hubiera dispuesto de la meteorología.

Cuando por fin hundí los pies en la arena, la gente vibraba con la música y las mesas ya estaban llenas.

Perfecto. Justo como debía ser para Mase Fitzroy. El que entra tarde y pone la nota, aunque esta vez me la habían puesto a mí.

Todos estaban sentados. Cami había tomado ventaja y estaba al lado de Cruz, que le sonreía por algo que ella le había dicho.

Ortiz había ocupado mi sitio ideal, además de estar jodidamente preciosa con un escote de los que anuncian barra libre de tetas, y las suyas estaban muy bien puestas.

«Mierda».

Me puse la máscara Fitzy y pillé la cabecera de la mesa con la falsa facilidad del que ejerce su papel de emperador: discurso, risas y carisma calibrado.

—¡Ya era hora! —soltó uno de los chicos.

—Lo bueno se hace esperar —arranqué, y todos hicieron la mueca de respirar hondo—. Hoy toca celebración. El calendario manda, y además de ser el último viernes sin clases…, la capi cumple años.

»Así que, antes de que os pongáis a pedir rondas a discreción y estéis demasiado beodos para recordar la letra… —hice una pausa dramática—, cantad, ¡putos cabrones! —Fui el primero en arrancar —. *Happy Birthday to you…*

La mesa estalló en carcajadas y en una versión de la canción que, por supuesto, quedó más para la posteridad que para el Grammy.

Aunque mis ojos volaran hacia una sonrojada Avery, hicieron una escala breve.

Solo tenía ojos para el tándem que formaban Cami y Cruz… hasta que vi cómo él desviaba la mirada hacia Sienna. Más de lo necesario.

El *golden boy* parecía debatirse por dentro; la tensión era casi palpable.

«¿Qué cojones…?».

Acabamos de cantar y los camareros trajeron la comida. Menos mal que el menú estaba programado.

Me bebí un par de birras antes de llevar el tenedor al plato de pasta que me había agenciado mientras observaba sin dejar de hacer bromas a los que tenía alrededor.

Sienna acaparaba demasiada atención por parte de Thi, manteniendo esa posición de princesa altiva siempre a la defensiva. Agua en la copa, pepino de bocado y una mirada que escondía una guerra lejana.

Al parecer, a Cruz le ponían tanto las atormentadas como los rayitos de sol. Cami reía radiante, como si la noche fuese suya.

Todos bebíamos alcohol, salvo Sienna, que empinaba el codo con agua como si fuera su única salvación.

La escena tenía todo lo que quería: risas, tensión y un claro campo de juego.

«¡Maldita sea!».

Una parte de mí quería ver a Cruz jadeando contra mi oreja, por muy *heterobásico* que fuera. Mi idea de la sexualidad no conocía etiquetas fijas: para mí, el sexo era un espectáculo con varios actos y actores, una coreografía que a veces se bailaba con el cuerpo y otras con la boca. ¿Por qué dejar que los papeles aburran a los actores?

Sienna se levantó, parecía apurada. Su corte la siguió como un pequeño séquito de hienas adorables.

Aproveché para levantarme como si fuera el anfitrión y ocupar la silla que había quedado frente a Cruz y Ortiz; lo coordiné con una sonrisa y con la promesa implícita de que la noche sería larga.

—¿Has disfrutado más de la comida o de la compañía, Thi? —pregunté—. Camila puede ser un pelín intensa cuando le da la gana, y tanta lentejuela igual te ha dado migraña.

—Al único que le da migraña es a ti. Yo me lo haría mirar; un chequeo no te iría nada mal. Vete al médico.

—Y tú al otorrino —respondí, devolviéndole el insulto con cariño —. Avery te acaba de llamar, ¿necesitas un implante coclear?

—¿A mí? —Intentó asomarse para escuchar, pero el bullicio lo impidió. Se puso de pie y la vio: Jaxon comiéndose la boca con la cumpleañera.

Cami soltó una carcajada.

—Tiene la boca demasiado ocupada, debes haberte confundido con un gemido —dijo.

Al final, el gemido lo iba a dar yo, pero de frustración.

Se levantó y tiró de Thiago del brazo.

—Ven, Cruz, vamos a hacer hueco para el segundo plato. Seguro que se te da genial bailar salsa —ordenó divertida.

Él se removió, dubitativo. Me miró, la miró, apuntó en dirección al lugar por donde Sienna había desaparecido y luego se puso en pie.

—Me hará bien bailar.

Camila me miró de soslayo y movió los labios para que leyera:

«Cami 1 – Mase 0. Chúpate esa, Fitz».

Solo esperaba que no se confiara.

La noche era joven y yo todavía tenía trucos bajo la manga.

CAPÍTULO 8



Thiago

No era propenso a hablar tanto.

Casi nunca. Prefería escuchar, medir el aire, contar los silencios. Pero esa noche, con Camila al lado, me pillé a mí mismo contando historias como si el espíritu de mi hermana me hubiera poseído.

Quizá tenía más ganas de hablar de lo que pensaba, o quizá es que con ella era sencillo.

Pese a la imagen que desprendía, de estar lista para succionarte hasta la sangre, Cami no se me tiró al cuello en ningún momento, lo cual me sorprendió y me dio que pensar. ¿Había malinterpretado las señales? ¿Solo quería una amistad? Si era así, estaba genial.

Me preguntó sin prisa: por mi familia; por cómo eran las competiciones en Puerto Rico; por si me gustaba estudiar allí; por qué había elegido Psicología. Y yo… yo respondí. Me escuché hablar de mamá cocinando arroz con gandules los domingos; de mi viejo

arreglando filtros de piscina por las noches; del calor pegado a la piel antes de un suelo; del miedo a fallar cuando no podía permitírmelo por todo lo que implicaba. Cuando me di cuenta de que dependiendo de cuál era mi diálogo interior hacia mí mismo, mejoraba, y eso me hizo querer profundizar más en ello a nivel competición. Ella no interrumpió. Sonrió, asintió, se rio en los sitios correctos, denotando una escucha proactiva. Y cuando me callé, esperó de verdad, respetando el ritmo de mi silencio.

«Wow», pensé, me parecía increíble que Camila Ortiz tuviera esa versión dentro de ella.

Casi me olvidé de mirar alrededor. Casi. Y ese «casi» eran dos cosas:

La primera: la llegada tardía de Mason Fitzroy, camisa blanca medio desabrochada, ropa de marca que le quedaba obscenamente bien y volvía a hacer que me planteara qué ocurriría si «fuera» una mujer.

Entró como si «fuéramos» su corte aguardando al rey. Tenía esa energía que te hacía desear estar cerca de él y los favores que te pudiera conceder al ritmo del ascenso de sus labios en aquella sonrisa canalla que había memorizado tan bien.

Recorrió la mesa con aquellas pupilas sobrenaturales, deteniéndose medio segundo de más en mí. Lo noté. No porque me gustara ser el centro de nada, sino porque Mase miraba así: te peinaba la piel con la vista y fingía que no lo hacía.

Se puso a hablar con todos como si no le importara sentarse lejos, no obstante, vi un segundo de crispación cuando se dio cuenta de a quién tenía al lado. Tanto fue así que le pregunté a Camila:

—¿Fitzroy y tú no sois amigos?

—Lo somos.

—¿Y puedo preguntar por qué te mira como si le hubieran metido un dedo por el culo?

Ella soltó una carcajada que repercutió en una fulminación por parte de Mase en nuestra dirección.

—Créeme, si le hubieran metido un dedo en el culo a Fitzy, su expresión sería otra. No le hagas caso, solo le fastidia no acaparar la atención de todo el mundo.

Ella alzó la mano y movió los dedos en su dirección con un saludo provocador. Él se limitó a inclinar la cara, sonreír y seguir con su conversación.

La segunda cosa que me hizo seguir mirando a mi alrededor, o, mejor dicho, justo frente a mí, también tenía nombre y apellidos: Sienna Walsh.

Hoy estaba especialmente guapa y triste, rodeada de sus amigas, que no dejaban de parlotear mientras ella consumía cantidades ingentes de agua, como si necesitara sofocar un incendio invisible que solo ella percibía.

¿Tendría algún problema de hidratación?

Me chocó que fuera la única abstemia. Cuando trajeron la comida, apenas la tocó. También me fijé en su plato, que solo contenía colores verdes y blancos.

—¿Sienna es vegetariana? —le pregunté a mi compañera de mesa, cubriéndome la boca con una servilleta.

—No, más bien cuenta calorías y prefiere la carne humana de sus rivales. Es un asco de chica, pasa de ella, es lo mejor. Todo lo que toca se convierte en mierda.

No comenté nada al respecto. Me dediqué a observar patrones, no a inventarlos; lo mío no era el chisme. El patrón era claro: vasos vacíos de agua, plato lleno de vegetales diuréticos casi intacto, mandíbula apretada, mirada que se perdía dos segundos de más cada vez que el ruido subía. Hice cuentas silenciosas que no quería hacer. Los problemas de alimentación no eran «no tener hambre», eran ese tipo de guerra silenciosa que se llevaba detrás de los ojos, donde nadie quería mirar.

A mitad de la cena se levantó, con el bocado de pepino a medias. Les dijo algo a sus amigas y se puso en pie apresurada; ellas la siguieron. Pensé en pedirle a Cami que me disculpara un momento, levantarme y… no sé. A veces bastaba con preguntar un «¿estás bien?» sin tono de jefe o intención de invadir su espacio personal.

Iba a hacerlo. Entonces, apareció Fitzroy y la energía de la mesa cambió.

No sabría explicarlo sin sonar cursi. Era como si dos planetas hubieran entrado en la misma órbita y yo me hubiera quedado

atrapado en medio sin querer.

Camila y Mase. Se hablaban en un idioma que no entendía todo el mundo. Se picaban, se retaban, se miraban como si fueran el uno el reflejo del otro en versión antagonista y la gravedad subía. Ellos dos te arrastraban. Y si no sabías nadar, acababas aprendiendo o hundiéndote en aquel agujero negro cargado de una energía brutal.

Preferí quedarme al margen. Distancia. Cero confusión.

Anderson me lo advirtió con una cerveza apoyada en la rodilla:

—Fitz, con esa cara de ángel cabrón y la verborrea que gasta, hace dudar de su sexualidad hasta a los curas. —Me reí—. Lo digo en serio, no te haces una idea de los tíos que se la daban de que ellos nunca y luego estaban deseosos de lo que les hacía tras la puerta. Si no quieres terminar cayéndote, aléjate de la órbita Fitzroy.

—¿Tú has caído?

—A mí no me lo ha propuesto, pero soy bastante facilón a la que me bebo un par de cervezas y me proponen una mamada… Cierro los ojos y me bajo los pantalones, no hay que decirle no al placer, nunca sabes si será la última.

Sabía que estaba bromeando, aun así, tenía muchos meses por delante y el capitán parecía decidido a que fuera uno de esos chicos.

Camila decidió levantarse, me sujetó del antebrazo con una sonrisa que gritaba «sígueme».

—Ven, Cruz. Vamos a hacer hueco para el segundo plato. Seguro que se te da genial bailar salsa —dijo. Me removí inquieto al ver la amenaza velada en los ojos de Fitz: «No te vayas».

Algo difícil de catalogar se enroscó en mis tripas y supe que una retirada a tiempo era mejor que una guerra para la que no estaba listo.

—Me hará bien bailar —respondí, poniéndome en pie.

Necesitaba moverme y alejarme de aquel campo magnético.

CAPÍTULO 9



Thiago

En cuanto sonó el primer golpe de música latina, la playa se volvió otra cosa. Las antorchas clavadas en la arena oscilaron inquietas y las luces fueron y vinieron al ritmo de *La Gozadera*, convirtiendo aquel pedazo de Los Ángeles en La Habana.

Camila me puso las manos en la nuca y me estremecí con el contacto. Estaba… joder. Vestido cortísimo, espalda al aire, lentejuelas que mordían la luz, escote de los que impiden focalizar. Me acerqué a su oído con respeto.

—¿Estás segura de que podrás bailar con comodidad con… sin…? —Se me escapó la mirada y me arrepentí en la misma frase—. Perdona, no quería ser inapropiado.

—No lo eres —dijo rápido, con esa risa corta que desarmaba—. Este vestido no está hecho para pasar inadvertida. Me gusta que me miren y, si eres tú, mejor. —Me guiñó un ojo, traviesa—. Si lo que te

preocupa es la salvedad de mis tetas mientras me agito, alucinarías con lo que aguanta la cinta de doble cara. Truco de una amiga exbailarina exótica de Las Vegas. Nunca falla.

—Es bueno saberlo —contesté serio, como si me estuviera chivando la fórmula de la Coca-Cola.

Se pegó a mi torso con permiso y empezamos a movernos. No bailaba mal. Aprendí en fiestas de barrio, con primos, con altavoces calientes que daban miedo de que se fuera la luz. No hacía virguerías, pero tenía ritmo. Ella lo notó.

—Sabía que lo harías bien —dijo sin despegarse.

—Me defiendo. Tendrías que ver a mi padre.

—No descarto conocer a tu familia antes de nuestro primer hijo.

Me guiñó de nuevo y solo sonreí.

La curva de su cadera buscó el son de la mía. Me gustaba su aroma a melocotón en almíbar, mango y alguna flor: dulce con fondo a noche.

Era humano, un tío de veintipocos, deportista, con la sangre bombeando. El deseo no era un crimen. Otra cosa era que yo me cuidara porque no quería cometer una estupidez, o tuviera clavado algo parecido al miedo entre las costillas de cagarla otra vez.

Me justifiqué por dentro cuando mi cuerpo reaccionó a sus roces, a su piel bajo mis dedos. Camila era guapa, explosiva, divertida, lista. Podía gustarle a cualquiera que tuviera pulso y respirara. Y sí, me subía la temperatura. Lo normal. Lo que no era normal era mi mirada haciendo *ping-pong*: de Mase a Sienna, de Sienna a Camila, de Camila a Mase. Mi cuerpo quería una cosa, mi cabeza otra y el Norte parecía oscilar en mi brújula.

¿Era yo o hacía calor de repente?

La Gozadera estaba llegando al final cuando Cami se apretó más de lo debido y mi amiguita se tensó en respuesta. La canción cambió a tiempo y pude apartarme. Camila se abanicó, respiró hondo y sonrió. ¿Habría notado lo que se endurecía entre mis piernas?

—Uf, qué calor —dijo con los labios brillantes.

—¿Quieres que volvamos a la mesa?

—Mejor ve a por algo de beber y seguimos, necesito un poquito más de hueco, quiero segundo y… postre.

La forma en que lo dijo me hizo asentir y mover los pies más rápido de lo debido.

Yo también necesitaba distancia y algo frío. Un glaciar en el que hundirme estaría bien.

Iba a ir a la mesa. En serio. Hasta que la vi.

Sienna se alejaba de la cola del baño discutiendo con sus amigas. Llevaba los brazos flojos, pero los hombros tensos; apestaba a crisis de las que te empujaban a huir. Algunas reacciones las reconocía sin preguntar.

Corté por entre los bailarines como si hubiera olvidado algo al otro lado de la playa. Sentí el latido en la garganta. Antorchas, luna alta. Cuando mis zapatillas pisaron la arena fría, la música quedó atrás como si alguien hubiera corrido una puerta. A la distancia, el mar. En medio, Sienna.

Lo juraría ante quien me lo pidiera: vi un brillo extraño en su muslo, un reguero que la antorcha devolvió un segundo como si fuera mercurio. Ella aceleró, casi tropezó y mi cerebro se llenó de hipótesis en dominó. ¿Sangre? ¿Sudor? ¿Agua? ¿Otra cosa? No quería pensar en esa «otra cosa», aunque tendría mucho sentido. Tenía ojos. Tenía memoria e intuición. Por eso no grité su nombre.

Apreté el paso. No la alcancé. Llegó a la orilla con la torpeza de quien no quiere que la sigan. Cayó de rodillas. Manos al agua. Hundió los dedos en la espuma como si buscara algo que solo el mar pudiera darle. ¿Privacidad? ¿Calma? ¿Sosiego? ¿Un lugar que arrastrara lejos sus demonios?

Respiraba a golpes, muy rápido, ese tipo de respiración que a mí me había sacado de fosas y a otros los hundía más.

Me detuve a dos, tres metros. Podía haber ido directo —«¿estás bien?»—, podía haber puesto la mano en su espalda y decir «respira». Pero su postura —cuello hundido, frente casi tocando el agua, vergüenza pegada a la nuca— me dijo que cualquier contacto a destiempo sería un disparo.

Decidí darle unos minutos. No me fui. No la dejé sola. Simplemente esperé. A veces, lo más difícil de cuidar era no intervenir de inmediato. No convertirte en salvador de nadie. Me

quedé ahí, con el pulso en los oídos y la sensación de que me necesitaba, aunque no lo supiera.

Respiré por ella. Conté. Uno. Dos. Tres.

Delante, el mar y una chica peleando con el aire.

La vi tensarse cuando dije su nombre. La luna le cortó la cara en dos: orgullo arriba, vergüenza abajo. No me acerqué del todo. Le di espacio.

—¿Qué… qué querías? —preguntó a la defensiva.

—Nada. Paseaba. No sabía que estabas aquí.

—Pues sí. Ya ves. ¿No deberías estar con el equipo, confraternizando?

Intenté bajarle pulsaciones con conversación no invasiva. No se me estaba dando bien.

—Esto forma parte de un rito anual mío —advirtió. Le tembló la voz—. Si le cuentas a alguien que me has visto aquí…

—No he visto nada. Ni pienso contarlo.

—Perfecto.

Saqué sin pensar el tono seductor. Me paró en seco, con sitio y con mirada. No me aparté; cambié de vía. Le ofrecí la mano. La rechazó con una dignidad que dolía.

—Últimamente todo el mundo cree que detecta en mí a alguien que necesita ser salvado.

La palabra prohibida era «salvar».

—¿Y no es así?

—No. Y aunque lo fuera, tú no eres el indicado. Sigue tu camino, Cruz. No te convengo.

Nos sostuvimos la mirada un segundo de más. Entonces, ruido de copas, perfume caro y una voz que no pedía permiso.

—¿Qué pasa aquí? —Mason, sonrisa de cuchillo—. ¿Cita bajo la luna?

El aire cambió. Ella se cerró en seco. Él clavó el filo con chiste.

—Métete en tus asuntos —le soltó Sienna.

Él dio otro paso, media luna en la boca. Lluvia de cuchillos. Lo reconstruí a medias. Cuando Mase nombró a Derek y Coleman, Sienna se contrajo por dentro como un músculo mal calentado.

—¡Vete a la mierda, Mason! —escupió.

No era mi guerra, pero estaba en mi radio de dos metros.

Ella se alejó, mojada y dolida, y yo apunté a Fitz.

—¿Y a ti qué cojones te pasa? —le solté. Mi voz sonó más mosqueada de lo que esperaba.

Parpadeó sincero un segundo y volvió la máscara.

—¿Te jodí la fiesta con la excapi? Te hice un favor, en serio. Walsh puede ser muchas cosas, pero no es buena compañía. ¿Qué pasa con Camila? ¿Ya te aburriste de arrimar la cebolleta a la bomba latina?

—¿No te cansas de ser siempre así?

—¿Así? ¿Cómo? ¿Un puto dios?

—Un gilipollas. Paso de ti, Fitzroy. En el gimnasio puedes ser mi capitán. Fuera, no necesito nada de ti, así que mantén la distancia, nos harás un favor.

Fui a pasar; me bloqueó medio paso, olía a su perfume y a más alcohol del que tocaba.

—¿Por qué me rehúyes tanto, Thi? ¿Qué te pasa conmigo? ¿Te doy asco?

No podía catalogar de asco lo que removía mis tripas.

Apreté los dientes cuando mis ojos recorrieron su rostro.

Mase tenía la boca húmeda del último trago. Una diminuta peca coronaba el labio superior, muy cerca del arco de cupido. Era demasiado bonita. Demasiado.

—Camila estaba sedienta —dije, retrocediendo—. Voy a por su bebida.

Abrió la boca para soltar otra gracia. Se lo debió pensar mejor porque no la dijo.

Se quedó con la copa en la mano, la luna hundiéndose en el blanco de su camisa y el crujido de mis pisadas tomando distancia.

Me alejé con la certeza incómoda de que esa noche había dos formas de echarse a perder, y a mí no me apetecía ninguna.

CAPÍTULO 10



Camila

El top rojo o el negro.

El rojo decía «peligro», el negro decía «no prometo nada, pero tampoco me cierro a opciones». Abrí el cajón, me probé los dos, hice una mueca y volví al rojo. Si ibas a enseñarle Los Ángeles a un tío que te traía loca, que la ciudad también se enamorara un poquito de ti. Era cuestión de prioridades.

Me recogí el pelo en una cola alta, dejé dos mechones sueltos —estratégicos: enmarcaban esa cara de angelito diabólico que no engañaba a nadie; tampoco era que lo pretendiera— y me acerqué al espejo con el *eyeliner* como espada y los labios en rojo guindilla. Domingo. Plan: llevar a Thiago a mis rincones favoritos. Traducción: aprovechar la excusa de guía turística para ver si su armadura contenía botones de *off*.

El viernes me dejó con una mosca detrás de la oreja que no paraba de zumbar. Estábamos en la pista, gozándolo de verdad, y debí utilizar la clave incorrecta para abrir la cueva de Alí Babá. Fue decir «me muero de sed» y él se esfumó con la excusa de ir a por algo de beber. Pasaron cinco, diez, quince minutos. Al principio me dije que habría cola o que alguien lo habría acorralado para darle la turra. A los veinte ya estaba de los puñeteros nervios, así que volví a la mesa. Ya habían traído el segundo plato y Naomi me miró con cara de «¿dónde estabas?».

—¿Has visto a Cruz?

Ella negó.

—¿No estabas bailando con él?

—Estaba, creo que me ha hecho ghosting *tras la primera canción, ¿le habré metido demasiada cadera? Te juro que todas las señales indicaban que lo pasábamos bien.*

Ella se encogió de hombros.

—O tienes la percepción escacharrada, o lo ha abducido una nave nodriza, o...

Naomi soltó una de sus teorías de ciencia ficción que se perdió como el resto de conversaciones que transcurrían a nuestro alrededor al percatarme de que Fitz tampoco estaba en la cabecera.

«¡Mierda!». Seguro que la abducción había sido de polla y no una nave espacial.

Diez minutos después, mis peores temores se confirmaron. Thiago apareció con cara de «quiero olvidar lo que ha ocurrido» con Fitzroy pisándole los talones.

El capullo de rizos me dirigió esa sonrisa de «no sabes la que te has perdido», alzando la copa en mi dirección.

¿Su camisa estaba así de arrugada? Juraría que no. ¿Casualidad? Imposible.

Thiago se disculpó con la excusa de que se había encontrado con alguien y que no pudo deshacerse con facilidad.

No mentía, de eso estaba convencida, deshacerse de Masson Fitzroy era casi misión imposible, daba fe de ello.

Di un bocado a la carne con rabia elegante. No me molestaba que hubiera desaparecido… Bueno, un poco sí. Lo que más me jodía

era que volviera distinto, que los dos regresaran distintos. No me hacía falta un mapa para orientarme en ese tipo de terremotos, sobre todo, porque ya había visto cómo era Mase con los tíos: igual que un perro de presa. Una vez que elegía a su víctima, no la soltaba.

Suspiré.

En fin. A lo que iba. Zapatillas blancas —íbamos a caminar—, vaquero de cintura alta, pero corto, deshilachado, de esos que les daban ganas a los tíos de morder para comprobar. Top rojo, chaqueta *crop* de cuero.

Fui a coger el bolso y entonces vi el que usé cuando fuimos el año anterior a Hot Creek para celebrar el cumple de Jaxon. El pasado decidió abrir la puerta sin pedir permiso y jugar al maldito Verdad, Reto o *Shot*.

Lo sentí como si fuera ahora mismo.

Aquella noche, Mason no se metió solo en mi boca, también bajo mi piel, y no había tenido mucho éxito queriendo sacarlo de allí.

El salón de la cabaña olía a madera, tequila y pecado. Fitzy se había coronado maestro de ceremonias, que para eso había pagado el fiestón. Con voz de presentador de reality *en horario adulto, dio la bienvenida al fin de nuestra dignidad. En ciertos asuntos yo tenía poca, la verdad. Todos brindamos como si fuera una meta.*

La primera botella nos dejó simpáticos; la segunda nos hizo sinceros; la tercera se peleó con mi risa y ganó las pruebas, llevándose nuestro pudor. Naomi lanzó bombas; Valen mordió más de la cuenta; Jax y Avery se miraron como si el sofá tuviera calefacción propia; Troy no dejaba de lanzar miradas ardientes, bastante mal disimuladas, a su placer culpable y yo… yo estaba cómoda en el caos. Ese era mi patio de recreo.

Y entonces llegaron las palabras clave y todo cambió de temperatura: cabaña, tres, géiser. Las miradas empezaron a hacer ecuaciones que ninguna madre aprobaría. Fue divertido hasta que dejó de serlo y pasó a ser interesante, la clase de interesante que te sube al cuello, te separa los labios y gime «más».

Tocó «besa a alguien que no deberías» y Valentino, el descarado, se lanzó a por Naomi. Media sala se convirtió en estadio. Mason se

marcó un baile sobre Valen que habría derretido mármol, y cuando me llegó el turno, alguien cantó: «beso a tres». Solté una carcajada, que era más adrenalina que humor, y me arrastré a gatas hasta Fitz, al fin y al cabo, siempre pensé que éramos la otra cara de la misma moneda. Él, rubio y con polla, yo, morena y con tetas, pero igual de desinhibidos y descarados.

Podría haber ido a por Troy, pero fui a por él porque era lo fácil y no buscaba incomodar a nadie. Lo que no contemplaba era que, al besarlo, algo indescriptible se activara dentro de mí.

Lo agarré de la mandíbula, pulgar en su mentón, mirada que pide entrada sin llamar al timbre. Él abrió la boca al mismo tiempo que yo y ahí estuvo la chispa, no una suave, sino de las que te ponen los pezones de punta y el clítoris en pie de guerra. No lo saboreé: me quemó. Su boca tenía esa insolencia suave que te hace repetir «Omg. Omg, ¡OMG!».

Me subí a su regazo, como si mi cuerpo hubiera entrenado esa coreografía en secreto solo para él. Juro que se le puso dura debajo de mí —o igual ya estaba así hacía rato—, solo que no me di cuenta hasta que me moví buscando…

¿Qué buscaba?

No estaba segura, solo que encontré más de lo previsto. Y entonces… el sonido. Un quejido muy bajo. ¿De él? ¿Mío? Me dio lo mismo, ahondé en esa maldita boca hasta que creí escuchar una maldición por parte de Troy.

Mis neuronas reconectaron. Eché el freno. Que el Warrior y Fitz se comían el rabo era un secreto a voces.

«¿Qué narices estoy haciendo?».

Me gustaba jugar, era muy abierta, pero no me consideraba una destroza relaciones, por muy metidas en el armario que estuvieran. Sabía que no era Mase quien no afrontaba su sexualidad. Él no se amilanaba: si quería fuego, se incendiaba, así que el problema estaba a mi derecha y decidí confrontarlo.

Giré medio cuerpo y, sin romper del todo, llamé a Troy; al fin y al cabo, ese era el reto: beso a tres bandas.

Tiré de su camiseta, o quizá fuera al revés, ya no lo recuerdo, de lo que sí me acordaba era de que besaba como si el mundo se fuera

a terminar mañana y hubiera que dejarlo todo hecho. Le seguí el ritmo con ganas —porque ganas me sobraban cuando se trataba de dos chicos guapos y dispuestos— y, aun así, en mi cabeza seguía el eco del beso con Fitz, el que me había dejado con un sabor difícil de superar. Intenté dárselo todo a Troy, prometido, pero no era lo mismo.

A veces, el «muy bien» pierde contra el «¡Joder, ¿esto qué es?!».

El salón se transformó a cámara lenta. Me separé y los tres nos enredamos en una batalla de lenguas decadente y sexual. La música vibraba. Las risas eran un colchón que no amortiguaba nada. No supe en qué momento la cosa cambió de juego a plan. Solo sabía que Jaxon y Avery salieron. Las pruebas subieron de nivel y mi memoria fallaba sobre cómo acabé con ellos en la misma habitación.

Manos, cuerpos, besos, calor. El sonido seco de una cremallera, el contacto de una palma en mi espalda, mi risa como hilo para no perderme.

La lámpara titilaba como si estuviera tomando partido. Troy me besaba con hambre lobuna; Mase nos miraba con voracidad peligrosa. Se puso detrás de Troy, tiró de su pelo, le hizo girar la cabeza y apresó su boca con aquellos ojos azules anclados a los míos.

Nunca había tenido tantas ganas de un trío. No voy a fingir, quería que cruzáramos la línea, él también, se le notaba en la mirada, pero Mase tenía ese interruptor raro que solo encendía cuando sentía que no iba a poder. Y conmigo… bueno, digamos que no quiso probar.

Lo vi frenarse un paso antes, como cuando estabas a punto de lanzarte a la piscina y el borde te recordaba que existía suelo y que quizá no habías calculado bien la profundidad.

Cuando me separé, Troy apenas lo notó; se dio la vuelta de golpe, atraído por la fuerza sobrenatural de Mason Fitzroy.

Ya no era un péndulo entre los dos: me alejaba mientras el aire se iba llenando de electricidad porque ellos se buscaban.

Las bocas de Mase y Troy se prendieron con una intensidad que movió hasta el centro de gravedad de mi útero. No fue una casualidad, fue verdad, se reconocieron y yo sobré. Di un paso al

lado, no porque no quisiera quedarme —quería quedarme—, simplemente entendí que ese instante era suyo, su historia, y no me querían allí. No me fui ofendida.

Volví del recuerdo con un suspiro. Cerré el armario y me puse los aros grandes, una alegoría de lo que pretendía, y el reloj, porque, si me dejaba llevar, era de las que perdían la noción del tiempo y de la ropa.

Me senté en la cama a atarme las zapatillas y otro recuerdo vino a mí, algo más reciente, la noche que salimos a celebrar después de los Nacionales.

Música alta, luces bajas y la aparición de Tyson Reed, el tipo que le había arrebatado la plata a Fitzy para llevarse otro triunfo más: a mí. Tenía sonrisa de imbécil certificado y ganas de picar a Mase metiéndose entre mis piernas.

Al ver la expresión de Fitzy, jugué; estaba bueno y yo tenía ganas de fiesta, además de ver hasta dónde llegaría Fitzroy ahora que no estaba Troy.

Con otras personas era de gatillo fácil; conmigo no había querido serlo. Por eso me fui con Tyson y él nos persiguió. Los tres acabamos en la habitación de Reed. En ese caso, pasó lo contrario: fui yo la que acabó desnuda, sentada a horcajadas sobre Tyson en el borde de la cama, de espaldas a su torso, con sus manos en mis tetas mientras yo subía y bajaba montando su polla. Mase estaba sentado en un sillón, de cara a mí a una distancia prudencial. Sacó su miembro y se puso a tocarse, admirando el espectáculo.

Me puse muy cachonda, en el fondo pensaba que era él quien estaba en mi interior. Saqué toda la artillería pesada. Jadeos, caricias, sudor. Su mirada recorriéndome, en la unión entre nuestros sexos, en mis pechos cuando las manos de Tyson bajaron a mi cintura, en mi boca cargada de invitación.

Quería que se acercara, que me buscara, era pura provocación.

Lo único que conseguí fue que se pusiera en pie y estallara a mis pies.

Se relamió y me deseó un feliz fin de fiesta, dándome un pequeño pico que me supo a poco; después se largó.

¿Me dolió? Sí. ¿Lo admití? Ni de coña.

En cuanto Tyson y yo nos corrimos, abandoné la habitación y mi idea de que alguna vez terminaría acostándome con Mase.

Me levanté de la cama y cogí mi perfume: Escada Taj Sunset.

Un par de toques y el aire se volvió comestible.

Melocotón, mango, coco y flor de loto: mezcla perfecta para que alguien con mala intención perdiera el rumbo, ¿la tendría Thiago? Pronto lo averiguaría.

Revisé el bolso: llaves, cartera, pintalabios. El móvil vibró; solo eran notificaciones tontas. Lo dejé otra vez en la mesa y me miré en el espejo. Ahí estaba yo: descaro en mis curvas, ojos marrones que buscaban derretirse, sonrisa que pedía problemas por afición.

El marcador estaba activado. Puede que Fitz me llevara ventaja, pero si no había dicho nada, significaba que no se habían acostado, y ese era el reto. No competía por venganza, más bien era un cara a cara, un «que gane el mejor», al fin y al cabo, los dos nos fijamos en Cruz. Era mejor eso que contar puñales por la espalda.

Abrí la ventana un segundo, el aire del campus tenía sabor a domingo. Avery había pasado la noche en casa de Jaxon y Naomi tenía planes con su grupo de juegos de rol. Me apoyé en el alféizar y me imaginé a Thiago en el asiento del copiloto, sonriendo de lado, preguntándome por qué ese mirador y no otro, riéndose cuando le dijera que los donuts de Eagle Rock sabían mejor a las doce que a las diez. Me imaginé su mano rozando la mía en el freno de mano. Me imaginé su voz grave diciendo mi nombre sin guasa. Y me imaginé a Fitz contemplándonos desde el asiento de atrás, con esas manos suyas que siempre dividen la atención dirigiéndolas hacia nosotros.

«Ortiz, deja de soñar y ponte en marcha, que eso solo pasa en tu imaginación».

Cogí el móvil para escribirle a Thiago que lo esperaba en la puerta y me quedé mirando la pantalla. Un mensaje nuevo.

Lo abrí.

La notificación entró como un disparo silencioso. Solo vi el *preview*. Noté el suelo moverse medio centímetro, como si el universo hubiera tropezado conmigo.

Me quedé clavada frente a la puerta de salida. Tragué saliva. No pestañeé.

«No puede ser».

CAPÍTULO 11



Camila

Notificación del Departamento de Justicia de Nevada:

El interno identificado como 2014-KX-118 (caso de secuestro de menor) fue liberado hoy, 31 de agosto de 2025, tras revisión de condena y buena conducta.

No se localizaron contactos familiares registrados.

Camila, 9 años

Ese día estaba sudando desde temprano.

El sol pegaba en los cristales y el aire dentro de la casa era denso, como cuando metía la cara dentro del horno para ver si el pastel ya subió. Mamá decía que el verano de Las Vegas olía a polvo dulce y a gasolina, pero a mí me olía a piscina y a mango. Yo solo pensaba en el helado que papá me había prometido cuando volviera de trabajar.

Habíamos vuelto de Tulum hacía una semana. Las maletas todavía estaban abiertas en el cuarto de las cosas que nadie ordenaba. Alma y Nadia se peleaban por un top —otra vez— y Sofía arrastraba su osito por los pasillos como si fuera un perro de verdad. Yo me escondí en el sofá del salón, comiéndome unas uvas sin semilla. Los dibujos resonaban en la tele. Era domingo; pronto empezarían las clases. Me daba miedo la profesora nueva porque mis hermanas decían que gritaba; el pensamiento me duró un segundo y luego lo olvidé porque la tele puso un anuncio de helados gigantes y me rugió la barriga.

—Camila, recoge eso —dijo mamá desde la escalera, señalando mis chanclas tiradas—. Y péinate. Si tu padre llega y te ve con la cabeza como un nido, te regañará.

—Dijo que me llevaría a por un helado —le recordé.

—Lo dijo —respondió, mirando su móvil—. A ver si esta vez cumple y deja de comerse los cucuruchos de la nueva.

Fruncí el ceño sin comprender. Mamá decía muchas cosas que a veces me perdían; lo que no me costaba era fijarme en lo guapa que era y que, de mayor, yo quería verme así de bien. Caminaba envuelta en una bata de seda con flores. Olía a perfume del que se te quedaba mucho rato en la nariz y a veces te hacía estornudar. Otras contaba historias de que, cuando era joven, bailaba genial, y yo pensaba que todavía era joven porque sabía moverse como las chicas de los videoclips. Se pintaba los labios delante del espejo del recibidor, aunque no hubiera nadie, y a mí me gustaba imitarla. En la mesa de la entrada siempre había un cenicero y una caja de puros habanos para las visitas.

—¡Camiiiiii! —gritó Sofía desde el pasillo, con la lengua roja por las golosinas—. ¿Jugamos a las muñecas?

—Luego —le dije—. Tengo que peinarme para ir a por helado con papá.

—Siempre dices lo mismo —bufó, y arrastró el osito por el suelo de mármol.

Nadia apareció con el móvil en la mano, grabándose.

—Día de *back to school* —canturreó—. Hola, chicas, estoy aquí con mi hermana, que no sabe peinarse y se cree mayor. ¿Qué le dirías a las chicas que empiezan cuarto como tú?

—Que no se pongan bótox antes de los veinticuatro o se les quedará cara de sello —dije. Era un consejo que le había escuchado a mi madre.

Cuando le pregunté a mamá qué era esa palabra, me dijo que una cosa que quitaba las arrugas, te ponía cara de muñeca de porcelana y te impedía mover las cejas con normalidad.

¿Para qué quería alguien no mover las cejas?

Quizá para asustar.

—Eres una bestia. —Rio Nadia, y siguió caminando hacia el jardín, hablándole a la cámara—. Como os iba diciendo…

Alma, mi hermana mayor, me miró desde la puerta con esa cara que ponía cuando todos hablábamos demasiado.

—¿Necesitas que te ayude con la cola?

—No soy un bebé.

—Un bebé no, pero todavía no te sale bien. Y recoge las chanclas, ya te ha dicho mamá que no las dejes por en medio. Ah, y no salgas a esperar a papá fuera; ya sabes que a mamá no le gusta que salgamos solas a la puerta.

Se dio media vuelta y se fue.

Solté un bufido, me exasperaba que fuera tan doña perfecta.

—¡No salgas a esperar a papá fuera…! —la repliqué entre dientes de malas maneras.

Recogí las chanclas de unicornios rosa y las tiré al canasto con fuerza, para que sonara. Me asomé al porche a ver si venía el coche de papá. No teníamos guardias ni vallas grandes como en otras casas del barrio. Solo un muro bajo, unas palmeras y el timbre que sonaba como un pájaro metálico. Había días en que venían señores a hablar con papá, con trajes muy oscuros, aunque hiciera cuarenta grados. Yo no escuchaba las conversaciones, pero las voces se volvían duras y cortas, como si se riñeran entre ellos.

El reloj del comedor hacía tictac. El helado se me estaba haciendo pequeño en la cabeza, como si se encogiera por no llegar nunca. Mamá pasó con el móvil pegado a la oreja.

—Sí, sí —decía—. Dile que no hoy… No hoy… No entiende… —Hizo una pausa—. No, no lo llames, yo lo hago.

Tapó el móvil, me vio mirando y chasqueó la lengua.

—No escuches.

—No estoy escuchando.

Puse las manos sobre mis oídos para dar fuerza a la afirmación.

—Pues deja de mirarme así. —Se apartó el pelo de la cara—. Camila, ve a hacerte la coleta.

—¿Es papá?

—Su asistente nuevo, no lo conoces. Venga, apúrate.

—¡Ya voyyy! ¿Va a tardar mucho?

—No lo sé.

—Me prometió helado —protesté.

—Ya —dijo mamá, como si esa palabra le pesara, y volvió a la conversación—. Sí, tranquilo… —Se giró hacia mí por última vez—. Péinate —insistió, y se alejó.

Fui a por mi cepillo, me hice la coleta torcida y la volví a hacer. Me gustaba que quedara alta. Miré el reloj otra vez. El sol se movía despacio por el suelo, como un gato gordo, y mi sombra se paseaba encima. Sofía vino con su osito.

—Te lo presto si me das un mordisco de tu helado cuando vuelvas —negoció muy seria.

—Ya sabes que papá compra una tarrina grande para todos.

—Pe-pero yo quiero un lengüetazo del tuyo.

—Trato hecho, si no me lo he comido antes —le prometí flojito.

Entonces escuché el sonido de un coche. Seguro que era papá. Corrí descalza. Abrí un poco la puerta. El aire de fuera estaba caliente, como si alguien respirara con fuerza encima de mí. Delante del bordillo había un coche gris. No era el de papá. La ventanilla bajó.

—Hola, ¿eres Camila? —preguntó un señor con gorra.

Tenía la piel morena y un bigote finito. Llevaba una camiseta gris con un logo pequeño que no conocía. Sonrió. Tenía un diente dorado.

—Sí —dije—. ¿Quién es usted?

—Me mandó tu papá —dijo, como si el nombre fuera suficiente—. Dice que se le han complicado las cosas, que te lleve al local de los helados, ¿sí? Súbete. Rápido, que el sol pega duro y no queremos que tu papá espere demasiado, ándale.

Miré atrás, hacia el salón. Mamá había desaparecido por el pasillo con el teléfono. Sofía estaba sentada en el suelo con el osito, dibujando un sol en una hoja. Pensé en el helado derritiéndose si tardábamos. Pensé que papá siempre cambiaba cosas a última hora y que mamá había dicho que el asistente de papá era nuevo. Cogí unas sandalias del zapatero de la entrada y salí corriendo. Abrí la puerta del coche y me subí atrás.

El asiento quemó un poco. Olía a plástico caliente y a algo que me hizo arrugar la nariz. Jalé del cinturón y me lo puse. Y entonces escuché el clac del seguro, fuerte, y me estremecí.

—¿Y papá? —pregunté.

—Ya te lo dije, nos espera en la tienda de los helados —dijo el señor, arrancando.

La calle se movió rápido. Reconocí la palmera grande de la esquina, el letrero de una tienda, el buzón azul. Luego giró por una calle que yo no conocía. Ya no había palmeras. Había paredes con grafitis y contenedores de basura.

—No es por aquí —dije.

—Tú tranquila, princesa, es un atajo por el tráfico. No te me pongas nerviosa.

—No estoy nerviosa —mentí.

Miré la manija de la puerta. Tiré despacito. No se movió. Miré el seguro. La cosita roja no estaba. Sentí como si me apretaran el pecho desde fuera. Tragué saliva.

—Quiero avisar a mi mamá —dije—. Me olvidé de decirle que salía.

—Ya lo sabe, yo la llamé.

Tenía sentido: mamá había estado hablando con el ayudante. Me relajé… hasta que el coche dio otro giro y se metió detrás de un edificio con paredes sucias. Paró. El señor bajó sin mirar, abrió mi puerta desde fuera y me agarró del brazo.

Sentí miedo.

—Bájate ya.

—¿Dónde estamos? Esto no es la heladería…

—Mejor cállate —dijo sin mirarme—. Si gritas, te tapo la boca, ¿oíste?

Su voz ya no sonó normal. Sonó dura, como una piedra en un vaso. Fui a abrir la boca para gritar y él me puso la palma mugrienta contra los labios.

—Órale —apretó un poco—. No quiero hacerte daño. Tú me haces caso y no pasa nada, ¿sí?

Presionó el botón del cinturón. Pataleé, pero era demasiado fuerte.

—Maldita pinche niña, si te resistes, te voy a matar, a ti y a toda tu familia.

Fue entonces cuando me di cuenta de que aquel hombre no era el ayudante de mi padre y que mi vida corría peligro real. Pensé en Alma y lo mucho que se enfadaría porque hubiera salido sola; pensé en mi hermana pequeña y que no podría probar el helado.

El suelo estaba lleno de manchas negras, salía calor de las paredes y no me gustaba.

El señor me llevó a empujones por un pasillo torcido que olía a aceite. Abrió una puerta de madera, la habitación era pequeña. Tenía una cama sin sábanas, una mesa con una pata coja y una bombilla colgando. Había una manta gris en una esquina, no había ventanas, solo un cuadrado alto tapado con cartón.

—Aquí te quedas —dijo—. Ten cuidado con las ratas, les encantan las niñitas lloronas.

—¡No! ¡Lléveme con mi papá!

—Tu papá sabe que hizo mal —dijo, y la voz le cambió a un tono feo—. Si quiere a su niña de vuelta, que pague lo que debe y si no… sabremos qué hacer contigo para que salde su deuda…

Se me encogieron los dedos de los pies. Quise decir «voy a gritar», pero no salió. La lengua se me pegó al paladar y escuché un chillido agudo. ¿Serían las ratas? ¿Me morderían?

—Si gritas, te tapo la boca con tus bragas —añadió amenazante —. Si corres, te agarro y te lleno el cuerpo de azotes. Y si haces cochinero —señaló el suelo—, limpias. ¿Va? —Me zarandeó con fuerza y sus dedos se clavaron en mis brazos. Dolió—. ¿Va? —insistió.

Asentí. No sabía qué más hacer. Me empujó lo justo para que yo diera dos pasos hacia adentro. Cerró. Escuché la llave.

Me quedé de pie, mirando la bombilla. El corazón me sonaba en los oídos. Me senté en el suelo. El cemento estaba frío, como el borde de la piscina cuando todavía no te metes. Me abracé las piernas, temblando.

Una vez me dijeron que, si te haces bolita, el miedo es más pequeño; no fue verdad, el miedo se hacía grande y yo apenas podía contener las ganas de llorar.

La puerta se abrió. El señor entró con una botella de agua y un bollo envuelto en plástico.

—Toma —dijo—. No quiero que te me desmayes.

—Quiero irme a casa.

—Ahorita no. —Se agachó y me miró a los ojos—. Mira, chamaca: si tu papá te quiere —levantó el dedo, como si estuviera en su clase —, pagará la lana; ya estuvo bueno con sus mamadas.

No sabía qué era lana si no era de oveja y tampoco mamada. Asentí como si supiera.

—Si se hace el cabrón, te quedas. Si se hace loco, te quedas. ¿Va?

—Va —susurré.

—Come. —Empujó el bollo—. Y no grites ni llores, no me hagas enojar, ni a mí ni a la familia Mouse, o te comerán los ojos.

Cerró otra vez. La llave hizo ese sonido que ya conocía. No comí porque me daba miedo que las ratas vinieran a por mí; cerré los ojos con fuerza y pensé que guardaría la comida para dársela a ellas.

Bebí un sorbo, hacía demasiado calor y estaba sedienta. Sabía a manguera. Me dolía la tripa, me dolía la nuca de apretar la mandíbula.

Desde afuera escuché su voz, hablaba por teléfono. No decía mi nombre, sino mi apellido.

—Sí, la tengo. Dile a Ortiz que no se haga. Que pague hoy. Que no me haga reventar. —Se rio bastante feo—. No, no la toco. ¿Qué crees? Yo no soy animal. Pero si no paga, el jefe no tendrá miramientos… —Bajó la voz y ya no escuché.

Me quedé muy quieta, respirando despacio. Miré la puerta, la bombilla, la manta y fui hacia ella. La arrastré un poco. Olía a perro mojado; quizá eso distrajera a los roedores, como una capa de invisibilidad, pero de peste.

Me la puse en las rodillas.

Hacía calor, pero tenía frío. Los codos se me llenaron de puntitos, como cuando te metes en el agua fría. Me dolía la garganta de no llorar. Pensé en mi helado, ese que ya no tenía sabor y que nunca lo tendría.

Pasó otro rato. No sé cuánto. Quise ir al baño, pero no había. Intenté aguantar. No pude. Sentí el calor entre las piernas y el olor me subió a la nariz. Me ardieron los ojos de vergüenza, tenía nueve años y olía a bebé. Quise desaparecer debajo de la manta, pero la manta apestaba.

La puerta se abrió de golpe. Me encogí.

—¿Qué es ese olor? —preguntó, tiró de la manta y vio el charco —. No mames… Pinche mocosa.

No sabía si «pinche» era más feo que «pendejo», pero parecía que sí.

—Lo siento —dije, como cuando rompía un vaso.

Me tiró una toalla.

—Limpia. Y si haces otro desmadre, te amarro.

Asentí muy rápido. Me arrodillé. La toalla raspaba. El cemento raspaba más. Se me resbalaban los dedos, las lágrimas cayeron en el piso, el señor me miró desde arriba. Tenía el diente dorado que brillaba bajo la luz.

—Qué linda, Cenicienta. ¿Tienes hermanitas? —No esperó mi respuesta porque la sabía—. Si tu papá no paga, iremos a por ellas.

Volvió a marcharse, dejándome sola. La bombilla hizo tic y se apagó un segundo. Miré a un lado y a otro con terror y lancé el bollo lejos de mí para que se lo comieran.

«Papá va a venir a buscarme, va a venir».

□□□□□

El móvil se me resbaló de las manos y golpeó el suelo con un sonido hueco. No lo recogí enseguida. Me quedé mirándolo como si fuera un animal muerto, como si en lugar de plástico y pantalla hubiera vísceras, recuerdos y miedo.

Los dedos me temblaban tanto que al agacharme tuve que apoyarme en la mesilla, el pecho me ardía; tragué saliva. Me sobrevino una oleada de náuseas tan fuerte que corrí al baño.

Vomité el desayuno, la cena y tal vez una parte de mí que llevaba años intentando hacerse la fuerte.

Cuando estuve vacía, quise ponerme en pie sin caer. Mis rodillas eran gelatina.

Me agarré al borde del lavabo y el reflejo en el espejo me devolvió una cara que conocía demasiado bien: los ojos rojos, las mejillas húmedas, maquillaje corrido. La piel tensa de alguien que acababa de volver a un sitio donde juró no regresar.

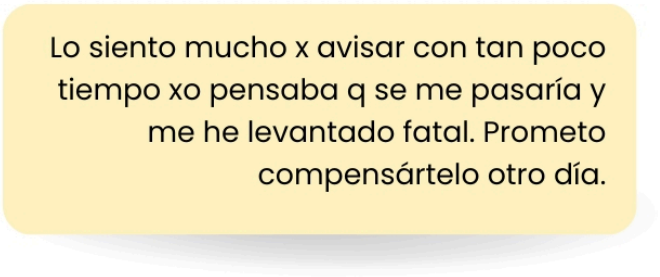
Hacía mucho que no me sentía así, tanto que había olvidado cómo se respiraba desde ese dolor del tipo que no dejaba marcas en la piel, pero sí en el pecho. El que en terapia me enseñaron a superar.

Me enjuagué la boca, me senté en el suelo del baño y apoyé la cabeza en la pared fría.

El corazón seguía golpeando como si quisiera salir.

Pensé en Thiago, hoy no podía ponerme la máscara ni fingir que todo estaba bien.

Volví a la habitación, cogí el móvil y tecleé:



Le di a enviar, lo apagué, lo dejé bocabajo y me tumbé en la cama sin desvestirme. El calor seguía ahí, pegajoso, pero me cubrí con la sábana igual; mi cuerpo temblaba, aunque no tuviera frío, mi alma sí lo sentía.

«Lo han soltado. Lo han sol-ta-do».

CAPÍTULO 12



Mason

Las pelotas de pilates tenían que ser un invento del demonio.

Rebotaban cuando no debían, se escapaban cuando no querías y se cargaban de electricidad estática como si tuvieran rencor personal.

La mía acababa de pegarme un calambrazo en el antebrazo y la rubia de la esquina casi se atraganta riéndose.

Llevábamos un par de semanas con las primeras clases del máster y los profesores ya habían calado, más o menos, quién era quién.

—¿Tienes un problema con la física, Fitzroy? —preguntó el profesor.

—Solo cuando lo supera la química, señor, y esta chica me manda descargas de amor —contesté, enderezando la espalda y devolviendo la pelota a su sitio.

Estábamos en clase práctica de Terapias Funcionales Aplicadas.

En teoría, íbamos a aprender a movilizar la articulación escapulohumeral.

En la práctica, estábamos todos con las manos encima de todos, en una especie de orgía kinésica sin erotismo porque nadie sabía muy bien qué estaba tocando.

Lo que me hacía pensar por qué había escogido Fisioterapia. ¡Por el magreo!

Me giré hacia mi compañera de práctica, una chica de trenzas apretadas que masticaba con ansias un chicle de menta.

—¿Te importa si te recoloco el hombro? —pregunté con la seriedad de quien se dispone a salvar una vida.

—Mientras no me lo disloques —respondió, dudosa.

—Prometo que, si pasa, te regalo una sesión completa de hielo terapéutico y cena incluida en mi casa.

Eso pareció interesarle más.

—¿Incluye masaje?

—La duda ofende. Si Fitzroy tuviera un significado más allá de «hijo del rey de los orgasmos», sería «final feliz».

Le guiñé un ojo, descarado. Creo que se tragó el chicle.

—No lo dudo —replicó, y sonrió como si quisiera que se lo demostrara.

Ahí estaba: el arte de convertir cualquier clase en una peli porno sin final romántico a la vista.

Mi talento innato según el cuerpo docente: distraer al grupo.

Mi versión: mejorar la experiencia educativa a través del contacto humano, que la vida eran dos días, coño.

Todo el mundo sabía que los que estudiábamos algo relacionado con el deporte o la salud éramos unos salidos deseosos de sexo en nuestra gran mayoría. Solo hacía falta ver cualquier serie de médicos o de deportistas para darse cuenta.

Demasiada testosterona, sudor, feromonas y cuerpos llevados al límite. ¿Para qué esforzarse en demostrar lo contrario? Las bondades de los orgasmos eran mundialmente reconocidas, así que a correrse y a disfrutar.

De fondo, el profesor soltaba un monólogo sobre la importancia de la propiocepción, palabra que sonaba a secta o a condimento exótico según el contexto.

Yo asentía para parecer enfocado, sin embargo, mi cabeza estaba en otro sitio.

Y no, no lo decía porque la de las trencitas me estuviera acariciando el muslo con las uñas, acercándose de manera peligrosa a la zona habitada por el monstruo del lago Mase, más bien porque últimamente le daba muchas vueltas a cómo había acabado estudiando en la SSU y sin querer salir de mi zona de confort.

—¿Un máster? ¿Para qué quieres eso? —preguntaron mis padres, como si mi futuro estuviera en una isla bebiendo agua de coco mezclada con alcohol.

No los culpaba, la mitad de los hijos de sus amigos se dedicaban a dilapidar la fortuna familiar de fiesta en fiesta; la diferencia entre ellos y yo era que estudiaba una carrera, los desmadres los montaba en la mansión familiar —porque ellos nunca estaban— y me mataba a hacer gimnasia. Si no, ¿cómo iba a mantener esos abdominales esculpidos por los dioses y Graham Hayes?

Hacer deporte fue una de las cosas que el médico me recetó cuando el cáncer decidió largarse de vacaciones pagadas.

El oncólogo decía que el cuerpo tenía memoria y que, si lo ponías en marcha, la cabeza lo seguía. Supongo que tenía razón.

La práctica deportiva era la única terapia que no olía a hospital.

Creo que nunca imaginó que acabaría convirtiéndolo en mi religión.

«El movimiento es salud, Mason». Y yo daba fe de ello.

Sobre todo, cuando pasabas de moverte por un gotero a moverte por gusto.

Mejor sudar que llorar.

Además, que cuando estabas calvo como una bola de billar, sin pestañas ni cejas, debías tomar una decisión para que los demás no te miraran con pena. Puede que el deporte se convirtiera en mi religión, pero Dwayne Johnson, conocido como *La Roca*, o el tío calvo más sexi del planeta, me pareció una opción brutal como dios.

El tío tenía tanto carisma y estaba tan bueno que la gente pasaba de su falta de pelo; una vez escuché que ni siquiera era calvo, sino que se afeitaba para que el foco solo estuviera puesto en él. Así que me dije: «aprende del maestro en lugar de lamentarte por tu falta de fibra capilar».

Tampoco voy a mentir, las pelucas me picaban y me daba grima que me pusieran pelo de la polla de algún tío de la India, así que… me pasé un tiempo siendo un buen amante de los complementos.

Tengo que dar gracias al cáncer de mi bonita colección de gorras de béisbol.

Cuando me salió mi primer rizo, las pestañas y las cejas, juro que los cuidé más que a esas semillas de lenteja que te hacen plantar entre algodones cuando eres un crío.

Tenía claras dos cosas:

Una, que no quería volver a ver una bata blanca en mi puta vida, salvo si era la de una doctora cachonda y se trataba de un *cosplay* en mi cama.

Dos, que odiaba todo aquello que me hiciera sentir débil, así que tocaba ponerse fuerte y plantarle cara a la enfermedad.

Demostrarle que no tenía cabida.

Tuve suerte y mi cuerpo respondió.

El carisma ayudó a ahogar comentarios estúpidos y a que las chicas se fijaran en mi humor.

Después de pasar meses siendo una bolsa de huesos, aprender cómo volver a moverme, cómo recuperar la fuerza, fue una especie de revancha personal y ahí nació la idea: si no podía curar desde dentro —porque la medicina no me llamaba para nada—, podía hacerlo desde fuera, sin bisturí, sin agujas, con las manos y altas dosis de humor. Y, si se daba el caso, con cierto grado de fricción terapéutica, como la que me estaba ofreciendo mi compañera, ¿se llamaba Jena? ¿Jane? Para el caso era lo mismo, ya tenía la sangre bombeando en mi mayor músculo.

—Fitz, ¿estás escuchando? —la voz del profesor me sacó de mi pequeña epifanía.

«Polla llamando a Fitz, contesta».

—Sí, claro. Propiocepción, escápula, húmero, epidídimo…

«¡Mierda, eso es la parte posterior de los testículos, donde los espermatozoides maduran y se almacenan! Los míos son ya gran reserva después de tanto almacenaje».

El profesor puso cara rara.

—Era… Epitelio.

—No he hablado del epitelio ni del epidídimo, pero me alegra saber que tu boca sigue conectada al cerebro.

—En ocasiones especiales… veo muertos —respondí, citando el *Sexto Sentido* mientras la clase se reía.

—Muerto vas a estar como no atiendas en mi asignatura.

Al final de la práctica, me quedé unos minutos recogiendo material.

Apoyé las manos en la camilla y miré mis brazos.

Los músculos, las cicatrices, la fuerza que volvió después de que el cuerpo se rindiera.

A veces lo olvidaba, pero la enfermedad fue mi primera entrenadora personal.

Me enseñó que los límites eran negociables y que, si un día creías que no podías más, siempre te quedaba el sarcasmo.

El profesor pasó a mi lado y me dio un leve golpe en el hombro.

—Has estado algo descentrado. Aun así, buen trabajo. Si canalizaras la mitad de tu energía en los estudios que en los chistes o las mujeres, serías brillante.

—¿Solo la mitad? No me subestime, Doc, necesito mucho menos que la mayoría para brillar. Estoy rellenito de bioluminiscencia.

Le guiñé un ojo y salí al pasillo mientras él negaba.

La universidad estaba en modo *on*: gente con cafés, apuntes, sudaderas y caras de «no me da la vida».

Cuando estudiabas en una universidad como la SSU, en la que se medía con la misma exigencia tus notas académicas que tu rendimiento como deportista, era lo que había.

Saqué el móvil. Hora de ir a la cafetería.

Los chicos del equipo ya estarían allí, y aunque Jaxon ahora formaba parte del cuerpo docente, se sentaba con nosotros porque yo era el puto capitán.

Pensar en eso me recordó que mi puesto provocó que Hayes fuera más estricto conmigo que con los demás. No en los ejercicios, sino porque debía trabajar la unión del equipo; habían sido muchos cambios y, aunque la gimnasia era un deporte de exigencia individual, la bajada de puntos de uno nos costaba la medalla a todos.

Así que… tocaba apechugar.

Pensar en entrenamientos era volar a Thiago, que como bien indicaba su apellido, me tenía hecha la cruz, nunca mejor dicho. Mi intervención en la playa durante la cena del equipo fue una cagada y ahora el santo tropical, con sonrisa de anuncio y músculos de catálogo, me rehuía como la peste.

No había querido forzar demasiado la máquina, primero porque mi intención era tirármelo, no que se mudara de Estado, y después porque temía que mi acoso y derribo le pasara factura al equipo.

Digamos que le estaba dejando espacio para que me echara de menos.

No estaba preocupado. Camila tampoco parecía haber avanzado, así que por el momento podía permitirme tomar nuestra pequeña competición con calma.

La conquista de un hetero era una carrera de fondo y, gracias a los obstáculos con los que me premió la vida, era un experto en carreras a larga distancia y elementos inesperados.

Ortiz era un hueso duro de roer, una tentación demasiado bestia para cualquier tío con rabo y ganas de hundirse en un tarrito de miel.

Ella y yo andábamos en ese juego de medias miradas y medias verdades desde el año pasado.

La apuesta seguía viva, y no sabía qué me divertía más: intentar ganarle o verla retarme con los ojos a la menor oportunidad.

Desde que la vi montando en rodeo al cabrón de Tyson Reed, quien no solo me arrebató la plata aquel día, cayeron unas cuantas pajas a su salud.

¿Podría haber participado? Sí.

¿Quería hacerlo? Desde luego.

El problema era que me entró el pánico de joderla con una de las personas que me importaban.

Reyes, Dalton, Parks y Ortiz eran mi núcleo duro; si perdía el cariño de mis amigos por una ida de polla, ¿qué me iba a quedar?

Era mejor mantener las cosas así.

Guardé el móvil en el bolsillo y me dirigí a la cafetería.

Todos estaban allí.

Mi clase era la última y la más alejada, así que no llegaba tarde porque quisiera atención, sino porque me era imposible hacerlo antes.

La cafetería de la SSU era una mezcla entre zoológico y sala de guerra.

El ruido era constante: bandejas, risas, vasos de plástico y bollos de pan volando para que alguien determinara quién tenía los mejores reflejos, si los de *hockey*, los de béisbol o los de fútbol americano.

Deslicé los ojos por la mesa larga del fondo y conté cabezas. Casi todos estaban: Avery, Camila, Naomi, Harper, Lena, Isla, Jax, Cruz, Zach, Derek… y la colección de *rookies* que aún no sabían si debían abrir la boca o mantenerse en modo estatua para ganarse el derecho a estar ahí.

Avery sonreía porque Jackass permanecía a su izquierda diciéndole guarradas en la oreja. Los conocía demasiado bien como para no etiquetar el sonrojo de la capitana.

Camila y Naomi discutían sobre algo que sonaba a cotilleo; Harper y Lena cuchicheaban a dos sillas de distancia, haciendo partícipe a Isla, que trataba de estudiar anatomía mientras comía un plátano.

Y Thiago, por supuesto, estaba sentado al extremo de la mesa, como si el resto del mundo no fuera con él. Sujetaba un libro abierto con cara de concentración.

Me acerqué, dejé mi bandeja en la mesa y le quité el libro sin pedir permiso.

—¿Qué lees, Thi? ¿Cómo lavarte el pelo sin despeinar tus trenzas?

Thiago me lanzó una mirada que decía «no tengo paciencia para ti», pero no quiso ser maleducado.

—Psicología del rendimiento —respondió tranquilo—. Es interesante. Habla de cómo la mente puede sabotearte más rápido que una lesión.

—Mira —intervino Naomi—, parece un manual escrito para ti —anotó en mi dirección.

—Yo prefiero los que traen ejercicios prácticos, ya sabes, tipo «aplique sus conocimientos con un compañero voluntario».

Camila soltó una carcajada, apoyando el codo sobre la mesa.

—Ni siquiera sé por qué te molestas, todos sabemos que, si el libro no contiene dibujos con anatomía al desnudo y posiciones disfrutables, no pasas de la introducción.

—Oye —repliqué, fingiendo indignación—, he leído más de lo que parece.

—Las etiquetas de los suplementos no cuentan. Tampoco las instrucciones para enfundarte un condón —añadió ella, divertida.

El grupo estalló en carcajadas.

—Paz, Ortiz —dije, señalándola con la botella de agua—, que si necesito ayuda con los condones, sé que tú tienes un máster avanzado; no se me olvidará preguntarte si necesito que alguien me eche una mano.

—Cuando quieras… —murmuró, con esa sonrisa que sabía que era un arma de destrucción masiva.

Le devolví el libro a Thiago, volví a coger la bandeja y me dirigí al único lugar disponible, al lado de mi mejor amigo.

Jaxon, ajeno al resto, tenía la mano de Avery bajo la mesa.

—¿Podéis dejar de jugar a los microorgasmos en público? —gruñí.

—¿Celos, Fitzy? —canturreó Avery sin apartar la vista de su chico.

—Hambre —corregí—. Hambre en el mundo y vosotros aquí, derrochando feromonas.

—Cállate y come —dijo Naomi, lanzándome una servilleta.

—No puedo, me distraen las clases de educación sexual en vivo. Sufro de TDAH sexual.

Entre risas, Harper se quejó:

—¿Cómo podéis pensar en sexo? Volkova nos va a matar con tanto entrenamiento. Tres horas seguidas de barra y suelo, por la tarde físico y mañana repite. Para mí, ahora mismo no hay mayor fantasía sexual que una cama vacía en la que tumbarme.

—Normal —dijo Jax, encogiéndose de hombros—. La competición está más cerca de lo que parece y las otras universidades no nos lo van a poner fácil tras la derrota del año pasado. Si queréis medalla, entrenad como si vuestra vida dependiera de ello. Os recuerdo que nadie tiene su plaza garantizada y los *rookies* vienen empujando fuerte.

Los ojos se deslizaron hacia los novatos y regresaron a Jaxon.

—Eres un sádico —gruñó Lena—. Y recuerda que todo lo que se diga en esta mesa es secreto confidencial.

—Soy realista —contestó él—. Y vuestro culo, si no aprieta, no gana. Preocupaos más de eso que de lo que yo pueda decir.

—Mmm, me flipan los culos apretados —exhalé.

—Podrías apoyar mis palabras —protestó Jax.

—¿Y arruinar mi reputación de superficial? Ni loco.

Camila rodó los ojos, pero le vi la sonrisa.

Y juro que en ese momento pensé que, si el gimnasio era mi iglesia, esa mesa era mi familia disfuncional.

Ruidosa, malhablada y absolutamente perfecta.

CAPÍTULO 13



Thiago

El vestuario tenía el aire denso de siempre.

Respiraciones cortadas, casilleros abriéndose.

Me senté en el banco, la camiseta a medio poner, algunas risas entre compañeros marcando el pulso del fondo. Las primeras dos semanas en la SSU habían sido… intensas.

No por los entrenamientos. Por la gente.

En clase de Psicología del Rendimiento, el Dr. Halperin me cayó bien. No era de esos que presumen con la teoría; miraba hasta que te sentías desnudo.

—Cruz, usted no entrena contra su cuerpo, entrena contra su mente —me soltó el primer día.

Y no podía estar más de acuerdo.

En Anatomía Aplicada también me iba bien, aunque me daba risa que los ricos necesitaran nombres latinos para músculos que los

pobres entrenaban sin saber cómo se llamaban.

El problema estaba en Sociología del Deporte. Allí reinaba un grupo de niños bien que confundían carisma con dinero y educación con apellido. Tres en concreto.

El cabecilla era Colby Grant, capitán del equipo de tenis, con Mercedes y sonrisa de catálogo. A su derecha, Miles Davenport, su compañero de dobles; y el tercero, Rhett McAllister, del equipo de golf, el silencioso del grupo, reía de esas bromas que no redimían a nadie. Cada vez que Grant abría la boca, el aire se contaminaba un poco más.

—Ey, Miami —me soltó el martes pasado—, ¿los de tu país usan psicología o machete para sacarte las ideas a navajazos?

Se rieron. Yo lo miré. Solo eso. A veces el silencio cortaba más que un insulto, pero ellos todavía no lo habían aprendido.

No era la primera vez que me enfrentaba a gente así. Ni la peor. Solo que entonces no era el mismo Thiago de ahora.

Thiago, 12 años

El pasillo del colegio era largo, con esas luces blancas que lo hacían parecer más frío.

Venía del entrenamiento de clavados, el uniforme pegado al cuerpo.

El sonido de mis zapatillas mojadas y agujereadas, que me apretaban porque se me habían quedado pequeñas y no quise decir nada en casa para no ahogar más a mi familia, marcaban el paso cuando escuché la risa.

—Mira al negrito —dijo uno.

Otro añadió:

—Va a las olimpiadas del hambre, ¿habéis visto cómo se le abren las zapatillas? Parecen hechas de *gruyere* rancio, apesta.

Curvé los labios en una sonrisa al ver que sus argumentos para meterse conmigo eran una puta mierda, aunque dolieran.

Podría haber seguido caminando.

Mi madre siempre decía que no había peor castigo que la indiferencia, pero ella no iba al instituto con esos idiotas.

Igual lo habría hecho si el más alto, el del pelo rubio casi blanco, no se me hubiera plantado delante.

—No te rías, mono. Tiradle alguna cáscara de plátano, a ver si se la come el *pelopolla*.

Algo se rompió.

O se encendió, cuando no cayó una, sino varias cáscaras que debían tener preparadas y que olían a putrefacción.

—¡Cómetelas! Es lo único que merece alguien como tú y, si no lo haces, buscaré a esa zorra de hermana que tienes y se las haré tragar a ella.

Ni siquiera lo pensé: mi puño se movió antes que la cabeza.

Sonó un golpe seco. Luego gritos.

Y sangre. Me dio igual que los otros se me tiraran encima porque en fuerza física y mala leche yo era superior. Nadie se metía o amenazaba a mi familia.

Ese día me gané mi primera expulsión y mi padre la peor llamada del año.

Esa noche no hubo gritos.

Solo la mirada de mi madre cargada de decepción, que era mucho peor.

No tenía ni idea de que ese idiota era el hijo de su jefe ni que al intentar defender lo que consideraba injusto, además de echarme del instituto, conseguiría que ella perdiera el trabajo.

—Yo no sabía que…

Levantó la mano y me hizo callar, hundida entre el cansancio y la decepción. Papá estaba sentado a mi lado en la mesa de la cocina y a mi hermana la habían enviado a su cuarto para que no escuchara.

Mis padres habían cruzado mares para no tener que inclinar la cabeza, y allí estaba yo, devolviéndoles la cadena que tanto les costó romper.

—No puedes ir por la vida así, hijo —dijo al fin. Su voz tenía esa firmeza tranquila que dolía más que un grito—. Por fuerte que golpees, siempre habrá alguien que tenga algo que tú no: el color correcto, el apellido correcto, la posición adecuada.

—Entonces, ¿qué? ¿Me dejo pisar? —le solté.

—No. Aprendes a protegerte sin usar los puños.

—Es que no te haces una idea de lo que dijo, me llamó mono, me lanzó cáscaras, dijo que mi pelo…

—Eso da igual.

—¡¿Cómo va a dar igual?! —pregunté tan exaltado como frustrado.

—Si usas la fuerza, siempre serás el malo —replicó—. Y no quiero ver cómo acabas en un centro de menores. Díselo, Fidel, los emigrantes de color somos carne de cañón.

—¡Yo he nacido aquí! ¡Soy tan americano como ellos! —protesté, apretando los puños, lleno de rabia.

Mi padre bebió un trago con fuerza.

—Naciste aquí, sí —dijo despacio—, pero este país tarda generaciones en aceptar que también le perteneces. Para ellos, hijo, siempre serás el invitado, y los invitados no levantan la voz.

»Tu madre y yo nos lo jugamos todo para que tengas opciones. No arriesgues eso por gente que no merece nada de ti.

—No pienso dejar que me golpeen o insulten porque no soy rubio de ojos azules —protesté, todavía ardiendo.

—Y no debes —afirmó—, pero hay batallas que no se ganan con los músculos de tus brazos, sino con el de tu cerebro.

Hizo una pausa y añadió, con los ojos fijos en los míos:

—Quieren que te canses, Thiago. Que te canses de explicar, de luchar, de existir. Y cuando te canses, habrán ganado. Así que no les des ese regalo.

—¿Y cómo se gana entonces? —pregunté, temblando entre la rabia y las lágrimas que no pensaba soltar.

—Con cabeza fría y dignidad caliente —respondió—. Te prometo que te daremos armas, pero estarán aquí —apoyó el dedo índice en mi sien— y aquí. —Su palma en mi corazón—. Tu actitud y tus palabras serán tu escudo. Créeme, frente a eso no hay nada más poderoso. Los huesos se curan, pero lo que dices…, eso se queda para siempre y, a veces, lo que eliges callar, también.

No lo entendí entonces.

Hicieron falta algunos años y muchos viajes en coche a la otra punta de la ciudad, porque no había otra plaza para mí, para que interiorizara lo que aprendí en aquel pasillo.

A veces, ganar dolía más que perder, y nadie me había preparado para eso.

□□□□□

Volví al presente cuando una mochila cayó a mi lado con un golpe sordo.

—Espabila, Cruz, o Hayes te obligará a hacer *burpees* hasta que no sientas los brazos si llegas tarde —profirió Derek, guiñándome un ojo.

Los otros se rieron.

Me puse en pie, cerré la taquilla y ajusté la pulsera roja de hilo que me hizo mi abuela antes de dejar Puerto Rico.

No sabía si daba suerte, pero me recordaba quién era y de dónde venía.

Salí al gimnasio, fui a la zona de cardio, máquinas y peso libre.

El sonido cambió: mancuernas, crujidos, respiraciones, el eco de la música baja de los altavoces.

Volkova caminaba observando a las chicas, que tenían su propio circuito.

No necesitaba levantar la voz: tenía ese tipo de autoridad que te hacía enderezar la espalda sin pensarlo.

Hayes se acercó a mí.

—Cruz, hoy vas con el grupo de fuerza máxima —dijo sin mirarme—. Tracción, peso muerto y circuito de hombros.

—Entendido, entrenador.

—Calienta.

Al fondo, Fitzroy estaba haciendo teatro con un palo de madera, tocándolo como si fuera una guitarra eléctrica en lugar de hacer los movimientos para el calentamiento articular.

Por suerte, no me había tocado en el mismo grupo que a él.

Había decidido aumentar la potencia de mi escudo frente a los avances del capitán. No quería distracciones, y Mason Fitzroy era una constante.

Negué con la cabeza y me subí a la cinta de correr.

Me puse los cascos para crear mi propia burbuja de aislamiento mientras miraba de reojo a Sienna Walsh. No había vuelto a hablar con ella desde la playa.

La excapitana estaba decidida a mantenerse al margen de todo y de todos. Estaba subida a la elíptica, con el chándal puesto y sudando a raudales. Lo daba todo en cada entrenamiento, sin embargo, el resultado no llegaba y Volkova la tenía bajo el punto de mira.

No me dedicó ni una sola mirada en mis treinta minutos de carrera, así que decidí perderme en la música acompañado por mi lista de reproducción para cardio.

Sí, era de los que tenían una lista dependiendo de mi rutina y de lo que fuera a trabajar; estaba convencido de que la música era capaz de afectar al rendimiento deportivo, y yo la usaba a mi favor.

La cinta se detuvo con un pitido agudo.

El sudor me corría por la espalda, la camiseta pegada, los pulmones intentando ponerse al día con mi cuerpo.

En los auriculares, Travis Scott. *FE!N* sonaba con base grave, pura pulsación lista para ponerme con los ejercicios de fuerza.

Bajé despacio, sintiendo cómo las piernas temblaban un poco, aunque había bajado el ritmo tras el *sprint* final.

Me agaché, apoyé las manos en las rodillas y exhalé.

Había algo en correr que me gustaba, me vaciaba sin pedir permiso, como si todo lo que callaba se quedara atrás, en la cinta.

Tal vez fuera eso lo que mi madre sentía cuando corría y por eso le gustaba tanto.

Antes de comenzar con la rutina de fuerza máxima, fui a la zona de las espalderas para rotar hombros, codos y muñecas.

La activación articular era esencial para prevenir lesiones en un deporte tan exigente como el nuestro.

Círculo de cuello, torsión de tronco: el cuerpo volviendo a su centro.

Mientras tanto, mis ojos se recreaban, sin perder el foco, en el precioso cuerpo de Camila Ortiz estirando delante del espejo.

Observarla tenía que considerarse un deporte nuevo porque mi corazón se puso a bombear más rápido que en la cinta.

Shorts negros, piel dorada, sus dos moños. No hacía falta recrearse mucho para perder el ritmo.

A su lado, Sienna Walsh, fría y precisa, marcaba un *split* tan perfecto que el propio suelo parecía rendirse ante su genuflexión.

Y un poco más allá, Fitzroy, el capitán, estaba dándole duro a las mancuernas mientras hablaba con uno de los *rookies* y, por supuesto, sin camiseta.

Tenía un tono opuesto al mío, sus músculos eran algo más alargados, menos redondos, pero igual de atrayentes si te perdías en la V que desaparecía bajo el pantalón.

Sus pupilas se clavaron en las mías a través del espejo con esa sonrisa de quien sabía que la atención era su oxígeno.

Aguanté un segundo, dos, como si no me hubiera alterado al pasear la mirada sobre él.

«Tiene una energía que te atrae y te repele a partes iguales, como cuando pruebas la cerveza por primera vez. Concéntrate y a lo tuyo, no vaya a ser que te emborraches».

Intenté hacerlo, encontrarme en mi respiración, pero mis ojos parecían tener su propio plan.

Saltaban de un cuerpo a otro, de la fuerza controlada de Sienna al descaro de Camila… o al puto caos con abdominales que representaba para mí el capitán.

Me cabreaba no entenderlo, no lo que sentía —eso ya era un lío —, sino por quién.

Sacudí la cabeza, no estaba ahí para hacerme pajas mentales, sino para entrenar.

Calentamiento completado, tocaba ir a por el bloque principal: fuerza máxima.

La voz de Graham resonó desde el centro del gimnasio, dando palmas para que no bajáramos el ritmo ni la intensidad.

Sentadilla frontal. Cuatro series de cinco, peso al 80%, control en la bajada, explosión en la subida.

Ahí debía estar mi foco.

Me coloqué en la jaula, frente al espejo, con la barra sobre los hombros.

Respiré profundo y bajé despacio, notando toda la tensión acumulándose en mis cuádriceps, llenando de sangre mis isquios y glúteos.

Uno, dos, tres.

La barra tembló un poco, pero el movimiento salió limpio. Subí con fuerza.

Adentro, de Calle 13, empezó a sonar en la lista de reproducción que usaba para fuerza.

Descansé un par de minutos entre serie y serie para recuperar.

De las piernas pasé a dominadas lastradas, lo cual era la leche si teníamos en cuenta que tenía toda la sangre concentrada en la mitad inferior y ahora debía bombearla a mis músculos superiores.

Esa rutina era de las infernales: *Press* en pino, plancha isométrica.

Cada repetición era una descarga completa y una pelea continua.

Menos mal que mi cuerpo respondía sin hacer preguntas.

Llegó el turno de hombros, con Kendrick Lamar reventando mis auriculares.

Me incliné, agarré las dos mancuernas pesadas y caminé hacia atrás para sentarme en el banco que previamente había visto vacío antes de cogerlas.

¿El problema? Que no volví a cerciorarme tras agarrarlas. Delante de mí solo había pared, cero espejo.

Bajé con confianza, me senté y entonces noté una cara hundiéndose en mi trasero: una superficie cálida, una respiración que no debería haber estado ahí.

Fue tal el sobresalto, que solté las pesas sin pensar en el suelo de caucho y estas rebotaron.

Salté hacia delante, como si el banco fuera la silla eléctrica y a mí me hubieran condenado a ser electrocutado.

—¡Mierda! ¡Lo siento! —proclamé, dándome la vuelta angustiado. Me arranqué los auriculares de cuajo.

Y entonces la vi, esa sonrisa insolente que precedía a la tormenta.

No podía haberme sentado en otro rostro que no fuera el del puto Mason Fitzroy, quien seguía sin camiseta, haciendo aperturas

de pecho y descojonado de la risa porque era un cabrón que disfrutaba demasiado de la desgracia ajena.

—¿Eres imbécil o qué? ¿No has visto que iba a sentarme?

—Tranquilo, que no he muerto por asfixia —me interrumpió, dejando caer las mancuernas.

—¡No quería asfixiarte!

—Bueno, si querías invitarme a una buena comida de huevos para cenar, te informo que se me da mejor sin ropa.

—¿Qué? —balbuceé.

—Digo que, si querías que te hiciera una evaluación postural, no hacía falta restregarme toda la evidencia —añadió, guiñando un ojo.

Zack Coleman, que estaba haciendo flexiones con discos en la espalda, soltó una carcajada.

Noté cómo se me tensaba el cuello… y algo más.

Un reflejo traidor que odié sentir al imaginar su boca tan cerca de mi zona íntima.

—Eres un capullo —dije, apartándome un paso.

Mase seguía riendo, encantado consigo mismo.

—Me lo dicen mucho, pero piensa que detrás de una gran flor siempre hubo uno. —¿Cómo podía tener salidas para todo?—. Vamos, Cruz, no te pongas así. Si vas a invadir mi espacio personal, al menos dame tiempo para disfrutarlo.

—¿Por qué cojones tienes que llevártelo todo al mismo terreno siempre? —disparé.

Él se incorporó, aún sonriendo, con la piel sonrojada y diminutas gotas de sudor condensándose entre sus músculos.

—¿Y tú por qué no? —replicó despacio—. Si vas a mirarme como lo haces cuando piensas que no te veo, lo justo es que te devuelva el favor.

Las palabras me atravesaron.

No por lo que decía —él siempre buscaba la provocación—, sino por lo que mi cuerpo hizo con ellas al darse cuenta de que era cierto.

Tragué saliva; no tenía una respuesta que no sonara a mentira.

—¿Qué pasa aquí? —la voz de Graham Hayes cortó el aire como una cuerda tensa.

Ambos nos giramos.

—Nada, entrenador —contesté enseguida.

Mase levantó una mano, divertido.

—Solo trabajo en equipo, señor. Fomento de la confianza, evaluación de la posición corporal y esas cosas. Ya sabe, ejerzo de buen capitán.

Graham lo miró con la expresión cansada de quien ha oído demasiadas tonterías.

—Fitzroy, usa la boca para acompasar la respiración y menos para hacer eso que tanto te gusta. —«¿Comer pollas?». La posibilidad se reprodujo en mi mente antes de que el entrenador terminara su sentencia—. Hablar. Cruz, a otro banco.

—Sí, señor —respondí aliviado.

Me alejé sin mirar atrás, buscando el lugar más apartado posible.

Me ajusté los cascos y *Trueno*, de Fuck el Police, empezó a sonar.

Quise centrarme en el peso, en la respiración, en no pensar, pero, mientras subía las mancuernas, aún podía sentir la risa de Mase resonando en el pecho y en otra zona que jamás reconocería. Eso, más que cualquier carga, fue lo que me hizo desestabilizar.

«Puto capitán».

CAPÍTULO 14



Camila

La cafetería estaba atestada de alumnos en busca de batidos, boles de fruta y demás delicatesen para recuperar la energía gastada en los entrenamientos.

Nosotras mismas estábamos allí, rodeadas de sudaderas de la SSU combinadas con otras de marca, risas y cuerpos agotados intentando parecer más en forma de lo que estaban.

Volkova nos había destrozado. Según ella, ese era el momento para dar el callo, en la pretemporada. La competición era como los exámenes finales, si no venías estudiada, no podías sacar matrícula de honor.

Avery y Naomi habían conseguido una mesa junto al ventanal y yo me había quedado en la barra para pedir.

Me había prometido a mí misma y a la capitana que iba a hacer una gran temporada, sin embargo, últimamente no era fácil que me

concentrara.

Y no me refería a Cruz. Tras el mensaje que recibí al móvil, había pasado a un segundo plano, mal que me pesara.

De cara a los demás le había puesto filtros a todo: a mi sonrisa, a mi ironía, a mi brillo de labios...

El disfraz de chica irreverente e imperturbable funcionaba bastante bien hasta que caía la noche y llegaban las pesadillas, los gritos ahogados, el recuerdo de una voz masculina con acento mexicano, que aún podía oír si me quedaba sola demasiado rato, hasta despertarme empapada en sudor.

Menos mal que Avery dormía con unos de esos tapones de cancelación de ruido porque, si no, habría tenido que darle unas explicaciones para las que no estaba lista.

Mi mente entraba en bucle pensando que ese maldito hombre estaba en libertad.

Lo primero que hice después de vomitar, anular la cita con Thiago y enterrarme en la cama para llorar, fue llamar a mis padres por FaceTime cuando estuve segura de que las lágrimas no iban a impedirme hablar.

—Ni hablar —fue lo primero que solté.

Mi madre arqueó una ceja desde el otro lado de la pantalla.

Incluso preocupada, seguía pareciendo una portada de revista.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Porque, por muy discreto que sea el guardaespaldas, se va a notar, y paso de preguntas. Aquí nadie sabe quién soy ni a qué familia pertenezco.

Papá apareció detrás, en camisa, fumando uno de sus puros.

—No somos algo que ocultar.

Solté el aire con fastidio.

—En Las Vegas puede que no, pero en el cénit del elitismo deportivo te garantizo que el blanqueo de capitales y la extorsión no están bien vistos.

Él ladeó una sonrisa bajo el bigote.

—Seguro que a más de uno le llevo los números a su familia —dijo, soltando una risa baja—. Pero tú tranquila, mija*, que nadie se mete con los Ortiz y sale caminando.*

No lo dudaba, pero no era el punto. Solo quería normalidad.

—A ver —dije más despacio—, no tiene por qué pasar nada. En todos estos años no ha ocurrido, de hecho. Ese tipo era un mandado y tú solucionaste las cosas. Seguramente volverá a México y no sabremos nada más, ¿no?

Eso era lo que me decía para tranquilizarme.

—Seguramente así será —contrarrestó mi madre—, es solo que queremos que te sientas segura y no estaría de más...

—No —volví a insistir—. Conociéndoos, acabaría con un ejército de hombres armados siguiéndome hasta para cambiarme la copa menstrual. Tenía que contároslo, no podía manteneros al margen, eso es todo.

Mi madre bajó el tono.

—Has hecho bien, Camilita. ¿Y por qué no nos avisaron a nosotros? —preguntó, dirigiéndose a mi padre.

Papá bufó.

—Según el abogado, el sistema falló. Una bola de burros, mija*, pinches inútiles. Por eso el mensaje decía: «no se pudo contactar con los familiares registrados».*

Apretó la mandíbula y soltó una nube de humo.

—Doce años de condena y lo sueltan tres antes. ¡Son unos cabrones!

—Según ellos, por buena conducta —murmuré sin poder evitar la ironía.

Papá chasqueó la lengua.

—Buena conducta mis huevos. Ese cabrón seguro que le sonrió al guardia, puso el culo y ya.

»Por seguridad —continuó—, haré que lo localicen y lo sigan. Y si no se ha ido a México, yo mismo le pago el boleto, ¿me oyes?

Asentí.

Mis padres no se iban a conformar con menos que eso.

—¿Qué te pongo, cielo? —preguntó la camarera, devolviéndome al presente.

Parpadeé un par de veces. Tenía la mente en cualquier parte menos ahí.

—Eh… un batido de fresa con plátano, un chai *latte* y un bol de *açaí* con mango, coco, fruta del dragón y semillas, por favor —dije al fin.

—Muy bien, dame unos minutos y enseguida te lo preparo.

—Perfecto.

—¿Todo eso necesitas para saciarte? —interrumpió una voz masculina que me erizó la nuca—. Yo mejor te hubiera propuesto una ronda de orgasmos.

Me di la vuelta.

Fitzy estaba justo detrás de mí, con los rizos todavía húmedos tras la ducha y esa mezcla de descaro y encanto que solo él sabía dosificar.

Tenía el tipo de sonrisa que metía la pata y se salía con la suya.

—¿Te ofreces voluntario? Porque, según he creído entender en el gimnasio, te apetecían más unos huevos escalfados que unos ovarios.

—¿Celosa?

—Al contrario.

—Ya sabes cómo soy, pudiendo tenerlo todo, ¿para qué escoger?

—Puede que porque el Ortiz Orgasm nunca ha estado entre tus platos favoritos.

—Las cosas cambian.

—Entre tú y yo, jamás.

Lo dije, esperando que me llevara la contraria.

Ahora mismo me habría venido genial un polvo de confianza para apagar el incendio que me provocaba, aliviar el estrés y acallar ciertos fantasmas.

—Tienes razón, tú y yo jamás.

Me cogió por los hombros y me besó la sien.

¿Erótico? No.

¿Lo sentí así? Tal vez, y eso me jodía sobremanera.

¿Por qué Fitz quería tirarse a todo lo que se moviera excepto a mí?

—Preciosa, añade un doble *espresso* con caramelo al pedido. Yo pago.

Le guiñó un ojo a la camarera, que casi deja caer la jarra al suelo.

—Por supuesto que sí —dijo ella medio sonrojada.

—¿Cómo lo haces? —pregunté.

—¿El qué?

—Conseguir que todo ser viviente se derrita a tus pies.

—Puro encanto. ¿Tú quieres derretirte ante mí?

—Yo quiero que el psiquiatra te cambie la medicación y dejes de joder.

Él rio, esa risa le nacía en el pecho, profunda y cálida, y juro que la sentí bajar por mi columna.

—Solo intentaba animarte. Llevas cara de funeral desde… —Hizo una pausa teatral, tratando de hallar el momento.

—Será porque paso demasiado tiempo viéndote.

—Auch. —Se llevó una mano al pecho, fingiendo que le había hecho daño—. Eso ha dolido.

—No más que verte levantar peso con la técnica de un pingüino con reuma. Si hasta yo muevo más kilos que tú.

—Ponte encima de mí y verás que muevo tus kilos genial.

—No pidas algo que después no piensas cumplir.

Naomi soltó una carcajada desde la mesa. Avery la empujó entre risas.

—¡Camila, deja de flirtear y tráenos la comida antes de que le hinque un diente a tu mejor amiga! —gritó Avery.

—¿Flirtear? —pregunté, fingiendo indignación—. Puaj. Yo nunca haría eso con Fitz.

—¿Y qué querrías hacer conmigo? —replicó él, guiñándome un ojo.

«No te haces una idea, Fitzroy».

—Eso no.

—¿Te pasa algo con Thiago? ¿Has perdido el interés? Te veo bastante distante y desentrenada. Me preocupa que la Cruz-cería sea demasiado sencilla.

Rodé los ojos.

—Solo te estaba dando algo de ventaja, se nota que no te quiere ni ver, así que me diste lástima.

—Puedo darte muchas cosas, pero lástima… no sé.

—Eres imposible.

—Y tú estás tensa. ¿Todo bien por los bajos fondos? —bajó la voz y sus pupilas sondearon en dirección a mi entrepierna.

Me tensé. El tono, la broma, no fue lo que me descolocó, más bien fueron las ganas que tenía de decir que se callara de una maldita vez y, si se consideraba mi amigo, que lo solucionara.

—Perfectamente —mentí.

—Pues debe follar de pena. Cambia de amante… o de vibrador.

Cogí una servilleta del mostrador, la hice una bolita y se la arrojé a la cara.

—Vete a hacer dominadas, Fitzroy.

La camarera nos interrumpió con el pedido.

Él soltó mi cintura para pagar y odié lo rápido que extrañé su contacto.

Necesitaba pasar página y volver a competir en todos los sentidos.

Estaba claro que Mason jamás se interesaría por mí, y si quería llevarme a Thiago, debía regresar al tablero de juego; tal vez podía pedirle que me ayudara con la competición.

Cuando me acerqué con la bandeja cargada, Avery soltó un «¡Por fin!», Naomi aplaudió y yo negué con la cabeza porque solo había tres sillas.

La mía, por supuesto, ya tenía dueño y se había apalancado antes que yo.

Iba a protestar, pero sentí que tiraba de mi cintura para acomodarme sobre él.

Su aroma a perfume nicho me golpeó de lleno.

¡Joder, el tipo olía como la idea de cometer un error!

—Esa era mi silla —protesté.

—Y ahora estarás más cómoda —murmuró en mi oreja, añadiendo un pequeño mordisco en el lóbulo que me atravesó la piel.

«¡Dios, necesito follar!».

Me llené de una calidez conocida que no quería dejar marchar.

—Tú lo has querido, pero si se te duermen las piernas por culpa de mi trasero latino, no me culpes.

—¿Tu culo sobre mis piernas y sueño en la misma oración? —Rio —. Ya te digo yo que eso tampoco va a ocurrir jamás.

Por una vez, tuve ganas de que fuera verdad.

Mase era un idiota, pero a veces sus idioteces eran justo lo que necesitaba para no pensar.

Avery volvió a pedirnos que dejáramos de flirtear y nuestra conversación giró cinto ochenta grados cuando se puso a hablar de lo reñida que iba a estar la competición ese año; le habían llegado rumores de su exequipo, las Huskies.

Habían comenzado la pretemporada antes que nosotras para robarnos los Nacionales.

—Esas perras ya se pueden ir olvidando del oro. Nueva York no se va a hacer con las medallas. Tendrán que volver con el rabo entre las piernas y ladrando —profirió Naomi.

—¡Así se habla, Parks! —celebró Mason mientras yo me acomodaba todavía más sobre él, derritiéndome del gusto.

Definitivamente, necesitaba echar un polvo.

CAPÍTULO 15



Mason

Oliver conducía sin música. A esas horas, Los Ángeles parecía un animal grande que dormía con un ojo abierto: las colinas encendidas; los frenos de algún coche cuesta abajo; un helicóptero lejano buscando a alguien que, por una vez, no era yo.

Miré por la ventanilla y pensé en la simpleza obscena de un deseo: llegar a un sitio donde hubiera alguien esperándome.

Jaxon, tras el entrenamiento en el centro comunitario, se había ido con Graham; me invitaron a cenar en su casa, pero hoy no me apetecía gorronear a Mariana.

En las residencias estaban los estudiantes como Avery, Camila o Cruz; lejos de sus familias, pero estas tenían ganas de verlos a la menor oportunidad. No era mi caso. Yo volvía a una casa con más habitaciones que conversaciones, con más metros que voces familiares, porque no contaba con las del servicio.

A veces dudaba de si mis padres existían fuera de las fotos o el papel *couché*. Juraría que no lo hacían, que tal vez fueran una invención mía si no los viera en verano. Casi nunca en la mansión, ellos eran más de yate, Aspen o cualquier lugar con la palabra «exclusivo» pegada a la puerta.

Habían hecho del desplazamiento un hogar y de las fiestas un idioma. Yo era bilingüe en silencio.

Marqué el número de mi madre. Aunque tenía una lista mental de reproches, no la llamaba para eso. Solo quería oír un «hola, amor, ¿qué tal te va?», aunque fuera impostado. Tardó en descolgar. Al cuarto tono, entró su voz maquillada por un fondo de música y risas ajenas.

—Hola, Mase. ¿Es urgente, cariño? Apenas te oigo, aquí hay mucho follón, estamos en una fiesta de Jason Hawl —dijo con el brillo de una sonrisa que intuía sin verla.

El eco del lugar me llegó nítido: cristales chocando, un DJ hablando por encima de una canción retro, un hombre riéndose demasiado cerca del auricular.

—No importa, déjalo —respondí, tragando el «os echo de menos, ¿por qué no os pasáis por casa? Me encantaría una cena familiar»—. Solo quería saludaros.

—Ay, mi amor, disfruta, ¿sí? Tengo que dejarte, nos vemos pronto. *Ciao*.

Miré la pantalla negra un segundo, esperando que hiciera el milagro de no haber pasado, de que mi propia madre no me hubiera colgado. No lo hizo. Guardé el móvil en el bolsillo. Oliver me miró por el espejo interior; no frunció el ceño ni levantó las cejas. No necesitaba hacerlo.

A veces la compasión se quedaba quieta para no avergonzarte, y él ya estaba demasiado habituado a los desplantes de mis padres.

—¿Todo en orden, señorito Fitzroy? —preguntó con esa educación que en otros labios habría sonado a paredes.

Ese «señorito» me acariciaba más que la palabra «hijo». Qué ironía: me había criado una mansión y me sostenía un hombre que jamás aparecía en el encuadre.

—Todo como siempre, Ollie —murmuré.

Lo que no dije se quedó masticándome la lengua: «una puta mierda».

Abrí el mueble bar del coche, saqué una botella —no sería la primera de la noche, tampoco la última— y bebí a morro. El primer trago arañó, el segundo calentó, el tercero abrió una puerta que conocía bien: la de la anestesia breve. A veces el alcohol no te apagaba, solo te hacía eco y ahogaba lo que no te apetecía ver.

Pensé en Jackass. Si ahora estuviera conmigo, seguro que me diría que quizá mis padres eran así porque no habían tenido adolescencia. Mi madre me había tenido con dieciséis, papá solo tenía dieciocho y muchos en la industria consideraban un milagro que siguieran juntos.

Quizá todo lo que ahora vivían era el retraso cruel de un deseo. El problema de esa teoría era un detalle pequeño y contundente: yo. No solo les «quité» juventud por un polvo sin condón, también les arranqué la versión fácil de la paternidad con mi enfermedad. Eso me lo habían dicho otros. Ellos no.

Miré de nuevo por la ventanilla. La ciudad siempre parecía prometer que había alguien despierto para ti. Mentía. O no mentía, pero no entendía mi idioma. Busqué dentro de mí, ahondando en si había un momento, uno solo, en el que los hubiera sentido tan cerca que me hubiera dolido perderlos.

La memoria, obediente y cruel, me trajo una palabra con la que aprendí a conjugar el miedo en presente continuo. La palabra que abría puertas y las cerraba, convirtiendo una comedia en un drama.

Era curioso que esa misma palabra que tanto odiaba fuera la misma que por unos años me hizo sentir que tenía padres.

No dije nada. Cerré los ojos. Dejé que la ciudad se hiciera borrosa. De algún modo, apreté un botón dentro de mí y entré en el descansillo del pasillo más largo de mi vida.

Mason, 7 años

Tiré de mi camiseta de los *Power Rangers*, me apretaba un poco en el cuello, pero no quería decir nada porque la última vez que le dije a mamá que mi camiseta favorita me apretujaba, desapareció.

Esta no podía hacerlo porque era la de luchar contra los malos, y en los dibujos que tanto me gustaban había muchísimos.

Estábamos en la consulta del médico, me cansaba mucho últimamente. En el recreo, cuando jugábamos a pillar, me quedaba sin aire y me dolían las piernas como si fueran dos palos.

En clase me quedaba dormido, aunque me fuera pronto a la cama, y la profe me decía: «Mason, despierta, o no aprenderás nunca a escribir bien». Yo solo quería dormir. Se me cerraban los ojos solos, como las contraventanas con viento.

Mamá dijo que seguro me faltaban vitaminas porque «no se podía vivir solo de patatas fritas», yo la miré con cara de «claro que se puede» y ella me pellizcó la nariz.

A mí me gustaban mucho las patatas. Las de bolsa y las otras que se hacían en la freidora. Si me dejaban, desayunaba patatas, comía patatas y cenaba patatas. Mamá decía que eso no era «una dieta seria» y yo preguntaba si «seria» significaba que el resto de comida se enfadaba. Mamá se reía, yo también. Ese día no, y eso que me dijo que después me compraría un perrito caliente si me portaba bien.

Los perritos también me gustaban. Eso me ayudó a no llorar cuando llegamos al sitio de las batas.

No me gustó cuando el otro día me pincharon para ver si tenía sangre de Power Rangers; eso se sabe, no hacen falta agujas.

El médico era el de siempre, el que olía a viejo y caramelos de regaliz.

¿A qué niño le gusta el regaliz negro? A mí no me gustaba.

Tenía las manos frías y nunca me daba piruletas.

Mamá decía que no estaban obligados a dar caramelos y yo pensaba que, entonces, ¿por qué tenían un bote de cristal con piruletas en la mesa?

Las cosas que no se pueden tocar son trampas.

—Señores Fitzroy, ¿pueden entrar ustedes dos un momento? —dijo, mirando a mamá y a papá. Señaló a la enfermera—. Nora se ocupará de él. Será solo un instante.

Ni siquiera me llamó por mi nombre, seguro que ni se acordaba.

Mamá me miró con una sonrisa dulce; era muy guapa, todos decían que éramos como dos gotas de agua, que era tan guapo que parecía una niña.

¿Por qué, si eres guapo, tenías que ser una niña?

Yo sabía que, cuando me sonreía así, lo que quería decir era «obedece».

—Pórtate bien, ahora volvemos, y no rompas nada, sé bueno.

—¿Y después iremos a por un perrito caliente con patatas? —pregunté por si se le había olvidado. Mamá era la de las promesas y papá el que pagaba.

—Después, solo si te portas bien —repitió. Yo asentí con la cabeza, despacito, para que el juramento no se cayera.

La puerta del despacho no se cerró del todo. Quedó una rendija. A mí me gustaban las rendijas porque podía curiosear entre ellas.

Me senté en el suelo, puse el coche rojo en marcha y lo lancé: brum, brum.

El coche pasó por encima de una grieta del suelo como si saltara un río y siguió hasta la rendija. Se metió un poco debajo. Yo me tumbé para mirar. La enfermera Nora hablaba por teléfono y hacía «ajá, ajá», que es lo que hacen los mayores cuando no están escuchando.

Por la rendija vi los zapatos del médico, feos, brillantes. Vi los tacones de mamá, que estaban muy afilados. Y las deportivas de mi padre.

El médico empezó a hablar. Dijo palabras que sonaban a cosas de mayores: hemograma, plaquetas, ingreso. A mí esas palabras me daban sueño, como cuando mis padres ponían una peli rara con sus amigos del cine. Entonces, dijo otra que no era como las demás. La dijo despacio, como si la sacara de un cajón con cuidado para que no se rompiera.

—Señora Fitzroy, su hijo sufre leucemia linfoblástica aguda.

Leu… leu… No logré que se me quedara en la cabeza, era demasiado rara, hasta mamá no la entendió.

—¿Disculpe? —No preguntó por educación. Fue como si se hubiera quedado sin suelo—. Eso es…

Calló. El médico respiró y respondió:

—Cáncer.

«Cáncer» sí me sonaba. Lo había visto en la revista de mamá, en la parte de los dibujitos de los signos que tienen nombres de animales y cosas. Cáncer era el del cangrejo. A mamá no le gustaba mucho su horóscopo, siempre decía «qué tontería, esto nunca acierta». A mí me gustaban los cangrejos del dibujo y ver cómo, pese a ello, lo enmarcaba con un círculo. Miré a mamá. No se reía. Miré a papá. No parpadeaba.

El médico siguió, como si leyera un cuento sin dibujos: tratamiento, quimioterapia, hoy mejor que mañana, ingreso, punción lumbar. Eso sí lo entendí: punción suena a pinchazo y lumbar suena a espalda, y a mí no me gustaban ni los pinchazos ni que me tocaran la espalda.

Dijo efectos secundarios. Yo pensé en si «secundarios» era como en el cine, papá me explicó que eran actores que salían menos en las pelis. En casa se hablaba mucho de pelis.

Mamá se llevó la mano a la boca. Hizo un ruido que yo nunca le había oído, como si se rompiera.

Papá le puso la mano en el hombro para atraerla hacia sí.

Ella dijo un «no» muy flojito, como si la palabra se hubiera quedado atrapada debajo de la lengua. Papá preguntó:

—¿Seguro que es cáncer? Las pruebas…

—Las pruebas no fallan, señor Fitzroy.

La palabra se hizo enorme en el despacho. Yo la vi acercarse por la rendija, como si tuviera pies.

Sentí calor en la cara. Me sudaron los dedos. El coche rojo se me resbaló de la mano y rodó hasta pegar en la silla, cerca del tacón de mamá. No me gustaba verla así; ser el cangrejo como mami no era tan grave, ¿no?

El médico no dijo nada de las patatas fritas. Abrí la puerta. Corrí. Ella no me vio llegar, o si lo hizo fue tarde. La abracé por la cintura. Cuando la escuché, me dieron ganas de llorar. No lloré. Dije:

—No pasa nada, mami. A mí me gusta ser cáncer.

La cara de mamá se hizo grande y blanca. Abrió mucho los ojos, como cuando una ola de la playa te hace la croqueta y no encuentras la superficie.

No se le doblaron las rodillas porque ya estaba sentada. Papá dijo su nombre. Yo «mami». El médico dio un paso y luego gritó sin gritar:

—¡Nora!¡He dicho que te ocuparas del niño! ¡Sácalo de aquí!

La enfermera se acercó a trompicones. Me agarró fuerte del brazo. Yo no quería. Pateé el aire. Cogí con fuerza la falda de mamá. No quería que se cayera al suelo como un muñeco, ¿por qué mamá no se movía?

—¡No! ¡No quiero irme! —grité—. Mami, ¡mami!

Papá me miró con una cara desconocida. Sus ojos parecían vidrios rotos pegados con pegamento. Se encogió, como si de repente fuera más joven que yo. Dijo:

—Haz caso, hijo, mamá necesita espacio para respirar.

«Hijo». Era la primera vez que esa palabra sonó como si pesara. Me soltaron de mamá con cuidado, como si yo fuera el que podía romperla. Me sacaron al pasillo. La puerta se cerró casi, pero no del todo. Quedó otra vez la rendija.

Nora me sugirió ir al tarro de las piruletas, pero yo no quería, solo pensaba en abrazar a mi mamá.

Pensé en el perrito caliente. Tenía hambre. Tenía ganas de llorar. Tenía ganas de volver a meterme en el despacho y decir que ya no comía patatas si hacía falta. Me quedé quieto. El pasillo olía a desinfectante y a algo que no era olor, algo impalpable que, a partir de ahora, les haría hablar bajito cuando yo entrara en una habitación sin que entendiera por qué.

□□□□□

Abrí los ojos cuando el coche frenó. Tenía el sabor del *whisky* pegado a la lengua y ese cansancio antiguo encendido en el pecho. La verja de la mansión Fitzroy apareció delante, con sus letras doradas brillando, capaces de atraer a alguien que quisiera vivir en su esplendor. Las luces del jardín se encendieron solas, obedientes y vacías.

Pincé mis lagrimales algo húmedos y asomé la lengua sobre mis labios resecos.

El clic del intermitente parpadeó contra el hierro. La casa estaba a un botón de distancia y, sin embargo, la palabra «hogar» le quedaba grande por muchos metros que tuviera.

—Todavía no quiero entrar, llévame a cualquier parte menos aquí —dije sin despegar la mirada de la verja. La voz me salió más baja de lo que pensé, y un escalofrío me recorrió la espalda.

Mi chófer me miró por el retrovisor. Su expresión no cambió; habían entrenado a ese hombre para atravesar paredes sin rozarlas.

—¿Está seguro? —preguntó.

—Sin lugar a dudas —respondí—. Hoy me quiero divertir, y ahí dentro no hay diversión.

No añadí nada más.

Las ruedas rodaron hacia atrás. La verja, obediente, dejó de brillar para mí. Y yo, sentado detrás, respiré como si me devolvieran un segundo prestado. No miré el móvil, no llamé a nadie, no busqué chistes fáciles u ofrecer promesas a chicas que merecían a alguien mejor que yo. Solo me quedé en silencio, recordando al niño que una vez dijo «a mí me gusta ser cáncer» porque no sabía todavía que las palabras, a veces, significaban cosas para las que nadie nos preparaba.

CAPÍTULO 16



Thiago

Llegué antes que nadie. El gimnasio estaba en silencio y extralimpio, nada de polvo fuera de lugar. Ayer, la luz blanca de las lámparas hacía brillar la polvareda de magnesia en el aire como un pequeño firmamento; hoy, las estrellas descansaban esperando que hundiéramos las palmas en ellas. En Puerto Rico siempre había entrenado así: fuera de hora, temprano, cuando el resto dormía y el cuerpo estaba limpio de excusas. Me gustaba ese rato en el que todo dependía de mis piernas, de mis ojos y de la puta física. Las medallas no se ganaban solo con ideas bonitas y la mente en calma; había que sudar una y otra vez.

Me había plantado aquella mañana frente a la pista de salto con la misma obsesión que ponía en suelo, anillas y caballo con arcos. Era excelente en los otros aparatos, pero si quería pelear el All Around, debía pulir la disciplina que peor se me daba: el salto.

Trabajaría la limpieza, la línea, la recepción. En gimnasia universitaria la dificultad estaba bien, pero la puntuación premiaba ritmo y ejecución. Un salto impecable, aunque menos arriesgado, podía valer más que una pirueta estratosférica hecha con desorden. Así que trabajé el elemento que había elegido —uno que exigía un bloqueo potente y una recepción milimétrica— hasta que mis músculos lo repitieron como si fuera una frase memorizada.

Hice la carrera de aproximación lenta, midiendo los pasos: cuatro, cinco, seis, siete, ocho. Concentré la mirada en la tabla de salida. Sentí el impulso de la carrera como si fuera un resorte: primero la cadencia, luego el empuje del pie, el rebote del tablero bajo la planta, el bloqueo de hombros para alargar la cadera. En el aire —ese tramo que siempre me parecía una tregua— mantuve el cuerpo tenso, piernas juntas, pies en punta, hombros abiertos; la cabeza buscó el punto de referencia y lo encontró: el techo, un hueco, la línea de la pared. Caí, hundiéndome entre los bloques de esponja, directo al foso y sin leones, con la respiración entrecortada, las manos buscando equilibrio y un murmullo de satisfacción por el contacto; no estaba limpio, pero iba por el buen camino.

La segunda vez fue peor: aceleré demasiado la aproximación, forzando el plantado y saliendo con un bloqueo algo corto. En el aire noté que me sobraba una fracción de giro; cerré la figura con las piernas, pero la recepción fue *regulera*. Dolió en la sensación de desperdicio: había tal vez diez centímetros, no obstante, en gimnasia, esos diez son la diferencia entre «bueno» y «puntuable». Aparté las espumas, respiré y salí del foso para revisar el trampolín, lo ajusté y conté los pasos otra vez en voz baja, como si las palabras pudieran construir el ritmo correcto; de hecho, eran más importantes de lo que la gente pensaba. Ser preciso no era una opción, sino necesario.

En el tercer intento ocurrió lo que no esperaba: escuché la puerta abrirse, unos pasos, un olor a café y a canela que no venía de mis cosas y me descentré.

Fue la peor caída de las tres.

«De puta pena».

Alcé la cabeza entre los bloques, protestando por descentrarme y no saber mantener la mente en su lugar.

Mase estaba en el borde del foso, con un vaso de papel en la mano, gafas de sol y la misma ropa con la que se había ido ayer tras la ducha.

Bajó la montura sobre el puente de la nariz para echarme una mirada. Las ojeras lo delataban, su falta de descanso podía palparse. Se inclinó y me miró como quien inspeccionaba a un animal en su jaula.

—¿Qué pasa, Thi? ¿Buscas diversión en la piscina de bolas? —preguntó con burla.

No respondí, mis padres me habían enseñado bien la lección. Cuando la conversación no te llevaba a ninguna parte y a quien te enfrentabas tenía más dinero que tú, mejor te callabas.

Chasqueó la lengua.

—Deja que lo adivine… No recibes los suficientes chutes de dopamina en los entrenamientos de Hayes que necesitas hacer horas extras antes de empezar, ¿es eso?

Intenté incorporarme. El pecho me subía y bajaba por el esfuerzo. Él extendió la mano para ayudarme a salir. Me quedé un segundo clavado en su gesto: la mano de Mason era una propuesta de normalidad que, sin tono dramático, desnudaba mi nervio. Dudé. No era la duda de la inseguridad técnica, sino la de no saber si mi cuerpo respondería al roce de su piel. Lo que pasó en el entrenamiento de fuerza me dejó descolocado.

Al final, agarré la mano para probarme a mí mismo que no me afectaba. Su sujeción fue firme, cálida, y me empujó fuera hasta el mismo lugar en el que él estaba. Muy pegado. Sentí la fricción de su ropa de marca y el aroma a un cuerpo que no era el suyo.

¿Ahora sabía cómo olía?

Siempre tuve buen olfato. Me aparté molesto y decidí responder.

—Al parecer, tú la recibes por los dos —dije cuando recuperé el aliento—. Estás hecho un puto asco, capitán.

Se encogió de hombros con una mueca que parecía decir «puede, pero lo he disfrutado».

—Es lo que tiene follar, una manera mucho más interesante y placentera de segregarla —respondió con una calma profesional.

Me tensé un segundo por la brusquedad del comentario. Su crudeza siempre me descolocaba un poco. Me obligué a sonreír con ironía.

—Deberías probar.

—Prefiero emplear la energía donde la necesito de verdad —dije, recuperando el lenguaje del deporte—. Tal vez seas tú el que deba probar.

Él ladeó la cabeza y dio un trago largo a la bebida.

—Paso, solo hay una vida y este cuerpo no me durará para siempre, así que quiero quemar todos mis cartuchos sin disfunción eréctil hasta que pueda.

Lo observé y pensé en su capacidad para convertir cada expansión de su vida en espectáculo. Había algo en eso que me desconcertaba: un hedonismo a la vista, sin vergüenza. Suspiré y volví a la tabla. Tendría que aprovechar su presencia si quería algo de ventaja psicológica.

—¿No debería el capitán dar ejemplo? —le lancé con el ánimo de pincharlo.

—Yo no me escogí para el papel y, para ser franco contigo, creo que me eligieron por quienes son mis padres y las fiestas —respondió sin que le importara lo que opinara sobre ello. La mayoría trataría de enmascararlo, me gustó que Mason no lo hiciera—. Mi función es ocuparme de que vosotros brilléis, que seamos una maquinaria perfecta como equipo. Y si me permites un consejo… —Se acercó, invadiendo de nuevo mi espacio personal, inclinó la barbilla y, aunque su rostro no pretendía pedagogía, en su mirada estaba la seguridad de quien había pasado mil veces por allí—. Al saltar sobre el trampolín no te quedas erguido; necesitas transferir la energía con la cadera y el bloqueo de hombros. —Puso sus palmas sobre mi pantalón—. Tira las caderas hacia arriba en el primer segundo del vuelo y no esperes. Mantén la cabeza neutra, busca el *spot* de giro con la barbilla, pero no lo fuerces. Y junta los tobillos: parecías un abanico en el último intento. Si cierras la línea, el giro cae limpio y el aterrizaje es para foto. Y tú estás para que te hagan

muchas… —alargó la sílaba, provocando que la boca se me secara— fotos —murmuró en mi oído, después se despegó y me di cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

Era un consejo que destilaba lógica elemental: empuje, bloqueo, línea. Sonaba a todo lo que te decía un entrenador serio y escueto. Me sentí raro por disfrutar de la precisión de sus palabras y de su contacto.

Había faltado poco para que su cuerpo se hubiera pegado al mío y, lejos de ofenderme, me generaba curiosidad.

Mason hablaba con esa mezcla de despreocupación y tino.

—Puedes tomar el consejo o no, tú mismo, yo voy a darme una ducha, a ver si me despejo —dijo, dando un paso atrás—. Si quieres acompañarme…

La invitación flotó como un globo rojo. Sabía que la ofrecía con la misma ligereza con la que invitaría a cualquiera. No obstante, mi mente voló al vapor, al agua, a su cuerpo desnudo pegado al mío en un espacio estrecho y compartido.

Mis neuronas empezaban a colapsar. Siempre ocurría cuando se metía en mi radio personal, se bloqueaban.

Era ridículo. Analicé mi situación como lo haría siempre, con la cabeza, etiquetando las sensaciones: «hiperactivación simpática»; «*overlap* entre estímulo hedónico y atención ejecutiva»; «reorientación de la amígdala ante estímulos sociales de alta valencia». En mi mente se alinearon términos clínicos como si fuera una conferencia.

Mason Fitzroy desataba en mí una respuesta hedónica primaria y sufría por su culpa secuestro emocional, lo que se traducía en algo bastante incómodo: mi cuerpo se volvía falible.

Ese capitán provocaba un desorden en mi fisiología que no quería interpretar con palabras, pero que chisporroteaba en cada una de mis terminaciones nerviosas por culpa de esa sonrisa torcida.

Me recuperé, intentando que la duda y mis pensamientos no se reflejaran, quedando al descubierto.

—Prefiero probar tu consejo —le dije en voz baja.

Haber reconocido que mi cuerpo imploraba otra cosa habría sonado a derrota.

Apuró su café.

—Lo suponía —asumió sin inmutarse—. Quizá algún día te apetezca descubrir eso que te niegas con tanto ahínco. Nos vemos en el vestuario, Thi.

Me di la vuelta para que no observara el desconcierto que su reflexión generaba en mí.

Regresé a la aproximación con una mezcla nueva de concentración y un cosquilleo que no tenía que ver con la potencia física. Intenté traducir en números la sensación: mi frecuencia cardíaca subió, sí, pero mi foco se estrechó, como si alguien hubiera pasado de un filtro ancho a uno de precisión.

«Un salto más, Cruz», me espoleé, hundiendo las manos en el cubo de la magnesia.

Metí la carrera, conté los pasos en la cabeza mientras mis plantas pisaban con fuerza, sentí la tabla y recordé las palabras de Mase: caderas, bloqueo, cabeza neutra, tobillos juntos.

Fue tan mecánico como respirar. Al plantarme, tiré con decisión, empujé con los hombros, estiré el cuerpo en un *layout* tenso y busqué el punto de giro con la barbilla controlada. El aire fue más limpio que en otros intentos; no tuve esa sensación de abanico. Sentí que el salto se hilaba como una cuerda tirada con fuerza.

Caí y supe que, si lo hubiera hecho en el tapiz en lugar del foso, la recepción habría sido redonda: piernas juntas, rodillas amortiguadas, línea perfecta. Sonreí sin querer. La risa brotó espontánea, franca, liberadora. Me permití el lujo de reír con fuerza.

—¡Puto Fitzroy! —rugí, riéndome más aún, porque si aquello había salido era una pequeña venganza contra la mala costumbre de subestimarlo.

Él asomó la cabeza desde el borde, con una ceja levantada, satisfecho, como si hubiera plantado una semilla que, por fin, había brotado.

—De nada, Thi.

Lo dijo lo bastante alto como para que me enterara de que había estado ahí, mirando, y yo me quedé ahí, conteniendo la respiración y esperando escuchar la puerta del vestuario.

Después del golpe limpio, volví a relajarme. Nunca hubiera esperado que Mase pudiera enseñarme algo, quizá lo había subestimado.

CAPÍTULO 17



Camila

No podía postergarlo más.

Me repetí eso tres veces mientras estiraba los hombros. El entrenamiento matutino había finalizado y llevaba desde la semana pasada planteándome cómo acercarme a Thiago sin que pareciera un acoso y derribo.

Vale que quería ganarle la apuesta a Mase, que me atrajo desde que lo vi y que pensé en lo divertido que podría ser, no obstante, me había dado cuenta de que no era el típico tío al que le entras y cae.

Cruz era más mental, lo que tenía todo el sentido del mundo, ya que estudiaba Psicología del Deporte. También me di cuenta de que le gustaba escuchar y lo había pillado en varias ocasiones dándole consejos a compañeras y compañeros, así que… Mi plan tenía que funcionar, iba a matar dos pájaros de un tiro si me funcionaba bien:

un acercamiento real con él, ganándole terreno a Mase, y que me ayudara a sacar mi máximo potencial.

El equipo femenino ya se había dispersado hacia los vestuarios y Volkova había desaparecido con esa capacidad suya de esfumarse sin hacer ruido. Quedábamos las luces, el eco del agua de las fuentes, él y yo.

Todavía tenía el sudor pegado al cuello, la camiseta marcando los músculos de su espalda y la botella apoyada en la moqueta azul. Se secó con la toalla, bebió y dejó la cabeza un segundo hacia atrás, la nuez subió y bajó como un metrónomo. Desprendía una paz rara, sin pose.

Respiré.

«Vamos, Cami, es ahora o nunca». Les dije a las chicas que se fueran a la ducha sin mí, cuando quería podía ser muy rápida, aunque, si no quería llegar tarde a clase, debía ir a por él ahora mismo. Caminé hacia donde estaba con las muñecas vendadas. Mi cuerpo, que jamás se arrugaba cuando entraba en sitios nuevos, se sintió de repente tímido. Qué risa. Camila Ortiz tímida.

—Oye —murmuré.

Thiago bajó el mentón, me sostuvo la mirada y sonrió apenas. Ni flirteo ni chiste fácil.

—Ey.

No habíamos hablado mucho desde que lo dejé plantado.

—Estás en plena forma. Tu capacidad de mejora es alucinante, apenas llevas qué, ¿tres semanas en el equipo?

—Hay días mejores que otros —contestó.

—Pues necesito aprender a hacer que mis días sean tan buenos como los tuyos.

Clavó sus ojos con curiosidad. Me tragué el resto de mi orgullo como si fuera una pastilla sin agua. Sabía que Avery me habría ayudado si se lo hubiera pedido, pero a ella no me la podía beneficiar, y eso era un plus.

—Quería pedirte un favor —solté.

No adorné. Ni voz cantarina ni pestaña. Favor.

Dejó la botella, apoyó las manos en la cadera y esperó.

—Tú dirás…

Respiré hondo. Un, dos…

—Quiero… —«Follarte», la frase se me atragantó—. Necesito ser mejor deportista. No solo hacer lo que ya hago con electricidad y sonrisa. Limpiar. Sostener. No regalar décimas. Y… —me salió una carcajada, torpe, sin brillo— aprender a acallar la cabeza cuando toca. Tú… —Lo miré a los ojos—. Tú sabes cómo hacerlo.

Ni pestañeó. No hubo «¿y a mí qué me cuentas?» ni «pídeselo a Volkova o a una de tus amigas», solo silencio del bueno, del que ayuda.

—Sé que seguramente me dirás que vas muy liado, que no tienes tiempo o que no es tu trabajo, pero…

—Puedo intentarlo —dijo al final—. Si a ti te apetece y te lo tomas en serio.

—Totalmente en serio. No vengo a jugar —contesté. Me sorprendió lo veraz que soné—. Puede que pienses que, como te dejé tirado cuando iba a enseñarte la ciudad, no soy una persona de palabra…

—No pienso eso, me dijiste que estabas enferma.

—Y lo estaba, mucho, muchísimo, si no hubiera sido así, te juro que jamás habría faltado a nuestra cita y que estoy deseando ser tu guía, si todavía quieres, claro. Perdona, hablo mucho y rápido, si necesitas que eche el freno…

Se acercó dos pasos, los justos para estar en mi radio, pero sin tocarme.

—Respira. —Lo hice—. Ahora dime qué quieres mejorar primero.

—En barra, la salida —contesté sin dudar—. Y en asimétricas, los enlaces, cuando voy cansada me abro. Y en suelo… —Arrugué la nariz—, me crezco y arriesgo de más; pierdo limpieza cuando me siento invencible.

»Avery dice que debería dosificar mi energía e imagino que tiene razón, no soy nada equilibrada, estallo con facilidad en todos los campos de mi vida; creo que eso me viene de familia, me refiero a la intensidad.

—Vale. —Asintió con media sonrisa—. Y dime…, ¿qué te sabotea?

Tuve que pensar la respuesta.

—Me parece que la prisa —reconocí—, soy de las que lo quiere todo y ya, no se me da muy bien esperar. Y la voz. Esa… —hice un gesto con la mano—, la cabrona que dice «Nunca vas a ser mejor, has llegado al límite».

—¿Solo te dice eso?

—Bueno, también que «Si fallo es porque soy incapaz de ser brillante, simplemente soy Camila Ortiz, la de los bronces, no doy más», porque la que me dice que «Compre» cuando son rebajas en Wallmart no cuenta, ¿verdad?

Vuelve a sonreír.

—Nah, a esa tenéis tendencia la mayoría de las chicas.

—Menos mal.

Thiago no era de los que hablaban demasiado, pero escuchaba genial, y eso me gustaba. No hizo la pregunta que mucha gente haría en plan «¿quién te metió eso en la cabeza?». «¿Fuiste una niña feliz?». «¿Qué tal con tus padres y tu familia?». No era un psicólogo de sofá, iba a ser psicólogo de deportistas de élite y me habló como tal.

—Vamos por partes. Lo primero es convertir lo que piensas en algo operable. Silenciar a la voz con tu propia voz, una nueva que no le dé espacio y que te ofrezca patrones simples. Por ejemplo, antes de subir a barra: «respira-línea-bloquea». Antes de las asimétricas: «cierra-caderas-agarre». En suelo, entre diagonales: «ritmo-foco-salida». Las repites bajito, que ocupen todo tu pensamiento. Las ves. Las sientes. Y las ejecutas.

—¿Cómo si fueran mantras? —ironicé por reflejo.

—Anclas —corrigió—. Mantra suena a incienso. Esto es técnica y está pensado para que evoluciones.

—Como un Pokemon, como diría Naomi.

—Algo así.

Bajé la cabeza un segundo para ocultar una sonrisa. «Anclas». Me gustó.

—Segundo consejo: respiración. Tres ciclos antes de subir a cualquier aparato. Inhalas por nariz cuatro, mantienes dos, sueltas seis. El cerebro entiende como que está en *mode* «seguro». Tu pulso

baja. La visión se afina. Si entras acelerada, el cuerpo interpreta peligro y aprieta mal. Esto no es yoga. Es fisiología. Úsala.

—Esto sí suena a incienso —me burlé, leve.

—Pruébalo mañana. Si baja tu pulso, me invitas a un café —devolvió.

—Y si no baja, te invito igual —dije, porque la apuesta me activó.

—Tercero: visualización. Pero no la fantasía de verte en el podio —siguió—. El ensayo exacto del gesto que viene. Microvisualización. Te paras, miras el agarre, «cierra caderas», ves el eje, te ves pasar limpia justo ahí. Es un fotograma, no una película. Lo haces antes de cada enlace clave. Y te comprometes con ese fotograma.

Asentí. No quise admitir lo extraño que era que alguien me hablara así y yo no tuviera ganas de hacerle un chiste.

—Y cuarto —añadió más bajo—: el plan B. Cuando fallas. Porque vas a fallar.

—Qué optimista —resoplé.

—Realista, falla cualquiera que quiera mejorar.

—¿Incluso tú?

—Sobre todo, yo. El plan B es qué haces en la décima siguiente: «paro-respiro-reinicio». Paro: no corro a taparlo con otro truco. Respiro: cuadro al cuerpo. Reinicio: retomo desde el *cue* que toque. Sin teatro, sin castigo. Sigues. Eso, delante de los jueces, vale oro. Te ven gestionar.

Me encogí de hombros. Me dolió admitirlo, pero necesitaba que alguien me dijera eso sin gritar, como hacía Volkova.

—¿Y si me sale la risa nerviosa? —pregunté sincera.

—Te la guardas en el estómago hasta que acabes. Luego te ríes conmigo. —Y me sonrió con los ojos.

—Vale… Entonces… ¿Esto va a ser todo? Me-me refiero a que los consejos han sido geniales, pero yo soy más de aprender sobre el terreno, ¿me entiendes?

—Esto solo ha sido el comienzo, si te interesa mi método, te puedo ayudar.

—Me interesa, mucho, muchísimo. ¿Cuándo podemos empezar?

—¿A qué hora tienes clase?

—Hoy a y cuarenta, podría quedarme quince minutos.

—Me valen diez, y después, si te gusta, compatibilizamos los horarios para ver si nos complementamos.

Nos movimos a barra. La sala estaba en ese silencio bonito de fin de turno. Subí con mi elasticidad de siempre y esa otra cosa nueva: un poquito de fastidio por no haberme acercado antes. Me coloqué sobre la barra, sentí el ligero temblor del aparato y el frío del aire acondicionado rozándome los tobillos. Él se quedó abajo, a medio metro, sin invadir, con los brazos cruzados. No parecía un entrenador, sino un colega que sabía mirar.

—Tres respiraciones —me recordó.

Inhalé por la nariz. Uno, dos, tres, cuatro. Guardé. Uno, dos. Solté. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. El mundo encajó medio milímetro. Otra vez. Otra. Me sorprendió el efecto: no era magia, era ritmo.

Hice el primer enlace acrobático, el mismo en el que siempre abría demasiado los hombros para lucirme: *flic-flac*, mortal atrás. Antes de despegar, me obligué al fotograma.

«Cierra. Caderas. Bloquea».

Pasé. Limpia. Sin golpear el canto, sin dudar al plantar las manos. Noté cómo el cuerpo hacía menos ruido. Thiago no aplaudió ni dijo «bien», solo:

—Otra —y la palabra cayó como una campana.

Repetí. Abrí un poco el hombro en el giro de 360º en apoyo, pero la salida —el salto carpado con giro de medio— fue más segura. Sentí las piernas juntas porque había pensado «piernas juntas» y había acallado a la otra voz, no porque me saliera sola.

—No ha estado mal para ser la primera vez que te escuchas. Ahora, suelo.

—¿Me vas a tener correteando por todo el gimnasio? —rezongué para tapar la emoción. Caminé con él. Nos paramos en el borde del tapiz.

—Hoy solo es una toma de contacto, ya te dije que en diez minutos estaríamos fuera.

Sabía que cumpliría. No puse música, tampoco la necesitaba, me sabía la canción de memoria.

«Ritmo, foco, salida».

Tomé aire, marqué el compás en mi cabeza, metí carrera y dejé que las piernas hicieran lo suyo. En medio del giro, mi mente —la de siempre, saboteadora— me pinchaba. La empujé fuera con el «foco». La salida cayó como quería. No de catálogo, pero sí de persona que toma decisiones y no se conforma con el bronce. Reí, corta. Me odié por reír. Miré a Thiago. No estaba serio ni orgulloso: estaba presente.

—Otra —repitió, y su cara no decía «aprieta» o «más», decía «estoy aquí para ti».

Guardé la risa, la convertí en aire dentro. Volví a hacerla. Mejor. Paré cuando tocaba. Me bajé del tapiz con la respiración alta y una sensación rara: no de triunfo, sino de posibilidad. Qué palabra más peligrosa.

—¿Y asimétricas? —propuse, ya con la avaricia en la sangre.

—Las dejamos para mañana, si quieres, o llegarás justa a clase.

—Solo un poquito más. —Hice un gesto con la mano—. Soy un rayo cuando me lo propongo.

Sonrió —maldito—, pero negó.

—Hoy no. Hoy te llevas algunos deberes a la resi y una ducha para no apestar a tus compañeros de aula.

—Odio la tarea.

—Pues te va a encantar esta. —Enumeró con los dedos—: Escribes tus *cues* —los *cues* eran palabras clave o recordatorios mentales muy breves que los deportistas repetíamos justo antes o durante la ejecución de un elemento para activar patrones técnicos o mentales concretos— para cada aparato. Tres, no más. Practicas la respiración tres veces al día, aunque no entrenes. Y cuando pase algo que te dispare la voz interior, la que te boicotea y te dice cosas feas, lo apuntas en el móvil: «qué pasó / qué pensaste / qué hiciste». Puede aplicarse en cualquier aspecto de tu vida que quieras mejorar o entender.

—¿*Coach* o psicólogo? —Arqueé una ceja.

—Tu compañero de equipo y futurible amigo.

—Me gusta esa respuesta.

—Te prometo que lo que quiero que hagas también me sirve a mí. No te estoy vendiendo humo, o incienso.

—Thiago Cruz haciendo un chiste, menudo peligro… ¿Y si me da por mandar todo a la mierda el jueves? —probé.

—El jueves respiras. El viernes me insultas si quieres. El sábado lo repites. —Hizo una pausa—. ¿Te parece?

—Me parece. Gracias. No suelo pedir ayuda porque sé que todo el mundo tiene encima muchas cosas.

—Pedir ayuda es técnica, también se entrena.

—Me vas a convertir en una persona asquerosamente funcional.

—Con que seas una persona que aterriza limpio me vale, por ahora.

Los dos reímos y nos alejamos hacia los vestuarios.

Era curioso: con Mason todo era frase, chispa y descaro. Con Thiago, cómodo, seguro, era de esas personas que te sostienen, no solo decoran.

—¿Luego cuadramos horarios para las siguientes sesiones tomando un café? Yo invito

—Me parece bien. —Hice un saludo absurdo y me di media vuelta para adentrarme en el vestuario.

Tras la ducha, salí a la carrera, apenas tenía tiempo de respirar, pero abrí el grupo de WhatsApp que tengo conmigo misma y me mandé un audio. «*Cues*. Barra: respira-línea-bloquea. Asimétricas: cierra-caderas-agarre. Suelo: ritmo-foco-salida». Debajo, otra nota. «Plan B: paro-respiro-reinicio». Y, por último: «pedir ayuda también es técnica».

Me gustaba cómo sonaba y, sobre todo, de la persona que venía. Thiago Cruz no solo era una cara bonita, un cuerpo de infarto o un deportista de élite, también una buena persona y eso era difícil de encontrar, más que alguien para follar.

No me miraba como la chica que flirtea, lo hacía como si tuviera algo que ganar, y eso… me desarmaba.

CAPÍTULO 18



Mason

Los enanos iban pasados de revoluciones.

Connor hacía mortales como si la arena fuera un colchón olímpico y Ethan lo imitaba con la seguridad de quien cree que la gravedad es opcional. Habíamos salido del entreno del centro comunitario y sus cuerpos no parecían programados para agotarse sin más, así que le propuse a Jackass que nos plantáramos en el chiringuito de la playa a por algo para hidratar, léase: cerveza para nosotros, batidos para ellos. Plan sencillo: sentarnos, picar algo, dejar que quemaran batería para llegar a casa del entrenador y degustar una de las riquísimas cenas caseras de Mariana. Mi cocinero era muy bueno, pero su comida no sabía a hogar.

—Eso era un mortal, ¿no? —preguntó Connor con media oreja llena de arena, enfocando hacia su hermano mediano.

—Era una carta al hospital con dedicatoria si no estuviera escupiendo arena —le dije, levantando el pulgar—. Casi perfecto, Ethan, la próxima vez aterriza con la boca cerrada o cagarás castillos en la bañera.

El pequeño me miró con ojos de tiburón bebé.

—Yo puedo hacerlo mejor —aseveró Connor.

—Tú puedes empezar por ser más prudente y no romperte esa cara tan bonita que tienes o tu mami me la romperá a mí, campeón. Puntuación extra si vuelves con todos los dientes.

—Puedo permitírmelo, muchos son de leche.

Jax se rio bajo y yo negué.

Mi amigo no había tenido una cara de relajación igual desde que lo conocía. Tenía la misma que sale cuando la vida te da cero preocupaciones y el mundo no arde. Se apoyó en la barandilla del chiringuito. Palmeé su espalda.

—Tío —le solté—, si una pitonisa te hubiera echado las cartas hace un año y te hubiera dicho que ibas a estar aquí, con curro fijo, una novia que te ordeña casi a diario, sin tu viejo jodiéndote por momentos, el cabrón de Wayne fuera del mapa, el entrenador adoptando el papel de padre y no escondiéndote para practicar gimnasia, le habría pedido el nombre de su camello para meterme esa mierda...

—Yo le habría dicho que estaba flipando y la hubiera denunciado por *fake news* —respondió sin pensarlo.

—Sí, bueno, eso igual también.

Nos echamos a reír.

Los niños se pusieron a discutir, para variar. El camarero dejó una cesta de nachos en la mesa que se había quedado libre y nos invitó a sentarnos.

Añadió dos Coronas sudando y un par de batidos de fresa con plátano y frutas del bosque 0% azúcar, que no queríamos que se subieran por las paredes, para los enanos. Ethan secuestró el primero sin permiso.

—Eh, ladrón —dije—. Ese era mío.

—Compartir es de buenos hermanos —dijo muy serio, y Connor asintió con fervor.

—Ajá. Y dormir ocho horas también, mamá lo dice, de noche creces y si no duermes te quedas enano.

Jax me dio un codazo suave.

—Gracias por cubrirme en el gimnasio.

Jackass tenía que llevar a Linda, su moto, a revisión e iba a llegar quince minutos tarde, así que me ocupé del calentamiento. Los niños se habían multiplicado este año y apenas dábamos abasto, le dijimos a Graham que tenía que buscar a alguien, nos contestó que tenía una persona en mente y, por el modo en que miró a Jaxon, supe quién era su candidato, aunque lo callara.

—Tampoco ha sido para tanto.

—Vale, pero los ejercicios de «congelados» te los llevas todos para tu casa y el servicio.

—¿Los de «estatua y ahora respiramos»?

—Sí. Ethan casi se desmaya por aguantar el aire para ganarte.

—Respiró más que yo —protesté—. Si lo hace dos minutos más, le ficha el equipo de apnea para las próximas olimpiadas, mira cómo sorbe el batido…

Ya lo estaba apurando, era una aspiradora.

Nos reímos. Luego nos quedamos un segundo callados, mirando el agua. El ruido de la playa lo llenaba todo: tablas, algún perro ladrando, un altavoz con reguetón viejo. Me dio por hablar del cabrón de Callahan cuando los niños se levantaron para mirar la máquina de las bolas con regalos.

—¿Has sabido algo de Wayne?

Jax se enderezó. El nombre siempre le apagaba un poco la mirada.

—*Nop*. Y mejor que siga así.

—¿Sigue la orden?

—Sí. Y si la rompe otra vez, no solo lo sacará Graham a hostias, yo mismo me ocuparé de que no vuelva.

El padre de los hermanitos de Jax era un hijo de puta sin alma. A Jaxon casi le cuesta su último año en la SSU; a Mariana, su casa.

—Ya sabes que yo iría con la pala.

—No me cabe duda.

—¿Y tus hermanos? ¿Cómo lo llevan?

Se encogió de hombros.

—A ver, es su padre, aunque sea uno de mierda. A veces preguntan, pero no creo que lo echen de menos, ya sabes que Graham es la leche y lo adoran. Además, la última vez que lo vieron fue muy desagradable. Ethan lo odia profundamente y a Connor no le gustó que mamá llorara tanto por él, así que… Es pensar en él y me hierve la sangre.

Apreté la mandíbula. Había estado al lado Jaxon cuando todo pasó.

—Todos estáis mejor sin él, los peques también —dije—. Se les nota.

—Se nota en todo —respondió Jax—. Ya no hay sobres de cartas del banco, ya no hay apuestas, ya no hay llantos por la noche porque no llegamos a fin de mes. Graham hace el desayuno si mi madre tiene turno de noche, ayuda con los deberes, les enseña a montar puzles en 3D para que se relajen. Cosas normales.

—Lo normal está subestimado —murmuré con un deje de los que se clavan.

—Lo normal es la hostia, Mase.

Asentí, mirando a los dos torbellinos pelearse por un trozo de cuerda como si fuese una medalla olímpica.

—Por cierto… —Me sacudí la arena de la chancla—. Hablando de padres que sobran, ¿noticias de Hayes?

Jax bufó por la nariz.

—Nada desde lo de las finales. Me lo crucé una vez, de lejos en la SSU. Seguro que fue por alguna reunión del comité. Imagino que le duele verme bien y que encima curre en su territorio.

—Debe picarle como si se hubiera afeitado las pelotas sin espuma. Verte de puta madre, con curro, con Avery… No sé en qué momento se le pasó por la cabeza que Demasiado podría pillarse de Landon.

—Eso fue una cagada —añadió Jax, mirando al agua—. ¿Te diste cuenta cómo sacó a Sienna del edificio cuando la encontró tirada? A mí nadie me quita de la cabeza que estaba superpillado por ella.

—Sí, ¿y esa caída en anillas? Hay que tener huevos para darse esa hostia y joder a tu padre. No creo que Landon sea un mal tío, el

problema era Alexander, quiso joderos a ambos de formas distintas y enfrentaros.

—Pienso lo mismo, en el fondo, ambos hemos sido, en mayor o menor medida, sus víctimas. No le guardo rencor, él no supo nunca lo que me hacía su padre y estuvo condicionado en todo momento.

—¿Crees que volverá a la competición?

—Ni idea, aunque es una pena, tenía buenas condiciones, el problema eran las presiones que ejercía la superestrella olímpica sobre él. Siempre he pensado que Landon no era mejor porque la sombra de Alexander lo ahogaba. Él podía llenarse la boca diciendo que quería que su hijo llegase a las olimpiadas, pero, en el fondo, si tú deseas eso, no le hundes así la moral a tu propio vástago. A mí me da la impresión de que no quería que nadie lo superara.

—Puede ser.

Bebimos un trago a la vez, como si lo hubiéramos ensayado. Me gustó la imagen. Familia rara, pero familia; siempre sentí así a Jaxon, como el hermano que jamás tuve.

—Cambiando de tema. —Sonreí torcido—. ¿Avery…?

La sonrisa que se le dibujó fue de esas que no le cabían en la cara.

—Avery, ¿qué?

—No sé, bien, ¿no? Nunca habías durado tanto con una tía.

—Bien no. Brutal. Está hecha una jefa, ya sabes, es Demasiado.

—Capitana, jefa, reina de tu corazón… ¿Qué más títulos le ponemos?

—Todos, no sé cómo expresar la cantidad de emociones que me hace sentir. Sí, suena muy moñas, pero qué quieres que te diga.

—No he dicho nada.

—Lo piensas, aunque me da igual. Simplemente sé que es la correcta y que quiero pasar toda la vida con ella, por muy cursi que sea.

Connor apareció de la nada, dejando caer un cubo de agua directo sobre mis pies.

—¡Me cago en la leche!

—¡Guerra de agua! —gritó triunfal.

—¡Mierda, está fría! —salté—. Que si me mojas los pies me tengo que lanzar al mar para que nadie se entere de que, en el fondo, soy la hermana perdida de la Sirenita, me sale cola.

Connor aplaudía como una foca con la risa escapando entre sus dientes.

—Punto para nosotros —coreó Ethan.

—¿De dónde habéis sacado ese cubo? —Jaxon frunció el ceño.

—Un niño nos lo ha dejado cuando le dijimos que era para mojaros.

—Pues devolvédselo antes de que lo coja yo, lo llene de arena y os reboce a los dos.

Salieron corriendo, dejándome con los pies encharcados, por suerte, no iba con zapatillas. Regresaron otra vez hacia donde la marea les lamía los tobillos. Yo me sacudí la sandalia, como si eso arreglara algo.

—Volviendo al amor… ¿Qué me dices de ti?

Lo miré perplejo.

—¿De mí? Yo no pasé el examen, ya sabes que, si se trata de la receta de la felicidad, prefiero 100 de sexo y 0 de compromiso.

—¿Por culpa de Troy? No todos los tíos son unos capullos.

Lo miré, alzando las cejas.

—Ni siquiera tú y yo nos libramos de cierto grado de *capullez*.

—Vale, lo compro, pero a lo que me refiero es que, porque te saliera mal con él, no tienes que cerrar puertas.

—Querido, todos mis orificios están muy abiertos y dispuestos a recibir visitas, soy un gran anfitrión, es mi corazón el que está cerrado, no estoy hecho para el amor, me gusta demasiado la variedad.

—¿Y qué me dices de Cruz? Lo miras en cada puto entrenamiento como si te lo pidieras para Navidad.

—Me la pone dura, sí, y sigo con aspiraciones a tirármelo, sobre todo, antes que Ortiz. Aunque sea un hueso duro de roer, voy a comerle hasta el tuétano.

—¿Seguís con esa absurda apuesta?

—Las apuestas son la sal de la vida, si no, no habría tanto ludópata suelto.

—Eso puede salir como el culo…

—¿Has dicho por el culo? Sí, justo a eso es a lo que aspiro.

—Eres un idiota.

—Deberías haber probado cuando te lo ofrecí.

—Ni de puta broma.

—Aunque quisieras, ya perdiste tu oportunidad, sin embargo, Cruz es… —Me rasqué la nuca—. No sé cómo explicarlo. Lo tiene todo bajo control, no le intimidan mis pullas, se queda ahí plantado, como si le sudara el nabo mis barbaridades. Y ese control a mí me dan ganas de…

—¿Romperlo? —ofreció él.

—Más bien comerlo. En plan educativo.

—Por supuesto, sé cómo encajan los cilindros en círculos.

—*Touché*. Brindaría por eso si me quedara cerveza.

Respiramos un segundo. Me rasqué el muslo, donde la arena se había metido como accionista mayoritario.

El camarero pasó por detrás. Le levanté el dedo pidiendo otra ronda y dos limonadas para los peques, seguro que de tanto corretear estaban sedientos.

—¿Sabes qué es lo que he aprendido este último año? —preguntó Jax.

—Sorpréndeme.

—Que, a veces, el salto es el sitio.

—¿Eh?

—Que saltar no es dejar algo atrás, es llegar a donde tenías que estar.

—Estás poniéndote profundo, entrenador.

—Ayudante del entrenador —me corrigió.

—Date tiempo.

—Graham dice que hay que lanzar el cuerpo hacia donde quieres estar y el resto te sigue. Yo quiero estar aquí y ahora, en esta vida tan cojonuda que por fin siento que me pertenece, no necesito más.

—Graham también dice que si no recogemos las colchonetas nos tiene haciendo *burpees* hasta Navidad.

—Eso también es sabiduría ancestral.

Le di con el dorso de la mano en el hombro.

—¿Tú estás bien?

—¿Es que no me ves? Estoy de puta madre —mentí con una sonrisa.

—Contigo nunca se sabe porque nadie puede estar siempre bien.

—Yo sí.

—Estoy aquí, ¿vale?

—¿A qué viene eso?

—No sé, solo quería que lo supieras.

—Lo sé.

—Lo digo en serio. Estoy aquí.

—Y yo contigo, idiota.

Nos miramos un segundo más de lo normal. De esos que te encajan el pecho. Hice el gesto de cambiar de tema porque si no acabaríamos abrazados como en una peli mala.

El camarero trajo las limonadas. Busqué a los críos con la mirada, pero no los encontré.

—¿Dónde se han metido esos demonios? ¡Ethan! ¡Connor! ¡Bebida!

Nada.

Jaxon miró a un lado y a otro. Nos pusimos en pie.

—¡Ethan! ¡Connor! —gritó el también.

—¿Dónde se han metido?

—No lo sé, pero como los pierda, mi madre me mata.

—Estaban ahí hace un segundo —dije, enderezándome.

Miramos alrededor. Máquina de bolas, vacía. Tabla-banco, vacía. Toallas, dos. Ningún niño.

El camarero levantó la vista. Un perro ladró al fondo. Una ola rompió. No hubo respuesta cuando volvimos a llamarlos.

—Chicos, salid de donde estéis, esto no tiene ni puta gracia —dijo Jax, ya con voz de entrenador.

Miré detrás del chiringuito, por el lado de los baños, por la esquina de las tablas apiladas. Nada. Apreté el móvil en la mano sin saber muy bien por qué. La concha del bolsillo, que Connor me hizo guardar para regalársela a su madre, me raspó el muslo.

—No están —dije, y el aire me cambió de sitio dentro del pecho.

Jax ya estaba caminando en dirección a un poli, los ojos haciendo barridos cortos, los hombros tensos, cuando creí verlos en la zona de Street Workout.

—Espera, creo que están allí —señalé con el corazón en la garganta—. ¿Los ves?

—Sí, creo que están con alguien. Si ese tío no es un asesino en serie, voy a ser yo quien lo sea. Los voy a matar.

Sobre todo, porque si la vista no me fallaba mientras nos acercábamos, el desconocido no lo era tanto, se parecía demasiado a Landon Hayes.

CAPÍTULO 19



Camila

Naomi bajó la ventanilla y el aire caliente nos despeinó como si fuéramos tres perras felices sacando la lengua por la autopista. *Hey, I just met you*, cantábamos a coro, desafinando a propósito, porque *Call Me Maybe* no se cantaba: se gritaba con la tripa y con una coreografía ridícula de manos que apuntaban a cualquier coche que nos adelantaba. Avery hizo segundas voces, yo marqué el bombo con las palmas en el salpicadero, que hicieron que Baby Yoda moviera su cabeza de muelle y Naomi —que conducía— dirigió la orquesta con el codo fuera y el volante a tres dedos, experta piloto de X-Wing por la I-405.

La última nota nos pilló doblando hacia el aparcamiento del local; Naomi aparcó de morro, como si acabara de aterrizar su propia nave interestelar. Apagamos la música y, de golpe, el silencio nos dejó el pecho vibrando.

—Necesitábamos esto —dije con la risa todavía colgada en la boca y los mofletes calientes—. Noche de chicas siendo chicas. Sin tíos. Sin drama. Solo nosotras.

Naomi me miró por el retrovisor y negó, medio seria, medio divertida.

—¿Desde cuándo salgo yo con alguno? —Resopló—. Mi sistema tiene escudos activos y acceso denegado a fauna masculina hostil.

—Tú lo haces en grupo. —La apunté, maliciosa—. Con esos que te encanta practicar *cosplay*. Siempre he tenido la duda… Después de atacaros con las espadas láser…, ¿sacan a pasear las secundarias?

—¡Nooo! —se indignó, llevándose la mano al corazón—. ¿Por quién me tomas?

—Ahora mismo, por una tía muy aburrida. ¿Qué sentido tiene librar batallas si luego no celebras el triunfo?

—Lo hago, solo que no así. En la vida no todo es sexo, Cami —dijo seca—. Díselo, Avery —la azuzó.

Los ojos se nos fueron a la capitana. Ella, que venía calladita, se sonrojó por sorpresa.

—Menuda aliada te has ido a buscar —me burlé—, que se hincha a fol… —Avery me atravesó con la mirada y rectifiqué, sonriendo—: que está muy feliz con el Rey de Reyes.

Naomi levantó las manos.

—Paso de vosotras. Y os recuerdo la regla de oro: cero chicos.

—A mí no me mires —dijo Avery, firme—. Fuera de Jaxon, no me interesa ninguno.

La luz del cartel del *parking* nos bañó un segundo. Nos miramos. Las dos la miramos. Y luego me miraron a mí, como si yo fuera el problema.

—Oye, que sé comportarme —protesté.

—Una cosa es que sepas —Naomi arqueó una ceja— y otra que lo hagas. ¿Cuánto tiempo llevas sin echar un polvo? Porque con Cruz nada de nada.

Abrí la boca. La cerré. Hice *scroll* mental. Pantalla en blanco.

—Madre mía. —Se rio Avery—. ¿En serio? ¿Tanto?

—A ver… —Me encogí de hombros—. Teniendo en cuenta que me pasé el verano con mi familia en Tulum y mis padres son muy protectores…

Ella soltó una risita suave y Naomi me miró como si acabara de confesar que no sabía atarme los cordones.

—Da igual —me repuse rápido—. Seguro que Naomi lleva más, ahí abajo habita Spiderman, y no lo digo por el superhéroe, más bien por las telarañas.

—Yo follé en verano —soltó de repente.

Avery y yo nos la quedamos mirando, ojipláticas.

—¿Con quién? —pregunté, apoyando el codo en el respaldo para verla mejor.

—Con alguien que no merece ni que lo mencione con lo que pasó —respondió, cruzándose de brazos.

—¿Tan mal fue? —Avery ladeó la cabeza, curiosa.

—Ahora necesito detalles —demandé, palmeando—. Detalles. ¿La tenía tamaño legumbre? ¿Fina como un espagueti? ¿No se le levantaba? ¿Trenzas africanas en los bajos?

—En serio, paso —rebatió, llevando la mano a la manilla.

Accioné el seguro con un clic.

—Ni hablar. Ahora nos lo cuentas.

—Me-me da demasiada vergüenza, fue la peor experiencia de mi vida.

—Justo por eso. —Sonreí—. O rajas o me pongo a cantar todo el repertorio de Britney Spears hasta que te sangren los oídos.

Naomi me miró con horror, como si acabara de mencionar a Jar Jar Binks. Suspiró.

—Antes jurad que esto no saldrá de aquí.

La miramos ofendidísimas, como si hubiera cuestionado el tratado más sagrado del multiverso: lo que pasa en el coche, se queda en el coche.

Naomi se tapó los ojos con la mano.

—¿Puedo hacerlo con los ojos cerrados?

—Sí —contestó Avery, benévola.

—Ni hablar —dije yo—. Contacto visual, soldado.

Gimió. Se recompuso. Soltó una mini maldición *sci-fi* por lo bajo.

—Vale. Bueno… Solo diré que me lie con un tío que… En fin, compartía piso. Tuvimos un calentón que acabó con un primer polvo apresurado y fuimos a su casa para rematar por todo lo alto. Estábamos en su cuarto y a mí me entró un apretón brutal porque había comido tarta de queso y me olvidé de preguntar si llevaba lactosa. Ya sabéis que me flipa y… debía llevar muchísima porque la reacción de mi tripa fue descomunal.

—Pero si a ti la lactosa te hace… —empecé.

—Exacto. Hiperespacio intestinal. Sentí el retortijón, le dije al chico que necesitaba ir al baño y que me esperara. Salí al pasillo y… el baño estaba ocupado por su compañero.

—Dime que había dos baños. —Negó con desesperación.

—Ay, madre —musitó Avery, llevándose la mano a la boca.

—Como comprenderéis, no podía estallar en mitad del salón como si fuera un reactor de Alderaan —siguió Naomi, digna—. Necesitaba un plan B.

—¿Bajaste al bar de la esquina? —cuestioné por piedad.

—De haberlo intentado, no habría llegado a las escaleras.

—No me digas que cagaste por la ventana. —Avery se apretó el cinturón, como si eso fuera a acelerar.

Naomi tragó.

—No, pero me fijé en el salón. Había una especie de cama peluda y una correa. Deducción lógica: perro. Miré puertas: una medio abierta, la habitación del compañero. Piso pequeño. Sin balcón. No había vía de escape.

—Tengo la intuición de que eso va a terminar como el culo —murmuré.

—No te haces una idea de las mierdas que se me pueden ocurrir cuando las tripas me aprietan —dijo con una dignidad que me mató —. Vi una planta en la esquina. Un ficus, o un primo del ficus. Maceta baja. Tierra mullida.

—Nooo —susurré, fascinada y horrorizada a la vez.

—Sí —admitió Naomi, roja hasta las orejas—. Operación Planta. Me agaché, apreté, ejecuté. Ráfaga corta. Precisión quirúrgica. Protocolo de emergencia. Y… misión cumplida. Nadie salió herido. Bueno, el ficus quizá, dudo que lo hubieran abonado tanto jamás.

Me tapé la cara. Avery soltó un «no puede ser» que sonó a misa, funeral y boda al mismo tiempo. Tardé dos segundos en explotar de risa. Lloré. Carraspeé. Volví a reír. Aplaudí como foca.

—¡Cagaste en la maceta del tío que te querías follar! —chillé.

—¡Shhh! —Naomi me tapó la boca.

—¿Lo recogiste?

—¿Y dónde iba a meterlo? ¿En el bolso? Tuve que limpiarme el culo con los pañuelos y llegué a la basura por los pelos… No os hacéis una idea de cómo olía eso…

Avery y yo nos miramos antes de estallar a carcajadas.

—¡Callaos, perras!

—¿Y qué pasó?

—Pues que mi rollo y su compañero salieron al mismo tiempo. Yo disimulé como si hubiera ido a por agua. El tío con el que me había acostado empezó a husmear el aire y le dijo a su amigo que estaba podrido. Este dijo que no había sido él. Me miraron a mí, y yo…

—Ay, por favor… ¡Dilo! —la espoleé.

—Pues les comenté que creía que había sido el perro, que lo había visto ir al macetero e irse corriendo a esconderse… Deducción lógica teniendo en cuenta que no estaba en el baño ni en la habitación de mi rollo.

—Culpando a animales inocentes, qué mente más perversa… —susurré.

—¿Castigaron al perrete? —preguntó Avery, preocupada.

—Imposible, porque no tenían. La cama y la correa eran de su hurón, que estaba felizmente metido en una jaula.

Entonces sí que estallamos en carcajadas; Avery y yo no podíamos parar de llorar de la risa, poniendo a prueba nuestra máscara de pestañas *waterproof*.

—¡Parad ya, zorras!

Imposible, ¿cómo abortabas eso? Tuvo que esperar a que vaciáramos un poco y pude preguntar:

—¿Y cómo te saliste?

—No me salí: el compañero de piso fue a cotejar si el perro era real o producto de mi imaginación y se acercó a la planta. Miró a mi

rollo y soltó: «tío, aquí hay un *ñordo* que no veas, y está recién hecho». ¡Juro que me quería morir!

Avery se dobló en el asiento, llorando de risa.

—Esa planta no volvió a confiar en la humanidad —consiguió decir.

—Ni esos chicos en las mujeres —añadí. Me costó recuperar el aliento—. ¿Qué hiciste después?

—Tenía que salir por algún lado, así que les dije que, si no había sido el hurón, tenían un problema de ratas mutantes y que yo no me quedaba por si me mordían, que no tenía puesta la vacuna de la rabia. Hui como una cobarde.

—¿Has vuelto a hablar con él? —Naomi calló y se miró las manos —. ¿Lo hiciste?

—Dejémoslo en que fue en contra de mi voluntad.

—¿Y te dijo algo sobre si a su planta le sentó bien tu abono?

—No, aunque dudo mucho que quisiera volver a repetir conmigo, fue una cita de mierda.

Volvimos a reír.

—Eres la puta ama. La terrorista de plantas te van a llamar.

—Acabáis de forzarme a confesar un atentado contra la flora y la fauna, no soy la puta ama de nada —replicó.

Nosotras seguimos riendo hasta que nos dolió la tripa y Naomi se nos unió.

Nos quedamos un momento en silencio, ese silencio feliz en el que sabías que la noche iba a salir bien porque ya te habías reído lo suficiente con tus amigas.

—Vale. —Avery se miró en el espejo, asegurándose de que no parecía un panda—. Regla número uno: este secreto no ha sido revelado nunca. Regla número dos: cero chicos. Regla número tres: jamás tendremos plantas, por si a Naomi le da por atentar.

—Muy graciosa.

—Sostendríamos tu coartada hasta la muerte —dije solemne—. Y esta noche, nada de mojitos con leche.

—Os odio. —Naomi arrancó otra risa.

Me acomodé la falda, me retoqué el labio con un brillo descarado y les choqué los puños.

—Chicas, lo digo en serio: me hacía falta esto. Sin chicos, sin… complicaciones.

—Modo escudos arriba —asintió Naomi, y esta vez la metáfora no me agobió, me calmó.

—Y si alguien se acerca —añadió Avery, afilando una sonrisa—, lo rebotamos como en el potro.

—O le hacemos un mortal por encima y caemos con el tacón —propuse.

—No violencia —dijo Naomi, señalándome—, pero sí maniobras evasivas.

—Me vale —sentenció mi compañera de habitación.

Desbloqueó el botón del seguro. El coche hizo ese clac que sonaba a «vamos». Abrí la puerta y el aire de la noche nos devolvió la risa con eco. Nos ajustamos los bolsos como quien se ceñía una capa antes de entrar a escena.

—Una última cosa —dijo Naomi, medio dentro, medio fuera—. Si suena Britney Spears, cambiamos de garito.

—Prometido. —Avery alzó la mano.

—Ni una sola Britney —juré, cruzando los dedos por detrás… por si acaso.

Cerramos y caminamos juntas hacia las luces. Desde allí ya se oía el bajo del local, la vibración en el suelo, el murmullo del sábado. Éramos tres, y esa noche estábamos dispuestas a todo.

Pasamos entre los coches hasta alcanzar el neón. Naomi abrió la marcha, Avery al centro, yo a la derecha. Las botas me pedían guerra y la sonrisa me traicionaba sola. Cualquier tío que se cruzara aprendería a leer: «no es la noche». Y, si no lo leía, lo deletrearíamos.

—Chicas —dijo Avery bajito, justo antes de la puerta—. Sois las mejores. Cuando llegué a Los Ángeles lo hice sola, y ahora me gusta mucho caminar a vuestro lado.

—No te pongas blandita, capitana. —Le di un toquecito con la cadera—. Vamos a por más risas, más música y… chupitos de tequila.

—Que la Fuerza nos acompañe —concedió Naomi, teatral, y empujó.

Entramos juntas, sin nadie que nos descuadrara la coreografía. Noche de chicas. Nivel: leyenda desbloqueada.

CAPÍTULO 20



Naomi

¿Quién podría creer que la hija de un astrofísico retirado de la NASA y de una exestrella del *k-pop* de los noventa, convertida en empresaria tecnológica, podía temer algo tan absurdo como que sus amigas descubrieran que había perdido la dignidad en una maceta?

Sonaba ridículo, lo sabía, pero era más fácil hablar con mi padre sobre materia oscura que confesarle a Camila Ortiz cualquier cosa medianamente embarazosa por temor a que la soltara en el momento menos oportuno.

Papá me enseñó que el universo se expandía a una velocidad constante; Camila, que la vergüenza también.

Y aunque mamá decía que la exposición era la clave del éxito, yo prefería que mi exposición pública no incluyera un episodio escatológico.

No era que me avergonzara de mis orígenes —mis padres eran un poco raros, sí—, pero cuando eres el producto híbrido de un astrofísico que colecciona telescopios, como otros imanes de nevera, y una ex *idol* que todavía firmaba autógrafos en el supermercado cuando la reconocían las de su quinta, desarrollabas cierta habilidad para pasar desapercibida o convertirte en una friki de los disfraces para transformarte en un personaje que la gente pasaba de querer conocer.

El problema era que Camila tenía la precisión de un francotirador profesional y Avery, aunque callada, poseía el poder telepático de una madre que siempre sabía cuándo mentías.

Y yo, Naomi Park, a la que muchos llamaban Parks, —incluida yo misma o mis amigas—, aunque al principio me diera rabia, futura ingeniera biomédica, *geek* orgullosa y defensora oficial de la lógica, estaba aterrada por que descubrieran que ambas conocían al chico.

Había tenido suerte de que el relato del «incidente vegetal» fuera lo bastante gráfico y escandaloso como para distraerlas. Nadie sospecharía que el tipo del desastre era alguien con nombre y apellido y con el que me había cruzado más veces de las que me gustaría admitir.

Por el momento, mi reputación seguía viva y mi secreto a salvo.

El local vibraba con un grupo de música en directo. Las luces parpadeaban como un tablero de mando y el olor a tequila y cítricos me recordaba al experimento fallido de un cóctel químico.

Mis amigas iban radiantes: Avery en modo diosa discreta, Camila como si hubiera nacido en una pasarela y yo con mi camiseta de *Star Wars* que brillaba en la oscuridad sobre un top negro.

—Noche de chicas —me dije—. Cero tíos, cero drama, cero escándalos públicos.

Qué ingenuidad.

El ambiente era caótico y tenía banda sonora propia.

Un grupo tocaba en una tarima tan pequeña que parecía una broma, bajo las luces estroboscópicas. Desde un punto de vista acústico, el sitio era un infierno, pero había que admitir que la energía era de otro planeta.

Si alguna vez la NASA estudiaba cómo generar impulsos de euforia colectiva, debía empezar por este lugar.

Avery caminaba a mi lado con su típica calma de capitana. Yo, que la conocía bien, sabía que cuando quería era una olla a presión con moño perfecto.

Camila era lo opuesto, parecía haber nacido con un foco encima, podría haber sido hija de mi madre.

Y yo… yo solo intentaba que mi cerebro procesara la saturación de estímulos como si no fuera un robot con ansiedad social moderada.

No habíamos dado ni diez pasos cuando el universo decidió abrir un portal interdimensional lleno de testosterona.

Derek, Zack y Ryan aparecieron de la nada, con la misma sincronía que un *bug* del sistema.

Los chicos del equipo en un club de música en directo, eso no era ninguna sorpresa, lo que sí lo era fue que estaban con su excapitán.

Landon Hayes, alias Han más Solo que la una, con trauma familiar, observando a la mismísima princesa Sienna al otro lado de la pista.

Ella estaba con su hermana y un tío que no me sonaba de nada, pero sí: era guapo y despertaba en Hayes la mirada de la Estrella de la Muerte, si es que hubiera tenido una.

Landon estaba convirtiendo a aquel posible «guapo» en «problema».

Suspiré.

—¿Podemos tener una noche normal sin telenovelas olímpicas de fondo? —murmuré más para mí que para ellas.

No tuve tiempo de procesar nada más porque Zack Coleman —el epítome del flirteo masculino con piernas— nos cortó el paso con su sonrisa de catálogo y esa frase que aún resonaba en mis pesadillas:

—Al parecer, esta noche han caído tres de las estrellas más bonitas de la SSU. Me pregunto si son de las que se les pueden pedir deseos.

Camila, en modo reina interestelar, le devolvió una sonrisa.

—Hemos venido a desconectar y echarnos unas risas. ¿Y tú qué haces aquí, Coleman?

—Intentar ligar contigo —respondió él, como quien comentaba el tiempo.

Camila se echó a reír, esa risa que desarmaba ejércitos y alimentaba egos.

Yo solté aire por la nariz y Avery me dio el típico codazo preventivo de «no empieces, Naomi».

Desconecté entre las palabras botas, copa, caderas y disociación sensorial. Cuando Camila inició la cuenta atrás, supe que era mi entradilla, debía intervenir.

Rodé los ojos con la precisión de un *droide* astromecánico.

—Pierdes el tiempo, Coleman. —Me crucé de brazos—. Es noche de chicas. Cero tíos, cero flirteo y cero espadas láser.

Él no captó la indirecta y seguía con intención de sacar la suya. ¡¿Pero qué les pasaba a los tíos y a sus neuronas cuando les entraban ganas de repoblar la galaxia?!

—La mía brilla que te cagas en la oscuridad.

«Y fijo que tiene la autonomía de una linterna del chino».

Le solté un par de frescas para dejarle claro que hoy no era su noche de suerte con nosotras; fuimos tres estrellas fugaces en su horizonte y seguimos nuestro camino.

Avery, con la elegancia de siempre. Camila, dándole un guiño provocador. Yo, lanzando una última mirada de advertencia que, en mi idioma, equivalía a «atrévete y te *hackeo* el móvil».

Nos refugiamos en el otro extremo de la barra.

El camarero tenía cara de estar programado en modo *Fast & Furious* porque, en segundos, teníamos tres chupitos delante.

—De verdad, Cami —dije, apoyando los codos en la barra—, ¿coquetear no era justo lo que habíamos prometido evitar?

—No estaba coqueteando —respondió ella con esa expresión de «yo controlo el universo»—. Solo estaba siendo amable. Además, son nuestros compañeros.

—Sí, uno al que no le habría importado meterse en la órbita de tus bragas —repuse, y ella rio, encantada de conocerse.

—Estaba bromeando.

—De eso nada —intervino Avery, tajante.

Camila resopló, alzó el vaso y lo brindó al aire.

—Pues se equivocaba de pleno conmigo. Venga, bebamos y asunto resuelto.

Brindamos.

El tequila me quemó la garganta y, con toda probabilidad, parte del alma.

—Dios —tosí—, esta graduación podría alimentar un cohete.

Avery se sujetó la nariz.

—No sé si me gusta o me está desinfectando por dentro.

—Creo que necesitamos otra ronda para asegurarnos —decretó Camila. Su definición de «saludable» era, cuanto menos, difusa.

Y así lo hicimos.

El segundo fue igual de incendiario, pero ayudó a liberar tensión.

Le di un golpecito con el dedo a mi vaso vacío.

—Por cierto, ¿habéis visto a Sienna?

Avery levantó la cabeza como un radar.

—¿Walsh está aquí?

—Sí. Con su hermana y un tío que no me suena de nada.

Camila arqueó una ceja.

—No sabía que saliera con alguien.

—Quizá por eso está más ida que el servidor del campus en época de exámenes —murmuré.

—A mí me preocupa —comentó Avery, bajito.

—A ti te preocupa hasta la planta en la que se cagó Naomi —bufó Camila.

—Podemos dejar de hablar de mierda, gracias —repuse, fingiendo dignidad.

—Entonces, dejemos de hablar de Walsh —contraatacó ella—. Venga, que no hemos venido a chismorrear.

No me quedó otra que rendirme y nos lanzamos a la pista porque sí, aunque pudiera parecer lo contrario, no se me daba mal. Ahí estaban los genes de mamá y las clases de baile a las que me obligó a ir de pequeña.

El grupo cambió de tema a una versión potente de *Shut Up and Dance*.

Las luces giraban sobre nosotras, el suelo vibraba al compás.

Camila era una tormenta de energía; Avery, toda elegancia contenida.

Y yo, por primera vez en semanas, desconecté de mis gráficos, mis algoritmos y mis mil ideas a medio programar, solo bailé. Mi cuerpo se movía sin necesitar un plan de acción.

Rechazamos a varios tipos, y en un punto, Camila me agarró por la cara y me plantó un morreo de los que harían suspirar a los amantes de los *Kdrama* para ahuyentar a uno especialmente insistente.

El tipo se esfumó como si hubiéramos invocado a Satán.

—Estrategia de distracción activada —me dijo al oído.

—Confirmado —respondí—. Nivel de efectividad: cien por cien. Cantidad de baba: cinco por cien.

Nos echamos a reír.

El ambiente era perfecto: buena música, risas y ninguna variable fuera de control.

Hasta que llegó el giro de guion. Primero noté la vibración, no la del bajo, otra, la del caos que precedía a la pelea.

Un grito, un vaso estrellándose, un empujón que me hizo perder el equilibrio.

—¿Qué pasa? —preguntó Avery, alarmada.

—Creo que alguien ha iniciado *mode* pelea callejera. Eso, o a estos tíos les va el *Mosh pit*.

—¿Qué es el *Mosh pit*? —cuestionó Avery.

—No querrás descubrirlo. Vámonos.

El *Mosh pit* era un baile caótico de saltos, empujones y choques que en su versión más bestia había derivado en el *Hardcore dancing*, una variante más agresiva y coreografiada, con patadas al aire, puñetazos al vacío y giros rápidos.

Camila torció el gesto.

—¿En serio? Seguro que son dos idiotas chocando hombros.

—Sí, y en cinco segundos habrá sillas volando —repliqué, tirando de su brazo—. Venga, evacuación inmediata.

Empujé entre la multitud, abriéndonos camino con precisión.

Mi cerebro calculaba rutas de salida como si estuviera jugando al *Escape Room* del infierno.

Gente corriendo, vasos cayendo, luces estroboscópicas parpadeando.

Juré ver a alguien del equipo —Ethan, tal vez—, pero no me detuve a comprobarlo.

Cuando por fin salimos al exterior, el aire fresco me golpeó la cara. El ruido del club quedó amortiguado tras la puerta.

Avery respiraba agitada.

—¡Madre mía, ¿qué ha pasado?!

—Ni idea —dijo Camila, echando el pelo hacia atrás—. Ya sabes, se lía por cualquier tontería. A algunos se les dispara la testosterona y olvidan que tienen dedos antes que puños.

—¿Queréis volver a la resi? —propuse, mirando la entrada.

—Pero ¿qué te pasa? —Camila arqueó una ceja.

—Dijimos que, si sonaba Britney, nos íbamos. No ha sonado Britney, pero una pelea tiene que contar lo mismo —admití—. ¿Avery? —pregunté.

Ella dudó un momento.

—¿No deberíamos asegurarnos de que Sienna esté bien?

Camila rodó los ojos.

—Mira que te ha dado fuerte, estaba con su novio y su hermana. Hiena mala nunca muere. No dejemos que destruya nuestra noche.

Avery acabó asintiendo, resignada.

—Como digáis.

Caminamos hacia el coche bajo las luces de neón, que parpadeaban como si el universo quisiera advertirnos de algo. Ya se oían sirenas a lo lejos.

—Lo ves, la poli ya está en camino, no sufras por Walsh —insistió Cami al ver que Avery no se iba del todo tranquila.

—La próxima vez, propongo que la noche de chicas sea en la resi con *pizza* y peli —comentó.

—Vale, pero nada de *Star Wars* —saltó Camila, enfocando en mi dirección.

—Hereje —le respondí.

—No me mires así, Naomi. Tu religión galáctica no va conmigo y tú no me das miedo.

—Debería. La Fuerza castiga la insolencia, ya viste lo que le hice al del ficus en el salón —le contesté, intentando no sonreír.

Encendí el motor. Avery se acomodó atrás y Cami buscó algún tema que poner en la lista de reproducción.

El sonido del motor fue casi un alivio.

Mientras dejábamos atrás la pelea del club, pensé en mi proyecto del máster, esa *app* para medir rendimiento deportivo y niveles de estrés en atletas.

Si pudiera registrar las pulsaciones del equipo de esa noche, habría batido récords de caos. La carretera se tragó el ruido.

Cami tarareó bajito algo de Dua Lipa. Avery suspiró.

Y yo sonreí, dando gracias de que, aunque fuéramos tan distintas, congeniáramos tan bien; esa noche seguíamos siendo las chicas que sobrevivían a cualquier galaxia.

CAPÍTULO 21



Thiago

Había terminado el entrenamiento doble y hoy tenía que saltarme una de las clases para acudir a una reunión.

Camila y yo llevábamos casi un mes quedando una hora extra, tres veces por semana, antes de entrenar, y funcionaba a las mil maravillas.

Era rápida, insistente, hablaba sin parar, pero tenía ritmo y retentiva. Aplicaba mis ejercicios mentales para mejorar el foco y su progresión estaba siendo espectacular. Hasta Volkova la había felicitado, y eso significaba que estaba en lo cierto, que mi carrera tenía futuro y sentido.

Era bueno, jodidamente bueno, y eso, para mí, era suficiente.

En ella había una energía que me mantenía centrado. El caos de Camila era, por paradójico que pareciera, lo que más me equilibraba.

Después de tanto tiempo intentando ser impecable, entrenar con alguien que se reía en mitad de un salto sin joder la técnica… me parecía asombroso.

Ahora iba camino del edificio nuevo de Emprendimiento con el pelo todavía húmedo y la mochila colgando de un hombro.

En la SSU todo olía a dinero nuevo: a suelos encerados, a orden, a control.

El proyecto de esa mañana podía definirme más que cualquier medalla.

No lo diría nunca en voz alta —sonaba pedante—, pero lo pensaba. Participar en esa competición podía ser la llave para abrir una puerta real.

La que no dependía de un podio, sino de mi cerebro.

El móvil vibró en mi bolsillo mientras caminaba.

No quería ni podía llegar tarde, pero ver el nombre en la pantalla me obligó a frenar.

Yanelis.

Sonreí. En Miami iban tres horas por delante, así que ya estaría trabajando en su salón.

Deslicé para responder.

—Dime, *flaca*.

Siempre la llamaba así. Mi hermana era puro nervio y hueso fino, pero no por cuidarse. Era un desastre para las comidas, todo lo que ingería lo quemaba a golpe de carcajada.

—¡Ay, mira este tono de ejecutivo! ¿Desde cuándo saludas así, *mijo*?

—Desde que madrugo más que los gallos.

—Ajá, claro. Oye, ¿y qué tal te alimentan en esa universidad de ricachones? No me digas que te dan caviar con batido de proteína.

—Comemos bien, Yane. No te preocupes. Solo que todo parece demasiado… perfecto.

—Qué fino, chico. Aquí, con suerte, hay arroz y habichuelas, pero tú sigue comiendo aire con *glamour*, que seguro engorda menos.

Solté una risa corta. Yanelis era mi cable a tierra.

Trabajaba en un salón de estética en Coral Way, haciendo uñas, tintes y lo que hiciera falta. No estudió, pero se ganó a todo el barrio

con su labia y su sonrisa. Yo analizaba cabezas; ella las arreglaba.

—Perdona si no te he llamado antes —dijo—. He estado a tope. Ayer una clienta me pidió que le pusiera extensiones como Shakira en el 2003.

—Eso suena a peligro.

—Lo fue, teniendo en cuenta el estado de su cuero cabelludo; habían anidado miles de piojos.

—¡Qué asco! ¿Le pusiste las extensiones o llamaste al control de plagas?

—Ni lo uno ni lo otro, el control se lo hice yo. Erradiqué a todos esos cabrones a puerta cerrada. Pagó bien y está tan contenta que me reservó hora para la semana que viene, así que… ¡Viva Shakira! ¡Abajo las liendres! ¿Cómo están tus trenzas?

Sonreí sin darme cuenta. Me las había hecho ella cuando vino a visitarme a Puerto Rico, justo antes de que me mudara a Los Ángeles.

—Impecables. Lo aguantan todo.

—Tendré que ir a comprobarlo en cuanto ahorre un poco.

—Cuando quieras.

Su risa me atravesó el pecho como una corriente cálida.

Por un segundo, sentí el olor del sofrito de mamá, el eco del bolero que papá solía cantar sin ritmo, la casa llena de ruido y amor sin descanso.

Todo lo contrario a los pasillos pulidos por los que caminaba ahora.

—Oye, hablando de gente loca —añadió de pronto—, ayer me entró por Instagram una chica preguntando por ti.

Fruncí el ceño.

—¿Qué chica?

—Me dijo que era del equipo de gimnasia de Puerto Rico. Dice que se le rompió el celular y perdió todos los contactos. Que necesitaba hablar contigo urgente. Te voy a mandar una captura.

El estómago se me cerró al instante, sabía quién era antes de que dijera más.

Ni siquiera miré la imagen que me acababa de mandar.

—No le habrás dado mi número, ¿verdad?

—¿Por quién me tomas? —replicó—. Claro que no. Le dije que te preguntaría antes. ¿Qué pasa con esa tipa?

—Nada. Solo es una pesada. Bloquéala, ¿sí? Hazme ese favor.

—¿Y por qué?

—Porque sí, Yane. Confía.

Silencio. Luego, el suspiro de siempre.

—Estás raro… No tendría novio y le puso los *cachos* contigo, ¿no?

—No soy de esos. En serio. No es nada. Simplemente pasa, ¿vale?

—Ok… —Su voz se ablandó—. Estoy orgullosa de ti, hermanito. Lo sabes, ¿cierto?

—Lo sé.

—Mamá también. Y papá. Llámalos este fin de semana.

—Lo haré.

—En cuanto termines la carrera, te mandaré algunas de mis clientas. Les hace falta un loquero con urgencia, se ponen hasta arriba de Prozac. Con tu cabeza y tu belleza, acabarás con nuestra pobreza.

—Gracias, *flaca*, pero no soy de ese tipo de psicólogos.

—¿Y de cuál eres, entonces?

—De los que te ayudan a rendir más y mejor, deportivamente hablando.

—Pfff, pues entonces seguiremos siendo pobres. Esas van un día a pilates y ya no vuelven.

Reí.

Con Yanelis siempre pasaba igual: en cinco minutos conseguía desmontarme el escudo.

—Te dejo, que tengo que entrar.

—Vale. Te quiero, cabezón.

—Yo más.

Colgué y me quedé mirando la pantalla; aunque no quería, abrí la imagen. El reflejo del cristal me devolvió una mirada que no quería enfrentar. Pensar en Alondra fue como pisar el mismo clavo dos veces, esa imagen de perfil no podía pertenecer a otra.

Odié volver a sentir el peso que te dejaba el haber confiado en la persona equivocada… Era como cargar con una mochila invisible.

«Nunca más», me repetí.

Y esta vez pensaba cumplirlo al pie de la letra.

Alondra estaba fuera de mi vida y de mi corazón, y así debía seguir.

Puse el móvil en silencio, bloqueé la pantalla, respiré hondo y subí las escaleras.

El eco de mis pasos se mezcló con el zumbido de los fluorescentes.

Me detuve frente a la entrada del aula 2.14, me ajusté la sudadera, pasé la mano por mi pelo y busqué un sitio en el medio. Ni delante ni detrás.

El lugar perfecto para observar y tomar notas.

La profesora ya estaba allí, con cara de que el mundo debería pagarle horas extras.

El aula se llenó poco a poco.

Murmullos, carpetas azules con el logo de la universidad esperaban sobre las mesas y en la pizarra digital se reflejaba el motivo por el cual estábamos allí:

PROYECTO INTERUNIVERSITARIO DE EMPRENDIMIENTO DEPORTIVO.

Sonaba a eso que los americanos llaman *game changer*, o como diría mi padre: «cambiar las reglas del juego»; y para eso estaba en la otra punta del país, para cambiarlas. Por una vez, no exageraban.

Era mi oportunidad de demostrar que el nacimiento no determinaba el destino, podía construir algo útil, algo que uniera deporte y salud mental. Algo que hablara de la fortaleza de mi familia contra la adversidad, de nosotros, de mí.

La profesora dio la bienvenida, pasó lista e hizo una mueca de disgusto cuando preguntó por Sienna Walsh y nadie respondió.

Ni al primer llamado ni al segundo ni al tercero.

Terminó murmurando un:

—No debió interesarle lo suficiente.

Entonces, la puerta se abrió con un golpe seco y alguien entró de manera precipitada. Todas las cabezas se giraron, la mía también.

El aire cambió de densidad y el ritmo de mi respiración se enfatizó.

Sienna Walsh.

La chica en la que me había fijado desde el primer entrenamiento, la excapitana de alas rotas.

Tenía esa forma de moverse que parecía un desafío, cada paso decía «mírame, pero no te atrevas a tocarme». Su coleta marcaba un ritmo que el resto del cuerpo seguía.

La vi detenerse, recolocarse, fingir calma cuando la profesora la ignoró y se limitó a tachar su nombre preguntando en voz alta si era ella.

Sienna asintió y la profesora continuó como si nunca la hubieran interrumpido.

Yo bajé la mirada a mi carpeta, tratando de no quedarme demasiado pillado.

Hasta que comenzó la enumeración de los grupos y quiénes los conformaban

—Equipo tres. Lo formarán Walsh, Hayes… y Cruz.

«¿En serio?».

Levanté la vista.

Primero miré a Landon Hayes, que estaba en primera fila con los ojos puestos en el fondo del aula, donde Sienna parecía no saber si quedarse o salir corriendo.

Ella lo miró con rabia; él con esa sonrisa que mezclaba culpa y arrogancia.

Tuve la impresión de que aquellos dos polos, alguna vez, habían sido imán y que todavía quedaban restos de electricidad. Entre ellos había historia, y de la mala.

Sienna intentó oponerse, los demás alumnos contuvieron la respiración como si acabara de ejecutar un Yurchenko con 1½ giros en el aire.

La profesora arrugó el ceño y la fulminó con un discurso que sonó más a castigo que a elección.

En resumen: Si no nos quería, ya se podía largar.

Me descubrí pensando un: «no lo hagas».

Tal vez porque yo sí lo hice. Huir de quien había tenido mi corazón bajo arresto domiciliario. La diferencia era que yo tenía algo mejor esperándome y, si ella se marchaba, renunciaría a una oportunidad muy importante.

De algún modo, quise que se quedara. Quizá porque vi en ella algo que reconocí en mí, o porque desde el inicio me apeteció ayudarla.

Cuando al final aceptó, algo en mi pecho se soltó.

Sienna tenía esa forma de resistir, aunque doliera, y eso, en mi idioma, era fortaleza. Estaba decidido a darle otro camino por el que seguir.

La profesora siguió hablando del calendario, los plazos, los criterios de evaluación.

Yo apenas escuchaba, estaba atrapado en un grupo donde mis dos compañeros podían incendiar la biblioteca con la colisión de sus pupilas.

Cuando la presentación terminó, nos mandó a los tres a trabajar allí mismo.

Apenas teníamos dos meses para vencer a los otros grupos y representar a la SSU con un proyecto sólido y lo bastante atractivo como para que nos escogieran.

Me quedé un momento sentado, viendo cómo Walsh salía la primera sin mirar atrás. Hayes la siguió, tranquilo, seguro de sí. Yo salí el último, con esa sensación incómoda de estar en medio de una historia que todavía no entendía. Me ajusté la mochila y respiré despacio; por mi bien —y por mi futuro—, necesitaba que esto funcionara.

CAPÍTULO 22



Mason

Llevaba todo el entrenamiento dándole vueltas a por qué Cruz no paraba de mirar a Sienna y ella contestaba bordando cada ejercicio como si el hada madrina de la gimnasia la hubiera tocado con su varita mágica.

Era como ver a dos planetas acercándose de manera peligrosa, y yo ya sabía cómo terminaban esas colisiones: con una explosión del carajo enviándome fuera de su órbita.

Octubre nunca había sido un buen mes.

Se acercaba mi cumpleaños y siempre lo ahogaba en una fiesta cargada de alcohol, disfraces y excesos porque el silencio no era una opción; en el silencio se escuchaban cosas que no quería oír.

Por una parte, tenía mucho que celebrar, por otra, la duda me devoraba por dentro. Un año más libre del puto cáncer, o un año menos para que me volviera a encontrar.

Dependía de cómo lo mirara, era victoria o cuenta atrás.

Quizá por eso me gustaba el ruido, la gente, las luces, los errores y las resacas. El *carpe diem* no era una filosofía, era un salvavidas, y ese año no sería distinto.

Mis padres me habían escrito esa misma mañana desde Japón:

«Lo sentimos, Mase, sé que te dijimos que podríamos escaparnos, pero hubo un tifón, se retrasó el rodaje y ya sabes lo que eso supone. Prometemos compensarte cuando volvamos, disfruta de la fiesta».

No sabía por qué seguía sorprendiéndome que siempre encontraran una excusa para alegar que tenían algo más importante que hacer, como grabar una escena de explosiones en Tokio, mientras su hijo soplaba las velas solo.

Vale, los dos sabíamos que no pensaba estarlo, pero eso a ellos no debería haberles importado.

Tenía una mansión vacía y una fecha maldita que no pensaba desperdiciar, sería una fiesta de miedo, literal, porque si ellos podían no venir, yo podía celebrarlo cuando me saliera de la polla.

Noche de Halloween y no se hablaba más.

Una alegoría a la muerte con cóctel de bienvenida y barra libre de negación.

«Prepárate, dama de la guadaña, que llega el tío que te la jugó».

Eso pensaba mientras me quitaba las calleras y las lanzaba al fondo de la mochila.

El gimnasio ya se estaba quedando vacío.

La música había bajado, el aire no salía a toda pastilla de los conductos de ventilación.

La mayoría del equipo femenino ya se había largado a la ducha.

Todas las integrantes, menos una: Camila Ortiz, quien parecía cabreada con el mundo en la zona de estiramiento, frente a las espalderas.

Juraría que vi el humo saliéndole por las orejas. Tiraba de su cuerpo como si quisiera arrancarle los nudos a base de rabia. Furia en forma de flexibilidad con un envoltorio precioso y muy llamativo.

Como era un idiota de manual, no solo me quedé mirando, me acerqué, aunque todos sus poros gritaran peligro.

La camiseta corta, holgada, que se puso encima del top, dejaba a la vista una línea de piel que me distrajo más de lo recomendable. Si el universo me la ponía delante, sería por algo.

Cogí mi botella de agua, la agité para fingir que hacía algo útil y me planté frente a ella.

—Te vas a partir antes de llegar al viernes —dije, apoyándome en la espaldera de al lado.

—Y tú vas a romperme la concentración —respondió sin mirarme.

—Te noto tensa —añadí con una sonrisa que sabía que la irritaba.

—¿Y tú qué sabrás de tensiones?

—Más de lo que crees. Déjame ayudarte.

Antes de que pudiera replicar, ya estaba agachándome junto a ella.

Apoyé una mano en su pierna, la otra en la cadera y tiré despacio para forzar el estiramiento.

—¿Qué haces? —gruñó.

—Ayudarte a liberar.

—Así no me ayudas…

—¿Y así? —Ajusté un poco la postura, disfrutando de su resoplido.

—Mase… —dijo en tono de advertencia.

—¿Qué pasa?

—¿Te has tirado a Thiago ya?

Me reí.

—¿Yo? No. ¿Y tú?

—Tampoco —bufó, dejándose caer hacia atrás con dramatismo—. ¿Qué nos pasa? ¿No somos lo bastante guapos o no estamos lo suficiente buenos?

La miré con ganas; en definitiva, ella estaba más que buena, era una jodida diosa, aunque no iba a regarle el ego.

—Habla por ti. Yo soy un manjar prohibido.

—Pues Cruz parece no tener mucho apetito. ¿Te parezco fea?

—Necesitas descansar.

—No, necesito follar —soltó tan tranquila.

Me atraganté con mi propia saliva y terminé tosiendo.

—Pues hazlo, ¿qué pasa?, ¿te faltan candidatos? Nuestra apuesta no incluía voto de castidad ni que te encerraras en un convento de clausura antes de pecar —le dije, recuperando el aliento. Ella entrecerró los ojos.

—O sea, ¿que tú sí has sacado el rabo de paseo?

—¿Por quién me tomas? Yo nunca paseo, voy directo al destino, y por supuesto que he follado.

—¿Con quién?

—¿Y eso qué más da?

Camila se giró hacia mí, cruzando los brazos.

—Cariño, es que nadie te ha enseñado la regla de las tres C.

—Sorpréndeme.

Se acercó despacio, con esa sonrisa de quien sabe que tiene el control de la escena.

Apoyó una mano en mi pecho y se inclinó hasta rozar mi oído. Su aliento cálido me hizo cosquillas donde no debería.

—El culo, el corazón y la contraseña, Fitzy, no se le dan a cualquiera.

Su comentario me recorrió como una descarga. Ella sonrió satisfecha, lista para alejarse, pero no la dejé, la cogí por la muñeca antes de que se levantara.

—¿Te crees que puedes provocarme así y marcharte tan tranquila?

—Claro que sí. Es mi talento. Nacida para provocar.

Le di un suave empujón en el hombro, ella respondió con otro más fuerte y en menos de un segundo estábamos rodando por el suelo entre risas que se fueron cortando cuando el silencio nos alcanzó.

Quedé encima de ella, sosteniéndome sobre los antebrazos.

Su respiración me golpeó la mandíbula, nos miramos, demasiado cerca, demasiado largo. Tenía sus gloriosas piernas envolviendo mi cintura y, aunque descargué la noche que salí de fiesta, de eso ya hacía unas semanas. Camila estaba demasiado calentita y su aroma se mezclaba con el del sudor recién exprimido que tanto me gustaba.

—¿Qué cojones te pasa? —susurró.

—¿Y a ti? Te tenía por alguien mucho más promiscua. No te vi blandir tu regla de las tres C con Tyson.

Su mirada se volvió hielo.

—No le ofrecí ni mi culo ni mi corazón ni mi contraseña, en cambio, tú pasaste. —¿Por qué, de repente, me apetecían tanto sus labios?—. Hoy he tenido que cubrirte y decirle a Avery que nos lo tiramos entre los dos para no perjudicar tu aclamada reputación.

—Umm…, qué detalle —murmuré—. Aunque no hacía falta que mintieras. Si hubiera querido, podría haberos follado a los dos.

Presioné mi entrepierna contra la calidez que traspasaba su *short*.

—Eres imbécil.

—Y tú estás temblando de necesidad incluso conmigo, quizá estés más desesperada de lo que crees si reaccionas así ante mí.

Ella me empujó con las palmas, pero no lo bastante fuerte como para que me moviera un ápice.

Nos quedamos trabados, sin decidir quién cedía primero.

Podía sentir su pulso acelerado, la tensión del momento, la electricidad cruzando el espacio mínimo entre ambos.

—Hay algo que no deja de dar vueltas en mi cabeza desde aquella noche, ¿por qué no lo hiciste? ¿Por qué te largaste en lugar de compartir? —preguntó, al fin, en voz baja.

—Porque hay líneas que contigo no me apetece cruzar.

Hubo un segundo de puro silencio, luego otro y después la forma en que me miró cambió.

No era burla ni enfado, era algo más jodido, decepción, como si la hubiera abofeteado.

—Bonita forma de decirme que apesto.

Me dieron ganas de demostrarle que no apestaba en absoluto y que no era eso lo que me pasaba.

Me separé despacio, todavía medio riendo, aunque por dentro ardía.

Ella se incorporó rápido, sacudiéndose las manos, como si necesitara borrar el contacto.

—Eres idiota. Más de uno se habrá matado a pajas pensando en un trío en el que yo participara, sin embargo, tú… —murmuró—. No sabes lo que te pierdes.

—Eso no lo voy a negar, aunque acostarme con Tyler igual me hubiera producido un sarpullido, recuerda que me arrebató la plata.

—¿Y a ti desde cuando te importa el color de las medallas?

«Ahí le ha dado».

Me levanté, tomé mi botella y me encogí de hombros.

—Soy libra, un tío nada equilibrado, puedo cambiar de parecer en cualquier minuto. Por cierto, espero que nuestra pequeña conversación te sirva de motivación extra porque me da a mí que Sienna ha entrado en el radar de Thi, y estaría muy feo que perdiéramos contra Walsh.

—¡¿Tú también lo has notado?!

—Ya lo creo.

—Eso jamás va a pasar —dijo, casi escupiendo las palabras—. Esos dos van a follar por encima de mi cadáver.

—Pues ponte las pilas, Ortiz. Si tengo que ser derrotado, que sea por ti.

Me alejé unos pasos para que mi entrepierna dejara de apretar, no quería que se diera cuenta de lo que provocaba en mí.

La escuché murmurar algo que sonó mucho a «gilipollas», pero no lo confirmé; necesitaba una ducha fría con urgencia.

En el espejo del fondo la vi estirarse de nuevo, furiosa, con esa mezcla de orgullo y fuego que siempre me había fascinado y supe, sin querer admitirlo, que estaba jodido.

Porque con ella no era solo la atracción física —eso era lo de menos—.

Me gustaba esa Camila Ortiz que no se rendía ante nada, que le plantaba cara a los desafíos, aunque un imbécil le diera a entender que no le ponía nada —lo cual, ambos sabíamos que no era cierto y que mi respuesta era muy interpretable—. Siempre había tenido debilidad por los retos imposibles y, en cierto modo, ella me parecía uno que yo mismo me autoimpuse.

Cuando salí del gimnasio, recién duchado, la brisa de la mañana me pegó en la cara.

Miré el móvil.

Doce notificaciones, tres mensajes, ninguno de mis padres, y un recordatorio automático del oncólogo, cambiándome la fecha de la

revisión, que no quería abrir.

Suspiré.

«*Carpe diem*, Fitzroy. Si vas a arder en el infierno, hazlo a lo grande».

Saqué el móvil y tecleé en el chat del grupo:



Y con eso en la cabeza, me marché con la sensación exacta de estar caminando de cabeza a la hoguera.

CAPÍTULO 23



Camila

La biblioteca cerraba a medianoche y yo seguía ahí, atrapada entre apuntes, gráficos de fuerza y ecuaciones de Fisiología del Ejercicio Aplicada al Alto Rendimiento por culpa del inútil de mi compañero. El tipo con el que me habían emparejado llevaba más rato midiéndome las piernas que los datos del sensor. Según él, «ambos estábamos demasiado tensos para concentrarnos».

—Podríamos liberar la carga —propuso con sonrisa de catálogo—. Ya sabes, estiramientos en pareja detrás de esas estanterías…

—Claro, ¿antes o después de que apruebes la asignatura? —le solté sin mirarlo.

Era simpático, no voy a negarlo. Guapo, de mandíbula marcada y ojos claros. En cualquier otro momento, probablemente lo habría seguido y hubiéramos acabado montándonoslo como sugería; pero no hoy, no con la cabeza hecha un campo de batalla.

—Es tarde. Mejor seguimos en otro momento, estoy agotada; mañana entreno a primera hora.

—Puedo acompañarte a tu resi y seguimos allí más descansaditos. O te vienes a mi piso, pedimos algo y…

Sus dedos avanzaron por la mesa como si fueran un par de piernas acercándose.

—No, gracias.

Cerré el portátil, guardé los papeles y salí al exterior diciéndole que ya cuadraríamos. La humedad del césped recién regado me rozó las pantorrillas y me despejó un poco. Las luces del campus parpadeaban entre los árboles. A esa hora, la SSU parecía otro lugar: más grande, más silenciosa, demasiado vacía. Quizá debería haber aceptado que me acompañara, aunque su compañía me apeteciera cero.

Tonterías. No iba a pasarme nada.

El aire frío ayudaba a pensar, o a fingir que pensaba. En teoría, debería preocuparme por la exposición del lunes o por el porcentaje del trabajo que mi compañero iba a copiar de ChatGPT. En la práctica, solo tenía dos nombres arruinándome la calma: Thiago Cruz y Mason Fitzroy.

El primero se había colado despacio, casi sin permiso, con esos ojos color miel que parecían verte por dentro. Había algo más en él, más allá del cuerpo perfecto o de cómo se movía. Un tipo que pensaba antes de hablar, que observaba antes de tocar, y eso me intrigaba. Todo empezó como un juego para ganarle a Mase, y ahora no sabía si seguía dentro de la apuesta solo por tirármelo o si había empezado a ver más allá, lo cual era preocupante porque no era chica de relaciones. Jamás había salido con nadie en serio y la idea me asustaba.

Luego estaba el capullo de mi amigo. Mi cómplice de fechorías. El que se reía de todo porque, si dejaba de hacerlo, ya no era él. Siempre jugábamos igual: chistes de todo y de todos; provocación como escudo, ironía como espada. Nos funcionó durante años y debería haber seguido así. El problema era que, desde el año pasado, ya no lo miraba igual, y mucho menos después de lo que pasó en la sala de estiramientos.

Aún recordaba el suelo, su cuerpo encima del mío y esa fracción de segundo en la que todo se detuvo cuando lo envolví con las piernas. La presión entre mis muslos, su respiración acelerada, esa mirada que duró demasiado. No sabía cómo pude contenerme. Quería gemir, frotarme, besarlo, dar rienda suelta a lo que de verdad me apetecía con él. Le pregunté lo que nunca me atreví: por qué se había apartado cuando yo me estaba mostrando desnuda, dispuesta, vulnerable, siendo tomada por otro cuando, en realidad, con quien quería estar era con Mase. Respondió con esa voz medio burlona que conmigo nunca tendría nada, y se apartó.

Dolió. Escoció. Mason Fitzroy se acostaba con todo lo que respiraba, entonces… ¿por qué conmigo no? ¿Tan poco le ponía? Quizá solo me viera como a una amiga, como a una hermana. Como si fuera Jaxon.

¡Menuda putada! Porque, aunque intenté quitarle importancia, seguía dando vueltas en mi cabeza y en mis sueños. No podía apartarlo; ni a él ni a Thiago. Resultado: un cóctel de deseo y frustración que me tenía al borde de perder la cabeza y, lo que era peor, sin ganas de liarme con otro para liberar.

Suspiré y le di una patada a una piedra del camino.

—Genial, Ortiz —murmuré—. Te vas a volver loca antes de aprobar el semestre.

El eco me respondió. Fue entonces cuando lo escuché: un crujido leve detrás de mí. Me giré. Nada; solo los árboles moviéndose con el viento.

No era la primera vez que volvía sola de la biblioteca, pero había algo distinto. El silencio pesaba, electricidad en el aire. Apreté la mochila contra el pecho y apuré el paso.

—Tranquila, solo es un gato —me dije—. O un mapache con hambre.

Intenté reírme, pero no salió. El cuerpo no entendía de lógica cuando el miedo llamaba a la puerta. Otro crujido. Más fuerte. Más cerca.

La sangre se me heló y el campus desapareció.

Durante años creí tener el recuerdo bajo control: psicólogo; informes; terapia de exposición; respiraciones profundas. Bastó un

ruido para que todo volviera. Ya no tenía veintiún años. Tenía nueve.

El olor cambió: el césped se volvió polvo. El aire raspó los pulmones. La luz blanca de las farolas se transformó en el destello de una bombilla y oí su voz.

La garganta se cerró. El corazón me martilleó las costillas, como buscando salida. Quise moverme, pero las piernas no respondieron. El cuerpo recordó cómo era: el temblor; la presión en los brazos; el hedor a orina; el hambre; la sed; el terror.

«Respira. Uno, dos, tres. Cámbialo. Otra vez».

Intenté aplicar el método que me enseñó Thiago, pero la mente no escuchó. Todo sabía a metal y a gasolina. Sentí la aspereza del suelo contra la piel y esa canción que él tarareaba, acompasada con sus pisadas.

Retrocedí un paso. Luego otro. El corazón dolía de tanto latir. Sabía que era imposible: que él seguía lejos, en otro Estado, que mis padres lo mantenían vigilado, pero el miedo no entendía de geografía. El miedo era una sombra que aprendía tu nombre y no te soltaba.

Otro crujido. El tercero. El definitivo.

No lo pensé. Eché a correr. El ruido de mis botas sobre la grava fue tan alto que creí que alguien venía detrás. Corrí sin mirar atrás, sin saber hacia dónde, solo hacia cualquier sitio con luz. La respiración ardía, las lágrimas nublaban, pero no paré porque en ese instante no era Camila Ortiz, gimnasta, estudiante de Ciencias del Deporte ni amiga de Naomi o Avery.

Era la niña de nueve años que corría sin rumbo, con las muñecas heridas y el corazón a punto de romperse.

Y la noche, igual que entonces, no respondía.

□□□□□

Camila, 9 años

Me acurruqué en la manta, aunque oliera mal. Imaginé el salón de casa: el ventilador del techo; los cojines donde Sofía se tiraba de cabeza. Imaginé a Alma diciendo «ya basta» y a Nadia subiendo un

vídeo de un pastel gigante. Imaginé a mamá caminando por el pasillo con los tacones —toc, toc, toc— y a papá abriendo la puerta de un jalón, fuerte, diciendo «¿qué es esto?». Mi cuerpo se creyó ese cuento un minuto y se me bajó el frío. Luego volvió.

El señor entró otra vez, más tarde. Traía un vaso de plástico nuevo.

—Vamos a grabar —dijo, acercándome el teléfono a la cara—. Di: «Yo estoy bien».

—Yo estoy bien —susurré, temblando.

—Más fuerte.

—Yo estoy bien.

—Eso. —Miró la pantalla, entrecerrando los ojos—. Otra. Di: «Papá, paga o este señor me cortará un dedo».

Lo miré con horror y me agarré las manos.

—¡Dilo!

—No quiero que me corten nada.

El hombre, con aliento a licor, me clavó las uñas negras en la mejilla.

—Entonces asegúrate de convencer a tu papá. ¡Hazlo o te lo corto ahora mismo!

Volví a notar algo húmedo entre las piernas y en la cara. Se separó y puso el móvil a grabar.

—Papá, paga o… o… me cortará un dedo.

—*Ándale*. —Guardó el móvil—. ¿Ves? No fue tan difícil.

—¿Puedo hablar con mi mamá?

—No.

—¿Puedo ir al baño? Yo…

Miré hacia abajo, apurada.

—No hay baño.

—¿Puedo…?

—¡Cállate ya, *pendeja*!

Se fue. El «cállate» se me quedó dentro de la oreja. Apagó la luz. Cerré los ojos. No pensé en nada un rato; quizá, si dormía, al despertar ya no estaría. Creía que me dormí un poco con esa esperanza. Cuando los abrí, la bombilla seguía colgando sin luz y un mosquito zumbaba.

Miré el techo hasta que el cuello me dolió. Empecé a contar respiraciones: una, dos, tres. No quería llorar; no quería que volviera ni que me oyera ni que me cortara. Llegué a cien y empecé de nuevo. Me dormí un poquito y desperté con un sobresalto, como si me cayera por un hueco. Tenía la boca seca. Bebí dos sorbos. El agua sabía mal.

No sabía si era de día o de tarde. En la pared había una rayita de luz por un cartón mal pegado. Puse el dedo. Estaba tibio. Me gustó sentirlo tibio: era como tocar un lugar que no estaba sucio.

La voz del señor volvió desde fuera, distinta. Enfadada de verdad.

—No me salgas con *mamadas*, ¿eh? —gruñó—. Hoy. Hoy, cabrón. O no solo le corto un dedo: me la llevo a otro lado. —Pausa—. Pues *órale*, a ver si te alcanza para las seis. —Pausa—. No me grites tú a mí. Tú te hiciste el listo, ahora toca pagar, si no, ya sabes lo que le va a pasar. Y no será la única.

La barriga se me pegó a la columna. El corazón corrió sin moverse. Me levanté un poco y puse la oreja en la puerta. Oí pasos. Un vaso caer. La radio. Un coche arrancar. No supe si era bueno o malo. Me senté otra vez. Me abracé las piernas. Metí la cabeza entre las rodillas para no ver nada.

Pensé en la escuela. En la mochila nueva. En los lápices con purpurina que Sofía quería robarme. En la camiseta del uniforme que picaba en el cuello. Pensé en la fila del helado y en el cucharón de metal golpeando —clac, clac— la tina. Pensé en decir «de mango, por favor» y que la chica me hiciera una bola enorme.

El estómago me sonó. Me dio vergüenza que el señor lo oyera. El señor no estaba. Había escuchado el coche. Quizá era el momento de moverme, pero ¿a dónde?

Prometí no llorar otra vez. Lo cumplí un rato. Luego lloré despacio, sin sonido. Me levanté y recorrí la pared con las manos, buscando un resquicio, una grieta. Creí encontrar uno; metí el dedo y tiré con todas mis fuerzas. No cedía, pero hacía ruido, y tenía que irme antes de que volviera o me mordiera una rata.

Repetí. Sentí astillas clavándose. Dolía, pero más dolería si me cortaban un dedo. Tiré. Grité cuando la uña se me arrancó. Metí el

dedo en la boca por instinto; el sabor a sangre lo inundó todo. Chupé y escupí.

No iba a poder salir.

Volví al rincón y a la manta maloliente. Me tapé hasta el cuello, temblando de dolor y miedo. Me dormí cuando ya no pude más.

Me despertó algo distinto. No era la llave ni el tarareo del hombre malo. Fue un golpe más fuerte, como cuando cerrabas un cajón de un empujón. La puerta hizo un ruido diferente. Oí otra voz, más joven, más baja. La hoja se abrió y una luz me apuntó. No veía nada.

—Vámonos —dijo esa voz.

No me moví.

—¿Eres Camila? —preguntó. El corazón me bombeó rápido.

—¡No quiero que me corten un dedo!

—Nadie va a cortarte nada. Vámonos —repitió—. Rápido.

Me quedé clavada, como si la manta me pegara al suelo.

—¿Dónde está mi papá?

—Me ha enviado a buscarte —dijo—. Apúrate.

—El otro hombre dijo lo mismo.

—Yo no soy el otro hombre.

Llevaba una linterna. Suspiró y me tendió algo.

—Mira, tu papá me dijo que te diera esto para que supieras que me enviaba él.

Parpadeé con fuerza. Era mi conejita de peluche, la que abrazaba cada noche. Miré la bombilla, la manta, el vaso de plástico. Me levanté. Las piernas me vibraban. Di dos pasos. La puerta estaba abierta. Un pasillo. Aire más frío. Olor a aceite. La voz dijo:

—Ven. Voy a sacarte de aquí y todo habrá pasado. No hables. No mires atrás.

Obedecí. No hablé. No miré. Pero las piernas no me obedecían y ese hombre me tomó en brazos. Me dio vergüenza lo mal que olía.

Aunque nos alejábamos, una parte de mí se quedó allí, en la habitación de la bombilla que hacía tic, con el miedo pegado a la piel y el terror de que pudiera volver a ocurrir.

Avanzamos en la oscuridad.

—Ya casi estamos en el coche, solo unos metros más, tranquila, pronto estarás con…

Y entonces, un crujido, un disparo silenció la frase.

El hombre cayó al suelo, fulminado, con los ojos muy abiertos, un agujero entre ceja y ceja y yo encima de él.

CAPÍTULO 24



Avery

El ruido blanco estaba en «lluvia suave» desde hacía una hora y media y, aun así, los números se me resbalaban como peces. Columnas, porcentajes, una tabla que se negaba a cuadrar. Odiaba admitirlo, pero las cifras y yo éramos una guerra perdida sin Jaxon.

—A ver, reina de la gimnasia —decía él desde la pantalla, tumbado en su cama con esa sonrisa que me apagaba incendios—. Respira. Te he pasado un truco: suma por bloques de tres, no por cinco. Tu cerebro se lía menos así.

—Mi cerebro se lía con todo lo que implique multiplicar —murmuré, subrayando cifras como quien rallaba queso.

—Lo estás haciendo bien. Solo… —Se acercó a la cámara—. Ahí. Ese 4 es un 7, Demasiado.

—¿Te puedes creer que mis sietes se disfrazan de cuatros para sabotearme? —bufé, pero sonreí.

La puerta se abrió sin llamar.

Camila entró atropellada, blanca como el papel. No me miró, no respiró, no dijo «hola», ni siquiera un triste «Ey». Fue directa al baño, dejando la mochila en el suelo como si pesara toneladas. Cerró. Un segundo después, la oí vomitar.

Me puse de pie tan rápido que la silla chirrió.

—Jax, te llamo luego.

—¿Qué pasa? —Su cara cambió al instante.

—Camila acaba de entrar, me parece que está enferma.

—¿Necesitas que vaya a la farmacia o llame a un médico?

—Por ahora no, te llamo luego si la cosa se complica. —Corté antes de que lo tuviera ahí en diez minutos en calzoncillos y zapatillas.

Golpeé la puerta con los nudillos.

—Cami, ¿estás bien?

Más arcadas. Secas, de las que dolían y te hacían pedazos el esófago.

—¡Al diablo! —Giré el pomo y entré.

Camila estaba de rodillas, temblando como una hoja, el cabello pegado a las sienes. Me agaché detrás, le sujeté la coleta que se había hecho de cualquier manera y le puse la mano en la frente. No dijo nada. Yo tampoco. Solo le sostuve la cabeza y respiré con ella. Inhalaba. Exhalaba. Quieto el mundo.

Cuando por fin paró, tiré de la cadena, me puse en pie y le ofrecí un vaso de agua.

—Enjuaga. Despacito.

Obedeció, la mano le temblaba contra el cristal.

La ayudé a levantarse con cuidado y entonces lo vi: los ojos rojos, las mejillas húmedas, esa línea tensa en la boca que auguraba algo distinto a la bilis.

—¿Qué ocurre? ¿E-estás bien? Bueno, es evidente que no, pero…

—Tranquila —dijo con voz rasposa—. Dame un minuto, por favor.

No entendí nada, no obstante, asentí como un resorte. Fui hacia atrás, cerré con suavidad y me quedé en la salita, de pie, sin saber dónde poner las manos. El ruido blanco seguía sonando desde mi mesa, lluvia falsa sobre moqueta cara. No tardó en escucharse la

ducha. El zumbido fue subiendo de tibio a infierno y, a los diez minutos, nuestra habitación parecía Londres en noviembre.

Salió envuelta en el albornoz morado, con una bruma espesa a su alrededor. Tenía mejor color, sí, pero en los ojos había algo apagado, como si la chispa hubiera sido arrancada de cuajo.

En el año que llevábamos juntas, nunca la había visto así.

—¿Mejor? —pregunté.

—Sí. Pe-perdona. Algo de la cafetería me ha sentado fatal y lo de vomitar no lo llevo muy bien.

Me sostuvo la mirada un segundo y luego la esquivó. Me acerqué medio paso.

—¿Seguro que es eso? No sé…, pareces afectada. Tus ojos…

—Siempre me pasa cuando poto —se adelantó, nerviosa—. Me da mucha aprensión y lloro, se me pone mal cuerpo. No te agobies, capitana, se me pasará. —Todavía no me habituaba a que Camila me llamara así, el año pasado el título lo ostentaba Walsh—. Solo necesito ponerme el pijama —comentó, pasando de la salita al dormitorio— y dormir. En serio, gracias por preocuparte.

Tragué la duda. Asentí.

—Vale.

La vi cruzar hacia la cómoda y buscar algo de ropa mientras dejaba caer el albornoz en la cesta de la ropa sucia. Normalmente, Camila dormía con lo mínimo permitido por ley. Esa noche se puso un pijama más abrigado, calcetines y se metió bajo las sábanas como si fuera enero. Eso me hizo tumbarme en la mía con la inquietud paseándose de puntillas; tuve un mal presagio.

—Oye, el tío con el que has quedado… —probé—. No habrá intentado…

Alzó los ojos, agotada.

—¿Follarme? —Moví la cabeza de manera afirmativa con prudencia—. Ya lo creo. No paró de arrojar indirectas mientras yo intentaba organizar los puntos que teníamos que tocar. Voy a presentar un trabajo de mierda porque el tipo tiene la mente en la bragueta.

—Entonces, él…

—Él nada. Le paré los pies y le dejé claro que no quería que me follara contra las estanterías, como propuso.

Necesitaba asegurarme de que no estaba así porque la hubieran forzado.

—O sea… que no se ha propasado.

—Si lo hubiera hecho, las pelotas con las que juega al béisbol serían las suyas.

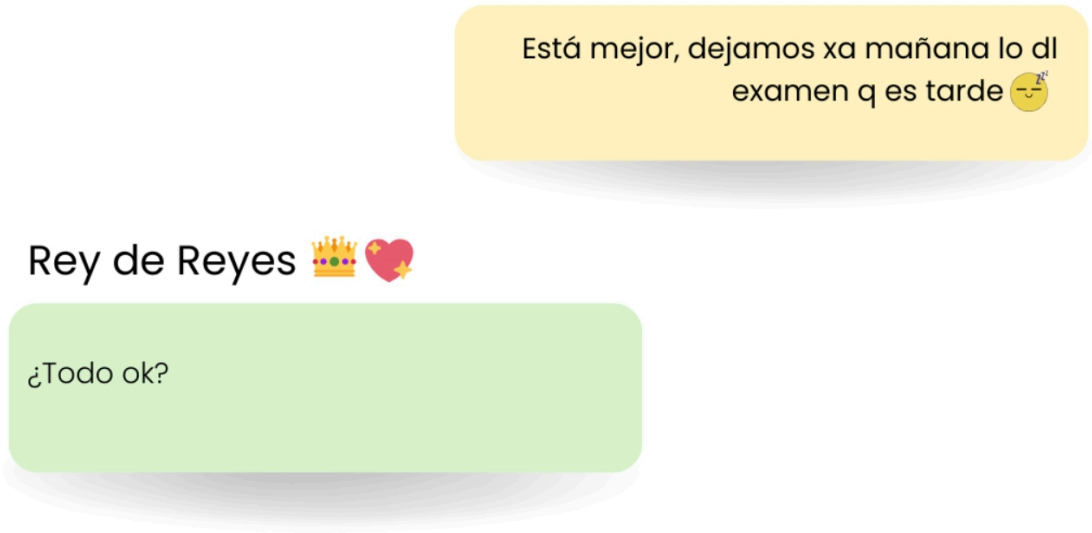
—Es que tienes una cara que…

—Es lo que tiene no encontrarse bien —cortó con una media sonrisa que no le llegó a los ojos—. En serio, gracias por preocuparte tanto, pero es innecesario, capitana angustias. Mañana estaré mejor, prometido. Buenas noches.

Cogió el antifaz del cajón y apagó su lamparita.

«Capitana angustias». Sonreí, pequeña, no insistí; si hubiera sido algo grave, me lo habría contado.

Con el susto todavía en el cuerpo, volví a mi mesa y mandé a Jaxon un mensaje:



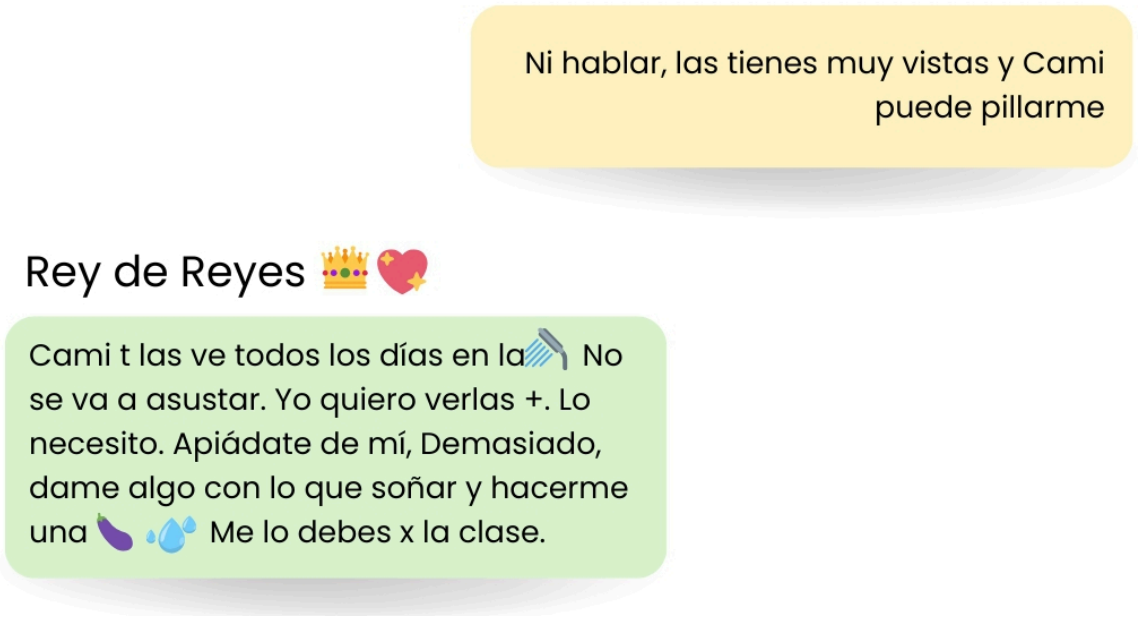
Cami mala, ha  StA OUT 

Rey de Reyes 👑💖

virus?



Se me escapó una risa por lo bajo.



Me mordí el labio. Miré a mi derecha: Camila, antifaz puesto, respiración tranquila. Un segundo de osadía. Salí un instante del WhatsApp para mandársela con buena calidad; ya que lo hacía, que la viera en HD. Me subí la camiseta, busqué un buen ángulo, suspiré y clic, foto. Volví a entrar en WhatsApp.

Camila se removió. La miré de reojo, pulsando enviar. Se dio la vuelta.

«¡Mierda, no me he bajado la camiseta!».

Tiré de ella y, con el ímpetu, se me cayó el móvil entre las sábanas. Manotazo a ciegas, fui a por él, lo recuperé. Miré la pantalla, por lo menos esperaba que la paja fuera épica.

Y, entonce,s lo vi.

Una fotopolla que, desde luego, no pertenecía a Jaxon.

El grito me salió comprimido, como si lo mordiera.

—¡Ay, Dios! Ay, Dios. Ay, Dios.

Camila se incorporó a medias.

—¿Qué pasa?

Control de daños, miré el remitente con un ojo cerrado. No sabía si sentir alivio o angustia.

—Fitz… Mase… me ha mandado una foto de su… —Tragué—. De su rabo.

Camila se quitó el antifaz de golpe.

—¿¡Cómo!? Seguro que está borracho.

Me estaba ahogando en mi propia inconsciencia.

—No, no ha sido eso. ¡Mierda! ¡Joder! Jaxon me estaba pidiendo una foto de mis tetas y creo que le he dado mal con los nervios de si me pillabas, ha coincidido que Mase me estaba escribiendo sobre el disfraz para su fiesta, preguntaba qué me iba a poner y… ¡Joder!

A ella se le escapó una risita.

—A ver…

—A ver, ¿qué?

—Si te ha mandado su rabo o el de otro.

—¡Era de esas imágenes de una sola visualización!

Camila sonrió con una maldad luminosa por primera vez en la noche.

—¿Y la tuya también?

—Ay, Dios. —Miré de nuevo el chat—. ¡No! Y encima Jaxon me está escribiendo. ¿Cómo le digo que le he mandado una foto de mis tetas a su mejor amigo?

—Ha sido sin querer y es Fitz, lo entenderá.

—No lo hará.

—¿Quieres que le mande una de las mías y así empatáis?

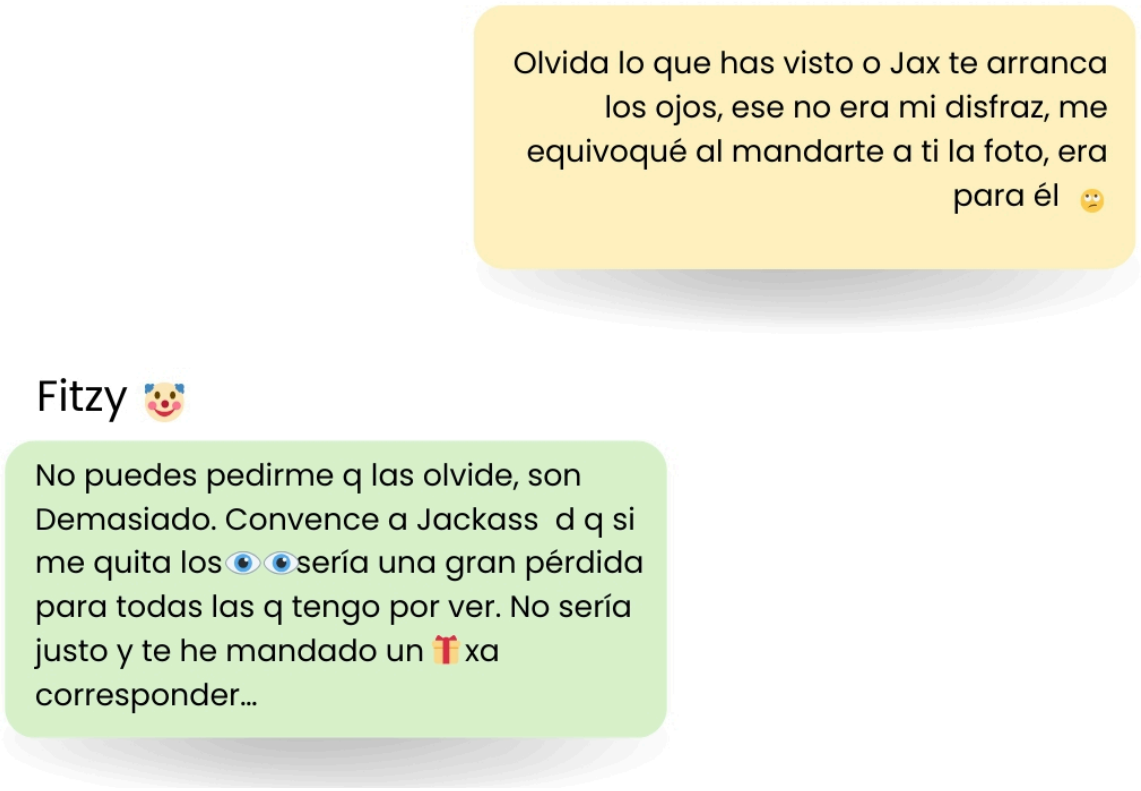
—¡Ni se te ocurra!

Nos miramos y, contra todo pronóstico, nos echamos a reír. La risa de alivio de cuando el desastre ya había ocurrido.

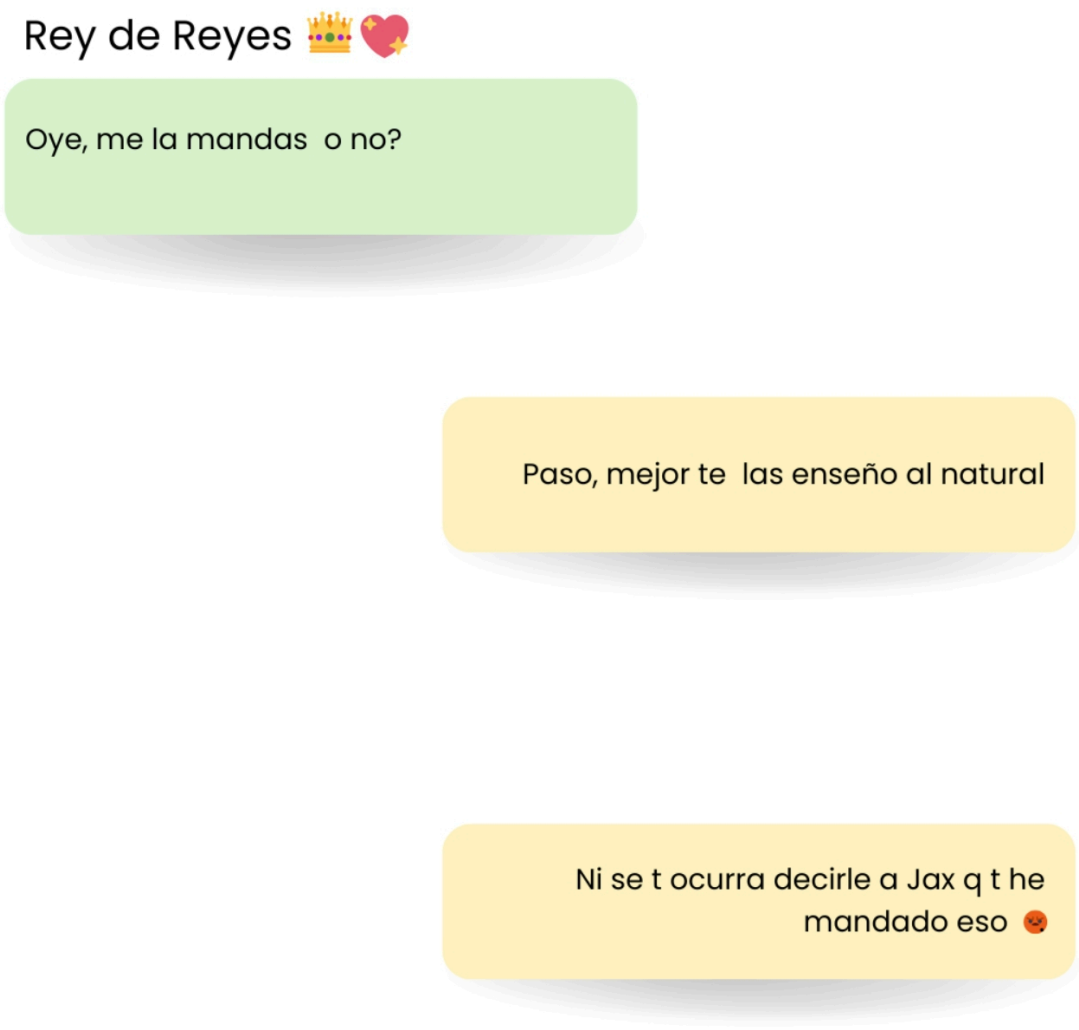
—Dios, qué bochorno —dije.

—Te vuelvo a repetir que es Fitz. No pienses mucho en ello. —Alzó la mano y la deslizó por el aire—. *Next*.

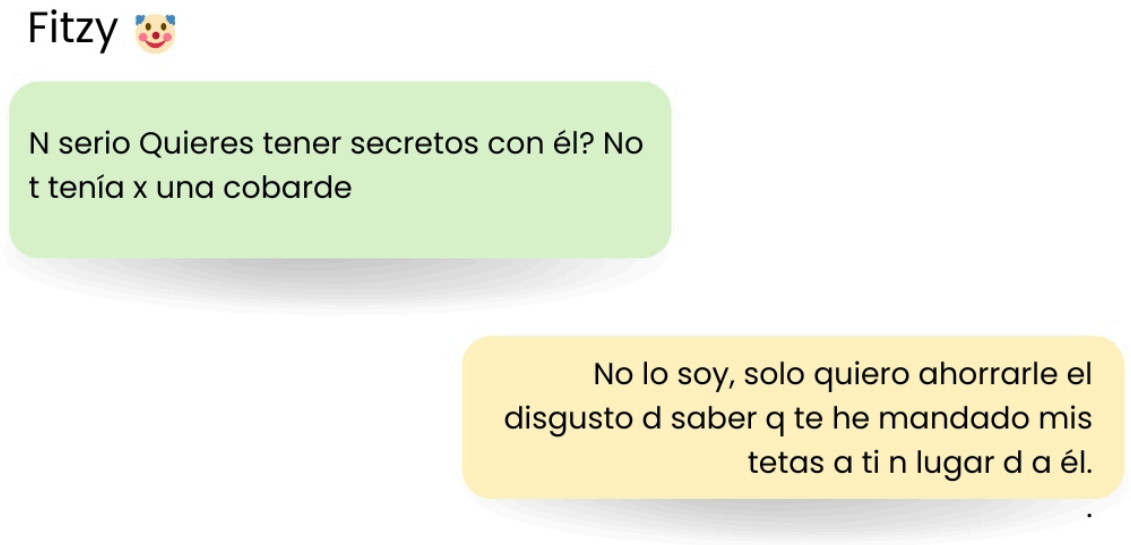
Decidí actuar. Tecleé como si se me fuera la vida.



—¡No quiero regalos! —le susurré al móvil, neurótica, mientras aporreaba la respuesta y mi novio me escribía.



Cambio de canal y le escribo a Mase.



Las tres burbujas de «escribiendo» aparecieron donde no debían.

Se me cayó el alma a los pies.

—Mierda, mierda, mierda.

—¿Y ahora? —preguntó Camila, ya sentada, muy atenta.

—He vuelto a liarla, ahora Jax sabe que alguien me las ha visto, pero no sabe quién.

—Confiesa, no puedes dejar que piense que ha sido cualquiera, confía en mí. Mason es un mal menor.

Sabía que tenía razón. Hice un sonido de bochorno al cubo y le respondí a mi chico.

A Mase, ¿vale? ¡Ves por qué no debo hacer estas cosas! ¡Ahora tu mejor amigo me las ha visto y yo he visto su...!

Rey de Reyes 👑💖

Su q?

Q va a ser?

Rey de Reyes 👑💖

Le has pedido a su rabo como tributo?

NOOO!!!! Creo que me la ha mandado xa compensar!

Rey de Reyes 👑💖

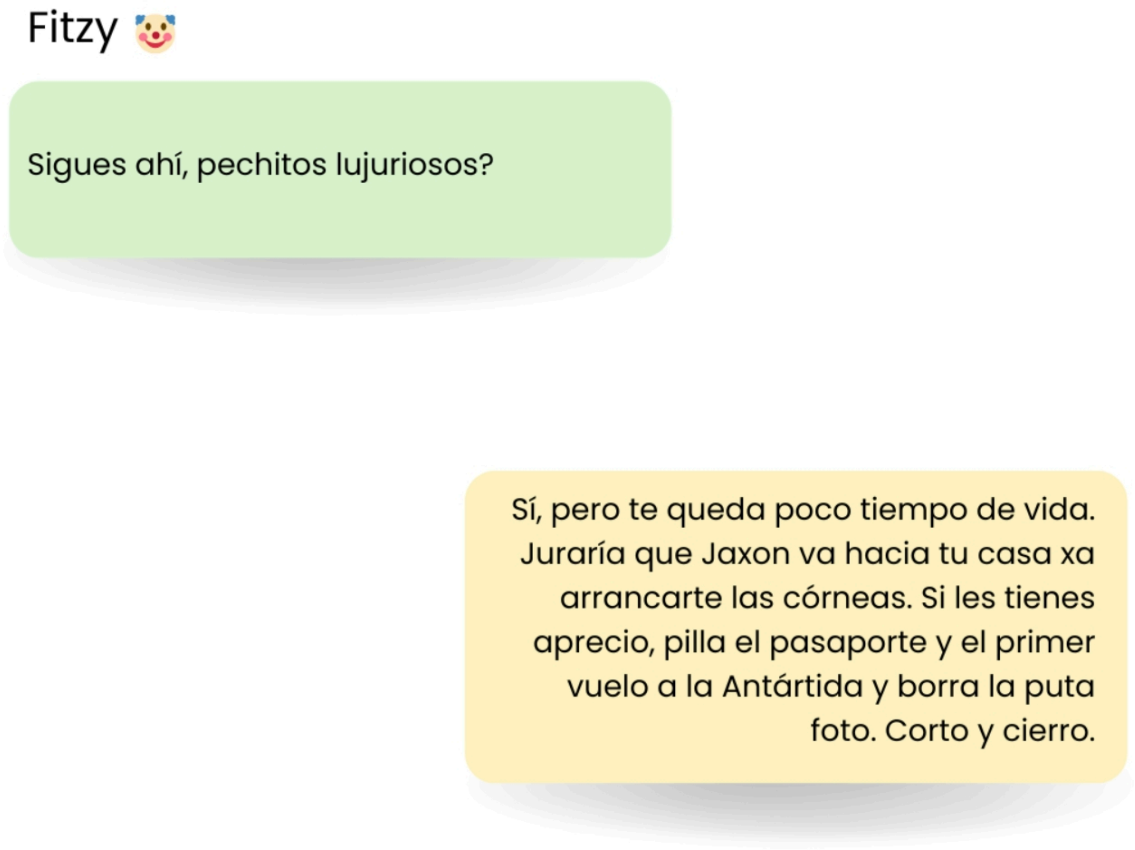
YO LO MATO 💣

Ni se te ocurra, todo esto es culpa tuya. No pienso mandarte ninguna foto + ni aunque me la pidas de rodillas..

Rey de Reyes 👑💖

Ahora mismo me paso a matar a Fitz

El teléfono vibró otra vez.



—¡Por favor! —gemí en silencio.

—Joder, tus dedos van a la velocidad de la luz —dijo Camila, divertida por fin.

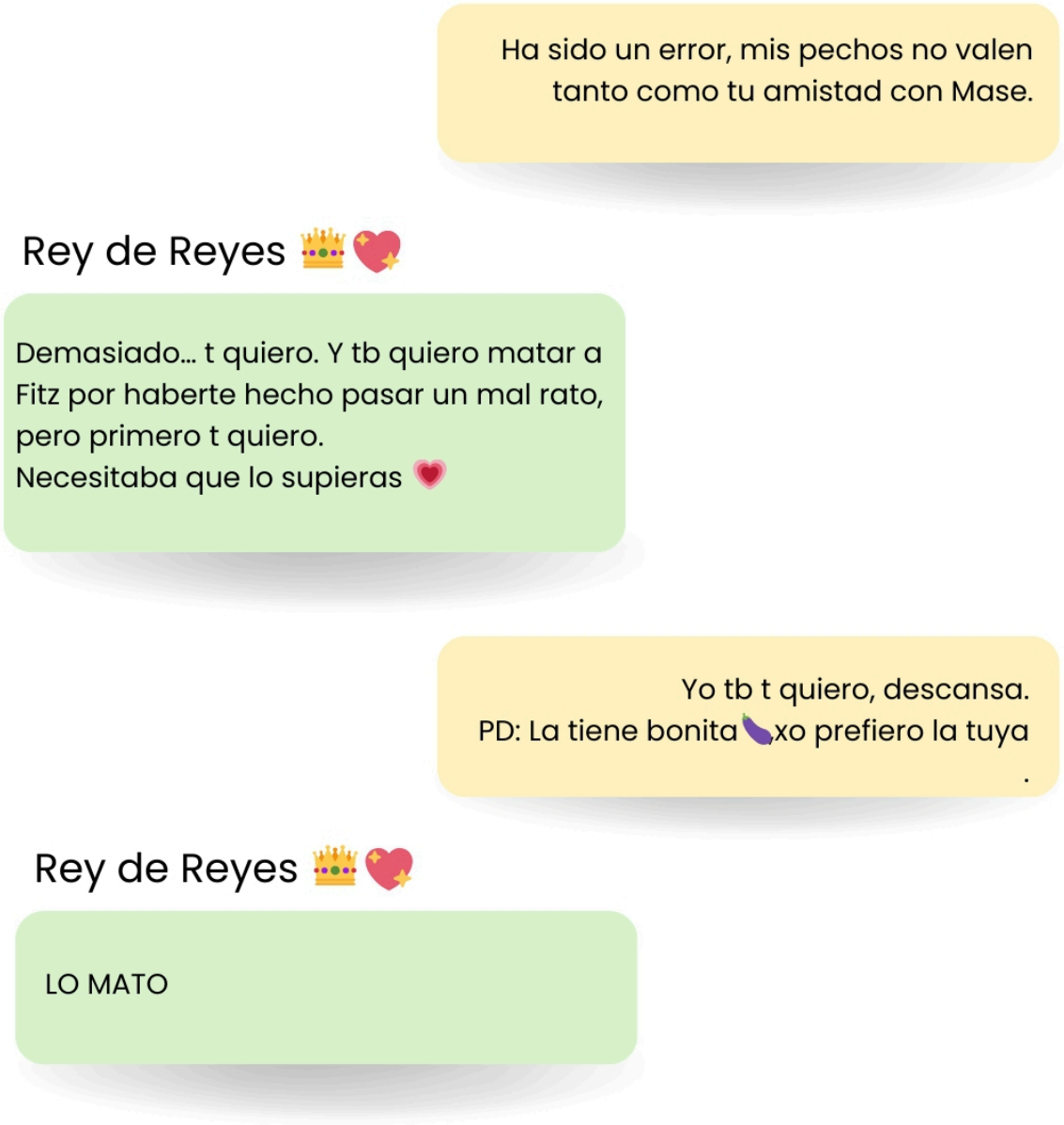
—Porque no sientes mis pulsaciones. —Me llevé una mano al pecho—. ¿Cómo he podido ser tan idiota?

—Todos metemos la pata, y esta no es de las graves. —Se recostó otra vez—. Sigo insistiendo en que se la has enviado a Mason Fitzroy, ese tío ha visto más pechos que un escáner de mamas. No le des importancia. Y a dormir, a Volkova no va a importarle tu equivocación sobre a quién le enviaste un *nude* de tus tetas, pero sí las que cometas en el tapiz.

—En eso tienes razón, gracias, Cami. Eres la mejor amiga que una chica puede tener.

—Igualmente, capitana. —Se bajó el antifaz y se dio la vuelta.

Puse a cargar el móvil. Encendí otro minuto la «lluvia suave». Me coloqué los auriculares con cancelación de ruido como si fueran un casco. Mensaje a Jaxon:



Se me aflojaron los hombros al reír flojito. Apagué la luz de la mesilla. Camila respiraba hondo. Todo en calma. Crucé los dedos:

«Que Mase despierte mañana con sus córneas intactas y Jaxon no acabe en comisaría por homicidio voluntario».

CAPÍTULO 25



Mason

En mi mundo había dos tipos de despertares:

El de «mierda, me he quedado dormido», y el de «mierda, ¿qué coño hice anoche?».

El mío podría haber sido una mezcla peligrosa de ambos, pero ni había bebido suficiente ni tenía un cuerpo desconocido al lado.

Desbloqueé el móvil y reí al recordar lo ocurrido con Demasiado.

La noche anterior seguía dándome vueltas como una secuencia de comedia sexual sin censura.

Le había escrito por aburrimiento y porque, seamos francos, ni ella ni Jaxon eran unos forofos de los disfraces, así que, si quería que mi mejor amigo se pusiera uno para no desentonar en mi fiesta, debía atacar al núcleo duro de la pareja. Jackass haría lo que fuera por ver a su chica contenta.

Tras mi pregunta de qué pensaba ponerse, hubiera esperado cualquier cosa menos esa respuesta. No porque pusiera un:

«Avery Dalton te ha enviado una imagen».

Más bien porque creía que sería una peineta o algún *gift* de su jeta, no un primer plano de sus tetas.

Porque esas eran sus tetas, conocía a la perfección esa camiseta levantada, así que no era una de *stock*.

Parpadeé un par de veces.

O estaba borracha, o se encontraba probando mi nivel de autocontrol, o se había fumado un *peta* de los buenos. Pero, ya puestos, no iba a cortarme un pelo…

Cuando la vida te regalaba una oportunidad, lo mínimo era corresponder con generosidad.

Polla por tetas. Equidad de género. Al fin y al cabo, incluso relajada, la mía estaba para enmarcar.

Y ahí sí que vino el drama. Entre todas las posibilidades barajadas, no existía la del error de envío, que era lo que más sentido tenía si lo pensaba en frío.

Por suerte, esas cosas no me afectaban. Me reí un rato a su costa y, por supuesto, borré la imagen.

A los pocos minutos recibí un mensaje de Jaxon con veinte mayúsculas, tres amenazas de muerte y un emoticono de hacha.

No le respondí de inmediato porque estaba riéndome de lo lindo y podía imaginar el cabreo de mi mejor amigo.

La pantalla se iluminó de nuevo con una llamada entrante; podía visualizar su expresión al otro lado de la línea, con ese gesto de «te reviento y luego te abrazo».

¿Era yo, o sonaba a ritmo de infarto?

Decidí dejarlo vibrar un poco. Por deporte.

A ver, un *nude* de una chica siempre era bien recibido cuando se mandaba por voluntad propia, pero lo de Avery fue un error, por eso lo eliminé de inmediato. Yo nunca la había visto con esos ojos. Con Camila, en cambio, habría sido… otro cantar.

Cuando el teléfono amenazó con derretirse, contesté.

—Buenas noches, sol de mis días.

—¡Te voy a matar, Fitzroy! —rugió Jaxon desde el otro lado—. ¡Te voy a arrancar las córneas y te las voy a meter por el culo como si fueran bolas chinas!

—Guau. ¿Alguien no se ha tomado la melatonina para descansar?

—¡Le mandaste una foto de tu polla a mi novia!

—Técnicamente, fue una devolución cortés. Ella empezó.

—¡Era un error! ¡Me la iba a mandar a mí!

—Ya, eso me dijo. Pero, sinceramente, cuando te llega un regalo así, uno no pregunta si es equívoco o milagro.

—¡No vuelvas a mirar nada que venga de ella! ¡Nada! ¡Cero!

—Relaja, colega, que no pienso imprimirla ni hacer camisetas. —Hice una pausa—. Aunque… quedaría bien con el eslogan «Edición limitada dedicada a Fitzroy».

—¡Mason!

—Tranquilo, Jackass, esa imagen jamás verá la luz. Dejó de existir en cuanto la abrí.

—Juro por Dios que si vuelves a…

—Shhh —lo corté—. Respira. Hay más peligro en que mañana se derritan los polos que en que tu chica y yo volvamos a intercambiarnos fotos en bolillas.

Hubo un silencio cargado de impotencia. Luego, un suspiro.

—No sé por qué sigo siendo tu amigo.

—Porque mi carisma es adictivo y porque, sin mí, tu vida sería un documental sobre ballenas varadas. Muy aburrida.

—Eres un cabrón.

—Y tú un romántico que viste chaqueta de cuero. Venga, Jackass, vete a dormir y deja de amenazarme. Si te quedas más tranquilo, te mando una foto de mi rabo a ti también con la promesa de no volver a sextetar *con tu chica.*

—No lo llames sextetar*, imbécil, y a tu rabo lo quiero bien lejos de mi vista. —Reí. Era tan fácil mosquearlo cuando se trataba de Avery—. Prepárate porque mañana no pienso pasarte ni una sobre el tapiz.*

—¿Me amenazas con castigos, amo?

—¡Hazte una paja y duérmete, capullo, pero ni se te ocurra pensar en mi chica!

—Prometido. Dulces sueños, Rey de Reyes.

Colgó.

Sonreí satisfecho. El día prometía.

Me metí un buen chute de cafeína y fui directo al entrenamiento.

Jaxon no iba de farol: sudor, magnesia y mi mejor amigo tomándose muy en serio lo de ser ayudante del entrenador. En un par de ocasiones me dio la impresión de que estaba a punto de invocar a los dioses del infierno cada vez que tenía el mínimo desvío.

Entre ejercicios, Jackass me fulminaba con la mirada. No sabía si por la foto o por mi falta de exigencia en general. Lo ignoré con la serenidad de un monje budista en vacaciones.

A veces, cuando el agua me caía por la espalda después de entrenar, recordaba que no siempre había sido tan fácil reírme de todo.

Durante años, cada revisión médica me había hecho sentir como si viviera con una bomba de relojería metida en el pecho.

No era algo que me gustara admitir —ni siquiera pensar—, pero había aprendido a esconder el miedo detrás de algo mucho más productivo.

Supongo que, por eso, cuando el resto del mundo se tomaba algo en serio, yo prefería hacer chistes. Era mi manera de respirar.

Después del entrenamiento, el cuerpo me pedía otro chute de café en vena. Por suerte, no tenía clase hasta dentro de una hora —ventajas de estar estudiando un máster—, así que me tomé la ducha con calma y después fui directo a mi cafetería favorita de la SSU.

Lo que no esperaba era que allí estuviera Thiago Cruz con su culo enmarcado en aquellos vaqueros que podrían protagonizar su propio documental en Discovery+, aunque no fue eso lo que más llamó mi atención, sino que estuviera con Sienna Walsh.

Odiaba tener razón en cosas así, como cuando le dije a Camila que veía algo entre esos dos. La química era palpable; solo hacía falta fijarse en lo desenvuelto que estaba Thi, cuando normalmente ni respiraba.

Era electricidad estática de alta tensión.

El tipo la miraba con calma y ella lo correspondía con sonrisas ladeadas. Son-ri-sas la-de-a-das. ¡Que era la puta reina del hielo,

por Dios!

Ahí había una clara señal de peligro, y yo, que tenía un máster en cotilleo estratégico, lo vi clarísimo.

Thiago estaba cayendo de la Cruz. Y Walsh estaba a un pestañeo de llevárselo al lado oscuro.

Me apoyé en el marco de la puerta, observando el intercambio como un crítico de arte.

Roce de rodillas, risa. Mano en la coleta. Contacto visual sostenido. Puntuación: 7,3 sobre 10 en preludio de polvo.

Y, justo entonces, el universo me regaló un giro de guion con una aparición estelar: Landon Hayes.

El ex. El volcán a punto de la erupción, porque esa expresión con la que los miraba destilaba lava por todas partes.

Entró con el ceño fruncido, los músculos en guardia y una energía de perro de presa abandonado que buscaba pelea que no engañaba a nadie.

Ocupó una mesa del fondo sin pedir nada, los miró, se tensó y supe que todos esos gases que emanaba eran la antesala de que iba a explotar.

—Ahí viene el capítulo dos del culebrón.

Los ojos de Sienna se toparon con los del excapitán, activando un resorte invisible que lo hizo levantarse e ir hacia ellos sin titubear.

No podía escuchar lo que decían, pero mientras Cruz jugaba al imperturbable, Sienna y Landon movían los labios en un duelo dialéctico.

Thiago por fin movió ficha y el mal humor de Landon se multiplicó de forma exponencial. Tras unos segundos más, la reina de corazones decidió ponerse en pie y llevarse consigo a Cruz.

«¡Menuda desfachatez!».

Cuando los vi salir —ella delante y Thiago detrás, siguiéndola como si fuera su súbdito— tuve una revelación. No, no espiritual. Una de las mías.

Si no puedes con el enemigo, únete a él, y no me refería a Walsh, sino a Hayes.

Quizá catalogarlo de enemigo, en ese momento, no era lo adecuado. Por mucho que le hubiera tocado los cojones a Jaxon en

el pasado, todo había quedado atrás, aunque sí que podía llegar a ser el tipo que necesitaba si quería sacarme de encima a la hiena de Sienna y, de paso, divertirme un rato.

Porque lo que estaba naciendo entre Walsh y Cruz tenía pinta de peligro si no se cortaba. Siendo sincero, no me apetecía que la mujer de hielo me jodiera el pacto con Ortiz. Necesitaba desviar el foco. Urgía fuego cruzado y elementos de distracción.

Hayes, con toda su ira reprimida y su cara de soldado del desamor, era el cómplice perfecto. La ecuación era simple: si Cruz y Walsh eran «ellos», Landon y yo íbamos a ser «nosotros», un dúo letal, una alianza temporal para hacer saltar por los aires ese flirteo de cafetería.

Lo alcancé antes de que saliera por la puerta.

—Hayes, Hayes, Hayes… —canturreé.

Giró la cabeza con la expresión de quien preferiría un apuñalamiento lento a que alguien lo asaltara. Perfecto.

—Se te veía oxidado con la *excapi*. —Le di un sorbo a mi café, mirándolo con ese aire de suficiencia que tanto odiaba.

El resto vino rodado. Él me mandó a comerle los huevos, yo le dije que ya no estaba en ese *mood* y el mundo recuperó su equilibrio habitual.

La conversación se calentó, pero yo tenía el control. No quería hacerlo rabiar, solo empujarlo a donde necesitaba. Saqué todo mi talento natural y funcionó.

Landon era una olla a presión con remordimientos y ganas de redención. Solo hacía falta alguien que le ofreciera un propósito.

Y yo, Mason el Generoso, le ofrecí el mío.

—Si tú consigues que ella te mire otra vez, yo puedo ocuparme de ser el nuevo entretenimiento de ojitos de oro y sus tres orgasmitos. Me entiendes, ¿no? Entre tú y yo, espero que sean más de tres, pero me parece un buen número para empezar.

Lo vio venir, pero no lo frenó. Le asaltaron más preguntas, hasta que por fin comprendió que nuestra unión podía hacer la fuerza cuando le ofrecí una estrategia. Se había quedado sin munición, por lo que mi propuesta, al menos, era algo contra la nada.

Le hablé de la fiesta, de los disfraces, de lo que planeaba, y cuando al fin aceptó, supe que la partida había empezado.

Al salir, el sol me dio en la cara, como una señal de que el universo estaba de mi lado.

En el grupo de la fiesta, escribí:

«Atención, pecadores. Mi fiesta de cumpleaños será un evento de dimensiones bíblicas. *Dress code*: Pecado infernal. Entrada restringida a quienes no se atrevan a pecar con estilo».

Y mientras los *emojis* llovían, me reí solo y guardé el móvil.

«Si esto sale bien», pensé, «al final de la noche Landon y yo obtendremos lo que más queremos».

Porque un espectáculo repleto de caos bien dirigido también era un arte.

Y yo era el jodido Ford Coppola de los desastres controlados.

CAPÍTULO 26



Thiago

El profesor hablaba de cómo las relaciones afectaban al rendimiento deportivo y yo asentía, haciendo ver que tomaba apuntes, aunque, en realidad, la cabeza se me iba. Decía cosas que había leído mil veces: apego; autorregulación; niveles de cortisol; dopamina; foco.

—El rendimiento no es solo músculo: es vínculo —soltó, paseándose entre las filas con una sonrisa impostada.

El vínculo del que hablaba era real. Lo sabía. Al final, las emociones mandaban: podían jugar con tu cabeza… o con cualquier parte del cuerpo. Conectar, fluir piel con piel, respiración con respiración, podía ponerte alas… o una soga que te dejara sin aire. De eso tenía un máster.

Miré el reloj por inercia. Llevaba dos meses en la SSU y ya tenía una rutina propia, además de las añadidas. Algunas tardes-noches

quedaba con Sienna para ayudarla y a primera hora de la mañana con Camila.

Siempre aparecía con dos moños altos, los *piercings* brillando, igual que sus ojos, las manos inquietas y esa manera de ocupar el espacio, como si el aire le hiciera hueco solo por gusto. A Camila le estaba dando sesiones cortas antes de los entrenamientos matutinos: respiración, anclajes, pequeños ajustes de foco y, a veces, un café rápido después, con la espuma dibujando formas raras que ella siempre convertía en chistes.

—El rendimiento no mejora si el vínculo te desregula —repitió el profesor.

Abrí el portátil con intención de teclear. No lo hice. Vi la cara de Camila en el parpadeo del cursor.

Todo había comenzado como un favor. Empezamos a vernos dos o tres veces por semana. A veces traía ella el café, otras yo. Y entre correcciones de postura y conteos de respiración, se me escapaban cosas que no deberían figurar.

No lo había planeado. La intención no estaba ahí. Había tocado mil nucas para recolocar la cabeza con la columna, había apretado omóplatos para recordar dónde vivía la fuerza. El contacto no era sexual; era un dato. No obstante, el martes pasado su piel estaba caliente. Le sostuve el antebrazo para que no perdiera el eje en el giro y el cuerpo me mandó un mensaje idiota desde la parte baja de la cintura que ignoré; tenía decidido que el sexo me perdía y no quería más descontrol. Volví mi voz lo más neutra que pude.

—Caderas quietas, mirada al frente. Busca el foco —le dije.

—Sí, coach *—me contestó sin mirarme, con esa risa que usaba cuando sabía que podía rozarte solo con intención.*

Mantuve todo a raya porque sabía hacerlo. Porque ya no estaba en Puerto Rico ni tenía diecinueve años. Porque eso era la SSU y había ido a labrar mi futuro, no a volver a perderme en nadie.

La voz del profesor siguió:

—Proximidad versus invasión. Una relación útil es la que no roba foco.

«No roba foco», pensé, y apareció Mason.

Al puñetero de Fitz no sabía cómo ubicarlo en mi cabeza. Capitán, sonrisa fácil, hombros hechos para que el mundo los fotografiara y esa costumbre de jugar a la provocación para ver si parpadeabas.

Roces intencionados en pasillos estrechos, miradas que me costaba interpretar, barreras interpuestas por mi parte con un cartel de «No molestar». Y, por raro que sonara, cuando no lo hacía, cuando respetaba, cuando pasaban dos días en los que Mason me miraba como a cualquiera, lo echaba de menos. No me gustaban sus juegos, pero tampoco la desazón que se instalaba en mi pecho cuando no me convertía en su distracción.

«¿Se me está yendo la pinza o es el puto magnetismo Fitzroy?».

Quizá era parte del poso que Alondra dejó en mi vida.

El planteamiento me daba demasiadas vueltas últimamente.

La tercera pata del banco se llamaba Sienna Walsh. Con ella no había confusión, sino trabajo. Intentábamos poner su mente en su lugar para que su cuerpo pudiera volver a hacer lo que sabía.

Los *twisties* eran el peor temor de una gimnasta, como esa visita que llegaba sin aviso y se cargaba tu estabilidad con una sola noticia. Un día, el aire se convertía en un espejo roto y tu propio giro se volvía enemigo. Empezamos por lo básico: respiración con metrónomo, visualización en tercera persona, progresiones en foso de espuma, luego en *mini-tramp* y después en asimétricas con *spotting* suave y aterrizajes en blandos. Le pedí una libreta. Escribía antes de subir: «Hoy quiero cortar el ruido».

La enseñé a nombrar la sensación en vez de pelearla. Cuando la mente le decía «me voy a caer», ella debía responder «me estoy viendo caer». Cambiaba el verbo, cambiaba la perspectiva, cambiaba el cuerpo.

Semanas después, clavó un enlace que al principio no podía ni visualizar sin encogerse. Solo la miré. No aplaudí. Ella se bajó, respiró y me lanzó una media sonrisa que por fin era suya. Sentí orgullo del bueno.

Como si el destino quisiera remarcarlo, me la pusieron como compañera en el proyecto más importante que debía afrontar en la SSU: ella, yo y… Landon Hayes. Y eso era otra cosa. Con Sienna me

sentía cómodo de un modo que no tenía que ver con nadie. Con Hayes… no. Sabía que era su ex; no tenía prejuicios por eso, sino por cómo la miraba y como ella reaccionaba.

Había gente que creía que el amor era un campo de minas donde, si no sangrabas, no valía. Eso lo conocía de sobra. Lo olía desde fuera, en la mandíbula apretada de él y esa mirada de ella que, pese al dolor, seguía buscándolo. Nadie podía entenderla como yo: el cuerpo recordaba, incluso lo que dolía, y a veces lo buscaba por costumbre, no por necesidad.

Cuando lo comprendí, se me encendieron todas las alarmas que creía extinguidas. Porque a mí me había pasado lo mismo, y si en algo era especialista —además de en suelo—, era en confundir toxicidad con amor.

El profesor pidió un descanso. Mis compañeros bajaron la pantalla, yo no. El ruido del aula se mezcló con un recuerdo que no había pedido y palpitó con nombre propio: Alondra.

Thiago, 2 años antes.

Era jueves y llovía a mares en San Juan. Entrenábamos a puerta cerrada, con los ventiladores moviendo aire caliente, como si sirvieran de algo. Ella llegó tarde, con el cabello negro pegado a la frente, una camiseta cortada a tijera y una mirada que parecía un reto. Alondra no entraba a un sitio: lo marcaba como suyo.

Era alumna de primero; yo, de segundo. Se acercó sin pudor mientras yo tragaba saliva al verla tan dispuesta.

—¿Tú eres el que dicen que hace suelos sin despeinarse? —preguntó, dejándose caer sobre un banco.

—Más bien el que limpia la magnesia después —respondí, intentando parecer gracioso. No se me daban bien los chistes, y no mentía: pagaba parte de mis estudios ocupándome de lo que otros ensuciaban.

Se rio; algo entre ronco y dulce. Me dio la mano. Tenía las uñas cortas, pintadas de un rojo que imaginé en lugares donde no debía. No era bueno con las chicas; era tímido y el primer paso siempre me

costaba. Aprendí a base de golpes que ser invisible dolía menos. El problema era que ella me veía.

—Alondra Pabón —dijo—. Suelo y salto.

—Thiago Cruz. Especialista en suelo, intentando mejorar en lo demás.

—Encantada, ¿Thiago viene de Santiago?

—Sí, pero nací en Estados Unidos y mis padres decidieron llamarme Thiago.

—Para mí serás Santhiago.

Los entrenadores aplaudieron para indicar el inicio del calentamiento. Algunos de los muchachos no paraban de hacer comentarios sobre lo buena que estaba la nueva, y, aunque no lo dijera, yo también lo pensaba.

Al terminar, se quedó estirando en el suelo y me hizo un gesto con la barbilla.

—Ven acá. A ver si el campeón sabe estirar isquios sin que me rompa.

Tragué al colocarle la pierna con cuidado. Hacía unos sonidos imposibles de ignorar. Nunca había estado tan tenso. Se rio cuando le recordé que no forzara.

—Qué formalito, ¿ah? —dijo—. Pareces salido de un manual. Para tu información, no fuerzo, soy así de flexible. ¿Por qué no me estiras un poco más?

Subió la pierna y me rozó la erección con la punta del pie. Sin apartar los ojos de los míos, la llevó hasta su cabeza, como si hiciera un *espagat*.

—Ven, ayúdame aquí, presiona con tu peso…

Los dos estábamos sudados, y yo muy excitado. Ninguna chica me había pedido algo así. Me tumbé con cuidado sobre su pierna; ella se mojó los labios. Clavé los antebrazos en el suelo, enmarcando su cara, y sentí su aliento. Gimió.

—¿Te hago daño?

Negó.

—A mí me gustan las cosas que queman. Y tú ardes, Santhiago.

No dijo más. No hizo falta.

Empezamos a vernos seguido. Primero fueron batidos después de entrenar. Luego, noches en la playa, arena fría, risas. Era magnética. Tenía esa forma de hablar bajito cuando iba a decir una barbaridad. Podía ser dulce y, dos segundos después, empujar con la cadera para hacerte perder el centro. Me besó la segunda semana, a la salida del gimnasio, detrás de una pared grafiteada. No me lo esperaba. Me sostuvo la cara con las dos manos, como si yo fuera un vaso a punto de caerse.

—Tu boca me pertenece. No pienses, siente —susurró, arrastrando la ese.

No había sido mi primer beso, pero sí el primero que me desarmó. Nunca me habían besado con tanta hambre. Yo, que siempre ponía nombre a todo, empecé a quitárselos y a dejarme llevar.

El beso abrió la veda y ella lo tomó todo a su paso. No había día que no lo hiciéramos, por cansados que estuviéramos. Alondra necesitaba eso que llamaba «nuestro momento de conexión».

Las primeras señales llegaron disfrazadas de juego. Empezó con preguntas pequeñas.

—¿Quién es esa que te ha escrito? —preguntó un día, cuando sonó mi WhatsApp.

—Una compañera de clase, tenemos que hacer un trabajo.

—Ajá. —Se acercó. Me olió la camiseta—. Dile que tú no haces turnos privados, que esos me los dedicas a mí.

Reí. Ella también. Me lamió el torso y me dejó un chupetón cerca de la ingle antes de ofrecerme una mamada gloriosa.

A la semana me pidió que no me quedara hablando tanto con las chicas del equipo.

—No te convienen —dijo—. Son envidiosas. Y se te pegan para ver qué te pueden sacar.

—Son compañeras, Alondra.

—¿Compañeras? Sanguijuelas. ¿Yo también soy tu compañera? —susurró, mordiéndome el labio.

Un sonido gutural se me escapó.

—Contesta.

Metió la mano por dentro de mi ropa interior y empezó a moverla con fuerza.

—Qué soy, ¿ah?

—Mi chica.

—¿Solo eso?

—Mi vida.

—Eso, sí. Soy tu vida y voy a cuidarte pa que nadie dañe lo nuestro.

Al principio me pareció celo bonito. «Le importo», pensé. Cuando se enfadó por un vídeo en el que yo salía al fondo, me convencí de que era pasión.

—Esa tipa te grabó cuando hacías suelo —dijo, apretando el teléfono—. Estaba cuchicheando de ti con las demás.

—¿De mí?

—Te desean porque eres mío.

—No creo. Subieron un recopilatorio y salgo ahí.

—Te equivocas. Se tocan contigo. Pídele que borre el vídeo. No quiero que te use pa su placer.

—Alondra...

—¡Alondra, nada! ¡A mí se me respeta! ¿Entiendes?

Esa noche discutimos en serio. Ella lloró; sus lágrimas tenían la textura de una acusación.

—Yo solo quiero cuidarte —repitió—. Allá afuera hay arpías, te usan y tú ni cuenta te das. No te importa que se rían de mí.

—No lo hacen.

—Claro que lo hacen. Tú eres hombre y no ves su malicia, pero yo sí. Te amo demasiado, Santhiago, no dejes que nos separen, te quiero para siempre.

«Te quiero para siempre». La frase anidó donde no debía. Yo había crecido con padres que nos amaban, trabajando como locos. Había días en que los abrazos eran con la mirada. Alondra me daba tiempo real. Me llamaba a medianoche para preguntar por los trapecios. Me llevaba comida. Me mandaba audios diciendo que yo iba a ser campeón de todo. ¿Cómo sospechar de alguien que, en apariencia, me sumaba?

No lo hacía. No entonces.

□□□□□

El profesor dio por terminado el descanso y yo volví a la realidad con la garganta apretada.

Veinte minutos después, como si hubiera escuchado mis pensamientos, cerró la clase diciendo:

—Una relación que suma te hace mejor atleta y mejor persona. Rodeaos de quienes os aportan y alejaos de quienes no se alegran de vuestros triunfos.

Guardé el portátil.

El teléfono vibró. Un mensaje de Camila con la foto borrosa de un café, un corazón mal hecho en la espuma y debajo un: «Me ha hecho pensar en ti».

Otro de Sienna: «Hoy después del entrenamiento, ¿puedes?».

Y un tercero de Mason: «¿Tienes ya el disfraz? Si no sabes cuál elegir, podemos ir de compras; a mi Visa le gusta tu cuerpo y seguro que lo pasamos bien en los probadores».

No respondí a ninguno. Me puse de pie. Salí al pasillo. Respiré.

Volver a pensar en Alondra solo me dejaba mal cuerpo.

No iba a permitir que nadie me hiciera desaparecer. Necesitaba ser mi propio eje.

Aun así, mientras caminaba hacia la puerta, me descubrí sonriendo, jodido y honesto, ante la certeza incómoda de que me habían bastado dos meses en la SSU para montarme un banco de tres patas sosteniendo mi día.

CAPÍTULO 27



Camila

La puerta del local de disfraces tenía una campanita que sonaba a «esto va a salirse de madre». Perfecto, era justo lo que quería.

—Autorizo locura máxima —dije, empujando a Avery y a Naomi hacia el pasillo de «adultos responsables con cero responsabilidad».

—Yo no quiero un disfraz de Puticienta —protestó Naomi al ver hacia dónde íbamos—. Quiero disfrutar de la fiesta y no pensar que, si me quedo sin gasolina, la Policía podría detenerme por creer que ejerzo la prostitución.

—Eres libre de ponerte lo que quieras. —Rio Avery.

—¿Lo que quiera? Tiene que buscar un disfraz que le proporcione un tío que le quite el traumita del rarito del hurón y su planta de plástico.

—¡No era de plástico! —replicó Naomi.

—¿Te la fumaste para comprobarlo? —pregunté sin detenerme. Ella negó con la cabeza—. Pues, entonces, lo era. Los tíos no suelen tener ficus en sus apartamentos a no ser que sean gais, les mole la horticultura o sus madres les lleven *tuppers* los fines de semana y se la rieguen. Una posibilidad es que se la dejara la inquilina anterior o la dueña del piso la pusiera de adorno para alquilar más rápido. Tu *cagarro* no le sirvió de nada, supéralo.

—Podemos obviar el tema. Sabía que no debía contároslo…

—Perdón —bufé—, pero, en serio, necesitas echar un polvo más que limpiarlo. Avery tiene a Jaxon, y yo esta noche pienso cumplir con las dos efes, *forniciar* con fruición. Objetivo: Thiago Cruz. A ver si encuentro una en el cuarto de juegos de Mason y lo ato para que no escape.

—¿La palabra *forniciar* existe? Y, lo que es más importante…, ¿Mason tiene un cuarto de esos?

—Si no lo tiene, debería. Y da igual si existe o no, me gusta cómo suena, sobre todo, si la acompaño de muchos gemidos. Ah, ah, aaah…

Me puse en modo altavoz.

—¡Calla! —Avery colocó su mano en mi boca mientras una señora, que miraba un disfraz de judía verde, se giraba escandalizada.

Me ahogué de la risa y aparté su palma.

—Mira, Naomi, estamos en tu sección, podrías ir de Audrey, la planta carnívora de *La Pequeña Tienda De Los Horrores*. Una comehombres me parece de lo más adecuado para tu currículo *pollae*.

—Idiota —resopló Naomi, pero se le escapó la risa, y Avery terminó carcajeándose también.

—Vale, equipo —aplaudí—, objetivo: «disfraz arrollador» activado. Quiero que Thiago arda en latín y esperanto. Y, de paso, que cierto cumpleañero se muera de envidia.

—¿Mase y tú seguís con lo de la ridícula apuesta? —preguntó Avery, asombrada.

—No es ridícula, es divertida y sana. A los dos nos pone, así que vamos de frente.

—¿Para quién? Porque, que yo sepa, Thiago ni se lo imagina —farfulló Naomi.

—Bueno, con lo serio que es, dudo que quisiera participar en el *reality* de *Bajando Al Pilón*. Esto es más bien *El show de Truman*.

—Pues, por vuestro bien, espero que termine mejor…

—¿Podemos hacer *next* y centrarnos en los disfraces? —canturreé, levantando un corsé rojo—. ¿Probadores?

—¡Nosotras aún no tenemos nada! —se quejó Naomi.

—¡Pues espabilad, que a este ritmo os quitan los mejores y os quedáis con el disfraz de consolación! Y no me refiero al que mira esa señora del *Satisfyer* hinchable. —Señalé.

Las tres la miramos.

—Pero si es de Peppa Pig —aclaró Avery, horrorizada.

—¿En serio? —Naomi bizqueó—. ¿No es un secador?

Las tres torcimos el cuello.

—Bueno, sea lo que sea esa cosa… Nosotras de eso, no. Buscad, perras del infierno.

Quince minutos más tarde, por fin nos metimos en las tres cabinas que nos señaló la dependienta.

Yo me calcé el corsé; Avery salió con un mono de látex negro que brillaba como pecado recién planchado y traía un látigo en la mano; Naomi con una túnica de *jedi* y un sable extensible que se encendía de verdad.

—Avery, ¿vas a detener el crimen o a crearlo? Porque Jaxon va a rogar que lo azotes —dije, mordiéndome el labio.

Ella giró sobre sí misma, dejando que el látigo trazara un arco en el aire.

—Si me preguntas…, crimen sería que él no me lo quitara con la boca —susurró, y esa sonrisa suya tenía la precisión de un disparo —. ¿Qué tal el corsé, Ortiz?

—Sirve mis tetas en bandeja. Espero que la fruta favorita de Cruz sean las peras.

Naomi encendió el sable con un zumbido teatral y lo levantó sobre nuestras cabezas, solemne, como una jueza galáctica.

—Veredicto: a Thiago se le va a recalentar la CPU y colapsará su placa base.

—¿Y a Jaxon? —Avery se miró al espejo y subió una ceja, muy satisfecha.

Ahí sí que necesité intervenir.

—A Jaxon ya lo tienes en modo lava desde que le enseñaste a Mason las estrellas de tu galaxia.

Naomi parpadeó, el sable también.

—¿Qué estrellas?

Avery giró tan rápido que el látigo casi nos azota a las dos.

—Nada, nada importante —dijo con una sonrisa más falsa que un filtro de Instagram.

—¿De qué habláis? —Naomi la miró, girando el sable como si fuera a interrogarla—. ¿Por qué nadie me cuenta las cosas importantes?

Avery me fulminó en silencio.

—Es justo que se lo expliques, ella te contó lo de su mierda…

Naomi puso los ojos en blanco.

—Le mandé una foto de mis tetas por error —admitió—. Y Mason me respondió con su espada láser.

—Joder —dijo—, intercambio cultural intergaláctico.

—A Jaxon no le hizo ni puta gracia —añadió, alzando el látigo y golpeando el aire—, pero la culpa fue suya por pedirme la imagen, así que ahora tiene que aguantarse.

—Por eso yo no mando esas cosas —dijo Naomi, apagando el sable—. No por pudor, sino por seguridad galáctica. No quiero que mis pezones acaben en la nube.

Avery se cubrió la cara.

—Y, para colmo, lo proyectó en el *AirPlay* del salón.

Naomi se llevó una mano a la frente, trágica.

—Eso fue un ataque con armas de destrucción masiva. La rebelión no se recupera de algo así.

A través de la cortina se oían risas de otro grupo, probándose tutús fluorescentes.

—¿En serio vas a ir con túnica? —le pregunté a Naomi—. Si vas a hacerlo, ponte debajo el bikini plateado de astronauta. Así, si algún tío te pregunta, puedes decirle que vienes de la Estación Espacial y aceptas acoplamientos en tu base.

—Ni hablar. Paso de tíos que solo ven en mí un cuerpo de atleta. Me quedo con mi *jedi* maldita. Aporta mística y trauma, combinación infalible.

—Tú misma, si quieres seguir sin mojar, allá tú. —Me miré al espejo—. Siento que al disfraz le falta algo.

Avery apoyó el látigo sobre mi hombro, divertida.

—Sí: Thiago Cruz queriendo comerte.

—Bien visto. Por cierto, ¿tenéis ya el regalo de Mason?

—El mío ya está en el coche —dijo Naomi, ajustando el sable como si fuera parte de un ritual sagrado.

Avery se giró hacia ella.

—¿La caja con el kit?

—Exacto —enumeró Naomi, muy seria—: agua bendita comestible, cruz vibratoria (no preguntéis la velocidad; la publicidad prometía una experiencia mística), tablero de la oca orgásmica y camiseta de «Yo intenté seducir a Cruz y me llevé esta erección».

Avery soltó una carcajada.

—Literalmente, el regalo perfecto para un tipo con más libido que cordura.

—Voy a dar una segunda vuelta. Necesito algo que grite «letal». —Suspiré, soltando el corsé y enderezando los hombros.

Naomi dijo que nos esperaba en la caja, Avery se quedó curioseando y yo me perdí entre los pasillos. Encontré unas medias de rejilla, guantes, un tridente con luces LED… y un pensamiento que no podía sacarme de encima.

Tal vez luego pasaría por el *sex shop* a por unas bragas comestibles. Por si a Thiago le entraba el hambre.

Mi conjunto no era un disfraz, era un ultimátum. No solo para Cruz, también para él.

«Mírame bien, Fitzy, esto es lo que no vas a tocar porque perdiste la oportunidad».

Mañana no iba a fallar, sino a follar. Y él iba a arder. Bueno…, ellos.

Naomi encendió el sable, una última vez, desde la caja para iluminar nuestro camino al TPV.

—Muchachas, que la Visa os acompañe.

Avery sonrió, acomodándose el látigo en la cadera.

—Y que el corsé aguante.

—El corsé aguantará hasta que deje de ser necesario. —Levanté el tridente—. Lo que no aguantará… son las rodillas de Thiago en cuanto me plante frente a él. Vamos a divertirnos.

—Ni lo dudes —respondió, sonriente.

CAPÍTULO 28



Camila

Entré la primera, sin Naomi, sin Avery, sin escolta. Solo yo y mi determinación de incendiar el mapa y demostrarle a mi terror nocturno de la otra noche que todo estaba bajo control.

¿Qué mejor que hacerlo en Halloween, cuando la línea entre vivos y muertos se difumina? Yo estaba viva, muy viva, y con motivos para celebrarlo.

La mansión de los Fitzroy rugía por dentro, pero el *hall* aún estaba medio vacío: personal subiendo y bajando, luces rojas derramándose desde el piso de arriba, humo lamiendo la barandilla y, en lo alto, la jaula del DJ latiendo como un corazón *techno*.

Subí la escalinata como quien firma un contrato. Tenía que cambiarme la ropa interior porque, sí, había conseguido mi prenda

masticable, *chupable*, *mamable* y *superfollable*. Pensaba darle buen uso.

El motivo de que lo hiciera ahí es que vine en taxi y no me fiaba de ese asiento: una nunca sabe qué trasero se sentó antes ni su política de higiene. Abrí el minibolso para fiestas —solo lo imprescindible—. En un santiamén hice el intercambio.

Ajusté el corsé, comprobé el liguero y encendí el tridente.

«Hoy el infierno va a arder», me dije, admirando la obra de arte pictórica que era mi maquillaje. Seguí paso por paso el tutorial, me había quedado igual, además, era *waterproof* y a prueba de morreos.

Desde la galería del segundo piso vi el mar de disfraces: demonios —como yo, pero ninguno perteneciente a mi infierno; el mío venía con sabor tropical de serie—, ángeles sin camiseta y una *pizza* ambulante a la que pensaba humillar con placer.

«Ñam».

«¡De ñam nada, Mase caca, ca-ca!», me regañé.

No me vestí así para pasar desapercibida. Si él era el anfitrión, yo me autoproclamaría la reina del averno.

Me acerqué a la cabina del DJ, agarré el micro y, cuando calló el bajo, me giré hacia la multitud bañada en rojo.

—¡¿Quién quiere que le castigue el alma esta noche?! —troné.

La sala estalló. «¡Llévame a tu infierno!». «¡Condena aquí!». «¡A mí!». «¡Quiero arder en tus bragas!». Sonreí despacio y empecé a bajar con la calma del verdugo que ya decidió dónde cae la hoja.

Ahí estaba él, al pie de la escalera: caja de *pizza* en la cintura, barniz *rechupeteable* brillándole en el torso y esa cara de «te comería viva, pero soy alérgico al azufre». A cualquiera le habría acojonado. A mí, no.

Fitzy no me quitaba los ojos de encima. No me había disfrazado así para que lo hiciera. Ni pestañeaba. Sabía que pestañear era perder un fotograma y no parecía dispuesto.

Me planté frente a él. Tuve que recalcular distancias: su caja convertía el área en zona en obras con perímetro de seguridad. Me incliné hasta la comisura, rozándole apenas la boca, y le susurré:

—Feliz cumpleaños…, aunque esta noche tus deseos no se vayan a cumplir. Voy a ocuparme personalmente de que así sea, Pizza Hut.

Se le curvaron esos labios tan mullidos y plenos. Olió mi victoria y odié lo mucho que me gustó ver que se sabía perdedor.

—Te veo muy segura… —bajó la voz.

—Y yo a ti demasiado desesperado por que alguien te coma la salchicha. —Deslicé un dedo por el borde del cartón, justo donde colgaba el *pack* multicolor de condones—. Qué alegoría tan… literal.

Soltó una risa ronca.

—Culpa tuya, que vienes a provocar al cumpleañero. ¿Qué hacías arriba?

Abrí el bolso, saqué un paquete plano y lo agité: bragas comestibles. Levanté una ceja.

—Tenía que ponérmelas. Y buscar un sitio discreto. Una nunca sabe quién puede abrir la puerta.

Me contempló con descaro.

—Te las has puesto aquí porque temías que se te disolvieran al verme.

Exhalé por la nariz.

—Qué más quisieras. Para que desaparezcan hace falta bastante más que verte. Aunque no tardarán: un pajarito me ha dicho que a Cruz le flipa el mango… Adivina de qué sabor son estas.

Achicó los ojos.

—Diría que de pavo relleno. Esas mierdas nunca saben a lo que prometen —replicó, canalla—. Te lo digo por experiencia. Y si busca un mango…, yo tengo el mejor. Pregúntale a Avery. Ah, no, que tú ya me lo viste en los Nacionales.

Le sostuve la mirada, peligrosa.

—Sí, aunque ambos sabemos que no lo probé. Así que tu sabor a mango es discutible, me da a mí que tiendes más a *frankfurt* de supermercado.

Apretó los labios, divertido. Estaba encendido. Guapísimo. Perfecto. Y sí, me moría de ganas de lamerle el cuerpo entero —no pensaba admitirlo—.

—Buena suerte, Fitzy —rematé, pasándole una uña por el torso hasta el ombligo—. La vas a necesitar.

Di un paso atrás, giré como si la pista fuera mía y me perdí entre los invitados con la certeza deliciosa de que el cumpleañero se quedaba mirando mi espalda, mi culo… y mascando mango imaginario.

□□□□□

Thiago

Sienna pasó a por mí en coche. Bajó con capa oscura y corona mínima —Reina de Corazones versión «que le corten la cabeza»—, y el freno del estómago se me aflojó. Iba preciosa, afilada y terrenal. Yo me sentía ridículo con alzacuellos y guantes de cuero, pero su mirada funcionó como bendición.

—Estás muy guapo. Más de una recuperaría la fe y le darían ganas de confesar todos sus pecados a un cura como tú —dijo, clínica.

—Si lo fuera, tú me crearías problemas con el Vaticano —respondí.

Le salió una sonrisa rápida, de las que duran lo justo para pedir otra. Con ella me salía tontear; quizá porque sentía que lo necesitaba, que muchos tíos no veían más allá de «la capitana caída» o «la antisocial».

No noté la tensión que cargaba hasta que la soltó, sin rodeos:

—Hoy quiero beber.

Asentí. Esa noche no era su terapeuta, sino su amigo. En la última fiesta no estuvo bien; hoy el plan era bailar, olvidar, cuidar sin que se notara.

—Me va a encantar conducir este coche —dije.

Ella sonrió y pisó.

La mansión Fitzroy apareció veinte minutos después como una entrada de cine: tráileres falsos con nuestras caras, fachada teñida en rojo, música que latía techno-tétrica.

—Mason es muy peliculero —dijo—. Le viene de familia. Todo lo hace a lo bestia.

No tenía dudas. En la entrada, un «enterrador» nos entregó un tríptico con un mapa. Sienna lo desplegó mientras entrábamos. El *hall* nos tragó entre humo y ledes.

—A ver —leyó—: Carpa Erotic Horror. Jaulas, arneses, barra circular con «ángeles vengadores sin camiseta». ¿Te sientes vengado o con ganas de vengar?

—Me siento dentro de una peli de esas con mucha sangre, sexo y alcohol, en la que una rubia termina bajando a un sótano para morir.

—Menos mal que soy morena. —Pasó—. Pasaje del Terror: asesinos, niños poseídos, una abuela con galletas y motosierra. Obligatorio para ir al baño.

—Fitz asegurándose de que entrenemos la incontinencia.

—O de que «cagarse de miedo» tenga significado propio. —Seguimos—. Bar de *shots*: *sangre de virgen*, *sudor de demonio*, *ectoplasma caliente*. Lema: «Si no te arde todo, es que no estás bebiendo bien».

—Empieza a parecer un ensayo clínico.

—A mí, de momento, es lo que más me gusta. Confesionario en el invernadero: cabina con cortinas, cámara HD… «para soltar lo que quieras». —Me miró de lado—. En Fitzlandia, eso puede ser más peligroso que el testamento de tu abuela.

—¿Algo más?

—Túnel del Deseo: terciopelo negro, sensores, cámaras térmicas. —Alzó una ceja—. Aquí dice que hay condones. Seguridad ante todo: pillar una ETS no será materia de susto o muerte.

—Agradezco la transparencia.

—Camas balinesas vip: cortinas, piscina roja. Altar del Caos: ofrendas *random* a Satán y, a medianoche, certamen «Pecador del Año», versión Mason Fitzroy. Creo que será lo más parecido a un Miss Estados Unidos, pero con más perversión. Puede pasar cualquier cosa.

Guardó el mapa con una eficiencia pasmosa —no era momento de comentar la logística—. Cruzamos al jardín y el sonido nos golpeó como una ola.

—¿Te parece si empezamos con un *shot*? —preguntó.

En sus ojos había ganas de olvidar, de reír a costa propia, de empujar la noche con las manos. Tragué.

—Me parece perfecto.

Nos acercamos a la barra. «Sangre de virgen», dijo el barman. «Dos». Sienna alzó el vasito.

—Por la amnesia selectiva.

—Por las amistades que sorprenden.

Bebió de un trago. Purpurina roja le quedó en los labios, muy teatral. En ese instante supe que la noche me iba a pedir cintura: ser cómplice sin cruzar líneas, cuidar sin apagar su brillo y, sobre todo, estar atento por si Landon Hayes aparecía.

Miré alrededor, mapeando salidas y caras conocidas. Camila incendiaba la pista. Mason orbitaba como un sol perverso con un disfraz construido para generar problemas emocionales.

Respiré. La música subió. A mi lado, Sienna pidió otro.

—Hoy —repitió— voy a beber.

—Para mí, agua —le pedí al camarero—. Soy el que conduce.

Sienna alzó el vasito y volvió a beber. Yo me quedé a su izquierda, por si el suelo se movía.

□□□□□

Mason

Hice de anfitrión como quien hacía de estatua: inmóvil por fuera, chamuscado por dentro.

Me regalaron cosas: camisetas de marca, cajas con juguetes para mentes perversas y cualquier gilipollez que pensaran que me haría gracia o, por lo menos, que me haría sentir bien.

No lo consiguieron. Los regalos materiales solo me recordaban que mis padres llevaban años intentando comprar lo que en realidad importaba a golpe de tarjeta de crédito.

Conté chistes, me hice selfis con chicas que mordían mi caja cubrepelotas y, si le hubieras preguntado a cualquiera, habrían jurado que me lo estaba pasando de miedo.

Y sí, con miedo sí que estaba, pero no del que ellos creían.

Solo me fijaba en tres pantallas internas.

Primera: Jax y Avery comiéndose la boca como si el mundo fuese a acabarse a medianoche. Mi mejor amigo con su chica, felices, sincronizados, en modo rodillo.

Bien por ellos, pero ojalá yo pudiera tener esa complicidad con alguien.

Segunda: Camila y Naomi bailando con tres, cuatro, cinco tíos. Risas, manos que subían más de la cuenta, otras que bajaban. Un pavo pidiendo la hora para comprobar si coincidía con la textura de unas bragas que yo sabía que eran comestibles.

La puñetera diabla brillaba mientras yo sonreía y bebía de mi propio veneno porque el deseo me devoraba, aunque no fuera solo con ella.

Tercera: En la barra de los chupitos, Cruz, el exorcista prohibido, pegado a Walsh. Ojos dibujando su escote, su cintura o su mano.

Mi fiesta, mi obra, mi tablero… Jugando contra mí en todos los sentidos y desde cualquier ángulo.

«¿Dónde diablos se ha metido Hayes?».

Pasó una hora larga antes de que lo viera entrar con sus colegas: pelo de príncipe maldito y raya en los ojos.

Me planté frente a él en dos zancadas.

—¡Pero mira quién decide aparecer cuando ya hemos invocado hasta a Satán! —le solté con mi mejor sonrisa de asesino—. Cenicienta se fue a las doce y el Princeso entra a las once y media.

Balbuceó una excusa patética sobre una rueda pinchada. Lo escuché, respondí y, de pronto, me di cuenta de que todo lo que dijera me daba igual.

—¿Dónde están? —masticó la pregunta.

—Ya te he dicho que no lo sé. Aquí hay más gente de la que invité. Lo único que puedo decirte es que él va de exorcista y ella con un corsé que amenaza con saltar ojos esta noche. La última vez que los vi, ella se estaba metiendo unos cuantos *shots* y reía más alegre de lo habitual. Lo cual puede ser bueno… o una mierda como una catedral. Necesito que actúes, Hayes. Y rápido.

—¿Y qué cojones hago?

Le di las instrucciones. El plan era perfecto; solo esperaba que no la cagara.

Primera parada: Confesionario.

Segunda: Túnel del Deseo.

Acababa de pedir por el pinganillo que lo bloquearan solo para ellos. Le conté cómo funcionaba. Abrió la boca para protestar.

Lo empujé para que se fuera a grabar y, mientras tanto, yo activé el radar Cruz–Walsh.

Necesitaba sacar a Thiago de la órbita de la capitana y, aunque me llevaran todos los males, solo conocía a una chica capaz de hacerlo.

Caminé en dirección a Camila, que estaba subida al podio de bailarinas como si lo hubiera creado para ella. Me acerqué por detrás y chasqueé los dedos en el aire.

Ella se dio la vuelta y se contoneó mientras *Poker Face* de Lady Gaga rugía en los altavoces.

Nuestros ojos colisionaron. Le bastó mi gesto con el dedo para trazar ondas y ofrecerme una visión en la bajada, que incluyó rodillas separadas y brisa tropical. Me hizo salivar.

—¿Qué ocurre, Fitzy? ¿Tu objetivo ha resultado ser vegano y tu mango tiene demasiada carne?

«No tienes ni idea de la cantidad que tiene y de lo mucho que te llenaría esa boca».

—Muy graciosa. Veo que sigues llevando bragas. ¿Fruta podrida en lugar de prohibida?

—Si has venido solo para meter cizaña…

Hizo el amago de ponerse en pie; la detuve, agarrándola de la muñeca.

Y ella se estremeció.

—Ven aquí…

La bajé del podio. Puede que mi *pizza* corriera peligro, pero en aquel momento me daba lo mismo.

Ni siquiera sabía cómo no se me rompió la caja con la erección que me estaba provocando.

La tenía demasiado cerca y apenas podía contener las ganas.

—¿Qué? —preguntó con el pecho subiendo y bajando, alterado.

—¿Y si te sirvo a Cruz en bandeja?

Me miró, extrañada.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

—Para demostrarte que, aunque eso sucediera, a él no le interesas.

Vi cómo la chispa de la indignación se encendía en sus ojos.

—¿Qué ocurre? ¿En serio piensas que, como a ti no te atraigo, soy incapaz de ligar con él? Qué poco lo conoces. Te aseguro que, si Thiago Cruz hubiera estado en aquella habitación en lugar de ti, no se habría largado.

—¿Y eso lo sabes por…?

—Porque lo sé.

—Entonces, no tendrás problema en demostrármelo. Te lo voy a poner fácil, llévalo al Pasaje del Terror, cuando paséis el Cementerio, gira a la derecha: hay un panteón abierto; si haces que entre contigo, tendrás fácil callarme la boca. Hay una cámara, si ocurre, no tendré duda de lo que pasó.

Su labio tembló y tuve ganas de hundir mi lengua en ese barniz oscuro para perderme en su sabor.

No lo hice.

—¿Trato? —pregunté, extendiendo la mano.

La vi dudar, pero al final me la estrechó.

—Prepara las palomitas, Fitzroy.

Todas las cartas estaban sobre la mesa. Landon en el Confesionario, Camila yendo a por Thiago y yo necesitaba una copa para digerir hacia dónde la acababa de empujar.

Di un trago largo. Observé a las parejas entrar y salir, ajustándose la ropa.

A los tres minutos, Hayes pasó por mi lado, tragando saliva. Le marqué con la cabeza el sendero lateral hacia el jardín secreto.

—Túnel. Ahora —espeté con la suficiente fuerza como para que me oyera—. Yo me encargo de que ella llegue.

Me moví como un traficante de peones: dos camareras, un guardia, un susto en el Pasaje del Terror que cortó el camino directo a los baños.

Hice que una conga alegre avanzara justo hacia el invernadero. En el punto exacto, alguien «sin querer» empujó a Walsh dentro de un cubículo y… ¡Tachán! La puerta se cerró.

Me alejé antes de que el karma me pidiera nómina.

«No la cagues, Hayes», pensé. Tenía toda la fe depositada en él.

Dejé la copa vacía en una planta y me encaminé hacia mi perdición, o mi tortura.

Próxima parada: el cementerio de las lamentaciones, porque no estaba seguro de si iba a ganar o a perder.

CAPÍTULO 29



Camila

No sabía qué era peor: si el cabreo que me dejó Mason o la certeza de que le había dicho que sí a su puto plan solo para demostrarle que no me conocía ni un poco.

Pero lo hacía. Me conocía demasiado. Me había tocado el orgullo, la curiosidad y ese punto masoquista que me hacía actuar por despecho y no por lógica, aunque la lógica me dijera que Thiago siempre fue el objetivo.

Así que ahí estaba: vestida para incendiar a medio campus, a punto de ir a buscar al santo más bueno de la SSU para arrastrarlo al infierno conmigo.

Thiago Cruz. El chico que hablaba pausado y miraba como si todo lo que dijeras fuera oro líquido.

Quería que Mason se tragara sus palabras, necesitaba ganarle a toda costa y demostrarle que sí podía interesarle lo que yo tuviera

que ofrecer.

Lo encontré bailando en la pista con Sienna Walsh muy cerca, sonriendo de esa forma suya que te hacía pensar que no existían heridas bajo el maquillaje. Los dos se veían perfectos, casi fotogénicos.

Apreté los dientes. No había cosa que más rabia me diera que la excapitana pudiera gustarle.

Me acerqué con el tridente en la mano y la mejor sonrisa, de las falsas.

—¿Puedes ayudarme con una cosa? —entoné apurada, interrumpiéndolos de lleno.

Sienna arqueó una ceja. Él, sorprendido, se giró hacia mí con ese gesto sereno tan suyo.

—¿Pasa algo?

—Necesito tu ayuda —dije, sin aclarar el motivo.

Me repateó que la mirara pidiendo permiso y que la reina de las hienas asintiera, como si le estuviera haciendo un favor personal.

«Pero ¿de qué va? ¿Acaso piensa que tiene poder sobre la humanidad?».

Finalmente, Thiago respondió un «claro» y yo no me lo pensé dos veces. Lo arrastré antes de que la Reina de Corazones abriera la boca.

—¿Qué ocurre? —preguntó en cuanto nos alejamos.

—Nada grave… Bueno, para mí sí —improvisé—. Necesito ir al baño.

—¿Y? —Frunció el ceño.

—Y mis amigas están ocupadas… —murmuré con voz culpable, bajando la mirada.

—¿Necesitas que te baje las…? —preguntó con prudencia.

No le hizo falta terminar la frase. Solté una carcajada.

«Por supuesto que necesito que me bajes las bragas, pero no para hacer pis». Tuve que morderme la lengua para no soltarlo.

—No, no es para eso…

«Mentirosa».

—Me aterran estas cosas. —Señalé el Pasaje del Terror que teníamos que cruzar para llegar a los baños—. Las luces, los sustos,

los payasos diabólicos… Cualquier cosa que grite o sangre no es santo de mi devoción. Seguro que piensas que soy una idiota por necesitarte, pero es que eres el único al que se lo pediría sin sentir que tengo que dar demasiadas explicaciones.

Levanté los ojos. Él me sonrió, aliviado, con una expresión tan dulce que, por un segundo, sentí que me derretía.

—Yo nunca te juzgaría, ni por eso ni por nada, Cami.

—¿Estás enfadado porque te haya separado de tu cita? —pregunté, intentando no sonar afectada.

—Sienna no es mi cita.

—Ah, ¿no? Lo parecía. No os habéis separado en toda la noche y, cuando te he pedido ayuda, ha sido como si le pidieras permiso con los ojos.

Lo vi titubear.

—Lo que has visto no ha sido eso.

—¿No?

—Somos amigos. Hoy necesitaba estar con alguien que estuviera pendiente, eso es todo.

—Tal vez, si su corte no la hubiera dejado de lado, ahora no le haría falta guardaespaldas. Antes iba con Isla, Lena y Harper a todas partes. Se ha ganado a pulso quedarse sola.

Me miró, confundido.

—¿Y eso por qué?

—Porque nunca te pone las cosas fáciles. Como capitana fue un asco; Avery es mucho mejor, incluso sus amigas se dieron cuenta y no votaron su reelección. Ahora se han pasado al otro lado. Algo malo tendrá Walsh para ahuyentar a todo el mundo, digo yo.

Thiago caminaba despacio, acompasando mi paso. Se tomó unos segundos antes de responder.

—A veces —murmuró con calma— juzgamos lo que no entendemos. No todos reaccionamos igual ante la presión ni todos los procesos son visibles.

—¿La estás defendiendo?

—Solo digo que no se puede entender aquello que no se deja ver.

—Perdona, pero no vas a hacer que cambie de opinión —repuse —. Sé que es tu amiga y eso, pero no va a ser la mía.

—Es respetable, no pasa nada —respondió con serenidad—. No tenemos por qué encajar con todo el mundo. La amistad jamás debería ser una obligación. De hecho, nada debería serlo en esta vida.

—¿Ni aunque esa persona te importe? ¿O te guste?

Sus ojos se movieron rápido hacia los míos y la temperatura me subió un grado.

—Ni aun así —contestó al fin—. Cada persona tiene derecho a compartir su tiempo y su espacio con quien quiera.

—Espero que a ti te guste compartirlo conmigo y no te hayas sentido obligado a acompañarme, porque a mí me gusta muchísimo que pasemos rato juntos —susurré.

Él sonrió.

—Tú no serías nunca una obligación para mí, Cami.

Mi corazón dio un brinco.

Mason se iba a tragar cada una de sus palabras, y esperaba que la digestión fuera lenta y dolorosa.

La cola del Pasaje del Terror avanzaba despacio. Cada tanto salía un grito del interior y yo me aferraba más al brazo de Thiago con suspiros teatrales. Él me lo palmeaba, intentando convencerme de que solo eran personas disfrazadas.

Si soy franca, lo que me apetecía era disfrutar de la tensión de su músculo bajo mis dedos.

—Perdóneme, padre, porque he tenido mogollón de pensamientos impuros —susurré.

Thiago se quedó a medio gesto.

—¿Qué?

—Disculpa, siempre quise decir eso. —Reí.

—Ya veo…

—Es que no he podido evitarlo. Me ponen mucho las túnicas y los hábitos. ¿Será que Dios trata de acercarme al buen camino?

—No lo sé, pero esa monja sangrienta del fondo creo que quiere que entremos para que por fin vayas al baño.

Reí con nervios. La hora de la verdad estaba cerca.

La cola avanzó. El humo nos envolvió y el sonido de una motosierra eléctrica me hizo apretarlo con fuerza.

Dentro del invernadero, el aire era pesado, saturado de vapor y olor a moho artificial. Una enfermera zombi se arrastró delante de nosotros.

Un tipo con máscara de gas nos susurró al oído:

—No saldréis vivos…

—Joder —murmuré, pegándome aún más.

Thiago me pasó un brazo por la espalda con naturalidad.

—Es puro teatro, Camila. Mira, todo está medido.

—Sí, claro —mentí, clavándole las uñas en la manga.

Giramos en un pasillo estrecho. Una luz roja parpadeaba al ritmo de un corazón. En las paredes colgaban muñecas decapitadas.

Mi cuerpo se tensó sin aviso, el aire se volvió más irrespirable. La humedad y el calor me hacían sudar más de la cuenta, aumentando la sensación de incomodidad.

Una música flojita, de las que te tensaban por dentro a sabiendas de que el susto iba a llegar.

El chirrido de la cadena metálica, sumado al olor a hierro y el «¡Corre mientras puedas!» susurrado a través del altavoz…, hicieron clic en mi cerebro y algo dentro de mí se rompió.

Volvía a tener nueve años y a estar tumbada sobre aquel hombre muerto en la oscuridad. Sus ojos muy abiertos, huecos, sin vida, el charco de sangre formándose como una almohada viscosa bajo su cabeza y mis manos hundiéndose en ella para levantarme. Mi grito al sentir las palmas rojas.

Recuerdo alentarme a mí misma, a esa cría sucia, con la uña rota, sedienta, que no se movía.

«Corre, Cami, corre».

El crujido de unos pasos.

«Corre, Cami, corre».

Yo intentando alejarme, sin saber hacia dónde o en quién confiar, para que el hombre malo no me encontrara. El mismo que tarareaba aquella horrible cancioncita. El del bollo de pan duro que me amenazaba con ratas y con cortarme un dedo.

—Camila… —la voz de Thiago se perdió entre los golpes de mi corazón.

Un tipo con máscara y metralleta salió de la niebla. Se escucharon las ráfagas de disparos y una risa demasiado cerca.

Corrí, no pensé, solo corrí.

—¡Camila! —escuché que gritaban detrás de mí.

«¿Era Thiago o el hombre malo?».

No estaba segura.

Realidad y pasado convergieron en un miedo atroz, asalvajado, que impedía detenerme.

No podía parar, la garganta me ardía; me abrí paso entre telarañas que se enredaban en mi pelo. El aire se me pegó en la nuca. Le di un manotazo a alguien, ¿o era un muñeco?

Estaba segura de que el tipo seguía allí, detrás, rugiendo, y cada paso resonaba con el eco de lo que ya había sobrevivido una vez.

Vi las lápidas, el cementerio falso y un panteón.

«¡El panteón!».

Tuve un *flash* que se coló por una rendija: el rostro de Mase dándome una oportunidad para salvarme.

«Encontrarás la puerta abierta, entra».

«Ahí. Refugio».

Lo hice de golpe, con Thiago pisándome los talones.

Había una especie de altar con una cruz, fui hasta él y me agarré.

Estaba sin aliento. El pecho me subía y bajaba mientras lloraba, agobiada, sin entender por qué.

Bueno, sí lo sabía, aunque no lo quería comprender.

Él me cogió por los hombros, jadeando.

—Ey, ey, ey…, ¿estás bien? Joder, Cami, no sabía que pudieras pasarlo tan mal. Deberíamos haber ido a uno de los baños de la casa en lugar de pasar por aquí.

Asentí y negué al mismo tiempo.

El miedo me arañaba por dentro. Me di la vuelta y Thiago me abrazó fuerte, sin hacer preguntas. Me acarició la espalda hasta que los sollozos se mezclaron con la música lejana de la fiesta.

—Shhh…, todo está bien —susurró—. Estoy aquí, contigo. Solo estamos tú y yo. Deja que el miedo se vaya, todo lo que hay ahí fuera es una mentira, es ficción, nada es real, solo nosotros. Acompasa tu respiración a la mía, siéntenos.

Lo hice, por supuesto que lo hice. Al principio, sin darme cuenta; después, muy consciente de lo bien que encajábamos.

Thiago tenía un físico más potente que Fitz. La estatura era similar —quizá unos centímetros menos—, pero era más ancho, con la musculatura más redonda.

Me pegué aún más, disfrutando del contacto, dejando ir aquello que solo me restaba, absorbiendo su energía, bañándome en ella.

—Eso es…, lo estás haciendo genial.

Tragué con fuerza. El terror daba paso a otra emoción distinta, pero igual de potente.

Levanté la barbilla. Tenía los ojos dilatados, la respiración entrecortada.

—Thi… —susurré.

Decirlo así lo cambió todo.

Pasé las manos para rodear su cuello. Sus dedos se posaron en mi cintura; estaba temblando.

—No me sueltes, por favor…, no me rechaces. Te-te necesito.

Presioné su nuca, buscando una respuesta que, para mi sorpresa, llegó.

No hubo negativa. Por mucho debate que vi en sus pupilas doradas, se inclinó hasta que el aire entre ambos dejó de existir, muy cerca de mi boca.

Su piel olía a algo limpio, imposible en mitad del caos.

Él me acarició la mejilla con cuidado, pasando los pulgares con mimo para ocuparse de la humedad que las salpicaba.

—Ya está —murmuró.

No, no estaba, solo acababa de empezar.

Me armé de valor y lo besé.

Algo dentro de mí dijo que no podía esperar a que el paso lo diera él.

Busqué su boca ancha, al principio suave, casi en modo disculpa por atacarlo, pero sin pedir perdón.

No las tenía todas conmigo de que llegara una respuesta por su parte, sin embargo, llegó, y de qué manera. Cerró los ojos y la vacilación se volvió intensidad.

Su boca era cálida, grande, y cuando lo tanteé con la lengua, no dudó en entreabrirla y salir a mi encuentro con ferocidad.

El mundo giró por completo, se redujo a calor, roce y deseo inflamado.

Nada era suficiente para aplacar mi hambre o su necesidad. Sus manos descendieron hasta mis nalgas.

Gemí del gusto al notar cómo presionaba su erección.

Mi cuerpo demandaba el suyo y quería ahondar en aquella presión. No fue cosa mía, sino de los dos.

La mano que tenía en su cuello descendió; el altar hacía de tope en mi espalda.

Mordí su labio inferior y lo succioné. Bajé la palma por instinto, rozando su tripa plana hasta encontrar lo que buscaba, la evidencia de que no me había equivocado con él.

Y, pese a encontrarme excitada, no podía dejar de pensar en cómo se estaría sintiendo Fitz al vernos. «¿Se estará tocando como aquella noche?».

La imagen me encendió.

Me gustaba Thiago, aunque él no me correspondiera, y también Mase.

Los pechos me dolían y la necesidad me prendía por dentro, necesitaba resetear a través del sexo.

Él gruñó en cuanto atrapé su erección. La vibración me recorrió entera y moví la mano, apresando su grosor.

—Necesito esto —jadeé—. Dime que tú también me deseas y lo quieres tanto como yo.

Le rocé el oído con la lengua, notando cómo su piel se erizaba igual que la mía.

La lujuria estaba ahí, bajo su hábito, flotando entre los dos, apremiándonos a seguir.

—Cami… —su forma torturada de decirlo me hizo sonreír.

—Llevo bragas comestibles de mango. Me las he puesto pensando en ti. Quiero ser tu fruta favorita, tu postre de esta noche… y que tú lo seas para mí; déjame ser tuya aquí —pedí, llevando una de sus manos bajo mi falda para que sintiera el tacto de la prenda.

Thiago parpadeó; sus dedos se frenaron en seco, como si mis palabras hubieran roto el hechizo y el calor no llegara a sus yemas.

Se separó con cuidado. El dorado de su mirada apenas era un halo enmarcando las pupilas dilatadas.

Tenía la boca húmeda, inflamada, y las fosas nasales abiertas, respirando hondo.

—Em… Camila… yo…

—Si te preocupa que alguien pueda entrar, no te preocupes, nadie va a hacerlo. Estamos solos y yo muy dispuesta. Si quieres, puedo empezar, me encantaría comértela.

Fui a agacharme para alzarle el hábito, pero él me detuvo.

—Espera. Estás confundida por la adrenalina y el miedo, no podemos hacer esto ahora.

—No lo estoy. De verdad que quiero chupártela; se me da de lujo.

Él dio un paso atrás.

—No podemos. Que te besara ha sido un error.

—¿Y que se te pusiera la polla dura también lo ha sido? ¡Venga ya, Thiago, no hace falta que te metas tanto en tu papel de cura! Queremos follar y listo, no le des más vueltas, voy a convertirme en tu religión y a arrastrarte al infierno.

La decepción me quemó el estómago al verlo negar.

—No, lo siento.

—¿No te gusto? Porque tu polla dice lo contrario.

—No es eso. Eres preciosa…, el sueño de cualquier tío.

Y esas palabras me molestaron como ningunas otras porque me recordaron a Mase.

—Menos el tuyo, ¿verdad? —Bufé—. Me sé ese cuento: tu cuerpo ha reaccionado por pura química cerebral, no por mí.

«¡Puto Fitzroy!».

—No he dicho eso.

—¿Y qué has dicho?

—Que no puedo.

—¿Por qué? ¿Eyaculador precoz? —Negó—. ¿La tienes enorme y temes atravesarme? —Volvió a negar—. ¿Te gusto? —pregunté con la voz rota.

—Eres el tipo de chica que le gustaría a cualquiera.

—Esa no ha sido mi pregunta e intuyo que hay un «pero», ¿verdad? —insistí, y solté la pregunta que me quemaba—. ¿Es por Walsh?

Thiago se frotó el puente de la nariz.

—No. Simplemente no es el momento. Tengo que centrarme: los entrenamientos, el proyecto, las clases… No podría darte lo que necesitas.

—Lo que necesito es sexo. ¿Tú no necesitas follar? No me digas que ese puñetero hábito te ha hecho célibe.

—No, no lo soy, pero llevo unos meses sin… intimar y, aunque te cueste entenderlo, no soy como la mayoría de tíos. No suele interesarme el sexo por sexo. Necesito algo más que puro deseo para acostarme con alguien, y ahora mismo no puedo afrontar ese «algo más». Siento si mi actitud te ha confundido.

Su respuesta fue un jarro de agua helada. El aire se me fue de golpe.

—¿Y si, en lugar de besarte yo, lo hubiera hecho Sienna? —susurré—. ¿Tu reacción habría sido la misma?

Thiago abrió la boca. Y la cerró.

—Ya veo… —dije con una sonrisa que dolía.

—No…, no ves nada.

—Por supuesto que sí. Ella te parece una chica para algo más y yo soy la de los rollos pasajeros. Pues que sepas que el año pasado se folló a media universidad cuando sintió que Hayes la ninguneaba y sigue babeando por él como una perra en celo. —Vi cómo mi comentario le afectaba—. Puede que yo no sea una de esas chicas que querrías presentar a tu familia para casarte, pero, por lo menos, voy de frente mientras que ella va de virgen de Guadalupe y solo busca a alguien que se lo chupe. Así que, si quieres seguir con tu abstinencia, harías bien en mantenerte alejado de Walsh —escupí, herida.

—Camila…

—¿Qué? ¿Que tú no juzgas a los demás? Pues yo sí. Y cuando ocurra y te la encuentres sorbiéndote la bragueta, no me digas que no te lo advertí, de hecho, no creo que tarde demasiado en hacerlo,

solo le bastan dos copas de más para zumbarse al primero que pase por ahí. Deberías ir a ver cómo está, ¿no eras su guardián?

—No pretendía hacerte sentir mal…

—Pues déjame decirte que esto no lo clavas, chaval. Vete, es lo mejor.

—Deja que, por lo menos, te acompañe al baño, no quiero que vuelvas a salir ahí sola.

—Me las ingeniaré. Como has dicho, seguro que encuentro a algún tío encantado de ayudarme. Y, si no, me haré pis encima. No será la primera vez.

Él me miró, arrepentido, y yo bajé la vista antes de que pudiera ver que me temblaban los labios.

—¡Vete! —lo insté.

El cura perfecto dio media vuelta con un suspiro y se alejó, dejándome entre tumbas de mentira, intentando no sentir que jamás sería suficiente ni para él ni para Mase.

CAPÍTULO 30



Mason

Si tuviera que ponerle un título al aroma del despacho de mi padre sería «polvo caro y abandono».

Bueno, quizá polvo no, que el servicio lo mantenía limpio, era más un polvo virtual, ese que nacía fruto de las pocas veces que se utilizaba algo.

Las botellas de *brandy* eran lo único vivo allí dentro, además de mí.

Me quité la caja de *pizza* porque no era nada cómoda para sentarse y me quedé en calzoncillos, agarré el batín azul que había dejado colgado del gancho y me serví un trago de ese coñac de colección que mi viejo guardaba para las ocasiones especiales por las que nunca brindaba.

Le mentí a Camila con lo de las palomitas, pero no con lo de la cámara y mirar.

El monitor frente a mí mostraba lo que ocurría en el interior del panteón, por ahora vacío. Imagen en directo, sonido en alta definición y un escenario digno del paraíso de los pecados.

Esperaba que Ortiz cumpliera y que encerrar a Sienna con Landon me diera una buena escena con la que aliviar la tensión acumulada en mis pelotas.

Bebí un par de tragos cargado de impaciencia. Sabía que habían entrado en el túnel porque el personal tenía la orden de que debía avisarme por el pinganillo cuando vieran a un exorcista negro con trenzas y a una diablesa lista para bajarlo al infierno.

Hice tamborilear los dedos, me estaba impacientando, y cuando iba a preguntar si estaban seguros de que no se habían equivocado de pareja, entonces, la vi.

Camila, con los ojos que parecían dos faros rotos, entrando al panteón como si la persiguiera el mismísimo Lucifer.

Sin rastro de la risa que solía acompañarla, sin la fanfarronería habitual. Solo pánico.

El corazón me dio un salto tan bruto que casi derramé el *brandy*.

Estuve a punto de abrir la puerta que comunicaba el despacho con el improvisado panteón para salir a buscarla.

Camila podía ser un torbellino de tacos, *piercings* y malas decisiones en cuanto a hombres, pero, ¡joder!, era mi amiga, y una cosa era provocarnos, vacilarnos, apostar por quién se follaba primero a un tío… Y otra muy distinta era verla llorar como si el mundo se le viniera encima.

«Si ese cabrón de Cruz le ha hecho algo, juro que le reviento la cara contra la lápida».

Me levanté del sofá, el cuero crujió bajo mis muslos desnudos. Iba a salir, lo juraba. Lo hubiese hecho si no hubiera aparecido él en escena.

Cara desencajada, respiración desbordada, una copia exacta del reflejo que tenía yo en la pantalla de mi cara: del tipo que no sabía qué cojones hacer con lo que sentía.

Me quedé quieto y decidí darle un voto de confianza. Ver qué hacía el nuevo del equipo, al fin y al cabo, el especialista en mentes torturadas era él, no yo.

Cuando la abrazó, solté el aire que no sabía que estaba conteniendo, ella no parecía cabreada con Thiago. Ok, no era un cabrón, al menos, no todavía.

Camila temblaba y él la sostenía. Si Cruz no era el culpable de su estado, tuvieron que ser los actores que había contratado y, en ese caso, no sabía si doblarles el sueldo por semejante interpretación o mandarlos a su puta casa por haberle causado un ataque de pánico a mi amiga.

Di un trago largo a la copa. El *brandy* ardía en la garganta y la escena en la pantalla cambió; tenían toda mi atención.

Ella se calmó, se miraron y pude contemplar el segundo exacto en que el aire se llenó de electricidad.

En lo que duró un parpadeo, Camila lo tomó por la nuca y él le acarició la cara para secarle las lágrimas, tres segundos después se estaban besando como si hubiera estallado el Apocalipsis final.

Me quedé congelado, con el vaso a medio camino de la boca.

«¡Hostia puta!».

«¡¿Qué esperabas, Fitzroy?!».

Debería haberme cabreado. Por orgullo, por la apuesta, por… algo. Lo único que sentí fue una corriente bajando desde el estómago hasta mi rabo.

No sabía si era culpa de Camila, de Thiago o de mi imaginario enfermo, pero mi polla dio un respingo tan violento que casi se me cae el vaso.

«Perfecto, Fitzroy. Excitándote mientras tu amiga se come al tipo que te quita el sueño. Muy sano todo».

Apoyé el vaso en la mesa y me froté la frente.

Thiago la apretó contra el altar, ella gimió, él le agarró el culo y yo, que no tenía remedio, me abrí la bata y me toqué por encima, solo para no explotar.

«¡Joder, si eso fuera arte eclesiástico, me tendrían adorándolos a todas horas!».

En lo único que podía pensar era lo bien que quedaban juntos y lo mucho que mejorarían conmigo en la ecuación.

El cuerpo me respondió antes de que pudiera pensar en lo que significaba, automático, agónico, desesperado.

La erección dolía, dolía como los secretos que no podías contarle ni a tu reflejo.

«¡Menuda mierda, Fitz!».

Me reí sin humor y bajé la mano; por lo menos, algo me llevaría del espectáculo, solo que, como en toda buena obra, hubo giro de guion.

Camila, que llevaba un minuto subiéndose al cielo, bajó la mano por la túnica del padre Thiago para ofrecerle una mamada que cualquier ser con sangre en las venas habría aceptado.

Y él… la rechazó. Me incorporé de golpe.

—¡Este tío es gilipollas! —le grité a la pantalla sin pudor—. La tienes a huevo, chaval, ¿y la rechazas? No tienes ni puta idea de lo que te pierdes.

Yo sí lo sabía porque justo eso me estaba atormentando desde el día de los Nacionales.

Paré de tocarme y lo escuché hablar. Lo oí decir un: «no puedo»; «no es el momento»; «no estoy preparado para algo más».

Y fue como si me abofetearan porque eran mis putas frases, bueno, puede que la de «yo no follo si no hay sentimientos» no…, pero todas las demás…

«¡Mierda!».

Camila estaba recibiendo rechazo por partida doble, el mío y el suyo, empujándola a los brazos de cualquiera que no fuéramos nosotros, y eso me hizo sentir mal.

Porque lo vi en su cara —la que tenía ahora, esa mezcla de rabia y decepción—, era la misma que me puso en el gimnasio, y dolió. Mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir porque yo mismo no le concedía algo que ella deseaba, mi compañía, mi entrega, igual que hacían mis padres conmigo.

Entenderlo fue un gancho en todo el puto plexo.

«Bien hecho, Fitzroy. Eres el espejo de todos los gilipollas que temen sentir. No querías fastidiarla por ser tu amiga y has hecho justo lo contrario».

La escena se volvió tensa. Camila sacó las uñas, le escupió verdades como puñales. Thiago se quedó sin palabras y yo, desde el

otro lado de la pantalla, sentí la punzada del rechazo como si fuera mío.

Porque, en el fondo, lo era, ahora mismo era Camila y a mí tampoco me tomaban en serio; yo también era el divertido, el tío fácil, el que follaba cuando le apetecía, y por eso nadie pensaba que pudiera querer de verdad.

La vi erguirse, desafiante, preciosa incluso en su enfado, y echarlo del panteón con esa voz rota que solo usaba cuando algo le jodía de verdad. Me sentí orgulloso y algo dolido por haberla empujado a estar ahí, a sentir el rechazo de nuevo. En parte, era mi culpa.

«No la mereces, Cruz, y, seguramente, yo tampoco».

Apagué el monitor, el silencio me pegó un golpe seco en el pecho. Me serví otro *brandy* y lo bebí de un trago, supe que no podía seguir escondido detrás de una puerta viendo cómo ella se rompía, y no iba a ser tan cabrón de quedarme al otro lado mientras Camila Ortiz se recomponía sola.

Me puse en pie y tomé una de las decisiones más difíciles a las que me había enfrentado. Si tenía que arder en el infierno, que fuera con ella a mi lado.

CAPÍTULO 31



Mason

El túnel tras la lápida tenía la temperatura exacta de una mala idea, o de todas las que había tenido esa noche.

Dejé atrás el despacho, el *brandy* y la cámara. También la culpa que me había estado royendo el pecho desde que la vi romperse.

Crucé al otro lado como si fuera la pasarela más ridícula del mundo: en calzoncillos, con un batín azul heredado de mi padre y la determinación de quien había tocado fondo y pensaba en cómo ofrecer una disculpa a la altura de la cagada.

Empujé la puerta del panteón y el aire frío me dio en la cara. Tenía puesto el aire acondicionado a toda leche en esa zona para que diera la impresión de que tenías a varios muertos respirándote en la nuca, aunque ahora mismo me sentía más vivo que nunca.

Camila estaba de espaldas al altar, inmóvil, los brazos cruzados y la mirada encendida, debatiéndose entre salir o quedarse ahí para

siempre.

Cuando me oyó, se giró como un cuchillo. La sorpresa se volvió filo al ver quién era.

—Si vienes a regodearte, Fitzy, ya puedes largarte por la tumba de la que has salido.

«Hola a ti también, Terremoto».

Cerré detrás de mí. No me molesté en ajustar el batín azul; dejé que dijera por mí que no venía desarmado.

Ahí estaba. Herida, orgullosa y preciosa, incluso con la voz ronca.

«Bien, Fitzroy, te lo juegas todo, ni un chiste o estás más muerto que los de las lápidas».

—Tranquila, no vengo a eso. —Levanté las manos—. Vengo a perder.

—A perder, ¿qué? ¿La dignidad?

—Esa no me la pusieron de serie. Vengo a perder la apuesta. Y a ver si consigo ganarte a ti.

—Original —bufó—. Ahora te has hecho especialista en vender humo.

—Me he hecho especialista en mirarte. —Di dos pasos—. Y me ha parecido la mejor inversión.

Rodó los ojos. Aun así, no se movió.

Un metro y medio entre los dos. El tipo de distancia que te calentaba más que te enfriaba.

—Si has venido a decirme que has estado jugando al *Big Brother* y que, como no he cumplido, vas a expulsarme de la apuesta, enhorabuena: eres un cerdo —escupió—, aunque eso ya lo sabías.

—Con una manzana en la boca hago maravillas, el glaseado ya lo llevo encima.

—No estoy de humor, ¿qué quieres, Fitzy? Además de regodearte porque haya perdido.

—Primero voy a resumirte lo que he estado observando desde ahí dentro: Vi que estabas mal y que él te abrazó, eso me gustó. —Otro paso—. Vi que lo besaste y él te besó más, verlo responder me puso a mil —confesé con la mirada clavada en sus ojos marrones—. Y cuando escuché que te dijo que «no», ofreciéndote la posibilidad de

que otro apreciara lo que él dejaba atrás, se te rompió algo que yo ya había roto antes y eso es lo que me ha hecho entrar.

—No necesito tu lástima ni tus resúmenes.

Se cruzó de brazos a la defensiva. Su risa fue corta y seca.

—No la tienes, quiero enmendar mis errores.

—¿Qué errores?

—Los que te han llevado a creer que no eres suficiente o que no me gustas —contesté despacio—. No voy a permitir que nadie te joda la cabeza o te meta ideas estúpidas, ni siquiera si ese alguien soy yo.

Camila alzó la barbilla.

—¿Ahora vas de Mase, el Consolador? El papel de *Satisfyer* no te pega. Ya tengo uno en la mesilla de mi habitación, gracias.

—No quiero consolarte ni un poco. —Apenas quedaba distancia entre nosotros—. Cruz ha sido un imbécil y yo lo fui el otro día, al igual que en los Nacionales. Pregúntame qué te habría hecho de verdad si no me hubiera acojonado.

Ella bufó, con esa ironía suya que me hacía querer besarla o dejarle un moratón de tanto discutir.

—¿Acojonarte? Tú no tienes miedo a nada ni a nadie.

«Eso lo dices porque, en el fondo, no me conoces tan bien como crees».

—Pregúntamelo, Cami —insistí despacio.

«Vamos, cariño, pica el anzuelo».

—Deja de decir tonterías.

—Lo intento, pero no me lo estás poniendo nada fácil.

—Vale, tú ganas, tío listo, ¿qué me habrías hecho en los Nacionales?

—Habría querido caminar hasta lo que se me ofrecía, arrodillarme frente a ti y hundir mi lengua en tu coño mientras montabas a Tyler como una salvaje, para yo tocarme como un loco. Me habría encantado llevarte hasta el límite y que te corrieras en mi boca, provocando el orgasmo del cabrón de Reed. En ese instante, te hubiera tomado del pelo con él todavía dentro, palpitando, para hundirme entre tus labios, follarte la cara mirándote a los ojos y ofrecerte mi corrida como premio.

Su mirada se volvió vidriosa mientras el pecho subía y bajaba.

Tracé el contorno del corpiño y el sedoso borde de su piel me quemó los dedos.

—Ahora, pregúntame qué te habría hecho en el gimnasio.

—Prefiero saber qué habrías hecho si te hubiera dicho lo mismo que a Cruz.

«Esa es mi chica… Sin rencor, directa a lo que importa».

—¿Quieres saber qué habría hecho si, en lugar de ser tu amigo, fuera el idiota al que le has ofrecido tus bragas comestibles en bandeja?

Sus manos me agarraron del batín y me arrastraron hacia ella.

—Sí.

«Es ahora o nunca, Fitzy. No. La. Cagues».

La alcé para sentarla al borde del altar, separarle las rodillas, colarme entre ellas y susurrar la respuesta en su oído.

Ella contuvo la respiración cuando me incliné.

—Si hubiera sido Cruz, te habría sentado justo aquí para abrirte las piernas, meterme entre ellas y comerte el coño hasta hacerlas desaparecer. Te metería un dedo, puede que dos; eso sí, nada de orgasmos. Prohibido correrse. Te llevaría una y otra vez al borde del abismo hasta desgastarlas, para que volvieras a la fiesta sin ellas, mojada, incapaz de pensar en otro que no fuera yo mientras te rozas con cualquier capullo que cree que va a conseguirte esta noche. —Mi voz se volvió áspera; podía ver cómo la garganta se le había cerrado y me miraba como si fuera todo lo que deseaba, y eso me encendió aún más—. Pero como no soy Cruz y hoy es mi fiesta de cumpleaños, te mantendría así hasta que trajeran el pastel, soplara la vela y mi deseo de cumpleaños se materializara en mi habitación para terminar lo que empecé. ¿Quieres eso, Cami? Dime que quieres ser mi puto deseo cumplido y te lo daré.

Vi la respuesta antes de que alcanzara su boca entreabierta.

—Quiero ser tu puto regalo.

—Bien, porque me muero por esas jodidas bragas de mango.

No esperé más; me afiancé frente a lo que tanto deseaba, fijé sus rodillas con mis manos e hice una primera pasada de lengua sin perder la conexión con sus ojos, de abajo arriba.

Camila gimió con fuerza, apoyó las manos en la piedra y tiró la cabeza atrás, arqueando la espalda. Me recreé en su aroma a sexo infernal, su sabor a pecado y el calor húmedo que emanaba.

El tacto de su piel contra mis palmas me excitó igual o más que el temblor que la sacudía mientras la degustaba. Los ruiditos de placer que escapaban de su garganta eran mejor que cualquier tema que hiciera sonar el DJ esa noche.

La prenda apenas era una fina membrana que se debilitaba bajo mis papilas. Me recreé en la forma de sus labios, en la hendidura que se disolvía mezclada con sus jugos.

Notaba la vibración de sus caderas en un leve movimiento que exigía más.

—Shhh, no te precipites, cariño —murmuré, alcanzando la tensa protuberancia, que lloraba por ser atendida.

Estaba evitando el clítoris adrede; el miedo, el enfado y la frustración habían sido un potente acicate para dejarla en ese estado de necesidad extrema. Si iba demasiado rápido, corría el riesgo de que estallara, y no quería eso, no ahora.

—Agárrate a la cruz —ordené, empujando sus caderas más al borde.

La braga estaba muy debilitada en el punto justo. Me puse en pie mientras obedecía, alcanzando el elemento de atrezo. Menos mal que era de piedra real; cada dólar había merecido la pena solo para esto.

Sus ojos nublados se desviaron un instante hacia el piloto de la cámara.

—¿Estás grabando?

—¿La idea te excita? —Asintió—. Eres una jodida perra del infierno, y eso me pone más que cualquier cosa. Quiero que te quedes tranquila, te juro que solo será para mi uso y disfrute personal; nadie verá este vídeo salvo mi polla, te lo prometo.

Metí los dedos entre nuestros cuerpos y presioné la parte central; era tan fina como un condón gelatinoso, lo que propició que entrara en su interior acompañada por mi dedo.

—Ah —su suspiro fue música para mis oídos y para mi erección, que llevaba un rato en pie de guerra.

«Todavía no es tu turno, colega».

Lo metí y lo saqué lento, hasta el fondo, gozando del modo en que se retorcía buscando que rozara el nudo de nervios, sin lograrlo.

—Mase…

—No pidas lo que no te voy a dar.

Sus ojos se abrieron, clavándose en los míos. No había una mujer más guapa que ella: excitada, cabreada y hambrienta de sexo. Casi me corrí en los calzoncillos cuando encajé el segundo dedo. La fina membrana se perforó por la intensidad del empuje y su grito hizo eco en el panteón y en mi pecho.

¿Cómo había aguantado tanto sin tocarla? ¿Por qué cojones me había negado esto?

Metí y saqué, metí y saqué, con la visión de sus nudillos volviéndose blancos y aquellas tetas al borde de saltar.

Quería comerlas, succionarle los pezones hasta que cambiaran de color, escuchar mi nombre rebotando toda la noche en sus cuerdas vocales; iba a follarla hasta la saciedad.

Volví a encajar los dedos, buscando la zona rugosa que la dejó sin aliento al primer contacto.

«Así, cariño, si fueras un puto cuadro, te colgaría en el cabecero de mi cama para pajearme cada noche».

—¡Mierda, esto es demasiado intenso, Fitz!

Apoyé una de mis manos en su vientre para que no se moviera.

—Si eres capaz de hacer un doble mortal atrás con medio giro entre barras, puedes con esto, Ortiz, deja que fluya y que crezca dentro de ti.

Ella boqueó como un pez, soportando el roce con el cuerpo tembloroso. Pura perfección.

Su coño se tensaba, aferrándose a mis dedos, exprimiéndolos a cada roce. Su respiración se volvió superficial; la mía era puro cuento.

—No puedo, no puedo, no…

Saqué los dedos de golpe y la expresión de desolación que cubrió su cara hizo que me dieran ganas de romper mi promesa y culminar lo que acababa de empezar.

No lo hice; por una vez, quería hacer las cosas bien.

Metí los dedos en mi boca para gozar de su sabor.

—Te lo dije, sabes a pavo relleno.

Ella emitió un sonido torturado y yo le sonreí.

—Idiota.

—Adoro el pavo, sobre todo, si viene relleno de tu humedad y mi lengua.

Bajé y fui a por un segundo asalto que amenazaba la integridad de mis pelotas.

Se lo demostré. La hundí varias veces, cargándola de su esencia; estaba dilatada, lista para mucho más de lo que yo le ofrecía. Ambos lo sabíamos, sin embargo, no protestó y se dejó llevar en el caótico vaivén que la cargaba de mi saliva.

La torturé con cadencias lentas, succiones glotonas y mordiscos pasajeros que acabaron con toda la prenda que la cubría. Cuando lo único que quedaba era necesidad y lujuria líquida, me detuve.

—No, no, no, no estaba…

Soplé aire frío en su centro y me incorporé.

—Lo sé.

La ayudé a soltarse de la cruz; tenía los dedos entumecidos y el corazón dando brincos. Mi entrepierna no daba crédito a que no le diera la guinda del pastel, yo tampoco.

—Voy a odiarte muy fuerte como después de esto no cumplas.

—Yo me odiaría más. Necesito que dejemos clara una cosa: aunque follemos hoy, esto no va a interceder en nuestra amistad. Si me dices que un polvo, por bueno que sea, va a cambiar las cosas, voy a renunciar por mucho que me apetezca.

»Si no quise cruzar esa línea contigo no fue por falta de deseo o que no me gustaras lo suficiente, creo que he dejado claro que no es así. Lo que no soportaba era la idea de perderte por no saber tener el rabo en su lugar.

Ella se mordió el labio y me dedicó una sonrisa preciosa.

—¿Por eso no hemos follado antes? —Asentí. Sus manos buscaron mi nuca y me acercó a su boca—. Eres un idiota, tu lugar está dentro de mí siempre que nos apetezca.

Me besó sin esperarlo y me perdí en sus labios, probando lo que el bobo de Cruz había desestimado antes.

Cada vez me quedaba más claro que era un imbécil, y yo otro por no haberlo hablado antes.

Camila se separó y me sonrió.

—Nada va a acabar con nuestra amistad, Fitz. Nos gusta el sexo; forma parte de nosotros, somos almas libres, juguetonas y no vamos a permitir que una colección de orgasmos nos confunda o acabe con nuestra amistad. Yo también te quiero en mi vida para siempre.

Aquella promesa significaba mucho más de lo que ella hubiera comprendido jamás.

—¿Me lo juras?

—Sobre esta tumba. Claro que te lo juro. Tú y yo solo vamos a darnos alivio; es una amistad con complemento directo al orgasmo, nada más.

—¿Y qué hacemos con respecto a Cruz?

—Demostrarle que un «no», no es un «nunca». Además, tú ni siquiera lo has intentado de verdad.

—¿Quieres que me lo folle?

Sus ojos no dudaron ni un segundo.

—Sí, aunque esta noche la que va a follarte soy yo a ti, y prepárate porque nadie deja a Camila Ortiz con un calentón como este sin sufrir las consecuencias.

La bajé del altar, deslizándola por mi cuerpo.

—Estoy deseando que me las demuestres, salgamos de aquí.

CAPÍTULO 32



Thiago

No salí.

Me quedé apoyado en la pared, a un lado del túnel, con la piedra fría pegándose a la espalda y las manos metidas en los bolsillos, buscando sujetarme las ideas.

La luz roja del piloto de mi cerebro seguía encendida. Un rojo que no parpadeaba.

«Respira y cuenta».

«Una, dos, tres, cuatro. Aguanta. Una, dos. Suelta. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis».

Todo había pasado muy rápido y tenía la sensación de que lo había gestionado como el culo.

Camila corriendo presa del terror; el ataque la había partido en dos y yo había sentido esa impotencia que creía superada.

Ella no era Alondra, ni mi caso de estudio ni un ejercicio para la tesis. Era mi compañera de equipo, la chica a la que había estado ayudando a mejorar y que consideraba más que una conocida. Se estaba convirtiendo en mi amiga, una muy guapa y atractiva por la que sí había sentido cosas. Por eso, cuando me besó, hubo conexión. La perdí cuando dijo que quería ser mía. El término me explotó en el pecho como un error que ya había cometido y mi ex volvió con toda su fuerza.

No pensé en ella mientras besaba a Cami. Fue después, cuando pronunció esa palabra de pertenencia con tanta facilidad. «Mía», y yo viajé directo al lugar donde un «mío» se convirtió en una puta condena.

«No repitas el patrón». «Una, dos, tres, cuatro».

Me aparté por eso, por miedo a perder el control. Y por no perderme a mí mismo. Le dije que no. Mal, sin pensarlo bien, con la peor frase posible; su cara lo dijo todo, nunca fui tan torpe.

«Un puto diez en cagada para el estudiante de Psicología Deportiva».

«¡Menuda mierda!».

Apoyé la coronilla en la piedra y cerré los ojos. Las voces, los gritos de los invitados a la fiesta y los actores entraban y salían como olas. Risas lejanas, música amortiguada, puertas que se abrían y cerraban. El panteón, en cambio, respiraba distinto, o tal vez era yo.

«Vete. Lárgate. Déjala. Te lo ha pedido».

«Una, dos…».

No me moví, no pude. Me preocupaba que volviera a quedarse sin aire al salir. El cuerpo te hacía tomar malas decisiones cuando estabas al borde: te decía «sal» y tú te quedabas clavado.

Pasó un rato largo. No escuché sus pasos ni nada que me indicara que iba a salir, solo el zumbar del aire acondicionado, y entonces me dije que me estaba comportando como un memo, que debía volver y echarle una mano de verdad. Ser franco con ella, y si tenía que contar algo que no me apetecía, ajo y agua. Camila lo merecía.

Deshice el camino y me detuve al escuchar una voz masculina dentro. ¿Sería algún actor?

Agucé el oído. Me resultaba conocida, algo distorsionada por el eco, pero conocida. Ese deje arrastrado…, la cadencia de chiste a punto de nacer.

Mason Fitzroy. Nuestro anfitrión, mi capitán y uno de mis desvelos.

Di un paso sin pensar, otro. No crucé, me quedé justo antes de la esquina, donde el suelo cambiaba de piedra a mármol, con esa marca de sombra en diagonal que partía la entrada. Desde ahí, la acústica se volvía nítida.

—Si hubiera sido Cruz, te habría sentado justo aquí para abrirte las piernas, meterme entre ellas y comerte el coño hasta hacerlas desaparecer…

Me detuve en seco. El corazón se me subió a la garganta. La piel del cuello se tensó, como si alguien me hubiera rozado sin avisar.

«Pero ¿qué cojones? ¿Es en serio que al capitán le va todo? ¿Incluso Cami?». «No escuches. Vete». «Una, dos…».

No me fui.

La voz de Mason estaba tomada por el deseo y su narración me dio entre las piernas.

Tuve que retroceder entonces, haberme ido, tenía las razones suficientes: la ética, la vergüenza de escuchar todas aquellas promesas que no me correspondían. No quería meter los pies en un incendio que no me perteneciera.

No lo hice, no crucé, me quedé a medio cuerpo, oculto. Mirar sin ser visto era una mala costumbre que me venía de pequeño.

—Mirar no está bien, Thiago —me aleccionaba mi madre, reprendiéndome por espiarla.

—… quiero que seas mi puto deseo de cumpleaños —dijo él.

—Quiero ser tu puto regalo —contestó ella.

La punzada me entró limpia, sin avisar, un aguijón en la boca del estómago y otro más arriba, donde empieza el pecho.

«No son celos», me dije. «No es posesión». Era algo más primario, más torpe.

«Esas bragas eran mías».

«No, no lo eran. Nadie es de nadie. No te pertenece. No te pertenecían. Tú las has rechazado».

Tragué saliva.

Me dije que solo iba a echar una mirada para ver por dónde narices había salido Fitz y para asegurarme de que Cami estaba bien.

«Error».

La silueta de Camila sentada sobre el altar, las piernas abiertas, los brazos tensos, la cabeza echada atrás como una ofrenda y él, con un batín azul abierto y los rizos desordenados, hundía la boca entre sus muslos, alimentándose de su placer.

Mi respiración se cortó.

«Míralos». «Una, dos». «No. No los mires». «Tres, cuatro».

El cuerpo me traicionó. Ese viejo calor que no quería reconocer prendió al mismo tiempo que el pudor. No solo por ella, por él, por el conjunto, por el cuadro, por lo que significaba. También por la excitación que mi cuerpo reconocía como propia, por imaginarme avanzando para ser algo más que un mero observador.

De repente, me apetecía estar allí y me planteaba qué pasaría si…

«Mala idea, muy mala idea».

Apoyé la frente en la pared fría, a ver si así rebajaba el golpe de calor. Cerré los ojos un segundo. La lengua se me fue a los dientes, como si necesitara morder algo para no hacer ruido.

«No te quedes. No escuches. No sientas».

Me quedé.

Camila gemía y Mason la sostenía con las manos, como si temiera que se fuera a deshacer. Las palabras sobraban. Sobraba yo.

Lo que me clavó fue el pensamiento más idiota de todos: «Debería haber sido yo».

Una parte de mí me decía que estaba hecho para esa acción exacta: sostener, templar, llevar al borde y parar, y volver a llevar. Control, ritmo, respiración compartida.

«¡Era mi jodida especialidad y mis putas bragas!».

Me vi haciéndolo y sentí el golpe en la ingle. Y cuando quise huir, otra imagen chocó por encima: él, con esa boca, y la sensación de

que no estaba solo deseando una cosa, sino dos.

Abrí los ojos. El piloto rojo seguía encendido y, cuando ella dijo que quería ser su regalo y que iba a odiarlo muy fuerte como no cumpliera, supe que quedarme más tiempo era un suicidio.

Podrían descubrirme en cualquier momento, y no quería eso.

Me aparté y decidí que estaba bien sin mí. Al fin y al cabo, Mase podría darle lo que yo era incapaz de proporcionarle.

Retrocedí. Un paso, dos. Me llevé los dedos a la pulsera roja de la muñeca, la misma que me hizo mi abuela, y la giré como si pudiera atarme otra vez al suelo.

«Sal. Ahora, ya está». «Tres, cuatro».

La salida del pasaje me golpeó con música y voces de golpe. La gente reía. Alguien corría con una cofia de monja. Otro se chocó conmigo y me soltó un «perdón, *bro*». No contesté. Quería aire que no oliera a culpabilidad y ruido que silenciara las voces que llevaba por dentro.

Pensé en buscar a Sienna. Era lo sensato, lo sano. Con la excapitana podía hablar, ser adulto, cuidar de ella como le prometí. Con ella no había sobresaltos ni miedo a los impulsos viscerales. Yo era útil, ú-til. Eso era lo que quería ser.

Fui por el pasillo lateral hasta la puerta que daba a los jardines. Caminé arriba y abajo buscándola, preguntando si alguien la había visto; no estaba donde la dejé.

No podía permitirme cagarla con ella también.

Las palabras de Camila me golpearon: «Solo le bastan dos copas de más para zumbarse al primero que pase por ahí».

No podía recorrer cada habitación de la mansión; además, ella no me pidió eso.

Me senté en el borde de una fuente y metí las manos en el agua, como si el cambio de temperatura pudiera convencer al resto del cuerpo de calmarse.

No quería responsabilizar a Camila de mi estado. No había hecho nada malo por elegir otra cosa. Tampoco a Mase por ser, simplemente, él.

«… No suele interesarme el sexo por sexo. Necesito algo más que puro deseo para acostarme con alguien…». Quería odiarme por usar

la primera piedra que encontré para construir un muro en lugar de reconocer que la falta de sexo también me estaba matando.

«¿Qué clase de hombre dice eso cuando una chica tiembla de deseo mientras tú estás duro como una puta piedra?».

«El que aún tiene miedo y no es capaz de encontrar el foco».

Mi móvil vibró, lo miré. Dos mensajes sin leer de un grupo y uno de mi madre con un vídeo: mi padre bailando con mi tía en el salón, una coreografía que les salió fatal, celebrando un Halloween improvisado. Sonreí, pese a todo. Les contesté con un corazón y un «después les llamo». Guardé el teléfono.

Me levanté, caminé, no miré atrás y volví a retomar la búsqueda de Sienna.

Anduve hasta el aparcamiento y entonces la vi, apoyada en su coche, respirando descontrolada. Aceleré el paso.

—Ey, ¿qué ocurre? ¿Estás bien? —Me miró desencajada.

—¿Puedes llevarme a casa y no hacer preguntas?

«¿Soy capaz?».

Por supuesto. Además, tampoco me apetecía hablar sobre lo que había ocurrido en su ausencia.

Nos fuimos antes de que se me nublara la mente y cometiera la estupidez que me estaba pidiendo el cuerpo.

CAPÍTULO 33



Mason

Los lunes siempre me parecieron un puto horror. Todavía estaba resacoso y con un dolor de huevos gigantesco.

Camila no apareció en mi habitación. Ni un mensaje, ni una nota ni alguien de su parte dándome una excusa para su desaparición. Tampoco vi caras conocidas cuando soplé la vela. Había tanta gente que apenas reconocí a nadie, y eso ya me dejó de mala leche.

No estaba en mi cuarto cuando entré, pensé que igual se estaba haciendo la remolona para aumentar la expectación. A la media hora le escribí, no contestó, y eso debería haberme servido de señal, pero jamás se me hubiera pasado por la cabeza que me hiciera *ghosting*.

«¿Tan mal se lo comí?».

Me pasaron mil cosas por la cabeza, entre ellas que tal vez Thiago se arrepintió de su decisión y fue a por ella.

Tampoco lo había vuelto a ver; no me apeteció regresar a la fiesta y tampoco pareció importarle a nadie que no estuviera para que siguieran sin mí.

Podría haberme liado con el primero que pasara para darme alivio, el problema era que no me apetecía, lo único que quería era beber hasta no sentirme.

Y lo hice. Me emborraché hasta caer en un coma etílico que me arrastró a un sitio que creía haber dejado atrás.

Mason, 7 Años

La bata me apretaba el cuello y olía raro, como a plástico viejo y agua con medicina, no me gustaba nada, todo hacía ruido: el aire, la manta, la aguja del brazo, incluso mi respiración sonaba fuerte, como si el hospital también respirara conmigo.

Mamá dormía en el sillón con una mantita, tenía la boca un poco abierta y la piel debajo de los ojos parecía morada, como si alguien le hubiera pintado con rotulador; papá no estaba, mamá decía que trabajaba mucho porque mi tratamiento costaba un dineral, aunque yo no entendía cuánto era eso, solo sabía que desde hacía tiempo venía poco y que, cuando lo hacía, olía a colonia, mucha colonia.

Me picaba la cabeza, rasqué un poco, otro poco más, miré la almohada y había pelos, muchos, me quedé quieto, el aire también, toqué otra vez y se vinieron más, un puñado; me reí bajito sin saber por qué, pero la risa se me rompió enseguida, puse los mechones en fila, como si fueran mis coches aparcados: uno, dos, tres, cuatro. Otro cayó solo, ¿por qué se me caía tanto?

Quise llamar a mamá, sin embargo, la voz se quedó atascada, el pecho me dolía, tenía ganas de gritar y no podía, no me gustaba estar allí, ni las agujas ni la medicina que quemaba por dentro, ni el olor ni el silencio, ni que mis amigos siguieran yendo a clase sin mí. Mamá prometió que, si me curaba, pronto volvería al cole, pero ya llevaba mucho tiempo ahí y el reloj del pasillo hacía tictac sin parar, como si se burlara.

El estómago me dio una vuelta, alargué el brazo para apretar el botón, aunque no llegué, la náusea vino antes, no encontré la palangana, el vómito salió igual, sobre la manta, caliente y espeso, después al suelo, me ardía la garganta, lloré bajito con los dedos llenos de pelo y de asco, todo sabía mal: el aire, la saliva, las lágrimas.

—Mase… —mamá abrió los ojos, con la voz pegada al sueño—, cariño…

Quise pedir perdón, pero no me salían palabras; ella tardó en darse cuenta de lo que pasaba y, cuando lo hizo, se levantó rápido.

—Ay, cariño —no me gustaba cómo me miraba, era como si le doliera verme. Cuando llegó, me limpió la cara con una toallita y las manos temblorosas—, tranquilo, no pasa nada —dijo, y yo lloré más fuerte.

—Mi… mi pelo.

—No pasa nada, el pelo crece. —Sonrió, pero era una sonrisa triste—. Se te caerá un poco más, ¿vale? Es la medicina, es como un superhéroe que pelea con todo lo malo, y a veces también con lo bueno, pero luego vuelve más fuerte, ya verás.

No entendía de medicinas ni de superhéroes que te dejan calvo, solo sabía que en el espejo cada día quedaba menos de mí, y eso me daba miedo.

—Vamos a llamar a la enfermera, ¿sí? —dijo mamá, pero no le dio tiempo, la puerta se abrió y papá entró con dos niños del cole, una niña con coletas y un niño más alto, el que corría más que yo en el recreo el año pasado.

—Mira quiénes han venido a verte en representación de toda tu clase.

Papá sonrió, como si traerlos lo arreglara todo.

La niña me miró, miró la almohada, el suelo, los mechones, la manta sucia; su cara se dobló como si fuera a llorar y dejó caer el dibujo que traía, el papel se deslizó por el aire y se pegó al charco, la niña se tapó la boca y salió corriendo, el niño se quedó mirando.

—Ala, tienes la cabeza como un perro con sarna —dijo muy bajito, yo fruncí el ceño.

—¿Qué es sarna, mami?

—¡Sácalos! —gritó mamá con una voz que nunca le había escuchado—, ¡sácalos ya! —Papá intentó decir algo, pero no le dio tiempo. La enfermera apareció empujando una silla y todo se volvió ruido, los dibujos se hundían en el suelo mojado; el dinosaurio rojo, el que tenía las firmas de toda la clase, se deshacía despacio, los colores se mezclaban y desaparecían, como si también se estuvieran yendo.

Mami me abrazó con cuidado de no tocarme la vía, tenía las manos frías.

—Te voy a arreglar el pelo, ¿sí? —susurró, pasándome los dedos por la cabeza—, te lo voy a arreglar. —Y yo asentí porque no sabía qué más hacer, me quedé mirando el dinosaurio hasta que ya no se vio nada, ni el rojo ni las letras, solo el suelo gris y húmedo y el ruido del pitido que no paraba nunca.

□□□□□

Cuando desperté el domingo, lo hice con el corazón desbocado, la camiseta pegada al cuerpo y el sol cortando la habitación en dos. La cabeza me zumbaba, los oídos pitaban y la lengua sabía a demonio con resaca.

Toqué mi pelo. Seguía ahí. Rizos, no mechones. Tragué saliva, el aire sabía a miedo y a destilería.

Me até el batín, me puse las gafas de sol y salí en busca de un ibuprofeno como si fuera el Santo Grial.

Todavía había gente en casa, cuerpos desperdigados como ofrendas de algún ritual pagano. Vasos, purpurina, olor a tequila y arrepentimiento.

Entre ellos, el Princeso. Landon Hayes dormido en mi sofá con la cara pegada a un cojín de terciopelo y el alma hecha trizas. Parte del servicio intentaba poner orden al desastre, aunque aquello necesitaba un exorcismo más que una fregona.

Me vestí con mi mejor máscara de alegría y me acerqué a él. Al parecer, tampoco había tenido demasiada suerte con Walsh si había acabado aquí, lo cual no sabía si me producía alivio o un tipo nuevo de desazón.

¿Cruz estaría con Sienna o con Camila? ¿Y si estaba con las dos?

Nah. Cami jamás se acostaría con la Hiena, ¿verdad?

En cuanto lo desperté, le ofrecí mis pastillas y el vaso que iban a ser para mí. Ya pillaría otro después. Lo importante era averiguar qué hacía todavía en mi casa cuando el sol ya estaba alto.

Lo que vino después fue un desfile de palabras a medio camino entre la confesión y la penitencia. Landon hablaba y hablaba, con la

voz cascada y los ojos perdidos, cada frase le costaba un trozo de aire.

Me contó lo del vídeo, lo del túnel, lo de Juliette y la noche en la que todo se fue a la mierda. Que Sienna no le creía y que él no recordaba casi nada. Solo caos, miedo y la sensación de haber hecho algo que no encajaba con lo que era.

Lo escuché sin interrumpir, masticando palomitas rancias y la certeza de que nadie saldría limpio de aquello. Tenía delante a un tipo que cargaba con una culpa que tal vez no era suya y un drama tan retorcido que haría llorar de emoción a cualquier guionista de Netflix; quizá pudiera venderles la historia a mis padres y así verlos más.

Pasamos un rato hablando. Bueno, él lo hacía y yo intentaba mantenerlo en pie con frases medio decentes.

Yo, que ya lo conocía demasiado, supe que la culpa lo estaba devorando vivo.

Entre un chiste malo y una promesa medio en serio, acabamos planeando buscar respuestas: Londres, la chica, las pruebas… El clásico viaje redentor con billete de ida y resaca moral incluida.

No sabía si lo hacía por él o porque necesitaba distraerme de mis propios fantasmas, pero eso, en idioma Fitzroy, significaba compromiso.

El resto del domingo se me fue entre silencios, más alcohol y notificaciones sin respuesta.

Le escribí a Camila tres veces y las tres quedaron en tierra de nadie. No quería hablar conmigo y mi grado de desesperación apestaba. Suerte que habíamos dejado claro que lo que hicimos no iba a cambiar nada.

«¡Joder!».

Pensé en escribirle a Jaxon, pero era domingo, y los domingos eran sagrados: los pasaba con su familia, con Avery, y no quería entrometerme.

Me quedé hundido en mi propio ruido, entre restos de confeti y vasos vacíos, sintiendo cómo la casa iba volviendo a su estado natural, igual que mi cabeza.

Si había algo peor que una resaca era la sensación de que nadie te esperaba al despertar, salvo el servicio, y ellos estaban porque cobraban una nómina.

Mis padres, como era de esperar, no cumplieron su promesa de llamarme. ¿Para qué? Total, ya era mayor de edad, tenía dinero, una mansión, chófer y libertad absoluta. El sueño de cualquier chico de mi edad…, salvo que no era el mío; me habría encantado que alguien me riñera por mis desfases. Aunque sonara a tópico, siempre queríamos lo que no teníamos, y yo hubiera querido unos padres que estuvieran más encima que ellos.

Por eso, cuando llegó el lunes, me pareció todavía más cruel.

Si ya de por sí eran un puto infierno, este venía con una capa extra de silencio y soledad envuelta en papel de cumpleaños.

Un año más y más solo que nunca.

Me levanté sin pensar. Si lo hubiera hecho, me habría quedado en la cama.

Ropa de entrenamiento, mochila, zapatillas. Intenté no mirarme al espejo. Fallé. Parecía un accidente de tráfico con patas.

Hundí la cara en agua fría y me di un par de golpes en las mejillas para espabilar.

—Vamos, Fitz —murmuré—, no jodas el día más de lo necesario.

El móvil: sin mensajes.

Ni de Camila, ni de Jax ni del grupo. Ni un meme ni una queja. Silencio absoluto.

Me rasqué la nuca. No iba a escribirle otra vez, no era tan idiota. Bueno, un poco sí.

Me pasé el trayecto dándole vueltas a cómo podía haberla cagado tanto… Y, encima, sin haberme acostado con ella.

Tenía que conformarme con el recuerdo de su casi corrida en mi boca.

«Cada vez vas a peor, Fitzy».

—Señorito Fitzroy, hemos llegado.

Ni siquiera me había dado cuenta de que el coche se había detenido en el aparcamiento.

—Gracias, Ollie.

La SSU era un hervidero de deportistas uniformados corriendo arriba y abajo. Caminé en silencio hasta alcanzar el pabellón. Ni rastro de Cami, aunque yo había llegado más pronto de lo habitual.

Thiago ya estaba allí, en el potro, sin camiseta, concentrado, como si el mundo no existiera.

Perfecto. El lunes también tenía abdominales con sabor a tentación de chocolate.

—Tienes cara de mal finde —dijo sin girarse; me había visto por el reflejo.

—Y tú estás demasiado desnudo para esta hora —respondí, dejando la mochila en el suelo—. Algunos todavía sufrimos los estragos de una buena fiesta, no es mi culpa si no sabes divertirte.

Bajó del aparato con esa calma irritante suya.

—Lo hago, pero sé dónde están los límites y cuándo parar para rendir.

—Claro, tú eres puro equilibrio. ¿Has visto a Camila?

—No. Pensé que estaba contigo.

—¿Conmigo? —bufé—. ¿Por qué?

Encogió los hombros. Parecía confundido, o sabía algo que yo no.

—Sois amigos.

—Ya… ¿Y vosotros no?

—Tú la conoces de forma más íntima. —Fruncí el ceño—. Me refiero a que yo soy un recién llegado y, bueno, al ver el tamaño de tu casa, creí que igual se quedaría allí para pasar el domingo contigo.

—Camila no suele quedarse en mi casa, además, mi querida amiga tiene bastantes ganas de profundizar más contigo para enriquecer vuestra amistad —comenté algo irritado—. Pensé que igual se había largado de la fiesta contigo, a mí lleva haciéndome *ghosting* desde que la perdí de vista antes de soplar las velas del pastel. Ni los fantasmas contestan menos.

—¿Has probado con la ouija?

Su respuesta me pilló por sorpresa y me arrancó una risa floja. No conocía esa parte de Thiago. Ahora que lo pensaba, apenas había hecho otra cosa que acosarlo; ni siquiera habíamos hablado lo

bastante como para saber quién era en realidad, más allá de lo que veía en los entrenos.

«Eso no es de buen capitán, Fitz».

—¿Dónde tenías escondido ese humor?

—Es difícil sacarlo cuando tú eres el rey del club de la comedia. Estás pálido.

—Quizá me ves pálido porque tú tienes exceso de color.

Esta vez el que se rio ronco fue él, y un latigazo sacudió mis pelotas.

No pretendía que sonara como un comentario racista, porque no lo era, y me gustó que Thiago no se ofendiera.

Lo vi coger la toalla y secarse el sudor. Aún faltaban quince minutos para que empezara la sesión con Graham y Volkova.

Thiago volvió a subirse al potro, concentrado, perfecto.

Me quedé observando, en silencio. Me gustó ver que había adoptado los consejos que le di el otro día.

Cuando bajó de forma impecable, me miró como si fuera una radiografía.

—¿Qué? —solté.

—Nada. Solo que, cuando te callas, das menos miedo.

—Pues no te acostumbres, es solo porque este año ha hecho estragos en mi lengua.

—¿Lo he hecho bien?

—Superior. Buen trabajo, Thi.

—Gracias, capi.

Él sonrió apenas.

El portazo del vestuario me distrajo.

Jaxon entró con la camiseta del revés y una botella en la mano.

—Eh, Mase —saludó—, pensé que habías muerto.

—Lo consideré seriamente —contesté—. ¿Sabes algo de Camila?

—No, ¿por?

—Nada, desapareció de la fiesta.

—¿Y Naomi? —preguntó.

Intenté recordar la última vez que la vi.

—Pues ahora que lo dices…, ni idea.

—Igual se emborracharon y durmieron la mona juntas. Avery pasó todo el finde en mi casa; la dejé hace quince minutos en la resi. O eso, o las secuestraron unos alienígenas.

—Ahora entiendo lo de la camiseta al revés. ¿Polvo mañanero para segregar endorfinas? —señalé.

Jaxon se la miró.

—¡Mierda! —Y salió disparado hacia los vestuarios.

Mi móvil vibró. Nada de Camila.

Solo un recordatorio del médico para confirmar el cambio de cita de la próxima revisión. Guardé el teléfono. Ya lo haría después.

Thiago me miró, apoyado en el potro.

—¿Todo bien?

—Sí, solo un poco cansado.

—Eso se cura sudando.

—¿Es una proposición?

Él negó, sus ojos decían: «No tienes remedio». Era cierto.

—Me voy a la ducha.

—¿Una invitación? —insistí.

—Ya sabes que, por ahora, no.

Se alejó, y mis ojos, desobedientes, se quedaron enganchados en su espalda.

Quizá el lunes no estaba perdido del todo, «por ahora».

CAPÍTULO 34



Camila

Todavía no daba crédito a que las cosas pudieran estropearse tanto en un santiamén, aunque ya debería estar acostumbrada.

La fiesta de Mase fue como una de esas series en las que, al finalizar cada capítulo, el *cliffhanger* era peor que el anterior y no podías dejar de verla hasta que, en el último capítulo, te dabas cuenta de que, para resolver, tendrías que esperar a la siguiente temporada.

Para que me entiendas, hubo varios giros dramáticos e inesperados: el primero, cuando Thiago me rechazó; el segundo, cuando Mase apareció saliendo de una tumba, con un batín de raso a lo Lestat, el vampiro dispuesto a tomarle el relevo y chuparme toda la… No, no la sangre, ya me entiendes.

Me dejó tierna la sinceridad con la que habló sobre el porqué no quiso que eleváramos nuestra amistad a un estadio mucho más

placentero, y, entre tú y yo, a Mase la ternura le sentaba peligrosamente bien.

No era habitual que se quitara la armadura; cuando lo hacía, una bajaba la guardia y entonces perdías las bragas, literal y emocionalmente.

Teníamos claro y meridiano que entre nosotros lo único que habría sería amistad y buen sexo. Ninguno buscaba noviazgos con manual de instrucciones. No me apetecía perderlo, me gustaba demasiado lo que despertaba en mí cuando me miraba con ese descaro de «te voy a arruinar el *gloss*». No era amor, o no el de altar, arroz y reproducir vídeos en *slow motion*, pero si la vida me había enseñado algo, era que se podía querer de mil maneras distintas y, en la mía, quería a ese Mase con risas, sin filtros y con mucha, muchísima lengua entre mis piernas. Porque mi amigo era un maldito máster del universo del sexo oral y del digital. Perdí la cuenta de las veces que me llevó al borde del orgasmo y ahora solo podía pensar en lo que sería un completo con él; cada vez que lo hacía, me subía la temperatura a código rojo.

Estaba convencida de que el cumpleaños habría acabado con una placentera maratón de sexo si el *cliffhanger* que ocurrió cuando volví a la fiesta no me hubiera mandado a la otra punta de la ciudad y sin teléfono.

Naomi y yo andábamos de ruta de hidratación —o sea, buscando algo que no fuera alcohol porque quería llegar en plenas facultades a mis fuegos artificiales con Mase— cuando pasamos junto a la piscina rojo sangre del jardín.

Mi amiga entornó los ojos y apuntó con el dedo.

—¿Eso de ahí es… un animal? —Señaló algo que flotaba.

—Yo creo que a alguien le molestaba el peluquín, o se trata de un trozo de peluche decapitado —le resté importancia. No iba a hacerme la heroína con tacones de doce y sin bragas. Bastante estaba haciendo por la humanidad con evitar que mi escote provocara accidentes.

—Se mueve, Cami.

—Como se mueven mis ganas de beber agua ahora mismo. Es el aire, que lo empuja.

—¡Que no! No es un peluquín, ahí hay pelo y patitas.

—Estamos en Halloween. La gente se pega cosas raras a la cabeza, y donde no es la cabeza, ¿has visto el nuevo tanga de las Kardashian? Años de laser tirados a la basura… Podrían ser unas pestañas con alas o un tupé con patas de araña…

—¡No de esas! —Clavó las rodillas en el suelo—. Está vivo. Se ahoga.

Ahí fue cuando mi mejor amiga, defensora a ultranza de las almas vivas desde que rescató a un caracol a punto de ser aplastado bajo una zapatilla, activó el modo misión.

Cuando se le metía algo entre ceja y ceja, no había quien la parara, por lo que me dispuse a mirar alrededor para sacar esa cosa e ir cuanto antes a por agua.

Naomi, que de paciente tiene lo que yo de monja, agarró una silla plegable.

—¿Qué haces? ¿Quieres que esa cosa se siente como si fuera el cangrejo Sebastián?

—Salvarla —comentó, alargando el asiento.

—Por favor, no. Esa piscina es radioactiva, no llevo bragas y me van a salir algas en sitios donde no debería.

—A este pequeñín no le interesa tu escasez de ropa interior, a saber dónde las habrás dejado, y lo peor… Con quién.

«Si tú supieras…».

—A los tíos de alrededor sí les interesa mi flor —alegué, mirando a un grupo que observaba con más morbo que intención de ayudar.

—Cállate y ayúdame a acercarlo a la orilla, busca algo para que lo enganchemos, un recogehojas, una… ¡Lo que sea!

Yo me puse a rastrear modo sabueso, cuando de pronto escuché un:

—¡Lo tengo! —Me giré y ahí estaba: Naomi en la orilla, estirando la silla como si fuera una extensión profesional de su brazo, intentando cazar al supuesto peluquín animado.

—¡Naomi, no te asomes tanto! —grité, con el presentimiento de que iba a presenciar una estupidez épica.

Entonces ocurrió: la cosa con patas trepó por el respaldo con la agilidad de un ninja peludo y se lanzó a su cara modo Critter. *—Esas*

cosas con dientes afilados que salen en la peli de terror que lleva su nombre como título—. Se desató una pesadilla digna de Halloween. Naomi chilló, intentó sacarse esa cosa y…

Plof. Llámalo Murphy o ley de la gravedad, quizá los dos. En resumen, que hicieron de las suyas.

Naomi directa al infierno rojo y la bola de pelo a corretear por el jardín en busca de su próxima víctima; juro que vi chillar a un tío enfundado en un condón gigante.

—¡Perforación en el látex! —voceé—. Ese ya no te sirve, chaval. —Corrí a por mi amiga—. ¡Mierda, mierda, mierda!¡A la escalera, Nao! ¡A la es-ca-le-ra!

Hice gestos con las manos, rollo azafata en plan de evacuación.

Naomi braceaba, pero la piscina parecía sopa de tomate industrial. Otra mente brillante al otro lado, con un disfraz de brócoli sangriento —o al menos parecía eso—, decidió que era un gran momento para aportar:

—¡Eh, mirad! ¡Es una jedi *mutante!*

—¡Cállate la puta boca, gilipollas! —le solté sin filtro—. A nadie le gustas y provocas flatulencias. ¡Trae una toalla o métete a ayudar!

Sorpresa: no se metió. El humor cobarde era el deporte oficial de la especie humana.

Me tiré al suelo, estiré todo el cuerpo y le ofrecí la mano a Naomi.

—¡Dame los dedos, fuerte!

Ella intentó agarrarme. La cara se le estaba poniendo de un rosa raro, entre el tinte y algo que me dio muy mala espina. Tosió, tragó agua, le tembló el labio. Noté que no tenía fuerzas.

Ahí se acabó mi negociación con el destino. Calculé cero, pensé cero, me lancé. Sí, yo, Camila, la reina de los infiernos, me hice un vuelo del ángel directo al caldo rojo, con la falda subiéndome a la altura del ombligo y mis ganas de vivir agarradas a un suspiro.

El agua escocía como si alguien hubiera echado juguito de maldad o toneladas de tabasco. ¡A la mierda mi ph vaginal!

Abracé a Naomi por la cintura y pataleé buscando suelo, borde o milagro. La saqué a la superficie como pude, tragando yo también esa pócima de villano.

—Respira, cariño, respira —le repetía, intentando arrastrarla hacia la escalera mientras la silla flotaba detrás, como un testigo idiota.

Cuando por fin alcanzamos los escalones, Naomi tosió feo, le vi los ojos vidriosos y un ronquido extraño que no era de risa. Los labios tomaban un color que no venía en mi paleta de Huda Beauty*.*

—No me jodas, Naomi, mírame. —Le toqué la mejilla y le di unas palmadas suaves—. Hey. Conmigo.

Nada de responder con una de sus ocurrencias galácticas. Ni siquiera un insulto cariñoso. La levanté como pude y me dije que no estaba para llamar a ambulancias ni para hostias. Mientras podía andar, la arrastré al exterior y saqué de su riñonera las llaves del coche. La metí en el asiento del copiloto, tirando de su cinturón con las manos temblorosas, abrí mi lado, me senté chorreando y arranqué.

No sabía si aún estaba dentro de la propiedad de los Fitzroy, del estado de California o de mi vida. Solo sabía que mi mejor amiga tenía una reacción chunga y necesitaba ayuda inmediata.

El hospital se abrió ante nosotras siete minutos después. Frenazo en seco, puerta abierta, grito a todo pulmón.

—¡Ayuda, por favor! ¡Mi amiga está mal, está muy mal!

Aparecieron dos enfermeras y un celador con la eficacia de un comando. La subieron a una silla de ruedas, me dispararon preguntas: «¿ha tragado?»; «¿por qué estáis mojadas?»; «¿algún alérgeno?», y yo intentando explicar que la piscina estaba teñida, que había una cosa viva, que se cayó, que respiraba raro, que no pude avisar a nadie mientras conducía porque mi móvil se había ido a mejor vida en el primer chapuzón y no me sabía ni mi propio número.

—Respira tú —me dijo una enfermera, casi maternal—. Y quítate eso, te doy una toalla.

Me envolvieron en felpa y me dejaron en la sala de espera, como si fuera una planta grande a la que había que regar de vez en cuando. A mi alrededor, personas con historiales distintos y aquella televisión de hospital que siempre ponía noticias repetidas. Yo solo veía rojo y olía al miedo de que a mi amiga le pasara algo grave por querer salvar a un animal desagradecido.

Pasó el tiempo, ese que no tenía reloj. Me vacié, mirando el fluorescente, me llené de golpes de corazón en los oídos. Cuando salió un médico con bata sin una sola arruga, me levanté tan deprisa que casi me rompí un tobillo.

—¿Está…?

—Estable —dijo—. Ha sufrido un choque anafiláctico. Vamos a mantenerla en observación. Siéntate tranquila, ha respondido bien.

Sentí el alivio inundándome. No lloré de película, no me eché a su cuello, no hice nada heroico. Solo respiré. A veces eso era lo único que importaba, poder respirar.

Cuando la subieron a una habitación, me dejaron verla. Naomi dormía, con una vía saliendo de su brazo y el tinte marcándole el contorno de la cara. Parecía una guerrera cansada de una guerra absurda. Me atrincheré en el sillón a su lado y el cuerpo, que había estado sosteniéndome a base de adrenalina, cortó la luz.

Me despertó su voz.

—Si cuentas esto, te mato.

Abrí un ojo y me sentí feliz de escuchar su amenaza.

—Buenos días, ardilla vengadora. —Me desperecé.

—No llames a mis padres —susurró, ronca—. No pienso explicar que estoy aquí por rescatar a una cosa peluda y desagradecida, pensarán que soy más estúpida de lo que ya creen por estar en una uni de deportistas. Por favor, deja que te convierta en mi excusa.

A mí no me importaba quedar como el culo con la familia Park, total, ya sabían que me iba la fiesta, así que creerían, sin lugar a duda, que había pillado una buena cogorza.

—Hecho. —Le aparté un mechón teñido—. Pero la próxima vez que decidas salvar una vida, llama a La Patrulla Canina*.*

Sonrió agradecida. La enfermera entró, le tomó las constantes y dijo que seguiría en observación hasta el domingo. Yo asentí, a sabiendas de que no pensaba moverme de su lado.

Nuestros móviles estaban muertos, mejor ellos que nosotras.

Naomi, más lista que yo, se sabía el fijo de su casa, así que pudimos llamar desde el del hospital con mi voz por detrás haciendo acotaciones mudas para que no la delataran las pausas.

El domingo, a mediodía, le dieron de alta. Nos dieron gel para bañarnos y me hice con algo de ropa en la tienda del hall*. El coche parecía la escena de un crimen. Pasamos horas raspando tapicería y echando bicarbonato, vinagre y plegarias.*

Cuando por fin dejó de parecer el set de Carrie*, nos fuimos a la resi. Ducha, ropa prestada, comida de supervivencia.*

Avery me dijo en la fiesta que pasaría el finde con Reyes, así que no sonó ninguna alarma comunitaria. Y yo tampoco es que pudiera mandarle una paloma mensajera para avisar a Mase, o con código morse a través de mi almeja.

Con tanto trajín, pensé que ya le daría las explicaciones oportunas al día siguiente.

La noche me cayó encima como una manta, ni siquiera le eché cuentas a que sin móvil no había despertador.

Abrí los ojos cuando un torbellino llamado Avery entró en la habitación con esa voz suya de «si no corres, mueres».

—i¿Qué haces todavía roncando?! ¡Espabila, Camila! Si no llegamos a tiempo, Volkova nos va a poner a hacer series de mortales en suelo hasta que veamos a San Pedro de juez.

—Ya estoy, ya estoy —dije, rodando hasta caer al suelo, mientras tiraba de un cajón y me metía el top al revés.

Me di cuenta cuando mis dos tetas quedaron atravesadas por la espalda nadadora.

—¿Ahora eres del movimiento *bra less*?

—¡Libertad para mis tetas! —proclamé, haciendo la payasa.

—Venga, que te ayudo a darle la vuelta.

Le tiré un beso en el aire.

—Mira qué bien sujeta.

—Cuando está en su sitio —murmuró, riéndose.

Me puse las zapatillas saltando a la pata coja, me eché desodorante como si fuera un extintor y me colgué la mochila.

Peores lunes había vivido mi cuerpo.

—¿Has apagado la alarma y seguido durmiendo? —preguntó Avery.

—Peor, mi móvil está en el cielo de los teléfonos heroicos —respondí—. Junto al de Naomi. Esta tarde iremos a por otro, cuando

acabemos el entreno de físico.

—¿Han muerto al mismo tiempo?

—Ahogados en un mar de lava picante. En la funeraria de teléfonos ya nos han encargado una lápida conjunta.

—No sé si preguntar el motivo.

—Mejor no, es una historia muy larga y tenemos el tiempo justo.

—Perfecto, mejor me lo contáis en el desayuno, vamos. —Me agarró del codo—. Corre, corre, corre. Si aparecemos un minuto tarde, Volkova nos hace circuito de muerte con salto Tsukahara, veinte dominadas y planchas hasta que nos tiemble el alma.

Nunca había atravesado el campus tan rápido; mi hígado asomó para darme los buenos días a través de mi boca.

El lunes abría las fauces y no iba a dejar que me devorara.

CAPÍTULO 35



Camila

Había lunes que venían con ganas de verte arder y luego estaba ese, que llegaba con mechero, gasolina y público.

Avery y yo cruzamos la puerta del pabellón dos minutos tarde —dos— y ya podíamos ir preparando el testamento atlético.

Volkova nos esperaba con los brazos cruzados y esa cara de «hoy desayuné clavos y no pienso tener piedad con vosotras».

—Tarde —dijo sin pestañear.

—Ha sido… —empecé.

—No me interesan los motivos —cortó—. En este programa, los relojes no están de adorno. Aparatos, vetados. Sesión correctiva para que vuestros músculos recuerden qué pasa si no cumplís como el resto de vuestros compañeros. Si ellos son capaces de llegar a tiempo, incluso antes, no espero menos de la capitana y de ti, Ortiz. Deberíais disculparos por vuestra falta de respeto. Ahora, sin

quejarse: si se os cae una lágrima, la entrenáis para que haga un doble en plancha. Si se os cae un pulmón, también.

Avery tragó aire. Yo asentí con mi mejor cara de arrepentimiento, tipo «claro que sí, mi coronela».

Lo sentí por Avery; no debía haber pagado por culpa de mi «no alarma».

—Lo siento —farfullé.

—Tranquila, para eso están las amigas.

—¿Para que se nos caigan las pestañas de tanto currar?

Ella me dedicó una sonrisa ladeada y yo un suspiro de «lo lamento de verdad».

Miré a la derecha por inercia.

Mase estaba con Graham y dos *rookies*, en postura de capitán que había decidido convertirse en muro.

Ni una mirada. Ni un gesto. Ni un «hola». La indiferencia más ruidosa del planeta.

Vale, anotado: mi no comparecencia en su cama como regalo de cumpleaños se traducía en un «no te quiero ni ver».

El día mejoraba por segundos.

—Ortiz, Dalton. —Volkova señaló el centro del tapiz—. Calentamiento dinámico: treinta *walk-outs* con flexión, treinta *lunges* con salto, treinta sentadillas isométricas con salto y aguantando abajo treinta segundos. Después, planchas.

—¿Treinta también? —pregunté, ya agotada de solo escucharla.

—Gracias por la observación. Sesenta, así cambiamos de número. Cronómetro corriendo.

Avery me susurró:

—Si muero, dile a Reyes que me entierre con mis calleras nuevas.

—Te juro que te compensaré por esto.

Volkova tocó el silbato y se fue a supervisar al resto.

Un entrenamiento doble de físico era lo peor que podía pasarte; las agujetas del día siguiente eran garantía de sufrimiento.

—No lo pienses y empecemos —me dijo Avery.

Manos al suelo, caminata en cuatro apoyos, flexión, regreso, arriba.

Treinta veces.

En la quince ya veía lucecitas. En la veinticinco me pregunté si había firmado algún documento sobre torturas deportivas.

Los *lunges* con salto te hacían arder las piernas.

Cada uno recordándome que no había dormido como un ser humano y que aún debía una explicación a medio mundo, empezando por el rey del hielo, a dos metros.

Volkova deambulaba con el cronómetro como quien paseaba un tigre.

—Más abajo, Ortiz. Y no pares. No entreno a estatuas romanas.

Bajé más. Mis cuádriceps mandaron un burofax: «esto no es vida».

—Dalton, el salto no es para marear, es para ganar potencia —añadió seca—. Otra vez.

Avery mordió el aire y repitió con la dignidad de una heroína del tapiz.

Sobre la barra de equilibrio, Naomi nos observaba con pesar. Le vi vocalizar un «lo siento» al que no pude responder por miedo a desmayarme.

Llegaron las sentadillas con salto.

Las conté al revés, luego en idiomas inventados cuando tocaba aguantar abajo.

Pasé a los nombres de mis personas más odiadas para darme un plus de energía.

A la última, Avery y yo chocamos los puños por reflejo.

Volkova levantó una ceja que decía: «como celebréis, os añado diez».

—Suelo —ordenó—. Circuito de planchas: frontal, lateral derecha, lateral izquierda, *hollow hold*. Un minuto cada una. Tres rondas. Sin descanso.

Por supuesto, ¿para qué descansar cuando todos los músculos ya temblaban?

No sudábamos, éramos una presa hidrográfica desatada.

Durante las planchas, mis codos negociaban con el destino.

Aguanté la primera ronda a base de orgullo y mala leche. En la tercera, los segundos se estiraban como chicle.

Avery contaba conmigo, yo con ella. Éramos dos soldados salvando la patria.

Después de ese día, podríamos alistarnos en los marines.

De reojo, Thiago practicaba salto en el potro. El tío nació para estar en eje hasta cuando respiraba.

Antes de iniciar la carrera, me miró un microsegundo. No con pena, sino con respeto: «te veo resistiendo».

Me bastó para seguir viva.

Porque eso solo había sido el calentamiento.

—Bien —dijo Volkova, que en su dialecto significa «aceptable».

—Dominadas pronas. Si no sube barbilla, cuentan doble. Doce, doce, diez. Luego *rope climb* sin piernas.

Avery y yo nos miramos como quien se lanzaba en paracaídas sin paracaídas.

Subir a la cuerda solo con las manos, en nuestro estado, era la muerte.

«¡Me cago en la leche! Me compro un despertador de los que se enchufan y se acabó depender del móvil».

Nos pusimos magnesia. Subir, bajar, controlar.

En la ocho, mis antebrazos rogaban un rescate de bomberos. En la once, era pura gelatina.

—Barbilla o repite —cantó Volkova.

Esa mujer sí daba miedo, no las pelis de terror.

La segunda tanda fue peor. La tercera, el apocalipsis muscular.

La cuerda sin piernas fue el infierno vertical.

Agarré, apreté, tiré. Subí un tramo, otro. Bajé controlando.

Avery subió con la mandíbula apretada; yo, debajo, por si había que amortiguar su caída.

El entrenamiento siguió con lo que Volkova llamó serie rompe-egos: *V-ups* con pesa, *hanging leg raises*, tijeras, *arch hold*.

Cien en total.

Amenaza incluida: si una se rendía, la otra repetía.

Avery susurró un «te odio» cariñoso.

—Lo sé —contesté—. Ódiame fuerte, lo merezco.

Al terminar, apenas podíamos sostener la botella de agua.

La entrenadora aplaudió una vez.

Juraría que miré el reloj: ¿se había detenido el tiempo?

Nunca había deseado tanto que acabara un entrenamiento.

—Escalera —ordenó—. Subid rápido, bajad controlando. Cada resbalón, una vuelta extra.

A los diez minutos, mis gemelos se quejaban en ucraniano.

A los quince, mi alma pidió un Uber.

A los veinte, pensé en la maldita ardilla y en mi madre diciendo «estudia Derecho, que estudiar no duele y saca a la familia de problemas».

Cuando por fin terminó, Avery y yo caímos al suelo y contamos hasta un millón antes de movernos.

Chocamos las frentes. Ir a estirar era de valientes y nosotras ya habíamos gastado toda la valentía.

Si no estuviera Volkova delante, habría rodado como una croqueta después de esta sesión, o me recogían en silla de ruedas.

Avery se reía sin fuerza mientras arrastrábamos los pies.

—Juro por mi *eyeliner* que me voy a casar con un fisioterapeuta —murmuré, paseando la mirada por Fitz.

«¿Casualidad? Ni de coña».

Aunque él no me quisiera ni ver, ni exhausta podía dejar de pensar en él.

—Y yo con un sofá —replicó Avery.

—Dudo que Reyes te deje, a no ser que él esté tumbado.

Volkova dio dos palmadas.

Mase pasó detrás de mí. Ni se inmutó. Yo fingí que me daba igual.

No se me daba bien disimular con él, así que apreté más para no mirarlo.

—Diez minutos de movilidad articular y elongación. Luego me dan las gracias por no echarlas del programa. Y se van —ordenó Volkova.

—Sí, señora —respondimos al unísono.

Nos tumbamos en el suelo. Avery me agarró la mano.

—No pienso llorar.

—Yo tampoco. Si lloro, que sea de risa, no por este entrenamiento militar.

Cuando acabamos, Naomi se acercó.

—Pensaba que ibais a morir.

—Yo también —contesté—. Me quedé frita, olvidé que no tenía teléfono y Avery ha pagado las consecuencias. Le pienso pagar el desayuno hasta el fin de mis días.

—Me siento fatal —murmuró Naomi.

—Tampoco ha sido para tanto —aligeró Avery.

—Sí, porque todo fue culpa mía.

—Técnicamente, fue culpa de Fitz y su ardilla suicida. Si no se hubiera arrojado a ese mejunje, ni tú habrías ido al hospital ni nuestros móviles habrían muerto. Así que, sí: es culpa suya.

Me incorporé despacio. Busqué sin querer a Mason, que caminaba hacia los vestuarios sin girarse.

Una parte de mí quería pararlo; otra, mandarlo a hacer puñetas.

Pensar en la tarde que nos esperaba solo hacía que deseara dar un salto temporal hasta mi graduación.

No le debía súplicas, pero sí una explicación, si es que quería escucharla.

—¿Ducha? —propuso Avery con ojos de superviviente.

—Ducha, café con mucho hielo y un móvil nuevo —listé—. Cuando acabemos esta tarde, pienso hundirme en la bañera helada de la zona de *spa* hasta mañana. O me criogenizan o reseteo hecha un mamut.

—Yo te pago el móvil, me siento superculpable —dijo Naomi.

—Lo tenía asegurado, así que mejor me pagas la cena y nos ponemos hasta el culo de algo.

—Hecho.

Volkova nos interceptó a dos pasos del vestuario. Le hizo un gesto a Naomi para que se marchara, la capitana y yo nos quedamos solas ante la bestia.

—Ortiz, Dalton. —Nos cuadramos por reflejo—. Llegar tarde es faltarme al respeto. No tolero cabezas en otra parte. Si repetís, no entrenáis, ni hoy ni mañana ni nunca. No me temblará el pulso para sacaros del equipo que irá a los Nacionales. ¿Estamos?

—Sí, entrenadora —dijimos a la vez.

Dio media vuelta y se fue.

Aunque lo que dijo sonara como el culo, nos encendió.

—¿La has oído? —preguntó Avery.

—Cuenta con nosotras para los Nacionales —asentí.

Nos abrazamos fuerte. Su puesto estaba claro; el mío, no tanto.

—Nunca más llegaremos tarde.

—Te lo juro.

La ducha me sentó a gloria. El café, aún más, y, aunque apenas podía mover los dedos en clase para tomar apuntes, solo pensaba en encontrarme con Mase a la hora de comer.

No pasó.

Tuve un examen que se alargó y luego mi compañero, el del puñetero trabajo que me tiró los trastos el otro día, insistió en que lo termináramos juntos o me arrastraría al suspenso final. Lo peor era que tenía razón y, aunque no me apeteciera nada, acabé con un sándwich de cangrejo de máquina y más sueño que dignidad.

En cuanto terminamos, volé al pabellón. Llegué a tiempo, pero no antes, que era lo que pretendía.

Estaba muerta en vida. Ahora no podía flaquear sabiendo que Volkova contaba conmigo para el equipo oficial. Intenté implicarme al máximo, hasta que pasé junto a Mase mientras él hacía *press banca.* Me dije que me pillaba de camino para ir a la zona de espalda. Volkova estaba entretenida, corrigiendo a Harper, así que era ahora o nunca.

—Fitz, tenemos que hablar.

Él ni se inmutó. Solo apretó la barra, los músculos de los antebrazos tensos, el aire saliendo entre los dientes.

—Por favor —insistí—. Te juro que no pretendía dejarte plantado. Quería ir, pero una puta ardilla me lo impidió.

Siguió a lo suyo, subió y bajó el peso sin mirarme, hasta que lo dejó en el soporte.

—Ya… Te escribí. Te llamé. Dos veces. Ni un mensaje ni una respuesta.

Me mordí el labio, el corazón latiendo donde no debía.

—No fue a propósito, lo juro. Mi móvil murió ese día.

Él arqueó una ceja, esa que usaba para dejarte en evidencia con solo un gesto.

—Claro. Y ahora me dirás que la ardilla lo mató, ¿no?

—No, el móvil murió por culpa del chapuzón en ese cóctel explosivo que inundaba tu piscina. Pregúntaselo a Naomi: le dio un chungo por rescatar a ese animalito diabólico y nos pasamos todo el sábado y parte del domingo en el hospital.

Por un segundo, la ironía se le cayó de la cara.

—¿Hospital?

Asentí. Él bajó la voz.

—Joder…

—¡Ortiz! —gritó Volkova desde el otro extremo.

—¡Mierda! —susurré—. Hoy me la tiene jurada.

Mase se levantó de golpe.

—Me estaba ayudando, entrenadora, por poco se me cae la barra al cuello y el equipo masculino se queda sin capitán —mintió sin parpadear.

Ella lo fulminó con la mirada.

—La próxima vez, pide ayuda a Reyes, que para algo es el ayudante del entrenador. Ortiz, a lo tuyo, o te hago repetir el circuito si vas demasiado holgada.

—No, entrenadora, el circuito está fenomenal, gracias por pensar en mí y mi rendimiento.

Me alejé lo más deprisa que pude con las piernas temblando, notando su mirada en la nuca.

Cuando me coloqué bajo la barra, giré el rostro hacia Fitz.

No sonreía, pero tampoco parecía tan cabreado.

Y en esos ojos azules estaba esa chispa peligrosa, la misma que siempre terminaba metiéndome en problemas.

CAPÍTULO 36



Thiago

La barra subía y bajaba sobre el pecho de Fitz con ese temblor último que separaba el control del desastre. Yo acababa de terminar mi serie en la polea y, mientras soltaba aire, vi cómo Ortiz se acercaba a él.

No podía oír lo que le decía, pero sí vi cómo él trató de no inmutarse al principio. Apretó la barra, antebrazos tensos, mandíbula fija. Contó dos repeticiones más, encajó el peso y dejó la barra en su sitio. Ella insistió y el cuerpo del capitán habló, aunque él callara; el de Camila pedía tregua y el suyo guerra.

Dejó la barra y vi que su expresión burlona parecía más mosqueada y herida que nunca.

No podía apartar los ojos de ellos, era imposible, mientras la música petaba en mis tímpanos, confundiendo lo que se estarían diciendo.

Vi sorpresa envolviendo el rostro de Mase y a Volkova acechando en busca de una presa al oler sangre.

La entrenadora cortó el aire en el momento justo en que mi música terminó.

—¡Ortiz! —su voz cruzó la sala—. A lo tuyo.

Camila tragó. Fitz se levantó de golpe.

—Me estaba ayudando, entrenadora —soltó sin pestañear—. Por poco se me cae la barra al cuello y el equipo masculino se queda sin capitán.

Volkova le sostuvo la vista un latido entero.

—La próxima vez, pide ayuda a Reyes, que para algo es el ayudante del entrenador. Ortiz, a lo tuyo, o te hago repetir el circuito si vas demasiado holgada

Camila asintió y se fue, piernas de acero, orgullo en la nuca. Fitz la siguió con la mirada, ni sonrisa ni bronca, pero de pie entre ella y la bala. Ese gesto me atravesó más de lo que admití. La simpleza de que alguien, sin preguntarte, se pusiera delante.

Hice otra serie en la polea; la espalda dolió más de lo que estaba dispuesto a admitir. El recuerdo vino solo, no para contar lo que ya sabía, sino para mostrar lo que me estaban haciendo ahora. Día tras día. Clase tras clase.

En Sociología del Deporte aprendí rápido a sentarme donde no hiciera sombra. Tercera fila, extremo. El doctor Redding soltaba conceptos sobre capital cultural, meritocracia o performatividad. Yo tomaba notas a toda velocidad y medía lo que me llegaba a través del aire, eso que trataba de ignorar.

Siempre había risas que no venían a cuento dos hileras atrás. Al principio, ruido de fondo. Después, patrón.

A la semana, ya sabía quiénes mandaban allí: Colby Grant, Miles Davenport y Rhett McAllister. Apellidos viejos, relojes caros, sonrisas de «esto no va con nosotros… hasta que sí».

Su juego no eran insultos frontales. No en una universidad donde la reputación valía más que un campeonato. Eran golpes a puerta cerrada, que luego abrían para que yo viera el vacío.

Ya no solo se dedicaban a llamarme «Miami» en tono despectivo; cada semana que transcurría, sus desprecios subían de nivel.

La primera vez que me tocó hacer una presentación, alguien cambió el orden de mis diapositivas. Mis conclusiones aparecieron en la segunda diapositiva con un titular «Enfoque de importación» escrito en letra blanca sobre gris, que pretendía desestabilizarme.

Cuando lo vi en la pantalla, supe que no era un error: querían que yo lo notara y boicotearme. Levanté la voz, improvisé. Saqué la presentación como pude y, al volver al sitio, Miles me susurró:

—Buen acento, Miami. ¿Dónde lo aprendiste, en el muelle en el que tu madre se abría de piernas para los borrachos que la ayudaron a quedarse? ¿De verdad sabes quién es tu padre?

Sus amigos se rieron. Risas pequeñas, cómplices.

Yo hice como si no hubiera oído nada, como me enseñaron.

Los susurros llegaban como pequeñas quemaduras. En la puerta, al cruzarnos: «Ey, Miami». En el pasillo: «Hoy sin machete entre los dientes y con el taparrabos olvidado en la jungla de la que ha salido, qué alivio».

Al ver que pasaba de sus comentarios de mierda, lo siguiente fue más grave.

Me llegó un correo que parecía del sistema antiplagio de la universidad, el Turnitin: logo, formato, todo igualito. Si no conocías Turnitin, era la herramienta donde subías los trabajos y te decía si algo coincidía con fuentes públicas: te devolvía un informe con un porcentaje —si era alto, te ponían en el foco—. El mensaje decía: «Similitud detectada 81%. Revise su documento», y traía un enlace. Abrí sin pensar; la página era clavada a la oficial, salvo por una letra en la URL. Subí mi trabajo para revisar el informe y, al instante, me apareció un PDF con mi nombre, mi matrícula y párrafos marcados en rojo, como si los hubiera calcado de un blog. Se me cayó el estómago.

Al día siguiente, el profesor me pidió que me quedara al final de la clase «para comentar una anomalía». Le enseñé el enlace y el informe falso; él abrió la ventana verdadera del programa y el informe real marcaba un 9%.

La web que había visitado era una suplantación diseñada para que yo creyera que había plagiado y, en mi pánico, dejara huella o

reaccionara mal. Habían fabricado la prueba para humillarme sin dejar rastros contra ellos.

El profesor no me llamó mentiroso, pero tampoco pareció sorprendido. Se ajustó las gafas, miró la pantalla y me soltó con voz neutra:

—Bueno… Por lo visto, no hay plagio, pero entiendo que con un 81% en un documento, cualquiera se alarma. Tiene que ser más cuidadoso con los enlaces, Cruz. Aquí, las normas son estrictas.

Asentí. Sabía lo que en realidad estaba diciendo: «vigílate tú, porque nadie más lo va a hacer».

—Sí, señor.

—Bien. Y no se lo tome como algo personal, ¿de acuerdo? Todos tenemos que aprender a adaptarnos.

Me sonrió como si hubiera cerrado una tutoría más, pero su mirada era la de quien ya me había archivado en una carpeta mental: «el becado que da problemas».

Salí del aula con el corazón en la garganta. Había pasado el examen sin que me marcaran un cero, pero había perdido algo peor: la confianza. Sabía que, a la mínima, bastaría otro correo falso, otro malentendido, y sería yo quien firmara la sanción, no ellos.

Esa era justo la jugada. No necesitaban pillarme haciendo nada, bastaba con que me temiera a mí mismo.

Después vino el QR. En un folleto de restaurante elegante que ofrecía una cena de 2x1 si se escaneaba ese día, antes de las 11:00 a. m. Lo hice sin pensar, en mitad de un debate, porque creí que me serviría para invitar a Sienna y levantarle el ánimo.

Media clase escuchó, en silencio, cómo en mi móvil empezaba a reproducirse un audio porno a todo volumen.

—¡Oh, sí, bestia negra, méteme tu polla por el culo y reviéntame con tu rabo salvaje!

El profesor pidió que lo silenciara «de inmediato». Yo sudé frío.

—¿Qué pasa, Miami, la clase no te interesa lo suficiente que tienes que hacerte una paja? ¿Así pagas la beca a los que te la hemos financiado? ¿Cascándotela como un mandril?

—¡Señor Grant, basta!

—¡Es que me parece una falta de respeto! Primero hacia usted y segundo a quienes se han quedado fuera. Estas plazas solo deben concederse a quienes lo merecen, no me gusta que la tenga alguien como él.

—¡He dicho que basta! Guarde sus opiniones para cuando se las pida, y si disiente con el departamento de Concesiones, es libre de presentar una queja. Señor Cruz, quiero verle al final de la clase.

Si fuera por mí, me habría girado para encajarle dos hostias a aquella panda de imbéciles, pero no podía jugármela así, y menos cuando ya les fallé a mis padres una vez.

Cuando todos se marcharon, me quedé a solas con el profesor e intenté contarle lo ocurrido. A su favor diré que me escuchó hasta el final.

—Se lo voy a explicar fácil y para que lo entienda, Cruz. Hay mucha gente que no lleva bien la integración, ya sea racial o económica, y en ambientes como la SSU, aunque se llenen la boca de igualdad y sueño americano, hay mucha falsedad inherente. Intente mantenerse alejado y no caer en sus trampas. Usted es un alumno con mucho potencial, y eso molesta más que otra cosa. No les permita que ganen.

—Usted sabe…

Me cortó y negó.

—Lo único que sé, y llevo en este puesto desde el principio, es que, para el noventa por ciento de la clase, el alumno becado estaba viendo porno en mi clase… No importa su verdad, sino la de ellos, porque ostentan el poder por encima de usted o de mí. Acepte un consejo y apártese de su camino, los chicos como Grant, McAllister o Davenport son mezquinos, y sus padres todavía más. Yo soy un simple profesor a sueldo y es difícil para mí lidiar con estos asuntos porque podría terminar sin empleo. ¿Lo entiende?

—Entonces, según usted, ¿debo mirar hacia otro lado?

—Si quiere seguir estudiando aquí, no hacerlo sería un error.

El profesor me daba la misma solución que mis padres en su día: Guardar la mierda en un cajón, poner el foco en estudiar y entrenar y no regalarles mi reacción.

Empecé a medir mis respiraciones en Sociología —al menos, solo compartía esa asignatura con ellos y duraba un semestre—.

Cuatro tiempos de aire, dos de espera, seis de salida. Nivel de frecuencia cardiaca al mínimo. Nivel de asco, máximo.

Las semanas siguientes, la cosa se calmó, hasta que el jueves pasado tocó debate sobre «Acceso al alto rendimiento». Colby habló de «mecanismos de equidad» en tono condescendiente. Miles se proclamó «muy a favor del talento, venga de donde venga», pero «sin bajar el listón». Rhett asentía con esa media sonrisa suya, lanzándome una que no venía a cuento:

—Miami, ¿crees que los programas de ayuda inflan la percepción de mérito? —Hizo una pausa teatral—. Quiero decir, si no hubiera becas, ¿estaríamos todos en el mismo lugar?

La clase se giró hacia mí. Respiré hondo.

Sabía lo que esperaba: una respuesta que sonara agradecida, sumisa, educada.

No se la di.

—No lo creo, lo sé —dije—. Si no hubiera becas, muchos de los mejores atletas del país estarían sirviendo mesas o levantando cajas en lugar de representar a la universidad. Y algunos de los que están aquí —miré a Rhett sin disimulo— seguirían viviendo del apellido, no del esfuerzo.

Un murmullo cruzó la clase. El doctor Redding levantó la vista, pero no me detuvo.

»El mérito no es un punto de partida, es una meta —continué—. Y si solo pueden llegar los que nacen con el camino asfaltado, no es mérito, es herencia.

Rhett parpadeó, incómodo. Intentó sonreír, pero la mandíbula le tembló.

—Tranquilo, no te lo tomes como algo personal —añadí, aún con voz calmada—. Entiendo que hablar de esfuerzo real puede sonar ofensivo cuando tu mayor virtud es meter una bola en un hoyo.

Risas contenidas. Alguno carraspeó.

Rhett se reacomodó en la silla, enrojecido hasta las orejas.

Redding golpeó la mesa con el bolígrafo.

—Suficiente, señores. Sigamos con el debate.

Yo bajé la mirada hacia el portátil, fingiendo tomar notas.

Por dentro, me ardía la piel.

No por lo que había dicho, sino por saber que, aunque tuviera razón, ellos seguirían riéndose de mí o de los que eran como yo al salir.

El juego, con gente como McAllister, Davenport o Grant, nunca terminaba.

Las normas de la SSU eran claritas: cero violencia, cero ataques a otros estudiantes, porque si entrabas con una beca, podías ser expulsado en formato sobre lacrado con el sello de calidad.

Así que pulí mi sarcasmo como escudo, aprendí a respirar antes de contestar, como si fuesen repeticiones en anillas.

Salvo que hoy habían dado un paso al frente, uno que me pilló desprevenido y que no esperaba.

Hacía una hora que había comido y tenía el cuerpo preparado para el entreno de físico. Cruzaba la explanada de hierba que separaba la zona de restauración del pabellón cuando los vi.

Miles Davenport estaba sentado sobre la barandilla metálica que rodeaba el lateral y Rhett McAllister daba toques con un palo de golf en la punta de su zapatilla, como si aguardaran a alguien.

A mí.

CAPÍTULO 37



Thiago, 1h antes

Bajé el volumen de la música y seguí andando, fingiendo que no pasaba nada.

—Qué casualidad —soltó Miles, cerrándome el paso—. Mira quién viene, el héroe de Miami en estado puro.

No contesté.

—Oye, ¿has visto a tu compañera? —preguntó Rhett, sin levantar la vista del palo que cruzaba frente a mí.

—Tengo prisa —dije, obviando su expresión de «Y a mí qué me cuentas».

—Contesta a la pregunta que se te ha hecho, becado —contraatacó. Me bajé los auriculares al cuello.

—¿Qué?

Hice ver como si no lo hubiera escuchado.

—Tu amiguita, ¿sabes dónde está?

—No sé de quién me hablas.

Miles se inclinó hacia delante, con la sonrisa esa de quien se sabe intocable.

—¿Lo has oído? No sabe dónde está… —comentó, dirigiéndose a McAllister.

—Te lo he dicho antes… Está en la biblioteca con Grant. Se la está chupando bajo la mesa, como buena perra latina que es. Solo sirven para mamadas y, si me apuras, para dejarlas preñadas, mano de obra barata para limpiarte los bajos y la casa.

Rhett rio bajo.

—Una mamona de cuidado esa Ortiz. ¿A ti te la ha chupado ya, Miami? ¿O con los becados no se deja? Grant dice que abre la boca y traga hasta el fondo y sin parar.

Miles añadió:

—Mira la cara que pone… Seguro que no se lo ha hecho porque es negro, y eso que te metiste con ella en el pasaje un buen rato. —¿Cómo sabían eso?—. ¿Qué pasa? ¿Se te resistió la perra o qué?

Apreté los puños. No porque me importara lo que dijeran de mí, sino por lo que manifestaban de ella. Por el desprecio escondido detrás de la palabra «latina» y el trato que le daban a Camila, como si fuera suciedad.

—Lavaos la boca antes de hablar de cualquier mujer y hacer suposiciones de las que no tenéis ni puta idea, sea mi compañera o cualquier otra —dije con calma. No quería que la convirtieran en un blanco por mi culpa.

Rieron bravucones.

—Para tu información, vamos a quedar para follárnosla los tres —continuó Rhett—. Dicen que le encanta abrirse de piernas, y no solo en el tapiz. Es una zorra, como todas las de su especie. Todos los latinos sois iguales, capaces de cualquier cosa para quedaros en este país. ¿A quién le limpia el sable tu madre?

Y ahí se me cruzó el cable.

El mundo se redujo a un zumbido dentro del pecho.

Lo agarré por la camiseta y lo estampé contra la pared lateral sin contemplaciones.

—Retira eso ahora mismo.

Miles soltó una carcajada.

—¿Y qué pasa si no lo hago, Miami? ¿Me vas a pegar, gorila? Hazlo y pierdes hasta la camisa.

Antes de que pudiera responder, algo duro me golpeó en la espalda.

Clac.

El dolor seco me cortó el aire.

Rhett se reía, levantando el palo doblado.

—Mira lo que has hecho, macaco. Este palo vale más de lo que tú soñarías ganar en tu puta vida. O me lo pagas o te denuncio por habértelo cargado.

El golpe me hizo soltar a Miles. Me giré con el puño preparado, pero en ese momento escuché pasos, voces. Un grupo de alumnos cruzaba la explanada y miraba en nuestra dirección. No podía jugármela, no con testigos, por lo que tuve que contener la furia que me devoraba por dentro.

Al que no vi fue a Fitz, que venía justo por detrás de mí.

Se detuvo a mi lado.

—Eh —dijo, mirando a uno y al otro—. ¿Qué cojones pasa aquí, capullos? ¿Todo bien, Cruz?

Rhett levantó el palo, fingiendo calma.

—No le preguntes si está bien. Tu colega se ha cargado mi palo. Solo le decía que tiene que pagármelo.

Mase me buscó los ojos. No dije nada. La verdad completa podía costarme la beca.

—¿Cruz? —insistió.

Tragué. No podía hablar, no podía…

«Respira. Uno, dos, tres…, cuatro, cinco, seis…».

Mason aguardaba mi respuesta, así que tuve que contestar.

—Ha sido un puto accidente —mi voz sonó menos creíble de lo que pretendía.

Bajé la mirada para retener la ira que bullía desatada. Todo lo que me pasaba por la mente era cualquier cosa menos contención.

—A mí me la soplan tus accidentes —escupió Rhett en mi dirección—. Quiero mi dinero, Miami, y me da igual lo que tengas que hacer para conseguirlo. Vas a pagar lo que has roto.

—No es culpa mía que lo pusieras donde no debías para que se te doblara —contesté con la mirada incendiada, y juraría que me imaginé agarrándolo para darle con él hasta que sangrara.

Me importaba una mierda que mi pensamiento no fuera de buena persona, McAllister tampoco lo era, ni él ni sus amigos.

Miles intervino con sorna:

—El que se ha metido donde no debe eres tú, no el palo.

Mase alzó las manos.

—Vale, vale, capullos… A ver si lo entiendo bien, McAllister: según tú, mi colega te ha jodido esa mierda con la que empujas pelotas. En serio, ¿tan mal le va a tu padre en Wall Street que no tienes pasta para comprarte otro que no se joda con tanta facilidad?

Rhett se tensó.

—A mi padre le va mejor que a los tuyos. Menudo bodrio de película ha hecho tu madre; lo único que vale la pena es su primer plano en bolas mientras le comen el coño. Seguro que ha servido para llenar de lefa muchas pantallas.

Mase alzó una ceja sin inmutarse.

—Sin lugar a dudas —respondió despacio—, mi madre tiene un talento especial para que los hombres se la imaginen, sobre todo, los que llevan años sin que su mujer les deje tocarla. Tu padre, por ejemplo, ¿le has visto meneársela con mamá en la pantalla y ahora estás traumado? Supéralo, es ficción, y si alguna vez necesita inspiración, que me lo diga; le consigo el póster firmado.

McAllister alzó el palo para darle a Mason, como hizo conmigo a traición. Lo agarré al vuelo por el centro.

Cruce de miradas con Fitz. Lo entendió todo sin palabras.

Su directo entró seco en el estómago de Rhett. El tipo se dobló y Mase bajó con él para darle un cabezazo que le rompió la nariz. El grito fue bestial. Miles se quedó helado.

—¡¿Qué cojones haces, Fitzroy?! —gritó.

—¿Yo? —Mase abrió los brazos—. ¿Tú has visto algo, Cruz?

—Nada —respondí.

—Pues eso. A tu amigo se le iba a caer el palo que lleva metido por el culo desde que me lo follé en aquella fiesta y, al ir a recogerlo,

se ha dado en la tocha, nada que no pueda reparar un buen cirujano, tu padre lo es, ¿no? —añadió Mase.

Miles abrió mucho los ojos, sorprendido, mientras el otro aullaba de dolor.

—¿Por qué me miras así? ¿Porque sé a lo que se dedica tu padre o porque no esperabas que tu amigo me suplicara que me hiciera con su hoyo?

Rhett sangraba a borbotones, aun así, intentó contradecirlo.

—¡Miente! —balbució.

Mase sonrió, tranquilo.

—Eso es fácil comprobarlo: lunar junto al ojete a las doce menos cinco. Y cuando se la metes con fuerza, chilla como un gorrino y se corre a la primera embestida. Vámonos, Cruz, que no quiero llegar tarde por estos inútiles.

Antes de irnos, me giré y levanté el palo que Rhett había soltado, fruto del golpe en la nariz, para arrojárselo a los pies. Lo miré fijo.

—Por cierto —dije con la voz baja, sin perder la calma—, si vuelves a usar esta mierda para otra cosa que no sea golpear una bola, te lo hago tragar entero.

Nada más soltarlo, sentí alivio.

Miles tiró de él, murmurando algo sobre el hospital. Desaparecieron sin mirar atrás.

Mason me observó comedido mientras arrancábamos el paso hacia el pabellón

—¿Estás bien?

—Mejor que hace un rato —contesté—. Gracias, capitán.

—No me las des. No hay nada peor que un racista homófobo con apellido que se niega a salir del armario.

—¿Va en serio que te lo tiraste?

—Si no era él, se le parecía bastante, y dudo que a Davenport le dé por hacer revisión de lunares. —Me reí por lo bajo—. ¿De qué los conoces?

—Coincidimos en una clase, ¿y tú?

—Al final, Los Ángeles no es tan grande si te mueves en un círculo concreto. ¿Te acorralan a menudo?

—No lo habían hecho antes.

—¿Y por qué no les has plantado cara? Tienes el doble de tamaño que ellos, podrías haberlos aplastado antes de que el imbécil de McAllister te golpeara.

Me sentí mal por que lo hubiera visto y me sorprendió su actuación de mantener la calma para luego darle su merecido.

—También tengo el doble de posibilidades de no terminar la carrera si lo hago. ¿Te suena la palabra «beca»? Pues puede ser un pasaporte de futuro o un puntapié fuera de él.

Mase sonrió sin humor.

—Aunque no te lo parezca, sé de lo que me hablas. Tengo un máster gracias a Jaxon, él también tuvo que tragar mucha mierda justo por lo mismo. Madre soltera latina, criado en barrio marginal, con un padrastro muy cabrón y un padre muy hijo de puta. Si quieres aprender a sobrevivir a todos estos mierdas, pídele clases, se le dan genial. Y si te vuelve a pasar algo con el trío calavera, avísame. Se me da bien golpear cuando las manos de un amigo están atadas y lo necesita. Yo no tengo nada que perder.

Me detuve en seco porque me sorprendió la palabra.

—Tú y yo somos…

—Tú y yo seremos lo que nos dé la gana ser —dijo, medio sonriendo—. No dejes que un término nos defina, muchas veces no engloban lo suficiente. Y entremos de una maldita vez, que como lleguemos tarde, el entrenamiento de Volkova de esta mañana va a ser un paseo por las nubes comparado con el de Hayes.

□□□□□

Thiago, actualidad.

—¡Cambio de ejercicio! ¡Vamos, Cruz! —el vozarrón del entrenador me devolvió a la luz blanca del gimnasio.

—Sí, señor.

Me tocaba la siguiente serie en la zona de peso libre. Tenía la garganta seca, así que fui un momento a la fuente. La espalda me palpitaba con una memoria latente.

Camila llegó al mismo tiempo que yo; nos miramos un instante. No habíamos hablado después de lo ocurrido en el pasaje, ni siquiera me había escrito para entrenar, así que no sabía muy bien cómo actuar. Ella me observó con la seguridad de siempre.

—Tú primero.

Tendí la mano para ofrecerle el paso.

—Has llegado antes; puedo aguantar —contestó, la barbilla alta, la voz más firme que sus manos. Se notaba que estaba exhausta.

—No quiero que aguantes nada y… me gustaría disculparme por…

—¿Otra vez hablando, Ortiz? —Volkova parecía tener un radar.

Quería buscar una respuesta ocurrente como la de Mase para salvarla y…

—Solo le estaba diciendo que el agua sabía rara, que fuera con cuidado.

Fitzroy apareció con una toalla al hombro y una botella.

—Toma, Camila, no vaya a ser que te intoxiques y termines en el hospital.

Remarcó la última palabra. Los dos se miraron, como si hablaran una lengua única que nos mantenía al margen a todos los demás, y yo los observé a los dos, recordando lo que vi, lo que sentí, lo que me apeteció.

Me encontraba frente a una línea que no sabía si cruzar ni las consecuencias que eso traería.

Cada músculo sabía hacia dónde quería moverse, menos la cabeza.

Me quedé quieto, intentando convencerme de que no hacerlo también era una forma de actuar, y busqué con la mirada un lugar seguro: Sienna Walsh, con ella no había peligro ni posibilidad de equivocación.

CAPÍTULO 38



Camila

El entrenamiento había terminado, pero a mi cuerpo nadie se lo había comunicado. Me dolía todo. Hombros, lumbares, glúteos, hasta los dedos de los pies. Volkova nos había puesto físico doble por llegar dos minutos tarde por la mañana y yo podía asegurar que mi alma estaba cubierta de agujetas.

—Te juro que hoy firmo para que me cambien las piernas por dos palos de escoba —murmuré mientras me dejaba caer en la bañera de hielo.

No era santo de mi devoción, solo el remedio para poder moverme mañana si quería seguir en el equipo.

El agua me mordió los muslos. Jadeé como si me hubieran clavado diez agujas a la vez. Avery soltó un bufido en la bañera de al lado y chapoteó para disimular que también estaba viendo las estrellas.

—Nos lo merecemos —dijo, helada, pero digna—. Volkova tenía razón. Dos minutos tarde es tarde igual. Y tengo que dar ejemplo; para eso soy la capitana.

—Tú dilo más fuerte, por si no ha quedado claro —le respondí, tiritando—. Habría preferido que nos cosiera a dominadas. O un examen sorpresa de Ética deportiva. Cualquier cosa, menos esto.

Avery sonrió con esa boca de chica responsable y mártir orgullosa.

—Desintoxicación de ego —sentenció.

—Y de rodillas —añadí, frotándome la rótula—. Las mías han pedido el divorcio. No vuelven a encontrarse.

Rio, y a mí me crujieron los dientes.

Naomi se asomó desde la puerta con el mismo drama que si acabara de anunciarse el fin del mundo.

—Chicas, lo siento. Sé que dije que te esperaría para ir a por el móvil nuevo, pero tengo demasiadas cosas que hacer. Sin él estoy muerta…

—¡Anda, como yo! —protesté.

—Muerta de verdad. Necesito uno nuevo o un trasplante de SIM. Si no, mi *app* del sueño se desconfigura y mi algoritmo llora la pérdida por ser una patana amante de los animales.

—¿Tu algoritmo? —pregunté, mordiéndome un temblor.

—Así llamo a mi corazón —contestó con solemnidad—. Además, he pensado en un mapa de calor para medir microlesiones a partir de las vibraciones del chasis y…

—Adiós, Naomi —la cortó Avery, con la mano levantada.

Mi mejor amiga nos mandó un beso teatral y desapareció.

—Intoxicación digital —dije, hundiendo la barbilla para que el agua me tragara el orgullo—. Puede que me venga bien estar una tarde más sin teléfono. Hoy necesito más el hielo que las *stories* de IG. No creo ni que pueda hacer *scroll*.

—Estoy igual —replicó Avery—. Por eso me he pedido una sesión con el fisio. Necesito que me meta mano hasta el fondo y sin parar.

—Cuidado, que no te oiga Jaxon o se cabreará —otra voz se coló desde más allá del vapor.

Mi útero se contrajo de inmediato. No, no fue porque me entrara un cubito por el bañador.

—De la forma en que necesito que me metan mano, Jax no puede —dijo Avery, fresca.

Giré la cabeza. Mason estaba en el borde de la zona de *spa*, sentado en el banco largo, con una toalla al cuello y el pelo aún húmedo. No se había metido en las bañeras de hielo; se estaba pasando una pistola de masaje por los cuádriceps, lento, con cara de gato satisfecho. Cada vez que la apoyaba, el músculo le vibraba. Cada vez que vibraba, yo tenía pensamientos que no eran aptos para todos los públicos. Lo imaginaba dándome con esa pistolita en otro lugar y…

«¡Largaos, pensamientos impuros, que estoy fatal!».

—Eso no lo sabes —bromeó—. Podría calentarte muy bien la espalda. Y algo más.

—Ay, por favor —dijo Avery, rodando los ojos—. Mi libido ahora mismo está más congelada que mi trasero.

—Le das dos minutos y te descongela con la lengua.

—Pues está en el gimnasio comunitario, así que no sé cómo se las apañará —avisó Avery—. ¿Tú no vas?

Tanto Jaxon como Mason daban clases allí junto al entrenador Hayes.

Mase apoyó la pistola en el banco, se estiró y sonrió como si tuviera la respuesta elegida desde hacía horas.

—Hoy me sustituye el Princeso.

Avery alzó las cejas.

—¿Landon?

—El mismo —dijo él, desenfadado—. Ethan y Connor lo adoran. Y ya sabes: niños y borrachos nunca mienten. Algo bueno ha de tener. Le irá bien quedarse con Jaxon unas horas para confraternizar.

Avery ladeó la cabeza con esa ternura suya que solo veían los más cercanos.

—Me alegra escuchar eso. No es mal tío; solo tiene un padre de mierda.

—Brindemos con cubitos por eso —dije, y hundí los dedos aún más en el agua, por si acaso.

Avery se reacomodó en su bañera y miró el temporizador de la pared. Quedaban cinco eternos minutos. Genial. Trescientos segundos de tortura nórdica.

—Bueno —anunció, incorporándose—, yo me voy. Tengo que ducharme y bajar a la consulta del fisio.

La miré con horror.

—¿Qué haces? Aún no hemos acabado los minutos de rigor.

—Lo sé —dijo, saliendo con un quejido—, pero te dejo en buenas manos. Fitzy, vigílala, no quiero que se convierta en… —pensó un segundo—, en una anciana con caderas de hojalata.

—Muy elegante, capitana —aplaudí, con los dientes castañeando.

—Gracias. —Sonrió—. Nos vemos en la resi, si sobrevives.

La vimos desaparecer y, de pronto, el *spa* se quedó con su rumor de chorros y mi dignidad tiritando. Mason apoyó la espalda en la pared, dejó la pistola y se levantó. Caminó hacia nuestras bañeras y yo seguí todo, confirmando que el daño cerebral por frío era real: ese andar relajado, el elástico negro descansando bajo la toalla, la marca que dejaban las gotas al resbalarle por el pecho… Mal. Muy mal para mi paz mental y uterina.

Se detuvo junto a la bañera que había ocupado Avery. Metió un dedo en el agua helada.

—Ni loco —dijo.

—¿Te da miedo? —pregunté con actitud desafiante.

—Si me meto ahí ahora, lo fundo —contestó sin modestia alguna.

—Ya. A ti lo que te da miedo es que se te encojan tanto los testículos que se te vayan a las amígdalas.

—Puede que eso también influya —admitió, divertido—. ¿Cómo puede gustarte esto?

—No me gusta —reconocí—, pero quiero moverme mañana.

Me observó un segundo. Tenía una mueca medio cómplice, medio hambrienta.

—Podrías salir —propuso—, nos damos sauna y después usaría la camilla para darte un masaje de descarga.

La palabra «descarga» se me metió bajo el bañador como un espasmo. Un pensamiento idiota se encendió: su boca en mi espalda, sus manos en mis isquios, su voz al oído con ese tono que

usaba cuando se reía de mí y, a la vez, me ofrecía el mundo con la lengua. Llevaba días recreando esa imagen. Me ponía a mil.

Tragué saliva.

—Me quedan dos minutos —dije, mirando el temporizador, que en realidad marcaba tres. Qué más daba. No estaba para matemáticas.

—Bien —respondió—. Tiempo suficiente para que me cuentes lo que ocurrió en mi fiesta y por qué no me llamaste.

Cerré los ojos medio segundo. Imágenes: luz roja; sudor; ruido; Naomi blanca como la pared; mis manos en su cara; pisando el acelerador; el hospital. Y luego, el silencio y la angustia pegada al esternón.

—No me sé tu número —admití—. No te ofendas: tampoco el de mis padres. Me he propuesto aprendérmelos en cuanto recupere la agenda del móvil.

—Te habría bastado con buscar en la guía telefónica. Mansión Fitzroy —soltó, teatrero.

—¿Una qué? —Me reí a pesar del frío.

Sonrió y se rascó el pecho con la toalla.

—Vale, puede que yo tenga una en casa porque mis padres son unos raritos de las cosas antiguas… —Bajó la mirada un segundo y la subió con cuidado—. Creí que la había cagado contigo. Por lo que hice. Me asusté.

Eso sonó muy vulnerable, sobre todo, para ser él, y me dolió.

Negué con la cabeza, rápido, casi con urgencia. ¿Cagado? Lo que había hecho era justo lo que yo había querido y lo que no pude tener porque la vida se puso en medio.

—Al contrario —dije—. Estaba muerta de ganas de estar contigo. En serio. Creo que nuestro trato es genial. Necesito sexo y tú puedes ofrecérmelo sin miedo a que se metan de por medio sentimientos absurdos que no nos llevarán a ninguna parte. Por encima de los orgasmos, siempre estará nuestra amistad. Y tu habilidad con la lengua para dejarme lista para empotrar.

Se quedó inmóvil. Fue un parpadeo. Luego, el lado derecho de su boca se elevó, como si no quisiera creerse a sí mismo.

El temporizador pitó. Sonó a gloria. Intenté incorporarme y mis cuádriceps dijeron: «sin comentarios». Mis glúteos hicieron huelga. No había manera.

—Espera —escuché su voz, cerca—. Déjame a mí.

Me agarró por debajo de las axilas con un gesto experto y me levantó como si pesara lo mismo que una mochila. Solté una risa que se me clavó en la garganta porque él estaba muy cerca; yo estaba helada, él muy caliente y todo el universo era ridículo.

—Joder, Ortiz —gruñó—. Eres un puto témpano.

—Gracias —alcancé a susurrar muy cerca de su oreja. Se le erizó la piel y yo lo disfruté mientras me llevaba.

Me condujo hasta la sauna seca y no me quejé. No dije nada. Pensar, pensé un poco: estaba demasiado bueno como para no imaginar ciertas cosas. Después me limité a existir entre sus brazos. Si eso era delito, aceptaba la condena.

La sauna estaba vacía. Abrió la puerta, entramos, me sentó en el banco con cuidado y yo emití un sonido que me habría dado vergüenza en cualquier otro contexto. Volvió a salir para ajustar el temporizador y regresó con un par de toallas. Las extendió en los bancos, una frente a otra, pero al final se sentó muy cerca. Lo bastante como para que el calor no fuera lo único que me subiera la temperatura.

Respiramos. Diez, quince segundos de ajuste. El aire caliente me arañó los pulmones; mis músculos empezaron a rendirse. Mase apoyó los codos en las rodillas, inclinado hacia mí en formato insolente.

Sus ojos hicieron viaje de ida y vuelta: de los míos a mi boca; de la clavícula a la línea del abdomen, con parada para repostar en la separación de mis muslos, y regreso sin prisa.

—Entonces… —dijo en voz baja—, ¿nuestro trato es genial?

Lo miré de frente. Si iba a decirlo, había que verbalizarlo bien.

—No dejé de pensar en lo que habría pasado si hubiera ido a tu cuarto —solté—. De imaginarnos. Y créeme: las horas de hospital, sumadas al calentón que me dejaste, dieron para mucho. Me enfadé con el universo, con Naomi… y con la maldita ardilla de tu jardín, dicho sea de paso.

Se apoyó más cerca. No nos tocábamos más que mediante el calor, pero el cuerpo no siempre distinguía.

—Sabes que, cuando quieras, podemos retomar tu deuda —susurró—. Te pedí a ti como regalo y quiero que se cumpla.

Los pezones se me endurecieron. No fue el calor, sino su voz. Él bajó la mirada un segundo y fue muy consciente de mis pechos en pie de guerra y de su propia bragueta reaccionando en directo. Apreté las manos contra el banco para no hacer estupideces.

—No me mires así —le pedí.

—¿Cómo? —Su cara era una provocación constante.

—Como si ya me hubieras quitado la ropa.

—¿Y si tengo intenciones de hacerlo? —dijo muy serio.

Un pitido nos cortó. La alarma del temporizador de la sauna. No sabía si darle las gracias o insultarla.

Mason se levantó de un salto y me dio la mano.

—A la ducha, Ortiz. Mientras, voy a preparar la camilla.

—¿La de fisio? —pregunté con la lengua medio dormida.

—La de fisio. ¿Recuerdas que tengo el título? Aunque no lo creas, se me da genial lo de magrear cuerpos —confirmó. Yo no lo ponía en duda—. El cuartito de esta planta siempre está abierto y no habrá otra sesión, que Avery está abajo, en la suya.

Era verdad.

Me levanté con una dignidad cuestionable y pasé junto a él, rozándole el brazo sin querer. O queriendo. Daba igual. El efecto fue el mismo: un rayo me atravesó.

Caminé hacia la zona de duchas con paso corto. Estaba destruida, pero había algo dentro de mí que se encendía igual, que pedía salir, y no tenía nada que ver con el dolor de isquios.

—Voy a quitarme el sudor —lo informé.

Entré en la ducha de la esquina. Cerré la cortina y me quité el bañador dentro, con torpeza. Abrí el agua tibia y dejé que me golpeara el cuello. No hubo perfumes ni música. Solo calor y piel. La mía.

Me enjaboné despacio. Los pechos estaban hipersensibles; el agua hacía cosquillas. Froté los muslos con cuidado y noté la tirantez deliciosa de un día duro.

Dolía, sí, pero los deportistas le cogíamos el gusto a esa quemazón. En el fondo, éramos un poco masoquistas.

Me lavé el pelo, cerré los ojos y me quedé un minuto sin hacer nada, escuchando el ruido del agua.

Entonces oí otra ducha abrirse a mi lado. La de atrás. A través del tabique de azulejos se coló su voz, un tarareo bajo, casi más respiración que sonido. Mase.

Mi cerebro no necesitó imagen para replicarlo: él, la piel regada de gotas, la cabeza ladeada hacia el chorro, la mano arrastrándose por los oblicuos, bajando, deteniéndose en…

Me mordí el labio. No iba a tocarme. Había decidido no tocarme porque quería dejarle eso a él. Iba a ducharme, salir, dejar que me diera el masaje como Dios mandaba y pensar en cosas inocentes. No sabía, en los deberes de Biomecánica, en mi madre llamando desde Las Vegas para ofrecerme mandarme la pistola por UPS. Pero la fantasía me agarró del cuello por dentro y me arrastró.

Me imaginé su mano, con la palma llena de callos, en su entrepierna. Sus dedos cerrándose. El pequeño gesto del pulgar cuando apretaba justo donde a mí me mataría. Su boca abierta contra el agua, ese gruñido que conocía, aunque no debería. Y mis manos… mis manos dejaron de obedecer órdenes y se movieron solas.

Me acaricié el costado, bajé por el abdomen, rocé el hueso de la cadera. Un toque, dos, nada más. Suficiente para soltar un gemido bajito que el agua casi se tragó. Casi.

La ducha de al lado se cerró.

Abrí los ojos de golpe. El corazón se me fue a la garganta. Apagué el agua de la mía con la punta de los dedos. Miré alrededor, como si hubiera cámaras.

Estaba sola, sí, pero desnuda, sin bañador y —detalle importante— sin toalla seca. Podía volver a ponerme el bañador mojado y salir a por una. Podía. O podía hacer una de esas estupideces que luego recordabas durante años y te provocaban una sonrisa idiota.

Toqué la cortina.

—Mase —llamé.

—¿Sí? —su tono venía desde el pasillo de las duchas. Cerca.

—Se me ha olvidado coger una toalla seca —dije—. ¿Me la acercas, por favor?

—Dame diez segundos.

Escuché sus pasos. Lo visualicé cogiendo una toalla de la pila, frotándose el pelo con otra, sonriendo para sí. Respiré hondo. Si iba a seguir jugando a esto, iba a hacerlo en serio.

—Aquí tie… —empezó a decir justo delante de mi cortina.

No lo dejé terminar ni que me la pasara por encima.

Tiré de la cortina hacia un lado con fuerza, con el corazón ejecutando un doble mortal en plancha. Me quedé de frente. El agua se deslizaba todavía por mí; el pelo, pegado a la clavícula; la piel, caliente por la sauna y ahora limpia; los pezones, duros y sin pedir perdón.

Y él estaba ahí, con su toalla en la cintura y la mía en la mano, rizos húmedos, mirada ardiente y la respiración bloqueada en mitad de una palabra.

Nos mirábamos.

La toalla se le resbaló un centímetro, como si se hubiera olvidado de para qué servían las manos. Yo sonreí sin sonrisa, esa curva mínima que solo salía cuando estabas a punto de hacer algo que te cambiaba el día.

—Gracias —dije, pero no la cogí—. Feliz cumpleaños, Fitzy.

Y lo dejé mirarme mientras yo veía mi reflejo sólido, dispuesto, en sus pupilas enormes. Un segundo, dos, tres.

El resto iba a ser su decisión, su capítulo.

CAPÍTULO 39



Mason

La toalla casi se me cayó de la mano.

Camila abrió la cortina como quien abría un regalo que sabía que no merecía. Agua resbalando. Piel vibrando todavía de sauna. Ojos que me dijeron «haz algo» sin mover la boca.

Hice algo.

Le pasé la prenda sin apartar la mirada. No la usó, se la echó por los hombros, solo para tener una excusa, y salió de la ducha con esa mezcla de descaro y temblor que a mí me volvía estúpido.

—Ven. —Extendí la mano y mi voz sonó más grave de lo que recordaba. Ella la cogió mientras yo la llevaba por el pasillo del *spa* directo a la camilla.

El eco de mi corazón y el último goteo de la ducha fueron la banda sonora.

El cuartito de fisio estaba medio abierto.

Mesa, aceites, el carrito con vendas y cremas, un altavoz viejo que siempre tiraba a lo mismo: ruido blanco de playa. Encendí la luz cálida, bajé la intensidad hasta que todo quedó en penumbra y cerré.

—Bocabajo —le indiqué, señalando la camilla—. Toalla en la cadera.

—¿Ordenando ahora? —contestó, irónica. Aun así, obedeció. Necesitaba ponerle algo de ropa como barrera o sería incapaz de llevar adelante la sesión.

Se subió y colocó la toalla para que cubriera lo justo.

Su cuerpo gritaba «reconóceme»; la espalda pedía clemencia; el trapecio era un bloque de cemento y mi rabo clamaba desesperado que lo usara a él para martillearla por todas partes.

Puse la pistola de masaje a cargar un segundo y me lavé las manos.

Intenté calmarme y ejercer de profesional, aunque teniendo a Camila desnuda y tumbada, con las ganas a flor de piel, darle un masaje de descarga iba a ser más complicado que subir al Everest. Volví con aceite de romero, ideal para los músculos fatigados.

—Respira conmigo —le pedí, apoyando la palma abierta entre sus escápulas—. Cuatro adentro, seis afuera.

—No soy un globo, Fitzy.

—Hoy eres lo que yo quiera que seas, ¿recuerdas? Eres mi puto regalo.

La primera exhalación la soltó con una risa. En la segunda, ya bajó los hombros. En la tercera, la sentí entregarse medio centímetro. Era suficiente. Por supuesto que me moría por follarla, pero también sabía que, en ese momento, necesitaba más mis manos.

Calenté las palmas, ungiéndolas en aceite, y empecé por los gemelos. Presión larga, arrastre lento, nudillos en círculo. Noté los microespasmos que indicaban que la musculatura reaccionaba ante mi contacto. Bajé al soleo despacio, recreándome en cada palmo descubierto.

Un quejido suave y exhalado.

—Due… —empezó.

—Lo sé —contesté—. Aguanta ahí, tres respiraciones, necesito que te relajes y que colabores.

Se clavó el borde de la camilla en mis muslos cuando me incliné. Puse el pulgar en un punto que los atletas odiaban y amaban a la vez.

—Ahí no —pidió.

—Justo ahí —dije—. O este nudo no va a dejarte dormir.

—Preferiría que fueras tú el que no me dejaras.

Su confesión reverberó en mi entrepierna.

«Relaja», me dije a mí mismo.

—Para que podamos llegar a ese punto, primero necesito que tú estés bien. Te crees invencible y no estiras lo suficiente cuando toca. Llevas dos días nerviosa, estoy convencido de que tu psoas lloraría si hablara. —«Y mi polla también llora». Silencio—. ¿Me equivoco? —pregunté, inclinándome hacia su oído.

—No, pero mi coño también llora.

Estaba contra su cuello, sin tocarla con la boca, mientras su cara caía por el agujero de la camilla y sus palabras rebotaban contra el suelo directas a mi erección. Gruñí con suavidad.

—Te prometo que a eso también le daré solución. —La sentí suspirar—. Te gusta.

No era una pregunta.

Su cuerpo respondió antes que su lengua —un temblor leve bajo mis manos—, y retomé el masaje. Bajé a isquios, más aceite, su piel lo absorbía como si nada. Las moví con lentitud y profundidad, dejando que sus gemidos y contoneos me hablaran. La pistola de masaje vibró al lado, como un animal esperando su turno.

—¿Qué ha sido eso?

—Tengo algo para ti…

—¿Juguetitos, capitán?

—Herramientas —corregí—. Hoy soy técnico, tu fisio, no tu amigo con derecho a orgasmo. —Oí un sonido de protesta—. Si te portas bien, tal vez ejerza de mago, tú de mi ayudante y terminemos echando un polvo mágico.

—Mmm, ¿tienes trucos?

—Varios.

Subí la toalla, despejando área, y ella contuvo el aliento.

Deslicé las manos por el glúteo medio, dedos en abanico, presión cruzada. A cada pasada, la carne se movía.

«No mires, no mires, no…».

«Visión de coño encharcado. ¡Hostia puta!».

La boca se me hizo agua al recordar su sabor, quería comérselo de nuevo y que esta vez se corriera en mi puta cara.

Aparté el pensamiento y aproveché para trabajar en el sacro: talón de la mano en el borde, microbalanceo. Ese puñetero sitio encendía a cualquiera si sabías cómo. Ella se arqueó y mordió el gemido.

—No te contengas —le pedí—. Aquí no hay vecinos.

—Eres un capullo.

—Y tú suenas demasiado bien cuando sueltas el aire y estás excitada. Dime, Ortiz, ¿cómo tienes los pezones ahora?

—¿Por qué no me das la vuelta y lo compruebas?

—Lo haré, no te quepa duda, pero cuando yo decida que has tenido suficiente por este lado.

Di un paso a la izquierda y subí por los paravertebrales. Aceite mínimo, fricción con la base de la palma. Cambié ritmo: de lento a más lento. El truco no era ir fuerte, sino más despacio de lo que creía posible, recreándome. Que el cerebro no supiera qué venía.

—Abre un poco más las piernas —dije.

Me hizo caso. La toalla seguía fuera de lugar y el espectáculo era la hostia.

Puse la pistola en nivel bajo y la llevé al gemelo, con la mirada puesta en aquel lugar sombreado y goloso.

Vibración profunda que viajaba a lugares que el manual no mencionaba. Cambié a isquios, subí milímetros. Me paré justo antes de donde el masaje dejaba de ser masaje, recreándome en la visión de sus labios temblorosos y brillantes. Ella agarró el borde de la camilla.

—Fitz…

—Shhh, respira.

—Si no lo hiciera, estaría muerta.

Reí por lo bajo.

—No lo estás haciendo como te he enseñado. Me estás mintiendo. Otra vez, conmigo…

—No hace falta.

—Ya lo creo que sí, mi regalo obedece y no quiero que te corras con una herramienta, Ortiz, a no ser que sea la que tengo entre las piernas.

Hizo una exhalación que fue casi un suspiro roto. Apagué la pistola. Volví a las manos.

Dedos largos a lo largo de la banda iliotibial; cuando llegué a la cadera, me detuve y repartí el peso del cuerpo en un punto que enseñaban en cursos de terapia miofascial y en camas con sábanas revueltas.

No dije nada, no hizo falta.

—No me estás tocando ahí —dijo sin voz.

—Lo sé.

—Pero se siente como si…

—También lo sé —repetí, y bajé un poco más, casi a rozar, casi.

El «casi» era un idioma que, si lo dominabas, descubría placeres inimaginables.

Me incliné sobre su espalda, sin peso, y le hablé a dos centímetros de la oreja.

—Te voy a encender sin tocarte donde crees que necesitas —susurré—. Y, cuando lo haga, vas a llorar porque era ahí desde el principio.

El latido en su cuello me respondió.

Me obligué a volver al papel de técnico; este iba a ser, con diferencia, el peor-mejor masaje de mi existencia y de la suya.

Trapecio. Su cuello tiraba hacia la derecha, se lo coloqué con un gesto suave. Puse mis pulgares bajo la base del cráneo y sostuve.

Aquí entraba en juego la paciencia, esperar a la fusión; cuando soltó, el aire cambió de temperatura.

—Dime que sí —le pedí.

—¿A qué?

—A todo.

No respondió con palabras. Deslizó la mano y me buscó el antebrazo, los abdominales, tiró de la toalla y apretó lo que más la

necesitaba.

Si eso no era un «sí» en toda regla, que bajara Dios y lo viera.

—Quiero tu polla.

—Todavía no, suelta.

Lo hizo frustrada.

El siguiente truco era de respiración. Coloqué mi mano en su dorsal, baja, y marqué un ritmo:

—Cuatro dentro. Ocho fuera. Otra vez. Siente cómo se derrite el borde, ahí, donde duele —guie—. Ahora, aguanta dos y suelta.

Cumplió, quedándose en mi compás, su anatomía entendió la orden. El dolor se deshizo del nervio y dejó solo esa sombra que te avisaba de que vivías. Entonces sí, me permití un premio: lamí un camino corto desde su hombro hasta la nuca, nada obsceno, nada largo, o tal vez un poco.

—Eso no lo hacen los fisios —susurró.

—Es supervisión de calidad.

Pude verla sonreír contra la camilla.

Pasé al otro lado, repetí. Toque terapéutico, microbocado invisible al terminar la línea, apenas la presión de los dientes para que su cerebro me archivara en el cajón de «peligro/placer».

Cogí aceite y lo vertí al inicio de sus nalgas. Volví al sacro, deslicé los dedos hacia dentro, guiando el movimiento, sin invadir mientras el aceite la rozaba de manera sutil. Sus caderas siguieron mi mano, como si yo fuera gravedad.

—Dame la mano —le pedí.

La soltó, la tomé, la llevé a su propia espalda, entre sus escápulas, y la dejé ahí. No era que fuera a realizarle un estiramiento de esa zona ahora mismo, solo quería tenerla en una posición en la que no fuera a esperar lo que iba a hacerle.

—No te muevas, no te toques, solo siente.

—Eres un sádico.

—Soy tu sádico y el que te va a dejar nueva.

Tomé la pistola otra vez, nivel medio. Pasadas lentas sobre glúteo, en abanico, sin entrar en terreno prohibido. El cuerpo hizo un arco involuntario y se me escapó un «joder» en voz baja que no pretendía que oyera.

—¿Qué? —preguntó, con una risa que tembló.

—Que eres arte cuando te dejas, y cuando no te dejas, también —contesté sincero.

Apagué. Le hice los estiramientos escapulares. Cambié al codo, liberé puntos gatillo como si estuviera abriendo cerraduras. Cada chasquido interno le arrancó un gemido; alguno se pareció peligrosamente a un sollozo. Bajé de intensidad, más aceite, palmas y el carril central de la espalda.

Las apoyé quieto, solo calor, solo mi peso, tan leve que parecía aire.

—Date la vuelta —dije por fin.

Giró despacio. La toalla siguió el movimiento y se quedó atrapada bajo ella. Nada quedaba oculto; ni siquiera en sus ojos chocolate profundo.

Le coloqué un rulo bajo las rodillas. Abrí un poco sus brazos, palmas hacia arriba. Examen rápido de fisio de verdad: respiración clavicular vs. diafragmática, tono de pectorales —vale, ni afirmo ni desmiento que me recreara en sus pezones oscuros y jodidamente tiesos—, tensión en escalenos. Todo decía lo mismo: agotada y en llamas.

Tomé el bote de nuevo y volqué un poco en mis manos.

Empecé por los hombros. Amasé su trapecio superior. Deslicé a esternón con una caricia en forma de V que no tocaba sus pechos, pero inflamaba esos putos botones hacia fuera, listos para la succión. Se le escapó un jadeo. Fui a costillas inferiores.

—Voy a hacer compresiones suaves aquí —advertí—. Puede darte ganas de llorar o reír. Es normal.

—Contigo, nada es normal.

—Por eso te quedas aquí.

Presioné en el borde de la caja torácica al ritmo de su respiración. Era un truco tántrico básico, pero eso no se lo iba a decir. Si ayudabas al diafragma, abrías puerta a media docena de sensaciones que quedaban ahí atrapadas.

Su abdomen se agitó como un sonajero. Solté, volví y subí al cuello. Tomé su cabeza entre las manos y la sostuve. Silencio. Mis ojos ahondando en los suyos.

—Mírame —pedí.

Me obedeció.

—Bien —dije—. ¿Confías en mí?

—Sí.

—Ahora, cierra los ojos.

—Me gusta demasiado lo que veo.

Eso me hizo sonreír.

—A mí también, pero hazme caso, por favor.

Los cerró y yo me permití verla. Las pestañas húmedas, la boca apenas abierta, sus pechos turgentes y las rodillas separadas, ofreciéndome el placer más absoluto. Era perfecta. Apoyé la yema de un dedo justo debajo del ombligo, sin presión, solo contacto.

—Concentra tu respiración y haz que vaya hasta aquí —susurré.

No puse peso, no moví. Mi otra mano voló a su esternón. El cuerpo hizo el resto: un pulso que fue de mi mano a mi dedo y volvió como una marea. Ella tembló.

—Fitz…

—Sí.

—No pares de hacer lo que sea eso.

—No voy a parar.

Me incliné, toqué su boca con la mía, apenas. Un beso mínimo, de esos que te dejaban más necesitado que si te comieran vivo. Su lengua buscó la mía. La recibí. Subí una mano a su mandíbula; la otra siguió en el esternón mientras trataba de respirar como le había pedido.

Cambié de ángulo y mordí su labio inferior con cuidado.

—Te voy a dejar tiritando —susurré, y no era una amenaza—. No como el jodido hielo —le aclaré—. Y luego vas a dormir como una reina para follarme en tus sueños.

—No… quiero… dormir esta noche —confesó.

—Ni yo.

CAPÍTULO 40



Mason

Bajé a su clavícula y dejé un lametazo lento, limpio, como firmar un cuadro. Ella soltó un sonido que me encendió la espina dorsal. Le separé el pelo del cuello y me lo guardé en la muñeca, como si fuera una pulsera. Besé detrás de la oreja. Volví a hablarle ahí:

—Sigue respirando —le ordené, suave—. Hoy mando yo.

—¿Siempre mandas?

—Solo cuando me apetece, con quien me apetece e intuyo que le gusta.

—Me gusta.

Entonces quité la pistola del carrito y la llevé a un punto que no era explícito, pero lo rozaba desde la orilla como una ola cabezota.

Vibración baja, movimiento en ocho. Me vio sonreír y entendió.

—Fitz —advirtió, y esa sílaba se convirtió en otra cosa cuando la vibración encontró eco en su pelvis.

—Shhh. Respira. Déjalo subir. —Estaba al borde del precipicio.

Una, dos, tres pasadas. Apagué; mano caliente justo después para confundir al nervio.

Volví a encender, cambié la velocidad, el golpeteo viajó. La vi apretar los dedos contra la camilla.

Subí, bajé, me detuve en el instante de quiebre. Ella soltó un insulto suave, reí con su cadera buscando una liberación que no llegaba. Le negué con la cabeza, todavía no.

—Di «por favor» —pedí.

—Vete a la mierda.

—Eso no es «por favor».

—Eso es «por favor» en mi lengua materna.

—Me apetece conocer a tu madre.

—Mason —su tono era de advertencia.

—Camila.

—Por favor.

Aparté la pistola. Se la puse en la palma de la mano y la cerré con la mía.

—Cuando te diga «ahora», la enciendes. Nivel uno. Donde yo te ponga la mano. ¿Entendido?

Me miró confundida, loca, preciosa.

—Entendido.

Acaricié su muslo por dentro con los nudillos, muy arriba, y la llevé con el cuerpo hasta el borde de la camilla. Me coloqué entre sus piernas con naturalidad. No hubo prisa. Solo ese segundo en que todo se decidía. Puse mi mano abierta sobre su bajo vientre, dedos mirando al borde. Toqué con la yema de dos dedos un punto al costado de su cadera que encendía la médula hasta la nuca.

—Ahora —susurré.

Encendió. Vibración suave en el lugar indicado. Mi boca bajó a su pecho, no al centro, sino a un pezón, y succioné. Lengua, calor, mano apretando su cadera para que no huyera de sí misma. El mundo se redujo a ritmo y respiración. Ella me agarró el pelo con la mano libre. Yo dije su nombre contra la piel erecta.

—Más —pidió.

Obedecí.

El zumbido de la herramienta, mi mano vagando dispuesta a cruzar el límite, su respiración, mis dientes arañando… y el borde.

La aparté un segundo. Le marqué otro compás con la boca en el vientre. Subí, contemplé el deseo en su máxima potencia, abierto, sin nada que ocultara lo que pasaba entre nosotros. Asentí y la dejé caer, con mi lengua como sostén, en su punto más oscuro.

La camilla crujió y aguantó.

Cuando la ola subió, me la comí con la boca y su garganta libre me contó lo que ya sabía a través de jadeos y gemidos. Tembló, tiró la pistola al suelo, me arañó los hombros. Se arqueó, metí los dedos hasta lo más profundo mientras le saqueaba el clítoris, los labios y cualquier recoveco que mi boca fuera capaz de alcanzar.

La saboreé, la devoré, la follé con las yemas de los dedos hasta que no pudo más y, sin pedir permiso, se rompió. Yo sostuve, abrí, bebí y ahogué mi sed.

No solté de inmediato. Nunca lo hacía cuando temblaban. Me recreé en su sabor hasta que dejó de agitarse.

Tardó unos segundos en volver a ser persona. Yo respiré contra su coño, esparciendo besos húmedos, contando mientras mi cerebro repetía el mismo pensamiento idiota:

«¿Va a querer más?».

«Ocúpate de que así sea».

Me aparté un respiro, nos mirábamos, ninguno habló y su sonrisa me hizo desearla todavía más, si es que eso era posible.

La eché a un lado.

No hubo discurso, sino manos torpes por el hambre. Hubo prisas que supieron esperar lo necesario. Hubo risa rota cuando la camilla volvió a crujir en protesta, anclándome con su pierna sobre mi cadera para que nuestros cuerpos se pegaran y mi polla la rozara mientras la besaba.

Le di un golpe al carro de vendas cuando mi glande se deslizó por encima de su humedad al completo.

Su boca me dijo «sí a todo» en un idioma que no habíamos ensayado.

Y cuando me puse sobre ella y Camila me guio a su interior, sin manual, sin eufemismos, sin sala de espera, no pude describir lo que

sentí en cuanto empujé hasta el fondo y sin reservas.

Solo diré que el tiempo hizo un ruido raro. Sentí su pulso en mi lengua, en mis dedos, en mi propia cabeza. Me perdí un segundo y me encontré dentro del mismo cuerpo que estaba riéndose hacía unos minutos de la palabra «descarga».

Nos mirábamos de nuevo a los ojos, acoplando la intensidad.

Descubrí que me gustaba verla jadear, que cerrara los ojos a la vez que los músculos de su conducto vaginal.

Todo daba vueltas y no podía dejar de rumiar que jamás debí pensar que esto podría ser un error, porque los errores no hacían que el corazón se llenara de algo tan brutal.

Empujé varias veces sin querer que terminara, aunque fue inevitable cuando Camila se corrió de nuevo y su orgasmo tomó de la mano al mío.

No fue una explosión, sino un derrumbe en toda regla. Como si por fin hubiéramos dejado caer algo pesado que sosteníamos desde no se sabía cuándo. Se me aflojaron las piernas; apoyé mi frente contra la suya y reí sin aire.

—Joder —dije sin filtro—. No acepto un veredicto inferior a: «Ha sido la puta hostia y el mejor regalo que me han hecho nunca».

Ella no dijo nada. Me tiró de la nuca y me besó, como si necesitara recordarme que compartíamos contraseña.

Me quedé allí, disfrutando del beso, escuchando su respiración, mi propio corazón pegando golpes tontos contra las costillas.

La pistola de masaje seguía encendida en el suelo, zumbando bajito, como riéndose de nosotros. Ya se le acabaría la batería.

Cuando nuestras lenguas amenazaban con pillar agujetas, me separé un poco. Tenía la cara aún enrojecida, el pelo pegado en la sien, la sonrisa de quien sabía que cruzaba un río sin saber si alcanzaría la orilla o se ahogaría en el intento.

Pensé una estupidez que no iba a decir en voz alta. Sobre todo, porque no tocaba, pero a ti te lo contaré; hacía tiempo que no me sentía completo, y no lo supe ver hasta ese momento, hasta ella.

«¡Dios!».

«No, no, no», ese pensamiento no estaba bien

—Levanta, Ortiz —le dije con una sonrisa floja, besándole la punta de la nariz—. Si te quedas así, te contracturarás. Y yo ya he trabajado bastante por hoy para que no suceda.

—No, por favor —susurró con la voz arrugada, bloqueándome con sus piernas—. Después de esto, dudo que pueda volver a andar.

—No te preocupes, te llevo.

Salí de su interior bajo protestas y entonces me di cuenta.

—¡Hostia puta, el condón!

—¿Qué condón? ¿Te habías puesto condón? ¡¿Se me ha quedado dentro?! Pilla una linterna.

—¡No, justo lo contrario! Se me ha ido la puta olla, Cami, lo-lo siento…

Ella sonrió, relajándose de inmediato contra la camilla.

—No pasa nada, tomo la anticonceptiva. Siempre nos hacemos analíticas antes de empezar la temporada y no tengo ninguna ETS, así que no debes temer que se te caiga el rabo. ¿Tú has follado con alguien sin gomita después de los análisis?

Pensé en sus palabras. Lo de mi noche loca sucedió justo el finde de antes y lo hice con protección.

Negué, algo más relajado, aunque mi descuido había sido imperdonable. Miré sus piernas abiertas y una sensación entre obscena y primitiva me tomó por sorpresa cuando vi salir mi corrida.

—¿Ves algo que te guste? —Juntó las plantas de los pies, separó las rodillas y se balanceó, ofreciéndome un primer plano inesperado.

—Sabes exactamente lo que veo.

—Lo veo en el reflejo…

Me había olvidado del espejo. Camila estaba apoyada en sus codos, mirando.

—Me gusta notarte ahí y saber que goteo por ti…

—Me vuelas la puta cabeza.

—¿Sí? ¿Y por qué no me la vuelas a mí devolviendo tu ida de olla al lugar que le corresponde?

No estaba muy seguro de lo que estaba haciendo, solo supe que, ante su petición, empujé mis dedos en su interior muy hondo y comencé a moverlos de nuevo, perdido en la sensación de mi corrida.

—Mmm, me gusta.

—Eres insaciable. —Abrió mucho los ojos—. Te tenía demasiadas ganas, tantas que ni Volkova ha podido con nosotros.

—Eso es cierto. Siéntate.

Lo hizo, y yo no dejé de masturbarla, ni siquiera cuando me senté detrás para seguir tocándola, memorizando su interior con las yemas. Me gustaba vernos, con su espalda apoyada en mi torso, mi otra mano jugando con sus pechos, acompasados por sus jadeos y sus dedos enredados en mi nuca.

Busqué la zona abultada y rugosa de su interior y la premié con la cadencia correcta que me indicó su respiración entrecortada.

—Así, Cami, dame uno más y deja que te vea.

No necesitó que le diera otra indicación, al siguiente roce volvió a estallar; moví su rostro para que nuestras bocas se unieran y tragar la dulce melodía que llevaba mi nombre.

Camila estaba totalmente desmadejada cuando me bajé de la camilla y la alcé entre mis brazos. Teníamos que largarnos antes de que cerraran el pabellón y el vigilante hiciera su ruta de siempre por si se había quedado alguien.

Su risa me golpeó el cuello. Me mordió el trapecio en venganza por lo de antes.

Caminé con ella hasta la ducha y nos enjaboné rápido.

Al terminar, la senté en el banco del cuartito envuelta en una toalla. Le pasé otra por el pelo. Le di de beber agua de mi bidón.

Sorbió sedienta. Me quitó la botella y me salpicó la barbilla. Rio juguetona, la besé otra vez.

Me aparté el pelo de la frente y miré el reloj de la pared. Quedaban diez minutos, suficiente para poner la camilla decente, recuperar nuestra ropa y fingir que solo habíamos hecho lo que decía el cartel: fisioterapia.

—Feliz cumpleaños —dijo, copiándome la sonrisa de depredador que a mí me salía sin querer.

—El más feliz de mi vida —contesté.

Recogí las cosas de manera mecánica, el cuerpo todavía tratando de decidir si temblar o flotar.

Guardé la pistola, limpié el aceite.

Ella se puso de pie, a sabiendas de que se le habían aflojado las rodillas por cosas no médicas, y me ayudó.

Nos cambiamos juntos y me tiró del elástico del calzoncillo, solo por joder. Le guiñé un ojo y ella me correspondió con otro guiño.

—Nuestro trato es genial, ¿no te parece? —dijo, como quien firmaba el contrato de su primera casa.

—Nuestro trato es peligroso porque eres adictiva —corregí, pero ya estaba sonriendo.

Terminamos de vestirnos y salimos al pasillo con una complicidad nueva colgada entre nosotros.

—¿Sigue en pie tu oferta de no dormir? —preguntó, mordiéndose el labio.

—¿En serio? ¿No te he dejado satisfecha?

—Oh, sí, pero ya que lo has propuesto… Aunque, si no puedes seguirme el ritmo, lo entenderé.

—Puedo.

Sonrió e hizo palmas.

—Me flipan las maratones de sexo. Paso por la resi a buscar algo de ropa, ¿me esperas en el aparcamiento?

—¿Y qué vas a decirle a Avery?

—Nada, que me ha surgido un plan. No suele preguntar con quién me acuesto, no es de esas. —Paró en seco cuando llegábamos a la salida—. Porque… Estamos de acuerdo en que esto es mejor llevarlo en secreto para que nuestros amigos no vean cosas donde no las hay, ¿verdad? —Noté una punzada de algo, pero me recuperé rápido; serían gases.

—Verdad.

—Bien, entonces espérame, iré muy rápido, solo tengo que coger la ropa para mañana y el bolso con el portátil. Me gusta la idea de estar muy desnuda en tu cama.

No le hizo falta añadir más, ya me tenía ganado y listo para el segundo asalto.

CAPÍTULO 41



Naomi

Conducir siempre me había relajado, o eso decía mi *app* de *mindfulness* antes de morir junto a mi móvil por querer salvar una vida.

Pobre de mí y maldita ardilla desagradecida.

La pantalla del Tesla marcaba «modo automático de conducción», pero la que iba en piloto automático era yo. *Light Years* de The Midnight llenaba el coche con esa atmósfera de astronauta existencial que hacía que todo pareciera más trágico de lo que era; cada vez que pensaba en lo ocurrido, se me revolvían las tripas.

Un día y medio en el hospital por un choque alérgico, todo por saltar a una piscina con un mejunje radioactivo nivel plutonio para rescatar a una ardilla con complejo de suicida.

Si la vida fuese una peli, ese sería el momento en que los créditos pondrían:

«Basada en hechos reales (y muy estúpidos)».

Suspiré, hundiéndome en el asiento mientras el sistema de voz del coche parpadeaba.

—Advertencia: tu ritmo cardíaco está por encima de la media, Naomi.

—Lo sé, R2 —respondí—, estoy reviviendo mi vergüenza.

El asistente pitó con un tono tan condescendiente que juraría que me había juzgado. Ni mi coche me respetaba ya.

No les había contado a mis padres lo ocurrido y tuve que pedirle a Camila que mintiera por mí, fingiendo que, tras la fiesta, decidí pasar el finde en la residencia, porque suficiente era ya que me consideraran la menos inteligente de los cuatro por ser deportista, como para confirmar su teoría de que el ejercicio mataba neuronas.

Lo de *mens sana in corpore sano*, para ellos, era una pantomima.

Camila durmió en una silla de hospital mientras yo aprendía la gran lección de la vida: las ardillas no agradecían los rescates. La mía me arañó, me dejó tirada y se largó sin mirar atrás.

En cuanto pude hablar con normalidad y se me deshinchó la cara, me disculpé con Cami de mil maneras, incluso intenté regalarle un móvil nuevo, pero ella se negó, porque claro, además de salvar vidas, mi mejor amiga también tenía dignidad.

Llegué a casa el domingo por la tarde, exhausta y con miedo a que mi familia descubriera la verdad. No era que me fueran a castigar, pero odiaba que me miraran como si fuera el fallo de cálculo del linaje Park. Lo ocurrido solo serviría para echar materia oscura sobre la hoguera.

El hogar planetario de los Park era un templo de la inteligencia artificial: persianas que se abrían solas, luces que modulaban el color según tu estado de ánimo, un horno que te daba consejos nutricionales y un inodoro que analizaba la orina para optimizar tu dieta. Lo normal si eras hija de una exestrella del k-pop *convertida en gurú tecnológica y de un astrofísico jubilado de la NASA obsesionado con la entropía.*

Cuando crucé la puerta, mamá bajó las escaleras y papá giró su telescopio como si hubiera detectado vida extraterrestre.

—Naomi, ¿qué te ha pasado en la cara? —preguntó horrorizada, como si acabara de descubrir que me había tatuado el rostro con un marcador de neón.

—Ensayo de Física aplicada —mentí, encogiéndome de hombros.

—¿En la residencia?

—Tenemos un aula que podemos usar cuando nos apetezca, y a mí me apeteció —añadí con toda la serenidad de un droide *sin batería.*

Papá ni se giró, seguía pegado al telescopio portátil apuntando al cielo, hasta que viró con brusquedad para enfocarme.

—No tiene buena pinta —dijo, ajustando el ocular, como si estuviera calculando mi nivel de estupidez—, tu piel parece una nebulosa NGC 3603: brillante, desordenada y con demasiadas estrellas a punto de explotar.

—Gracias por la aclaración, menos mal que no eres mi dermatólogo —mascullé.

Mamá se inclinó hacia mí con la expresión de alguien a punto de iniciar una misión de rescate facial, me sujetó la barbilla y me giró la cara bajo la luz.

—Veamos… Necesitamos una rutina de emergencia, una coreana no puede tener esta piel.

—No soy una campaña de marketing*, mamá.*

—Shhh, Soothing Galaxy Mask*, luego* NanoHydra Recovery *y, para cerrar, una ampolla de* Star-Glow Repair. *Eso debería bastar.*

—O una escafandra —dijo mi hermano desde el sofá, sin levantar la vista del portátil—, por si el experimento se repite en el baño de arriba.

Resoplé.

—Gracias por el apoyo, Skywalker.

—De nada, Chewbacca —contestó él, tecleando con cara de santo.

Mamá chasqueó la lengua.

—Arriba, ahora mismo, vamos a limpiar esa constelación y a hacerla desaparecer.

—Estoy bien, mamá.

—No discutas con tu madre —intervino papá, girando el telescopio hacia otra dirección—, es la única capaz de restablecer el equilibrio de tu manto y tu corteza. Las supernovas también pensaban que estaban bien, y míralas ahora.

Y ahí estaba yo, subiendo las escaleras con resignación, pensando que en otra galaxia existiría una versión de mí que no daba tanta pena. Papá se frotó el puente de la nariz y mamá, sin drama, ordenó al sistema central:

—Jarvis, monitorización cutánea bianual, escala Park-dermis. Si la curva no mejora, protocolo C-14: aislamiento y llamada al dermatólogo.

Solo faltó el pitido de confirmación para coronar mi humillación.

Ahora estaba conduciendo de nuevo hacia el refugio de mi cuarto, no al centro comercial ni a la Apple Store, como les había hecho creer a Camila y Avery. En casa teníamos más teléfonos de repuesto que soldados imperiales en una nave de asalto, pero necesitaba una excusa para desaparecer. Con el cuerpo destrozado tras el castigo de Volkova, sabía que ninguna de las dos se movería de la última glaciación a la que estaban sometiendo a sus fatigados músculos en el *spa*.

Lo que en realidad quería era llegar cuanto antes para no perderme el arranque del directo de Val-Daver. Mi debilidad, mi villano favorito, mi placer culposo y el dueño de mis últimos orgasmos digitales.

Era un tipo que hacía *streams* con una máscara *customizada* de Darth Vader, por los derechos y para dar fuerza a su propia marca. Se notaba que empleaba un distorsionador de voz, lo que no le restaba atractivo a esos abdominales capaces de destruir Alderaan sin ayuda de la Estrella de la Muerte. Lo descubrí por casualidad, en los baños de la última convención de Role Play a la que fui, no a él, más bien a un par de chicas que hablaban sobre cómo Val-Daver les hacía perder el aliento y las bragas.

Juraría que solo curioseé por inercia porque estaba aburrida en la habitación del hotel, pero bastó dar con su directo para caer en su órbita y que ese agujero negro me succionara el cerebro.

Cuando su imagen llenó la pantalla —máscara, sable de luz y, por algún motivo, sin camiseta—, supe que mi religión acababa de cambiar a otra mucho más interesante. Desde entonces, no me perdía ni una de sus apariciones y sí, puede que estuviera un pelín obsesionada.

A veces aparecía semidesnudo, girando el sable como si coreografiara mis pensamientos más inconfesables, hablaba de la tentación del lado oscuro, de las decisiones que te quemaban y los cuerpos que te arrastraban. Y cuando decía «para las valientes tengo un canal de pago más intenso…», la tentación se volvía cada vez más fuerte. Yo no había cruzado al otro lado, todavía. Quizá por dignidad, o puede que por miedo, sobre todo, a que el algoritmo de mi madre detectara mi nueva afición y recomendara contenidos similares a toda la familia Park en formato educativo.

Así que tenía que ser discreta. Muy discreta.

Apreté el volante y sonreí sola, sintiéndome ridícula.

Miércoles de exámenes, finde de hospital, lunes de mentiras y excitación virtual, una línea temporal digna de Star Wars: sin la Fuerza, con mucho sable… y una alergia mortal a la piscina de Fitz.

—Vamos, R2 —murmuré—, activa la marcha hiperespacial.

El coche pitó.

—Eso no es un comando válido, Naomi.

—Ya lo sé —dije—, pero suena mejor que «vamos al lado oscuro y no quiero llegar tarde».

Hoy, Val-Daver iba a hacer un comunicado especial y no podía perdérmelo.

Aceleré. Daba igual que mi *app* del sueño estuviera muerta y mi algoritmo siguiera latiendo, porque cada vez lo hacía más fuerte, entre mis piernas, y no precisamente por las sentadillas.

CAPÍTULO 42



Thiago

Había pasado una semana desde la pelea y el campus parecía otro, no porque la gente hubiera cambiado ni porque, de pronto, todo fuese más amable, sino porque McAllister, Grant y Davenport dejaron de existir para mí.

En las dos clases siguientes se sentaron lejos, muy lejos —el tipo de lejos que dice «cuanto más apartados de ti, mejor» sin mover los labios—; no me miraron, no cuchichearon a mi paso, ni siquiera hicieron ese gesto de risa contenida que te perforaba en silencio. Fue una tregua y a mí me supo a alivio, agrio, pero alivio al fin.

No sé si fue el puñetazo de Mason, la nariz rota o esa mezcla de carisma y leyenda cutre que arrastraba por los pasillos, como si fuese el rey de la fiesta y quedaras muerto socialmente si te expulsaba de su corte de la depravación. Fuera lo que fuese, funcionó. Y el hecho de que funcionara me dejó una sensación

incómoda en la punta de la lengua, como si llevara días saboreando la palabra «agradecimiento».

A veces pensaba en quedar con él para darle las gracias sin adornos, pero esa idea me empujaba hacia otro mar de fondo, más revuelto, íntimo, con olas que te arrastraban sin permitirte volver a la orilla. No me sentía preparado para zambullirme ahí; ya tenía bastantes cuentas sin saldar conmigo mismo como para sumar otra que me descolocara.

Cada vez que recordaba sus miradas intensas en el gimnasio, su cuerpo sudado plantándose delante del mío en las duchas para pedirme jabón —«se me olvidó»— con esa burla y esa promesa en los ojos, me ardía la nuca. Y, como si la cabeza necesitara un enemigo más para no fijarse en lo evidente, saltaba a Camila, a su risa insolente, a la imagen de su boca encajada con la de Mase aquella noche. Llevaba una semana sin poder sacármelos de encima —ni de la cabeza ni de la polla—; una semana intentando no mirar, no pensar, no recordar cómo la sostuvo por la cintura, cómo la hizo gemir, devorándola, mientras yo era incapaz de no excitarme o de dejar de preguntarme qué habría pasado si hubiera cruzado la línea.

El cerebro hacía lo que quería cuando estabas solo, sobre todo, a oscuras; me odié por usar esa escena como consuelo rápido, por correrme pensando en ellos, por notar el peso de una culpa rara, viscosa, que no sabía dónde archivar.

No había vuelto a hablar con Camila. Ni a entrenar con ella. Nos cruzábamos en el pabellón y bastaba. Volkova la había felicitado dos veces en voz alta —algo que la entrenadora dosificaba más que el oxígeno— y, las dos veces, Fitz sonrió con una cara que me provocó un tirón en el estómago: mitad orgullo ajeno, mitad tensión propia. Camila estaba mejor que nunca: limpia en la entrada, segura en el enlace, con esa chispa en el eje de las caderas que hacía parecer fácil lo que te rompía los hombros por dentro. Refulgía. A mí me costaba apartar la vista, y me cabreaba que me costara.

Intenté centrarme donde tocaba: entrenamientos, clases, proyecto interuniversitario con Hayes y Walsh, plan de estudio, dormir ocho horas, hablar con mi familia los fines de semana. Sienna me mantenía el foco de una manera que no esperaba. La estaba

ayudando a enderezar la cabeza cuando el aire parecía una moneda que se le escapaba de las manos; la veía ansiando recuperar eso que una vez la hizo ser la mejor y, sin querer, me ablandaba por dentro. No era lo mismo que con Camila —no era electricidad cargada de ganas—, era otra cosa: temblor distinto; ternura; cuidado; una atracción tranquila que te pedía espacio para no hacer daño. No pensaba cruzar ninguna línea; a veces, querer bien era no moverse, respetar el espacio, y el suyo seguía siendo un campo de minas sin sanar.

Mi problema era que, cuando la mente se te llenaba de nombres, el cuerpo pedía atajos.

Me repetí el plan como si fuera un mantra: cinco meses más de abstinencia —sexual y emocional—; llegar vivo a los Nacionales; cerrar el semestre con el proyecto seleccionado para representar a la SSU junto con Hayes y Walsh, y después… Después ya vería. Con el título en la mano podría permitirme el lujo de equivocarme; con la temporada abierta, no. Tampoco debía costarme tanto: respirar, entrenar, comer, dormir y repetir hasta clavar los ejercicios. Y si el deseo apretaba, yo sabía apretar el puño alrededor de mi erección para aliviar.

Era miércoles y decidí que ya había dejado margen suficiente para que a Camila se le pasara el enfado. No quería —ni podía— dejar las cosas así con ella. Me quedé a la salida del pabellón con la mochila al hombro, los auriculares enredados en los dedos y la cabeza contándome el tiempo que podía perder hasta la primera clase. Entonces la vi: pelo suelto, húmedo, apenas agitado por el secador del vestuario; top negro que dejaba la clavícula limpia; los dos *piercings* —el del tabique y el del frenillo del labio— brillando como si la luz quisiera hacerse su amiga.

Como casi siempre, iba con Naomi y Avery; era raro verlas separadas, como si compartieran un campo magnético propio. Me escuché suspirar —ese suspiro que precedía a las malas ideas o a las decisiones necesarias— y caminé hacia ellas.

—¿Tienes un instante para tomar un café antes de clase? —pregunté, comedido.

Ella me sostuvo la mirada una fracción larga; luego miró a sus amigas y volvió a mí.

—Chicas, hoy desayuno con Cruz.

Naomi arqueó una ceja en modo «luego quiero informe», Avery sonrió, cómplice, y las dos siguieron su camino sin drama.

—¿Dónde quieres ir? —preguntó, ajustándose la mochila a un hombro.

—Donde te apetezca.

—¿París?

Sonreí, como si a alguien se le hubiera ocurrido aflojarme los tornillos de la mandíbula.

—Te agradecería que nos pillara más cerca y no tuviera que vender un riñón en el mercado negro.

Su carcajada fue un sonido redondo, peligroso, de esos que te subían un grado la temperatura del cuerpo sin pedir permiso. Terminamos en la cafetería de siempre, mesa pegada al cristal, luz fría de la mañana entrando en tiras sobre los vasos. El tiempo no jugaba a mi favor, pero con gente así solía rendir mejor.

Me fijé en cosas que no debía: la curva limpia de la oreja; el aro a media altura; el destello mínimo cuando giraba la cabeza; el modo en que el top se le pegaba al esternón cuando inspiraba. Bebí café para tener las manos ocupadas.

—¿Qué? —preguntó, como quien sabía a la perfección qué y solo quería oírlo.

—No sé… estás… —Busqué la palabra y odié que no me saliera a la primera—. Resplandeces.

Le bailó la boca en una mueca.

—Gracias. ¿Esa es tu manera de decirme que te has pensado mi propuesta de chupártela?

Me atraganté: tos, un hilo de café subiéndome por donde no debía, una profesora en la mesa de al lado mirándonos con dignidad ofendida. Camila se echó a reír, sonora, sin disculpas; ella era así, indecorosamente espontánea.

—Es broma, tranquilo —se inclinó sobre la mesa, codo doblado, barbilla en la mano—; ya pillé que no te gusto.

—No es eso —dije rápido—. Siento si te hice lo creer.

Alzó una ceja. Esperó.

—¿Entonces? ¿Te gusto?

—A ver cómo te explico esto… —Respiré—. Es imposible que haya un tío sobre la tierra al que le seas indiferente.

Camila dejó el vaso, dibujando un semicírculo de agua sobre la madera.

—¿Incluso a ti?

Tocaba ir sin rodeos; lo merecía.

—Sí. Lo que pasa es que vengo de una relación jodida que me dejó la cabeza del revés. Lo último que necesito ahora es fijarme en una chica que podría hacer que la perdiera. Estoy becado, necesito mantener la nota media, competir como la estrella que ficharon y rendir en un proyecto que me come las horas.

—Drama de excelencia académica —resumió, divertida, trazando dibujos en el círculo húmedo de la mesa.

—Y, hasta hace poco, daba clases privadas a cierta compañera de equipo que ya no me necesita tanto.

No nombré a Sienna —nadie debía saber que la estaba ayudando—, pero la referencia estaba ahí. Camila juntó los labios, atenta, y algo en su mirada cambió de temperatura.

—Para que lo entienda —comenzó—, ¿me estás diciendo que el motivo de tu castidad autoimpuesta es la falta de tiempo… o que esa chica te dejó más jodido de lo que querrías reconocer?

—¿Puedo elegir la opción C? Ambas respuestas son correctas.

—Puedes.

Nos reímos —corto y con eco—; la risa dejó entre nosotros algo más suave que al principio. Ella inclinó apenas la cabeza, casi un gesto de respeto.

—Vale, puedo llegar a entenderlo —apoyó los dedos en el vaso, uñas rojas, firmes—, pero digo yo que necesitarás destensar las pelotas en algún momento. Y si yo te gusto… Perdona que sea tan directa.

—Lo hago —alcé una mano, sincero— con ella —dije, moviendo la palma.

Se relamió despacio, como si mi piel acabara de tener sabor.

—¿Y te basta?

—Digamos que aguanto.

—Ya… —Entornó los ojos, evaluándome—. Bueno, entonces eso nos deja en punto muerto hasta que tu bonita palma —la perfiló con el dedo y el estómago me dio un vuelco— no sea suficiente y te des cuenta de que puedo ofrecerte justo lo que necesitas: descarga sin compromiso. Se me da genial.

Ahí el cuerpo quiso adelantarse a la cabeza. Tragué. La cafetería hizo ese silencio corto que aparecía cuando estabas en la mesa equivocada, pensando las cosas equivocadas, y otra conversación me bombardeó la mente. Necesitaba sacarla; arrancar esa semilla de la que brotaban malas ideas.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —salí por la tangente antes de que el mundo ardiera.

—Claro.

—¿Conoces a Colby Grant?

Bufó.

—Es un gilipollas. Me tocó de compañero en un trabajo y casi lo hice yo entero porque estaba demasiado ocupado mirándome las tetas.

—¿Así que tú y él…? —pregunté, intentando ser suave.

—¡No! ¡Qué asco! —Se apartó en la silla, como si la idea manchara—. No me va su rollo de niñito pijo. Odio a los que creen que, por tener pasta, vas a hincar rodillas y adorar su cetro. Es bastante imbécil y no ve más allá de su raqueta. Estoy casi segura de que mis padres ganan más que los suyos; aunque doy por supuesto que él cree lo contrario.

Me pilló desprevenido.

—¿Tus padres son ricos? Pensé que estabas becada, por lo de vivir en la resi.

—Cada uno tiene sus motivos. —Sonrió, práctica—. Me gusta estar acompañada, apurar el sueño por la mañana. Vivir en el campus tiene ventajas cuando te gusta tenerlo todo a mano. ¿Por qué preguntas por él? ¿Lo conoces?

Asentí.

—Compartimos una asignatura. Quería advertirte de que él y sus amigos se llenan la boca hablando mal de ti.

Se quedó quieta, cinco segundos exactos, como si un metrónomo le marcara el compás.

—Ah, ¿sí? ¿Qué dicen?

—Preferiría no repetirlo; no me gustan las habladurías.

—No lo harías por cotillear, lo harías por proteger a una compañera de equipo y a una amiga, ¿no? Eso no es chismorreo, es ayuda. Cuéntame.

Me costó —odiaba poner en la mesa la mierda ajena—, pero la puse: McAllister, Davenport y Grant; el chiste fácil; el rumor de vestuario; esas palabras que se clavaban y luego no salían ni con pinzas. Cuando terminé, su cara era una declaración de guerra.

—Voy a joderlos vivos.

—Camila, yo…

—Has hecho lo correcto, Cruz.

Su mano cogió mi antebrazo y ese punto exacto ardió. Carraspeé sin moverme.

—Ya, pero he tenido algunos problemas con ellos, y si mi nombre vuelve a salir…

—No va a salir. —Se enderezó—. Descuida. Y gracias por contármelo; está bien saber qué bocas hay que tapar.

—¿En serio?

—Por supuesto. —Bebió un sorbo, dejó el vaso y el tono le cambió de filo a terciopelo—. Me encantaría que siguiéramos hablando, pero los dos tenemos clase. Podemos quedar cuando no estés tan ocupado; por ahora, te libero de nuestro acuerdo, así te doy tiempo para respirar. Si veo que empeoro, retomamos. Eso sí, quiero más cafés contigo. Y si cambias de opinión respecto a tu recuperación de la virginidad, también podemos hablarlo. ¿Te parece?

Me descubrí sonriendo, aliviado.

—Eres una tía genial.

—Lo sé. Arriba, moreno.

Se levantó y me rozó el antebrazo al pasar —un segundo que duró el triple—. La vi salir a la calle, los mechones aún húmedos pegándose al top, mi mirada bajando en picado para amoldarse a

ese culo de infarto, y ahí fue cuando el plan de «abstinencia y enfoque» se me agrietó por el lateral.

«Eres un puto salido, Cruz, deja de mirar. Así vas mal».

Volví a clase con la cabeza dividida en tres carriles: el de Mase con su puño salvándome la tarde; el de Camila con su oferta sin drama y su promesa de cafés —en los que la leche corría de mi cuenta—; y el de Sienna, que en silencio seguía encajando piezas.

De noche, en la residencia, después de un día largo, pero productivo, bajé a la sala común mientras mi compañero colgaba el cartel de «no molestar» con un corazón torcido y, debajo, «follando con Lena». Intenté leer un capítulo de Neurofisiología y me ganó la luz del teléfono. Abrí el chat de Camila; lo cerré; lo abrí otra vez, escribí «gracias por lo de hoy», lo borré; escribí «¿y si el próximo café lo pago yo?», lo borré de nuevo. Si quería no cruzar líneas, debía esforzarme un poco más.

Apagué el móvil, me tumbé, respiré y dejé la mente en blanco hasta donde pude. La mitad de mis pensamientos olían a magnesio; la otra mitad, a risa peligrosa.

Me dormí con una certeza clara: mi autocontrol tenía fecha de caducidad. No estaba seguro del día de vencimiento ni de si estaría listo para pagar las consecuencias.

CAPÍTULO 43



Camila

Si el sexo fuera un deporte olímpico, el mundo seguiría lleno de jueces sin medalla.

Si no te acostabas con nadie, eras una frígida.

Si cambiabas de pareja, una puta.

Si lo hacías con más de uno, una zorra.

Si disfrutabas, una ninfómana.

Y si fingías que no lo hacías, una hipócrita.

La gente tenía una obsesión enfermiza con lo que pasaba entre tus piernas.

Con lo que «no» pasaba, sobre todo.

A veces pensaba que el problema no era el sexo, sino lo mal que lo gestionaba el ego ajeno.

Si una mujer era libre, molestaba. Si sentía placer y lo gozaba en voz alta, escandalizaba, y si encima no se escondía… Apocalipsis

moral.

Yo no pedí permiso para nacer, ni para existir ni para desear.

No lo pedía con la gimnasia —salvo cuando se trataba de Volkova —, no lo pedía con la comida y, desde luego, no iba a hacerlo con el sexo.

Pero los tres imbéciles que creyeron tener derecho a opinar sobre mí y mi vida sexual… Esos se habían ganado una visita guiada al infierno.

Dios no me puso en la Tierra para dar un paso al lado ni para mantenerme callada. Que me criara en una familia donde la palabra «venganza» tuviera más peso que correr o desaparecer tenía parte de la culpa, porque era justo lo que estaba deseando: darles un buen escarmiento por vanagloriarse de algo que no sucedió nunca, ni en sus sueños. De haber aparecido en ellos, me habría hecho con un cuchillo de chef para trincharles las pelotas.

Me pasé toda la mañana repasando sus caras en mi cabeza mientras intentaba no quemar el teclado de tanto aporrearlo. Lo que me contó Thiago no me revolvió el estómago, me incendió el alma, que era distinto.

Encima me lo contó con ese tono contenido, casi pidiendo perdón por repetir sus palabras. Lo vi tan prudente, tan correcto, intentando no dañarme, que me dieron ganas de arrancarles las lenguas a esos tres a dentelladas.

No había hecho nada malo, no le debía explicaciones a nadie y, aun así, pretendían enterrarme en rumores, en suposiciones, en risas y en las malditas etiquetas; pues lo llevaban claro.

Iba a devolverles el favor como se hacía en la familia Ortiz: con intereses y a lo grande.

Salí de mi última clase directa al edificio donde comía el equipo. Mi estómago rugía, y no solo por hambre. Era más bien la adrenalina disfrazada de furia, el deseo de acción, esa chispa que me subía por las piernas cuando me proponía algo.

La misma que Fitzroy me había dejado tatuada por todo el cuerpo desde el maldito *spa*.

Aquella noche no dormimos, y no porque el colchón fuera precisamente incómodo.

Hicimos de todo menos descansar, no obstante, al día siguiente, y contra toda lógica, entrené como una diosa.

Cada salto perfecto, cada enlace limpio, cada aterrizaje sin un solo titubeo.

El no follar no me rentaba, pasaba factura a mis articulaciones y a mi eje. Ahora estaba bien lubricada y con la reserva al máximo.

Si algún listo me dijera que follar limitaba en cuanto al rendimiento en gimnasia, le respondería con *flick-flack layout* en barra de equilibrio, rematado con un doble mortal atrás con pirueta y aterrizaje ciego sobre diez centímetros de madera.

¡Era rendimiento deportivo en estado puro!

Pero ahora, lo que me pedía el cuerpo no era un orgasmo, sino *vendetta*.

Y si alguien sabía de eso, además de mis padres, era Naomi.

Para eso se había tragado toda la hemeroteca de ciencia ficción del planeta.

Las amigas cobraban más sentido cuando tenías un plan entre manos, y si quería una buena estratega, no había una mejor que la capitana: Avery podía planificar una matanza con la precisión de un coreógrafo olímpico; para eso era hija de militar.

Si todo fallaba, siempre podía llamar a mamá y pedirle la semiautomática.

Entré en el comedor, dispuesta a declarar la guerra.

Allí estaban mis amigas, bandejas en mano. Parks peleando con el sensor del dispensador de servilletas y Avery mirando la cola de la pasta con una paciencia de santa.

—Necesito vuestra ayuda para ocuparme de unos capullos —solté a bocajarro.

Dalton ni alzó la vista.

—¿Para matar o para esconder el cadáver?

—Depende de lo eficaces que seáis —dije, atrapando la bandeja que me tendía.

Naomi arqueó una ceja.

—¿Se trata de tíos o de flores?

—De tres tíos que se creen ingenieros del patriarcado, cuyos títulos nobiliarios no abarcan ni el de Picha Floja.

Las dos me miraron a la vez.

Naomi dejó caer el tenedor dentro de la bandeja con un clac.

—¿Qué han hecho esos residuos del Borde Exterior?

—Los mismos comentarios de vestuario de siempre, cuando a los habitantes de Nabolandia les da por alzar el hacha de guerra porque pasas de adorarles el rabo. Odian pensar que las mujeres tenemos vida sexual activa más allá de ellos y, si lo hacemos, nos bordan una letra escarlata en el pecho antes de lanzarnos a la pira de las humillaciones por zorras, con nuestro nombre en neón y un coro de *machirulos* gritando al unísono.

Avery cerró los ojos, respiró hondo y murmuró:

—Dime que puedo golpear a alguien.

—Dime que puedo *hackearlos* —añadió Naomi.

—No —respondí—. Seguro que podemos hacer algo mejor y mucho peor.

—¿Qué tan mejor y peor? —preguntó Avery.

—Que se arrepientan de haber nacido en el bando equivocado y puesto mi nombre en su boca.

Nos movimos por la fila del autoservicio como si estuviéramos planeando un golpe de estado.

—Podríamos alterar sus notas —propuso Naomi, con el móvil ya en la mano.

—Podrías, pero lo descubrirían —replicó Avery.

—No, si lo disfrazo de error del servidor —dijo Naomi con ese brillo de psicópata funcional en los ojos.

—No quiero expulsiones —intervine—. Quiero humillación pública.

Avery asintió, ya metida en modo *Las vengadoras 3.0*.

—¿Qué os parece si la liamos en la fiesta de los Warriors, dentro de tres semanas? Allí no nos supervisa nadie de la uni y todo el mundo va —sugirió Naomi.

—Lo que pasa fuera del campus, se queda fuera del campus, me gusta.

—Exacto —dijo Avery—. Perfecto para una venganza con testigos y sin consecuencias administrativas.

—Bien —respondí—. Quiero que aprendan a no abrir la boca para lo que no deben.

Seguimos avanzando entre bandejas. Naomi iba de *brainstorming* en *brainstorming*.

—Podríamos sabotearles la bebida. Algo que no los mate, pero los deje haciendo el ridículo. ¿Os imagináis que se cagan en plena competición?

—O que no se les levante —sugirió Avery con una sonrisa letal.

—Demasiado clásico —dije.

Naomi chasqueó los dedos.

—¿Y si alteramos su Spotify para que, en lugar de su lista, empiece a sonar Britney?

—Eso es tortura psicológica —rio Avery—. O podríamos filtrar sus búsquedas de internet —añadió mi mejor amiga—. Seguro que alguno tiene fetiches con muñecas hinchables o con pies de alienígena.

—Eso sí sería justicia poética —murmuré, riendo.

Nos reímos las tres, pero debajo de la risa había fuego, esas llamas que solo entendían las mujeres a las que habían llamado de todo por el mismo motivo: por no pedir permiso para existir y hacer lo que les diera la real gana.

Estábamos ya con las bandejas repletas cuando el aire cambió de temperatura.

Lo sentí antes de verlo.

Mase.

Y, junto a él, Jaxon Reyes blandiendo ese hoyuelo de «el mundo me debe una cerveza, o una caja entera» y la facilidad para llenar cualquier espacio sin pedirlo, sobre todo, si se trataba de la capitana.

Jaxon se acercó por detrás de Avery, le rodeó la cintura y la besó en el cuello con esa confianza de quien ya sabía que era correspondido.

Naomi y yo nos miramos de reojo.

Y entonces, Mase llegó con ese andar de tipo que sabía que iba a hacer algo malo y lo iba a disfrutar. Se puso entre nosotras dos y mis músculos vaginales se propusieron pillar conexión con su antena wifi. Menuda forma de palpitar.

«Maldito Fitzroy y su aura de *empotrador*».

Me contempló de arriba abajo sin disimulo; aunque intenté sostenerle la mirada, mi cuerpo tenía otros planes.

Se acercó todavía más, me pasó el brazo por los hombros y me susurró al oído algo que hizo que las rodillas me temblaran.

—Sigo sabiendo exactamente cómo gemías el sábado. Si el menú de hoy no te convence, puedo servirte algo más… personal.

No llegué a procesar las palabras exactas porque se apartó como si nada y se giró hacia Naomi para dispensarle un trato similar. Le dijo algo al oído que no pude escuchar, pero que la encendió como una alarma de emergencia.

—¿Qué le has dicho para que se ponga así? —pregunté con la voz un poco más aguda de lo normal.

No pensé, actué. Le di un empujón con la bandeja en el pecho para apartarlo de ella. Fitz se dejó y reculó varios pasos, alejándonos del tumulto.

Sus labios se tensaron en una mueca burlona.

—¿Celosa de tu amiga, Ortiz?

—Ni en tus sueños.

—No los subestimes —dijo, inclinándose hacia mí—. Son en TF4DP.

—¿Qué es eso? —Mi respiración sonaba entrecortada.

—Te follo a cuatro y de pie.

Sonreí con la boca, pero por dentro estaba en ebullición. Él también. Se notaba.

Los ojos, la respiración, el gesto de mandíbula apretada.

—Si me miras así —murmuró, apenas audible—, no voy a tener en cuenta dónde estamos.

—Tenemos un pacto de silencio —repliqué sin pestañear.

—Eso no lo dices cuando te corres en mi boca, en mis dedos o en mi polla.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—¿Cuánto tardas en comer?

—Depende de lo que se me ofrezca.

—Me refiero a esa bandeja —gruñó—. El postre te lo doy después, a cuenta de la casa.

—Me las puedo apañar en quince, tal vez antes, si le doy rápido a la mandíbula y no hablo.

—Me sirve —respondió con media sonrisa—. Pillo algo y te espero en la biblioteca, segunda planta, en la sala de audiovisuales. Necesito que me ayudes con una lección de anatomía que termina con mi rabo en tu boca.

Naomi tosió, sacándome del trance. ¿Lo había escuchado? Esperaba que no. Aunque, si así fuera, tampoco tenía demasiado de qué preocuparme, era Mason, todos estaban acostumbrados a sus idas de boca y las pullas entre nosotros.

—Déjame pasar, Fitz, que tengo que ingerir calorías para después quemarlas.

Tendió la mano para dejarme paso y, como me advirtió, se fue a por algo ligero que terminar rápido.

Me senté en la mesa, fingiendo normalidad mientras él lo hacía en el otro extremo para no levantar sospechas.

Y, aun así, cada vez que levantaba la vista, ahí estaba: su mirada fija, caliente, desafiante.

El resto del comedor prácticamente desapareció, si no fuera porque Thiago estaba en la fila de delante y sus ojos dorados me buscaban de vez en cuando. Todavía recordaba nuestra conversación de antes, su voz tranquila, esa confesión sobre su celibato autoimpuesto… y la imagen de su boca al pronunciarlo.

Me mordí el labio, y entonces me golpeó una idea peligrosa, brillante y por completo idiota:

¿Por qué conformarme con uno, pudiendo tenerlos a los dos?

La apuesta con Fitzroy acababa de adquirir una dimensión nueva, una en la que el fuego no se apagaba con agua, sino con más fuego.

Entre Mason y Thiago la combustión era inevitable, era cuestión de tiempo que Fitz lograra que Cruz diera su brazo a torcer.

Estaba convencida de que yo también podía lograr que el chico nuevo se saltara sus propias reglas; yo nunca había sido de elegir un solo sabor para el cucurucho ni tampoco el camino más seguro.

Engullí la comida en tiempo récord, sin degustarla, con el pulso latiéndome entre las piernas y la mente convertida en un hervidero de ideas poco santas.

Sabía que me estaba metiendo en la boca del lobo, y a mí los lobos me encantaban, sobre todo, si yo era la loba alfa y ellos mi manada.

CAPÍTULO 44



Camila

Últimamente no tenía un minuto para mí. Entrenos, parciales y las sesiones ultrarrápidas con Fitz: mi vida había quedado reducida a un triatlón permanente de sudor, estrés y orgasmos *express*. No me quejaba. ¿Para qué? Si algo me iba bien, era justo eso.

Volkova estaba en modo «aplasta o muere». Nos hacía repetir series hasta que los aparatos pedían clemencia. Nunca me consideré la estrella del equipo —*spoiler*: nunca lo fui. Eso se lo dejaba a Dalton o a Walsh—, pero ese año me juré llegar a los Nacionales y salir de allí con algo más que una estela de purpurina. Quería cerrar bocas. Mostrar que Camila Ortiz era más que actitud y curvas: tenía técnica, ovarios y estaba entrenando de la hostia.

En las clases, tiraba de supervivencia académica. No era la más lista de la clase, tampoco la tonta de la esquina. Lo justo para que mis notas no enterraran mi vida social. Porque, siendo honesta,

prefería gastar neuronas en otras cosas: disfrutar con mis amigas o convertirme en una experta en gemidos, según me apeteciera.

¿Qué haría el día de mañana? No tenía ni idea. A veces me veía creando mi propia marca de ropa deportiva, tenía un buen gusto acojonante; otras, montándome una agencia de eventos deportivos —léase: fiestas postcompetición— o ser la cara bonita de alguna campaña que pagara bien; o simplemente abrirme camino en redes como creadora de contenido de *life style* y gimnasia artística. No tenía plan B con nombre ni fecha, lo que sí tenía era una certeza: que hiciera lo que hiciese, caería siempre de pie. Era yo la que dirigía el puto reparto de mi vida.

En resumen: noviembre estaba llegando a su fin y estaba siendo un buen mes.

A mediados fue el cumple de Jaxon. Lo celebró con una barbacoa en el hogar que había construido su madre junto al entrenador Hayes. No, no me refería a que hicieran la casa con sus manos, sino a que ahora eran una auténtica familia.

Estuvimos todos: amigos, cerveza, abrazos, música… Incluso Landon apareció en su papel de hermano reencontrado. Cuando llegó el momento de los regalos, le dio unas zapatillas antiguas que, según él, tenían historia entre los dos. Bonito, cursi y efectivo; a Jaxon se le humedecieron los ojos.

Luego vino el regalo del *sugar bro* de Fitz: cuando el tío se proponía tirar la casa por la ventana, lo hacía a lo grande. Le regaló a Jax un viaje a Londres para los tres, y con tres me refiero a Landon, no a Avery. Todo pagado. Si el año pasado la cabaña ya fue una puta locura, este no quise ni imaginarlo. Tres americanos en Londres, tenía título de película.

Avery decía que les serviría para «sanar vínculos masculinos» —literal—, yo pensaba que, si esos tres volvían vivos estando como estaban el año pasado, la paz en el mundo no era una utopía tan bestial.

Con Mase todo seguía igual de intenso. Nos buscábamos sin plan y sin excusas, nos prendíamos sin preguntas. Sexo salvaje, efectivo, del que alimentaba, calmaba y te dejaba lista para la siguiente ronda. Y, aunque no lo admitiera en voz alta, —porque hacerlo

significaría darle nombre a algo que no lo tenía—, cada vez me gustaba más lo que ocurría entre él y yo.

No, no pensarías que eso mitigó mi obsesión por Thiago Cruz ni que Mase y yo hubiéramos decidido zanjar la apuesta. Eso jamás. Estaba más viva que nunca, aunque sospechara que, a nuestro objetivo, Sienna Walsh le rondaba la cabeza y la entrepierna.

No todo estaba perdido, que hubiera hecho voto de castidad era algo positivo porque si iba a romperlos con alguien… Iba a ser conmigo.

Sus ojos dorados volaban por el pabellón y a veces se detenían sobre su capitán con esa mirada que se reservaba a lo prohibido. Eso me gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Desde aquella idea que me atravesó en el comedor, no había dejado de pensar en romper su compostura y no ser la única en derretir ese centro frío. ¿Por qué elegir?

Si conseguía ponerlo al límite, quizá pudiera hacer realidad mi fantasía; no me importaría perder la apuesta si, a cambio, ganaba un trío.

Disfrutar de Fitz y de Cruz a la vez. Fuego y control. Deseo y disciplina. Si alguien podía hacerlo realidad, era yo. Solo había que mover las piezas con cabeza y que el calvario autoimpuesto de «*Stop* sexo» se terminara.

Solo me hacía falta unir las piezas adecuadas. Hablando de piezas… Hoy tocaba venganza, del tipo que se servía con música a tope, cerveza y vestidos que conspiraban contra la moderación. Mis amigas y yo estuvimos semanas diseñando la Operación Karma como quien afilaba un cuchillo.

Esa noche, en la fiesta de los Warriors, esos imbéciles de Grant, McAllister y Davenport iban a ver cómo su reputación se evaporaba en directo, y yo iba a disfrutar cada puto segundo.

Me quedé clavada en el espejo antes de salir: falda extra corta —con mucha intención—, top de tiras que se soltaba en pliegues estratégicos sobre el pecho y una espalda al aire que solo se sostenía por un lazo final. Labios rojos, pestañas que tenían su propio idioma cuando las movía y un perfume con dosis industriales

de «te quedarás conmigo, aunque quieras huir». Cada elemento era un arma que usaría en mi propio beneficio.

La vida podía estar llena de entregas, rutinas y exámenes, pero yo… Yo estaba en mi puto *prime* y pensaba dejar que el mundo lo notara bajo mis tacones.

El castigo sabía a carmín y nervios eléctricos.

Naomi tocó el claxon de su Tesla mientras yo contemplaba la pantalla del móvil.

—Cinco minutos tarde —le dije al subir al coche.

—Soy asiática, no suiza. He tenido un problema de último minuto con la edición del vídeo que he tenido que solventar. Juro que ha quedado inolvidable —respondió, mostrándome el *pendrive* con un gesto que denotaba destrucción masiva.

Lo metió de nuevo en su bolso.

—Si este cacharro falla, te juro que te hago limpiar la nave con un cepillo de dientes.

—Por eso llevo dos. —Guiñó un ojo antes de pisar el acelerador.

Íbamos solas porque Avery quedó con Jaxon para cenar. Habían prometido que nos encontraríamos a la entrada del edificio donde vivían los Warriors: tres plantas de lujo que la universidad pagaba para cobijar a las nuevas estrellas de la NFL. Fachada de cristal, gimnasio propio, luces azules en la piscina de la azotea, vistas al mar y un olor a dinero que se pegaba a la piel.

Las tres plantas estaban conectadas entre sí: escaleras flotantes, terrazas que daban a otras terrazas, una especie de colmena de testosterona, alcohol y música a todo volumen.

El año pasado, el hermano de Avery, Valentino, vivió ahí hasta que lo ficharon los Cowboys, y también Troy, el exrollo de Mason, quien, por cierto, vendría cuando la fiesta estuviera en pleno apogeo, como siempre.

Cuando cruzamos la puerta, la base retumbaba en el suelo.

Paint The Town Red de Doja Cat sonaba tan alto que las paredes parecían vibrar con ella. El aire olía a cerveza y ego masculino disparado. Chicas con vestidos imposibles se abrían paso entre jugadores con sonrisa de «voy a ser una futura estrella millonaria» y vaso en mano.

Vi a Jaxon y mi compañera de cuarto esperándonos junto al ascensor, Javery en estado puro.

—¿Listas para incendiar el lugar? —dijo, dándonos, una vez más, ese gesto de hermano mayor que intentaba disimular que estaba fascinado y horrorizado a partes iguales.

—Nacimos listas y con más futuro que tú, Reyes —contestó Naomi, ajustándose la falda.

Entre ellos siempre hubo un pique subyacente porque ambos eran la hostia de listos.

En cuanto subimos al ático principal, el ruido se multiplicó. La fiesta estaba a reventar. En una de las paredes, una pantalla gigante proyectaba jugadas de los últimos partidos: *touchdowns*, recepciones imposibles, victorias a cámara lenta al ritmo de los temas más escuchados del momento.

—Esta noche va a cambiar el contenido —murmuré de soslayo mientras rozaba el brazo de Naomi.

Ella me miró de reojo.

—Sin lugar a dudas, todo el mundo recordará esta victoria como nuestra, no como suya.

Naomi palmeó su bolso mini.

—Eres mi tipo de princesa.

—Chicas, ahora vuelvo, voy a saludar a Landon —comentó Jaxon, dándole un pico a su novia.

—Tú y yo a bailar —arrastré a Avery.

—¿Y Naomi?

—¿Recuerdas? Tiene una misión que completar…

—Ahora vuelvo, *girls*.

Nos lanzó un beso al aire mientras nos metíamos en todo el meollo.

—¡No me falles, Princesa Leia!

—Descuida —dijo, guiñando un ojo antes de perderse entre la multitud.

Reímos y movimos las caderas mientras los nervios me devoraban las entrañas. Hoy nos jugábamos el todo por el todo, el dejar en evidencia a aquellos que les gustaba llenarse la boca de calumnias.

Paint The Town Red dio paso a otra canción. La reconocí con una sonrisa lenta, adoraba a la puta diosa Rihanna. Los primeros acordes de *Breakin' Dishes* recorrían el suelo como un latido.

—Vale, ¿plan? —preguntó Avery, alzando la voz para hacerse oír.

—Bailar como si no tuviéramos un *pendrive* cargado de karma a punto de volar esta fiesta como si fuera dinamita —contesté con una sonrisa cargada de intenciones.

El sudor, las luces, el ritmo, mis ideas. Todo giraba a cámara lenta hasta que lo vi; todo se aceleró: Thiago Cruz.

Apoyado contra una columna, vaso en mano, camiseta negra que le marcaba el pecho y esa calma felina que a mí me ponía nerviosa de un modo que no admitía valoración. No estaba solo: le acompañaba su soledad, que era casi un accesorio, y me estaba observando como un hombre que no tenía expectativas, pero sí hambre.

Me acerqué al oído de Avery:

—El nuevo necesita compañía para integrarse.

Ella arqueó una ceja.

—¿Vas a ofrecerte de voluntaria?

—*Of course*. —Sonreí, dejándole mi copa—. ¿Te importa si te dejo sola?

—Nah, voy a por algo de beber y a buscar a Jax.

Caminé hacia él como si cada paso fuera un desafío, tal vez lo fuera. Me planté delante de él y le arrebaté la copa para dar un trago.

—Con el dinero que tienen estos figuras, podrían poner algo más que cerveza. —Las comisuras de sus labios se alzaron—. ¿Te vas a pasar la noche analizando estructuras arquitectónicas o vas a bailar?

Thiago alzó una ceja, divertido.

—No bailo mucho.

—Mentira —le dije, inclinándome un poco—. Recuerdo un bailecito tuyo y mío en el Sand que me dejó con ganas de más. Si no recuerdo mal, me dejaste plantada, y ahora tienes que pagar tu deuda.

—Reconozco que no estuvo bien por mi parte.

—Por eso no debes resistirte a mi petición, veo en tu cara que Thi-ago-falta.

La sonrisa que me devolvió fue lenta, peligrosa y suficiente para que se me olvidara, por un instante, que era mi objetivo a batir.

Dejé su vaso en una mesa cercana, se pasó una mano por sus trenzas y cedió.

—Solo una canción —me advirtió.

—Empiezas con una —susurré— y acabas… Mejor ya veremos cómo acabas, no nos anticipemos.

Lo tomé de la mano y nos acercamos a la pista. El mundo se detuvo para contemplar cómo la chica más calumniada de la SSU empezaba a bailar con el gimnasta más contenido del campus.

La letra tronaba en los altavoces como una declaración de intenciones, el pulso de la base me subió por las piernas hasta los pulmones.

Estoy en llamas, no vuelvas a casa, amor
Estoy rompiendo platos aquí, toda la noche (ajá)
No voy a parar hasta ver las luces de la policía (ajá)
Voy a pelear con un hombre esta noche, voy a pelear con un hombre esta noche.

La pista se iluminó con luces rojas y violetas; el aire estaba denso, cargado de ganas y peligro. Me giré hacia Thiago y, durante un segundo, supe que no había vuelta atrás. Su expresión era la de un hombre que intentaba decidir si rezar o pecar, yo voté por la segunda.

No hablé, no sonreí, solo lo miré a los ojos hasta sentir que se me encendían las rodillas. Llevé sus manos vacías para llenarlas de mi anatomía mientras me pegaba para que el aire dejara de existir entre nosotros. Las palmas bajaron como si le pesaran más de la cuenta y quisiera aprenderme con ellas. Enterré mi rodilla derecha entre sus muslos poderosos, roté las caderas para hacer fricción entre los míos. Sabía que lo sintió, cómo me adhería sin pedir permiso ni perdón. Buscando inflamar esa zona que no quería que se contuviera esa vez.

No había espacio para la huida, ambos sabíamos que no iba a hacerlo. Sus fosas nasales se dilataron y las pupilas se agrandaron como las de un depredador. No quería que frenara a la bestia dormida que trataba de emerger. Estaba ahí, rugiendo, deseosa de ser liberada, y yo tenía toda la intención de desatarla.

Lamí mis labios, ganándome su atención, llevé sus muñecas hacia la parte posterior de mi cuerpo para cubrir mi culo con las suyas y animarlo a que las dejara ahí.

Gruñido de contención y deslizamiento de victoria hasta abrazar mis nalgas redondas.

—Mmm, siénteme, Cruz…

No las apartó, al contrario, empezó a amasar y a desatar la necesidad que palpitaba en mí. No pensaba cortarme, no con él. Quería que me viera tal cual, cargada de lujuria para nuestro disfrute personal.

Cuando me di la vuelta, la falda se levantó un poco más y su erección se clavó contra mis glúteos, lo suficiente para que me recorriera un escalofrío que se le contagió al instante.

Mis manos ascendieron para tomarlo de la nuca y aproximarlo a mí.

Su derecha abarcaba mi tripa y la izquierda mi cintura.

—Muévete —murmuré mientras me contoneaba contra el premio que acababa de lograr—. Sigue el ritmo o piérdete en él, tú eliges.

Su respiración chocó contra mi oreja.

—Cami…

—Ya me estás desobedeciendo otra vez —susurré, y entonces me incliné hacia atrás, hundiendo la espalda contra su pecho, ofreciéndole unas vistas de la parte superior de mi escote sin sujetador.

Su cuerpo reaccionó como si lo hubiera encendido con las uñas. Sus palmas callosas dudaron apenas un instante antes de ascender un poco hasta la base de una de mis tetas, firmes, casi temblorosas.

Me moví sobre él, lenta, con una cadencia que lo obligaba a seguirme. Cada vez que subía la música, lo empujaba un poco más allá del límite.

Su aliento cálido en mi cuello fue peor que un beso: una promesa, un recordatorio, una condena.

La fricción me robaba el aire tanto como a él. Quería romper sus absurdas reglas.

Se le escapó un gemido bajo, el tipo de sonido que se metía entre las costillas y te hacía querer estar en otro lugar más privado.

Aun así, no me detuve; estábamos tan cerca que cada respiración suya movía mi pecho, éramos pura electricidad.

El tacto de su piel bajo la yema de mis dedos, mi pelo rozando su barbilla. Lo noté aspirar como si en ese segundo necesitara memorizarlo todo.

Cerré los ojos, dejándome llevar mientras él no dejaba de tocarme, de avanzar. Una corriente extraña me hizo separar los párpados para darme cuenta de que Fitz estaba frente a nosotros, a unos metros.

Camisa medio desabotonada, copa en mano que seguramente no le pertenecía, sonrisa peligrosa de niño rico que sabía con exactitud cuántos infiernos podía abrir si se lo proponía. Hablaba con Landon mientras su mirada estaba clavada en mí.

No pestañeó, no sonrió, solo me observó como si el mundo entero estuviera a punto de arder. Si hubiera querido, no dudaba de que lo habría hecho.

CAPÍTULO 45



Mason

Llegué tarde, otra vez, pero no porque el alma me pesara —esa excusa ya no me servía—, sino porque ver a Landon últimamente era como mirarme en un espejo que no quería devolverme la cara.

El cabrón estaba colgadísimo de Sienna. De verdad. No de esa forma superficial que usábamos los tíos para llenar huecos; lo suyo era devoción pura. Y cuando supe lo que había pasado con Juliette en Londres, la forma en que lo destrozó… Me hizo pensar.

En lo que yo estaba buscando.

O peor: en lo que había encontrado sin pretenderlo. Y ahí estaba el problema, porque cada vez que pensaba en Camila, se me encendía el pecho y se me jodía la cabeza.

Esas semanas. Su risa, su lengua, su descaro. Ese secreto que nos habíamos empeñado en esconder, para que los demás no se burlaran o nos malinterpretaran, me estaba pesando.

Porque nunca quise volver a ser el puto secreto de nadie. El año pasado ya lo fui: el juguetito de Troy Bennett.

El que se colaba en su habitación cuando las luces se apagaban y salía antes de que amaneciera.

Me prometí que nunca más y, sin embargo…, ahí estaba. Frente a su edificio y volviendo a caer.

Me juré que no lo repetiría, y mírame: repitiendo curso como un campeón.

Follaba con Cami, sí.

Vale.

¿Y qué?

El problema era justo ese «¿y qué?». Jugábamos, reíamos, tocábamos y nos corríamos sin mirar atrás.

Sexo, no sentimientos. Ninguna complicación. Ninguna consecuencia. Pura diversión.

¿Y entonces? ¿Por qué demonios me pasaba todo el día queriendo verla, incluso cuando no dejábamos de vernos? ¿Por qué quería besarla en público y me ardía el pecho de ganas de abrazarla cada vez que clavaba la serie perfecta y sonreía desde la otra punta del gimnasio?

¿Por qué? ¿Por qué? ¡¿Por qué?!

«¡Menuda puta mierda!».

La verdad era tan simple como jodida: la quise incluso antes de tocarla. Como compañera, como amiga y ahora… la quería más. El maldito problema era que ella no.

Camila no buscaba amor, lo dejamos muy claro. Buscaba adrenalina, vértigo, cargar las reservas de energía sexual. Y yo, idiota de mí, había confundido un vuelo con un salto al vacío con el que me iba a estrellar.

Error de principiante.

Por eso tardé tanto en subir. Porque sabía que, en cuanto cruzara esas puertas, el castillo de lujuria iba a venirse abajo; no podía confesarle la verdad.

La gente como nosotros —los que nacíamos para contar chistes y tapar huecos— no éramos personas serias. Íbamos de polla en polla

y follo porque se me va la olla. Sin ataduras, sin preguntas, nada personal, todo físico.

Respiré hondo y vi mi reflejo en la cristalera del edificio. Tres botones abiertos: «casual, elegante, versión "me la suda"». Crucé el *hall* como si fuera a un *ring*. Los Warriors vivían en un tríplex que habría hecho llorar a un jeque.

El ascensor me subió con un zumbido suave. Iba preparando mi mejor cara de «me da todo igual». No me la creí ni yo.

Cuando se abrieron las puertas, el bajo me pegó en el esternón. La fiesta ya estaba a reventar. Vasos por todas partes, carcajadas sobre la música, chicas en negligé. Caminé con paso de quien quería mirar, pero no ver. Sabía lo que me esperaba si lo hacía. Y lo hice.

«¡Mierda otra vez!».

En la improvisada pista de baile estaban las inconfundibles trenzas de Thi. Contuve la respiración al ver que alguien sujetaba su nuca y él pegaba el cuerpo femenino contra su torso. Por un minuto pensé que podía ser Sienna, hasta que focalicé de verdad. No lo era.

Ortiz tenía la espalda contra su pecho y movía el culo con insistencia contra su entrepierna. O ese tío era de piedra, o gay no declarado, o terminarían enrollados.

Se me paró el mundo dos segundos y luego se puso a toda velocidad.

Sentí esa presión elástica en el pecho que te daba cuando te pegaban un golpe y tu cuerpo decidía que llorar era de cobardes.

Ellos, dejándose llevar, y yo plantado como un idiota con la camisa medio abierta y el orgullo medio muerto.

Le cogí un vaso a un tío, me lo bebí de un trago y se lo devolví. Me daba igual quién fuera o si la cerveza estaba aguada.

Landon pasó por mi lado con ganas de chincharme un poco.

—Al parecer, las preferencias de Cruz poco tienen que ver con rizos rubios y polla de concurso de belleza.

Torcer la sonrisa era un arte que había perfeccionado al detalle.

—Voy a arrancarle la bata de psicólogo y hacerme una toalla con ella —murmuré.

Él se rio, aunque por el motivo equivocado porque, como siempre, nadie sabía lo que ocultaba la sonrisa de un payaso.

Me perdí en una conversación en la que respondía por inercia porque toda mi atención estaba volcada en ellos y en lo que me hacían sentir.

—… Si antes temías a Walsh, ahora debes preocuparte por Ortiz.

—Sujétame el cubata.

—Si no tienes nada entre los dedos. —Bajé la mano a mi entrepierna y me la recoloqué.

Puso los ojos en blanco.

—Aquí lo tengo, listo para beber. Quiero que, si me manda a paseo, al menos, sueñe conmigo después —resoplé.

Landon chocó los nudillos conmigo.

—Suerte con eso, poeta, y lávate las manos, joder.

Ese «poeta» me calentó algo que no era exactamente el orgullo. También me alineó los planetas.

Fui directo y a por todas.

¿Qué tenía que perder? ¿A ella? ¿A él? Nunca tuve a ninguno de verdad, ni siquiera a mí.

Camila se movía como si la música la obedeciera. Cruz la seguía con retraso calculado, intentando hacer ver que aún tenía freno.

«Sí, claro, tú flipas, chaval».

Conocía ese tipo de agarre: el de alguien que se promete a sí mismo que solo dará un paso más, luego da dos y al final cae.

Pulvericé la distancia que nos separaba.

Cami no tardó ni un compás en humedecerse los labios ante mi presencia. Alcé una ceja, abrí las manos a los lados en plan «¿en serio sin mí?» y sonreí con ese alzamiento de comisuras que me hizo famoso en cuatro residencias y dos vestuarios.

Camila me devolvió otra que decía: «llegas tarde, Fitz».

«Tranquila, nena, me gustan los *sprints*».

—¿Jugando sin mí, Ortiz? —Me incliné lo justo para que me oyera por encima del bajo.

—Llegas tarde, Fitzy —corroboró, como yo esperaba, ronca de baile y de ganas.

Cruz me miró a los ojos, sereno. Parecía uno de esos lagos que escondían corrientes. No estaba ahí porque sí: había venido a arder en el maldito infierno.

—Vamos a disfrutar —dije, alzando un dedo en el aire, teatral—. Ejercicio de coordinación, Thi. Trabajo de equipo.

—No eres el entrenador —soltó desafiante.

—No, pero soy tu capitán y esta noche hago horas extras, así que obedece, yo sé lo que te conviene.

—¡Cállate y baila, Fitzy! —protestó Camila.

Tomé posición, no porque ella me lo ordenara, sino por pura necesidad. Sus manos buscaron mi camisa abierta; mis dedos le recorrieron el brazo como quien seguía la línea de una promesa.

La música cambió, las Pussycat Dolls nos tocaron con sus gargantas mágicas a través del ritmo sensual de *Buttons*.

El bajo nos encajó a los tres en el mismo pulso.

Cami dio un paso atrás y me dejó a medio aliento. Alzó la barbilla en plan sentencia.

—Si entras, entras a por todas.

—Nací dentro, nena, y sabes cuánto me gusta meterme «ahí» —recalqué sin necesidad de añadir nada más.

Puso una mano en mi nuca y me acercó con una autoridad que reconoceré incluso cuando esté viejo. Con la otra, sin mirarlo, agarró a Cruz por la muñeca y lo arrastró un poco más cerca de su cintura.

Tres líneas cerrando un triángulo equilátero perfecto y lleno de aristas.

Noté la respiración de Cruz por detrás de los dos moños. Los dos éramos mucho más altos que ella, aunque con esos tacones de infarto ganaba estatura. No la suficiente para que viera los dos círculos dorados buscando los míos.

Supe que estaba haciendo algo que me jodía y me complacía al mismo tiempo.

Su cadera marcaba el ritmo. Nosotros obedecíamos.

Lo que vino fue una clase magistral de por qué la piel recuerda mejor que la cabeza.

Camila se pegó a mí por delante, sin soltarlo a él por detrás. Tiró de mi cuello para acercarse peligrosamente a mi boca, ofreciéndome el sabor de un casi-beso cerca de la comisura antes de girar la cara y rozarme con sus pestañas.

Las manos de Cruz, firmes en su cintura, marcaron un vaivén que yo repetí en espejo con sus hombros.

Camila paseaba su mano con libertad por el interior de mi camisa, desde abajo y en dirección ascendente.

Mi corazón golpeaba como un loco y la polla me apretaba la pretina del pantalón.

Su otra mano, en las cervicales de Cruz, lo mantenía a raya. Él aspiraba el aroma que destilaba por el cuello.

Necesitaba tocar más piel.

Llevé los dedos a la garganta femenina y los desplacé por el esternón, sin pasar de la raya, rozando bordes como quien subrayaba, a sabiendas de que sus pezones ya estaban empujando.

—Acércalo más a mí —le pidió a Thiago con voz hipnótica.

Él, perdido en su embrujo, alargó el brazo, colocó la palma en mis lumbares y presionó.

Quise gemir. ¿O lo hizo Camila por mí?

Lo que sentí fue el temblor que le cruzó a ella por la columna. Yo podría reconocer ese escalofrío, incluso en la plenitud de un terremoto.

Cami buscó mi boca y, cuando bajé en picado, no me la dio. Por supuesto, el infierno tenía normas y ella era su reina.

La pista desapareció un poco. Los demás se convirtieron en figuras periféricas a las que el ritmo lanzaba hacia otra esquina. Escuché a alguien silbar y a otro cuchichear un «mira, mira».

Supongo que el espectáculo se vendía solo. A mí me la traía floja, o muy dura, si tenía en cuenta el estado de mi entrepierna.

Tenía su barbilla entre el índice y el pulgar, el pulso en el mismo compás que el bombo y los ojos de Cruz clavados en los míos por encima del hombro de Camila.

Esa mirada… No era un desafío, era reconocimiento, curiosidad, duda. Como si nos dijéramos en silencio: «hazlo, ¿qué podría pasar?».

Estábamos tan pegados que nadie, al margen de nosotros, podría ver mi palma tomando el pecho femenino para rozar la parte que se alzaba contra mi dedo.

La reacción fue instantánea.

Ella jadeó y empujó el trasero contra nuestra apuesta favorita, que encajó el golpe sin soltar.

Torcí el cuello con un «me acompañas» silencioso que le hizo cambiar de base de operaciones, de la cintura se fue directo al otro pezón.

Fue indecente. No por lo que hacíamos, sino por lo que no hacíamos. Por todo lo que estaba casi pasando sin pasar.

Bajé el rostro y besé la mandíbula; ella soltó un suspiro tan corto que pensé que me lo había inventado.

Cuando su lengua rozó la comisura de mi labio y luego se retiró con cara de «me encanta este juego», tuve que morderme las ganas.

Cruz tragó, yo también, la música subió y nos movimos con esa cadencia que decidía por nosotros.

Sin dejar de rozarle el pezón, le subí la barbilla con el dedo libre de la otra mano para así recorrerle el labio inferior con el pulgar. Perfecta sinfonía de masoquismo.

No sabía cuánto tiempo estuvimos ardiendo en ese borde, pero sabía el segundo exacto en que tuve que besarla sin importarme las consecuencias, con esa ternura cabrona que me dejaba desarmado, y frente al enemigo.

No me rechazó. Abrió un poco la boca, lo justo para un roce de lenguas lento, un contacto tibio, y luego la mía le buscó el contorno del labio, como quien llamaba a una puerta que ya estaba entreabierta.

El beso fue más una chispa que una hoguera, una línea húmeda que no cruzó el umbral, el tipo de cosa que te dejaba peor que antes. Se me escapó un ruido que prefería no analizar.

Ella lo notó porque se rio contra mi boca, una risa silenciosa que me pulverizaba la paciencia.

Vi en las pupilas de Cruz el reflejo de lo que no estaba pasando, pero debería.

No apartó la mirada. Tuve la sensación rarísima de que sabía que yo estaba justo donde quería estar.

¿Le gustarían los precipicios? Porque ahora mismo parecía listo para saltar al nuestro, sin normas y sin prejuicios.

Giré el rostro de Camila en un movimiento limpio, ofreciéndole mi boca, su boca, nuestra boca a Cruz, como si todos hubiéramos quedado en eso.

Juraría que vi la tentación ondeando su bandera cuando descendió y, entonces…

Una puta explosión.

La pantalla de los Warriors se llenó de luz. Un fogonazo blanco primero; luego negro y, después, rojo.

Música cortada en seco en la cabina del DJ. Este alzaba las manos en un «yo no he sido».

Y un sonido que no era silencio: era la respiración colectiva de un salón entero puesta en los logos del equipo de tenis y de golf de la SSU, deformados como plástico al fuego, chispas digitales volando hacia los bordes.

Apareció un título en tipografía gruesa, un golpe de bombo solitario lo subrayó:

HORA DE RENDIR CUENTAS

CAPÍTULO 46



Thiago

La música bajó a segundo plano justo cuando sentí los dedos de Camila en la nuca. No me gustaban las sorpresas, y menos cuando no sabía qué esperar. Ella lo hizo despacio, tanteando el terreno con la yema, pidiendo permiso sin pronunciar palabra. No la aparté. El baile me había sacado de mi centro, y había algo en su forma de moverse que me arrastraba al borde de ese control que tanto me costaba mantener. Me sentía como un vampiro después de una sequía larga, con la sangre tentándome bajo su piel y el cuerpo pidiendo una excusa para olvidarme del motivo por el cual no debía beber.

Cuando Mason llegó y se colocó delante, con esa sonrisa de tentación viva, supe que lo que estaba a punto de pasar no tenía marcha atrás. Podría haberme apartado, haber frenado, pero no lo hice. Quizá porque estaba cansado de resistirme, o porque después

de un examen que me salió como el culo, solo me faltó la llamada de mi hermana para contarme que Alondra había vuelto a escribirle desde una cuenta falsa y necesitaba apagarme por dentro.

Camila marcaba el compás con la cadera y nosotros la seguíamos, sin plan, sin pensar, solo cuerpo. El cuerpo, a veces, era el mejor escondite, o el más cabrón.

El calor subió, los límites se diluyeron y todo se volvió más lento, más denso, más fácil de sentir. Cuando le agarré el pecho y ella tembló contra mí, la vibración se me quedó pegada entre las costillas. Mason me miró como quien lanzaba un reto y la besó. Y lo peor era que no me sorprendió ni me incomodó, solo me encendió. Cuando me ofreció a Camila para que esta vez lo hiciese yo, supe que decir que no me iba a costar demasiado.

¿Qué pasaría si me dejara llevar, si dejara de fingir que tenía todo bajo control y me dejara arrastrar por lo desconocido?

Estaba a medio responder, con la voz atascada en la garganta y mi boca cayendo en picado, cuando la pantalla del salón estalló en blanco, después en negro, luego en rojo. La música se cortó y el aire cambió de golpe. Alguien había decidido bajarle los plomos al mundo.

El logo de la SSU se derritió en la pared y yo di un paso atrás, todavía con el pulso acelerado, intentando entender qué mierda estaba ocurriendo y cómo había acabado al borde de romper todas mis reglas.

Una voz femenina, metálica e impersonal, tomó el control del sonido.

—Dicen que en la SSU solo los fuertes sobreviven, pero nadie habla de los cobardes que se esconden detrás de un apellido.

El murmullo fue inmediato: silbidos, risas nerviosas, un par de insultos lanzados al aire. Mi pecho se vació despacio. Miré la pantalla. Tardé un segundo en reconocerme, pero ahí estaba yo, de espaldas, en el pasillo del pabellón. Mis trenzas no dejaban lugar a dudas. Sentí el frío recorriéndome la columna antes de que la voz de Colby Grant llenara el silencio.

—*¿Ahora dejan en libertad a los monos de Miami?* —dijo.

—Juraría que estaban en peligro de extinción —añadió Miles, y el estómago se me encogió.

—Qué va, a estos hay que cazarlos y hacerse una alfombra con su piel —remató Rhett, riendo.

El vídeo se detuvo un instante. Subtítulo blanco sobre negro. Fecha. Día. Hora. Nadie se movió. El único que lo hizo, aquí y ahora, fue él.

Sentí una caricia leve en el meñique. No necesité mirar para saber de quién venía. Mase, mi capitán, el único tío que hacía tambalear mis principios, el que dio la cara cuando la mayoría me daba la espalda.

El gesto era casi invisible, pero me atravesó igual. No me aparté, aunque tampoco quise devolverle la mirada. Tragué saliva y mantuve los ojos fijos en las imágenes, intentando no romper otra muralla.

El siguiente clip mostraba el comedor. Miles estaba de pie sobre una mesa frente a un chico de primero, uno de los nuevos becados. Le tiró la bandeja al suelo con esa suficiencia de quien nunca había tenido hambre en su vida.

—Si no puedes pagar la matrícula, limpia lo que ensucias. Cómete eso si no quieres que diga en dirección que intentaste vaciar mi taquilla.

—¡Eso no es cierto! —replicó el chico con la voz quebrada.

—¿Y a quién piensas que van a creer? Mi madre dona mucha pasta a esta universidad como para que desperdicies lo que se te da. Obedece y cómetela, aprende cuál es tu sitio, becado de mierda.

Las risitas de fondo dolieron más que las palabras. El chico se agachó.

Algunos de los ahora presentes giraron la cara, incapaces de aguantar la escena. Fundido a negro, no hacía falta ver más.

El tercer vídeo me devolvió algo parecido al aire, el problema era que se vició en cuanto me di cuenta de que Colby Grant aparecía en el plano mientras Camila tecleaba sin parar, sentada en una de las mesas de la biblioteca. Él se puso detrás para tener una visión mejor de su escote. Osó bajarle un tirante y ella le dio un manotazo en toda regla, enfrentándolo.

—Ya te he dicho mil veces que no quiero nada contigo, Grant. Estoy harta de haber tenido que hacer yo todo el trabajo para no suspender, lo mínimo es que te sientes y mantengas las putas manos quietas, joder.

—Las latinas solo tenéis futuro si aprendéis a abrir bien la boca.

—Eres un gilipollas. Por eso, tú solo tendrás futuro si aprendes a cerrarla.

Mi pulso cambió de ritmo. Sentí orgullo y rabia al mismo tiempo, y una necesidad absurda de besarla solo para calmar la presión que me estaba subiendo al pecho. Conté respiraciones. Una. Dos. Tres.

El montaje cambió de tono. Una base de *trap*, rápida, sucia. Fotos de borracheras, vídeos ridículos, pantallazos de un chat llamado EliteSSU. Las frases cayeron una detrás de otra como cuchillos:

«Si se la corto a rodajas a ese negro, ¿pensáis que la gente notaría cuál es el *topping* de la *pizza*?». —Rhett McAllister.

«Esas putas latinas son fuego, pero luego lloran deportación cuando les das por el culo». —Colby Grant.

«Antes muertos que maricones. Deberíamos erradicar a esas despensas de salchichones con patas. ¡Qué puto asco!». —Miles Davenport.

Y la última, la que me partió la garganta:

«Aquí están los futuros medallistas olímpicos de tiro a la escobilla. Les darán un sobresaliente en limpiar nuestra mierda, como a los padres de Cruz». —Colby Grant.

No busqué manos que me sujetaran. No habría sabido qué hacer con ellas. Apreté los puños con tanta fuerza que sentí el chasquido en los nudillos. Camila me rozó el brazo y me dijo algo, pero su voz me llegó como un eco distante.

«No necesitas a nadie para sostenerte, hijo. Solo respirar y pensar que es más importante lo que se calla que lo que se dice. Disciplina, Thiago». La voz de mi madre se filtró entre los ruidos de la sala. Respiré. Aguanté.

El clímax llegó con el último clip. Exterior del pabellón. Yo, de espaldas, enfrentando a Miles. Le pedía que retirara lo que acababa de decir. Rhett entró en plano, golpe bajo. Sentí el impacto, el calor

de la sangre en las sienes, el peso del pasado entero sobre mi espalda. Por un momento, volví a tener dieciséis años, volví a escuchar a ese imbécil de instituto llamándome «mono» mientras mis padres perdían su trabajo por defenderme. La rabia seguía ahí, donde siempre, contenida, agazapada, esperando.

La imagen cambió. Mason apareció como un huracán. El golpe fue limpio, seco. La nariz de Rhett cedió. Sangre. Y un subtítulo en rojo:

«Lección 1: Nunca subestimes a quien defiende a los suyos. Puede que tu nariz sea la próxima».

El público estalló en vítores, aplausos y silbidos.

—¡Así se hace, Fitzroy! —gritó alguien.

Pero la grabación no había terminado. Nueva toma, aparcamiento. Miles y Rhett discutiendo junto a los coches.

—¿Te dejaste follar por Fitzroy? ¡Eres un gilipollas!

—Yo no…

—Ni se te ocurra negarlo, los dos sabemos que tienes esa peca en el culo.

Risitas en la fiesta.

—Lo siento, Mili, estaba muy borracho.

—¡Y una mierda! ¡Tú y yo hemos terminado! ¡Olvídate de que mi padre te arregle el tabique desviado o de que juguemos con el mango de mi raqueta!

—¡Mili, Mili!

La carcajada colectiva fue instantánea.

—¡Hostia puta, los del Ku Klux Klan se dan con todo el capirote! —gritó alguien.

Y la fiesta entera se vino abajo.

La hipocresía se desnudaba sola. No era el hecho de que ese par se besaban, sino a quién pisaban mientras lo hacían. Por los ángulos de las tomas, se notaba que alguien había *hackeado* las cámaras de seguridad de la SSU; de ahí que hubieran podido obtener todo ese material. Aquello había llevado horas de trabajo, paciencia y una rabia tan profunda como la mía.

El vídeo terminó con un último golpe de efecto. Risas femeninas, rostros pixelados y una voz diciendo que el capitán de tenis te

llenaba la boca demasiado rápido porque era campeón nacional de micropene.

—Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces, diría mi madre —comentó Camila, soltando una risa leve por la nariz. Mason fingió dolor ante la palabra «micropene». Yo no reí. No estaba ahí para eso. Vine a competir, a estudiar, a ser alguien de quien mis padres se sintieran orgullosos y hoy no estaba muy seguro de si se sentirían así con lo que había estado a punto de hacer.

Pantalla en negro. Última frase sobre rojo:

«Esto no es una denuncia. Es un espejo. No intentes reflejar en los demás la mierda que eres tú».

El salón se volvió ruido puro. Aplausos, gritos, risas, voces pidiendo que, si esos imbéciles estaban ahí, los lanzaran por la azotea directos al mar. El DJ volvió a poner música, pero nada sonaba igual. Sentía el pulso clavado en la garganta. Camila y Mason me preguntaron si estaba bien. No supe qué responder.

¿Lo estaba? No.

Entonces escuché algo más allá del bullicio, un sonido distinto, una cuerda tensa en el aire. No era euforia, sino peligro.

CAPÍTULO 47



Thiago

—¿Lo oís? —preguntó Camila sin apartar los ojos de mí.

Asentí. Se oían voces cerca de los baños. Un «para» que no sonó a broma. Un «deja el móvil» que no sonó a regateo.

—Vamos —dije, saliendo del trance.

Camila se clavó en mis ojos y asentí. Mason ya estaba abriéndose paso entre cuerpos y yo detrás, empujado por algo más antiguo que el sentido común.

El pasillo nos tragó. El aire era una masa de sudor y sopor alcohólico, caliente, denso por la cantidad de gente pegándose a las paredes para mirar sin ayudar.

Conté sin contar: una, dos, tres, respira. El marco del baño apareció, roto por voces masculinas, y el resto fue un mosaico que mi cabeza almacenó a golpes: un jugador de los Warriors con la bragueta abierta maldiciendo a la nada, otro con el móvil en alto

como si le diera valor, una chica doblada por la cintura, las piernas temblorosas, el vómito resbalando, fuera del cuadro perfecto de cualquier fiesta. El asco de ellos llegó tarde; la vergüenza, más tarde aún.

Landon ya estaba dentro. No escuché todo; llegué a tiempo de ver cómo el primero intentaba agarrarlo por la camiseta y cómo mi compañero de proyecto lo estampaba contra el marco con una rabia absoluta; quién lo hubiera dicho…

El sonido del golpe atravesó la conversación del piso entero y encendió a los demás como gasolina. Ahí empezó la estampida. Cuatro contra uno. Brazos, hombros, empujones. La clase de fuerza que confundía brutalidad con poder.

Mason irrumpió como un coche sin frenos. Lo vi bajar un hombro y entender de instinto dónde dolía más. Yo seguí su estela sin pensar, por una vez dejé de respirar y solté a la fiera que rugía dentro de mí. El cuerpo adelantaba por la derecha a la cabeza, sin límites, pero con justicia.

El del móvil quiso hacerse grande, abrió el pecho como quien iba a embestir, y ahí fue donde entré. Planté el pie, giré la cadera y le metí una patada seca al estómago que le cortó el aire en un ruido hueco. El teléfono se le escurrió de la mano; Isla lo cazó sin pestañear. Camila ya estaba encima del cámara con las uñas, gritando en dos idiomas; Naomi remató la escena con una coreografía imposible de piernas, cubitos y amenazas que a otra hora me habrían hecho reír. No esa noche, en ese momento estaba dando paso a una parte que siempre oprimía en mi interior y que, después de tantos años, volvía a la luz.

El resto fue caos comprimido: Derek estampando a uno contra la pared; Jaxon protegiendo a Landon con rabia limpia; Harper metiéndose en medio para cubrir a la chica, que seguía sin sostener su propio peso; Avery sujetándola con firmeza y voz baja; Naomi vaciando una ponchera sobre la cara del idiota, como si estuviera bautizando a la estupidez. Todo se desbordó en segundos: golpes que no distinguían objetivos; gritos sin dueño; vasos que estallaban debajo de zapatillas; la vibración de cien cuerpos corriendo hacia el

centro del ruido. La clase de escena que podía dejarte sin futuro si cometías un error.

Noté la vieja energía subirme por la nuca, esa que me había costado años domar. El recuerdo llegó sin permiso: un adolescente en mitad del pasillo del instituto golpeando por un insulto, mi padre y mi madre enfrentando a un director que no quería problemas y acabando sin trabajo por no agachar la cabeza. Una, dos, tres… Apreté los dientes, no podía perderme ahí, no ahora.

Seguí atizando sin contemplaciones. ¿Por la chica o por todos los malditos Thiago Cruz que estaban allí? Ya no estaba seguro.

El llanto de mi madre desconsolado. Mi padre calmándola y prometiéndole que todo se arreglaría. Yo cambiando de instituto y jurando control eterno, muerto de miedo por lo que nos pasaría por mi culpa, culpa, culpa, culpa… Redención.

Sacudí la mano, agitado. No podía perder la beca por darle a un gilipollas lo que se merecía. Me moví donde hizo falta, sin sobreactuar. Frené a uno que iba a por Landon con un barrido claro y me aparté de su caída, cerré codo cuando una sombra me buscó la mandíbula, cambié peso, respiré. Funcional, preciso, sin espectáculo.

«Limítate a proteger, Cruz». Busqué con los ojos a Camila y a Mase; solté aire cuando me di cuenta de que estaban bien.

Las sirenas cortaron el aire. Un parpadeo azul y rojo atravesó las ventanas como una advertencia. El griterío cambió de color. No sabía quién chilló primero «¡fuera!», pero la palabra corrió como una consigna.

Cami me agarró del antebrazo y tiró. Mason venía detrás, riéndose con la boca rota y ese brillo de después de la tormenta que te daban ganas de hundirte en ella, aunque un rayo te atravesara. Salimos en oleadas, pisando charcos y orgullo.

La playa nos recibió como un paréntesis. Arena fría bajo los pies, sal en los labios, el rumor del agua intentando convencernos de que todo podía volver a su sitio. Nos sentamos sin orden, el círculo descompuesto por la adrenalina que aún buscaba salida.

El cuerpo temblaba con retraso. Me di cuenta de un moratón que no recordaba haber ganado cuando Camila lo tocó con la yema, gesto suave, mirada dura. Mason seguía con la sonrisa bañada en

sangre fresca, el pelo pegado a la frente por el esfuerzo. Me dieron ganas de pasar los dedos por sus rizos desordenados y devolverlos a su sitio.

Jaxon pasó un trapo con hielo, rompiéndome la visión, y lo acepté sin hablar.

No necesitábamos mucho para entendernos. Uno a uno fueron cayendo, comentarios medio en broma, medio para no pensar; Derek saludó a la derrota con una cerveza; Naomi recuperó un zapato de la arena, como si aquello fuera lo más urgente del mundo. La respiración aún no me obedecía del todo.

Una, dos, tres, aguanta; una, dos, suelta. Sentí que el pulso bajaba, pero la cabeza seguía encendida.

Entonces, Isla habló. No fue un discurso. Fue esa forma de pedir perdón que anunciaba algo que dolía. No alcancé todas las palabras; la mitad se las tragó el mar y la otra mitad mi propia sangre en las sienes. Esa noche estaba siendo de lo más reveladora. Oí un: «no podía mirar a otro lado» y luego un nombre que me tensó entero antes de ser completo. Lo supe por el tono, por la forma en que se le cortó la voz. Sienna. Dos sílabas que sonaron como dos disparos directos al corazón.

La conversación dejó de ser ruido. Landon preguntó, no escuché la frase exacta, sí sentí el dolor antes de que me alcanzara. Isla no quería decirlo. Al final, lo soltó. La imagen llegó sola, sin ayuda de nadie: una web, un vídeo, unas manos que pateaban la palabra «no» y ella ahogada en su propia vergüenza, la de mi amiga, la excapitana. El cuerpo me pidió que me levantara. Lo hice. Era pura energía cargada de asco viajando desde el estómago hasta los brazos, como si el pasado tuviera un botón de emergencia dentro de mi caja torácica. Quería volver ahí dentro en busca del gilipollas que le hizo eso a Sienna, que fue capaz de exponerla para que, todo aquel que quisiera, pudiera verla en redes.

—Cruz.

La voz de Camila fue un ancla. La de Jaxon, otra. Mason se puso a mi lado con el gesto ese de quien bailaba en la frontera del desastre. No dije nada. Me vi desde fuera: yo con el cuello rígido, las manos abiertas, listando motivos para romper algo, el recuerdo de

mis padres saliendo por la puerta del instituto sin trabajo por culpa del mismo veneno que ahora me subía por la garganta.

Ya no era ese chico descontrolado y me había prometido no perder la beca y, con ella, mi futuro, mi lugar. Estaba a punto de cumplir los veintiuno y me notaba como a los catorce, con la certeza idiota de que un puñetazo podía arreglar el mundo. No arreglaba nada, solo rompía el camino.

«Respira».

No supe si fui yo o mi madre en mi cabeza. Hice caso.

El grupo discutió sin levantar la voz demasiado. Lo importante se resumía en una línea: consecuencias reales. No la justicia del pasillo, ni la del baño ni la de una tarde con la cara inflada a hostias. Consecuencias reales que pesaran donde a ellos más les dolía: partidos, carreras, puertas que se cerraban ante el abuso. Denunciar, exponer y sostener a las voces que se atreviesen a hablar.

No aporté táctica. Después de todo lo ocurrido, me sentía como una bomba aprendiendo a desactivarse a sí misma. Observé el mar para no mirar las manos de nadie. Pensé en Sienna bajo todos sus muros, en el modo en que caminaba, apretando la mandíbula, cuando algo la hería y no quería que nadie lo notara. Pensé en Landon, en lo mal que me caía porque sabía que también le había hecho daño, aunque fuera de un modo distinto. Quizá hoy le había concedido una especie de permiso después de ver lo que ocurrió. Pensé en cuántas veces un campus de ese tamaño podía tragarse una historia como esa sin que nadie diera la cara por miedo, por vergüenza, por aterrarse con el qué dirán.

—Si habla una, hablarán más.

Lo dijo Avery. Yo asentí sin girarme.

Tenía razón, el problema era pedir esa primera palabra a alguien que ya había sido puesta contra la pared.

—Yo voy a estar ahí.

Eso sí lo dije yo. La frase me salió con convicción. Un compromiso. Mason me miró de reojo, Camila también.

El frío se instaló en los huecos donde antes estaba la rabia. La decisión se redondeó sin necesidad de un discurso final: nos pondríamos delante de las que no quisieran estar solas.

Cuando decidimos que era momento de irnos, el cuerpo me pesaba distinto.

Mason sugirió que todos fuéramos a su casa.

No me apetecía, tenía demasiadas cosas en las que pensar, así que les dije que yo me marchaba.

Se ofrecieron a acercarme, volví a rechazar la oferta; caminar me iría bien para recolocarme el cuerpo y la cabeza.

El camino de vuelta fue corto. El campus se sentía más grande, como si la noche hubiera estirado las distancias.

La rabia no se había ido del todo y estaba apelmazada en mi pecho; la quemazón en los nudillos.

A mitad de camino pensé en lo fácil que habría sido dejarme caer por el sexo, por la violencia. Un golpe mal dado. Una foto fuera de contexto mientras me comía la boca con Camila y siendo ofrecida por Mase. Un correo del departamento de becas con un «gracias por sus servicios» y la maleta de vuelta a ninguna parte.

No podía.

No haber cedido a mis instintos, otra vez, fue mi victoria mínima de la noche.

Solo tenía clara una cosa: necesitaba hablar con Sienna y acompañarla a librarse de ese peso que no pensaba dejar que cargara sola.

CAPÍTULO 48



Camila

La *pizza* llegó humeante, como si acabara de salir de un volcán napolitano, y la caja traía la advertencia perfecta: «Cuidado, quema». Si la pegatina hubiera sabido leer la sala en la que estábamos, habría añadido: «Y esta conversación también».

—La próxima vez pido yo —dijo Naomi, separando con precisión extrema una porción con extra de *pepperoni*—. No vuelvo a dejar que el algoritmo de Avery elija la combinación «margarita con rúcula». Eso es una ensalada horizontal.

—La elegí porque no mancha tanto —contestó Avery, cruzada de piernas en el *puff*—. Y porque Volkova nos quiere sin diarrea mañanera.

—Volkova nos quiere a punto de potar —respondí, acomodándome en el suelo con el plato sobre las rodillas—. Todo lo que sea inferior a extenuación extrema le pone cara de mamografía. A ver, no es que

me hayan hecho una, pero mi madre dice que quien inventó esa máquina era un psicópata con síndrome de apisonadora, que odiaba las tetas porque no le dieron de mamar de pequeño.

Ambas rieron.

—Tu madre debe ser todo un personaje —murmuró Avery con ese hilito de nostalgia que se le colaba a veces.

—No te haces una idea —zanjé.

Comimos en silencio durante tres mordiscos. Lo justo para que lo que realmente queríamos decir nos hiciera cosquillas en la lengua.

Avery tragó, dejó el plato en la mesa baja y nos miró con esa calma suya de capitana.

—Vale —exhaló—. Hablemos de lo de hoy. Sé que las tres nos morimos de ganas.

Naomi y yo asentimos como si fuera un *briefing* de *Misión Imposible*. La zona común estaba vacía; solo nosotras tres, la tele apagada y olor a queso por todas partes. Casi todo el mundo estudiaba para los exámenes; nosotras decidimos que nuestras neuronas merecían masa madre con mucha salsa.

—Supongo que pensáis como yo —continuó Avery—. Sienna no tiene por qué decidir ya. Bastante ha hecho escuchándonos a todas. Necesita aire.

Yo apoyé el codo en la mesa y giré la porción, dejando un hilo de queso indecente colgando en homenaje a mi paciencia.

—Yo pienso que —dije—, si tu edificio está ardiendo, no te haces un té «para procesarlo». Llamas a los bomberos, sales y denuncias a quien prendió la mecha.

—Camila… —Avery ladeó la cabeza—. No todas reaccionamos igual. Tú te vas al cuello porque llevas rabia de sobra para toda la planta. Es absurdo esperar de Sienna el mismo ritmo, cada una somos distintas.

—Estoy con Cami en que la inacción no te lleva a ninguna parte; nos hemos comido suficiente mierda durante siglos —añadió Naomi, señalándome con el pico de su porción—. Pero también te entiendo, capitana. Denunciar no es solo firmar un papel, es exponerte, es… Todo. Y hace falta estar fuerte.

No lo dije, pero lo pensé: exponerte también era que te grabaran sin permiso. Expuesta ya estaba.

—No le pido que sea la heroína —contesté—. Le pido que entienda que, si no denuncia, esos tíos lo harán otra vez y otras chicas asumirán las consecuencias. Es una cadena que hay que romper cuanto antes.

—A veces, romper la cadena te rompe a ti —murmuró Avery.

Me quedé un segundo pensando en esa frase. Naomi arrugó la nariz, como si masticara una idea difícil.

—Por cierto —dijo mi mejor amiga de pronto—, hoy no he visto a Grant ni a McAllister ni a Davenport en el comedor.

—Porque son unos cobardes —escupí—. Seguro que se han ido pitando después de clase.

La capitana hizo un gesto de duda.

—O porque están hablando con el decano, o con un abogado, a ver cómo venden que «alguien *hackeó*» las cámaras de la uni…

—Ni de broma creo que les cuenten a sus padres lo de la fiesta, eso los pondría en evidencia —añadí—. Igual están pensando en pedir el traslado.

—Voto por el traslado —solté—. A Siberia. O al fondo del mar con piedras en los tobillos.

Naomi soltó una carcajada profunda.

—No creo que se presenten en clase así como así; medio campus quería lincharlos —siguió Avery con su practicidad de ajedrecista—. Me preocupa que, por desviar presión, intenten poner el foco en Naomi.

—Imposible —dijo ella—. En estas cosas soy un as.

—El foco deben tenerlo ellos con todo lo que han hecho y dicho —respondí, dejando la porción en el plato—. Que prueben a sentir que su bazofia interior tiene consecuencias. A ver si aprenden a callar en lugar de meterse con los que ellos creen más débiles.

Respiramos a la vez, como si la habitación soltara aire.

—Yo lo pasé fatal cuando salió Thiago en pantalla —añadió Avery más suave—. Entiendo que no pudiera defenderse como habría querido por lo de la beca; a Jaxon le pasaba lo mismo el año pasado. Es repugnante que se aprovechen de algo así. Me alegró que Mase

los encontrara e interviniera. Es un gran amigo. Ya lo fue con Jaxon, y ahora con Thiago. Detrás de esa fachada de «me da todo igual» late un gran corazón.

«Y otras cosas que laten con mucho talento», pensé, mordiéndome la sonrisa.

Naomi resopló tan fuerte que la rúcula se movió.

—Avery, cariño… Lo de Fitz con Thiago tiene menos de «amistad profunda» que de «hambre desatada». Que sí, que lo quiere, pero porque su rabo apunta a Cruz cada vez que busca el norte.

Avery enrojeció, como siempre.

—Naomi…

—¿Qué? No me mires así, Cami, porque tú estás llevando la apuesta demasiado lejos —me señaló—. El viernes, el pobre Cruz estaba desorientado mientras tú hacías de queso fundido entre tanta carne. Y, juzgando por el volumen de su bragueta cuando os separasteis… —Alzó ambas manos, como si sostuviera un pez enorme —. Su orientación sexual no es un detector de metales que vaya hacia ti por arte de magia. Yo lo vi dudar entre los dos.

—No me seas anticuada —contraataqué, limpiándome la comisura —. La orientación sexual no es un contrato ante notario, es el resultado de la domesticación que te meten de pequeño para que encajes: niña rosa, niño azul; sexo con amor, preferiblemente con alguien del otro género, y, si puede ser, para procrear. ¿Y quién escribió esas reglas? Religiones, culpas heredadas, ideas absurdas autoimpuestas. La mitad de la gente no elige: repite el guion.

Naomi arqueó una ceja.

—¿Y tu solución es que todo el mundo lo pruebe todo? ¿Ensayo general y luego ya vemos la obra?

—Mi solución es que, si no pruebas, no opines. El deseo también se educa si quieres que sea libre. No es una casilla; somos una paleta Pantone con mil posibilidades más allá del rosa y el azul. Abran la mente, señoras.

—Yo no necesito probar una almeja para saber que el marisco me da alergia —replicó Naomi con gesto solemne—. Solo imaginarlo ya me dan arcadas.

—Yo me veo solo con Jaxon —dijo Avery, levantando la mano como en clase.

—Bueno —me encogí de hombros con una sonrisa—, no podíais ser perfectas en todo.

Naomi me tiró una servilleta.

—Además —seguí, bajando el tono—, el viernes lo sentí. Thiago estaba… —Busqué la palabra—. Conectado conmigo, con lo que pasaba. Y no me miréis así, si yo lo sentí, él también. Había calor, ritmo y esa mirada de «si damos un paso más, no hay vuelta atrás» justo antes de que fuéramos a besarnos.

Avery parpadeó, sorprendida.

—¿Y qué pasó?

—Estalló el vídeo —dije seca—. Tirón de freno de emergencia. ¡Boom! Y empalmamos con la pelea en el baño. El resto ya lo sabéis, no era plan de retomar nada después.

Naomi apoyó la barbilla en la mano.

—¿Y Mase? Os vi besaros antes de que te «ofrecieras en sacrificio» a Cruz.

Mi estómago se contrajo. Oír su nombre me hizo cosquillas en la nuca… y un poco más abajo. Mason, con su sonrisa de pecado y esas manos que sabían con exactitud dónde apretar. Levanté la vista.

—Fue un juego —respondí ligera—. Ya conoces a Fitzy: si no provoca, revienta. Y yo no iba a dejarle todo el espectáculo gratis, no es la primera vez que nos damos una lección de lengua; tú misma nos viste en la cabaña el año pasado.

Naomi entornó los ojos, buscando grietas. No iba a dárselas.

—Necesitábamos encontrar la manera de que Thiago entrara en el juego y se saltara su voto de castidad.

—¿Promesa de abstinencia? ¿Eso te lo dijo él? —siguió hurgando.

—Sí. No quiere ataduras ni distracciones —expliqué—. Como cuando Avery llegó a la SSU… Las tres sabemos cómo terminan esas cosas: una promete hasta que un tío termina con tus bragas como amuleto en su muñeca.

—¡Ey! —protestó Avery.

—No te ofendas porque cuente un hecho. —Le guiñé—. Yo quiero divertirme. Y si Cruz decide no caer, lo respetaré. Pero que decida él,

no una promesa tonta.

Nos quedamos calladas un momento. La *pizza* obró de paño caliente.

El móvil vibró contra la mesa. Mamá.

—Mierda, mi madre. Voy a la habitación; seguid chismoseando. —Me levanté—. Me libro de ella en un santiamén y vuelvo.

Descolgué la videollamada en el pasillo.

—¿Mamá? —Deslicé el dedo—. ¿Qué tal por casa?

La pantalla se llenó de pestañas postizas y brillo labial.

—¡Hola, Cami! —su voz lo ocupó todo—. ¿Estás bien? ¿Comiendo? ¿Durmiendo? ¿Entrenando? ¿Dónde estás?

—En mi cuarto ahora mismo. Estaba cenando con las chicas en la sala común.

—Bueno, a ver, dos cosas. Una: tu padre dice que todo está bajo control con lo de ese hombre —no hacía falta nombrarlo—, pero no bajes la guardia, ¿me oyes? Ni para ir al baño. Si notas algo raro, nos llamas.

Tragué. Mi madre hacía acrobacias entre lo frívolo y lo feroz como nadie.

—Lo sé, mamá. Aquí hay mucha seguridad.

—Y cuando vengas el fin de semana, no me hagas insistir para que te lleves una de mis joyitas. —Alzó la ceja—. La chiquita. La que cabe en el bolso de fiesta y, si lo necesitas, le vuelas las pelotas a quien te busque las cosquillas; para algo tu hermana es abogada.

—Mamá… —Me reí—. No necesito un arma aquí.

—Nunca necesitas una pistola, mi amor. Solo necesitas no necesitarla y tenerla por si acaso. —Guiñó ojo—. Punto dos: Acción de Gracias. No me vayas a salir con «entrenamiento», «proyecto» o «examen». Las tradiciones se cumplen, ¿me oíste?

—Había pensado… —jugueteé con el *piercing* de la barbilla—. Saltármelo.

—¡Ni loca! —Apareció una melena perfecta por detrás—. *Sisters emergency line*: ¿quién quería saltarse qué?

—Hola, Nadia.

Mi hermana *influencer* ya estaba encuadrando mejor el móvil.

—Si yo me pierdo los premios IY, tú te pierdes saltar al potro este finde —sentenció.

—Además, Sofi está practicando el discurso de este año para bendecir la mesa —agregó mamá—. Te quiere de público.

—Y yo ya tengo los ingredientes del mole de las Ortiz —asomó Alma—. Es tradición.

—Almita, corazón, tú no cocinas ni un meme —se rio mamá—, pero puedes traer el vino, la intención se agradece.

Yo también reí. Ese caos olía a familia.

—Mamá… —aflojé—. Voy. —La palabra salió sola—. Voy a casa.

—Ya lo sabía. —Sonrió—. Lo tengo todo comprado, así que no había opción de negativa. Si hacía falta, te mandábamos a alguien. ¿Te queda claro?

—Clarísimo. Os dejo, que estoy cenando.

—Te queremos, chiquita.

—Y yo a vosotras.

Corté. Me quedé mirando el techo un segundo. Mi familia no era convencional, pero era mía.

Volví a la sala común. Avery tenía una libreta abierta; Naomi ordenaba los trozos como si fueran fichas de Tetris.

—¿Todo bien? —preguntó mi compañera de cuarto.

—Mi familia y Acción de Gracias —respondí, como si eso lo resumiera todo—. Tradición, pavo, muchas mujeres. Ya sabéis.

Me dejé caer otra vez al suelo.

—De momento, apoyo incondicional a Sienna, sin presión —resumió Avery, señalando lo que había escrito—. Si decide denunciar, vamos con ella. Mientras, seguimos documentándolo todo y le preguntaré a mi hermano si puede sacar más trapos sucios de esos cretinos, que para eso vivió en ese edificio y compartieron vestuario.

—Yo me comprometo a llevar cámara a cualquier fiesta a la que vayamos a partir de ahora —añadió Naomi—. Y si se les ocurre agredir a otra delante de mí, les hago un *force push* a lo *jedi* para enviarlos al lugar más remoto de la galaxia.

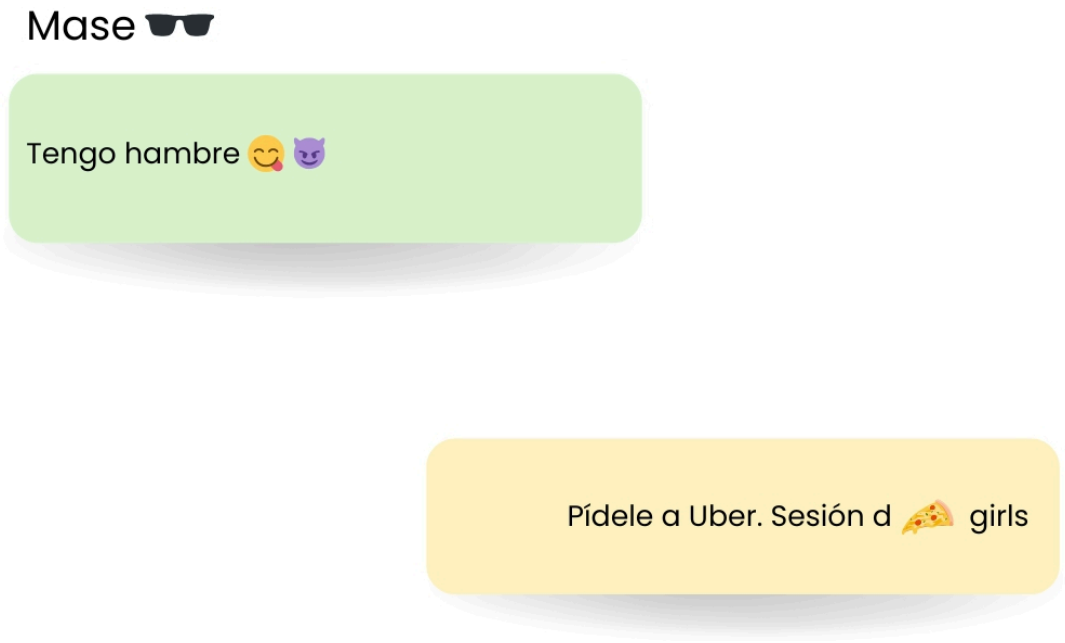
—Estrategia y mente fría, Ortiz —advirtió Avery.

—Estrategia es que no se olviden de que con nosotras no se juega —le guiñé—, pero vale. Tú mandas, capitana, lo haremos a tu

manera.

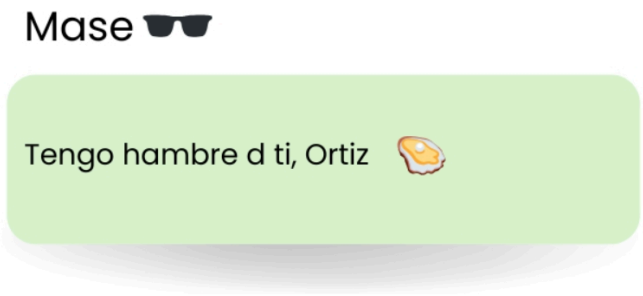
El móvil vibró otra vez. Mase.

Mientras Naomi y Avery hablaban de si Valentino podía ayudar, abrí el chat.

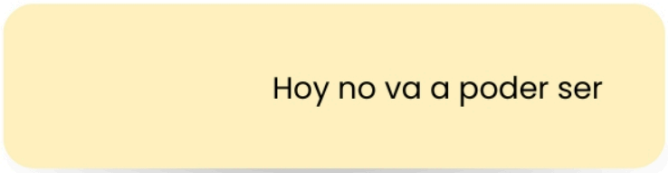


Sonreí de lado.

Diez segundos.



Un calorcito me subió por el esternón. Me tapé la sonrisa con la lata para que Naomi no me leyera la cara.

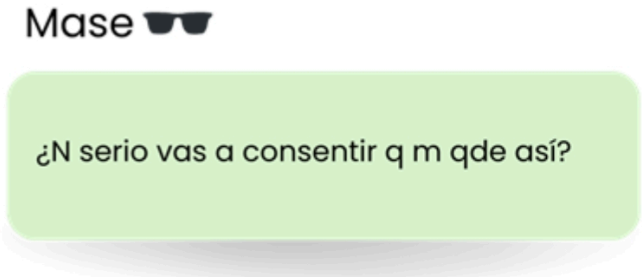


Tres puntitos… y, entonces, foto. No necesitaba abrirla a pantalla completa para entender el contexto. Puse el móvil bocabajo en la pierna y respiré por la nariz para que no se me escapara la risa.

—¿Qué? —susurró Naomi, radar activado.

—Trabajo de campo —respondí seria.

Releí lo suyo. Saltó una foto de lo más sugerente apuntando al gran cañón… Sonreí más.





Pausa. Otro mensaje:

Mase

Cruel



Volví a girar la pantalla, riéndome bajito.

—¿Tu trabajo de campo es con un payaso? —preguntó Naomi.

—Algo así. Ya le he dicho que mañana más. Soy toda vuestra. ¿Por dónde íbamos?

Nos quedamos un rato más con nuestras cosas: la *app* de Naomi, la *playlist* de suelo de Avery, si yo prefería labios rojos o *nude* de la nueva colección. Durante una hora, el mundo no fue un campo minado.

Más tarde, en mi habitación, apagué la luz y me quedé sentada en la cama con los pies colgando. Abrí el chat de Mase: una carita llorando dramatizada y un «no me quieres lo suficiente como para venir a ordeñarme».

Le mandé una vaca, una berenjena y un corazón.

Pantalla negra. Silencio. Me tumbé bocarriba y dejé que el techo me devolviera una versión mía sin ruido.

«No bajes la guardia», dijo mamá. Bastó esa frase para dirigir mis sueños a donde no quería. Pero, por una noche, también bastó para recordarme que no estaba sola.

CAPÍTULO 49



Camila, 9 años

El disparo fue como si el cielo se partiera.

El hombre que me cargaba se dobló de golpe, sin aviso, y su cuerpo cayó al suelo con todo su peso. Reboté contra él. Sentí cómo se quedaba quieto, cómo el aire se le escapaba del pecho con un sonido que no parecía humano. Cuando intenté apartarlo, la sangre ya me había empapado las manos, la ropa. Estaba caliente y olía a monedas viejas. Intenté limpiarme, pero solo la extendí más.

No entendía qué había pasado. El ruido seguía dentro de mi cabeza, dándome golpes como un martillo.

Fui a ponerme en pie, hundiendo las manos en el líquido pegajoso que se extendía por el suelo. Estaba oscuro y la luna cubierta por una capa espesa de nubes. Me escurrí como pude y gateé, resbalándome. Quería levantarme, correr, gritar, pero las piernas no respondían; temblaban tanto que parecían no ser mías.

Y, entonces, oí la voz.

—Mira *nomás*... —arrastró las palabras, como si las saboreara—. Se lo volaron al pendejo. Te dije que nadie te iba a sacar de aquí si tu papá no paga lo que debe, *pinche chamaca.*

Me quedé helada. Era el del diente dorado, era su voz, tenía que huir antes de que me atrapara.

El corazón empezó a golpearme las costillas tan fuerte que dolía.

Me levanté a medias y moví los pies todo lo rápido que pude sin mirar atrás. Necesitaba esconderme, o que alguien me salvara, aunque no me fiaba de nadie. Con ese hombre disparando, cualquiera podía ser un enemigo.

Me dirigí hacia los edificios. Cada paso parecía gritar mi nombre. Tenía un zumbido sordo en los oídos, el mismo que me daba cuando me tapaba la nariz bajo el agua, solo que este no se marchaba ni aunque respirara con la boca abierta.

Escuchaba sus gritos detrás, cada vez más cerca. Era mucho más grande, más rápido, más fuerte que yo.

Recordé cuando en casa jugábamos al escondite con papá. Era imposible ganarle, siempre nos decía que cada una tenía una habilidad, que debíamos encontrar cuál era y usarla a nuestro favor. Yo era escurridiza y silenciosa. Tenía muchísima flexibilidad, podía meterme en sitios donde nadie más cabía, así que, si quería que ese hombre no me encontrara, debía hacer lo mismo que en casa.

Llegué a uno de los edificios. Los pulmones me ardían. Empujé una puerta que chirrió y corrí sin saber hacia dónde, solo sabía que debía esconderme muy bien si quería tener una oportunidad.

Vi un hueco entre unas máquinas oxidadas. No lo pensé. Me lancé directa hacia él. El borde me arañó la pierna y sentí el hilo caliente de la sangre bajándome hasta el tobillo. Apreté los dientes, me doblé entera y me metí hasta el fondo. El espacio era estrecho, apenas podía respirar. El polvo me entraba en la nariz y me hacía estornudar, pero me tapé la boca con las dos manos para no hacerlo.

Los pasos se acercaban. No sonaban lejos y oí su tarareo. Se aproximó demasiado deprisa, impidiendo que pudiera calmarme del todo.

Tan cerca que podía escuchar cómo las suelas se despegaban del suelo con cada pisada.

—¿Dónde estás, ratoncita? —canturreó con una voz que parecía reírse sola—. Sal y te prometo que no te pego tan duro por haberme desobedecido y tratar de largarte con ese *man*.

Me apreté contra la pared, encogiendo las rodillas. Las manos me temblaban sin control. El corazón me hacía tanto ruido que quise golpearme el pecho para que se callara. Olía su sudor, el tabaco, el alcohol, mi miedo.

—Si me haces buscarte —siguió diciendo—, te juro que, cuando te encuentre, te va a doler hasta el alma, ¿me oíste?

Su voz rebotó en las paredes.

Cerré los ojos muy fuerte, rezando para que desapareciera. Después se oyó el golpe de una lata rodando por el suelo, el chirrido de una puerta vieja, el eco de sus pasos alejándose.

Esperé.

Uno, dos, tres… diez. Dejé de contar. Solo aguardé a que el silencio fuera tan grande que no diera espacio a nada más.

Me atreví a despegar los párpados. No se veía nada, solo una línea de luz sucia entrando por una rendija. Tampoco se escuchaba nada; con suerte, me estaría buscando en otro edificio.

Me moví despacio, lentísimo. Me dolía el cuerpo, la pierna, la uña, pero no protesté. Ya tendría tiempo para eso. Asomé la cabeza un poquito. No había rastro de él.

El pasillo estaba vacío, era mi oportunidad.

Respiré hondo; el aire me sabía a polvo y a hierro, pero al menos era aire.

Me preparé para salir, puse las manos por debajo para impulsarme y, entonces, de la nada, una mano apareció y me tiró del pelo con furia.

Mi grito cruzó la nave.

—¡Te agarré, cabrona!

El tirón me levantó el cuero cabelludo de raíz. No había mirado hacia arriba: debía estar sentado sobre la máquina, esperándome. Chillé tan agudo que el sonido se me rompió en la garganta. Me

sacó del hueco con tanta fuerza que noté cómo algo me perforaba un costado de la camiseta. Dolió, dolió mucho.

Las rodillas me ardieron al raspar el cemento. Intenté soltarme, pataleé, arañé el aire, pero su mano era una garra.

—Pensaste que podías esconderte de mí, ¿eh? —Rio con la respiración entrecortada—. Eres igualita a tu viejo, una rata que busca un agujero sin pensar que el depredador está al acecho.

Me giró de golpe, me agarró de los dos brazos y me levantó como si fuera un saco para cargarme. Tenía la cara tan cerca que podía contarle los poros. Su aliento olía a tequila y a odio.

—Y ahora, para que aprendas la lección… —susurró pegado a mi oído, con esa voz que hacía que se me doblaran las rodillas—, te vas a quedar sin dedo por *pendeja*, quizá te corte dos.

No tuve tiempo de pensar. Solo sentí el frío, el mareo, el aire cortándose. Voces, gritos, alguien pidiendo que me soltara, él sacando la pistola y, entonces, otro disparo.

Un estampido seco, cercano. El mundo se movió demasiado deprisa. No estaba muy segura de lo que estaba pasando, solo que me golpeé la cabeza contra algo. El golpe me dejó sin aire. Todo se volvió un ruido sordo, una mezcla de gritos, ecos, olor a pólvora que me llenó la nariz antes de que me devorara la nada.

Hasta que el silencio me devolvió a mí misma.

□□□□□

Abrí los ojos. La habitación era otra, la mía, la de ahora.

Oscura, callada, y yo estaba tan fría que me dolían los huesos.

Intenté ubicarme, tratando de entender que solo era una pesadilla fruto de la conversación que tuve con mi madre.

Miré hacia Avery para constatar que dormía plácidamente.

Por lo menos, esta vez no había gritado.

El corazón todavía corría por dentro, como si no hubiera terminado la carrera que me llevaba al salto.

Me senté de golpe, con el pelo pegado a la cara y la camiseta empapada en sudor. Busqué la sábana, la levanté. Miré mis pies, mis

manos. Siempre lo hacía desde aquella noche, desde que desperté bajo la amenaza de perder dos de ellos.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco…

Los conté todos, un par de veces para asegurar.

Seguí respirando, desoyendo al miedo irracional que seguía ahí, pegado a mi piel como una segunda capa.

Sabía que no iba a poder dormir, era imposible.

Me puse en pie, fui a la salita del cuarto y me acerqué a la ventana; un poco de aire me aliviaría.

El campus estaba desierto, envuelto en ese silencio pesado de la madrugada; respiré hondo, buscando un resquicio de brisa que llevara a mi mente a entender que no estaba en Nevada.

Lo hice varias veces, apretando con fuerza los párpados, y cuando volví a abrirlos, la vi.

Una sombra junto al árbol. Un punto rojizo encendido en la oscuridad: un cigarrillo.

No había luz en ese lado, así que no pude distinguir quién era. Mi interior volvió a temblar sin remedio y bajé la ventana de golpe. Cuando volví a enfocar ese punto, ya no estaba.

¿Había sido fruto de mi imaginación? ¿Un estudiante? ¿Uno de los vigilantes de la SSU? Quizá se había asustado porque no esperaba que nadie lo pillara; estaba prohibido fumar en las instalaciones. No estaba segura.

Solo sabía que el terror volvió a hacer de las suyas, que el pasado seguía encontrando la forma de colarse por las rendijas.

La habitación seguía en silencio, salvo por la respiración acompasada de mi compañera de cuarto, pero en mi cabeza todavía resonaba el eco del disparo… y la voz del hombre canturreando aquella maldita canción.

Me pasé una mano por la cara, respiré hondo y apreté el puente de mi nariz.

Necesitaba una ducha, una larga que me devolviera el calor y el control.

Lo que acababa de vivir formaba parte del pasado, no tenía nada que ver ni con mi presente ni con mi futuro.

Dentro de mí seguía latiendo la certeza de que algunas heridas no se curaban, solo se disfrazaban de cicatriz.

CAPÍTULO 50



Mason

Odiaba Acción de Gracias.

No por el pavo, ni por los discursos ni por las películas ñoñas. Lo odiaba porque me recordaba todo lo que no tenía: un hogar con ruido, con olor a horno y a voces que se pisaban.

Mis padres estaban en Europa con otra de sus obras maestras. En las fotos salían impecables, sonrientes, con copas en la mano y titulares que decían: «La pareja dorada de Hollywood brilla en Roma».

Yo, mientras tanto, brillaba en Beverly Hills… solo, porque le había dado el día libre a todo el servicio, incluso a Oliver, que siempre estaba ahí.

Cuando Jaxon me llamó y soltó un «Mamá dice que te esperamos en casa, que hay comida de sobra», no tuve que pensarlo dos veces.

No era de esos que se hacían de rogar. Si algo me apetecía, lo aceptaba y punto.

Conduje hasta la entrada con un lote de seis vinos de cuatro cifras. Total, mi padre no estaba para bebérselos y en casa de Hayes siempre había una legión dispuesta a divertirse.

Me quedé un segundo dentro del coche, mirando mi reflejo en la ventanilla. Tenía el pelo alborotado, la camisa abierta bajo la americana y el tipo de pinta que gritaba «no pertenezco a ningún lado, sin embargo, entro en todas partes».

Sonreí al pensar en Camila.

Se había ido a pasar el finde con su familia y no la dejé negarme el placer de acompañarla al aeropuerto.

Y digo «placer» porque lo fue.

Mientras hacía el check-in*, no dejé de susurrarle todo lo que me gustaría hacerle para que se pusiera nerviosa. La calenté tanto que, en cuanto terminó, prácticamente me arrastró a uno de los baños para personas con movilidad reducida.*

—¿Tan mal me ves que tengo que usar el baño de minusválidos? —le susurré mientras ella me empujaba dentro.

—No, pero viendo lo poco que vas a poder mantenerte de pie después de lo que me has dicho, me pareció lo más responsable —replicó, cerrando el pestillo.

—Qué previsora. Deberías poner eso en tu currículum: experta en primeros auxilios y emergencias sexuales.

—Y tú en provocaciones sin plan de escape —me devolvió, acercándose hasta que apenas quedaba aire entre nosotros.

—¿Y si mi plan era este? —Bajé la voz.

—Entonces, deja de hablar, Fitzy —rozó mi cuello con los labios —, y haz que tenga algo apetitoso que agradecer este año.

Sus dedos tiraron de mí hasta que ya no supe dónde acababa el aire y empezaba su boca.

El beso fue tipo: caos que te dejaba sin coordenadas, sin tiempo y sin cordura.

La sentí derretirse en mi lengua como un terrón de azúcar y pasé una mano por debajo de su falda corta para notar la humedad

condensada entre sus muslos; estaba más que lista, me gustaba que siempre lo estuviera.

Le bajé las bragas sin perder tiempo y agradecí llevar pantalones cortos de deporte para no perder ni un segundo de nuestro valioso tiempo.

La alcé del suelo para envolver sus fuertes piernas alrededor de mi cintura y apoyarla contra la puerta.

Me froté contra su humedad, no había nada más delicioso que sentir sus pliegues invitantes contra mi polla.

Volví a besarla, me encantaba su sabor, era adictivo, y no solo el de su boca; podría estar horas solo devorándole el cuerpo y haciéndole un pijama de saliva.

—Quiero llevarme algo de ti para recordarte durante el vuelo… —farfulló sobre mis labios.

No tardé ni dos segundos en estar dentro. Empujando, hundiéndome en esa calidez que me volvía loco.

No fue una despedida normal.

Fue una guerra breve, una rendición con sus piernas como soga y las uñas marcando territorio en mi espalda.

Nos comimos la boca hasta que no le quedó ni una gota de pintalabios y mi nombre se volvió sonidos inconexos.

El ruido de los altavoces de fondo, el eco del mármol acompasando mis acometidas, el olor a su perfume mezclado con el mío.

Jadeaba mi nombre como si no le importara quién pudiera oírla; creo que no nos importaba a ninguno.

Pensé que no existía infierno que no mereciera la pena tras follar con ella. Me corrí en su interior. En cuanto me vacié, segundos después de que ella estallara, seguí moviéndome dentro por puro placer.

La hice tocar suelo cuando mi polla recuperó su estado normal. Me puse de cuclillas y le subí las bragas despacio, sin limpiarla, besando su coño por encima del tejido cuando la prenda estuvo en su sitio.

—¿Qué haces?

—Asegurarme que te llevas un souvenir *mío que te haga pensar en mí durante el vuelo.*

Me gustó su sonrisa juguetona mientras se lo decía. No era la primera vez ni sería la última que jugábamos a eso.

—Sabes que no me refería a este tipo de regalo.

—Niega que te pone muy cachonda que lo haya hecho.

—No te acostumbres a que te haga caso o a que me convierta en tu envase de leche, Fitzy —murmuró con esa mirada que prendía fuego a todo lo que tocaba.

—Y tú no te hagas demasiadas pajas el finde pensando en lo mucho que te va a gustar que mi corrida te empape durante el vuelo.

Ella rio sin pudor mientras yo me subía los pantalones.

—Eres imposible.

—Lo que soy es tu nueva devoción, aunque aún no lo sepas.

Volví a besarla y a acompañarla hasta la zona de embarque; justo antes de que fuera directa al control, musitó en mi oído.

—A la vuelta, retomamos nuestro reto, estas Navidades me apetece Toblerone.

Le agarré la muñeca.

—Eso será si no me lo como yo primero.

Ella volvió a ofrecerme una de sus miradas cautivadoras y se relamió.

—Que gane el mejor, aunque a mí me encantaría comeros a los dos.

En cuanto lo soltó, se alejó.

No me sentó mal que trajera a Thiago a colación ni su última proposición.

Ese tipo de conversaciones con Camila eran mi religión; encontrar a alguien que tuviera tus mismas preferencias y te siguiera el ritmo era un billete de lotería premiado que no quería perder bajo ningún concepto.

Me daba igual si para ella lo nuestro solo significaba deseo y adrenalina con *topping* de buen rollo y una apuesta de por medio. A mí me bastaba con imaginar que, tal vez, algún día se daría cuenta

de que era su mejor opción, su complemento directo, y me vería como algo más que el amigo perfecto a quien tirarse.

Quizá, y solo quizá, podía merecer la pena para alguien como Ortiz.

Me bajé del coche con una sonrisa que no tenía nada que ver con Acción de Gracias.

Graham me abrió la puerta con un trapo al hombro y ese tono de entrenador que mezclaba cariño con amenaza.

—Llegas a tiempo, Mason. Siéntate antes de que Mariana te ponga a pelar patatas —dijo.

—Lo haría con mucho gusto si no fuera tan malo con los cuchillos. Le aseguro, entrenador, que en mi otra vida ni fui faquir ni cocinero. No podemos dejar que una amputación afecte a mi rendimiento deportivo —respondí.

La madre de Jaxon apareció detrás de él con una cuchara de madera como arma.

—Me alegro mucho de que hayas aceptado la invitación, Mase, y no tienes que pelar nada porque la cena está casi lista; no dejes que este hombretón te tome el pelo.

Ella sonrió y me dio un abrazo de esos de madre justo después de que yo le entregara las botellas al entrenador.

—No hacía falta que trajeras nada. —Suspiró agradecida.

—En mi casa solo acumulan polvo y ese vino merece ser descorchado con gente que sepa celebrar, y a ti hay que celebrarte a diario. Espero que Graham lo haga, si no, me presento voluntario; soy puro colágeno.

El entrenador me miró ceñudo.

—¡Lo que eres es un puto degenerado! Deja de intentar tirarte a mi madre antes de que Graham te desahucie de su casa antes de entrar.

Ese era Jackass, avanzando por la retaguardia.

—El entrenador sabe que solo miro por el bien de Mariana, es ley de vida que las mujeres viven más y no te haces una idea de lo que me encantaría que un día me llamaras «papá».

—¡Cállate, mendrugo!

—Venga, pasad —dijo la madre de mi mejor amigo, que ya estaba habituada a mis idas de olla.

—Eres la definición de hospitalidad, Mariana. —Le sonreí, guiñándole un ojo.

—Y tú la definición de descaro —replicó, pero me devolvió el gesto.

El comedor era puro caos con encanto.

Avery colocaba servilletas; Valentino cortaba pan como si estuviera en un combate a muerte con la barra. Los pequeños, Connor y Ethan, discutían sobre quién iba a comerse la aceituna más brillante del cuenco; y el general Dalton ya había ocupado la cabecera de la mesa con una copa en la mano, hablando sobre la liga de la NFL con voz de mando.

El hermano de Demasiado le sonreía desde el otro extremo.

—Mirad quién ha llegado: el tío que necesita un manual de instrucciones para abrocharse los dos últimos botones de la camisa —anunció Jaxon con burla.

—Un poco de respeto al invitado de honor, Reyes. Sin mí, ninguna fiesta es lo mismo —respondí, acercándome a todos para saludar.

Nos sentamos diez minutos después. Mariana servía platos como si estuviera alimentando a un ejército y Graham ya tenía la copa levantada para su bendición improvisada.

—Brindemos —dijo—: por las segundas oportunidades, la gente buena y las mesas que se agrandan con personas que suman.

—Y por las que vienen a devorar sin traer postre —añadió Jaxon, mirando en mi dirección.

—Eso ha dolido. —Me llevé una mano al pecho—. Y encima me acusan en público, qué vergüenza.

Las risas estallaron.

Mariana se giró hacia su pareja, medio divertida, medio enamorada, y yo no pude evitar pensar que así debía sentirse un hogar: ruido, olor a horno y gente que se reía contigo sin necesitar explicación.

Eso, y no los Fitzroy, era tener familia.

—¿Tú qué agradeces, Mase? —preguntó Mariana con esa sonrisa de madre que no aceptaba silencios.

—Agradezco que me dejéis venir cada año a comer gratis y que nadie me obligue a fregar después.

Las risas volvieron.

—Te libras porque hay lavavajillas, pero de recoger la mesa no te salva ni Dios —replicó Jaxon.

—Si me haces recogerla, te quedas sin vajilla; el servicio me llama Mason manos de trapo —le advertí.

—Lo que tienes de trapo es la lengua —añadió Avery, divertida.

—Por eso me la valoran tanto —le devolví, levantando la copa.

Jaxon bufó.

—El día que te calles, se apaga el sol.

—Y tú llorarás porque te gano en cualquier pelea de gallos, Reyes.

—Se llama batalla, pedazo de ignorante.

El general y Graham no tardaron en encender la conversación. Dos fanáticos con equipos opuestos y egos del tamaño de un estadio.

—¿Treinta años? —dijo el general, refiriéndose al *quarterback* de los Cowboys—. Eso es estar al borde de la jubilación.

—Treinta es experiencia, señor —intervino Valentino con calma—. Y recuerda que Levi Carter lleva la sangre de su padre, Cole Carter. Ese brazo va a durarle hasta los cuarenta.

—Que sea hijo de una estrella de los Giants —comentó el general, inflando el pecho— ya lo hace uno de los nuestros.

—Hasta que decidió vestir de azul y plata —metió baza Graham, sirviéndose más vino—. Dallas tiene talento, pero juega como si los dioses del fútbol americano se echaran la siesta cada domingo. No lo digo por ti, Valentino, que todavía no has jugado, pero yo de ti intentaría que me fichara otro equipo como los Chargers —barrió para casa.

—Los Chargers tienen una habilidad sobrenatural para perder por tres puntos —replicó el general.

—Eso es estrategia avanzada. —Graham sonrió—. No todos entienden el arte de sufrir con estilo.

Los niños los miraban fascinados, intentando entender el idioma adulto.

—¿Quién gana entonces? —preguntó Connor.

—Los que no discuten con su madre a la hora de cenar —contestó Mariana.

—Ese soy yo, mamá —saltó Ethan.

—Tú discutes hasta con tu sombra —le contestó Connor.

—Solo si tiene tu cara —remató el pequeño.

La mesa se vino abajo de risa.

La conversación siguió saltando entre bromas y rivalidades.

Valentino no se enfadaba, escuchaba con la serenidad de quien estaba acostumbrado a la polémica deportiva. Yo lo observaba de buen humor porque me gustaba su estilo; en eso nos parecíamos.

—¿Sabes qué? —le dije, alzando la copa—. Por eso yo me dediqué a la gimnasia. —Cabeceé hacia su padre y el entrenador—. Demasiado fanatismo en tu deporte.

—Eso díselo a las que se mueren por verte dando volteretas semidesnudo —replicó—. Yo he visto a más de una en las gradas mordiéndose el labio. Por no hablar de los tíos que se comen a las gimnastas con esas mallas que se les meten por el culo. Más de uno se ofrecería como punto de aterrizaje en el suelo, esperando que clavaran el salto en su punto de anclaje.

—¡No seas cerdo! —protestó Avery.

—Es un cumplido. La apreciación del arte corporal —dijo él, serio.

—Deja el arte y llénate la boca de comida en lugar de estupideces —le respondió, lanzándole un trozo de pan que su hermano cazó con la boca abierta.

—Te voy a denunciar por agresión con miga —protestó.

—Y yo por daño visual —le devolvió ella.

—Me encanta este tipo de culebrón entre hermanos, ¿cabría la posibilidad de que me escogierais para un trío? —añadí, metiendo cizaña.

—Ni lo sueñes, Fitz —dijeron los dos al unísono.

—Me siento ofendido y excitado a la vez —repuse, y Jaxon casi me anuda las pelotas por la proposición, aunque supiera que era mentira.

Aquella casa era el circo de la diversión y a mí me encantaba ser el payaso invitado.

Mientras los Dalton seguían con sus pullas, saqué el móvil por costumbre.

TikTok. *Stories*. *Scroll* automático.

Buscaba, no sé, una señal de Camila, algún guiño velado suyo.

Pero me topé con otra cosa.

Una imagen del pabellón vacío, las luces de emergencia proyectando una sombra, música latina nostálgica y una frase.

«Doy gracias por poder celebrarlo con mi oportunidad y por todo lo que habéis hecho para que esté aquí».

Me quedé mirándola más de lo que debía porque sabía a quién pertenecía sin mirar el nombre.

Thiago no estaba con su familia, no se había ido a Miami y yo tampoco era que le preguntara. No se encontraba con ellos ni con nadie. Estaba solo, entrenando.

Y a mí se me apretó algo en el pecho que no tenía nada que ver con la comida.

—¿Qué pasa? —preguntó Jaxon al verme la cara.

—Nada grave. Solo que creo que debo irme ya.

—No me jodas que a tu polla le ha salido plan para dar las gracias.

—Algo así, sí.

—¿Estás de broma?

—Ya me conoces, hermano —dije, levantándome—. Nunca dejo pasar una buena oportunidad.

Mariana me interceptó con una ceja arqueada.

—Pero si no has probado ni la mitad. ¿Te preparo algo para llevar?

—Si digo que sí, ¿quedo muy mal?

—Al contrario. —Sonrió—. Me ofendería que dejaras de ser tú. Llévate comida, vino y disfruta con esa persona que te hace levantarte de la mesa en un día como este.

—Debe de ser importante —añadió el general.

—Lo suficiente como para dejar un postre sin probar por ir a por otro —respondí con un guiño, y las risas me siguieron hasta la

cocina.

Mariana me alcanzó un par de *tuppers* con el mimo de quien despedía a un hijo que no era suyo, añadió una botella y un sacacorchos.

Jaxon me acompañó hasta la puerta.

—¿Con quién has quedado, Fitzy?

—Con nadie. Solo voy a llevarle un poco de esta alegría a alguien que lo necesita más que yo.

Se limitó a asentir; con temas así, mi mejor amigo no solía hacer preguntas.

—Gracias por venir, colega.

—Gracias a ti —contesté, un pelín nostálgico—. Por recordarme que las familias normales existen…, aunque sean de prestado. Prometo devolverte el *tupper* antes de Navidad.

Salí con la bolsa en la mano y una sonrisa torcida.

Ya sabía a dónde iba, al pabellón.

En busca de mi motivo para dar las gracias… y de algo mucho más dulce que el postre.

CAPÍTULO 51



Mason

El pabellón estaba muerto.

Y aunque nadie debería estar dentro, la mayoría sabíamos cómo colarnos. Las luces de emergencia parpadeaban en modo piloto, igual que mi cerebro, que solo pensaba en una cosa. «Buen sitio para una mala idea».

No había rastro de Thiago, y si no estaba entrenando era porque debía estar en el vestuario o en su residencia. Crucé los dedos para que fuera lo primero.

En cuanto abrí la puerta, el sonido del agua cayendo me arrancó una sonrisa.

«Bingo».

Dejé la bolsa que me había preparado Mariana: pavo, puré, pan, una botella de las caras, brochetas de fruta en almíbar y un bote con chocolate derretido con canela y *brandy*. Ideal para untar.

Mientras me desnudaba —porque sí, no iba a meterme con ropa —, me vino la escena de la residencia de los Warriors a la cabeza: Camila pegada a mí, Cruz detrás, mandíbula tensa, ojos diciendo «y si…», cuerpo empujando al «vamos» y un pulso en su garganta pidiendo guerra.

Había visto esa peli muchas veces. Me sabía el guion. Gente que dudaba hasta que alguien cambiaba la frase, y yo era jodidamente creativo con los giros que no se veían venir.

¿Qué era lo peor que podía pasar si daba un paso más? ¿Una hostia? A mi cara ya le habían hecho mantenimiento unas cuantas veces.

Merecía la pena arriesgar.

Me bajé los calzoncillos sin ceremonia. Toalla azul al hombro, gel en la mano, pasillo de azulejos. El vapor marcaba mi camino.

Doblé la esquina y ahí estaba.

De espaldas al mundo, el agua cayéndole por la nuca, la piel oscura brillando contra la porcelana.

Mano apoyada en la pared, respiración marcada, la otra ocupada donde el orgullo no admite testigos y sí muchos jadeos.

La imagen me golpeó directo al estómago… y a todo lo demás.

Sonreí, apunté con la botella y le lancé un chorro de gel frío que le cruzó la espalda en diagonal.

—¡Mierda! —saltó, medio girando, con cara de «¿esta es la prueba de infarto cardiovascular?».

Me planté frente a él como si acabara de entrar a por champú.

—Pensé que te vendría bien un poco de espuma. Con tanta agua, se te va a convertir en cola de sirena. —Y dejé que la mirada bajara —. ¿Te gusta cascártela en la ducha o alguien está contento de verme?

El entrecejo se le frunció.

—¡¿Qué cojones haces aquí?! ¿No sabes respetar?

—No sabía que estabas —mentí—, pero oye, no me importa verte en acción. —Incliné la cabeza, provocador—. Incluso podría ayudarte…

Se dio la vuelta para ignorarme. Le lancé otro chorro, directo a los riñones.

—Joder, Cruz. Estás para llenarte de leche…

—¡Fuera! —gritó al borde del colapso.

Era el todo o la nada. Y obedecer nunca se me dio bien.

Di dos pasos, sin prisa, hasta alcanzarlo.

—¿O qué…? —murmuré, pegado a su oreja.

No contestó. Lo giré.

Nuestras narices quedaron a un suspiro, apenas unos centímetros de diferencia entre su estatura y la mía. El resto lo compensábamos… en otras proporciones.

Su pecho subió medio palmo, la garganta tragó en seco. El agua nos marcaba el compás, su mirada también.

Me guardé las bromas en el bolsillo.

El mundo se redujo a medio metro de piel y ruido de fondo.

Subí el bote, dejé caer una línea de gel sobre su hombro. Una forma geométrica imperfecta, brillante, que mi dedo siguió.

Seguía respirando y mi nariz en su sitio. Buena señal.

Nada de discursos, nada de frases fuera de lugar, solo cadencia y toque.

El gel descendía y yo con él.

Usé toda la mano para masajearle el trapecio, el cuello, la clavícula. Mi palma repartía espuma en círculos lentos. Tacto, temperatura, respuesta.

El típico «sigue» que no se decía, pero se sentía.

Thiago apoyó la espalda en los azulejos. Otra buena señal.

Pasé el pulgar por el borde de sus trenzas hacia su nuca y noté el temblor que esperaba.

Le encuadré la mandíbula con la mano enjabonada, pidiéndole esa mirada que me volvía loco: pupilas dilatadas, cero chulería. Solo atención, desconcierto, fascinación.

Bajé por el pecho, por el abdomen marcado, bordeando el psoas, evitando lo que quería tocar.

La espuma situada a centímetros de su erección.

Él respiró más hondo. Yo también.

Podría haber soltado una frase ingeniosa. Decidí no matar el momento.

Volví a usar el jabón y dejé caer otro hilo grueso que lo partió en dos. Cerró los ojos cuando el líquido goteó sobre el glande. Me encantaba su polla, gruesa, llena de venas, con la punta que emulaba una ciruela madura lista para el ataque.

Que no se hubiera movido y yo siguiera con la cabeza sobre mis hombros me empujaba a seguir.

Pegué mi cuerpo al suyo. Lo sentí en plenitud, su polla pegada a la mía, que estaba encantada de verlo y deseosa de rozar.

Acercarme a su oído fue instinto. Quería que supiera lo que íbamos a hacer, que fuera consciente, que me diera su jodido «sí, quiero» antes de correrno s.

—No pienses —susurré—. No juzgues, no te limites, solo fluye y déjate llevar. Sabes tan bien como yo que quieres esto desde hace tiempo, solo tienes que permitirte la opción y yo te daré eso que tanto anhelas.

Su mandíbula tembló.

—¿Es una orden, capitán?

Sonreí contra su mejilla.

—No. —Mi voz bajó sin permiso—. Es tu motivo para dar gracias esta noche. No nos lo niegues.

Me froté contra él y un jadeo grave se escapó de su garganta.

Cada roce era una invitación, y yo tenía buenos modales.

El agua arrastraba la espuma y la devolvía, como si hiciera *replay*.

No podíamos estar más cerca, la fricción de nuestras erecciones murmuraba un: «ya has cruzado, admítelo».

Lo miré a los ojos. Su boca entreabierta. Ese «esto es real» mudo que agradecí con un gesto simple: frente con frente, respirar el uno en los labios del otro dos veces, bajar el volumen del mundo.

Su boca vino sola. No fue un ataque; fue un «sí» en toda regla.

Sus manos se aferraron a mi nuca y su lengua se volvió desafío.

Firme, clara, directa, golosa. Me clavó las yemas en la nuca. No las quité, las quería justo ahí, indicando que me deseaba tanto como yo a él.

Seguí con el gel mientras nuestras bocas se devoraban. Otro hilo desde el esternón hacia abajo, lento, descarado. Mis dedos lo

persiguieron como si estuviera firmando un contrato que ya habíamos leído los dos. El agua corría, nosotros también.

Thiago me empujó suave para recuperar aire y bajar la mirada a donde los hilos de jabón parecían otra cosa. Le rocé la comisura con el pulgar, una gota se quedó ahí y la barrí de vuelta al interior de su boca, él succionó, su reacción hizo que mi entrepierna vibrara contra la suya mientras yo empujaba con suavidad sobre su lengua. Su mandíbula estaba tensa, no de enfado. Sus ojos pidieron otra ronda. Se la di, volví a echar gel mientras hundía el pulgar y sus dedos memorizaban la distancia entre mi cuello y mi cintura.

Hubo fricción por su parte. Manos que aprendieron rápido. Saqué el dedo y lo volví a cambiar por un roce intenso de papilas.

Cambiamos las reglas del juego.

Thiago tomó las riendas y me empujó contra la pared. Lo dejé hacer. Acostumbrarse a desear lo inimaginable a veces costaba. Me cogió el bote y echó una cantidad exorbitada entre nosotros.

Gemí cuando lo soltó y el envase rebotó contra el suelo.

Volví a jadear cuando me tomó la mano y la puso en su tripa viscosa para guiarla hacia abajo.

Me sentí en la gloria al sentir el glande encharcado en una mezcla de texturas y su reacción a mi contacto.

—¡Joder! —exclamó entrecortado mientras yo trazaba la cabeza con el pulgar y hacía pulsiones en ese punto tan sensible.

—¿Te gusta?

El oro de sus ojos me bañó.

—¿Y a ti?

—A mí me flipa lo bueno que estás, me encanta tu polla.

Moví la mano arriba y abajo, ganándome un gruñido casi animal que lo llevó a comerme la boca con mayor intensidad.

El Thiago comedido dio paso a otro tremendamente sexual, caliente y deseoso de más.

Alcancé sus pelotas, las masajeé aplicando la presión justa y un jadeo sordo rebotó en mi garganta.

Era tan jodidamente deseable…

Me separé de su boca con varios mordiscos…

—Déjame darte el agradecimiento que necesitas.

Hubo ese ruido de ducha que, de repente, sonaba a otra cosa cuando su espalda volvió a impactar contra los azulejos.

Ya no quedaba jabón, solo agua cargada de anhelo y mi lengua descendiendo por su esternón.

Me gustó que no cerrara los ojos cuando me arrodillé para trazar su erección con mi boca. Su orgullo bajó la defensa ante el primer roce, dejándome llenar de saliva lo que tanto deseaba.

Las yemas se hundieron en mi pelo al mismo tiempo que yo le hacía espacio entre mis labios.

Me costó un poco que cupiera del todo. Abrí todo lo que pude y acepté lo que se me daba hasta el fondo.

Arqueó las caderas y empujó.

—¡Dios!

La cabeza me zumbó por la falta de aire y plenitud.

Lo agarré por las nalgas y dejé que marcara el ritmo follándome la cara; me flipaba esa posición. Noté su respiración entrecortada mientras sus penetraciones ganaban ritmo, fluidez, profundidad. Relajé la garganta y paseé una mano entre sus glúteos con tiento.

La primera vez que jugabas con el culo de un tío hetero podía no ser sencillo, dependiendo de las reticencias que tuviera al respecto.

En el caso de Thiago no había oposición, solo autodescubrimiento y un poco de pavor a no saber si le iba a gustar.

Lo apretó, más por instinto que por otra cosa. No forcé, me limité a trazar círculos suaves, concéntricos, a jugar con sus ganas al mismo tiempo que bajaba la guardia y seguía balanceándose contra mí, tirando de mis rizos.

Hubo una risa mínima en su garganta, como un «qué coño estamos haciendo» seguido de un «no pares». Se me daban bien las lenguas mudas.

Cerró el agua y solo se oía cómo lo engullía yo, sus jadeos sordos y otro de sorpresa cuando crucé la barrera muscular y me aceptó dentro.

Entré con suavidad, buscando cada vez una mayor profundidad para hallar esa zona escondida que, cuando la alcancé, lo desató por completo.

La intensidad que empleaba en sus rutinas de suelo fue la misma que acarició mi garganta, clavándose en cada diagonal, hasta que noté que no podía más y que llegaba el salto final.

—Voy a… voy a… —Intentó separarse, pero yo me empujé contra su pubis con la avaricia del que sabía que iba a ser un puto diez.

Presioné su punto P y lo froté.

Gritó a lo bestia mientras yo resistía pegado a él. Se corrió, llenándome por completo. Se sacudió, incapaz de contener la calidez que inundaba mi garganta. No quería contención, lo quería justo donde estaba hasta que acabó.

Retiré el dedo cuando su polla se relajó y ascendí, espolvoreando algunos besos hasta plantarme delante de su cara con una sonrisa satisfecha.

Lo cogí por la barbilla y lo besé con lengua, dejando que probara su propio sabor, que era tan delicioso como él.

Miró hacia abajo cuando terminamos de comernos la boca; mi erección seguía en pie de guerra.

—¿Quieres que yo…?

—No —respondí, acariciándole la mejilla—, ha sido suficiente por hoy. ¿Tienes hambre?

Me miró extrañado.

—Tengo algo de cena de Acción de Gracias en la taquilla y había pensado que… No sé, quizá podríamos ir a tu residencia y comer, debes estar hambriento después del entrenamiento.

—¿Has traído cena a un pabellón que pensabas que estaba vacío?

«Thiago 1- Mase 0».

—Quizá mentí un poco sobre mis motivos al venir aquí. Confieso que vi tus *stories* y me largué de una casa llena de gente para… Ya sabes.

Él parecía fuera de lugar por mi declaración.

—¿Te fuiste de una cena para comerme el rabo?

—No te hagas pajas mentales, esas déjalas para cuando vuelvas a estar solo en la ducha. No habría sido un buen capitán si hubiera dejado a alguien de mi equipo solo un día como hoy. A ver, lo de comerte el rabo ha sumado puntos, no voy a negarlo, ya sabes las

ganas que te tenía, así que… Bueno, se ha dado, no le demos más vueltas. ¿Cenamos?

Parecía un poco desubicado, casi podía ver sus neuronas reconectando tras el apagón postcorrida.

—Esto no significa nada… —murmuró como quien se acordaba tarde del aviso legal.

—Claro —asentí—. Esto —nos señalé— es como cuando dices que no quieres postre y sales comiendo un helado de tres bolas.

La comisura le subió medio centímetro. Punto para mí.

—Me refiero a que…

—Sé perfectamente a lo que te refieres. Yo no espero nada de ninguna de las personas con las que me acuesto, soy un tío de usar y tirar, me va bien así, y a ti Thi-hago-falta. —Reí y presioné mis labios contra los suyos.

»Si no quieres que se sepa… está bien, puedo entenderlo, estoy acostumbrado a ser un puto secreto, así que todo claro entre nosotros. Tú necesitabas liberar las pelotas y yo me moría de ganas por comerte la polla, fin de la discusión. Y ahora, ¿cenamos? Te aseguro que la comida que he traído es la mejor que vas a probar en mucho tiempo.

Recogí el bote de gel y la toalla que abandoné en el suelo para ponerla alrededor de mi cuello.

Él caminó hacia mí y me imitó.

—Cenamos —aceptó.

Fuimos hacia las taquillas, abrí la mía para sacar la ropa y Thiago hizo lo mismo. Miró de reojo la bolsa.

—¿De verdad has traído pavo?

—Y puré. Y pan. —Señalé la botella—. Y lubricante social. Si te portas bien, quizá te dé postre. —Su mirada se volvió un poco turbia —. Del que tengo aquí dentro, mal pensado.

—¿Y si quiero del otro? —lo dijo serio, como si confesara un crimen.

«Así me gusta, nene, afronta lo mucho que te ha gustado».

—Pues perfecto, me encanta repetir. —Le quité hierro con una sonrisa—. Doble ración de polla para mí y más puré para ti, me parece un trato justo.

No respondió con palabras, lo hizo con una de esas sonrisas que desarmaban.

Terminamos de vestirnos y fuimos a su residencia, la cual estaba tan desierta como el pabellón.

Comimos en silencio un minuto. Era una escena absurda y perfecta: dos tíos que se habían devorado en la ducha, comiendo pavo y bebiendo vino de miles de dólares a morro, como si eso lo hiciéramos todos los jueves.

—Sabes que esto no cambia nada… —volvió a insistir.

—Tranquilo, Thi. —Le apoyé la mano en el muslo un segundo—. Mañana podemos volver a discutir. Soy un profesional.

Se le escapó una risa baja.

—Es solo que no quiero complicar las cosas ni que esto se convierta en algo que nunca debió ser.

Di un trago a la botella y se la pasé.

—Sé cuál es mi sitio, psicólogo. Contigo límites claros y curiosidad saciada.

Comimos bastante rápido, y cuando llegó la hora del postre, Thiago hizo algo que me gustó más que nada.

Se puso en pie, se desnudó por completo y me miró sin ocultar su excitación.

—¿Quieres postre?

—Se me hace la boca agua, ven aquí, Toblerone.

CAPÍTULO 52



Thiago

Abrí los ojos cuando la oscuridad empezó a pesar más que el sueño. La sábana se enroscaba fría a mi lado y Mason no estaba.

Solo quedaban los restos del desastre: un plato con pavo a medio terminar, una botella vacía, manchas de chocolate seco en las sábanas y una línea endurecida, blanquecina, en mi abdomen que me recordaba lo que sentí al verlo correrse encima de mí.

Me incorporé despacio. Mi boca todavía sabía a él.

Pasé la palma por la piel, siguiendo el trazo de lo que había dejado, y tuve el impulso de borrarlo…, o de volver a escribirlo otra vez.

No sabía cuál de las dos cosas me seducía más.

Respiré hondo e intenté ordenar mis pensamientos como si fueran una rutina de suelo mal coreografiada. Serie uno: no fue

nada. Serie dos: necesitaba sexo. Serie tres: lo había hecho, pero no con una mujer.

La cabeza no hacía más que dar vueltas en círculo, como si buscara la excusa que me librara del reflejo en el espejo.

Sabía por qué lo había hecho, por qué lo elegía a él.

Llevaba meses conteniéndome y cada músculo del cuerpo gritaba por contacto mientras yo fingía que podía vivir sin él.

Mason me atrajo de una forma que no entendía casi desde el primer día en que puse mis ojos en su cara, aunque no le encontrara explicación. Era caos, ruido, provocación, mientras que yo siempre fui orden, disciplina, control. Además, era un tío, y yo jamás imaginé que uno pudiera excitarme hasta el extremo de lo que había hecho con él.

¡Joder! Me había gustado. Mucho, muchísimo. Y ahora debía lidiar con eso también.

Apreté los ojos.

Por supuesto, no era amor. No podía catalogarlo de deseo limpio, más bien de un hambre voraz que apretaba cuando te negabas la comida, y no sabía dónde encajar.

Cuando entró a la ducha y me encontró pajeándome, no supe cómo reaccionar, sobre todo, porque en último término estaba pensando en él. Quizá, si se hubiera ido, no habría ocurrido nada, pero insistió. Yo estaba excitado, y desde la fiesta de los Warriors no se me pasaba otra cosa por la cabeza que un «¿qué habría ocurrido sí…?». Después pensé que quizá Mason Fitzroy era justo lo que necesitaba. Si me liberaba con alguien de mi mismo sexo sería distinto, no se mezclaría con lo que había dejado atrás.

No sería otra historia fallida porque yo no podía enamorarme de un tío. Sería solo un experimento para demostrarme que no era capaz de estar con él, que era incapaz.

Menuda cagada. Resultó que sí podía, al menos, oralmente sí, y si era franco conmigo mismo, cuando me metió el dedo fantaseé con otra cosa ahí.

Por eso me agobiaba estar respirando agitado en una cama vacía, con el cuerpo caliente y la mente hecha trizas.

En Puerto Rico hui de una mujer que decía quererme mientras me arrancaba las piezas. Dejé atrás a mi ex, a la culpa, al ruido, al sexo como tirita.

Me vine a la SSU para tener silencio, y ahora el silencio se me clavaba en el pecho como un clavo en busca de un carpintero que supiera manejar su martillo contra mí.

Tapé mi cara con el cojín y grité contra él.

Pasé los dedos por la pulsera roja de mi abuela y cerré los ojos con rabia.

El cuerpo todavía temblaba en la frontera entre el placer y la vergüenza.

No sabía de qué huía ahora, o ni si me apetecía seguir haciéndolo.

Solo sabía que, aunque intentara olvidar lo sucedido hacía unas horas, podía sentir su respiración sobre mi piel.

Daba igual lo mucho que lo negara: algo en mi interior acababa de saltar sin red.

Y ese salto me llevaba de la mano, en un viaje de ida a Puerto Rico, otra vez.

Thiago, 1 año antes.

Me miré en el espejo y fingí que esa camiseta nueva me quedaba mejor que los *shorts*. Ella decía que los llevaba demasiado cortos, que las camisetas holgadas me hacían ver *chaparro*, que con esta se me veía el cuerpo «más limpio», la espalda más «de atleta serio». La tela olía a su suavizante, a su casa, a su forma de decir que me cuidaba.

Se acomodó a mi espalda, apoyó el mentón en mi hombro y sonrió en el reflejo.

—Perfecto, ahora sí eres mío. Me gusta que huelas a mí. —Asentí sin decir nada, como si ese «mío» no fuera una palabra con garras.

Llevábamos un año saliendo. Al principio fue fácil, bonito, tranquilo. Ella aumentó mi amor propio. Estaba en cada cosa que hacía: en el borde del foso con una botella marcada con mi nombre, en la libreta donde apuntaba mis series, en el mensaje que me

llegaba antes de dormir: «hoy estuviste brutal, mañana te como a besos».

Yo me dejaba querer. Creía que eso era el amor: alguien que llegaba media hora antes que tú solo para verte entrenar, alguien que te decía que confiaras porque te convenía. Si yo decía que podía ir a la fuente a rellenar la botella, ella reía y me tocaba el pecho: «eres mi atleta, déjame cuidarte y consentirte, Santhiago». Y yo reía también porque me gustaba cómo sonaba ese nombre entre sus labios.

De a poco dejé de escribirle a Luis y a Gabo. No fue un corte de golpe; fue una cuerda que se fue afinando hasta volverse hilo. Cuando me paraban en el pasillo, yo decía que estaba enfocado.

—Enfocado en qué, *bro*, si ni respiras.

—Enfocado en la uni, el Nacional. ¿Os parece poco?

Ellos bromeaban, alegando que Alondra me tenía comido por el *bicho*, yo me ofendía más por orgullo que por verdad y volvía a casa con la certeza de que no entendían. Ella sí entendía. Ella estaba. Ella sabía leer mi silencio, mi hambre, mi cansancio. Cuando me abrazaba, el mundo se callaba y mis preocupaciones se quedaban fuera del cuarto como perros mojados.

La primera explosión grande vino sin avisar. Fiesta en el club, bachata en los altavoces, vasos de plástico que olían a ron barato, risas que se chocaban en el techo. Bailábamos y yo estaba blando, contento, liviano, hasta que Mariela se acercó a saludar. Me tocó el brazo y me dijo:

—Qué duro entrenaste hoy, deberían darte un masaje para soltar.

Fue un simple comentario, como se dicen las cosas en un vestuario, sin doble filo, sin pólvora. Alondra le dio un golpe a esa mano, apartándola como si espantara una mosca.

—Él está conmigo.

Mariela abrió mucho los ojos, se disculpó como si hubiera pisado una mina que no vio y se fue. Yo tomé aire, saqué a Alondra al pasillo.

—¿Qué fue eso?

—Respeto —respondió ceñuda—. Aprenden rápido si les marcas los límites.

—No hizo nada.

—Santhiago, te provocó. ¿No lo viste?

Yo repetí que no, que estaba exagerando, y en un segundo estábamos en esa curva que ya conocía: ella elevaba la voz, yo intentaba bajar el tono, ella se quebraba, las lágrimas le caían como si de mí dependiera apagar un incendio que yo no provoqué.

—Si te amara menos, no dolería tanto.

Y cedí. Casi siempre cedía. Cada vez que lloraba, yo sentía que ser hombre también era sostener esa tristeza hasta que se durmiera después de reconciliarnos haciendo el amor.

Bloqueé a Mariela. Me pareció un gesto pequeño y, en realidad, le abrí las puertas a algo mucho más grande.

Después de Mariela vino Diana, quien, según Alondra, me ponía ojitos. Luego Rafa, mi compañero de equipo, el cual no quería quedar conmigo para entrenar para que yo progresara, sino para hundirme y hacerme chiquito.

Un día, escuchó una llamada con mi hermana —manos libres, yo acomodando la mochila—. En ella, Yanelis me hablaba de que una universidad había contactado con nuestros padres, que estaban siguiéndome y que, si ganaba los Nacionales, querían ofrecerme la posibilidad de una beca completa en Estados Unidos, que tendría un futuro mejor que en Puerto Rico. Alondra se enfadó muchísimo.

—Te habla como si fuera tu madre y te dice lo que te conviene y lo que no. Yo soy la que está aquí, quiere separarnos.

—No quiere eso.

No le dije que ni mis padres ni mi hermana sabían que tenía novia. No quise pelear. Elegí la paz. Empecé a entender la ecuación sin querer: ceder = calma y sexo. Oposición = guerra y peleas. La oposición agotaba y el Nacional estaba cada vez más cerca.

Los entrenamientos cambiaron de color. Ya no eran míos, eran de los dos. Ella estaba siempre, tomando tiempos, apuntando correcciones que no le pedí, narrando mis fallos en voz baja para que yo los oyera. A veces la veía en la grada hablando con mi entrenador, los dos me miraban a la vez y mi cuerpo se apretaba sin orden. Cuando me acercaba, ella sonreía como inocente. Le dije que

no hablara de mis cosas sin mí. Resopló, me dio dos besos rápidos y se excusó, alegando que quería lo mejor para mí.

—No seas malagradecido.

En enero, Alondra enfermó y, mientras estuvo ausente, llegó Naiara. Nueva en el equipo. Pequeña, seria, concentrada. Me pidió ayuda con un aterrizaje y yo se la ofrecí.

Nos quedábamos a entrenar juntos. Le señalé el apoyo, la rodilla, la microflexión, el momento exacto de cerrar la cadera. Estábamos en eso cuando el perfume de Alondra se instaló a mis espaldas. Sentí su presencia antes de que sus brazos me rodearan por la cintura como si cerrara un cerco.

—Ya veo que te lo pasas bien mientras yo estoy en la cama. No pierdes el tiempo.

No dije nada, la besé para que se calmara.

Cayó la noche. Al día siguiente, Naiara llegó con un moratón pequeño en el pómulo, me acerqué y le pregunté qué le pasó. Respondió que se golpeó con una puerta de pasada, ni siquiera se detuvo y apenas me miró.

Andrés se me acercó al ver mi expresión disconforme.

—Se formó un *revolú* en el baño; cuida de tu novia y aléjala de la nueva.

—No sabes lo que dices. Alondra nunca le haría nada.

Él levantó las manos. Yo me quedé con el estómago en la garganta.

Esperé a mi chica a la salida y le pregunté directo, esperando que me contradijera.

—¿Qué le hiciste a Naiara?

—Defendí lo que es mío.

Esa frase fue peor que una bofetada.

—No estás bien de la cabeza. No soy una propiedad a la que defender.

—No me vengas con semánticas. Esa tipa te quería meter mano. Despierta, Santhiago.

—Lo tuyo es obsesión.

—Lo tuyo, ceguera.

No podía más. Abrí la boca y solté en pequeño:

—Vamos a darnos un tiempo.

Se le abrió la cara en cuatro, las lágrimas humedecieron sus ojos.

—No, no, no, no, no… Lo siento, lo siento de verdad, no volverá a pasar…

Y me besó con esa urgencia que siempre me tumbaba. Lo que pasaba después de eso era sencillo, polvo de reconciliación y sexo salvaje hasta que me olvidaba. Yo sabía que el sexo no borraba, solo tapaba; pero, a veces, aceptar un parche es más fácil que abrir la herida frente a otro.

En enero revisó mi teléfono. Primero con permiso: el suyo sin batería. Después sin.

—¿Quién es Sofi?

—La prima de Gabo, va conmigo a clase, ¿por?

—¿Por qué te manda un meme a esta hora? ¿Acaso no sabe que tienes novia?

—Es un meme, Alondra. ¿Qué importa la hora?

—No quiero que otras piensen que pueden entrar en tu vida y que no me respetas. Yo soy tu vida.

El «yo soy tu vida» me picó como una ortiga. No respondí. Fui al entrenamiento con un nudo plantado en el esternón. Fallé un giro. El entrenador me llamó aparte y me habló con ese tono de padre cansado:

—Si quieres competir, céntrate. Tu cabeza está fuera del tapiz.

No le respondí porque no podía, me limité a un «sí, señor».

Gabo me paró una tarde en la que nos vimos por los pasillos.

—No estás bien, *man*. Te veo flaco, ojeroso, callado.

—Es por el Nacional, estoy enfocado.

Él me sostuvo la mirada.

—Eso no es foco. Eso es apagar las luces.

Me dio rabia, le dije que no se metiera. Cuando se lo conté a Alondra, me dijo que ya me lo advirtió, que Gabo no me hacía bien.

Dejé de contestarle, a la semana dejó de escribirme y yo me quedé con ese hueco donde antes había un amigo.

El círculo se fue cerrando como un aro de hierro al calor. Torneo local. Hice un suelo limpio. Ella quedó segunda en salto, no le gustó. La chica que se hizo con el oro se acercó a felicitarme. Alondra se le

fue encima con palabras que prefiero no recordar. Yo me interpuse, la agarré de los brazos, ella me arañó sin querer —eso dijo— y la sangre me bajó lenta por el antebrazo.

En el vestuario, mientras el agua corría, me quedé mirando la línea roja que había dejado. No era profunda, pero había dejado marca. Pensé que, las marcas de lo que no se veía, dolían distinto. No supe qué hacer con ese pensamiento, así que lo guardé debajo de la toalla y salí como si nada.

A veces me preguntaba en qué punto exacto se cerró la red. ¿Fue cuando cambié mi camiseta por otra que olía a otra persona? ¿Fue cuando acepté bloquear a alguien para evitar un drama? ¿Cuando dejabas de escribir por miedo a que alguien te leyera los mensajes? ¿Cuando pedías perdón por cosas que no hiciste o la dejabas ganar una pelea que no tenía ganador? Quizá era cuando te mirabas al espejo y no sabías si la persona que veías era el que una vez fuiste o si te gustaba en el que te estabas convirtiendo.

Yo no supe pararlo a tiempo y, al final, todo se precipitó.

□□□□□

Pensar en Alondra y en Puerto Rico siempre me dejaba una sensación pastosa, como un sudor viejo que no terminaba de secarse. No quería eso esa noche.

Si tenía algo que agradecer, no era haberme corrido en la boca de un tío, sino haber aprendido —por fin— a decidir por mí mismo. A hacerlo sin excusas y sin pedir perdón.

Aparté las sábanas manchadas y las eché al cesto.

Limpié la mesa, cambié la ropa de cama y abrí la ventana para que el cuarto se desprendiera del aroma a sexo. El aire se coló por la habitación y me devolvió un segundo de calma.

Entré a la ducha.

El agua golpeó mi espalda como si pudiera arrastrarlo todo: la culpa, el nombre de ella, el eco de su voz, la mirada de Mason Fitzroy mientras descargaba en mi tripa.

Pero el agua solo limpió la piel, lo demás siguió dentro, justo donde siempre.

CAPÍTULO 53



Camila

La cinta de equipaje daba vueltas como una ruleta con mal gusto. Maletas negras, maletas grises, una rosa con pegatinas de Hello Kitty que me preguntaba si tendría dueña o trauma… Y yo ahí, con el móvil en modo avión porque si lo quitaba me entraban treinta mensajes familiares y me daba urticaria.

Acción de Gracias en casa de los Ortiz había sido, como siempre, una mezcla entre *reality* y campaña de blanqueo. Papá dio su discurso de siempre —«familia, negocios, oportunidades»— a la vez que convertía el salón en una feria de *networking* con tartaletas. Mamá, diosa del *eyeliner* eterno, dirigió cocina y espectáculo mientras mi hermana Nadia ponía el móvil en todas partes para subirlo a *stories*.

El anuncio de que pensaba pasar las navidades en Los Ángeles cayó a mitad del brindis, porque a mi familia le encantaba que cada

una de nosotras diera las gracias por algo y a mí se me ocurrió la brillante idea de soltar un: «Doy las gracias porque puedo celebrar esta festividad en familia, pero Navidad me toca quedarme en la uni a entrenar».

—¡Pero si vamos a Tulum por Navidad cada año! —exclamó mamá.

—Ya, bueno, pues este año tendrá que ser diferente, necesito entrar en el equipo de titular y debo entrenar más. Los dos sabéis que, cuando una quiere algo, debe esforzarse, así que…

—¡Para ganar dinero, no para dar volteretas! ¿O quieres acabar trabajando en uno de los espectáculos de Las Vegas? —Papá lo hizo sonar como si fuera un despropósito.

—Todavía no sé lo que voy a hacer, pero sí que quiero ir a los Nacionales, así que…

—Ya lo discutiremos en otro momento, que no es ahora —intervino mi madre.

Respiré por la nariz, sonreí bonito y me ahogué en margaritas.

Mi maleta apareció por fin: la morada con una etiqueta fluorescente que rezaba: «DANGER: GLITTER INSIDE».

La agarré y, mientras la sacaba de la cinta, mi cabeza ya iba a toda velocidad. Los Ángeles por Navidad. SSU casi vacía. Yo con horas libres y ganas de algo que no fuese ruido familiar. Pensé en Mase y me subió la temperatura un par de grados. Él y sus bromas. Él y su forma de leerme con la lengua en el cielo de la boca. Lo pensé y me ardió la piel.

Fitzy se merecía una Navidad que no fuese él contra el espejo y yo me merecía cualquier excusa para celebrarla con quien me diera la real gana.

Salí a la zona de llegadas con la maleta a rastras. El murmullo de los reencuentros me golpeó en los tímpanos. Abrazos, «mi amor», «te extrañé», flores que iban a morir en dos días y peluches enormes que ya querían morirse. Y, entre todo, lo vi.

Rizos rubios indomables, vaqueros ajustados, sudadera negra con capucha y una sonrisa que me pegó un calambre entre las costillas. Sostenía un cartel enorme, plastificado, con mi foto sacada de la

última sesión que nos hicieron en la SSU y convertida en galleta, con una frase en letras gigantes:

SE BUSCA


CAMILA ORTIZ
PARA MOJARLA CON
LECHE CALIENTE Y
COMERLA SIN FIN

Me ardieron las mejillas y no era vergüenza, era risa peligrosamente cerca del gemido.

—Eres un cerdo —dije, arrancándole el cartel de las manos mientras me reía.

Me envolvió con los brazos y me besó como si el aeropuerto fuese nuestro salón privado. Intensidad sin permiso. Porque Mase me besaba como si el mundo fuese una broma y yo la única respuesta seria.

—Sí, pero soy tu cerdo, y del cerdo se aprovecha todo, incluso el rabo —murmuró contra mis labios—. Dime la verdad, ¿cuántas veces te han hecho un cartel como este y cuántas te has tocado este finde pensando en mí?

Alcé las cejas.

—Me he tocado, sí, pero ni una vez te he convertido en objeto de mis pajas.

—Eso duele.

—Eso es porque te prefiero en directo.

Lo pensé y me gustó escucharlo en voz alta: era cierto.

Su sonrisa se ladeó, peligrosa.

—Esa respuesta me gusta. ¿A mi casa o a la resi?

Era tarde, mi cuerpo pedía cama, los vuelos siempre me dejaban agotada.

—Si te digo a la resi, pero que subas la pantalla oscura de tu coche y nos divirtamos detrás, ¿sirve?

—Por supuesto. A Oliver le flipan tus gemidos.

—Me dijiste que no se oían…

—Bueno, es que superas los decibelios preestablecidos. Tranquila, es discreto y no le importa que tengas contento al jefe. Vamos.

Caminamos hasta la salida. El coche nos esperaba aparcado justo fuera. El chófer, impecable, bajó y abrió la puerta trasera.

—Señorito Fitzroy. Señorita Camila.

Le sonreí un poco cohibida. Mase me pellizcó el trasero por encima del *legging*. Solté un pequeño quejido.

—Auch. Estate quieto.

—Con ese culo tuyo es imposible —susurró, riéndose.

Nos metimos. Mase le indicó que nos llevara al campus, que pusiera música alta y subiera la pantalla de privacidad. Oliver asintió con su seriedad adorable.

—Como ordene, señorito.

El cristal tintado subió como un telón. Y yo, como actriz sin ensayo, me dejé llevar: me acomodé a horcajadas sobre él. Las manos en su cuello, la lengua en su boca y mi clítoris frotándose contra esa parte que tanto le gustaba y sin piedad.

Nos besábamos con hambre de domingo por la noche: esa que sabía que mañana había alarma, pero fingía que no.

—Te he echado de menos —murmuró, ronco—. ¿Y tú a mí?

Reí contra su boca.

—Yo a ti no. A tu preciosidad de polla, sí.

Gruñó desde algún sitio que también me hizo sonreír por dentro. Me rozó el coxis con las manos, se pegó a mí y pude sentirlo caliente, perfecto, listo. Bajé a su cuello con besos cargados de intención. Me sabía el recorrido de memoria, el punto justo donde gemía apenas, el borde de la mandíbula donde cerraba los ojos y ese lugar del cuello en el que el pulso se alborotaba si le pasaba la lengua.

Fui a por él, y entonces mis labios tocaron algo que no estaba el viernes.

Una pequeña marca, morada, escondida como un secreto. Mi corazón se paró un segundo. Luego hizo una voltereta rara.

—¿Qué pasa? —preguntó él, divertido primero, alerta después.

Pasé el dedo por encima, despacio, no era una mancha. Algo dentro de mi pecho hizo clic, crack, no sé. Una grieta diminuta. Un enfado que no sabía si tenía derecho a sentir.

—Vaya… —dije con una sonrisa que no alcanzó los ojos—. Al parecer, has tenido un Acción de Gracias más divertido de lo que imaginaba.

Me tomó la mano. Las comisuras de sus labios se alzaron seductoras con esa pizca de niño malo que ahora mismo me daban ganas de castigar. Se llevó mi dedo a la boca y lo chupó. Me dolió y me gustó a la vez. Odiaba esa mezcla y la adoraba a la vez.

—No sabía que hubiéramos firmado un acuerdo de exclusividad. Hasta donde yo sé, solo somos amigos con derecho a orgasmo, ¿o me equivoco?

La frase me raspó. Me coloqué derecha en su regazo, lo miré sin pestañear.

—No hemos firmado nada —la aclaración me salió más ofendida de lo que pretendía—, pero si follo sin condón contigo, lo mínimo que espero es que no metas tu polla de boquete en boquete para que yo pueda pillar cualquier *bichete*, por no decir otra cosa.

Soltó una carcajada que a mí no me hizo ni puta gracia.

Apartó mi dedo y lo posó justo sobre la marca sin dejar de mirarme.

Iba a levantarme, a decirle que se fuese a tomar por donde no le da el sol, a pedirle a Oliver que parara. No me dejó. Me agarró del trasero con firmeza. No fue un «te poseo», fue un «no te vayas sin escuchar primero».

—Tranquila, fiera —musitó, suave—. Esto de aquí es de Cruz —señaló la marca—, y ya sabes que su contrato era de castidad.

El coche podría haber chocado contra un meteorito y yo no me habría enterado. Lo miré en silencio con un ruido blanco en los oídos.

—¿Qué?

—Me divertí, sí, pero con Cruz —repitió, cristalino.

—¡No! ¡Imposible!

Mi corazón, que ya venía caliente del aeropuerto, se revolucionó como si alguien le hubiera echado gasolina. Imágenes de ellos dos se apiñaron en mi mente sin pedir permiso. La lengua se me secó.

—¿Te lo has tirado? —pregunté con una voz que era mía y no.

—De eso iba nuestra apuesta…

Quise decir muchas cosas. En mi cerebro germinaron tres que no esperaba: celos, morbo y rabia. Revoltijo de feria: te subías pensando que gritarías de risa y acababas chillando en serio.

—¿Y cómo sé que dices la verdad?

—Bueno, si hubiera querido mentirte, podría haberlo hecho antes. Además, hombre precavido vale por dos, como pensé que igual no me creías…

Sacó el móvil, fue a la galería y la primera imagen era… Cruz.

Dormido, desnudo. La sábana a la altura de las caderas, la tripa morena cruzada por un hilo de blanco que mi cerebro no necesitaba procesar para entender qué era.

Tragué, enfoqué y tragué otra vez. No estaba muy segura de cómo sentirme ni tampoco esperaba reaccionar así.

—Joder —susurré—. He perdido.

Me miró como si me perdonara y, a la vez, me clavara un dardo.

—Técnicamente no. Intimamos, sí. Conseguí chupársela, que me besara y que se corriera dos veces, quizá también me la comió un poco…, pero no follamos. Así que, técnicamente, estoy más cerca que tú y, sin embargo, no me lo he tirado, aún —puntualizó.

El coche se llenó con mi respiración alterada. Imaginé la escena. No quería. Lo hice igual. Mase de rodillas. Cruz con esa mirada concentrada que te atravesaba. La mano grande de Thiago en el pelo de Mase. La curva de su espalda. El tipo de fotografía con hambre. La idea me incendió de cintura para abajo y mi cerebro decidió confundirlo todo.

Mase me estudió la cara como el muy cabrón que era.

—¿Te pone lo que te he contado?

No podía responder, porque sí, pero no. Me salió una verdad pequeñita.

—Puede.

—¿Cuánto?

Tragué otra vez. Si era franca conmigo misma, mi útero se había contraído; el único problema que tenía era que yo faltaba en esa ecuación. Me incliné hacia su boca, arañándole el cuello con los dientes, justo al borde de la marca.

—¿Por qué no lo compruebas tú mismo? —pregunté, retomando el control de mis emociones.

Sus dedos se deslizaron por mi cintura, bajaron, se colaron por el elástico del pantalón. Me encontró sin necesidad de conectar Google Maps, sin pudor, sin vergüenza. Cuando presionó mi carne tibia, gemí bajito. Él sonrió con ese orgullo de artista satisfecho con su obra, llenó mi clítoris de caricias hasta hundir el dedo en su creación.

—Dios… —murmuró—. Mi chica se moja con historias de Acción de Gracias. Qué patriota.

—Cállate, idiota.

—Claro que sí, Galletita, voy a comerte enterita.

Apreté el muslo contra su cadera; el coche giró a la izquierda y sentí el cambio de dirección como una ola. Mase movió los dedos con ese ritmo que no pedía permiso. La música subió un poco, no sé si sola o porque Oliver nos quería más felices. Mase extendió la mano al intercomunicador y apretó el botón.

—Oliver —dijo con voz normal, como si yo no estuviese derritiéndome contra su palma—, sube el volumen de la música y, el próximo día, lleva el coche al taller para que revisen la amortiguación.

—Entendido, señorito Fitzroy —respondió Oliver, impecable. La música subió lo justo para regalarme anonimato. R&B sin prisa. Bajo profundo. Ritmo del que se metía debajo de la piel.

Mase me besó otra vez, ahora más lento, con esa ternura que se le escapaba cuando creía que no lo estaba mirando. Su otra mano subió por mi espalda y me desabrochó el top deportivo como quien había practicado el truco mil veces en su cabeza. Mis pechos salieron a respirar y él los reconoció con la boca, con un suspiro que me derretía el cerebro.

—Te he echado de menos aquí —dijo, rozando—. Y aquí.

—Sigue —pedí, nada fina—. No pares.

—Jamás.

Metí la mano entre su pantalón y su piel. Lo envolví. Gimió desde ese lugar donde se le rompían los chistes. Me dejó ver al Mase sin máscara: un segundo de ojos cerrados, labio mordido, cuello tenso. Mi favorito. Bajé la cadera y friccioné despacio, con maldad. Él rio ahogado.

—A la resi, ¿eh?

—A la resi —confirmé con un puchero—. Tengo que dormir… después.

—Si te llevo a mi casa, después te duermes encima de mí —murmuró como promesa.

—Eres muy tentador y mejor que mi colchón de viscoelástica, pero si voy a tu casa, voy a tener que responder preguntas frente a Avery que no nos convienen.

Oliver tomó la salida correcta; por suerte, las distancias en Los Ángeles eran una auténtica pasada. Los dedos de Mase hicieron un ocho perfecto y mi espalda se arqueó sola mientras mi mano subía y bajaba piel. Todo era calor y velocidad controlada. Pensé en la marca del cuello. Pensé en Cruz. Pensé en nosotros dos, en los tres, en el regalo peligroso que era admitir que algo te importaba.

—Mase —susurré, rozándole la oreja.

—¿Mmm?

—Te necesito dentro… —Me costó decirlo, no por vergüenza, sino por ganas.

Se separó un centímetro, lo justo para mirarme de verdad.

—¿No quieres una analítica completa?

Mis mejillas enrojecieron.

—No la necesitamos, ¿verdad?

—Verdad.

Se le encendió algo en la mirada que no era deseo. Era otra cosa. Peligrosa. Bonita.

Me quité las mallas y las bragas a trompicones, él se bajó los calzoncillos y los pantalones. Cogí su polla y la llevé a mi hendidura, dejándome caer entre sus brazos, porque sabía que Mason Fitzroy, el chico de la eterna sonrisa, siempre estaba ahí para sostener a sus amigos.

Los dos jadeábamos con fuerza y yo galopé sobre él con sus manos en mi cintura y mi corazón lleno de ganas.

Nos besábamos con una intensidad nueva, distinta. Apreté mis piernas un poco más. Él acompasó mis caderas. La música subió, el motor ronroneó, la pantalla nos protegió del mundo y yo cerré los ojos un segundo para guardar ese momento en una caja. Quería descubrir cuánto podía arder lo que no pretendía ser nada y cuántas pantallas más podríamos subir para que el ruido del mundo no nos jodiera el volumen.

CAPÍTULO 54



Mason

El gimnasio de la SSU estaba en ese punto de ruido que te mantenía despierto sin llegar a molestar.

Graham revisaba la rutina de Zack en barra fija y Jax ayudaba a Derek en paralelas. Yo estaba donde debía, entrenando salto; o eso decía, porque en realidad me estaba visualizando…

«Mentira».

Vale, puede que llevara cinco minutos mirando a Thiago Cruz.

No me juzguéis: era miércoles y no había conseguido sacarle más que un hola o un adiós.

Bufé.

El caballo con arcos no era su punto fuerte y debía haberle metido horas porque el cabrón estaba clavando el ejercicio. Cada movimiento estaba medido, los molinos limpios, apoyos exactos,

como si alguien lo hubiera programado para humillar al resto. Hasta la respiración le iba al compás.

No tenía claro si se había mosqueado porque me fui del cuarto sin despedirme. Pensé que, después de lo que hicimos, era mejor así: sin despertares incómodos. Si hubiera querido repetir —o no se hubiese arrepentido— me habría escrito, ¿no? ¡Éramos tíos, joder!

Tras tres días de saludos y despedidas por cortesía, ya no lo tenía tan claro. Me miraba lo justo. Cero contacto. Ni una broma ni un guiño ni un maldito roce.

No sabía de qué me puto sorprendía. Cuando un hetero cruzaba la línea de la curiosidad, les daba por fingir amnesia. Creían que, si no lo nombraban, no existió. Y lo entendía: les temblaba algo más que la voz cuando descubrían que el rabo contra rabo les gustaba más de lo que estaban dispuestos a admitir, y les daba vértigo, no fuéramos a ser menos hombres por eso.

A esas alturas de la vida, y aunque el señor Cruz me la pusiera como un diamante de varios quilates, no tenía paciencia para educar a nadie.

Así que lo dejé a su aire. Que respirara, que procesara, que se hiciera el muerto si quería.

Yo seguía entrenando, observando y fingiendo que no me ardía la cabeza ni la polla cada vez que elevaba las piernas sobre el caballo; recordaba cuando me las puso sobre los hombros para que lo engullera hasta el fondo.

Era puro espectáculo, tanto en la cama como fuera de ella.

Aparté los pensamientos y me anclé al ejercicio, disfrutando de los lanzamientos, las aperturas, los regresos, la forma en que sus manos se cerraban en los arcos y la musculatura se alargaba. Estaba siendo demoledor y, justo antes de la salida, levantó la vista. Nuestras miradas se cruzaron un segundo… y se le jodió el equilibrio al descender.

Vi cómo se le doblaba el tobillo. El cuerpo siguió y besó el suelo sin tiempo para amortiguar.

Corrí hacia él con la preocupación tatuada en cada zancada.

—Eh —me agaché—, ¿estás bien?

Se incorporó rápido, demasiado. Mandíbula tensa, gesto controlado.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. —Alargué las manos—. Te has hecho una torcedura.

—No. —Retiró el pie antes de que lo alcanzara, cargando el peso en el otro.

—¿A quién pretendes engañar? Te estaba mirando, y lo sabes porque me has visto.

—He dicho que no —masticó la frase entre los dientes.

—Y yo que sí. —Estiré de nuevo la mano—. Déjame verlo, por si te has olvidado, estoy titulado como fisio. Y en el máster vemos lesiones de alto rendimiento. Estás en buenas manos, te lo prometo.

Se le endureció todo el cuerpo. Inspiró hondo, una, dos veces, como si el aire fuera un escudo.

—¡Que no me toques, joder, no soy tu puto conejillo de indias! —susurró, grave, bajo, como un disparo que no quería sonar.

Volvió a apartarse.

—Oye, que solo quería ayudarte.

—Es que ya no sé cómo decirte que no quiero tus manos sobre mi cuerpo.

Ahí estaba el motivo de su alarma.

«¡Código rojo: el bisexual de turno me está manoseando!».

Retiré el contacto, como quien se rendía, fingiendo que no me había dolido.

—Vale. Pero si te comportas así por lo del otro día, deja que te diga…

Miró a un lado y a otro, alarma pura. Si necesitaba más confirmación, ahí la tenía.

—Ni se te ocurra decirlo en voz alta —me cortó sin mirarme.

Tragó con fuerza; la nuez bajó y subió a toda velocidad. Los ojos, dorados, me taladraron.

Durante un segundo, pensé que iba a golpearme. Durante otro, que iba a besarme. No pasó ninguna de las dos cosas porque nos interrumpió Jaxon.

Mi mejor amigo tenía el don de aparecer justo cuando la cosa se ponía interesante.

—¿Qué pasa? —preguntó con la ceja levantada, mirándome a mí.

—Nada, colega —respondí—. Que algunos caen y se levantan con el pie equivocado. Solo quería ayudar, pero parece que Cruz prefiere cojear antes que aceptar mi toque divino.

Thiago frunció el ceño a lo bestia. Jax se giró hacia él.

—¿Te has torcido el tobillo?

—No ha sido nada. Llevo un rato tratando de decírselo.

Se apoyó en ambos pies, intentando disimular el dolor. Por suerte, a Jackass no se le tangaba fácil: llevábamos demasiadas lesiones encima, y dar clase en el comunitario nos daba puntos extra en lisiados.

—Ya. De «no ha sido nada» están llenas las consultas. Y estamos a nada de que Hayes anuncie los definitivos del equipo. Dudo que quieras quedarte fuera después de tanto sacrificio, ¿o me equivoco?

Thiago apretó la mandíbula.

—No.

—Perfecto —respondió—. Entonces tú y yo vamos al fisio. Me lo llevo.

Me guiñó un ojo, lo instó para que le pasara el brazo por los hombros y desaparecieron.

Cruz apenas cojeaba porque el orgullo le pesaba más que la torcedura.

Me quedé allí, manos en la cintura, intentando no pensar en el calor que me habían dejado en las yemas de los dedos esos dos segundos de contacto.

«De cojones, vamos».

Decidí volver al salto.

Intenté concentrarme y expulsar las imágenes que no tocaba repasar ahora mismo: su boca, nuestras lenguas, su jadeo, el jabón, el instante exacto en que me buscó sin admitirlo; la fricción, su corrida en mi garganta; la cena engullida con prisa porque urgía repetir y luego el puto silencio.

Me coloqué al inicio de la pista, intentando hacer lo de siempre: desconectar la cabeza y dejar que el cuerpo hiciera el trabajo. Para

eso estaba ahí, ¿no? La gimnasia no solo era deporte, era refugio, no pensar, bajar revoluciones, equipo; hogar que no fallaba.

Respiré hondo, exhalé por la boca y visualicé la secuencia: carrera, impulso, Yurchenko con doble giro, plancha.

Pan comido.

En teoría.

Eché a correr.

Los pasos marcaban el ritmo, regulares, rápidos, esa cadencia que te subía desde los talones al pecho.

«Uno, dos, tres». Brazos atrás, mirada al trampolín. El cuerpo sabía; la cabeza iba por libre.

A mitad de pista se me coló Thiago: su respiración contra mi cuello, el temblor justo antes de rendirse, la forma en que acababa de decirme que no lo tocara. Intenté borrarlo.

«Cuatro, cinco, seis, concéntrate, Mase».

El trampolín me lanzó y, por un instante, todo se detuvo.

El gimnasio, el ruido, el resto del mundo.

Solo estaba yo girando, sintiendo la tensión del abdomen buscando el eje.

«Mantén el centro, Fitzroy. Abre. Respira».

Pero en el aire, la cabeza me traicionó.

Su mirada apareció donde debía estar el punto de referencia; abrí una décima tarde y la gravedad no perdonó.

Caí con fuerza.

Las rodillas cedieron lo justo y el equilibrio se fue a la mierda.

El suelo me devolvió un golpe seco que me recorrió entero.

Me quedé quieto, manos apoyadas, respirando despacio.

Lo peor no era haber fallado el salto.

Era saber que había visto su cara justo antes de hacerlo.

—Genial, el capitán del equipo masculino de la SSU, campeón del suelo por accidente. Si es que este no es tu puto puesto.

Cada vez le daba más vueltas a eso, sobre todo, después de conocer mejor a Landon y todo lo que le pasaba.

«¡Menuda mierda!».

Graham levantó la vista desde el otro lado del pabellón.

—¿Todo bien? —Alcé el pulgar.

—¡Perfecto! Probando nuevos métodos de aterrizaje de emergencia.

—Eres gimnasta, Fitzroy, no un puñetero piloto de avión, intenta caer de pie.

Le hice un gesto a lo comandante.

Negó y volvió a su trabajo. Yo repetí la secuencia.

Media hora después, el gimnasio se quedó casi vacío. Me tumbé en la colchoneta tras los estiramientos. Respirar. Pensar. No me encantaba, pero tocaba.

Cuerpos había muchos y pocas veces le hacía ascos a uno bien dispuesto. Follaba, disfrutaba, repetía o no, y, la mayoría de veces, si te he visto no me acuerdo. Aprendí a no encariñarme porque al final el amor se desgastaba y desaparecía.

Me dije que con Thiago y Camila no sucedería. Ella era mi amiga: juego; energía que te arrastraba y te hacía reír en mitad del desastre; deseo y algo conocido que me calentaba por dentro, incluso cuando solo hablábamos. Él era fuego contenido; el tipo de chispa que se convertía en apocalipsis y lo arrasaba todo. Con él, todo se volvía serio, solemne, como si soltarse fuera un crimen.

Supe que con Thiago había algo más cuando me salió protegerlo por instinto el día que lo atacaron esos cabrones. Solo me comportaba así con la gente que me importaba; si hubiera sido otro, tal vez hubiera pasado de largo, pero era él y dolía, dolía mucho, joder.

Quise despedazarlos. Quise decirle que merecía todo lo bueno que le pasara y que nadie debía medirlo por el color de su piel o su acento.

Aunque no lo pareciera, llevaba cuatro meses entrenando con él, comiendo, formando equipo y, aunque se dejara conocer poco, yo había estado muy atento a cada una de sus respuestas y a sus reacciones.

Quizá, en el fondo, lo que más me jodía era que nadie me tomara en serio.

Desde luego que él se tomó a broma algo que para mí fue brutal. La conexión estaba ahí, joder, desde el principio.

Me masajeé las sienes.

—Me han dicho que has hecho un bonito aterrizaje y que vas para piloto del Air Force One.

No necesitaba abrir los ojos para saber que era Jaxon.

—Dios libre al presidente de que yo maneje su avión. —Un chorro de agua fresca impactó en mi cara—. No soy ninguna flor para que me riegues.

—Eres un capullo y te falta hidratación, que se te secan las neuronas.

Me incorporé sobre los codos. Me pasó la botella.

—¿Y el niño prodigio de Puerto Rico?

—Sigue en el fisio. Esguince leve. Unos días de reposo. Estará bien si no hace el idiota. Gracias por echarle una mano.

—Literalmente no me ha dejado —respondí—, pero sí, de nada.

—¿Algo entre vosotros que no me hayas contado?

Me encogí de hombros.

—Ya me conoces…

—Mide tus juegos con él, tío. Ese chico no es como tú y necesita esto demasiado.

—¿Y cómo soy yo? —me interesé.

—Una bomba con sonrisa. No te tomas nada demasiado en serio; él sí.

—Qué bonito. Apúntalo para tu libro de frases motivacionales.

Jax resopló y Graham lo llamó desde el despacho.

—Te veo luego.

Me gustaría decir que fui directo al vestuario. No lo hice.

Pasé por delante de la cristalera del fisio. Thiago estaba en la camilla, tobillo vendado, hielo encima, mandíbula apretada, ojos bajos. Estaba jodido y no lo disimulaba.

Me quedé quieto, sin mover un músculo. Sentía la absurda necesidad de entrar y decirle algo. No sabía si para consolarlo, besarlo o disculparme por haberme ido sin mirar atrás el fin de semana. No lo hice.

Mi cabeza se encargó de recordarme por qué.

«Él no te quiere, Fitzroy. Solo quería saber qué se sentía al cruzar rabo, y ya lo sabe. Fin de la historia. Fin de tus pajas mentales».

Aun así, me quedé, seguí ahí, mirándolo a través del cristal.

¿Qué cojones esperaba?

Quizá que levantara la cabeza.

La levantó. Nuestros ojos se cruzaron. Ni un gesto ni una palabra. Solo ese segundo suspendido en el que el aire se encogió.

Lo saludé con dos dedos y vocalicé: «Mejórate».

La comisura de su boca tembló, mínimo.

Sonreí, me di la vuelta y seguí hacia el vestuario. Era lo mejor que podía hacer.

Ya todos estaban en las duchas, así que me quedé un momento en el lavamanos, frente al espejo.

Pelo despeinado, camiseta pegada, cara de tipo que fingía que nada le afectaba. El reflejo me devolvió justo eso: el bufón de la corte creyéndose el rey.

Qué fácil era esconderse tras una broma. Más fácil aún reírse de todo antes de admitir que algo te importaba; porque si te importaba y lo perdías, o descubrías que no quería estar contigo, eso te pudría… Y no había quimioterapia que te salvara.

Me pasé una mano por la cara.

—Joder, Fitzroy…, te prometiste no volver a cagarla con un tío así.

Ni siquiera estaba seguro de cuándo me empezó a gustar de ese modo o cómo pasó. Reí bajo, sin ganas. Me conocía: siempre encontraba la misma piedra para tropezar, hasta que me la tiraba. Y esa vez la piedra tenía nombre, acento y un tobillo vendado.

Y, por si no fuera suficiente, estaba Camila.

Pensar en perderla me daba más vértigo que enfrentarme al propio Cruz.

—Mírate, puto tarado —murmuré, cerrando el grifo—. Cayendo sin hacer siquiera el salto, buscando que te quieran cuando lo único que valoran es tu máster en orgasmos.

No sabía saltar sin caer ni tomar distancia sin romperme. Tenía que asumir que quizá nunca estarían en el mismo punto que yo.

Suspiré, me desnudé, agarré la toalla y me obligué a moverme.

«La lloradita por dentro y bajo el chorro, que se nota menos».

Alcé el rostro y dejé que el agua cayera, tibia y constante, disolviendo el resto de mis mierdas.

CAPÍTULO 55



Thiago

El reloj del pabellón seguía marcando las 07:38, aunque hacía rato que todo se había detenido.

Yo también.

El fisio me había vendado el tobillo y me dejó con una bolsa de hielo y una recomendación que ya conocía de memoria: reposo, hielo, paciencia.

Lo único que no sabía era cómo parar la cabeza. No estaba enfadado con Fitz; estaba jodido conmigo mismo por no saber afrontar las cosas con madurez.

Desde Acción de Gracias todo se me había ido de las manos, literal y figuradamente.

Cada vez que pensaba en él —en su forma de mirarme, en cómo se arrodilló y en mi cuerpo encendiéndose—, era incapaz de borrar lo que me pasaba cada vez que mis ojos se cruzaban con cualquier

parte de su anatomía. Y yo no era ese tipo de persona, o, al menos, eso intentaba creer.

Con Alondra también empezó así: deseo incendiario que terminó siendo cadena. Me juré que nunca más y, sin embargo, ahí estaba, con el vendaje frío y la cabeza zumbando por un chico que hacía bromas hasta con las heridas.

Golpearon la puerta.

—¿Se puede o te duele demasiado?

Camila asomó la cabeza: moños altos, el cuello aún húmedo y uno de sus *shorts* capaces de dinamitar la cordura de cualquiera. La luz del pasillo le recortaba la silueta. Había algo en ella que desordenaba el aire.

—Solo ha sido un esguince leve —dije.

—Me alegro, no podemos perderte. —Entró sin pedir permiso y se plantó frente a la camilla—. ¿Te ayudo a salir o planeas dormir aquí hasta los Regionales?

—Estoy bien, Ortiz.

—Claro, y a mí me ha fichado la NASA porque mis ojos son galaxias inexploradas.

Se me escapó una media sonrisa.

Me estudió un segundo, esperando una respuesta que no llegaba. Yo solo pensaba que debería odiarme después de que la planté en Halloween. ¿También lo haría si supiera lo del finde con Fitzroy?

—¿Seguro que no te has dado en la cabeza? Te veo espeso. Vamos a por un café. Arriba, puedes apoyarte en mí —cerró.

—¿No tienes clase? —me interesé. Ella ya le estaba echando mano a la bolsa y a mi brazo para que se lo pasara por encima.

—La de hoy no es importante. Me la salto por un colega.

En otro momento habría dicho que no, que no precisaba de su compañía.

Hoy no iba a hacerlo porque de verdad que la necesitaba.

Nos costó algo más de lo previsto llegar a la cafetería. Camila se negó a forzar el ritmo, lo agradecí.

Pidió una taza de chocolate con canela y extra de nata. A mí me encasquetó un café doble —cortesía Ortiz— y le dijo al camarero que añadiera un poco de sirope de caramelo para endulzar mi caída.

Nos sentamos en la mesa del rincón. Ella removía con la cucharilla mientras yo buscaba cómo decir lo que debía.

—Antes de venir —empezó— me he topado con tu capitán en el pasillo. —El estómago se me apretó—. Me ha dicho que no le dejaste revisarte el tobillo. ¿Qué te pasa con él? Fitz es muy bueno con las lesiones, te lo garantizo.

Podía mentir. Fingir que prefería la versión de un profesional y no la de un recién licenciado.

Pero si ella y él tenían algo, ocultar lo que ocurrió entre nosotros era una falta y la culpa me carcomía.

—Mason y tú …, ¿estáis juntos? —inquirí al fin, necesitaba saberlo.

Me miró como si la sorprendiera que se lo cuestionara.

—¿Por qué lo preguntas?

—La noche de Halloween, en el pasaje. Volví a por ti… y os vi.

—¿Nos viste? —preguntó con una calma que me descolocó. Asentí.

—Intimando.

Su expresión mutó a una divertida.

—¡Wow! ¿Y cuánto viste?

Cerré los ojos, arrepentido.

—Todo.

Cuando los abrí, sonreía castigadora.

—Todo, ¿eh? Vaya. Así que Thiago Cruz tiene alma de *voyeur*.

—Yo no… Fue que…

—No te excuses. No pasa nada. Me excita que hicieras eso. ¿Te tocaste?

Me quedé sin respuesta. Ella dejó escapar una risa breve.

¡Joder, cómo me descolocaba!

—Venga, Cruz. Has confesado que miraste. No puedes ser tan pudoroso después. Mi concepto del sexo es más amplio que el de la mayoría. No me importa si lo hiciste; es puro morbo. Para que puedas empezar a respirar, te diré que me gusta que me lo hayas contado: eso es confianza.

Su naturalidad me pegó de lleno en el pecho y me hizo decir lo que estaba evitando.

—Pensaba que te cabrearías.

—Jamás.

—Y si te cuento que en Acción de Gracias Fitz y yo…

Se relamió.

—Tampoco me enfada lo que hicisteis. Para tu información, ya lo sabía.

Eso fue un gancho directo que me dejó sin aire. ¿A cuántas personas se lo había contado Fitz?

—¿Cómo que lo sabías? Él me dijo que…

—Calma, no te adelantes. Vi una marca en su cuello y lo obligué a decirme quién se la había hecho. No te enfades con Mase por ser sincero.

Me pasé la mano por la nuca. Me pasé de entusiasmo en el segundo orgasmo.

—Joder… No quería que se enterara nadie. Si tenéis algo, lo entiendo, yo no debí…

Camila se inclinó y apoyó su mano sobre la mía.

—Tranquilo, haz una de tus respiraciones. Todo está bien entre nosotros. Mason y yo somos amigos que a veces se acuestan porque les apetece. Sin cadenas. Con respeto, diversión y sinceridad. —Bajó el tono—. Por eso tú y yo estamos hablando ahora. Él no sabe qué ha hecho mal contigo; piensa que estás confundido o que te molestó que se fuera, pero solo quiso darte espacio. Que entendieras que lo que hicisteis no es algo de lo que avergonzarse.

Me hundí un poco en la silla.

—Es que yo no soy… Nunca antes… —Las palabras no salían.

—¿Puedo contarte algo? —me cortó. Hice un movimiento afirmativo con la cabeza—. La primera vez que me enrollé hasta el final con una chica, me corrí tan fuerte que creí que me había meado en su cara.

Se me escapó una carcajada baja.

—¿En serio?

—Lo pasé fatal, pero ella fue natural y comprensiva. Has elegido bien para tu primera vez. Mase es un amante considerado y, además, tantos meses de abstinencia no ayudan a nadie, se te podría haber necrosado.

—Tuve una relación jodida y ella usaba el sexo para manipularme. —Di vueltas al café con la cucharilla—. Por eso me impuse el cinturón de castidad. No quería confundirme, solo centrarme y darme tiempo para sanar. No he estado con nadie más, nunca —confesé.

—Eso tampoco es malo. No voy a decirte qué hacer, pero quizá lo que necesitas no es castigarte, sino alguien que te demuestre que puedes acostarte con quien te atrae sin que te utilicen.

—¿Como Mase y tú?

—Exacto. Como nosotros. Lo importante es poner las bases claras y no herir a nadie. Mason parece un desastre andante, pero no conozco a nadie con un corazón más grande. Bajo esa fachada de niño rico fiestero hay un tipo que se preocupa por los suyos. Y tú le importas, todos pudimos verlo en el vídeo.

Me quedé en silencio.

»Mase no se parte la cara por cualquiera —añadió—. Y aunque tú no quieras, ya te ha metido en su lista de protegidos. Si no, ¿por qué se iría de una cena en casa de Jaxon para que no pasaras Acción de Gracias solo?

—¿Para comerme el rabo?

Se le escapó una risa franca que hizo girar las cabezas de una mesa cercana.

—Probablemente para eso también, pero si hubieras dicho que no, se habría ido.

—Lo sé —exhalé—. Estoy confundido.

—Date tiempo. No te fuerces. Mase respetará tus tempos. ¿Puedo preguntarte algo?

—Ya que estamos...

—¿Lo disfrutaste?

Tomé aire antes de responder.

—Demasiado. Más de lo que creía posible.

—Perfecto. —Sus dedos me rozaron el dorso de la mano—. Tú me enseñaste a enfocarme; es mi turno de enseñarte que no hay nada malo en el placer que puede proporcionarnos alguien que nos atrae.

Tragué y lo solté, sin pensar.

—Tú también me atraes.

Camila sonrió despacio, sin burla.

—Me encanta oírtelo decir. Quizá, cuando te sientas preparado, podamos jugar tú y yo.

—¿Aun sabiendo que me pone el capitán y que creo que también me gusta Sienna?

Soltó una carcajada limpia que me aflojó los hombros.

—Que te guste Sienna te resta puntos, aunque no me importa, ella está demasiado obsesionada con Hayes. —Eso también me había quedado claro—. Solo quiero que te sientas libre de decirme lo que piensas y que no te fuerces a nada que no desees. ¿De acuerdo?

—Creo que sí.

—Perfecto. —Alzó la taza, dio un sorbo y se relamió la nata del labio. Noté un tirón en la bragueta.

¿A quién pretendía engañar? Camila Ortiz me ponía muchísimo.

—¿Te importa si dejamos este tema para otro momento antes de que también me esguince la entrepierna? Necesito la sangre en el tobillo, y así es imposible.

—Me encanta este Cruz desatado. Bien, cambiamos. Me quedan quince minutos… ¿Qué te apetece saber?

Le di vía libre para que me contara lo que quisiera y la observé mientras gesticulaba con la cucharilla, encontrando bromas en todo.

Pensé que, a veces, el caos podía ser refugio y que, si tenía que aprender a vivir con lo que me pedía el cuerpo, quizá ese café era un buen comienzo.

CAPÍTULO 56



Mason

Diciembre en la SSU era como vivir en un campo minado.

Exámenes, trabajos, resúmenes que nadie entendía e instalaciones deportivas a reventar de alumnos intentando compensar los atracones de Acción de Gracias.

Para los de artística era peor: además de los exámenes, teníamos la presión de clasificarnos para el equipo oficial antes de Navidad, como si el estrés fuera un bonus navideño envuelto en papel rojo y ansiedad. Un bonito recordatorio de que los milagros existían… o de que alguno acabaría siendo el Grinch esas fiestas.

Mientras todos se dejaban la vida entre apuntes y rutinas, yo sobrevivía a mi manera, al fin y al cabo, no iba a desprestigiar mi fama pasando por la biblioteca, para eso tenía la de mi casa.

Camila había cerrado el grifo del sexo «por motivos académicos», alegando que, si quedábamos, no llegaba a todo.

No le faltaba razón, nuestras sesiones no eran un recreo, sino un triatlón olímpico.

Así que tocaba resignación, ejercicio y abstinencia, o traducido al idioma de los simples mortales: apechugar, entrenar y rezar para que el tiempo corriera lo más rápido posible.

¿Podría haber follado con otra persona?

Quizá, pero me gustaba demasiado que lo hiciéramos a pelo y lo que sentía por ella me incapacitaba para los demás.

Thiago volvió a los entrenamientos una semana después del esguince.

Más tranquilo, menos tenso.

Incluso fue él quien se acercó a mí, en el vestuario, con unas tiras de *kinesiotape* y esa mirada del que ya no esquivaba.

—Lo siento —me soltó, directo—. No lo supe gestionar.

—No te preocupes. Nos pasa a los mejores.

Asintió.

—Estas semanas voy a estar liado con el proyecto, los exámenes, recuperar la semana perdida y poder formar parte del equipo… Pero cuando acabe todo esto, ¿podemos hablar?

—Lo primero es lo primero —respondí—. No pienso irme a ninguna parte, así que… Aquí estaré cuando lo decidas.

—¿Lo dice el capitán, Mase o el fisio?

—Los tres, para que suene más convincente.

Se le escapó una sonrisa leve.

—Gracias por no guardarme rencor, me he portado como un crío.

—Los niños se me dan muy bien, solo hace falta que te pases por el centro de Hayes para que lo compruebes.

—¿Qué centro?

—Jaxon, Landon y yo damos clases a niños desfavorecidos para apartarlos de la calle gracias a la gimnasia, les damos un refugio, un sostén; ya me entiendes.

—No tenía ni idea…

—Pues ya lo sabes. Venga, cámbiate y a darle con calma, que yo también te quiero en el equipo.

Me miró distinto y sonrió con esa calma tan suya que me erizaba la piel.

Por primera vez en semanas, no sentí que tuviera que medir cada palabra con él.

Sin fiestas, sexo, Camila y Thiago fuera de la ecuación, mi vida era muy aburrida, así que tuve que añadirle un poco de emoción extra con el Princeso & Jackass.

Mi mejor amigo y yo tuvimos una idea brillante a lo Fitzroy & Reyes. Desde el viaje a Londres, Landon llevaba semanas con la cabeza hecha puré, así que, ¿qué mejor que un espermiograma en grupo para alzar la moral del equipo?

Vale, puede que ese no fuera el motivo exacto, sin embargo, nos echamos unas buenas risas.

No pensaba entrar en detalles, solo diré que hubo camisetas personalizadas, chistes de fertilidad y una cantidad obscena de sarcasmo por metro cuadrado.

El resumen: Jaxon podría repoblar un continente. Yo mantendría la media con orgullo y Landon… Bueno, digamos que sus soldaditos no aprobaron el curso de natación sincronizada.

Lo gracioso —si algo de eso tenía gracia— fue ver a Jax celebrando su oro olímpico mientras Landon procesaba la idea de que, quizá, lo del verano con Juliette no había sido lo que todos pensaban.

Por una vez, el desastre jugaba a su favor.

Y yo, entre una cerveza y otra, pensé que, si la vida fuera deporte, nadie subiría al podio.

Sin darnos cuenta, nos plantábamos en el último viernes antes de Navidad. El pabellón estaba tan cargado que ni el aire se atrevía a moverse.

Nadie hablaba.

Ni un chiste, ni una broma ni un maldito suspiro que rompiera la concentración.

El suelo olía a magnesio, el ambiente a nervios.

El sonido de las zapatillas contra el parqué era lo único que llenaba el silencio.

En el centro del gimnasio, Volkova y Hayes repasaban la lista.

Ambos con el chándal oficial morado, blanco y oro, emblema de la SSU en el pecho, carpetas en mano y cara de funeral.

Cruz, a mi lado, estaba tan recto que parecía una escultura de mármol.

Avery, frente al grupo femenino, mantenía los brazos cruzados para disimular el temblor en los dedos. Aunque los capitanes teníamos la plaza casi asegurada, saber qué compañeros quedaban dentro y fuera atacaban a cualquiera.

Miré a Camila, que estaba justo detrás de ella; intentaba aparentar calma, aunque su pie derecho llevaba diez minutos golpeando el suelo al ritmo de un tambor invisible.

La veía tragar saliva cada vez que Volkova pasaba la vista por las filas y me moría de ganas de abrazarla para decirle que estaba haciendo su mejor temporada; no iba de farol.

Cuando la entrenadora alzó la cabeza, fue como si Elsa, la de *Frozen*, nos hubiera tocado a todos con el dedo y sin guantes.

Ni un murmullo. Ni una respiración.

—Bueno —empezó con su acento bielorruso arrastrando las vocales—, hemos revisado nuestras valoraciones sobre cómo habéis evolucionado estos meses y también hemos tenido en cuenta vuestra actitud y los resultados de los últimos entrenamientos. Quiero dejar claro que ha sido un trimestre exigente y que, aunque hay progreso, todavía hay mucho trabajo por delante si queremos alzarnos con los Nacionales.

Avery asintió, seria. Camila bajó los hombros, como si quisiera encogerse.

Yo apreté los dientes; Volkova no daba discursos si no estaba a punto de soltar una bomba.

—Sé que tenéis ganas de saber quiénes conformaréis los equipos oficiales, pero dejad que os diga antes que no hay victoria sin sacrificio y solo van a ir los más fuertes. —Vi como Sienna apretaba tanto los dientes que parecía que fueran a salirle disparados de un instante a otro.

Se aclaró la garganta.

—El equipo femenino que representará a la SSU esta temporada estará formado por… —dejó que el eco hiciera su trabajo—: Avery Dalton como capitana.

El aplauso fue breve, pero intenso. Jaxon le guiñó un ojo a su chica y esta sonrió agradecida, aunque la tensión seguía en el aire.

Volkova continuó sin pausa:

—Camila Ortiz.

Cami levantó la cabeza, sorprendida. Sonrió en mi dirección y en la de Thiago casi sin creérselo, y Naomi la abrazó por detrás.

Yo tuve que contenerme para no gritarle algo tipo «¡sabía que podías!»; después le demostraría lo orgulloso que estaba.

—Naomi Park. Harper Leigh. Isla Woods.

Las cuatro se colocaron en fila al frente.

Solo quedaban Lena y Sienna.

El silencio volvió a caer como una piedra.

Sienna tenía las manos entrelazadas y el pulgar moviéndose en espiral, un tic que ya todos conocíamos.

Lena, firme, con la barbilla alta y la respiración controlada.

Podías cortar y esnifar la tensión con una tarjeta de crédito y un billete de veinte dólares.

Volkova se giró hacia ellas.

—Y la última plaza… —miró a Hayes, que asintió sin decir palabra — es para… Sienna Walsh.

El aire explotó.

Un «¡vamos!» ahogado escapó de alguien y las chicas se echaron encima de Sienna en un abrazo múltiple.

Lena aplaudió, digna, aunque la decepción le cruzó la cara.

Volkova levantó la mano y la algarabía se apagó al instante.

—Walsh, has mejorado. Tu concentración es evidente. Pero —y ese «pero» heló el ambiente— si en algún momento te conviertes en un riesgo para ti o para el equipo, tu plaza pasará a Lena sin dudarlo.

Sienna tragó saliva.

—Sí, entrenadora. Gracias por la oportunidad.

Volkova asintió, seca.

Avery le dio un abrazo sincero.

Camila fue la siguiente. Le tocó el brazo con una sonrisa que le salió del alma.

—Estoy orgullosa de ti.

Yo exhalé despacio. Hasta Cruz aflojó los hombros.

—Nos toca —farfullé.

—Qué nervios, joder.

Cuando terminaron los aplausos, Hayes tomó el relevo. Su tono fue más suave, pero no menos serio; cuando Graham quería, se ponía de lo más formal.

—Ahora, el equipo masculino.

Mis pulsaciones subieron.

Thiago miraba al frente, impasible. Zach se rascaba la nuca. Jesse, uno de los *rookies*, parecía a punto de vomitar.

El entrenador empezó a leer.

—Mason Fitzroy como capitán.

Hubo aplausos, silbidos, un «idale, Fitzy!».

—Thiago Cruz.

El rugido del equipo masculino se hizo notar y vi la complacencia en la curvatura de los labios de Thiago, pequeña, pero suficiente para entender lo que significaba para él.

—Derek Vaughn. Zach Coleman.

Los dos chocaron las manos con fuerza. Tener a un atleta con la pierna amputada no era lo habitual, no obstante, ese año, después de que el entrenador Hayes luchara con uñas y dientes, la NCAA decidió dar un paso hacia la integración, permitiendo a equipos que quisieran ceder una plaza a atletas con algún tipo de discapacidad, lo cual, tras lo que ocurrió el año pasado, nos emocionó a todos.

—Y cerrando la lista, los *rookies* del año: Jesse Maddox y River Holmes.

Era imposible contener la alegría de los seleccionados, el resto de gimnastas aplaudieron con deportividad, a sabiendas de que se quedaban en la reserva.

Yo miré alrededor: Cruz estrechaba la mano de Derek, Camila aplaudía con los ojos brillantes.

Me quedé quieto, observando, ese era el tipo de ruido que tanto necesitábamos. El de un grupo que, pese a todo, seguía en pie.

Cami, Avery, Naomi y Sienna vinieron hacia nosotros para darnos la enhorabuena.

—Esta noche hay fiesta, capitán. Hay que celebrarlo. —Me dio un suave empujón en el pecho, medio risa, medio orden.

—¿Fiesta? ¿Dónde? —preguntó Zach, que ya se estaba apuntando sin saber.

—En cualquier sitio donde sirvan alcohol y no haya jueces —respondí, y los chicos soltaron un grito colectivo.

Camila giró sobre sí misma, alzando los brazos.

—¡Venga, alcohólicos, en movimiento! Que esta universidad no se levanta sola.

Las chicas aplaudieron, Jaxon lanzó un «¡A por todas, SSU!» y hasta Volkova sonrió de lado, resignada.

Hayes negó con la cabeza, pero no intervino; sabía que era inútil.

Al fin y al cabo, ya estábamos de vacaciones oficiales.

El ruido se volvió carcajada, la magnesia en el aire se mezcló con el eco de los pasos.

Miré alrededor: Cruz hablaba con Sienna, gesticulando; Derek se colgaba del aro de salto como un niño; Zach gritaba «¡campeones!», aunque aún faltaban meses para serlo.

Me pasé la toalla por el cuello y respiré hondo. Éramos equipo. A veces desastrosos, a veces agotados y otras medio rotos…, pero equipo, al fin y al cabo.

Mientras nos dirigíamos a la ducha, solo podía pensar en disfrutar de la fiesta, de los míos y dejar que diciembre siguiera haciendo de las suyas.

CAPÍTULO 57



Camila

Llegar tarde a una sorpresa no era lo ideal, pero si te tocaba subir una colina de Los Ángeles en tacones de aguja y sin coche, pues no quedaba otra que asumirlo con dignidad.

El Uber me dejó a medio camino —«lo siento, señorita, hasta aquí llega mi zona»— y me tocó hacer los últimos metros a pie, con el abrigo echado sobre los hombros, porque vestía una barbaridad, y una bolsa en cada mano.

Una con una botella de champán frío y otra con picoteo de emergencia: pan, quesos, fruta; cosas que olían a cena improvisada y sabían a gloria.

Thiago había salido antes de su residencia con el pastel de tres leches y el tequila.

Yo, en cambio, llegaba tarde, aunque, al menos, brillante: vestido dorado de cuentas diminutas tipo malla que mostraba aquello que se

quería ver, labios rojos y la determinación de no dejar que el capitán pasara otra Nochebuena solo, a pesar de que me hubiera ganado otra bronca de mis padres.

La mansión Fitzroy se veía desde media colina, toda iluminada.

Tenía ese tipo de luz cálida que parecía salida de una película, pero que, en realidad, solo te recordaba que dentro vivía alguien con dinero y, probablemente, una copa en la mano.

Subí la escalinata con cuidado de no matarme con los tacones.

Cuando llegué al portón, respiré hondo, me coloqué un mechón suelto y toqué el timbre.

Nada.

Volví a tocar.

—¡Mason! ¡Abre, que no quiero quedarme a dormir en las escaleras!

Escuché pasos rápidos y luego su voz, arrastrada y divertida:

—Un momento, que hoy no hay servicio.

La puerta se abrió.

Y ahí estaba él, en el marco, con el esmoquin negro, la pajarita medio suelta y una copa de vino en la mano.

Los ojos azules brillaban de pura felicidad, y solo por verlo así todo mereció la pena.

—¿Tú no sabes entrar sin montar espectáculo? —preguntó, sonriendo.

—¿Y perderme esa cara al ver mi modelito? —repliqué—. Traigo champán y cena improvisada, por si habías pensado sobrevivir solo a base de vino.

—Eres mi salvadora. —Se apartó, dejándome pasar—. Entra antes de que el champán se caliente y decida recrear la peli *Viven* y comerte en el porche.

Lo cogí por la nuca y lo besé con hambre.

—Feliz Nochebuena, Fitzy.

—¡Joder, cómo me puto pones!

Me aparté sonriente y entré sin permiso directa al salón. Me conocía de sobra el camino. La chimenea encendida llenaba la estancia de luz ámbar.

Y en el sofá, con las piernas estiradas y una sonrisa contenida, Thiago Cruz me miró con esa calma suya que a veces me ponía más nerviosa que un grito.

—Pensé que no llegabas —dijo, paseando sus ojos sobre mi cuerpo.

—¿Y perderme esto? Ni loca. —Dejé las bolsas sobre la mesa.

Mason sirvió una copa y me la tendió. Thiago ya tenía la suya. Me quité el abrigo y disfruté al ver sus miradas encendidas.

El atuendo era indecente y divertido, perfecto para la noche que deseaba.

—Vale, ya estamos todos —carraspeó Mase—. Propongo un brindis.

—Por no dejar que el capitán cene solo —dije, alzando la copa.

—Y porque estemos juntos en el equipo y yo no haya tenido que pillarme una *pizza*. Mi madre os lo agradece —añadió Thiago.

—Y por querer compartir esta noche conmigo y convertiros en mi mejor regalo de Navidad —cerró Mase con media sonrisa.

—¿En serio has dicho eso, Fitzy? —No disimulé la risa que me dio mientras me acercaba él para besarlo sin que me importara que estuviera Cruz.

—A veces, puedo ser un poco moñas.

Culminó dándome un pico y llevándome con él al sofá.

La cena fue caótica y perfecta.

Servimos lo que habíamos traído y Mase sacó comida que el servicio dejó hecha para un regimiento. Thiago cortó el pan, yo descorché el champán y, entre broma y broma y canciones navideñas de fondo, los tres acabamos a reventar en el sofá, con los zapatos fuera, las copas a medio llenar y el pastel de tres leches haciéndonos bizquear.

—Si Volkova me pilla comiendo esto antes de los Regionales, me pone ahora mismo a entrenar —dije mientras me recolocaba el vestido.

—Tranquila, Galletita, te prometo que esta noche voy a hacer que lo quemes.

Mason me mordió el cuello mientras Thiago no apartaba su mirada de encima; me excité, aunque algo me decía que él aún no

estaba listo para lo que yo quería, así que…

—Propongo un juego.

Mason arqueó una ceja.

—Si implica cartas y perder la ropa, me apunto.

—No. Se llama Trago o miedo.

Thiago frunció el ceño.

—¿Eso existe?

—Ahora sí. —Le quité la copa y la cambié por su botella de tequila—. Ábrela mientras cuento de qué va. —Teníamos limón y sal sobre la mesita. Me hizo caso—. Se trata de confesar un miedo real. Si no quieres decirlo, bebes, es un juego para valientes.

—Entonces, empiezas tú, que es quien más lo eres —dijo Mase, acomodándose.

—No, arranca el anfitrión. Comienza, capitán, y no vale inventar, si no, bebes. Lo justo sería que hicieras una gran gesta para premiar nuestra compañía.

Mason me miró un segundo y suspiró, vació su copa y la dejó sobre la mesa.

—Vale. —Se pasó la mano por el pelo—. Mi mayor miedo es… —dijo Mason después de un silencio— quedarme solo.

Ni una broma ni un gesto fuera de lugar. Solo su voz más baja.

—Mis padres me tuvieron demasiado jóvenes, con más hambre de fama que de familia. Siempre decían que me criaban con libertad y con Visa, como si eso fuera un tipo de amor moderno. Suena bien hasta que entiendes que «libertad» es la excusa perfecta para no estar.

Hizo una pausa, los ojos fijos en el fuego.

»Se supone que cualquier adolescente soñaría con eso: cero límites, cero normas. Pero crecer sin límites es crecer sin refugio. —Tragó saliva—. Me paso la vida haciendo reír a todo el mundo para que nadie note que por dentro sigo vacío. Me da miedo que, aunque lo intente todo, nunca sea suficiente para nadie. Si no lo fui para ellos, ¿por qué debería serlo para alguien más?

Le giré el rostro y lo miré. De verdad.

—No vas a volver a cenar solo, Fitz. Te lo prometo.

Sonrió con la boca, pero no con los ojos.

—No prometas cosas que no puedes cumplir, Ortiz.

—Pues aprende que, quien de verdad te quiere, no espera que seas suficiente, solo quiere que seas tú, y nosotros queremos que lo seas.

Mase tragó aire, bajó la mirada.

Y, entonces, respiró más tranquilo.

—Mi miedo es otro —dije, jugueteando con la copa—. Mis padres se dedican a cosas que huelen mal, pero les va bien, y eso siempre les sirvió de justificación. Papá colecciona amantes como quien colecciona relojes caros y mamá finge que no pasa nada porque es más cómodo mirar a otro lado. —Tragué—. Crecí simulando que todo eso me daba igual, pero lo que más miedo me da no es parecerme a ellos, es no saber quién soy si dejo de competir. No saber qué quiero cuando termine la SSU. Elegir algo, arrepentirme y que ellos me digan «te lo advertimos, naciste para ser una Ortiz». —Me encogí de hombros—. A veces pienso que mi vida va tan deprisa que, si paro, me quedo atrás.

Thiago apoyó los codos en las rodillas.

—Entonces, párala —dijo—. No tienes que elegir para siempre. Solo para ahora.

—Fácil de decir.

—No tanto. —Me sostuvo la mirada—. Si algo he aprendido es que el movimiento no siempre es progreso y quedarse quieto demasiado tiempo es rendirse. Si te equivocas, cambias. Si te caes, aprendes cómo aterrizar mejor. —Sonrió apenas—. En cada salto hay una caída. Algunas dolerán, otras te enseñarán, pero ninguna te define, siempre puedes escoger el siguiente salto.

Me quedé callada porque fue una de esas frases que te calaban sin permiso.

Mason resopló.

—Suena a psicólogo de los caros; este chico tiene futuro.

—Lo tiene —dije—. ¿Y tú, Thiago? ¿Te aplicas tu teorema del salto?

—Estoy en ello.

—Me alegra escucharlo.

—Me parece que me toca. Crecí con unos padres que lo han hecho todo bien —empezó— y una hermana que es la hostia. Cuando era adolescente, no entendía por qué los chicos se metían conmigo por mi procedencia o color de mi piel, me metí en una pelea. Mi madre perdió el trabajo porque le aticé al niño con el padre equivocado. —Se mordió el labio—. Desde entonces, aprendí a callarme, a no ser un problema. —Hizo una pausa larga—. Luego me fui a Puerto Rico creyendo que necesitaba probarme, ser libre fuera de mi círculo cercano, tomar mis decisiones, y acabé perdiéndome. Me enganché a alguien que usaba el sexo como dominio. Creí que era amor y no me di cuenta de que se trataba de una celda sin barrotes.

Se pasó la mano por la nuca.

»Mi miedo es no curarme nunca. No volver a fiarme de mí mismo, gozar sin miedo con quien me apetezca. Elegir mal otra vez y defraudar a los que sí merecen que me quede.

El fuego crepitó y nadie dijo nada en un rato.

Mason habló el primero, con voz baja.

—A veces no hay que sanar para seguir, solo aprender a vivir con las cicatrices.

—Exacto —asentí—. Las heridas no se borran, se integran. Es lo que te da perspectiva para no repetir el error. Quizá entre los tres podamos curar nuestros miedos mejor. El miedo no siempre es un enemigo; a veces es el instinto que te avisa de que estás vivo. Brindemos.

—¿Por qué? —preguntó Mase.

—Por los miedos que ya no mandan en nosotros.

—Y por los que nos empujan a movernos —añadió Thiago.

—Y por el tequila que ha traído este cabrón, que es de los malos, pero promete una cogorza de cuidado —añadió Mase.

Bebimos y reímos.

El fuego crepitó.

Y, sin saber cómo, la conversación fue girando hacia otro tipo de verdades.

—Vale, segunda ronda —anuncié—. Preguntas con mala idea y que nos hagan pasar un buen rato.

—Temo preguntar —susurró Thiago.

—Demasiado tarde —dije, sonriendo—. ¿Qué os atrae de los demás?

Mason fue el primero.

—De Cruz, su control. Me pone la gente que parece imposible de desarmar…, hasta que lo consigues y le comes la polla. —Eso me hizo reír y a Cruz… A Cruz también. Luego se giró hacia mí—. De ti, que nunca pides permiso para existir y esos ruiditos que haces cuando te como el coño, y…

—¡Basta, no es un halago, Fitz, eso es un diagnóstico! —Reí.

—Y me encanta el resultado.

Sus dedos volaron a mis pezones, que se habían puesto rígidos, para pellizcarlos. Le dejé hacerlo mientras mis pupilas conectaban con las de Thiago.

Este habló sin necesidad de que se le preguntara.

—A mí me gusta de Mason su forma de proteger sin que se note. La primera vez que lo vi, pensé que, si fuera una mujer, me lo follaría.

—Mmm, y sin serlo me puedes follar también.

—Y de ti… —me miró de frente— que eres intensa, jodidamente *sexy*, dices lo primero que se te pasa por la cabeza y no escondes tus preferencias. Eso me pone y me fascina a partes iguales.

Me reí bajito, intentando no sonrojarme.

—Vale, no voy a deciros lo que a mí me pone de vosotros porque no lo necesitáis, ya os lo he dicho por separado, así que, vamos a la última. Si los tres quisiéramos algo esta noche…, ¿qué necesitaríais oír para sentiros seguros y que sucediera?

Mason respondió sin pensarlo.

—¿Quítate la ropa? —cuestionó Fitz con una sonrisa canalla.

—Eres imposible…

—¿Y tú? —Me giré hacia Thiago.

—Nadie te va a juzgar, con nosotros estás a salvo, nunca vamos a querer controlarte. No hay prisa.

—Perfecto —murmuró Fitz—. Porque yo no quiero correr.

El ambiente cambió.

Las llamas se reflejaron en sus ojos, las palabras se quedaron flotando entre los tres, pesando lo justo.

—Cami, ¿qué quieres oír? —se atrevió Thiago.

—Yo solo necesito que me folléis.

CAPÍTULO 58



Thiago

Mi autocontrol debía de estar en alguna isla del Pacífico bailando el *hula-hula* porque ahora mismo no sentía ninguno.

Lo noté en la forma en que me latía la sangre en las sienes, en cómo se me vaciaban los pulmones cada vez que Mase abría la boca y Camila me miraba como si supiera exactamente por dónde empezar a desmontarme.

Tenía muchísimo calor, y no era por la chimenea encendida. Me daba igual que los ventanales no estuvieran cubiertos por cortinas porque estábamos en una finca privada y nadie se iba a asomar. La mayor parte del servicio estaba con sus familias; los pocos que quedaban tenían la profesionalidad suficiente como para no aparecer, aunque oyeran caer un meteorito dentro del salón.

Mase se había levantado, le dio la mano a Camila y aguardaron al otro lado de la mesita hasta que me puse de pie y me uní a ellos. El

fuego se reflejaba en sus rizos; sus ojos claros fijos en los míos.

—Deja atrás lo que la sociedad te hizo pensar que tenías que ser —dijo muy tranquilo, como si estuviera dándome una instrucción de entrenamiento—. Empieza a ser quien tú eres y te mueres por ser.

Una parte de mí quiso echarse a reír. Otra, salir corriendo. La que ganó fue la tercera: la que llevaba meses mirando a este cabrón y preguntándose por qué coño me costaba tanto respirar cuando se me acercaba.

Camila avanzó, su piel dorada se encendía por la luz. Estaba a mi izquierda, tan cerca que el aroma a fruta y flores penetró con fuerza en mi nariz.

—Aunque no lo creas —susurró—, tú no estás hecho para seguir las normas. Estás hecho para saltar y crear las tuyas propias, como nosotros.

Me salió una especie de ruidito sin gracia.

—¿Como vosotros?

Mase se encogió de hombros, pero en su mirada ya no había ni rastro de broma.

—Yo vivo como si fuera mi último día —soltó, y ahí se rompió algo en el aire—. Porque puede que lo sea. La vida es muy cabrona, Cruz.

Esa frase se me clavó en el estómago. No lo dijo teatral, no sonó a postureo, sino a quien ha pasado por algún suceso traumático. Tal vez la muerte de un familiar cercano.

Lo miré con más atención. Había cosas de su historia que no conocía, pero mi cuerpo reconoció la verdad cuando la escuchó.

—Así que dime, Thi —continuó, con la voz un poco más baja—, ¿por qué tenemos que dejar de disfrutar de algo que los tres queremos? Quizá este sea nuestro regalo de Navidad.

Le tomó la mano a Camila y la hizo girar entre nosotros para que ella terminara la vuelta con las manos en mi pecho.

Me mordí el interior de la mejilla. Llevaba meses apartando la mirada cuando cualquiera de los dos se reía demasiado cerca.

Tiempo haciéndome el idiota cada vez que decidían que mi espacio personal era decorativo.

—Sí —dije. Sin rodeos. Sin excusas.

Camila puso cara de satisfacción genuina, como si acabase de escuchar las palabras mágicas que llevaba tiempo esperando oír.

—Entonces, deja de pensar y limítate a sentir.

Lo siguiente que pasó no fue rápido, pero sí inevitable.

Sus dedos subieron por mi pecho, me tomó de la nuca y tiró de mí hacia ella.

El primer contacto me pilló con la guardia baja. No fue agresivo, sino firme, cálido, calculado como una salida perfecta en un aparato: sin movimientos de más, pero con toda la intención. Sentí el ardor del tequila mezclado con su propio sabor, el que recordaba tan bien tras Halloween. El corazón se me encabritó en el pecho del mismo modo que si estuviera esperando mi turno para ejecutar un salto inolvidable.

Noté a Mase coger el mando de la mesita para cambiar los villancicos por un tema de Taylor Swift que estaba a la altura del momento.

Las primeras notas de *Dress* se movieron al mismo tiempo que él, acercándose poco a poco, sin invadir todavía. Su presencia era un campo magnético en mi espalda. Camila se apretó un poco más y abrió para darme la bienvenida con la lengua, invitándome a hacer lo mismo. Le seguí el ritmo con una facilidad que me molestó y me gustó a partes iguales.

Ella se separó un segundo, apoyando la frente en la mía, respirando agitada.

—Esto está mejor —murmuró.

Las manos de Mase se posaron en mis hombros. Grandes, calientes, seguras. Las deslizó hacia abajo por mis brazos, lento, como si quisiera que mi cuerpo tuviera tiempo de decidir si aceptaba o no.

Aceptó antes de que mi cabeza pudiera votar.

—Mírame un momento —dijo Mase.

Obedecí.

Levanté la cara hacia él. Sus ojos estaban serios, concentrados, como cuando se subía al caballo con arcos. Ningún rastro del payaso del vestuario. Solo el hombre que estaba decidiendo saltar conmigo a algo que ninguno teníamos estudiado.

—Si en algún momento no te gusta, paramos —me advirtió—. Cualquiera de nosotros. Esto tiene que ser algo con lo que nos sintamos cómodos los tres, no te sientas obligado a seguir si no quieres.

Asentí. Noté algo aflojarse en la base del cuello. Esa frase no me la habían dicho nunca. No así, no con esa claridad. No con Alondra, no con la gente que confundía intensidad con derecho a borrarme los límites.

Camila me agarró el bajo de la camiseta.

—Esto sobra —dijo.

La ayudé a quitármela. El aire del salón estaba caliente, aun así, sentí un escalofrío recorrerme la piel al quedar desnudo de cintura para arriba. Mase soltó una exclamación, que no era precisamente un chiste.

—Madre mía, Cruz…, tus fibras rápidas son la puta leche —soltó, como si necesitara una broma para no desbordarse.

Me habría reído si no estuviera ocupado con los besos que Camila volvió a robarme. Mientras sus manos ascendían a mi pecho, las masculinas me recorrían la espalda, siguiendo la línea de la columna hasta la cintura, masajeando de un modo que no estaba seguro de si estaba pensado para relajarme o justo lo contrario.

Gruñí cuando alcanzó un punto tan doloroso como placentero, lo presionó y lamió el lateral despejado de mi cuello.

Mi cerebro viajó en el tiempo y lo visualizó arrodillado frente a mí, sin dejar de mirarme a los ojos mientras me engullía.

Mi polla se puso rígida.

Camila farfulló sobre mis comisuras un «tócame» que me hizo tragar con fuerza.

Bajé una de las manos entre nosotros y busqué el bajo del vestido.

Ella se había detenido, me miraba expectante mientras jugueteaba con mis tetillas, que no podían estar más rígidas.

Primero pasé las yemas sobre el centro del tejido —ella arrojó una exhalación—, uno de los tirantes se deslizó un poco y el pezón femenino se asomó sobre el escote desbordado. Estaba preciosa.

—Mírala, deséala, tócala —murmuró Mason en el lóbulo de mi oreja para después apresarlo. Pasó las manos hacia delante y se puso a acariciarme sobre el tejido del pantalón, pegando su rigidez a mi culo.

—Joder… —farfullé.

—Siente lo que haces, lo que nos provocas —insistió mientras yo avanzaba y buscaba el lateral del tanga para colar los dedos dentro y tantear los pliegues depilados de Cami.

Ella separó los labios y los muslos al mismo tiempo y gimió. Buscó mis hombros para clavar las uñas en ellos, fruto del placer que le proporcionaba.

Estaba tan empapada que no me costó nada penetrarla con dos, hasta el fondo y a la vez.

—Ah, sí, sí, así… Dame más, Thi.

Respiré hondo. Mi cuerpo ya había respondido por mí desde hacía rato.

—Yo quiero tu boca —pidió Fitz—, ofrécemela.

Giré el rostro y me dejé arrollar con su potencia exuberante, metiendo lengua sin pedir permiso ni perdón. No lo necesitaba. Fue a por el botón de mi pantalón, lo desabrochó con una habilidad que hablaba de experiencia y cero paciencia. Sentí su pecho contra mí, fuerte, sólido, una especie de arnés humano que me anclaba al suelo mientras yo era incapaz de dejar de penetrar a Cami.

Cuando ella tiró de la tela hacia abajo y la escuché caer, dejé que me apartara la mano para recorrer mi torso con mordiscos y lamidas hasta alcanzar la alfombra. Sus labios sustituyeron el aire caliente de la habitación contra mi polla; se me escapó un sonido que no habría emitido delante de nadie más. Mase ahogó una risa baja junto a mi oído.

—Tranquilo, fiera —susurró—. Estamos los tres en el mismo equipo y te prometo que obtendremos medalla en salto al vacío y sin red.

Me sujeté a su nuca. Notaba el pulso de él contra mi piel, acelerado, tan jodidamente real que me mareaba más que lo que me estaba haciendo Camila. Cerré los ojos y dejé que las sensaciones me arrasaran: la húmeda calidez de su boca, el

movimiento medido, el fuego de la chimenea mezclándose con el incendio en mi abdomen, la respiración de Mase en mi cuello, el olor a madera quemada, piel y alcohol barato que yo mismo había traído; no me arrepentía de nada.

Abrí los ojos y lo miré de reojo. Él ya no se reía. Estaba observando lo que pasaba entre Camila y yo como si fuera algo que no quisiera perderse. Cuando nuestras miradas se cruzaron, hubo un chispazo que no tuvo nada de gracioso. Era deseo, limpio, sin filtro.

No sabía quién se movió primero. Solo supe que, de pronto, yo estaba girando un poco el cuerpo y Cami dejó de chupar lo suficiente para que Mase me tomara la cara entre las manos.

—Ven aquí —murmuró.

Nos comimos con un hambre desorbitada.

Si hacerlo con Camila era como lanzarse a una piscina caliente después de un día imposible, con Mase era como saltar a un vacío donde, contra todo pronóstico, alguien te sostenía. Su boca sabía a tequila y necesidad. Lo reconocí demasiado bien.

El mundo se redujo a esa línea: Camila quitándose el vestido para quedarse únicamente con el triángulo de gasa y los tacones. Caminando para ponerse detrás de Mase y desabrocharle la camisa y el pantalón.

Sus manos nos llenaban de roces a los que era imposible no reaccionar. Mi lengua estalló una y mil veces contra la de Fitz. Éramos pura respiración y temblor compartido. La vergüenza intentó asomar, pero no encontró espacio, no la dejé. Estábamos demasiado ocupados viviendo.

En un visto y no visto, Mason ya no llevaba ropa, solo piel. Nuestras erecciones se reconocían y se rozaban. Los deseaba tanto a los dos…

Camila nos separó poco a poco, con la respiración agitada, y se puso entre ambos. Me besó a mí primero, robándome el aire, y luego se inclinó hacia Mase, mordiéndole el labio con esa forma suya de decir «no te escapes, que os quiero a los dos», y eso me ponía muchísimo.

—Al sofá —ordenó con la voz ronca—. Antes de que os derritáis encima de la alfombra y tenga que llamar a alguien para rasparos

del suelo. Y quitaos los zapatos, no os vayáis a caer de bruces con los pantalones, no quiero que se os tronche la polla antes de follar.

El comentario rompió un poco la tensión y nos sacó una risa floja a los dos.

Ella no esperó, fue directa y se puso a masturbarse, ofreciéndonos un espectáculo de lo más evocador por encima del tejido transparente.

Los dos teníamos los ojos clavados en sus tensos pezones, en la forma en que ondulaba las caderas contra la mano y jadeaba.

Creo que pateé los zapatos; no los coloqué de manera ordenada, era incapaz.

Mase aprovechó para tomarme la muñeca. El contacto con la pulsera roja me devolvió por un segundo a otra sala, otro sofá, otra persona. La sombra de la relación tóxica, de los celos, del control. Cerré la mano alrededor de la pulsera y respiré. Esto no era aquello. Aquí había límites. Aquí había mirada limpia; busqué a Fitz y entrecrucé los dedos con él para andar juntos hasta el sofá.

Nos dejamos caer uno a cada lado de Cami con el fuego delante, como si fuera un cuarto invitado observando en silencio. Ella se relamió, Mason cabeceó en mi dirección y no lo dudé. Bajé al suelo, le quité la única prenda que quedaba y la abrí para mí.

Hundí mi lengua en su centro sin apartar la mirada, ella me premió con el placer bañando sus pupilas dilatadas mientras Mase engullía sus gemidos y amasaba uno de sus pechos.

Estuvimos un buen rato así. Él gozando de su saliva y sus pezones tensos, yo de su sexo, que me anegaba en sabor a anhelo.

—Quiero veros… —murmuró Camila, tomándome de la barbilla brillante de flujo para separarme de ella—. Quiero ver cómo se la chupas a Mase.

Él me miró, intenso.

—Si no quieres…

¡Claro que quería, no había dejado de pensar en ello desde que lo hice!

No empleé palabras, preferí colocarme frente a él con cero excusas.

Pasé la lengua por sus pelotas, gozando de su manera de apretar los puños contra el sofá y poner una de sus manos en mis trenzas. Me gustaba que Cami estuviera con nosotros y nos mirara.

El sonido bronco de Mason me empujó a seguir lamiendo todo el tronco hasta la punta, buscando el sabor condesado en la hendidura.

—¡Joder, Thi! —Las palmas callosas de mis manos friccionaron sus potentes cuádriceps. Me lo metí hasta que no pude más, hasta que me lagrimearon los ojos. La mano libre de Mason buscó el sexo de Cami y ella se balanceó contra él.

Estaba tan excitado que no sabía cómo aguantaba.

Perdí la noción del espacio y del tiempo mientras la punta roma tocaba el fondo de mi garganta.

Lo siguiente que sentí fue a Camila instándome a ponerme en pie. Me ofreció un condón y me pidió que me tumbara en el sofá, con la cabeza colgando hacia atrás en el reposabrazos.

—¿Confías? —me preguntó.

—Plenamente.

—¿Seguimos? —ese fue Fitz.

—Hasta el final.

No hubieron dudas en mi respuesta, me enfundé la goma y me estiré. Cami subió a horcajadas sobre mí para primero masturbarse contra mi polla y después alzarla para encajarse al cien por cien. Notar sus paredes estrechándose fue visitar el cielo.

Se movía al ritmo de la música, acoplándose a mi tamaño sin queja. Mase buscó mi cara con su erección y la pasó por mis labios, asomé la lengua con ganas de sentirla de nuevo contra ella.

Camila me montaba con una naturalidad brutal y enérgica que me arrancó un jadeo contra el glande. Sentí la respuesta inmediata de mi cuerpo y del de ambos, el calor subiendo todavía más.

Mase desplazó la mano por mi barbilla para que le hiciera espacio, abrí bien y se lo ofrecí.

Se hundió, dándome tiempo a acostumbrarme a la posición un tanto forzada.

Sus embates se acompasaron a los de Camila, aunque eran menos intensos para no dañarme.

Me faltaba el aire y, aun así, no deseaba estar en otro sitio ni haciendo otra cosa o con otras personas. Darme cuenta de ello fue una revelación.

Contuve la arcada cuando una de las penetraciones se fue de rango. Mase se inclinó hacia delante para besar a Cami y conectarnos a los tres en un triángulo tan irregular como perfecto.

Ella empezó a aumentar la intensidad. Yo clavé los dedos en sus caderas redondeadas, Mason aumentó la profundidad y la velocidad hasta el límite.

El salón desapareció.

Nuestros nombres, los apellidos, los problemas, las diferencias, los miedos… Todo quedó fuera del perímetro del sofá, encontrándose entre latidos, respiraciones desacompasadas y lujuria en estado puro.

No me mintieron, no hubo prisas, aunque tampoco calma. Sí desatábamos una intensidad controlada en la que se reconocía la misma idea: disfrutar sin usar, tocar sin borrar, dejarnos ir sin desaparecer dentro de nadie.

Sentí el momento en que el clímax dejó de ser una posibilidad y se convirtió en una promesa inevitable. El cuerpo de Camila se tensó mientras rebotaba en busca de un punto de apoyo que desaparecía y aparecía donde nadie lo esperaba. Su mano apretaba con suavidad mi cuello, en el lugar en que la erección de Mase bailaba en mi garganta. Él me sujetaba el rostro para hundirse en mí, en el calor compartido.

Llegamos los tres.

No sé quién fue el primero ni cuánto duró. Solo recuerdo los gemidos mezclados, el temblor, la sensación de estar soltando algo más que tensión acumulada mientras Fitz se vaciaba y yo tragaba, ávido de su sabor.

Como si todo el miedo que había guardado durante años hubiera encontrado, por fin, una salida distinta a la rabia o al silencio.

Camila cayó desmadejada contra mi cuerpo y yo la abracé, aguardando a que Mason saliera con cuidado.

Lo hizo despacio, con cuidado de que yo me fuera habituando a estar sin él. Cuando salió por completo, me fijé en su sonrisa

satisfecha y me instó a que me recolocara mejor. Lo hice. Mase tocó un botón y la parte baja del sofá se extendió mientras Cami trepó un poco y me besó, mezclando saliva con la corrida de Mase. Me gustó, y cuando él se tumbó a nuestro lado, no hubo extrañeza en recibirlo también. Con la boca, con la lengua. Primero Cami, luego yo. Él hizo que alzara el cuello un poco para dejar que me acomodara sobre su brazo.

—¿Todo bien? —No dejó de mirarme en busca de la verdad en el fondo de mis ojos.

—Todo muy bien. —Sonreí.

Debió dar por válida la respuesta porque sonrió. Nos acurrucamos los tres, respirando como si hubiéramos corrido una final de suelo.

Olíamos a sexo y piel.

Había una parte de mí esperando a que apareciera la culpa, la vergüenza, ese sabor conocido que me había acompañado otras veces después de cruzar líneas confusas.

No llegó, solo una calma rara, llena de preguntas y algo parecido a la certeza de que esto no había sido un capricho ni un accidente.

—Eh —murmuró Mase con la voz ronca. Giré la cabeza hacia él—. ¿Te arrepientes?

Lo pensé un segundo. No en términos de «esto es correcto» o «esto es incorrecto», sino en cómo me sentía de verdad.

Escuché mi cuerpo, la respiración estable. El pulso alto, pero no desbocado. El pecho lleno, aunque no oprimido.

—No —respondí al final—. Ha estado… bien, me ha gustado…

Camila soltó una pequeña risa contra mi pecho.

—«Bien» es lo que dices después de una clase de yoga. Esto ha estado bastante por encima de la media, más bien ha sido la puta hostia.

Noté la sonrisa de Mase antes de verla.

—Ha estado brutal —admitió—. Y ahora viene la parte difícil.

—¿Cuál? —pregunté con un hilo de alarma subiendo por la nuca.

Se giró, buscando mis pupilas.

—No salir corriendo frente a esto —dijo—. Ninguno de los tres, disfrutarnos como merecemos, obviando el qué dirán. ¿Crees que

vas a poder?

Camila alzó una mano y, sin levantar la cabeza de mi pecho, le dio un manotazo flojo en el brazo.

—Deja de aguar la Navidad, Fitz. Hoy no se decide nada. —Bostezó—. Hoy solo se duerme muy a gusto y se reza para que nadie de tu servicio entre sin llamar, nos haga fotos y nos suba a Instagram.

—No lo harán. Me han visto en situaciones peores —aclaró.

No tenía ni idea de qué iba a pasar, de cómo iba a encajar esto en mi vida fuera de estas paredes, pero tumbado entre ellos, con el fuego consumiéndose despacio y el cuerpo todavía zumbando, supe que no quería deshacer el nudo que nos unía.

Cerré los ojos, dejé que el cansancio me venciera y me aferré, sin pensarlo demasiado, a la mano que Mase había dejado a medio camino de la pulsera. Él respondió entrelazando los dedos con los míos.

Camila suspiró, acomodándose mejor para acapararnos a ambos.

El fuego crujió una última vez.

Y la noche nos envolvió a los tres.

CAPÍTULO 59



Camila

Dormía entre ellos.

O eso creía.

El calor de la chimenea se mezclaba con el de sus cuerpos y el silencio tenía esa densidad que aparecía cuando el mundo decidía hacer pausa. Entonces, volvió.

El olor. El sudor rancio. El brillo de un diente. Las piernas empapadas; pis. Alguien entrando para rescatarme; yo apretada entre brazos. Un disparo. El cuerpo cayendo. La sangre pegajosa en mis manos.

Corría sin moverme.

Y una voz, la suya, se reía en un rincón de mi cabeza: «Si te escondes, te corto los dedos, ratoncita».

Chillé.

El grito me abrió en canal.

Desperté de golpe. La habitación era distinta, pero mi cuerpo no lo sabía. Intenté incorporarme y no pude. El pecho se me cerró; la garganta, un nudo; salió de mí un sonido que ni reconocía.

—¡Cami! —la voz de Mase sonó asustada, ronca, demasiado real —. ¡Eh, despierta, joder!

Alguien me cogió la cara entre las manos. Otra voz, más baja, pegada al oído:

—Camila, soy yo, Thiago. Estás aquí, en casa de Fitz. Respira conmigo.

No pude. Temblaba. Todo me dolía, como si el miedo tuviera dientes. El aire entraba a tirones. Intenté apartarlos, pero sus brazos me sujetaron con más fuerza.

Estaban desnudos, igual que yo. Y, aun así, no había nada sexual: solo calor humano. Uno detrás, otro delante. Me anclaron al presente sobre algo blando y envolvente.

—Estás soñando —susurró Thiago—. Vamos, despierta.

Mase me pasó la mano por el pelo, torpe, desesperado.

—Ortiz, si no paras de llorar, me vas a romper el corazón, tía.

Su voz estaba rota.

Me aferré a él sin pensarlo. La piel me ardía; la cara, empapada.

—No puedo… —balbuceé—. No puedo parar.

—Sí puedes —dijo Thiago, pasando la palma por mi espalda—. Escúchame: abre los ojos y dime tres cosas que veas.

—¿Qué?

—Hazme caso. Dime tres cosas que veas.

Abrí los párpados con pesadez y busqué, deseando anclarme a lo real más allá de Fitzroy.

—La chimenea, la mesa baja, ese cuadro que parece que a un crío de cinco años se le han caído las témperas.

—Ey —intervino Mase con una risa cortada—, eso es un Pollock de ciento cuarenta millones, aunque te compro lo de las témperas. O hizo honor a su nombre y lo pintó con la punta del nabo.

No lo escuché; seguí con Thiago.

—Ahora nombra dos cosas que toques.

—El sofá —susurré—. A vosotros.

Si miraba a Mase, casi podría leer un «tócanos, nena, y verás».

—Y una que huelas.

—A fuego —logré decir entre respiraciones.

—Perfecto —Thiago me estrechó—. Estás aquí, con nosotros, no en ese lugar que te ha aterrorizado.

La frase me desarmó. Lloré otra vez, más despacio, más hondo. Las lágrimas me sabían a metal.

—Lo siento… —dije—. Lo siento, joder. No quería fastidiar la noche.

—No digas eso —Mase apretó—. No has fastidiado nada. Lo de antes ha sido la hostia, y lo de ahora… Mira, si crees que este sofá no ha visto cosas peores, vives engañada.

Solté una risa pequeña, amarga. El silencio posterior fue denso, cálido. El fuego crujía; alguien añadió leña sin despertarnos.

Intenté calmarme, pero las imágenes seguían ahí, a un paso: el coche gris; el olor a gasolina; el «no grites o te mato». Antes de pensar, salió:

—Era él.

—¿Quién? —Mase contuvo la respiración.

—El hombre que me secuestró cuando tenía nueve años.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué? —sus preguntas salían como cañonazos.

Se hizo el silencio. Mase ladeó la cabeza, como si su incredulidad necesitara tiempo para asentarse.

Thiago, en cambio, habló bajo, firme:

—Gracias por contárnoslo. Si quieres y te ves capaz, puedes explicarnos lo ocurrido, solo si quieres —puntualizó.

Me acurruqué entre los dos, absorbiendo su calor y la sensación de protección. Vomité la escena hasta donde pude, guardándome las partes que me quemaban más. Respiré cuando Thiago me lo marcaba mientras ellos me cubrían de caricias y comprobaban que podía continuar.

—Nunca se lo había contado a nadie. Nunca —confesé. Y, sin embargo, ahora solo quería soltarlo todo con ellos, en ese instante de vulnerabilidad.

Cuando me quedé en silencio, Mase apoyó los dedos bajo mi barbilla y me miró con esa intensidad suya que desarmaría a

cualquiera.

—Gracias por contárnoslo y confiar —dijo—. Si ese hijo de puta sigue vivo, dame su nombre y lo busco. Te garantizo que tanto él como tus pesadillas desaparecerán.

—Mi padre ya se ofreció —contesté—. Hay cosas que no se solucionan solo a golpes, aunque lo agradezco.

—Puede que no —admitió—, pero a mí me relajaría mucho si lo hiciera.

—No es tan fácil. —Tragué saliva—. No era solo él: era un mandado dentro de una organización. Mi familia… Ya sabéis a lo que se dedican… Siempre ha tenido muchos frentes abiertos. Papá hizo cosas reprobables para abrirse camino, por eso siempre quise apartarme de su mundo.

Thiago deslizó una mano por mi tripa, marcando un ritmo lento.

—Has hecho bien —musitó—. Dime una cosa, ¿no has dejado de tener pesadillas desde entonces?

—Dejé de tenerlas gracias a la terapia. —Me di la vuelta lo justo para mirarlo—. Pero el treinta y uno de agosto todo regresó.

—¿Qué ha pasado? —insistió.

—Recibí un correo del Departamento de Justicia de Nevada. Lo han soltado tres años antes de tiempo «por buena conducta».

Mase maldijo con violencia.

—Buena conducta, mi polla.

—Llamé a mis padres —seguí—. Quisieron ponerme escolta, blindar mi vida. Me negué. No quiero vivir con miedo cada vez que salgo a la calle, aunque sí he sufrido ataques de pánico… Las pesadillas vuelven cuando cierro los ojos. Por eso anulé el *tour* por la ciudad y no pude quedar. Lo siento.

Thiago frunció el ceño.

—Lo entiendo. ¿Dices que has tenido ataques de pánico?

—Sí. A ratos. A veces noto presencias que luego no son nada, solo la imaginación, y los terrores nocturnos retoman terreno.

Mase bufó.

—La solución de tus padres me parece bastante apropiada. Aunque no estés de acuerdo, yo voto por escolta o venirte a vivir a

mi casa. No hay sitio más seguro en Los Ángeles. Yo te acompaño hasta el baño si hace falta.

—Mase —lo cortó Thiago—, tu preocupación no ayuda.

—¿Y qué hago?, ¿le doy las gracias a ese cabrón por lo que hizo?

—Escucharla y apoyarla —dijo Thiago—. No vengarte por inercia.

—Lo dice el tío que prefiere aguantar chaparrones antes que usar los puños.

Se miraron sobre mi cabeza: fuego y piedra. Me quedé quieta, notando cómo equilibraban impulsos distintos.

Thiago dejó pasar su ofensa y volvió a mí.

—Lo que te pasa es un reflejo —prosiguió en voz baja—. El cerebro revive el trauma para intentar procesarlo. No estás rota; estás sobreviviendo y tiene su proceso, pasará.

—No sé si quiero procesarlo —admití.

—Quieras o no, lo harás para seguir adelante, aunque no debes hacerlo sola —respondió él—. Podemos trabajar con esto. Cuando vuelva la pesadilla, céntrate en lo que ves, tocas y hueles. Y si se repite, cambia el final.

—¿Cambiar el final?

—Sí. Que no haya disparo. Que te suelten. Que salgas corriendo y llegues a casa. Entrenas ese final hasta que el cerebro lo aprenda. Parece una locura, pero funciona.

Asentí. Los dedos me temblaban ya menos.

Mase se frotó la cara con la palma.

—Vale, plan de emergencia —anunció—. Uno: no duermas sola. Dos: si te despiertas, nos avisas sea la hora que sea. Tres: si ese cabrón aparece, lo sabré antes que la prensa; pienso piratear la vigilancia del campus y conectar mi sistema con el de esta casa.

Thiago dejó escapar una media sonrisa.

—Cuatro: olvídate de las idas de olla de Fitz y respira. Cada vez que tu cabeza tire al pasado, vuelves aquí, a nosotros. ¿Te sientes segura ahora?

Lo miré; observé a Mase.

—Sí.

—Entonces, úsanos como ancla.

—O como salvavidas sexual —corrigió Mase—. Somos un 2x1 y me flipa que nos utilices.

Se me escapó una sonrisa débil.

—Vale —dije—. Trato hecho. Vosotros me ayudáis a no volverme loca y yo intento no hiperventilar cada dos por tres.

—Y si hiperventilas, nos llamas y te hacemos el boca a boca —dijo Mase—. Y aviso: lo real conmigo y con Cruz suele funcionar.

Thiago negó despacio.

—La próxima vez que sueñes con él, intenta convocarnos. Así Mase puede darle la paliza sin que acabe en comisaría; yo lo sujeto.

—Eso me gusta —susurró Fitz.

—De acuerdo —dije, mirándolos a ambos—. Y esto no sale de aquí ni condiciona mi vida.

—Tienes nuestra palabra —asumió Cruz—. ¿Verdad, Fitzroy?

—Verdad. Ven aquí…

Dejé que Mase buscara mi boca y me besara de ese modo que solo pretendía infundir calma. Después giré el rostro y Thiago hizo lo mismo. Suspiré entre sus labios hasta que el cuerpo empezó a reaccionar y a desear.

Gemí cuando la mano de Mase hurgó entre los muslos en busca de mi humedad y susurró en mi oreja:

—Vamos a darte algo más productivo con lo que soñar.

No estaba en una habitación sin ventanas. Me encontraba entre dos hombres que me deseaban, me protegían y prometían mantener el mundo a raya.

CAPÍTULO 60



Mason

No sabía en qué momento las navidades dejaron de ser una excusa para regalos caros y postureo familiar y se convirtieron en eso: en mi mejor regalo. En ellos. En nosotros.

Decían que los mejores regalos eran los que no se esperaban y no se pagaban con tarjeta de crédito. No podía estar más de acuerdo.

Si alguien me hubiera dicho hace un año que mis mejores navidades serían en mi propia casa, sin mis padres, en bata y con dos gimnastas ocupando cada centímetro del sofá, le habría dicho que dejara la droga dura.

Y, sin embargo, así fueron.

Con resaca de champán, exceso de cloro en la piel y una nostalgia rara clavada entre las costillas.

No porque se hubiera acabado el sexo —que también—, sino por todo lo demás. Por lo que no se follaba.

La Navidad empezó con una cosa tan simple como tres batas que mis padres no habían usado jamás. Asaltamos el vestidor en cuanto Thiago y Camila aceptaron mi proposición de instalarse en la mansión hasta pasado Fin de Año.

La mía era gris y ridícula, con un logo de diseñador en el que nunca me había fijado. La de Cami era blanca, enorme, le quedaba como un vestido que invitaba a meter la mano por dentro. La de Thiago era azul marino y parecía que estuviera posando para un catálogo cada vez que se la abrochaba y se le marcaba el rabo.

Nos pasábamos el día así, envueltos en seda y tejidos orgánicos, con el fuego encendido y la piscina climatizada como segunda residencia. El resto del mundo dejó de existir.

Yo me dedicaba a crear cócteles imposibles con las botellas más caras del minibar; Cami robaba cosas de todos los platos que el servicio nos preparaba y Thiago intentaba convencerla de que el azúcar no era un grupo de alimentos cada vez que arrasaba con los pastelitos.

—¿Vas a comerte eso? —preguntó Camila, señalando mi tostada de aguacate, salmón y huevas de esturión de importación.

—Es mía —respondí yo.

—Ha sido tuya. El tiempo verbal importa.

Gateaba entre los platos de la mesa, ofreciéndome un espectáculo visual a través de la bata, y me la quitaba a mordiscos mientras mis pupilas se pegaban un festival con sus tetas.

Thiago observaba el intercambio desde el otro lado, con esa media sonrisa suya, hasta que ella se daba la vuelta y le robaba a él también. Entonces, fruncía el ceño, pero se le ablandaban los ojos, encendidos por el deseo.

Había sexo. Mucho, muchísimo. En el sofá, en mi cama, contra alguna pared —que ya pediría perdón al arquitecto—, en las tumbonas, en el *jacuzzi* o el invernadero…

Pero lo que se me quedó grabado fueron los momentos en los que no nos tocábamos. O, por lo menos, no así.

La tarde que nos metimos desnudos en la piscina climatizada fue un poco de las dos cosas.

El vapor subía en columnas suaves. Cami se lanzó la primera, dejando la bata tirada en la tumbona, como si las cámaras estuvieran de vacaciones. Thiago la siguió con menos teatro, pero con el mismo efecto. Yo fingí que era el adulto responsable un par de minutos hasta que se pusieron a discutir quién hacía el salto más estúpido y se me olvidó.

—Esto es indecente —dije, apoyado en el borde mientras ellos se peleaban por una colchoneta—. Mi piscina es un templo.

—Tu piscina es un *jacuzzi* gigante para millonarios —replicó Camila—. Y ahora también es mi parque de atracciones nudista. Me flipa estar con vosotros en bolas.

Salpicó a Thiago; él se vengó sumergiéndola. Los miré salir a la superficie, riendo, jadeando, y hubo un segundo en el que no pensé en quién se acercaba a quién ni en quién se acostaba con quién.

Solo en lo jodidamente bien que se veía todo y en cómo encajábamos sin esfuerzo.

Thiago se soltó un poco cuando los tres decidimos flotar bocarriba, con unos churros de poliespán en el cuello y en los pies, mientras hablábamos de vacaciones pasadas.

—En Miami solo podía bañarme en la piscina climatizada cuando mi padre me colaba en la que limpiaba —comentó—. En el piso teníamos una de plástico en el patio. Si llovía, se llenaba sola.

—Muy eco —dije.

—Eco y cutre. —Sonrió sin darle importancia—. Mi hermana se sentaba en una sillita plegable a hacerse las uñas con el esmalte de sus muñecas mientras yo intentaba no romperme la crisma haciendo el idiota con el trampolín de mentira que me montó con unas maderas.

«Lo que habría dado yo por que mi padre me hubiera hecho un trampolín con maderas».

—Tu hermana tiene que ser una reina, me flipan tus trenzas —comentó Camila, tomando una entre los dedos—. Cuéntame más de ella, me encantaría conocerla.

—Seguramente a ella también le encantaría tu estilo —dijo Thiago—. Tiene una energía parecida a la tuya, es muy creativa y le entusiasman las malas ideas.

—Cada vez me cae mejor.

Nos contó cómo montó el salón con cuatro duros, anécdotas de clientas locas y la vez que una señora le llevó fotos de uñas que ni siquiera eran uñas.

—Eran garras de dragón de una peli de Marvel —explicó—, pero ella insistía en que quería eso mismo para Nochebuena.

Cami se partía. Yo también.

Lo que me sorprendió fue ver a Thiago reírse con nosotros sin esconderse, sin mirar al suelo después. Lo hacía con todo el cuerpo, como si no le diera miedo el sonar feliz y despreocupado. Eso me gustaba mucho, muchísimo. Y cada día que pasaba, más.

Camila empezó a hablar de los Ortiz en versión comedia.

—Sí, vale que me secuestraron y mi familia no tiene uno de esos trabajos de los que una puede alardear —dijo, moviendo la mano—, pero quitando eso, mi infancia fue un circo bastante divertido. Mis hermanas y yo liábamos cada una…

Nos contó cuando Nadia intentó grabar «un día en la vida de la hija de un tipo dedicado al blan… empresario» y casi pilla a su padre con un cliente al que estaba amenazando en el despacho. De cuando Alma las encerró a las tres en el cuarto de las cosas que nadie ordenaba «para que supieran lo que era el infierno logístico». De la vez que Sofía maquilló a un guardaespaldas de los que iba con metralleta en su casa de Tulum mientras dormía la borrachera.

—Cuando el tipo se despertó con la cara del esqueleto del padre de Coco y se vio reflejado en un espejo, creía que la Santa Muerte había venido a por él y estaba al otro lado.

Juro que me dolió la tripa de tantas carcajadas.

Thiago preguntaba detalles, genuinamente intrigado.

Yo escuchaba y alucinaba con que algo tan luminoso como Camila saliera de una familia con tanta mierda detrás.

—¿Y tú? —preguntó Cami, girándose hacia mí—. ¿Veranos de niño rico en yate, fiestas en Cannes y orgías en Ibiza?

Me salté los del hospital entre vómitos y quimioterapia. Fui directo a los de mi adolescencia. Le había hablado de ello muchas veces, así que no era un misterio para ella, aunque sí para Cruz.

—Generalmente en ese orden —bromeé—. En realidad, mis veranos casi siempre han sido una sucesión de hoteles de lujo, rodajes, cenas donde yo era parte del decorado o fiestas indecentes. Había champán, drogas, sonrisas falsas. Mis padres son expertos en montar veranos a todo trapo —resumí—. Mucha piscina infinita, poco abrazo.

—Eso no suena tan divertido —murmuró Thiago.

—Depende de lo que cuentes. —Levanté la ceja—. Por ejemplo, si os digo que a los diecisiete me acosté con un matrimonio que habéis visto en varias pelis y que ha sido el sueño húmedo de medio planeta…

Cami se incorporó de golpe.

—¿Cómo que un matrimonio? ¿Quiénes son?

Lo dije en un susurro porque así deben contarse los secretos, aunque estuviéramos únicamente nosotros.

—Os diré que son un matrimonio muy bien conservado. —Me llevé la mano al corazón.

—Pero si te sacarían por lo menos treinta años —se indignó Thiago—. ¡Y eras menor!

—Cuarenta —confesé—. Pero cuando voy muy puesto, no me pongo tiquismiquis. La madurez es un grado, y la cirugía escrotal hace milagros.

Thiago casi se cae del churro.

—¿Acabas de decir «cirugía escrotal»?

—*Sip*. Creo que te la hace el mismo que los blanqueamientos anales y la reconstrucción de himen. Algunos se dejan ahí lo que cuesta un coche y la virginidad de una generación.

Cami se descojonaba. Incluso Thiago se llevó la mano a la cara, riendo entre los dedos.

—Los ricos no sabéis qué hacer con tanta pasta —negó él.

—Habla por ellos —respondí—. Yo tengo clarísimo en qué invertir la mía: mantenimiento de piscina, juguetes caros y gimnastas de la SSU que me comen la polla de maravilla.

—Eres imbécil —dijo Camila, salpicándome, pero lo comentó riéndose.

En algún momento de esa conversación, me di cuenta de que lo mejor de estar ahí con ellos eran las risas compartidas y la compañía, no el sexo.

Y eso, para mí, era rarísimo.

El desayuno de Año Nuevo me lo guardé en un cajón mental que no pensaba abrir delante de un terapeuta.

Solo diré que hubo fruta, hubo nata, hubo cuerpos y que el café se quedó frío. Yo dejaba pequeños trozos de comida en el cuerpo de Camila y Thiago se los llevaba a la boca sin apartar la mirada de ella mientras la embestía. La nata se la puse directa en la boca, metiendo y sacando los dedos mientras Cami me masturbaba.

Cuando llegamos al orgasmo, bañamos a la Galletita en leche y nos la comimos.

Dejamos algunas fronteras sin cruzar, sobre todo, porque, aunque podía ver en los ojos de Thiago que lo deseaba, todavía no estaba listo para ello.

La última noche hablamos de eso, en mi habitación, los tres enredados.

—No quiero que sientas que tienes que hacer nada para lo que no estés listo —pronuncié serio.

Él se tomó su tiempo. Siempre lo hacía, y me encantaba, ya que cada paso que daba era porque lo deseaba a conciencia, no por impulso.

—Me gusta lo que estamos haciendo —respondió—. Me gusta así. Lo otro… Sé que quiero, pero todavía tengo que trabajar algunas barreras que tengo aquí dentro. —Se señaló la sien.

—Ya te he dicho que te acompañaremos en el proceso. —Lo besé —. Por ahora me basta y me sobra con esto.

Cami se había desplazado hacia abajo, de cuclillas, tocándonos a la par que Thi y yo nos comíamos la boca.

No quería forzar nada. No lo empujé a penetrar ni a ser penetrado más allá de usar un dedo; eso sí me dejaba. No te negaré que me moría de ganas.

Por ahora me bastaba con mirarlo a los ojos cuando se colocaba detrás de Camila para tomarla y ella me albergaba en su boca. Sabía que, cuando se sintiera listo, lo diría.

Mientras tanto, ella nos recibía a los dos y yo hacía lo que mejor se me daba: improvisar coreografías sobre su cuerpo.

Entremedias había momentos tontos que me golpeaban más que cualquier orgasmo.

Thiago quedándose dormido en el sofá, con un libro de la biblioteca de mi padre apoyado en el pecho.

Camila cantando villancicos inventados, haciendo palomitas e ignorando a la cocinera.

Los dos discutiendo sobre series o pelis basura y yo fingiendo que me importaba el resultado.

Los miraba y sentía algo creciendo, jodidamente rápido, jodidamente intenso. Algo que ya había admitido respecto a mi mejor amiga y que, con Thiago, empezaba a notar burbujeando en pequeños detalles: en cómo me dolía un poco cuando se apartaba; en cómo se me aflojaba algo en el pecho cuando se reía de mis chistes malos.

¿Me acojonaba?

Mucho.

Sobre todo, porque estaba seguro de que ellos lo vivían de un modo distinto al mío, y estaba esa incertidumbre, la de perderlos, la de no volver a ser suficiente como para que quisieran que lo nuestro perdurara en el tiempo; me asustaba más que cualquier lesión.

El uno de enero nos devolvió a la realidad de golpe.

Ellos tenían que volver a la residencia porque regresaba la rutina. Entrenamientos, clases, horarios. Yo también, aunque mi vida siempre tuviera menos estructura que una peli experimental.

Insistí en acercarlos, con Oliver al volante y la pantalla subida para que nos comiéramos todo lo que quisiéramos por el camino. Juraba que habría alargado el trayecto hasta dar la vuelta al mundo tres veces si hiciera falta.

Cuando llegamos al aparcamiento del campus, la tarde parecía más gris que cuando salimos.

—Vale —dijo Camila, mirándonos—. Reglas: siempre con vosotros.

—Nadie más entra en el juego —respondí.

—Sexo sano, seguro y consensuado —asintió—. Y, además, se queda entre nosotros. —Miró primero a Thiago y luego a mí—. Estaréis conmigo en que nadie tiene por qué saber lo que hacemos cuando estamos juntos.

Thiago asintió sin dudar.

—No quiero que se convierta en tema de conversación —añadió —. Ni en rumor ni en fantasía ajena. Los dos sabéis lo que me juego…

Me tragué mi protesta. No porque no entendiera el motivo, sino porque lo comprendía demasiado bien.

Mason Fitzroy era un puto secreto que nadie deseaba admitir más allá de una habitación cerrada.

¿Me molestaba? Por supuesto. Y, aun así, asentí.

—Vale —dije—. Somos un secreto.

Cami se acercó y me besó rápido para sellar el pacto, un beso más tierno que urgente. Thiago hizo lo mismo, una caricia lenta en la nuca que me recorrió entero.

—Nos vemos esta noche en mis sueños —susurró Camila—. No faltéis.

—Si tienes pesadillas, llámanos —añadió Thiago—. Yo estoy muy cerca.

—Y, aunque yo no lo esté, vendré —dije.

—Gracias, sois los mejores *follamigos* del mundo, os quiero.

Volvimos a besarnos y después la puerta se abrió.

Los vi alejarse hacia las instalaciones, hombro con hombro. Parecían solo dos compañeros de equipo hablando de entrenos. Nadie habría imaginado lo que había pasado en mi casa, en mi cama, entre mis sábanas.

—¿Nos vamos, señorito Fitzroy? —preguntó Oliver a través del intercomunicador.

—Dame un momento.

No quería arrancar todavía. Habían sido las mejores navidades de mi vida y, al mismo tiempo, el inicio de algo clandestino que me

hacía llevar sus nombres grabados por dentro.

No tenía ni puta idea de cómo iba a salir indemne de ellos cuando quisieran poner punto y final a lo que fuera esto.

Por fin, sus siluetas desaparecieron entre edificios, aunque mi corazón fue incapaz de no perseguirlos y quedarse pegado a las suelas de sus zapatos; lo quisieran o no, no podrían desincrustarlo.

—Arranca, Oliver. Volvemos a casa.

Pronuncié la orden con la boca pequeña; la palabra «casa» me abrasó y sonó más vacía que nunca porque ellos no iban a estar cuando la pisara.

CAPÍTULO 61



Thiago

El gimnasio parecía más pequeño esa semana. O nosotros demasiado grandes.

Los Regionales estaban a tres días, y si antes los entrenamientos eran duros, ahora lo eran el doble.

Más repeticiones. Más caídas. Más silencio entre ejercicios.

Cada error costaba caro, aun así, mi cabeza no estaba del todo en el tapiz, y eso me aterraba.

Camila giraba en las asimétricas como si el aire fuera suyo. Cada impulso era un desafío a la gravedad, cada aterrizaje una declaración de intenciones. Yo la admiraba, intentando no pensar en nada más…, hasta que mis ojos saltaban por voluntad propia hacia él.

Al otro lado, Jaxon ayudaba a Mason con las anillas. Las manos de Jax sujetaban sus pantorrillas, el cuerpo de Fitz temblaba por el

esfuerzo y, sin querer, recordé las suyas sobre mí.

Las suyas. Y las de Camila.

Juraba que quería centrarme, pero mi cuerpo recordaba sin pedir permiso con una precisión cruel: las risas, las miradas, la calma, el respeto.

Nada de juicio, ni etiquetas ni miedo.

Ellos no eran Alondra, y quizá por ese motivo les tenía todavía más ganas.

Darme cuenta de eso me había dejado temblando más que el propio entrenamiento.

—Cruz —la voz de Graham me sacó del trance—. Quiero ver tu salto y pasas a suelo.

—Sí, entrenador.

Me sacudí las muñecas, respiré hondo y caminé hacia el punto de inicio de la carrera.

El entrenador me quería en el All Around y no lo iba a decepcionar. Aunque el salto no fuera mi especialidad, lo había trabajado muchísimo.

Dejé las dudas atrás.

«Respira, visualiza y clávalo, cabrón».

Tomé impulso, corrí hasta la tabla y me lancé en un Tsukahara carpado. El aire se detuvo durante un segundo cuando mis manos se apoyaron y salí disparado. Medio giro, piernas firmes, brazos tensos.

Caí de pie. El impacto subió por mis talones hasta la espalda, pero no cedí.

Clavado. Silencio un segundo. Aplausos después.

No me giré. Sabía que, si lo hacía, vería esa sonrisa.

La vi igual cuando se acercó.

—Me encanta cuando lo clavas —susurró Mason—. E imaginarte clavado en mí.

Su tono fue una caricia.

—No empieces.

—¿Empezar qué? Si tú ya estás en mitad del número.

Le quité la toalla de las manos y se la lancé al pecho.

Él rio. Y mi cuerpo, traidor, respondió con un latido demasiado fuerte.

Porque tenía razón.

Los dos giramos el rostro al mismo tiempo para ver a Camila volando.

Aterrizó con un golpe seco y dio un pequeño paso. Aun así, la salida había sido tremenda.

Volkova la observó como si evaluara una obra de arte.

—Menos impulso en la salida, Ortiz.

—Lo intento, pero he cargado mucho las pilas en Navidad —respondió ella.

Su sonrisa era un imán, de esas que te hacían olvidar que había público.

Mason y yo nos mirábamos; la corriente se extendió cuando él puso las manos en mis hombros y los masajeó de un modo profesional.

Mi entrepierna no lo sintió igual.

—Venga, Cruz, sigamos.

Era lo mejor.

Volví al tapiz, al suelo, al control.

«Nada de distracciones».

Pero mis pensamientos no cooperaban. Sentía que todo lo que habíamos hecho seguía vibrando en el aire.

No solo era deseo concentrado. Había algo más: esa forma de mirarnos sin miedo, de entender que lo que compartimos no podía estar mal.

El entrenamiento siguió hasta que el cuerpo pidió tregua.

Volkova no dio ni un minuto de descanso a las chicas.

Graham gritaba correcciones a los *rookies*.

El sonido de las manos sacudiéndose la magnesia, las caídas, los gritos de ánimo.

Todo olía a exigencia y, entre todo eso, ellos.

Camila riendo con Avery y Naomi entre ejercicios. Mason bufando cada vez que fallaba un agarre.

Cuando terminé mis rondas y el entrenador rugió «cinco minutos de descanso», me senté al borde del tapiz.

Camila se quitó las calleras a mi lado. Mason se acercó, bebiendo agua con calma.

—Estás callado —dijo ella.

—Estoy concentrado.

—No cuela —intervino Mase—. Hoy tienes cara de pensar demasiado.

—En vosotros —respondí sin dudar.

Silencio.

Ella me miró con una media sonrisa.

—¿Y qué piensas?

—Que la gente dice que el sexo lo complica todo.

—¿Y tú no? Porque te recuerdo que hace nada llevabas puesto el cinturón de castidad.

—Creo que depende de con quién.

Fitz se dejó caer a mi lado y nuestras rodillas se rozaron; contuve el aire.

—¿Y con nosotros? —quiso saber.

—Con vosotros ha sido distinto —dije—. Nadie intentó leerme ni ponerme etiquetas. Estoy acostumbrado a que el sexo sea un pulso de poder. Lo nuestro fue otra cosa y todavía lo estoy asimilando.

Camila arqueó una ceja.

—¿Otra cosa tipo qué?

—Tipo respirar sin pensar si está bien o mal. Nadie me contó que algo así pudiera suceder entre tres personas. Cuando incluía más de dos lo etiquetaban como vicio o perversión. Ni siquiera me lo planteaba.

—Contéstame a una cosa. —Mase me sostuvo la mirada—. Si hubieras pagado una suma indecente por un billete de avión que te prometía la felicidad en pareja, esa que todo el mundo predica, y supieras que al despegar te estrellarías, ¿subirías igualmente solo porque te costó mucho dinero y te dijeron que era lo correcto?

—No.

—Entonces, ¿por qué aceptas una idea de pareja o de sexo que nunca elegiste? ¿Porque a alguien se le ocurrió decir que no había otra manera de llegar al mismo sitio?

Se hizo un silencio breve, denso.

«Puto Mason de los cojones». Cuando te sorprendía con reflexiones así, te dejaba sin aliento.

Quería responder, pero no pude.

Sus palabras me golpearon hondo.

Quizá todo eso de «una persona, una verdad» era la mentira más rentable del mundo.

Se podía querer sin poseer, desear sin culpar, estar con dos personas y seguir siendo uno mismo sin que eso implicara algo sucio o vergonzoso.

Camila sonrió despacio, esa sonrisa que era puro reto.

—No hace falta que le contestes. Piénsalo despacio y encuentra tus propias respuestas antes de embarcarte en el próximo vuelo y pagar el billete. No vaya a ser que prefieras ir en tren y te dé por meterte en nuestro vagón y repetir.

—Si es con vosotros, ya estoy en él —dije con convicción.

Graham nos interrumpió.

—Fin del descanso. Últimos veinte minutos. Quiero la cabeza aquí, no en otro sitio. ¿Estamos?

Asentimos con vigor y nos pusimos de pie.

Si algo había aprendido era que el cuerpo no mentía; el miedo sí.

Quizá tomé malas decisiones porque sufrí terrorismo emocional por parte de Alondra, no lo supe ver a tiempo y eso lo desvirtuó todo.

Ella me hizo creer que el deseo era sometimiento, que amar era entregar las llaves de tu alma al carcelero y que abrirte te dejaba indefenso.

Con Mase y Camila era lo opuesto. Su forma de entender la vida era honesta. No todos teníamos que entregarnos a una única persona o concebir la intimidad del mismo modo.

Su manera era tan válida como la de cualquiera.

Y por ahora me ofrecían algo que nadie más supo darme: la liberación de ser yo mismo, de tener autonomía emocional y desearlos a ambos más que a nada de este mundo.

No necesitaba entenderlo todo. No ahora.

Solo seguir el viaje. Porque la libertad tenía muchas formas de entender el camino y, por fin, sentía que había encontrado el mío.

CAPÍTULO 62



Camila

El ruido del pabellón se metía bajo la piel.

Los focos, los aplausos, las banderas… Todo brillaba justo como a mí me gustaba, era una pasada que la primera competición empezara en la SSU.

—Ortiz, deja de apretar las manos o te vas a saltar el pintauñas.

Avery me pasó la botella de agua.

—Es mi ritual.

—Tu ritual parece un exorcismo —respondió Naomi, que ni levantó la vista de la *tablet*.

—¿Se puede saber qué haces? —La miré de reojo.

—Mediciones para mi *app*, en tres meses tiene que estar listo el prototipo y ser cien por cien funcional.

—¡Olvídate de eso ahora, Parks! ¡Estamos en los putos Regionales, concéntrate!

—Soy mujer y medio asiática, llevo haciendo dos cosas a la vez desde el útero.

Me reí, pero la mandíbula seguía tensa.

Sienna estaba subiendo a la barra de equilibrio. La ovación fue inmediata.

Por puro reflejo, busqué a Thiago entre la multitud. Lo encontré: brazos cruzados, expresión tranquila, concentrado en ella, y algo en mi interior se contrajo. No eran celos, sino ese maldito impulso de querer que me miraran igual o mejor. Bueno, quizá eso sí eran celos, pero estaba segura de que iba a conseguir su atención.

—No la mires mal —susurró Avery—. Va a perder puntos por brujería y hacerle vudú con los ojos.

—¿Y si la hago levitar?

—Eso sí sumaría, aunque solo si clava la salida. Mejor no arriesgar, que necesitamos los puntos para que el equipo se clasifique.

Intenté no mirar más, pero la rutina de Sienna era impecable.

Giró, saltó y aterrizó sin titubeos. El público rugió.

Yo fingí indiferencia; por dentro me picaba algo antiguo que no era sarampión, sino la necesidad de superar a alguien, y era a ella.

Volkova me llamó con un gesto.

—Ortiz, te toca, hazlo como esta última semana y todo saldrá bien.

Respiré hondo y asentí.

Avery y Naomi me desearon suerte, aunque de quien de verdad la deseaba ahora mismo era de ese par de hombretones que me hacían tan feliz.

Los miré disimulada. Fitzy me guiñó un ojo y puso esa sonrisa petulante con la que me hacía llegar al orgasmo. Thiago apretó el puño, era su forma de decir: «tú puedes, confía». Me gustaba la sensación de tener a alguien que celebrara mis logros más allá de mí.

El aire tenía ese sabor a los minutos previos y a mis ganas de que se sintieran orgullosos.

Llegó el momento de poner a prueba lo aprendido y mi hambre de metal.

Corrí, tomé impulso y subí a la barra con una zancada enlazada con cambio de entrada. El mundo se redujo a diez centímetros de madera y dos metros de orgullo.

«Tú puedes, Ortiz», me repetí el mantra de Cruz.

Inicié. Tirón, tirón, medio giro y mortal en carpa. Bien.

Disfruté la serie coreográfica, que era uno de mis puntos fuertes, saqué brillo a mi sonrisa, la expresividad innata, y lo enlacé con un doble giro cosaco que salvé gracias a los *tips* de equilibrio de Thiago.

Respiré hondo y afronté el *flic-flac* y la plancha con un aterrizaje firme, aunque la barra vibró.

«Controla», me repetí.

Equilibrio lateral. En eso, Avery era genial. Un pie sobre el otro, anillo, brazos abiertos. Por un segundo creí que el temblor era mío, no de la barra.

Inspiré con fuerza.

«¡Respira y fluye, joder!».

Segunda serie: *flic-flac*, mortal en plancha, mortal en plancha.

Casi se me va el eje. Recuperé al límite, encadenando el movimiento con elegancia. Ese pequeño gesto, ese «casi» me iba a costar caro, ojalá a algún juez se le hubiera pasado.

Seguí sin pausa. *Split*, salto, cambio de pierna. Los músculos tiraban, la mente gritaba «aguanta». Llegaba el último tramo.

Miré un punto fijo al fondo del pabellón.

Tocaba la salida: pirueta mortal; era difícil, pero no imposible.

Sabía hacerlo, podía hacerlo. Me coloqué, hice dos arcos hacia atrás y, acto seguido, un despegue limpio, giré en el aire con fuerza, noté la torsión y el rebote mínimo. Di un paso extra para equilibrar.

Sabía que no me daba para el oro, pero estaba segura de que mi ejercicio había tenido mayor dificultad que el de Walsh.

Sonreí.

La grada se vino abajo, Thiago y Mase lo celebraban como si ya estuviera en el podio y sentí que, por fin, me habían visto. Volkova me chocó la mano.

—Bien.

En el idioma de cualquier mísero mortal significaba «ha sido la leche».

Avery me abrazó por detrás.

—¡Brutal, nena!

—He dado un paso.

—Sí, pero con clase.

Sienna apareció delante de mí, toalla al cuello; pensé que igual quería usarla para ahogarme.

—Buen ejercicio.

Tuve que pestañear dos veces para dar crédito a sus palabras. Sienna, la Hiena, nunca felicitaba a nadie. ¿Tendría razón Avery y estaría cambiando?

—Gracias… Tú también.

Mi compañera de cuarto me dio un codazo en las costillas.

—¿Lo ves? No es tan mala —musitó cuando se alejaba.

—Ni tan buena.

—Claro —bromeó. Rodé los ojos y miré al marcador.

Avery primera, yo segunda, Sienna tercera. «¡Bien!».

—¡Ay, la hostia, que soy plata! —grité

Suficiente para mantener el ego vivo y la rivalidad encendida.

Mis amigas me dieron un abrazo tan bestial que debió verse desde el espacio exterior.

No pude celebrarlo demasiado porque era el turno de mis chicos y no quería perdérmelos. Me acomodé en el banquillo.

Naomi apuntaba los resultados en la *tablet*, como si de eso dependiera la paz mundial; quizá la suya mental sí.

—A ver qué hace el equipo masculino —dijo.

Thiago fue el primero.

Las anillas esperaban colgando.

Reyes lo ayudó a subir con esa calma que siempre le sobraba. Apoyo, plancha, cristo. Parecía que el tiempo giraba a su alrededor, era potencia sin esfuerzo. Dalton soltó un «*wow*» sin darse cuenta.

Yo no dije nada, aunque se me encogió el pecho de orgullo y disfruté de la piel tensa de sus brazos extendidos.

Cuando ejecutó el maltés, el estadio entero se quedó en silencio. La salida fue perfecta, los vítores y los aplausos retumbaron.

Bajó con la sonrisa justa, saludó a los jueces y buscó la mirada de su capitán; después la mía.

—Vale —exhaló Naomi—. Con el ejercicio de tu juguete tenemos un oro asegurado.

La miré de soslayo.

—No es mi juguete.

—Con las miradas que te ha echado, si no te lo has tirado ya, poco le falta para caer en tus garras. O en las de Mase, mira cómo se han abrazado…

—¡Calla y atiende, que te pierdes a Fitz! —Le lancé la toalla.

Mason fue el siguiente.

El caballo con arcos lo esperaba como un animal al que había que domar.

Subió con su sonrisa de siempre, esa que dice «no hay potro ni potra que se me resista». Todo lo que tocaba parecía tener ritmo.

A mitad de rutina tuvo un tropiezo mínimo de muñeca. Recuperó con una pirueta improvisada. El público gritó, creyendo que era intencionado. Yo me mordí el labio para no reír.

Así era él: caos con talento y rizos descarados.

Hizo una salida con giro, en el aterrizaje dio un paso corto. Había sido un buen ejercicio.

Jaxon lo abrazó antes de llegar al banquillo y Hayes le palmeó la espalda.

Thiago lo abrazó de nuevo; a mí se me hizo un nudo raro entre el pecho y la garganta al verlos cada vez más unidos. Me gustaban más de lo que debería.

Las notas subieron: Thiago, oro. Mason, bronce.

Avery me empujó con el codo.

—Ve, Ortiz. Tus chicos están esperándote.

—No te flipes. Naomi y tú estáis de lo más raras.

—La rara eres tú, está claro que ahí hay tema que te quema.

—A ti el que te quema es Jaxon.

—Lo que tú digas…

Caminé hacia ellos, pasando de mis amigas. Mase me rodeó los hombros, sudado y sonriente.

—Plata, ¿eh? Te vas superando.

—No tanto como tú improvisando giros, Fitzy. —Thiago rio bajo.

—Te dije que lo habría notado.

—Porque nuestra Galletita es muy lista. Esta noche tenemos mucho que celebrar.

Nos quedamos un momento los tres juntos, lo que ocurría alrededor se desdibujó. Solo existía esa sensación extraña de triunfo compartido, no por ser parte del equipo, sino por ser parte de ellos.

Lo que nos unía no tenía nombre, era algo que me hacía sentir viva y con ganas de irnos descubriendo, sin límites y sin vergüenza. Las medallas se guardaban en cajones mientras lo que nosotros comenzamos aquella noche no se iba a guardar en ninguna parte, salvo en nuestros corazones.

CAPÍTULO 63



Mason

El Sand Dreams estaba hasta arriba.

Luces que te hacían ver doble, música que te empujaba desde el pecho y una barra que prometía salvar o destruir la noche, según lo que pidieras. Lo mío era tequila, así que todo apuntaba a lo segundo.

Jaxon me pasó un chupito por encima de la barra.

—Por el equipo.

—Por la resurrección —contesté, y lo bebí de un trago.

Naomi levantó su vaso.

—Que la Fuerza nos acompañe.

—No empieces —gruñó Avery.

—Eh, si no puedes con la galaxia, quédate en la Tierra. Si he venido es por vosotros, que yo tenía mucho trabajo cotejando cifras —replicó Naomi tan tranquila.

—Tú lo que deberías cotejar es tíos, el futuro está en las *apps* de citas, no en las de rendimiento deportivo.

—Lo que tú digas… Cuando me ofrezcan un contrato millonario y vuele en *jet* privado, no me pidas que te invite de vacaciones a mis islas.

—Primero aprende a cuidar bien de las plantas de plástico.

—¡Sabía que no tenía que contaros nada!

Camila soltó una carcajada y Naomi la miró con inquina, dándola por imposible.

Thiago estaba a un lado, con las manos en los bolsillos y cara de «me divierto» observando las interacciones humanas, aunque la música amenazara con tirarle el cerebro por las orejas.

Camila tragó su chupito, se acercó, le murmuró algo al oído y lo arrastró hacia la pista sin pedir permiso.

Y ahí empezó el *show*.

Ella se movía con su descaro habitual, el de quien había nacido para provocar, y él la seguía con ese ritmo que nacía de alguna parte bajo sus caderas y aparecía cuando menos lo esperabas. A mí se me escapó una sonrisa al verlos; lo suyo era puro espectáculo.

Me recordó a la fiesta de los Warriors, solo que en aquella ocasión yo estaba con Landon y me moría de celos, ahora solo de ganas por unirme a ellos, sin ropa y en un lugar mucho más privado.

—¿Quieres una servilleta o te dejo seguir babeando? —soltó Jaxon, risueño.

—Solo aprecio el arte en movimiento.

—Sí, claro. Y yo soy un monje benedictino.

—Más bien te catalogaría como un cura católico por lo que te gusta poner a Avery de rodillas para darle el cuerpo de Cristo y la extremaunción.

—Eres un cerdo.

—Sí, y tú otro.

Reí, pedí otro chupito para ambos y dejé que el tequila hiciera su magia.

Entre la multitud, vi a Landon bailando con Sienna. Ella sonreía. Él también. Había algo distinto en ellos, como si, por fin, las cosas comenzaran a encajar despacio.

—¿Crees que se arreglarán? —preguntó Jax, apuntando en la misma dirección que yo.

—Eso espero —contesté—. Tu hermano se lo merece. Lo de Juliette lo dejó hecho mierda y está visto que no fue su culpa.

—Ya… —Suspiró—. Oye, no quiero meterme, pero… ¿Ortiz, Cruz y tú?

Casi me atraganté con mi propia saliva.

—¿Qué?

—No te hagas el idiota, yo puedo hacérmelo, pero tonto no soy. Desapareciste en Navidad. Ni una llamada ni un meme. Eso en ti es comportamiento sospechoso, y si a eso le sumamos que Camila no fue a casa de sus padres ni Thiago a la de los suyos….

Me encogí de hombros.

—¿Ahora juegas a los investigadores privados? Porque se te da como el culo. —Mi mejor amigo resopló—. No sé qué hicieron ellos, yo asumí que querrías espacio con Avery. No puedo estar pegado, siempre molestando.

—Tú no molestas nunca, cabrón. Eres mi hermano. Más que Landon y casi tanto como los dos renacuajos que tengo en casa.

Sus palabras me emocionaron. Me jodía tener secretos con él, pero no podía hacer otra cosa. Decir lo que pasaba entre nosotros era asunto de los tres, no podía decidir.

—Lo que sé es que el tequila te pone moñas y yo necesito mover este cuerpo ya.

Le di una palmada en el hombro y me abrí paso entre la gente.

Camila giró, el pelo le rozó la nuca, Thiago la sostuvo por la cintura y sus miradas se encontraron. Ese segundo bastó para prenderle fuego al aire.

Me acerqué hasta que pude oler el sudor ajeno y el ritmo pegado al suelo.

—¿Nos vamos a casa y lo celebramos de verdad? —les dije cerca del oído.

Ella me miró sin pestañear. Thiago no dijo nada, pero asintió.

—Seguid bailando —añadí—. Os espero fuera en cinco minutos, no vaya a ser que nos asocien.

Volví hacia la barra y le dije a mi mejor amigo que me largaba. Jax me interceptó con su habitual cara de sospecha.

—Pero ¿qué dices? Si tú eras el que más ganas tenía de venir. ¿Es porque les has ofrecido sexo a esos dos y te han dicho que no?

—Ya me conoces —le dije—. Cuando me apetece follar y desfasar, no espero a nadie. Aquí no tengo candidatos, así que paso de gastar energía solo bailoteando como una peonza y sin premio final. Nos vemos el lunes, Jackass.

Avery, que estaba pegada a su lado, alzó el vaso.

—Ponte condón, no necesitamos que pilles clamidia en plena competición. —La miré con cara de falsa sorpresa.

—No sé qué me preocupa más —repliqué—, que en tu vocabulario exista la palabra «clamidia» o que te preocupe la salud de mi rabo después de haberme enseñado las tetas.

Jaxon me miró con la intensidad de un miura mientras ella se ponía roja.

—Voy a matarte, cabrón.

—Por eso me largo. —Le guiñé—. Disfrutad de la celebración, tortolitos, dejo que os pongáis la foto de mi rabo como motivación.

Hui antes de que mi amigo me atrapara y me diera una hostia por bocazas. Fuera, el ruido se escuchaba más lejano y las luces del local temblaban sobre el aparcamiento. Los esperé en el interior del coche, con Oliver listo al volante y la pantalla subida.

Tardaron poco. Camila entró primero, con la coleta algo suelta y los labios hinchados. Se sentó a horcajadas encima de mí y me comió la boca con apetito.

«Hola a ti también, Galletita».

Cruz cerró la puerta con esa calma de volcán dormido que solo engañaba al que no lo conocía en la intimidad. Le dio sin querer al botón de la ventanilla y esta se desplazó en el instante que Cami soltaba mi boca para comerse la suya, agarrándolo por las trenzas.

Moví a Camila contra mi erección —había un poco de atasco para salir—, y, ante el primer gemido, se separó de Cruz para ofrecérmelo a él.

No perdimos el tiempo y nuestras lenguas se enzarzaron. A veces, la mejor forma de celebrar era romper un par de reglas… Y

yo estaba dispuesto a romperlas todas con ellos.

CAPÍTULO 64



Camila

Llegamos a casa de Mase sudados y excitados, con la adrenalina todavía disparada por la competición… y por lo del coche.

Subimos directos a su cuarto, hechos un nudo de deseo y de ganas.

—Necesito una ducha —murmuré con la voz todavía ronca.

—Tengo una idea mejor —respondió Mase, con esa media sonrisa que siempre prometía caos—. ¿Por qué no pides al servicio una botella de champán mientras lleno la bañera?

—¿Podemos pedir fruta también? —pregunté, medio riendo, medio hambrienta.

—Ya sabes que sí.

Mase se metió en el baño mientras yo mandaba la petición desde el panel de domótica.

Thiago se recostó en el marco de la puerta, observando el lujo con ese gesto entre incrédulo y divertido.

—¿Es raro que esto siga pareciéndome increíble?

—Lo raro sería que no te lo pareciera. Ven aquí, entrenador, y deja que te dé las gracias por las clases particulares que me han dado la plata.

Tiré de él y nos besamos. No fue un beso inocente, fue hambre.

Sus dedos subieron hasta mi pecho y jadeé.

—Os dejo un minuto a solas y ya os estáis follando con ropa.

La voz de Mase sonó desde el baño, divertida, mandona.

Me mordí el labio y le lancé una sonrisa.

—Únete.

—Tengo otros planes… —negó con ese brillo de anticipación en los ojos.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuáles son?

Miró el reloj.

—Lo sabréis en siete minutos. Mientras tanto, podéis seguir con el espectáculo. Solo besos. Hoy soy el director de escena e intimidad, ¿vale?

Me encantaban sus juegos.

—Vale —contestamos Thiago y yo al unísono.

Nos provocábamos sin pudor, tal y como él pidió.

No nos detuvimos ni cuando el servicio llamó a la puerta y entraron con la bandeja.

La espera se hizo insoportable.

El cuerpo me ardía de tanta contención.

—Ya está… —musitó Mase, separándonos con delicadeza.

Me alzó en brazos y le pidió a Thiago que me descalzara. Luego me llevó directa a la bañera, con el vestido puesto.

—¡Qué haces! —protesté entre risas.

Las luces estaban apagadas. Solo las velas encendidas dibujaban sombras doradas por el mármol. El aire olía a mango, melocotón, jazmín y vainilla.

La bañera era enorme, de patas antiguas, justo frente al ventanal que daba al jardín.

—Querías lavarte, ¿no? Hoy te vamos a premiar con un baño especial.

—¿Vestida?

—No tengas prisa…

Mase arrojó una pastilla de jabón artesanal a Thiago y ordenó con voz baja:

—Mímala.

Él obedeció. Frotó el jabón entre sus manos hasta hacer espuma y me tomó un pie, enjabonándolo con lentitud.

Suspiré del gusto.

—Mmm, Dios…

—Eso es… —susurró Mase en mi oído—. Vamos a cuidarte como se merece una campeona.

Sus dedos me soltaron los moños con cuidado. Cogió la alcachofa, reguló el agua y me mojó el pelo. Su respiración rozaba mi cuello.

Los ojos de Thiago me quemaban la piel. Apenas podía respirar con tanta tensión contenida.

La sensación entre mis piernas se volvió más pesada. Apreté los muslos, observando cómo sus dedos ascendían por mi pantorrilla.

Apoyé el pie en su pecho, empapándole la camiseta.

—Me encanta tu pelo largo y tus tetas. —Sonreí ante el comentario de Mase.

El vestido, rosa claro, se pegaba a mi piel. Las areolas se marcaban bajo el tejido mojado. Cuando el agua descendió unos grados, los pezones se endurecieron.

Thiago alzó mi tobillo y pasó la lengua por la planta.

Nunca creí que algo así pudiera excitarme, pero fue como si me estuviera devorando el alma. Cerré los ojos ante el placer súbito y los abrí al sentir que el agua se detenía.

Mase dibujaba círculos lentos sobre un pezón erguido. Me aferré al borde de la bañera. Quise cruzar las piernas, inútil intento.

Nuestro director de escena tiró de los lacitos del vestido. El tejido flotó como una nube sobre el agua.

—La quiero desnuda.

Cruz lo dijo tan ronco que deseé arrancarme la tela yo misma.

Los dos se miraron un segundo. Fuego y control.

—Pues quítasela tú —replicó Mase.

Los ojos dorados de Thiago me recorrieron con apetito.

Cuando se deshizo de lo poco que me quedaba, no me tapé. Me fascinaba cómo me miraban, como si no existiera nada más.

Mi pulso se aceleró, vibrando en el agua.

Un paño jabonoso me rozó la nuca; la espuma burbujeó; Mase lo apretó entre sus dedos.

—Después de esta noche, no vas a poder desear a nadie más.

—¿Es un reto?

—Una verdad.

Deslizó el paño por mis hombros. Yo temblaba, suplicando que bajara.

—¿Qué harías sin nosotros, Galletita? —me susurró, exprimiendo agua sobre mis pechos.

Thiago me levantó la otra pierna para enjabonarla. Su toque era firme, reverente. El suyo subió por mi muslo, peligrosamente cerca. No llegó. Gemí de pura frustración.

Mase me mordió el lóbulo.

—¿Quieres que Thiago te lave ahí? Pídeselo.

No me dio tiempo. Su propio paño cayó al agua. Abrió un bote de gel y un chorro cremoso me cruzó como seda líquida.

—Joder… —susurré.

Sus manos lo esparcieron, masajeando con fuerza. El calor se concentró entre mis piernas. Quería más, los quería a los dos.

—Has perdido tu oportunidad de pedirlo. Ahora lo harás tú misma.

Chasqueó los dedos. Thiago me tendió el paño de Mase y guio mi mano hacia abajo.

—Límpiate para nosotros, Ortiz.

—Cruz aprende rápido… —murmuró entre risas.

«No te haces una idea».

Deslicé el paño entre mis pliegues. La espuma brotó. Thiago recolocó mis piernas a ambos lados de la bañera. Sus ojos no pestañeaban.

—¿Le pones más jabón? Me siento sucia —protesté, alzando el paño.

Thiago cogió la botella.

Fitz seguía torturando mis pezones.

Vertió una buena cantidad de gel y me devolvió el paño. Su respiración era pesada, casi animal.

El agua chorreaba al suelo mientras yo me movía, atrapada en ese vaivén hipnótico.

El sonido bronco que escapó de su garganta me hizo estremecerme.

—Mira lo que le haces a nuestro amiguito… —Rio Mase—. ¿Ya está limpia, Thi?

Thiago alzó la cabeza con la barbilla brillante.

—Voy a comprobarlo.

Tiró de mis caderas hacia fuera. Mi nuca apoyada en el borde. Su lengua, caliente, me recorrió la hendidura al completo.

—¡Joder! —exclamé.

Lo agarré del cabello, manteniéndolo ahí.

Mase torció mi cara y tomó mi boca.

Cruz lamía con devoción mientras Mason me robaba el aliento. El agua chapoteaba, los sonidos se mezclaban.

La lengua de Thiago se abrió camino, ahondando en mí para luego succionarme el clítoris. Todo me daba vueltas.

—¿La tienes bien sujeta? —preguntó Mase sin dejar de besarme.

—Sí —musitó Thiago, ronco.

Mason se separó, descorchó la botella y dejó caer champán helado sobre mis pechos. El contraste me arrancó un grito.

Thiago sonrió y volvió a hundirse entre mis piernas.

Mason empujó mi barbilla, me pidió que abriera la boca.

Dejó que el líquido dorado resbalara hasta mis labios. Lo contuve, aguardando que me invadiera y el sabor frío se mezclara con el calor de su beso.

Cruz me sujetaba el trasero, empujándome hacia él para cubrir toda mi intimidad.

—Joder…, estás tan buena… —murmuró Mase, mirando la escena.

Yo hice un puchero.

—Tengo hambre.

Me dio fruta entre jadeos; cada trozo terminaba en mi boca o sobre mi piel antes de volver a devorarme.

—No puedo más —confesé al borde del orgasmo.

—Para —le ordenó a Thiago—. Llévala a mi habitación.

Él se incorporó, respirando con fuerza. Me levantó por debajo de los muslos. Lo abracé con las piernas, el cuerpo empapado, la piel ardiendo.

Sabía que me llevaba directa al incendio y que deseaba quemarme.

«Míos, son míos los dos y de nadie más».

Nuestras narices se rozaron antes de que me besara a lo bestia.

El estómago me vibró con la mezcla de sabores: champán, fruta, deseo.

Me encantaba esa fuerza que solo liberaba durante el sexo, la que lo volvía puro instinto.

Me cargó hasta el dormitorio.

Su agarre era posesivo, inconsciente, animal.

Me olía, me palpaba, me amoldaba entre sus manos. Me estaba muriendo. Mi corazón se hinchaba por ellos; quería reír, llorar y jadear al mismo tiempo.

El fuego ardía entre mis piernas.

Thiago me bajó con cuidado, sin soltarme del todo, frente a la cama.

Mason me rodeó con los brazos y me apretó contra su pecho.

—Puedo oler tu excitación —susurró junto a mi oído, pellizcando mi clítoris con los dedos.

El aire me salió entrecortado.

—Llevas cachonda toda la semana. Tu cuerpo pide liberación.

—Sí —fue lo único que pude decir.

Arqueé la espalda y hundí las manos en sus rizos, entregándome a él.

Sus dedos me penetraron y sentí el estallido recorrerme de dentro hacia fuera. Respirar se volvió una tarea imposible.

—Fíjate en ella, Thi… —Mason bajó la voz—. Es nuestra. Por elección propia. Nos desea a los dos y le gusta compartir.

—Y a mí… —gruñó Thiago, frotándose por encima del pantalón.

Mase sacó los dedos y se apartó un paso.

Me fallaron las rodillas y caí sobre el colchón. Menos mal que era allí y no en plena competición.

Me desplacé hacia atrás, con las manos y los pies, mientras ellos se acercaban.

Me encantaba esa sensación: la presa acorralada entre dos bestias.

Mason fue el primero en alcanzarme. Me tomó el rostro y me cubrió con su cuerpo. Su sonrisa era pura perversión.

Thiago se tumbó a un lado, expectante.

—Hoy vamos a follarte los dos, Galletita… Sé cuánto lo anhelas.

Su voz me encendió más que cualquier caricia.

Su mano se deslizó entre mis piernas mientras yo buscaba la boca de Cruz.

Rocé su erección con ganas a la vez que Mason abría espacio entre mis muslos.

Colocó un cojín bajo mis lumbares, me separó las piernas y recorrió mis labios con la lengua, esparciendo mis propios fluidos de delante hacia atrás.

—Abre más, nena…, ábrete para mí.

Thiago pasó de mi boca a mis pechos para atormentarme.

Mase presionó entre mis nalgas con suavidad, sin dejar de estimular mi clítoris.

—Maldita sea, Cami… —gimió—. Tienes un culo muy estrecho. Apenas puedo entrar. Necesito que cedas, no quiero que te duela. Quiero follarte entera y no quiero que duela.

Su tono era una mezcla de ternura y deseo bruto.

—No te detengas —protesté, ronca—. Me gusta. Empuja…

—No quiero hacerte daño.

—No lo haces, necesito más, por favor.

—Dame un minuto.

Fue a por lubricante, vertió una buena cantidad y movió los dedos despacio, dilatando. El sonido de mi respiración llenaba la

habitación.

—¿Estás segura de que quieres esto? —preguntó Thiago, observándome.

—Sí. Os quiero dentro a los dos. No he dejado de pensar en ello.

—Tócate, Cami, así será más fácil.

Mientras yo me masturbaba, Mason ahondaba y dilataba, hasta que sus dedos entraron con mayor facilidad.

—Está lista —dijo, mirando a Thiago.

«¡Por fin!».

Se desnudaron deprisa.

Thiago sabía que Mase y yo no usábamos condón. Confiábamos. Yo tomaba la píldora y a los dos nos gustaba sentirnos sin barreras. Aun así, él prefirió ponerse uno. Siempre tan correcto y precavido.

Mase le tendió el preservativo y Thiago se lo colocó con presteza.

Fitz se sentó al borde de la cama.

—Ven aquí. De cara a él —me indicó.

Obedecí.

—Ahora mandas tú, Galletita. Iremos a tu ritmo. Yo entraré por donde siempre y nuestro querido Cruz te seguirá con su lengua hasta que no puedas más.

—Ya no puedo más.

—Haz caso al experto, sí puedes.

Guie su polla hasta mi centro; ambos jadeábamos cuando entró.

Mis piernas sobre las suyas, su agarre firme en mi cintura.

—Mmm… —gruñó—. Qué bien se siente, joder.

Thiago se arrodilló frente a nosotros.

Su lengua recorría mi sexo, bajando hasta la base de la polla de Mase y así jugar con sus pelotas.

Nunca había visto nada tan erótico; quise moverme.

—Ni se te ocurra —me frenó Fitz.

Mase soltó un gruñido cuando Thiago tanteó mi entrada trasera con los dedos.

Cruz apenas hablaba hoy, pero decía todo con los ojos. Sus movimientos eran precisos, casi reverentes.

—Necesito moverme —jadeé.

—Respira… —ordenó Mase, sujetándome—. Aguanta. Te prometo que será un viaje sin retorno.

—¡Ya lo está siendo! —gemí frustrada.

Mase rio, ronco.

—Solo un poco más. Deja que entre hasta el fondo. Concédenos el acceso completo a tu cuerpo.

Los embates se volvieron más profundos, más feroces. Mi pecho subía y bajaba sin control.

—¡Ya! Ya puedo —aseguré.

Aparté a Thiago con un empujón, y para demostrar que no iba de farol, saqué a Mase de mí y lo hundí en mi culo de un solo movimiento.

Ambos gritamos. No había dolor, solo una forma distinta de placer.

—Ven, Thi… —supliqué.

—¿Seguro? ¿Estás bien?

—Sí, sí y mil veces sí, os quiero a los dos.

Mason se tumbó, alzándome las piernas, ofreciéndome.

Cruz no dudó. Se encajó a nosotros y el aire desapareció.

Parecía imposible, pero funcionábamos.

Sus movimientos se sincronizaron: uno empujaba al otro y el placer se multiplicaba por cien.

Cada penetración me estiraba y apretaba, dejándome sin aliento, con ellos frotándose, apenas separados por una capa diminuta de mí. Éramos anhelo y piel.

Me volví loca. Sus cuerpos, sus gemidos, el roce, todo era explosivo.

No dejaban de mirarse, una mezcla de respeto, deseo y furia contenida.

Yo estallé la primera. Mi orgasmo los arrastró a los dos como una ola que no dejaba supervivientes y te engullía sin reservas.

El cuarto se llenó de respiraciones entrecortadas y corazones vibrando.

El silencio después fue tan denso que podía oír nuestros latidos acompasados.

Para mí, tres nunca serían multitud, simplemente un solo ritmo.

Estaba tan derrotada que ni me di cuenta cuando me arrastraron entre ellos y nos dormimos.

CAPÍTULO 65



Alondra

Habían pasado diez horas y media desde que salí de Puerto Rico.

Diez horas y media de vuelo, escalas y pensamientos que me raspaban la cabeza como vidrios.

Santhiago se había ido sin despedirse, sin una llamada, sin una explicación. Solo desapareció y nadie quiso decirme adónde. Ni su abuela ni sus amigos ni siquiera el entrenador.

Todo por culpa del estúpido de mi ex, que le comió la cabeza diciéndole que tenía una orden de protección contra mí. ¡Maldito fuera!

¡No pude explicarle mi versión! La iba a escuchar, aunque no quisiera, porque no lo iba a perder.

Intenté que su hermana me dijera dónde estaba, pero la muy necia no lo hizo, aunque no me sorprendió.

Así que empecé a indagar. Cada día entraba en internet, revisaba sus redes con cuentas falsas porque me bloqueó. No podía haberse esfumado.

Y, por fin, lo encontré mientras hacía *scroll* en el teléfono.

Una noticia, una foto y un titular que me dejaron sin aire: «Thiago Cruz, el alumno becado de la SSU, firme promesa en la NCAA».

Ahí estaba, con su pose perfecta, esa que yo le había pulido a base de amor, peleas y paciencia, la mía.

Necesitaba volar a Los Ángeles y hacerlo regresar.

Vendí lo que pude, reservé el billete más barato que encontré y no le dije nada a mi madre. Si se enteraba, habría intentado detenerme, y nadie en su sano juicio lo hacía.

Sabía que hoy era la primera competición de los Regionales, y por lo que pude averiguar, los becados vivían en el campus. Me planté allí e hice algunas preguntas.

Una estudiante me dijo que el equipo de gimnasia estaba celebrando su éxito en un bar llamado Sand. Me ayudó a pedir un Uber con el poco dinero que me quedaba y me planté en el aparcamiento del local.

Las luces titilaban mientras el conductor me cobraba; jugueteé con la pulsera de cuentas que él me había regalado en Navidad, hasta que sentí el plástico romperse entre los dedos. Una bolita rodó al suelo y, cuando alcé la mirada, lo vi salir.

Mi corazón se detuvo. Ahí estaba mi amor, mi Santhiago. Más guapo que nunca, más adulto, más lejano. Reía. Tenía el brazo sobre los hombros de una chica morena con mechas y dos moños altos.

En cuanto se alejaron un poco, ella lo empujó contra una pared lateral y lo besó con intensidad, sin vergüenza, como si los años que pasamos juntos no significaran nada y le perteneciera a ella.

El sonido de mi respiración se mezcló con la música que salía del bar, una mezcla de reguetón y rabia. Noté el sabor metálico en la boca: me había mordido el labio. No sabía si gritar, correr o arrancarle la sonrisa a golpes.

—Señorita, ¿todo bien?

El conductor me miró por el espejo. No respondí. Terminé de pagar y salí.

La chica lo arrastró hasta la parte trasera de un coche negro. Él la siguió, hechizado. Corrí, grité su nombre, pero no me escuchó. El motor rugió. Me apresuré, necesitaba sacarlo de ahí, que me mirara. Casi había alcanzado la puerta cuando la ventanilla bajó. ¿Me habría oído?

Entonces lo vi, Santhiago se inclinaba y besaba a… ¿otro hombre?

Lento, descarado, lascivo. El ruido del bar se apagó, solo escuchaba mi pulso, una presión en el pecho, el aire ardiéndome en la garganta, los dedos rígidos.

Intenté reír, pero el sonido salió torcido. Una carcajada sin aire, medio llanto, medio locura.

—¿Qué carajo estás haciendo, Santhiago…? —susurré.

El coche se perdió por la avenida. Me quedé mirando las luces hasta que se fundieron con la oscuridad. El corazón me iba a mil, la cabeza me zumbaba. Él nunca había sido así, seguro que el diablo lo tentó.

Ese hombre y esa mujer lo habían arrastrado a la perdición, no había otra explicación, y yo tenía que devolverlo al camino.

—Voy a recuperarte, Santhiago —murmuré, sintiendo cómo las lágrimas se mezclaban con la sangre del labio—. Te voy a limpiar y a salvar, aunque no quieras.

Nadie rompía y me arrebataba lo que era mío y seguía respirando tranquilo. Tenía el vuelo de regreso en cuatro horas, pero iba a volver, a regresar a por lo que era mío.

CAPÍTULO 66



Thiago

La luz entraba por la ventana y bañaba la habitación con ese tono que no pertenecía a ninguna hora exacta, una mezcla de amanecer y calma espesa. El aire estaba quieto. Se oía a lo lejos el cortacésped en algún punto del jardín, detrás del cristal.

Me quedé tumbado unos segundos, con la cabeza hundida en la almohada y los músculos aún blandos, sin decidir si abrir los ojos o quedarme en ese intermedio donde todo seguía perfecto. El cuerpo me pesaba de la mejor manera posible. La cama era un desorden de sábanas retorcidas, promesas cumplidas y el hueco tibio que habían dejado ellos. Sonreí.

Recordar lo de anoche me encendía algo dentro, algo profundo, más allá del mero deseo. Bañar a Camila entre Mase y yo fue una especie de catarsis. Tenía la sensación de haber esperado toda la

vida algo como aquello, y cuando por fin ocurrió, me sobrepasó. No hubo miedo ni culpa, solo entrega.

No entendía cómo había pasado tanto tiempo reprimiendo esa parte de mí. Tal vez porque nadie me enseñó que existía otra forma de querer sin que doliera. Con Alondra todo era control, celos, castigo. Con ellos… no. Con ellos había espacio, ternura, curiosidad. Me respetaban, incluso cuando no decía nada. Me veían tal cual era, y eso me gustaba.

Pensé en Mase y en Cami, en cómo se protegían casi sin darse cuenta, en cómo se buscaban con la naturalidad de quien respiraba. No necesitaban etiquetas para saber que se pertenecían. Era evidente. Y, aun así, me habían dejado entrar, como si su mundo tuviera una puerta y me hubieran dado copia de la llave. Me sentía afortunado, completo y libre.

Me levanté, me puse un bóxer y crucé el pasillo medio adormilado, con el cuerpo todavía vibrando por dentro. Me crucé con una mujer del servicio, que me saludó con la discreción de siempre.

—¿Sabe dónde están Mase y Camila? —pregunté, rascándome la nuca.

—En el jardín, desayunando frente a la piscina.

—Gracias.

El mármol estaba frío, pero me despejó. Caminé hasta las puertas acristaladas y el sol me golpeó el pecho al salir. Ahí estaban.

Camila llevaba la bata que se apropió en Navidad, esa que me perdía cuando se movía con ella. Él, con gafas de sol, camisa de manga corta abierta y bañador, descalzo, pelo desordenado y una taza entre las manos. Los rayos les caían encima con descaro, les doraban la piel y los convertía en una postal de domingo que alguien había olvidado sobre la mesa.

Cuchicheaban por debajo del zumbido del jardinero. Había algo cálido en cómo se miraban. Algo que, por un instante, me hizo desear estar sentado ya con ellos, sin pensar en nada más.

Di un paso y los escuché.

—Yo voto por soltarlo ya —dijo Mase, media sonrisa canalla—. Mejor arrancar la tirita que jugar al escondite.

—Sí, yo también —respondió Cami, removiendo el café—. Pero sabes cómo es Thiago; hay que buscar la mejor manera.

Mi nombre quedó suspendido en el aire y me heló la sonrisa. No supe a qué se referían, sin embargo, hubo un cambio de presión en el pecho. Mi primera idea fue que hablaban de hacerlo público, de dejar de escondernos. La segunda llegó como una grieta. ¿Y si era otra cosa? ¿Y si venía un «no nos cuadra», «mejor sin él», o un «fue bonito mientras duró»?

—¿Contarme qué? —dije, apareciendo como una invocación.

Los dos se sobresaltaron. Cami giró primero, con esa sonrisa tensa con la que intentaba improvisar. Mase se bajó un poco las gafas; su brillo de chulo tuvo un parpadeo raro, casi serio.

Antes de que hablaran, me incliné y besé a Mase. Café y menta. Luego besé a Camila, le acaricié el pecho bajo la bata y pellizqué un pezón con el descaro que me permitía quererlos. La electricidad nos recorrió a los dos.

Me senté en la silla vacía.

—Vamos, escupid —bromeé, empujando la broma para soltar la tensión—. No puede ser tan malo. ¿O es que ya no me queréis?

Mase se bajó las gafas del todo y detrás no había chulería: había incertidumbre.

—No es eso. Al contrario —dijo, y me alivió un poco.

—Me alegro, porque yo sí os quiero —contesté, sirviéndome zumo—. No pongáis esas caras: no hablo de etiquetas, o quizá sí, no lo sé; ya veremos. Me gustáis, mucho, y cada día entiendo y valoro mejor lo que tenemos. Nadie me preparó para esto y ya sabéis que antes solo estuve con una persona. No necesitamos llamarlo de ninguna forma: es nuestro. La gente no lo entendería, pero me da igual mientras lo tengamos claro nosotros.

Se miraron entre sí. El silencio fue largo, tanto que empezó a doler.

—Si va de eso, estoy listo para dar un paso más —añadí, por no dejar que el vacío creciera—. Quiero abrirme del todo, seguir explorando. Si hace falta arriesgar… Mase, yo estoy dispuesto a que tú y yo…

—Fuiste una apuesta.

La frase de Fitz me cayó encima como un bloque. Tardé un latido en entenderla. Cami lo miró horrorizada.

—¡Joder, Mason, así no!

Él no apartó los ojos de mí. El tono canalla había desaparecido.

—Tenía que decirlo. No soy bueno con los rodeos. Él merece saberlo y que seamos sinceros porque estamos en un punto muy delicado.

—Hasta ahí estamos de acuerdo —saltó ella, clavándole la mirada —, pero podías haber empezado de otra forma.

Yo apenas respiraba.

—¿Qué? —pregunté. El aire me salió rasgado.

El vaso me resbaló de los dedos y cayó sobre el césped, intacto. No se rompió. Yo sí.

Cami dio un paso hacia mí, manos extendidas, la voz más baja:

—Escucha… No se ha explicado bien. Cuando llegaste a la SSU, nos gustaste a los dos y fue una estupidez, ya nos conoces. Nos retamos para ver quién te… —tragó—, quién te follaba antes. Fue un juego, sin mala intención. Después te conocimos y…

«Un juego». «De puta madre».

La palabra se me clavó como un anzuelo. Dejé de escuchar. Solo vi sus bocas moviéndose, la piscina al fondo, la vibración sorda en los oídos, el pecho cerrándose hasta doler. Algo dentro empezó a resquebrajarse en silencio.

—Sois. Unos. Putos. Mierdas —dije, y la voz no me tembló—. Un par de niñatos malcriados que se divierten jodiendo la cabeza de los demás. ¿Os lo habéis pasado bien? ¿Era divertido ver cuánto tardaba en saltar al vacío para verme caer? Tranquilos: ya habéis ganado. Como siempre: yo pierdo.

Mase dio un paso, manos arriba.

—Ey, calma. Respira, Thi. Como en tus entrenamientos, ¿vale?

—No me hables —lo corté—. No me digas lo que tengo que hacer. Ni se te ocurra. No necesito respirar. Necesito largarme de aquí y de vuestras vidas.

Camila intentó rodear la mesa.

—No, no, no. Lo estás entendiendo mal. Solo empezó así, pero luego cambió. Nos gustas de verdad, a los dos. Lo nuestro no es una

broma.

—Un poco tarde, ¿no te parece? —le respondí sin mirarla.

Mason apretó los dientes, la voz más grave:

—Cami tiene razón. A veces somos unos imbéciles; sobre todo, yo. Tengo el tacto en el culo y…

Lo miré.

—Por eso os van a dar por el culo a los dos —dije tan tranquilo que me asusté—. Paso de manipuladores y de vosotros. No quiero veros en mi puta vida.

Cami tenía los ojos brillantes.

—Thiago…, por favor.

—Dejadme en paz. Esto se termina aquí.

Ella quiso tocarme y retrocedí un paso. La mandíbula me dolía de tan tensa. La rabia y una tristeza honda me mareaban.

—No me toquéis, no me habléis, no me llaméis. Compartimos equipo, sí, pero fuera de eso, no existo para vosotros. No creo que sea tan difícil de entender. Se acabó el juguetito del becado.

Se quedaron mudos. No había nada más que añadir.

—¡Haz algo, Mase! —escuché a Cami, la voz rota.

Caminé hacia la casa con el cuerpo temblando. Detrás sonó una silla al caer, el golpe seco del metal contra la piedra, el chapoteo de una taza hundiéndose en la piscina. No miré.

Subí las escaleras, cada peldaño dolía más que el anterior. En la habitación, las sábanas seguían deshechas. El eco de nuestras risas aún flotaba. El de mi corazón entregándose, también.

Me vestí a trompicones. No lloré al principio.

Solo cuando crucé el vestíbulo y lo vi apoyado en el marco de la puerta, desencajado.

—Thi…

—Si te me acercas, te doy una hostia, aunque seas mi capitán.

—Hazlo si eso te hace sentir mejor…

Y lo hice, no estaban mis padres para verme. Hundí el puño en su estómago con toda la rabia y la impotencia. Mason no se defendió. Solo me miró, soltando todo el aire, con esos iris de cristal.

—Perdóname… —Tenía los ojos tan húmedos como yo.

—Vete a la mierda, Fitzroy.

Abrí y salí dando un portazo. Caminé sin mirar atrás.

Cuando entendí que me estaba yendo de la casa donde había empezado a sentirme libre, algo se rompió de verdad.

El aire me ardía en el pecho. La vista se me nubló. El ruido de mis pasos sobre la grava fue lo único que escuché por encima de los latidos.

El sol seguía brillando igual que al despertar, como si nada hubiese pasado, salvo que yo ya no era el mismo.

Detrás, la mansión Fitzroy se hizo pequeña, lejana, hasta convertirse en un punto borroso entre los árboles. No supe cuánto anduve ni hacia dónde. Solo que cada paso era una despedida y que lo que había brotado dentro de mí ya no tenía ni hogar ni permiso.

CAPÍTULO 67



Mason

No supe qué me dolió más: el golpe o verlo marcharse con esa forma de andar que solo tenía quien estaba intentando no desmoronarse antes de cruzar la puerta.

El portazo me atravesó el pecho.

Me quedé quieto, con el aire detenido en los pulmones y la mirada clavada en el suelo.

Camila lloraba. No lo disimulaba. El sonido de su sollozo era una cuerda que me apretaba el cuello; odiaba verla sufrir por mi bocaza.

—Tenías que haberme dejado a mí —me soltó entre dientes, la voz temblándole de rabia.

—Cami…

—¡No, Mase! —gritó, golpeándome el pecho con los puños—. Fuiste un bruto y ahora lo has estropeado todo. ¡Tenías que haberlo parado, joder! ¡Tenías que haberlo arreglado, no empeorado, y

ahora se ha ido! ¡No nos quiere! ¡Nos odia por lo que le hemos hecho sentir! ¡Lo hemos roto!

La dejé pegarme. No me moví. Cada golpe era merecido.

Sus manos temblaban, sus lágrimas me caían en la camisa, en la piel, y yo solo podía pensar en la forma en que Thiago me miró antes de irse.

Había odio, sí, pero debajo… Había decepción, y eso dolía más que cualquier puñetazo.

—Lo siento —susurré, intentando agarrarle las muñecas, pero ella se soltó.

—¡No lo sientas, haz algo! —respondió, la voz quebrada—. ¡Lo has destrozado!

—Cami, mírame —dije, buscando su cara—. Mírame, por favor.

Ella lo hizo. Los ojos rojos, las pestañas empapadas.

No necesitaba decirlo en voz alta para que entendiera lo mucho que me arrepentía en ese momento, y tenía razón de estar así conmigo, no me sentía nada feliz.

La abracé.

Primero me empujó, pero luego se rindió y me dejó hacerlo.

Hundí la cara en su cuello, respirando su temblor.

—Lo siento —repetí—. Te he fallado, a ti, a él, a mí, a los tres. No lo supe gestionar bien y creí que podría redirigirlo, me equivoqué, pero te juro que lo voy a arreglar. Lo prometo.

—No puedes prometer eso —susurró contra mi pecho.

—Puedo prometer que no me voy a rendir hasta que entienda lo importante que es para nosotros, y también necesito que tú comprendas lo importante que eres para mí.

Le levanté la barbilla con cuidado, la besé.

Fue un beso torpe, lleno de lágrimas y rabia, pero ella no se apartó. La sentí rendirse entre mis brazos, cansada, igual de rota que yo.

—Te quiero —le dije contra los labios con la voz hecha trizas—. Te quiero, Cami. No quiero perderte a ti también. No puedo, lo eres todo para mí.

Ella me miró sin responder, no hizo falta.

Sus dedos se aferraron a mi nuca, me atrajo hacia sí y me besó con la misma desesperación con la que se besaba a alguien en medio de un incendio.

No había perdón en ese beso, solo un pacto silencioso entre dos culpables que ya no sabían cómo seguir respirando sin él.

CAPÍTULO 68



Camila

El aeropuerto parecía una boca gigante tragándose maletas y prisas. Nos refugiamos en un Starbucks frente a las puertas de embarque: luces blancas, nombres mal escritos en los vasos y el murmullo de media ciudad con sueño. Me dejé caer en la silla como si me hubieran desenchufado. Avery me observó en silencio. Naomi jugó con la pajita como si fuera una batuta.

Venía arrastrando la semana. Tropiezos en asimétricas. Algún desequilibrio tonto en barra. Volkova respirándome en la nuca, con ese tono de «puedes más» que suena a «hoy no estás».

—¿Nos lo quieres contar de una maldita vez? —dijo Avery, a pelo —. No puedes competir con la moral por los suelos. ¿Dónde está la Ortiz que ganó la plata la semana pasada?

—Estoy bien, es solo…

—Y una mierda —me cortó Naomi, subiendo medio aeropuerto de volumen—. Te conocemos. Somos tus amigas, aunque a veces nos hagas dudar con tanto secretismo. Es por tu jueguecito con Fitzy y Cruz, ¿no? La Alianza Rebelde colisionando con la Primera Orden y tú en medio como un *holocrón* con patas.

Se me desfiguró la cara. Noté el calor subirme por el cuello.

—Es que…

—¡Que lo sueltes! —siguió Naomi—. Si yo pude contaros que me cagué en una planta de plástico, lo tuyo no puede ser peor.

Dos pasajeros nos miraron como si fuéramos espectáculo gratis. Avery se tapó la cara con una mano.

—Y así fue como la historia de Parks acabó en el *Tonight Show* —dijo—. ¿Quieres que llame a Jimmy Fallon o te vale con nosotras?

Tragué. Tal vez necesitaba decirlo para entenderlo.

—Vale. —Respiré—. Tenéis razón. Estuve con Mase… y con Thiago. Los tres. La apuesta se nos fue de las manos. Cuando Cruz se enteró de cómo empezó, nos mandó a la mierda. Lo entiendo. Su pasado fue una relación tóxica: amor y sexo, atados como una cuerda, y Mase y yo no supimos estar a la altura de sus necesidades emocionales.

Naomi chasqueó la lengua, triunfal.

—¡Joder! Sois peor que un *k-drama*. Te dije que esa apuesta os iba a explotar como un reactor sobrecargado.

—No me juzgues, ¿vale? —alcé la voz—. Yo no lo hice con lo del perro-hurón.

Naomi levantó las manos, como si estuviera negociando con un cazarrecompensas.

—Cierto, no voy a juzgar, solo a opinar, que para eso soy tu mejor amiga.

Apoyé la frente en los brazos. La mesa estaba fría. Avery me frotó la espalda en un gesto breve, eficaz.

—¿Tan grave fue? —preguntó con voz conciliadora.

—Peor —susurré—. No quiere vernos. Y lo que teníamos era… —busqué las palabras— natural, nos entendíamos, éramos pura compenetración.

—Sí, eso no lo dudamos —se coló Naomi, afilada—. Seguro que te penetraban con un compás precioso.

Le di un manotazo. Dos asientos a la izquierda, una pareja dejó de masticar.

—¿Qué? —Puso cara inocente—. Es ciencia aplicada.

—No era solo sexo —repetí bajito.

Avery me sostuvo la mirada, sin prisa.

—¿No?

Negué. Los ojos me escocieron.

—Creo que los quiero. A los dos —puntualicé—. Bueno, puede que a Mase un poco más porque lo conozco desde hace mucho.

Naomi arqueó las cejas, como si hubieran anunciado que la Estrella de la Muerte tenía jardín comunitario.

—¿A los dos? Camila, así no hay *stock* para las demás. Estadísticamente es insostenible: uno para ti, otro también para ti; los robots de apareamiento van a tener que convertirse en una realidad antes de lo previsto.

—¿Podemos centrarnos en el estado anímico de nuestra amiga? —la frenó Avery—. Acaba de decir que está enamorada y que está hecha polvo.

—¿Es que no has escuchado la parte de Fitz? —gruñó Naomi—. Que de Cruz lo entiendo, pero que digas que quieres a Mason Fitzroy…

—Mason es la hostia —salté—. Dices eso porque no lo conoces, porque enseña al Jim Carrey que lleva dentro y os lo creéis. Es sensible, atento, considerado, un desastre a veces, pero… —Me mordí la lengua—. No hay un tío mejor, aunque la cague en el momento más inoportuno.

Las dos se rieron con esa expresión cómplice que no dolía porque te sostenía.

—¿Qué? —Me indignaron sus caras de sorna.

—Que Naomi me debe veinte pavos porque le dije que acabarías loquita por él —dijo Avery—. Yo sí que lo conozco de verdad y me alegro por ti. Mase es un tío de puta madre.

Sonreí un poco.

—Lo es.

—Vale —asintió Naomi—. Si a ti te va, a mí también. ¿Y cuándo lo vais a hacer público? Pregunto por no meter la pata.

—No lo sé. Estamos bien así, por ahora. Él me dijo que me quería y yo…

—¿Y tú? —preguntó Avery.

—Yo no estaba lista, aunque lo besé. Lo de Thiago me dejó descolocada. Y ahora siento que cualquier cosa que haga va a fastidiar lo que me queda.

—Eso es porque también necesitas su espada de luz —canturreó Naomi—. Hija, naciste para dirigir el Templo Jedi: recoges sables, los calibras, les sacas brillo con criterio y los almacenas con orgasmos.

—Parks —advirtió Avery sin mirarla.

—¿Qué? Educación galáctica —replicó.

Avery apoyó los codos y se acercó. Cambió el tono.

—Sea como sea, no puedes perder el foco. Has trabajado como una bestia para llegar aquí. Sabes por lo que pasé con Jaxon el año pasado, cómo todo se recolocó cuando tocó. Ahora te hablo como capitana y como amiga: necesito que seas egoísta. Piensa en ti, en lo que deseabas antes de todo esto. Aunque los quieras, la primera eres tú y tus sueños, eso no se negocia.

—¿Y si no puedo? —pregunté—. ¿Y si me subo a la barra y me baila la rodilla? Volkova me dijo ayer «concéntrate» cinco veces.

—Te tiembla porque te importan —dijo Dalton—. La gente de hielo no gana finales, pero debes hacer de tu debilidad tu fuerza.

—Y que la Fuerza te acompañe —cerró Naomi.

—Boba.

—A ver, estás en pleno giro argumental de tu historia amorosa —añadió—. Protocolo: respirar; objetivos: misión primaria. Misión primaria: competir. Misión secundaria como receptáculo intergaláctico: puede esperar.

Avery tenía razón: antes de arreglar a nadie, me tocaba acordarme de mí. La idea no me dolió. Me sostuvo. No podía dejar de quererlos, pero podía decidir quién era cuando me subía al aparato; ahora elegía ser la Camila que competía, la que no se escondía y la que seguía su propio camino.

—Arriba, chicas, que no quiero que perdamos el vuelo. ¡Vamos a por más medallas!

—¡Así se habla! —zanjó Avery, y todas nos abrazamos antes de ponernos en pie juntas.

CAPÍTULO 69



Thiago

Llevaba la música tan alta que, si alguien me hablaba, tendría que moverme por vibración. Me venía bien. No quería escuchar nada. Ni a la recepcionista del hotel anunciando habitaciones ni a Volkova repasando horarios ni a mis propios pensamientos, que últimamente sonaban peor que cualquier *playlist* a volumen diez.

Era tarde en Louisville, el *hall* estaba casi vacío y nosotros parecíamos turistas agotados perdidos en un centro comercial. Hayes y Jaxon estaban en el mostrador solucionando un problema con las reservas; Volkova revisaba el listado con esa actitud de «mejor que nadie la líe más». Yo solo quería una cama. Y un apagón mental. Mañana competíamos en la Winter Cup y mi cuerpo pedía descanso inmediato.

Miré hacia los sofás grandes, intentando no hacerlo… y fallando, como siempre.

Ahí estaban.

Mason, medio recostado, en una postura que en cualquier otro ser humano habría sido incómoda, solo que en él parecía una declaración estética. Camila sentada a su lado, las piernas cruzadas, y Naomi ocupando el hueco entre ambos, enseñándoles algo en el móvil. Avery observaba desde enfrente, con ese aire de «no pienso involucrarme, pero me está divirtiendo».

Llevaba mes y medio sin dormir bajo el mismo techo que ellos y habían sido semanas de mierda.

Sí, lo decía así: semanas de mierda.

Porque yo había puesto distancia para protegerme…, pero la soledad también mordía.

Ellos habían intentado acercarse. Camila, suave. Mason, al estilo Fitzroy: frontal, exagerado, como si la sutileza le diera alergia. Y yo… yo me había encerrado en mis estudios, mis entrenos, mis rutinas, y en Sienna, que era la única persona con la que podía respirar sin sentirme observado.

Si tenía que concederles algo era que ninguno de los dos presionó. Ninguno cruzó líneas. No sexualizaron nada. No me buscaron con artimañas. Solo pedían perdón y espacio.

Era extraño que me respetaran justo donde otras personas me pisaron.

Fuera como fuese todavía dolía, y cuando algo dolía, uno pensaba despacio y sentía demasiado rápido.

Bajé los ojos al suelo justo cuando Jaxon me dio un codazo.

—Cruz. —Me tendió un sobre—. Habitación para ti.

Saqué la tarjeta y lo vi.

—¿Fitzroy? —pregunté, como si el universo tuviera humor retorcido.

—Ya sabes que va por sorteo, no me mires así, no es tan malo dormir con él, te lo digo por experiencia.

«No te haces una idea de cómo es dormir con él».

No dije nada. Guardé la tarjeta y me puse los cascos de nuevo para no pensar en las próximas tres noches. O para pensar demasiado, que era lo mismo.

Subimos en grupo, arrastrando las maletas por el pasillo. El ascensor estaba lleno: bostezos, móviles, parloteos nerviosos por lo de mañana. Mase y yo quedamos al lado, su codo rozó el mío un momento; no se apartó, yo sí.

Llegamos a la planta. Caminamos por el pasillo hasta nuestra puerta.

Él pasó la tarjeta por el lector, la puerta se abrió y... Y ahí estaba: una puta cama. ¡Una! *King-size*, eso sí, y con dos cisnes de toalla formando un corazón.

Preciosa para una luna de miel. Un chiste cruel para nosotros.

—¿Es una puta broma? —pregunté cabreado.

Mase soltó una carcajada suave.

—Es nuestra luna de miel, mi amor, ¿no te habías enterado? —Bufé y él rio de nuevo—. Tranqui, llamo a recepción, seguro que es un error.

Lo dejé hacer. Yo me apoyé en la pared, brazos cruzados, cintura tensa.

—Como no sea un error, tú duermes en el sofá —dije.

—No hay sofá. Hay una silla. —Me señaló un mueble triste que ni aguantaría una siesta de gato.

—Pregúntale a alguna tribu amazónica, seguro que es máximo confort.

—Mis lumbares tienen poco de indígenas, son más indecentes y exigentes —replicó, encogiéndose de hombros.

Negué con la cabeza mientras él hablaba con recepción. Mucho «lo siento», mucho «no hay más habitaciones», mucho «estamos completos» que traspasaban el auricular y yo oía a la perfección.

Colgó.

—Están llenos —informó—. Nada libre. Lo que hay es lo que hay.

Nos miramos. Eso era lo peor: mirarlo. No porque fuera imposible…, sino porque volvía a sentir cosas que llevaba semanas enterrando en bucle.

—No voy a compartir cama contigo —avisé.

—Y yo no voy a dormir en el suelo —respondió él—. Mañana competimos. No pienso joderme la espalda intentando que no me odies.

Alzó el teléfono y volvió a hablar con la recepcionista.

—He pedido cojines. Cantidades industriales de cojines. Haremos la gran barrera de coral para que no haya ni un roce de cola, Sirenito.

—No se trata de eso, y lo sabes.

Mason se dio la vuelta y dejó de fingir que no le importaba.

—Tienes razón. No se trata de eso. Se trata de que he intentado disculparme cientos de veces desde que te marchaste de casa. De que he aceptado que quieras espacio. De que me he contenido más de lo que lo he hecho en mi puta vida. —Se pasó una mano por el pelo—. Y, aun así, sigues mirándome como si te hubiera atropellado un camión.

Suspiré por la nariz, como un dragón, sin abrir la boca.

—Te mentí —siguió—. Te cosificamos. Jugamos a un juego de críos ricos que deberían tener la cabeza más amueblada. Lo sé. No hay excusa. Ya me lo he repetido más veces de las que quieras saber, y lo siento, joder.

Se acercó un paso, no me moví.

—Pero, Thi, joder… ¿En serio piensas que no puedes perdonar eso? Nosotros no somos ella, fue una niñatada, una estupidez —insistió más bajo—. No te hicimos daño a propósito, no jugamos contigo para ver cómo caías. No utilizamos lo que sabes de nosotros para manipularte. Nunca quisimos joderte la cabeza, y mucho menos el corazón. No somos tu ex.

La mención a Alondra me golpeó, pero no me tiró. Porque llevaba semanas haciendo esa misma comparación en silencio: ellos no cruzaban los mismos límites, no controlaban, no presionaban, no chantajeaban emocionalmente. Me dejaban espacio…

Él estaba tenso, sin embargo, siguió.

—Reconozco que la apuesta fue una mierda, pero lo que vino después no lo fue. Lo sabes. ¿Por qué crees que confesamos? ¿Por qué coño íbamos a contártelo o desnudar nuestras almas si solo queríamos un polvo? No tiene sentido.

Recordé la cafetería.

Café. Cola lenta. Mi nombre mal pronunciado en el vaso. Camila pagando mi pedido, por mucho que me hubiera opuesto, tres

semanas después de nuestra bronca.

—No quiero nada que venga de ti —le dije ese día.

Ella tragó saliva como si estuviera conteniendo una avalancha.

—Solo dos minutos, Thiago, dos, por favor.

Accedí de mala gana. Nos sentamos en una mesa alta.

—Sé que sigues muy enfadado. Y no te culpo —empezó—. Lo hicimos fatal, muy fatal. No hay excusa, y aunque hayas decidido no creerme… No fue solo sexo.

Yo miré el café. Ella me miró a mí.

—Sé que tú también lo sentiste —continuó—. Porque después de seis meses te conozco, y porque te vi. Nadie habla de sus miedos si solo quiere acostarse contigo, si es lo único que persigue. Eso no lo hace alguien que busca morbo, eso lo hace alguien que confía, y nosotros confiamos.

Callé.

—Piénsalo —insistió—. Si hubiera sido solo por la apuesta, ¿por qué querríamos contarte nuestras mierdas? ¿Por qué coño hubiera hablado yo de mi familia o mi secuestro? ¿Por qué tú habrías hablado de Alondra?

Nudo en la garganta.

—Nuestra conexión fue real —dijo, firme—. Y sí, al principio fuimos unos idiotas, pero luego… fuimos algo más. Los tres. Nos complementábamos, nos hicimos falta, funcionábamos, joder, y te echo de menos, Mase también. Muchísimo, aunque no te interese saberlo.

Apreté la mandíbula.

—Dime una cosa —susurró—. Con la mano en el corazón… ¿Te arrepientes de algo de lo que hicimos, dejando al margen nuestra estupidez?

Me quedé sin aire.

«No». «Nunca». «Jamás».

Pero no se lo dije.

—Tengo que irme, han pasado los dos minutos —respondí.

Ella cerró los ojos, como si la frase la golpeara, y después volvió a clavar sus ojos castaños en mí.

—Voy a pedirte perdón las veces que hagan falta —murmuró—. Hasta que entiendas que lo que vivimos fue real y que te queremos de vuelta.

Y ahora, en la habitación del hotel, esa frase seguía clavada en mi esternón.

—Thi —escuché la voz de Mason, devolviéndome al presente; estaba tan cerca que su respiración chocaba con la mía—. Puedes seguir castigándonos si quieres, lo acepto, asumo mi culpa, lo merezco, pero no puedes seguir viviendo como si lo que ocurrió, lo que sentimos, no existiera. Ni como si fueras un premio, no lo eres. Bueno, un poco sí, solo que no en ese sentido. Nos gustaste por ser tú. El jodido Thiago Cruz, el tipo más brillante y más cabezón de esta universidad, que antepone su integridad a una visa de sexo sin límite.

Se acercó un poco más y bajó la voz. Apoyando una mano en la pared, al lado de mi cara.

—Y sí, te deseo, pero también te respeto, tío. No he intentado meterte otra vez en mi cama, ¿o sí?

—No —admití.

—¿Te he presionado?

—No.

—¿He usado el sexo para pedir perdón?

—No.

Sonrió con esa media sonrisa con capacidad de desmontar a cualquiera.

—Pues ya está, he aprendido la lección. Hemos aprendido —se corrigió, pegando su cuerpo al mío, invadiendo mi espacio y susurrando en mi oído un «déjanos demostrarlo» mientras su otra mano me acariciaba el rostro.

Fui a contestar.

Golpearon la puerta, me separé como si ardiera.

La gobernanta apareció con un carrito entero de cojines. Los dejó en la cama, formando una montaña blanca y estable.

—Aquí tienen sus almohadas extra —informó.

Cuando se fue, la habitación quedó en silencio.

Mason empezó a colocarlas, una a una, creando la «gran barrera de algodón»: una muralla entre él y yo.

Lo observé y sentí algo extraño.

A medida que él levantaba aquel muro de cojines, el mío —el de verdad, el que llevaba semanas construyendo a pulso— empezó, muy despacio…, a bajar.

—¿Está a tu gusto? —preguntó Fitz.

—Estaría mejor si tú no estuvieras.

«Sobre todo, para no pensar lo que ahora mismo me apetece hacerte».

—Pues te jodes, es lo que hay.

Lo vi desnudarse por completo y meterse bajo la sábana, Fitz siempre dormía desnudo, así que no era por mí. Yo solo me quité la camiseta y me puse en mi lado de la cama; no deshicimos ni la maleta. Apagué la luz.

—Buenas noches, Sirenito.

—Buenas noches, capitán.

CAPÍTULO 70



Mason

La Winter Cup fue una pedrada.

De esas que no veías venir, aunque llevaras semanas entrenando como un animal, comieras perfecto, durmieras lo justo y rezaras a cualquier entidad superior a la que pudieras chantajear con buenas notas o un sacrificio simbólico.

Habíamos quedado segundos. Segundos.

La posición parecía buena hasta que recordabas que el oro estaba ahí, a tiro, y lo dejamos escapar con una acumulación de fallos digna de una tragicomedia universitaria; y que pertenecías a la SSU, donde errar no se perdonaba.

Yo fallé en paralelas.

Derek se abrió de más en anillas.

Zack aterrizó como si tuviera las tibias de mantequilla.

Y Thiago…

Thiago se rompió por dentro.

El suelo era su joya, su casa, su altar. Y hoy lo vi flotar medio ejercicio y caer mentalmente en el otro medio, como si cada salto le costara la vida. Ya en el calentamiento se había tocado la parte alta del glúteo izquierdo, pero no dijo nada. Porque Cruz era así: cristal por dentro, titanio por fuera.

Lo peor fue que las décimas que faltaron eran las suyas, porque le tocó el último ejercicio y se las estaba comiendo solo.

Ni celebraciones ni fotos ni mierda. El equipo quería encerrarse a llorar o a meterse en hielo hasta marzo. Y Thiago… desapareció al instante. Se encerró en la habitación nada más bajar del bus. Ni ducha ni comida ni saludo.

A esas alturas lo conocía demasiado, ese silencio suyo no era de enfado, sino de decepción consigo mismo porque su exigencia era máxima.

Yo fui a cenar con los chicos, las chicas se atrincheraron en el cuarto de Avery y decidieron ahogar la pena en *pizza*; nosotros en cerveza y hamburguesas. Hablábamos de la competición como quien repasaba un crimen. Cuando volví, el pasillo estaba silencioso. Le mandé un mensaje a Camila, que no respondió; conociéndola, tendría el móvil en silencio, y no quería molestarla. Abrí la puerta del cuarto.

Thiago estaba tumbado bocarriba, en mi lado de la cama, con el altavoz escupiendo una melodía cuya letra daba para cortarte las venas por mucho que fuera de The Weekend. Ni se giró cuando entré. Solo movió un poco el pie.

Dejé la chaqueta en la silla. Cerré la puerta con el pie y dejé una bolsita de papel al lado de su mesilla con una hamburguesa y un refresco aguado.

—Adivino —dije—. No has comido.

Silencio.

Me senté en el borde de la cama. No se movió. Tenía los ojos cerrados y una tensión en la mandíbula que podría cortar vidrio.

—Cruz… —No lo tocaba, aunque estaba muy cerca—. Vamos a empezar por algo básico: no es tu culpa.

—No empieces —murmuró.

—Ya he empezado. Y no pienso parar. —Lo señalé con la cabeza —. Antes de que tú fallaras, ya habíamos fallado nosotros. ¿Quieres que te enseñe mis vídeos? Parecía una cigüeña borracha. A veces pasa, tropieza uno y es una reacción en cadena.

No respondió. La música seguía, bajita, como si quisiera envolverlo en una especie de anestesia emocional.

—Thi —insistí—. Esa diferencia la podía haber aportado cualquiera. Cualquiera. No cargues con esto tú solo.

Abrió los ojos y me clavó una mirada que… Joder, dolía. No porque me odiara, sino porque estaba roto.

—Mi ejercicio era el último —dijo con voz ronca—. El que cerraba. El que podía arreglarlo.

—Y estabas tocado —repliqué. Se quedó inmóvil; ahí lo pillé—. No pensarás que no me había dado cuenta —añadí, bajando la voz —. Te agarraste el glúteo tres veces en el calentamiento. Y en el pase de líneas se te perdió la alineación del tronco. Te conozco, Cruz. Sé cuando algo te duele, aunque intentes fingir que no.

Torció el gesto y se incorporó un poco.

—Estoy bien.

—No lo estás.

—Estoy. Bien.

—Vale —dije, levantando las manos—. Pues yo soy el rey de Inglaterra.

El altavoz soltó un bajo lento que me recorrió la espalda. El ambiente estaba denso, cargado, demasiado íntimo para dos tíos que llevaban un mes y medio intentando no tocarse ni con la mirada.

—Anda, ven —le dije, moviendo la mano hacia mí—. Déjame revisarte.

—No.

—Sí.

—Mase…

—Cruz, si fuera grave, no estarías tumbado aquí, sino llorando en urgencias. Y si no es grave, mis manos pueden ser la diferencia entre que estés entrenando pasado mañana o arrastrándote como

un abuelo. ¿Quieres joderla a lo bestia y cargarte que podamos estar en semis?

Suspiró, sabía que tenía razón.

—Además… —añadí con un gesto despreocupado—. Llevo mis cosas.

Fui al baño y volví con mi *fisioneceser*. Saqué mi secreto mejor guardado: una mezcla potente de aceites esenciales naturales con agentes antiinflamatorios y relajantes

Él me miró medio exasperado, medio incrédulo

—¿Siempre llevas eso encima?

—Siempre. Mis manos necesitan fluir y tu cuerpo necesita que se las ponga encima.

—Eres imposible.

—Y tú estás cojo. Así que cállate, desnúdate y date la vuelta, campeón.

Bufó, sin embargo, lo hizo, despacio, con una rigidez que confirmaba lo que ya sabía: le había pegado un tirón feo al glúteo mayor, ese músculo que ningún gimnasta quería joderse porque se usaba para absolutamente todo.

Me senté detrás de él, a la altura de sus caderas.

—¿Dónde te tira más? —pregunté, intentando sonar profesional y no mirar lo bueno que estaba. Fallé.

—No sé.

Mentira descarada.

—Cruz —dije con voz baja—, dímelo.

Le costó un segundo.

—Arriba y hacia el lateral.

—Perfecto.

Calenté un poco el aceite entre mis manos. Él tensó los hombros al oír el sonido.

—Relájate —murmuré.

Puse ambas manos sobre la zona afectada. Thiago dejó escapar el aire entre los dientes. No un gemido, pero casi. *Baptized in Fear* dio paso a *Cry for Me.*

Deslicé los pulgares despacio, palpando la zona inflamada. La música sonaba tan lenta que parecía acompañar mis movimientos.

Subí, bajé, bordeé la zona de inserción. Él tenía los dedos clavados en la sábana.

—Respira y suéltate, Cruz, necesito que relajes y no contraigas.

—Estoy respirando, si no, estaría muerto.

—Pareces un gato electrocutado.

Le di un pequeño masaje circular. Él se arqueó un poco y yo tuve ganas de pasarle la lengua. El tacto y color de su piel siempre me había fascinado. Además, tenía un culo al que se le podría hacer un monumento.

—¿Duele?

—Sí.

—Bien. Eso significa que sirve.

Seguí trabajando la zona, entrando más en profundidad. Sus músculos reaccionaban bajo mis manos como si intentaran escapar y relajarse a la vez. Cuando pasé el borde externo del glúteo, su respiración cambió. Más lenta. Más pesada.

La música también cambió y se volvió más sugerente. *Earned It* me azotó, como si el hotel quisiera poner banda sonora a nuestra decadencia mientras Grey tomaba el control de mi látigo. Necesitaba pensar en otra cosa antes de que la polla me atravesara el pantalón de chándal.

—Thi… —susurré, acercándome un poco más a su espalda—. No dejes que esta competición te hunda. No te lo mereces.

No respondió. Sus nudillos estaban todo lo blancos que podían estar.

Deslicé las manos un poco más abajo, hacia la parte que sabía que estaba más cargada. Él soltó un susurro que me recorrió la columna.

—Así está bien —dijo casi sin voz.

—¿Quieres que pare?

—No. Puedes… ¿Cambiar de zona?

Mi pulso sí que cambió; el suyo también, podía verlo en el cuello.

—¿Dónde?

—Más hacia dentro…

«¡Hostia puta, no puede haber dicho eso!». Quizá lo estuviera malinterpretando, o quizá me ganara otro puñetazo; estaba

dispuesto.

Cogí de nuevo el aceite. El sonido fue casi obsceno cuando mis manos volvieron a su piel, trazando el recorrido indicado; él tembló.

—Mase… —advirtió, pero su cuerpo decía otra cosa.

Me incliné un poco, lo suficiente para que notara mi respiración en su nuca.

—Dime que no es esto lo que has pedido, que pare —susurré, arriesgando, metiendo la mano entre sus nalgas, acariciando el sendero que las dividía hacia abajo y me llevaba a sus huevos.

No lo dijo, su respiración se volvió tan superficial como la mía y seguí tocando al darme cuenta de que no lo iba a decir.

Seguí moviendo los dedos, él separó las piernas, invitante, y yo volqué un poco más de aceite, directo al agujero, para trazar círculos estimulantes con la yema y comenzar a penetrarlo suave. Sabía que lo quería, que lo deseaba, y yo estaba que me moría por hacérselo.

Giró el rostro y nuestras miradas conectaron; sus ojos estaban oscuros, cargados, ardiendo de rabia… y de anhelo.

—Solo necesito esto para… —Suspiró.

—¿Para? —pregunté, ahondando un poco más.

Soltó una exhalación.

—Liberar, no pensar…

—Mientes fatal. —Gruñó al notar la presión.

—Tú también.

Hubo un segundo, uno solo, ese que cambiaba la dirección de un mundo entero. Mi mano seguía estimulando el lugar, que se abría cada vez más.

La suya se movió hacia mi pierna, sin pensarlo, sin permiso, sin miedo… Me acarició por encima de la tela en dirección a la parte más tensa.

El ambiente era tan espeso que parecía un campo magnético arrastrándonos al centro.

—Desnúdate…

Lo hice sin pensar, me tumbé a su lado y su respiración tocó la mía. Mi frente tocó la suya. Su pulgar buscó mi labio inferior. Y entonces…

Thiago cerró los ojos y yo lo besé. No suave. No casto. No prudente. Sino como si llevara mes y medio conteniéndome. Como si ese segundo valiera más que la medalla de oro perdida. Como si él fuera la única cosa que todavía podía salvarse de un día de mierda. Y respondió.

La barrera entre nosotros se derrumbó como si nunca hubiera existido.

Nos buscamos con hambre de piel y alma. Cada uno encontró la erección del otro para sostenerla en su palma y acariciarla entre gruñidos y ganas.

Nos faltaba lengua, cama y nos sobraba el mundo.

Tiró de mi pelo con fuerza para clavarme contra el colchón, se subió encima de mí, rodeándome con las piernas; tenía la polla llena de aceite, que chorreó de su trasero hacia ella. Se balanceó contra la mía, prendiéndome de una necesidad devastadora.

Volvió a besarme mientras yo le amasaba el culo y uno de mis dedos volvía a su atractivo cierre, deseoso de atención.

Logré entrar y moverlo cada vez más hondo. Thiago movía el cuerpo y la lengua cada vez con mayor agonía.

Se separó de mis labios para buscar mi oído.

—Quiero que me folles, te quiero ahí.

La confesión hizo que me calentara todavía más.

—Podemos no hacerlo. No es necesario.

Buscó mis pupilas, clavó las palmas en mi pecho.

—He pensado mucho tiempo en esto, me apetece probarlo y quiero que seas tú.

—Está bien.

Cogí un condón y me lo puse, le pedí a Thiago que se pusiera de lado, me coloqué a su espalda y lo abracé.

—Quiero que te toques, y si algo de lo que haga provoca que te duela o que te incomodes…

Giró un poco el rostro para mirarme.

—Lo sé, sé que pararás y que cuidarás de mí.

—Siempre.

Regresé a sus labios y solo envolví su boca con la mía para relajarnos, o encendernos, no lo tenía muy claro.

Le cogí la mano para acercarla a su erección y Thiago se puso a moverla al ritmo que yo me rozaba contra él.

Me fascinaba verlo desde esa perspectiva. Los dos estábamos terriblemente duros y la posibilidad de su entrega total hizo que le restregara el glande por su culo; el aceite lo había convertido en algo untuoso y dilatado. Presioné con cuidado, dejando que fuera habituándose con lentitud a darme cabida. Me ayudé, abriendo el glúteo para posicionarme bien, sin dejar de besarlo. Era consciente de cada espasmo, de cada músculo tembloroso debido a la masturbación y a mi empuje.

Las suaves acometidas agolparon sonidos guturales en nuestra garganta mientras mi polla ganaba terreno, hasta que estuve totalmente hundido en él y escuché cómo el aire abandonaba sus pulmones en un jadeo ronco.

Paré de besarlo, lo miré a los ojos buscando encontrarme en él, y lo hice, en ese color que me volvía tan loco.

Thiago sonrió al notar que estaba encajado por completo. Era una de las sonrisas más bonitas que había visto nunca.

—No me ha dolido.

—No tiene que doler. No quiero hacerte daño nunca más, ¿me oyes? Te tengo y no voy a soltarte —le murmuré.

—No quiero que me sueltes nunca.

—No lo haré.

—Muévete, Fitz, hazme tuyo.

Y lo hice, claro que lo hice; volví a su boca.

Hundí mis dedos en su cadera mientras lo embestía y él movía la mano a la cadencia perfecta. Me tenía tan apretado que cada penetración era una súplica por no correrme rápido, aunque sabía que no iba a poder controlarme, no ahora.

Thiago me mordió el labio y lo succionó.

—Estoy a punto.

—Yo también…

—Ponte encima, quiero verte mientras sucede.

Cambiamos de posición. Estaba tan dilatado que no me costó nada penetrarlo, su cara quedó enmarcada por mis manos y alzó las piernas para que fuera más sencillo. Pasó una mano entre nuestros

cuerpos para seguir estimulándose. Su polla estaba hinchada, brillante y se le acumulaba líquido en la punta; estaba listo.

—Más fuerte, más rápido… —me exigió, entrecortado.

Lo hice, lo follé con más rudeza, perdiéndome en el sonido de nuestra carne chocando. Por la mañana se acordaría de mí, aunque ahora no importaba…

El cuerpo me ardió en busca de la liberación. Thiago se tensó. Un chorro limpio impactó contra mi tripa mientras aulló mi nombre. El siguiente cruzó su piel y la salpicó en un cuadro impresionista que no podía gustarme más.

Salí de su interior, me quité el condón sin dudar y, en cuanto mi rabo notó la fricción sin protección, el orgasmo me atravesó como un rayo. El cuadro cambió, mi corrida se juntó con la suya y el primer disparo llegó hasta su labio inferior. Thiago sacó la lengua y lo saboreó.

«¡Me cago en la puta!».

Me dejé caer sobre él y le comí la boca sin dudar, solo estábamos nosotros; el ahora y el mañana ya se vería.

Le di unos cuantos besos perezosos, incapaz de soltarlo. Y nos quedamos abrazados uno al lado del otro.

—Nunca podría haber imaginado que podría gustarme tanto…

Sonreí y le di pequeños mordisquitos.

—Eso es porque has confiado en un profesional.

Él se echó a reír y yo con él.

—¿Me perdonas por lo de la apuesta? —Hizo rodar los ojos.

—Tal vez.

—Si quieres, mañana te follo otra vez e invitamos a Camila. Estoy seguro de que entre los dos lo lograremos.

—¿Y si mañana me apetece hacértelo a ti mientras ella te monta? —Pasé las manos por sus trenzas.

—Joder, no me metas publicidad subliminal si no piensas cumplirla. ¿Quieres una ducha?

—Podemos dormir así. —Frotó su cuerpo contra el mío.

—Me encanta la idea. Puedo instalarte la gran barrera de cojines si vas a estar más cómodo. —Alargué un brazo.

—¿Cojines? Mis cojones, ven aquí.

Reí a lo bestia al notar el tirón de su parte.

—Solo quería apagar la luz.

Apoyé la cabeza contra su amplio pecho y aspiré su aroma. Me encantaba que oliera a sexo, a sudor fresco y a mí.

—Thi… —murmuré, notando cómo su pectoral cada vez bajaba más lento.

—¿Ajá? —preguntó adormilado.

—¿Estamos bien?

—Eso te lo diré mañana. Duérmete y calla, cabrón.

Con eso me bastaba. Sonreí contra su piel y me dormí.

CAPÍTULO 71



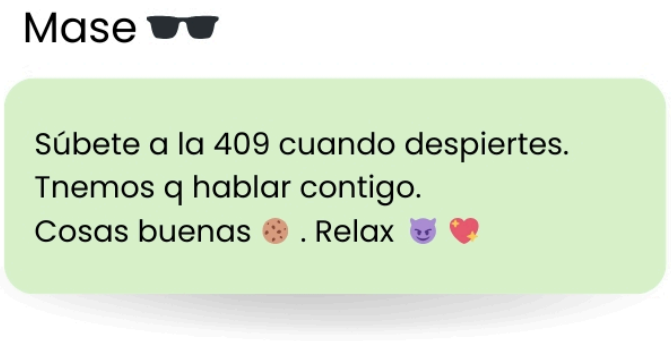
Camila

Dormí poco, mal y cabreada.

Lo normal después de perder un oro que teníamos en la palma de la mano y de pasar la noche escuchando a Naomi despotricar sobre jueces, ángulos de cámara y conspiraciones cósmicas. Avery intentó calmarla; yo traté de tranquilizarme a mí misma. *Spoiler*: ninguna lo logró.

Cuando abrí los ojos, el móvil vibraba como si quisiera huir de la mesilla.

Mensajes de Mason de anoche, aunque el más importante era el que me acababa de enviar.



Sentí un latigazo caliente en el pecho. Ponía «Tenemos que hablar contigo», ellos dos, juntos, y querían que fuera a su habitación, con esos *emojis* y llamándome «Galletita». Me levanté de golpe.

Ducha rápida, vaqueros ultra cortos, camiseta *sexy* y moños de «estoy exhausta, pero lista para vosotros». Le dije a Avery que fuera a desayunar sin mí y subí.

Toqué a la puerta; por suerte, abrieron al instante.

Cruz olía a recién duchado. Pómulos un pelín rosados y camiseta blanca que pedía quitársela a gritos.

Mason, al fondo, con una toalla en los hombros y esa sonrisa de «¿lista para la sorpresa?».

El aire estaba cargado de algo que me puso la piel en alerta.

—Pasa —dijo Thiago suave, cerrando.

Me ubiqué en mitad de la habitación, di un repaso rápido y visual antes de toparme con el envoltorio de un preservativo rasgado que nadie se había molestado en tirar. De pronto, sentí que era la única que no sabía en qué punto estaba del tablero.

—Vale —dije, cruzándome de brazos porque mis manos temblaban un poquito—. ¿Qué está pasando?

Ellos intercambiaron una mirada que decía demasiadas cosas.

—Antes que nada… —empezó Mase, señalándose a sí mismo—… sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí, nosotros sí, anoche. He visto dónde apuntaba tu mirada. —Me guiñó un ojo—. Hicimos las paces, en todos los sentidos, hasta el fondo.

Thiago gruñó. Su piel morena no dejaba ver demasiado, pero sus orejas… Sus orejas estaban en fuego vivo.

—Entonces, vosotros…, ¿vosotros dos? —pregunté, intentando que la voz no me temblara.

Cruz asintió, tan sonrojado como le permitía la genética.

Una punzada, chiquitita, ácida, de celos. No lo dije, pero me atravesó igual.

—Y…, ¿lo pasasteis bien? —pregunté, porque soy idiota—. ¿Tú estás bien? —Miré a Thiago.

Antes de que pudiera contestar, Fitz se puso a mi lado para pasar su brazo por mis hombros y besar mi sien. Después abrió la boca como un cañón descontrolado:

—Hombre, todo lo bien que puede estar después de ser empalado por un troncho como el mío…

—¡Mason! —Le metí un codazo en las costillas.

—¿Qué? —se quejó, riéndose—. Es información médica relevante.

Thiago puso los ojos en blanco y le lanzó una chancla mental.

—Ya te he dicho que no me duele —bufó, cruzándose de brazos —. Solo tengo una leve molestia. Y no es por tu polla, es por tu masaje.

—Ya… —respondió Mase con orgullo. Cero arrepentimiento.

Yo inhalé tan fuerte que casi me tragué el oxígeno del Estado entero.

—Vale, dejad de hablar de culos y masajes. Necesito… necesito saber en qué punto estáis. —Me mordí el labio—. Si os habéis perdonado del todo. Si… no sé, si yo… pinto algo aquí o es un «hasta *nunqui*».

Mase soltó una carcajada y me estrujó entre sus brazos.

—Jamás sería un «hasta *nunqui*» contigo. —Buscó mi boca y me besó con lentitud. Su reacción me calmó un poco. Thiago se puso delante de nosotros.

—Mejor te lo explico yo —dijo serio, pero tierno—. No he perdonado del todo que apostarais conmigo y me convirtierais en un objeto, no todavía. Pero estoy en ello porque sé cómo sois y porque, pese a vuestras tonterías, os he echado de menos, a los dos —puntualizó—. Así que estoy intentando hacerme a la idea que todos

la podemos cagar e intentando volver a confiar. No al cien por cien, pero sí lo suficiente para querer intentarlo. —Me miró fijo—. Y tú no sobras en ningún escenario.

Mase apoyó su mano en mi cintura, suave.

—Cami —dijo, bajando la voz—, esto nunca ha ido de dos, somos tres desde el principio, porque, aunque lo iniciáramos tú y yo, él siempre ha estado ahí, por eso hicimos lo que hicimos. —Se encogió de hombros.

—Queda un mes para los Nacionales —añadió Thiago—. Necesito que esto —nos señaló a los tres— no joda nuestro rendimiento ni nuestros estudios. Quiero ir despacio, quiero ver cómo funcionamos. Quiero… poneros a prueba un poco, lo necesito. —Me tocó la muñeca—. Así que, por ahora, lo que pase entre nosotros, se queda entre nosotros hasta que estemos los tres listos para dar un paso más.

Asentí, lo entendía; comprendía que volviera a necesitar tiempo para confiar y ver dónde nos llevaba.

—Entonces…, ¿vamos a intentarlo? —susurré.

Mason sonrió como si hubiera ganado la lotería.

—Creo que eso ha dicho Cruz, que vamos a intentarlo, así que antes de desayunar, nos gustaría sellar el pacto contigo. Una ración de Toblerone, Galletita, y mis rizos enredados contigo… Ya sabes, penitencia por lo de anoche, ¿qué me dices? ¿Te apetece que cumplamos la fantasía de nuestro amiguito Cruz para que nos perdone?

—¿Qué fantasía? —Mi cuerpo se puso a hormiguear como un loco mientras Mason me la susurraba al oído y Thiago se quitaba la camiseta para plantarse delante de mí.

—Ven aquí, Galletita —dijo, tirando con suavidad de las trabillas de mi pantalón hacia él.

Mase se colocó detrás, sus brazos envolviéndome con esa mezcla de descaro y fuego que solo él podía tener.

Sentí su respiración en mi nuca a la par que Thiago cubría mi boca con la suya y mis manos se desplazaban por la solidez de su pecho.

Mi corazón se puso a hacer acrobacias olímpicas sin calentamiento previo.

Los tres nos fundidos en un abrazo que no solo era sexo, era algo mucho más peligroso. Era pertenencia de la buena, de la que te apretaba el pecho, te subía la temperatura y te daban ganas de decir: «Vale, universo, así, sí».

Ellos me sujetaban como si fuera parte del plan, y yo entendí que igual lo era y que no pensaba soltar a ninguno nunca.

CAPÍTULO 72



Thiago

Último circuito físico de la tarde y mis músculos ya estaban empezando a pasarme factura por lo de Louisville. Llevaba tres semanas con el glúteo protestando a la menor oportunidad, nada que no pudiera manejar…, especialmente porque Mase llevaba vigilándome desde entonces, como si fuera su paciente estrella en rehabilitación intensiva.

«Si te duele y no me lo dices, te ato a mi cama y no te dejo salir».

No me parecía un mal plan…, si no tuviera que cumplir con la SSU y sacarme la carrera.

Encima, Cami dijo que, si no le hacía caso, ella le ayudaba, por lo tanto, debía aplicarme con los ejercicios de rehabilitación, los baños de hielo y los masajes.

Me dejé caer en la colchoneta para el último estiramiento del día, respirando hondo.

Me gustaba cómo me sentía desde que nos reconciliamos: sereno, estable, extrañamente completo.

Nunca habría pensado que acabar en una trieja sería la pieza que faltaba en mi vida. Y, sin embargo, ahí estaba: rodeado por dos personas tan distintas que, de algún modo imposible, encajaban conmigo como si hubieran estado diseñadas para equilibrarme.

Con Mase tenía intensidad, chispa, risa fácil, piel. Con Camila… conexión, fuego y una forma de mirarme que me recordaba que era alguien al que valía la pena querer. Los dos juntos eran…, no sé, una especie de hogar raro, pero cálido, y empezaba a creer que merecía lo que teníamos, lo que estábamos construyendo.

Bajar la barrera me estaba salvando un poco por dentro.

—Cruz, ¿terminas o te quedas a dormir? —La voz de Sienna apareció a mi derecha.

Abrí un ojo. Llevaba la coleta alta sujeta por un lazo, la cara ligeramente roja del entrenamiento y su humor ácido habitual en nivel máximo.

—Estaba pensando en lo poco que me apetece meterme en el hielo —contesté—. Te invito.

—¿A un baño de hielo? Ajá. Yo lo necesito… y tú también, aunque aguantes poco dentro.

—¿Yo?

Alzó una ceja.

—Yo aguanto más que tú. Lo que pasa es que eres un blandito con músculos de negro.

Me lanzó una botella vacía y acertó de lleno en el hombro.

—Si aguantas cinco minutos, te invito a un café.

—Vale, pero si te congelas, no pienso llamar a nadie para que te liberen hasta dentro de cinco mil años.

Fuimos a cambiarnos y entramos al *spa*, retomando la conversación entre chorradas y amenazas amistosas.

La bañera de hielo estaba lista, con vapor frío saliendo del borde, como un dragón triste.

—Primero tú —dijo, cruzándose de brazos.

—Temes que grite.

—No, temo que me empujes y salgas corriendo por lo que te he dicho.

Entré, inhalé, exhalé y dejé que el agua helada subiera por mis piernas hasta la cintura.

Sienna se sentó a mi lado en su borde, con los pies dentro, respirando entre dientes hasta que, finalmente, se hundió, murmurando palabrotas.

El silencio nos envolvió un minuto. Cómodo, familiar. Siempre había sido así con ella, desde el principio.

—El decano activó el protocolo de Title IX por lo de mi denuncia a los Warriors —soltó de golpe.

Giré la cabeza.

—¿Y eso significa…?

—Que por fin se están moviendo. Medidas provisionales, entrevistas, revisión de pruebas, suspensión temporal… —Frunció el ceño—. No será fácil, pero no pienso echarme atrás.

Sonreí un poco.

—Bien. Me alegro por ti y por las chicas que te seguirán, salvando de que les ocurra algo similar a otras. Es lo que tenía que pasar, me siento orgulloso, Walsh.

—Sí…, supongo. —Sonaba cansada—. Hay algo más. —Bajó la mirada al hielo—. Landon y yo… hemos hablado.

Ahí estaba.

Ese nombre siempre me movía algo en el estómago. No rechazo, pero sí una alerta vieja que nunca terminaba de apagarse.

—¿Bien o mal? —pregunté sin adornos.

—Bien, raro, intenso. —Se encogió de hombros—. Nos pedimos perdón, los dos. Y… supongo que volvimos a acercarnos. Bastante.

Se mordió el interior de la mejilla, como si esperara que yo soltara un sermón.

—Vale —respondí despacio—. ¿Y tú cómo estás con eso?

Ella parpadeó, sorprendida por la pregunta.

—Estoy… —Cerró los ojos un segundo—. Estoy más tranquila. Me equivoqué mucho con algo que pasó en verano, algo que me alejaba de él sin que él tuviera la culpa. Lo veía todo desde un sitio que… En

fin, me cegué y la cagué a lo bestia. —Abrió los ojos—. Y al hablarlo… noté que podía volver a respirar. Aunque ahora me siento culpable por haberlo juzgado tan mal.

La escuché en silencio, no porque me entusiasmara la idea, sino porque hablaba con una claridad que no tenía cuando la conocí y porque Hayes, aunque no fuera santo de mi devoción, llevaba tiempo comportándose como alguien que quería reparar y no repetir. Él tampoco era Alondra.

—Mira… —Me apoyé contra el borde—. Sabes que no soy su fan número uno.

Sienna soltó una carcajada suave.

—¿En serio? Jamás lo habría imaginado.

—Había cosas que no me cuadraban, cosas que me recordaban a historias que no acaban bien.

Ella dejó de mover los pies, me estaba escuchando de verdad.

»Pero si dices que él está donde tú estás… Lo respeto. No voy a celebrarlo, pero tampoco voy a pincharte la rueda.

Sienna bajó la cabeza un momento, procesando.

—Gracias —susurró—. No por aplaudirlo, sino por ser honesto sin intentar llevarme a tu terreno.

—Yo solo quiero que no vuelvas a romperte —respondí—. Ni tú ni él ni nadie que me importe.

Ella respiró hondo, como si le hubieran quitado un peso del pecho.

—Nunca más —dijo lento—. Nunca más voy a perderme por nadie.

—Bien —respondí—. Eso era justo lo que quería oír.

Ella me salpicó con agua helada directo a la cara.

La alarma sonó, Sienna se levantó.

—Cinco minutos cumplidos. Si me quedo, me amputan los dedos. Vámonos.

Salí también. El aire tibio chocó contra mi piel y me hizo estremecer.

—Gracias por preguntar —dijo mientras se secaba—. Y por no juzgar.

—Me tienes para lo que necesites.

—Y tú para lo que haga falta. —Me sonrió.

Salimos juntos de la sala, con el cuerpo más frío… y la cabeza más clara.

CAPÍTULO 73



Mason

La vida tenía un sentido del humor que se podría meter por el culo.

Cuando por fin empezabas a respirar, a reír, a follar y a creer que el universo no te odiaba porque habías dado no con una, sino con dos personas que encajaban contigo como piezas de un puzle imposible…

Zas.

Llegaba el cáncer y te escupía en toda la cara.

Como si dijera: «¿Me echabas de menos, campeón?».

¡Y una puta mierda!

La semana pasada fui a mi revisión rutinaria de los seis meses.

«Rutinaria», qué palabra más hija de puta.

La había repetido tantas veces que hasta me la llegué a creer.

Me hice las pruebas con la desgana típica de quien preferiría tragarse una motosierra antes que pensar en que algo podía salir

mal, pero convencido de que estaba exagerando.

«Todo bajo control, Fitzy. Tan bajo control que ni tus padres creen necesario venir desde hace años».

Salí de la consulta entre guiños y sonrisas y me despedí hasta dentro de medio año. Y entonces, siete días después, llegó el *e-mail*.

Asunto: Revisión urgente de resultados.

Mensaje: Se han detectado irregularidades. Es necesario repetir pruebas cuanto antes. Pásese sin cita. Es urgente venir lo antes posible.

Cuando los médicos usaban la palabra «urgente», nunca significaba flores y bombones.

Bueno, sí, pero porque acababas hospitalizado.

El significado real debería ser:

«No te quiero asustar, pero deberías empezar a cagar ladrillos para fabricarte tu propio panteón».

Yo los cagué, enteros.

Cerré el correo. Me quedé mirando la pantalla sin pestañear.

Sentí el cuerpo bajar varios grados mientras soltaba una carcajada de psicópata. La ironía era demasiado perfecta: justo cuando había encontrado el equilibrio, cuando las cosas funcionaban, cuando por primera vez la vida dejaba de doler…, tenía que pasarme eso.

La luz azul de la pantalla me daba en la cara como una sentencia.

Sentí cómo algo me abría en dos, no fue un susto, no fue un «ojalá no sea nada». Fue un desgarro limpio, de esos que reconocías porque ya los viviste una vez y juraste que no volverían.

Me temblaron las manos de rabia: por haber imaginado un futuro que me ilusionaba, por haber bajado la guardia, por haber creído, aunque fuera un segundo, que podía tener algo tan jodidamente bueno como Thiago y Camila sin que el universo viniera a pasarme factura.

Me reí otra vez, más fuerte, más roto.

En ese instante lo vi claro: había cuerpos diseñados para luchar toda la vida… y otros para perder incluso cuando ganaban.

El mío siempre fue del segundo tipo y era cuestión de tiempo que me lo recordara.

No tenía un minuto que perder.

«Córtalo todo antes de que la bola se haga gigante y arrases con todos».

Ese fue mi primer pensamiento. No quería explicaciones, ni confesiones dramáticas ni ver sus caras derrumbándose mientras intentaban decirme que estarían a mi lado pasara lo que pasase.

No podía arrastrarlos conmigo, no iba a ser el detonante que les costara los estudios, las carreras, las medallas, las vidas que por fin estaban construyendo… Todo porque a mi cuerpo le había dado por recordar que una vez fue un campo de batalla.

No iba a permitir que me vieran pudrirme otra vez, que cargaran conmigo el ver cómo me pudría. Que se sentaran a mi lado mientras yo me deshacía por dentro, intentando fingir que no pasaba nada.

Porque la enfermedad no solo te comía a ti, también masticaba a quienes te querían y lo envolvía todo en un catálogo de frases estériles con el que calmar tu cerebro:

«Tú puedes». «Eres muy fuerte». «Un guerrero». «Lo superarás». «Lo importante es mantener una actitud positiva». «Vas a vencer».

Porque cuando alguien estaba jodido, pensabas que la solución pasaba por convertirlo en héroe.

¿Y ellos qué coño sabían? ¿Es que luchaba menos el que perdía? ¿Importaba menos su dolor porque la historia no acababa bien? ¿Tenía que sonreír incluso cuando solo me apetecía morirme? ¿Tenía que fingir que estaba bien cuando lo único que deseaba era que el dolor dejara de existir?

La quimio era una puta mierda, en negrita, mayúscula y subrayado. Con luces de neón si hiciera falta.

Me prometí que, si el bicho volvía, yo me declararía desertor antes de que me alistaran otra vez en el ejército. Ni era un puto héroe ni iba a dejar que me quemaran vivo por dentro de nuevo. Antes incendiaría el mundo entero y me iría a la mierda con él, pero eso sí: con mis rizos intactos.

La decisión estaba tomada.

Tenía que dejarlo todo atado antes de ir al médico a explicarle que no habría más pruebas. La vida ya me había dejado nacer una segunda vez, no habría una tercera, pasaba de jugar al gato y al ratón con la guadaña.

Lo primero: hablar con Graham. Ni respiré.

Fui directo a su despacho antes de que se me deshiciera la poca entereza que me quedaba. Le solté que no podía seguir: ni capitanía ni competición ni nada. Que había recibido una noticia que me dejaba fuera de juego. Graham intentó sacarme qué pasaba —si eran mis padres; si necesitaba ayuda; si planeaba matar a alguien—, pero lo negué todo. No podía contárselo, a nadie.

Le expliqué que el equipo necesitaba a alguien centrado y que Landon era la mejor opción: más sólido, más constante, más todo ahora mismo. Le pedí que se lo dijera él mismo y salí antes de que pudiera intentar convencerme de lo contrario.

Primer caos solucionado.

Lo siguiente fue pedirle a Oliver que me llevara directo a la clínica.

Entré en la consulta sin teatrillos.

El olor a desinfectante caro me devolvió a mi infancia: meses de hospital, luces frías, dibujos en la pared intentando tapar el miedo. El doctor salió.

—Mason, pasa.

Me senté y contuve el aliento mientras movía el pie, inquieto.

—Tus análisis no están como deberían —dijo—. Necesitamos repetir pruebas: resonancia, analítica ampliada y otros estudios. Lo antes posible. No quiero alarmarte…

Traducción: alármate.

—¿Y lo que ve ahora? —pregunté—. Dígamelo sin rodeos.

Suspiró.

—Puede ser que la enfermedad haya vuelto, puede ser algo inflamatorio, puede no ser nada, pero si se trata de lo primero… necesitamos actuar.

Ahí estaba, la frase que había estado esperando, un *déjà vu* de mierda.

—¿Aviso a tus padres? —preguntó.

—No. —Mi voz salió como un disparo—. Soy mayor de edad, esto queda entre usted y yo, están muy ocupados y no necesitan mis mierdas.

Siguió hablando. Que podía ser benigno, inofensivo, reversible. Que debería avisarlos, que había margen, opciones; la medicina había avanzado.

Yo dejé de escucharlo después de «la enfermedad puede haber vuelto».

La garganta me ardía. No lloré, no por eso. Cuando terminó, asentí y me levanté.

—Tenemos que agendar las pruebas —insistió—. Si te va bien mañana…

—Ya lo llamaré yo.

—Mason… No podemos atrasarlo, ¿lo entiendes?

—Demasiado bien, que pase un buen día, doctor, yo haré lo mismo.

Lo dejé con la palabra en la boca y salí con el mismo paso tranquilo con el que iría a comprar pan. La diferencia era que por dentro me estaba desmoronando.

Oliver me esperaba apoyado en el coche, como siempre.

—¿Todo bien, señorito Fitzroy?

Respiré. Pensé en Thi riéndose mientras me llamaba imbécil. En Cami durmiendo entre nosotros. En los dos mirándome como si mereciera algo bueno. En la cara que pondrían Avery y Jackass si les contaba lo que en realidad me ocurría. Y ahí fue cuando casi me vine abajo.

No podía decírselo, a ninguno. No podía mirarles y decir:

«Chicos, creo que me muero otra vez. Perdón por ocultaros que de niño tuve una enfermedad jodida y que posiblemente ha vuelto. ¿Seguimos con lo de ser felices?».

No, no iba a amargarles la vida así. No iba a convertirlos en cuidadores de un cadáver sentimental porque mi voluntad era la de no luchar.

Solo había una solución: Hacer que me odiasen. Que me echaran, que no quisieran besarme ni rozarme. Y si había algo en lo que yo era experto… era en cagarla.

—Todo de puta madre, Ollie —escupí mientras me acomodaba en el asiento. Él me miró por el retrovisor—. Hoy tengo mucho que celebrar —añadí—. Llévame a un sitio con alcohol suficiente para freírme el cerebro y gente con muchas ganas de hacer estupideces.

Busqué la dirección en el móvil. Un bar de intercambio: ruido, cuerpos, anonimato, caos. Perfecto para destruir cualquier cosa buena.

Mientras el coche arrancaba, apoyé la cabeza contra la ventanilla.

Ojalá me hubiera tocado otro cuerpo. Uno que no intentara matarme cada cierto tiempo.

Cerré los ojos.

—Acelera, Oliver —murmuré—. Cuanto antes empiece a joderlo todo, mejor.

Porque si algo iba a romperse… Prefería ser yo el primero en tirar la piedra.

CAPÍTULO 74



Jaxon

Mason llevaba doce días desaparecido, y eso, en idioma Fitzroy, solo podía significar dos cosas: o estaba muerto, o estaba haciendo el imbécil a nivel olímpico.

Rezaba por lo segundo, pero el nudo del estómago decía otra cosa, que estaba preocupado, y no solo porque en menos de una hora comenzara la final de los Nacionales.

Desde la noche del «*jacuzzi*, matrimonio español incluido» lo sospechaba. Bajó del coche con gafas de sol a medianoche, camisa abierta y una sonrisa que olía a autodestrucción. Ese no era mi mejor amigo: era su versión botón rojo.

Hacía diez días que Graham nos reunió a todos en el gimnasio: equipo masculino, femenino, entrenadores, Volkova con su moño de guerra. El silencio era raro, de esos que anunciaban hostia.

Landon estaba a mi lado, con la sudadera subida hasta el cuello. Llevaba meses entrenando conmigo y yo sabía exactamente lo que Hayes iba a anunciar.

Graham se plantó en el centro del tapiz.

—Escuchad, que no voy a repetirlo —dijo, manos en las caderas. Silencio total—. Quedan diez días para los Nacionales. No hay margen para dramas. A partir de hoy, Mason Fitzroy causa baja por motivos personales y no va a competir.

El murmullo subió como la espuma.

—¿Qué? —Thiago se tensó.

—¿Cómo que baja? ¿Está bien? —Camila elevó la voz de inmediato.

—Como os he dicho: motivos personales.

—Ya, pero hay motivos personales tipo «mis padres se divorcian» y motivos personales tipo «me ha atropellado un tren» —disparó—. ¿Le ha pasado algo a su familia? ¿Está enfermo? ¿Ha muerto alguien? Porque si…

—Ortiz —la cortó Volkova—. Cierra el pico. No somos un programa de cotilleo. El entrenador Hayes ya ha comentado lo que debía.

Camila apretó los labios. Thiago seguía mirando el suelo, como si ahí estuvieran las respuestas.

Graham levantó la mano.

—Lo único que os incumbe —continuó— es que Fitzroy ha hecho lo que un atleta responsable hace: cuando no puede dar el cien por cien, da un paso atrás por el bien del equipo.

Se giró hacia Landon.

—A partir de hoy, el capitán vuelve a ser Hayes. —No lo dijo: lo decretó—. Ya lo conocéis. Ha entrenado con mi segundo entrenador todo este tiempo, así que vuelve más fuerte que nunca. Aprovechadlo.

Derek chocó el puño con él.

—Sabía que ibas a regresar, tío.

Zach añadió:

—Te queda mejor liderar que hacer de animadora.

Sienna lo miraba desde el grupo de chicas con una mezcla de orgullo y calma que le habría dado vértigo a cualquiera. A mí se me hinchó algo dentro. Sabía lo que le había costado llegar hasta ahí sin Alexander martilleándole la nuca, aunque me jodía que Fitzy se perdiera su última competición en la SSU. Me habría gustado que estuviesen los dos.

—Y ahora, os quiero al máximo nivel —cerró Graham—. Nos quedan diez días y no podemos permitirnos menos que la excelencia. ¿Estamos?

—¡Sí! —respondieron todos.

—Bien. Calentad. Ahora os explico la rotación.

El entreno fue raro: gente enchufada y cabezas lejos.

Landon estaba fino. En caballo con arcos se movía con una seguridad que hacía temblar hasta las asas. Cada molino era una peineta silenciosa a nuestro padre. Graham y yo cruzamos una mirada: estaba listo.

Derek casi se salió de la colchoneta en salto por ir demasiado pasado.

—Relaja, que no estamos en la final —le dije cuando vino a por agua.

—Es que tenemos a Landon en el equipo y lo hace de la hostia. ¡Esto es histórico! —Rio.

Zach cumplió sólido. Justo lo que necesitábamos.

Thiago clavó técnica, pero tenía la mente lejos. Cada descanso lo usaba para mirar la puerta, como si esperara ver a Fitz aparecer con un chiste malo.

En el lado femenino, Sienna estaba centrada; Camila para nada. Falló un salto y un elemento en barras. Volkova le soltó tres frases secas en ruso y el pabellón se recolocó. Avery intentó subir ánimos como pudo.

Yo ayudé, di instrucciones y, cada vez que gritaba «*core*, *core*» a Landon, sentía el hueco de Mase como un agujero sin tapa. Era raro no ver sus rizos ahí. Me jodía más de lo que quería admitir.

Cuando terminó la sesión, Camila —moños altos de combate— y Thiago —ojos preocupados— se plantaron frente a mí mientras recogía el material y los otros se iban directos al vestuario.

—¿Qué le pasa a Fitz? —disparó Cami—. Tú eres su mejor amigo. Seguro que lo sabes.

—Te aseguro que no tengo ni idea, Ortiz. —Resoplé—. A mí también me gustaría saberlo, gracias.

Camila abrió las manos, frustrada.

—Tiene que haber pasado algo. Nadie deja el equipo así porque sí, y menos él. ¿Has notado algo raro?

Suspiré fuerte. Ya me tenían entre la espada y la Cruz, de Thiago.

—A ver… —Me crucé de brazos—. Os voy a decir algo y no os tiréis a mi cuello: igual el problema sois vosotros dos. —Pausa—. O más bien… vosotros tres.

Camila parpadeó. Cruz tragó saliva.

—¿Cómo que nosotros tres? —preguntó él, tenso.

—Por favor —bufé—. ¿En serio pretendéis que no me haya dado cuenta?

Dormimos pared con pared en Louisville. Pared. Con. Pared. Y mis tímpanos siguen en terapia por culpa de vuestros jadeos.

—¡No eran tan fuertes! —protestó Camila.

—Claro. —Me reí—. Creo que, gracias a vosotros, el hotel se ha replanteado mejorar la insonorización. Suerte que mi tío ronca como un oso con sinusitis y no se coscó.

Thiago carraspeó, avergonzado.

—Lo que pase en nuestra intimidad no tiene nada que ver con que haya dejado el equipo.

«Y ahí está, lo reconoce».

—¿No? —Incliné la cabeza—. Pues yo diría que sí. O al menos es la teoría más lógica porque lo vuestro no es precisamente «amigos que se abrazan por diversión, más bien con penetración». Y si ya es difícil entenderse dos, no quiero imaginar lo que será con tres.

Camila negó.

—Estábamos bien. Dejamos las cosas claras. No discutimos, nadie se puso celoso, nadie se enfadó. Estábamos… —buscó la palabra— equilibrados.

—Quizá no os disteis cuenta. Mase puede camuflar lo jodido que está con una sonrisa. A veces basta una tontería para atravesarlo.

Thiago negó, firme.

—No fue por nosotros. Te lo juro.

Camila asentía igual de rápido. Me pasé la mano por la cara.

—Vale. Entonces, si no es por algo que ocurriera entre vosotros, apuesto todo a su familia. Aunque diga que la ausencia de sus padres no le importa, no es así. Puede que le hayan dicho algo que lo haya desestabilizado y no quiere contarlo.

Compartieron una mirada cargada de miedo.

—¿Crees que está mal? —preguntó Thiago—. ¿Que nos necesita?

—Creo que Fitz no desaparece por tonterías —respondí—. Pero es de los que se recomponen si lo dejas respirar. Y vosotros no podéis perder el foco. Estamos a diez días de los Nacionales y tenéis exámenes. No la jodáis por su silencio, es fundamental que os centréis. Si lo que tenéis es sólido, puede esperar.

Camila se mordió el labio.

—¿Podrías hablar con él? Por favor. Aunque te mande a la mierda. Yo intentaré llamarlo y sé que Thiago también, pero estos días son una pesadilla. Vamos muy pegados de tiempo, no obstante, no quiero que piense que lo que le pase no nos importa.

Asentí.

—Voy a insistir y me ocuparé de que lo sepa. Pero si se ha encerrado así, es porque no está listo para hablar. Dadle espacio.

Camila golpeó la colchoneta con la punta del pie.

—Odio esta mierda.

—Bienvenida al club —dije—. Pero escuchad, estoy convencido de que, pase lo que pase, Mase no quiere hundiros. Él ha tomado una decisión y hay que respetarla. Vosotros os debéis ese mismo respeto a vosotros y al equipo.

Thiago respiró hondo.

—No vamos a fallar.

—Yo solo necesito saber que está bien. Voy a seguir escribiéndole hasta que conteste —añadió Camila—. Aunque sea para insultarme.

—Hazlo, pero si no responde no te desconcentres, habrá tiempo para solucionarlo. —Sonreí—. Id a las duchas. Yo me ocupo de Fitz.

Los vi alejarse, pesarosos. Yo seguí recogiendo el material con la misma idea clavada entre las costillas:

Si a mi amigo le ocurría algo, no pensaba parar hasta averiguarlo.

Aunque tuviera que arrancarle los rizos uno a uno.

CAPÍTULO 75



Thiago

Quedaban quince minutos para que empezara la final y yo seguía mirando la puerta como si fuera a abrirse por arte de magia.

Trece días sin ver a Mason. Trece.

La última vez fue en el entrenamiento físico.

Estaba bien, normal, sudado, competitivo, vacilándome con esa sonrisa que siempre llevaba a dos centímetros del desastre.

Nos duchamos rápido, dijo que tenía que pasar por el centro comunitario de Graham y… no supimos más.

No respondió a un solo mensaje ni una llamada, silencio puro. El mismo silencio que yo usé con Alondra. ¿Sería eso? ¿Jaxon tendría razón? ¿Había sido culpa nuestra?

Tenía las manos frías y el estómago revuelto. Mis padres y mi hermana estaban entre el público; habían hecho un esfuerzo enorme por venir. No podía fallarles.

Camila estiraba a mi lado, pero no estaba ahí. Sus moños temblaban más que mis muñecas.

—¿Nada? —preguntó sin mirarme porque le dije que iba a escribirle si vendría a vernos competir, que le necesitábamos allí.

—Nada.

Soltó una risa que pinchaba.

—Es que no tiene sentido —bufó—. No discutimos, no hubo drama, no pasó nada raro. Estábamos… bien. —Por fin me miró—. Thi, ¿qué se nos escapa?

El pabellón era ruido, órdenes, magnesia en el aire, metales que vibraban…

Todo seguía como si él no faltara, pero faltaba, y mucho. Sin quererlo ni esperarlo, se abrió un hueco en mi corazón, en el de ambos, y lo extrañaba muchísimo.

Camila bajó la voz:

—Dime que no se fue por culpa de lo que hicimos.

«Boom. Hostia al pecho».

—No —dije—. No tiene sentido que haya sido por eso. Él y yo también follamos sin ti. Cuando hablamos los tres y acordamos cómo llevarlo, dijimos que no teníamos que ser siempre los tres, que bastaba con contarlo.

Aunque lo verbalizaba, ninguno de los dos parecía creérselo del todo.

Un día antes de que Mase desapareciera, Cami y yo hicimos un entreno extra que acabó en un polvo memorable en las duchas. A la mañana siguiente se lo contamos, porque lo acordamos así, y no parecía cabreado… Al contrario. Aunque quizá me falló la intuición y sí lo estaba, o quizá era otra cosa.

Jaxon apareció con cara de sostener al equipo entero con una mano y apagar incendios con la otra.

—Qué dos caras de velatorio, coño —soltó—. Si vais a salir a competir así, me da un ictus en directo.

Camila fue directa:

—Dijiste que te ocuparías y seguimos sin noticias de Mase.

—También os dije que os centrarais y le dierais espacio. Fitzy está lidiando con algo que no quiere que veamos y, si no quiere, no lo

vamos a ver por mucho que lo acorraléis.

Cami soltó una carcajada rota.

—Perfecto. Entonces, ¿qué? ¿Compito como si no se me estuviera desmoronando el estómago?

Jaxon bajó la *tablet*, serio.

—Os voy a decir algo, y escuchad bien: si queréis ayudarlo, competid, ganad. Demostradle que el equipo que él ayudó a levantar no se viene abajo porque haya decidido tomarse unos días. —Nos miró—. Estoy convencido de que necesita ver que vosotros dos podéis sosteneros sin él; quizá es su extraña forma de reforzar vuestro vínculo, no lo sé.

Pensé que ojalá tuviera razón, aunque había algo en su mirada que me decía que quizá no nos lo estaba contando todo. La apartó con brusquedad.

Camila se cruzó de brazos.

—¿Tú crees que va a volver?

Reyes respiró hondo.

—Sabes tan bien como yo que Fitz no sabe irse del todo de ninguna parte.

Ella bajó la voz:

—Entonces…, ¿qué hacemos?

Señaló el tapiz con la barbilla.

—Hacéis lo que él espera de vosotros: dejáis el drama para luego. Hoy… rutinas perfectas. Ni un puto temblor. Necesitamos una competición limpia que nos meta directos en la final. ¿Estamos?

—Vale, pero cuando tengamos la maldita copa, lo buscamos. Aunque haya que arrastrarlo —dijo Camila—. No puedo estar más tiempo así.

—Diez de diez —resopló Jaxon—. Lo secuestráis, lo sentáis y le hacéis terapia grupal… Eso se le tiene que dar de lujo a Cruz, es su especialidad. Pero ahora —alzó la voz—, centrados y a la pista.

La megafonía anunció el calentamiento oficial. Graham y Volkova nos llamaron a todos.

Nos movimos hacia ellos.

Vi a mi familia saludando desde la grada y les sonreí.

Los jueces tomaban posiciones; los focos y el humo avisaban de que la NCAA estaba lista para convertir aquello en puro espectáculo.

Y, aun así, mi cabeza volvió a Mason.

A su risa, su desorden, sus metáforas absurdas sobre mis bíceps, la forma en la que me rozaba el hombro cuando pensaba que nadie lo veía.

Me hice una promesa, simple y absoluta: Ya estuviera bien o fatal… Lo encontraría y lo traería de vuelta.

Su ausencia me había dejado un hueco que no sabía que tenía, y ahí lo entendí sin excusas: lo quería.

A él y a Camila, a los dos.

No fue un flechazo ni una fantasía de vestuario; era esa certeza tranquila que te cambiaba por dentro, que te recolocaba el eje. Mi eje, mi puto corazón. Y no pensaba renunciar a ninguno. Si la había cagado, hablaríamos las cosas, pero lo solucionaríamos.

Si lo que Mason necesitaba era que dejáramos de escondernos, que diéramos el salto y lo hiciéramos público —sin sombras y sin puertas cerradas—, yo estaba listo para asumirlo, para decirlo, para sostenerlo delante de quien fuera.

Me importaba una mierda lo que opinaran los demás, sabía exactamente hacia dónde quería ir: Hacia ellos y con ellos.

Pero primero, como dijo Jaxon, tocaba darlo todo y ganar. Por él, por nosotros y por el equipo.

CAPÍTULO 76



Mason

La muerte en vida debía de ser eso.

Seguir respirando, seguir andando… y notar que lo que eras de verdad se había quedado atrás, en algún vestuario de la SSU, con olor a magnesio y a futuro.

Llevaba trece días fumando hierba y bebiendo caro.

Perfecto resumen de mi existencia: el hígado por los suelos y la tarjeta por las nubes; qué más daba.

El bar de intercambio fue el punto más bajo del *tour* de autodestrucción.

Dos desconocidos, *jacuzzi*, manos por todas partes, la opción perfecta para hacer la cagada definitiva: follar con cualquiera que no fueran Thiago y Camila, traicionarlos a lo grande para que me odiaran y no quisieran saber de mí.

Solo que no pude.

Cuando ella me besó, cerré los ojos… y vi los de Camila.

Cuando él me agarró de la cintura, fue el cuerpo de Thi el que recordé.

Se me hizo bola, literal, y vomité en el agua como si no hubiera un mañana. Fin de la fiesta.

No era capaz ni de traicionarlos bien. Ni para ser villano servía.

Desde entonces, sofá, porros, vodka y ese tictac mental que decía «es una puta recaída» cada vez que intentaba dormir.

No llamé a mis padres. ¿Para qué? Mi madre ya había sostenido durante muchos años el cubo de los vómitos y ahora no iba a volverlos a joder.

No respondí a Jaxon ni a Camila ni a Thiago.

Apagué el móvil y lo metí en un cajón, como si así pudiera desconectar mi cuerpo defectuoso.

Podía renunciar a un montón de cosas. A la quimio, a los médicos, a las esperanzas y a ellos.

No obstante, necesitaba estar ahí y verlos competir. Por eso estaba sentado en una grada alta, con sudadera gris, gorra calada y gafas de sol en interior —nivel idiota profesional—, intentando pasar desapercibido entre familias y estudiantes.

El pabellón vibraba como si tuviera corazón propio.

Cuatro universidades en pista, luces, humo, música. La pantalla gigante marcaba los totales: los Warriors segundos, a menos de medio punto de UCLA. Thiago y Landon peleando el All Around.

Habían llegado a la final sin mí.

Me habría gustado decir que eso no me dolía.

«Mentira. Deberías estar ahí abajo con ellos, capullo».

El pensamiento me atravesó mientras localizaba a Thi en el calentamiento de suelo.

Se plantó en su esquina con esa calma de depredador que a mí me pondría cachondo en cualquier contexto, menos en ese. Camiseta de tirantes ajustada, músculos marcándose bajo la piel, la mirada puesta en el punto exacto donde empezaba su diagonal.

La voz del *speaker* anunció su nombre y el ruido bajó dos tonos, como si el público supiera que venía fuego; con la carrerilla ya sabía que iba a arrasar.

Batida limpia, doble mortal atrás con doble pirueta. El cabrón voló. Cuerpo extendido, piernas juntas, pies en punta. Cayó tan clavado que hasta yo me levanté un poco del asiento.

—Así me gusta, Cruz… —murmuré con la garganta hecha un nudo.

En los pasos coreografiados, el Thiago de líneas limpias, brazos controlados y expresión concentrada te arañaba las entrañas.

La segunda diagonal fue una combinación de mortal adelante a enlace, otra pirueta, entrada agresiva, salida suave. El público respondió con un rugido.

Pensé en la de veces que lo vi repetir aquellos ejercicios hasta acabar con la espalda sudada y la paciencia al límite, y se me encogió algo que no eran solo los huevos.

«No podía irme de este mundo sin ver esto», reconocí.

Tercera diagonal.

Respiró, corrió como si estuviera persiguiendo al miedo que le acompañaba desde siempre y se lanzó al doble mortal en carpa. En el aire era puro control; en la caída, una amenaza. Un microajuste de pie que los jueces rascarían, pero que no empañaba ni de coña la rutina.

Pose final. Brazos arriba. Silencio. Y luego, la explosión del gimnasta estrella que le arrebatamos a Puerto Rico.

Lo vi apretar los puños mientras las notas salían en la pantalla: 9.950, y a Camila sonreírle con auténtica devoción.

—¡Toma, joder! —susurré, sintiendo que el pecho se me llenaba de algo muy parecido a la felicidad. Por él, por ambos; se merecían el uno al otro y quizá ese fuera mi papel, el de unirlos.

El pensamiento me torturaba y alegraba a partes iguales porque no estaría con ellos para disfrutarlos.

Me centré en la competición.

El resto de los chicos estuvieron a la altura: Derek sólido en paralelas, clavando como si llevara años ahí; Zach firme en barra fija, alguna oscilación pequeña, pero sin regalar décimas; los *rookies*, Jesse y River, cumpliendo como veteranos.

Y el Princeso… El puto Princeso era un cabrón.

En anillas aguantó la cruz como si la hubiera inventado, cara roja, cuello tensado, pero sin temblar. En salto hizo uno de catálogo, recepción limpia, espalda orgullosa, como la cara de Jaxon al ver volar a su hermano y saber que fue él quien le dio las alas.

Yo, desde mi escondite, iba haciendo cuentas mentalmente.

«Bien. Muy bien. Demasiado bien. Os quiero y os odio a la vez, mamones».

Entonces, lo vi. Alexander.

Traje perfecto, postura de señor que cree que todo el pabellón está ahí por él. La misma cara de siempre: la de «tú nunca serás suficiente», aunque dándose cuenta de que tal vez, y solo tal vez, estaba equivocado.

Sentí una punzada en el estómago.

Landon también lo vio. Jaxon se dio cuenta y se puso delante de su hermano, lo agarró del hombro y le dijo algo que yo no alcanzaba a escuchar, pero, conociéndolo, sabía lo que estaría diciéndole: «no le dejes ganar».

Lo siguiente fue caballo con arcos.

Mi aparato. El mío. El que me gustaba porque me sentía sujeto a algo, aunque mi cuerpo flotara.

Por un segundo quise estar abajo, solo para meterle una colleja y decirle: «más te vale no dejar mal mi legado, Hayes».

Subió a la tarima, hundió las manos en el polvo blanco y probó el agarre.

Desde la grada se veía distinto, menos técnico y más… vital.

El caballo no era solo un aparato. Era la línea que separaba al Landon que una vez se rompió por dentro del Landon que había decidido ser dueño de su vida, del auténtico capitán.

Y lo gocé, mucho, muy fuerte, como si fuera yo quien estuviera realizando aquella brutalidad de ejercicio en los últimos Nacionales en los que iba a estar.

Me pillé contando en mi cabeza, visualizándome, como siempre que lo entrenábamos juntos.

Uno, dos, tres, cuatro…

Tijeras abiertas, cambio de dirección sin cortes.

Nadie respiraba.

Hubo un instante en que noté que el brazo le tiraba, ese microgesto que cualquiera se habría perdido. Yo no.

Apretó el *core*, subió medio centímetro la cadera y el caballo volvió a sonar a metrónomo. Ni un roce. Ni un golpe.

—Eso es, cabrón… —me encontré murmurando.

Serie final, salida.

Molinos encadenados, tijeras, impulso, vuelo… y recepción clavada. Brazos arriba. Ni. Un. Puto. Balanceo.

«¡Hostia puta, lo ha conseguido!».

El bramido de la grada me caló hasta los huesos.

Las notas parpadearon: combinación de dieces y nueves altos. Suficiente para elevar la media hasta donde tenía que estar.

Vi cómo Jaxon lo arrollaba en un abrazo sólido, cómo el equipo lo manteaba, cómo Graham le cogía la nuca y le decía algo que seguramente incluía la palabra «orgulloso».

Sentí un pellizco brutal en la garganta.

«Lo has hecho sin mí, Hayes, porque tú siempre fuiste el verdadero capitán y yo el reemplazo».

Estaba ahí porque era lo correcto y yo, otra vez, la pieza que sobraba de la ecuación. Mi baja, su gloria; punto para el cáncer.

La clasificación masculina apareció en pantalla y el pabellón casi se viene abajo:

1º SSU Warriors – 418.725
2º UCLA Bruins – 417.900
3º Huskies – 415.450
4º Penn State – 414.600

Campeones: Mis chicos, mi equipo, mi casi familia.

Tragué saliva. Me dolieron los ojos.

«Ojalá tuviera un cuerpo que no intentara matarme cada cierto tiempo. Ojalá pudiera quedarme abajo con vosotros, celebrando, en vez de esconderme aquí como un fantasma con gorra».

No encendí el móvil. Ni loco. Sabía que lo estarían reventando a notificaciones: llamadas de Jaxon, audios de Cami, mensajes en mayúsculas de Thiago.

Con suerte, mi hermano les habría contado lo justo con los del club de intercambio para que no se vinieran abajo; con más suerte aún, no habría soltado nada para no desestabilizarlos antes de la competición.

El marcador cambió a la parte femenina.

Las chicas iban primeras por muy poco. Esa guerra de décimas que hacía que te sudaran las manos, aunque tu única responsabilidad fuera no derramar las palomitas.

Vi a Avery aparecer en silla de ruedas, dientes apretados, pero con la cabeza alta.

Volkova, a su lado, tenía su cara de madre bielorrusa preocupada, aunque su cara fuera la de un témpano de hielo.

Sienna en un extremo, Camila en el otro, Isla, Naomi, Harper… Todas en posición.

Suelo.

El aparato donde este año Cami se volvía dinamita.

Fueron desfilando gimnastas hasta que le tocó el turno a Ortiz.

El foco la encontró en la esquina.

Moños altos, ojos encendidos, maillot que le abrazaba cada línea. Apoyó las manos en las rodillas, respiró hondo y yo sentí el impulso de bajar a arrancar la barandilla a mordiscos.

La música —cómo no— arrancó con un ritmazo que le quedaba perfecto.

Primera diagonal: doble mortal atrás agrupado con pirueta. Salió disparada, compacta y salvaje, y cayó con un pasito mínimo que disimuló enlazando con la coreografía.

La Cami *showtime*.

Entre diagonales se comió el tapiz: giros, caderas, brazos, sonrisas… Esa forma suya de mirar al juez como quien dice «sé que estás viéndome y no puedes hacer nada para evitarlo». Las chicas en la banda se venían arriba. Volkova fingía estar mirando la técnica, pero se le escapó un amago de sonrisa.

Segunda diagonal: combinación de mortal adelante a plancha, giro.

El aterrizaje no fue perfecto, pero lo salvó con ese control de gato de azotea.

«Venga, Ortiz, tú puedes, por favor, por favor…».

La tercera diagonal fue puro corazón: corrió, se lanzó a un doble mortal en carpa, que le arrancó un «oh» a media grada, y clavó lo justo para que el marcador no tuviera excusas.

Pose final, cadera ladeada, brazo al cielo. Apoteosis final.

Me encontré aplaudiendo como un idiota antes de acordarme de que no quería llamar la atención. Me contuve tarde, una señora de al lado me miró y asintió, emocionada. Sí, señora, yo también estaba a punto de llorar.

La nota salió: 9.900.

No perfecta, pero suficiente para mantener a las Warriors arriba y garantizarle como mínimo la plata, aunque, por el momento, iba primera.

Luego vinieron el resto: Isla sólida; Naomi precisa; Harper fiable… Todas sumando como una orquesta que llevaba todo el año afinando para ese concierto.

Y, entonces, Sienna.

La música bajó, el ambiente cambió. Era distinto. Sabías que estabas viendo el cierre de algo grande.

No iba a repetir cada salto, cada diagonal porque ya lo habrás oído de boca de Landon en otra versión de esta historia.

Solo te diré lo que vi yo.

Vi a una tía, que había pasado por el infierno, competir como si el suelo fuera suyo, como si el cuerpo ya no fuera enemigo, como si la culpa hubiera aprendido a sentarse en la grada y aplaudir.

Vi a Thiago a unos metros, de pie, con los ojos brillando, orgulloso como si fuera su hermana pequeña.

Vi a Jaxon al borde de la pista, respirando al compás de cada giro.

Vi a Camila con las manos juntas, rezando a cualquier santo disponible.

La última diagonal de Sienna fue un puñetazo en la mesa a todo lo que la había intentado romper.

Cayó. Brazos arriba. Silencio, y luego la explosión que me acabó de rematar.

9.950.

Las chicas, campeonas también.

El pabellón se convirtió en una centrifugadora de gritos, luces y abrazos.

Landon se lanzó a por Sienna, la levantó y la giró. Thiago y las demás las rodearon. Avery, desde la silla, aplaudía con rabia. Volkova parecía a punto de permitir un abrazo. Camila… Camila brillaba. Ojo húmedo, sonrisa enorme, cuerpo entero diciendo «lo hemos conseguido».

Yo me quedé quieto, con las manos en los bolsillos de la sudadera y la gorra echada hacia adelante.

Si la expresión «corazón roto y lleno» significaba algo, era exactamente eso.

Firmaría ahora mismo por ser otro tío, uno más sano, para gozarlos.

Ojalá hubiera nacido en otra familia que me hubiera querido de cerca y no a golpe de transferencia bancaria y fotos de Navidad.

Ojalá me quedara todo el tiempo del mundo para seguir celebrando sus triunfos.

Pero no era así.

Y lo único que podía desear, desde mi esquina invisible, era que se mantuvieran unidos. Que siguieran siendo felices, aunque yo no estuviera, a pesar de que eso me arrancara por dentro.

Tragué y me limpié con discreción una lágrima rebelde con el dorso de la mano.

—Enhorabuena, cabrones… —susurré, más para mí que para nadie.

Cuando sacaron los trofeos, vi a Graham arriba con los chicos; a Jaxon medio destrozado de emoción; a Thiago aguantando el tipo y a Camila abrazando a Sienna como si fueran dos caras de la misma medalla.

Era demasiado, demasiado bueno, demasiado doloroso.

Me levanté del asiento antes de que las luces se encendieran del todo. No quería jugar a «dónde está Wally» con ellos, no ese día.

Necesitaba aire, y quizá… una excusa para seguir sintiendo que estaba un poco dentro de su mundo, aunque fuera desde la sombra.

Bajé las escaleras de la grada con las manos hundidas en la sudadera, la gorra cubriéndome la cara.

Empujé la puerta de salida hacia el exterior.

No sabía que al otro lado no me esperaba el silencio, sino el puto huracán Alexander Hayes, y que esa noche no solo cambiaría su vida, también la mía.

CAPÍTULO 77



Camila

Ganar los Nacionales era como meterse una descarga de voltios directos al corazón.

Luces, gritos, himnos, copas, confeti… Todo a la vez. Aún tenía el cuerpo vibrando cuando entré al vestuario.

El ruido seguía ahí dentro: música cutre saliendo del altavoz; toallas volando; alguna lagrimita furtiva. Avery estaba sentada con el brazo vendado, coronita torcida sobre el moño; Naomi no dejaba de anotar resultados en su prototipo de *app* antes de que se le olvidara nada.

Yo acababa de salir de la ducha. Pelo en el interior de la toalla, piel aún húmeda y cargadita de determinación porque juraría que, en mitad de toda la locura del pabellón, había visto algo.

Un perfil, una gorra, una forma de sentarse.

Un «podría ser él».

«Te lo estás inventando, Ortiz». O igual no.

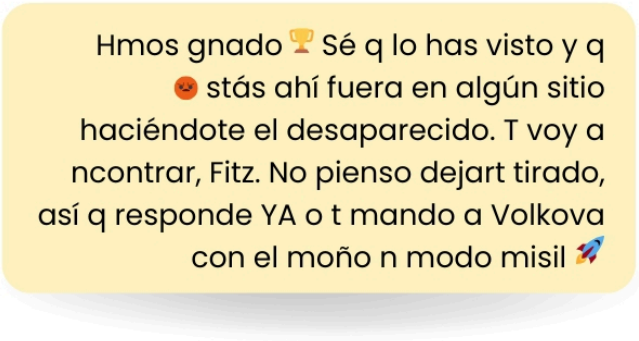
Abrí mi taquilla, cogí el móvil… y el estómago me dio un vuelco. Notificaciones por todas partes. Grupos, mis hermanas —que habían visto la competición retransmitida en *streaming* por el canal de deportes universitario—, una lluvia de «ENHORABUENA» en mayúsculas. Pasé de todo eso y abrí el chat de Mase.

Último mensaje: mío.

Penúltimo: mío.

Antepenúltimo: adivina.

Suspiré y empecé a aporrear la pantalla.



Los dedos me iban solos, como si fuera un reflejo automático. No había terminado de enviarlo cuando una voz sonó detrás de mí.

—¿Volviendo a escribirle? —Avery estaba apoyada en la taquilla de al lado con rostro interrogante.

—No me pienso rendir —repliqué sin dejar de mirar la pantalla.

Naomi se dejó caer en el banco frente a nosotras, con la toalla como capa improvisada.

—Solo te recuerdo —dijo en modo documental— que hasta los rebeldes de *Star Wars* saben cuándo es mejor retirarse de una batalla. A veces, una derrota a tiempo es una victoria estratégica.

—Lo que Thiago, Mase y yo tenemos no es ninguna derrota. —Apreté los labios—. Y Fitz merece que luchemos por ello.

Avery frunció el ceño, pensativa, jugueteando con la venda del hombro.

—Y entonces, ¿por qué lo lleváis en oculto?

Dejé el teléfono a un lado.

—¿Cómo? —Alcé la vista.

Ella se encogió de hombros.

—No sé… Una vez escuché a Mase, cuando terminó con el gilipollas de los Warriors —puso los ojos en blanco, todas sabíamos de quién hablaba—, decir que pasaba de volver a ser el secreto de nadie. Que estaba harto de que la gente con la que estaba se avergonzara de él o lo escondiera.

»He estado pensando y… —Miró el suelo un segundo—. Bueno, no sé, igual es eso. Que cree que os avergonzáis de lo que tenéis. Que se ha agobiado.

El corazón me pegó una hostia contra las costillas.

Mason en mi cocina, riéndose con una copa en la mano y diciendo aquello de «no pienso volver a ser el amante en la sombra de nadie».

Mason mordiéndose el labio cuando nos vio a Thiago y a mí juntos.

Mason diciéndome que me quería… Y yo tragándome la respuesta como una cobarde porque me dio pánico decirlo en voz alta.

«Mierda, mierda, mierda… ¡Joder, eso sí que puede ser!».

Naomi asintió despacio.

—Yo no lo veo nada descabellado. Dijiste que Mason te dijo que te quería y tú no respondiste. Ha pasado tiempo de eso… Igual piensa lo que ha dicho Avery: que le queréis para la cama, pero no para la foto del salón.

La angustia me subió a la garganta como cloro.

—¡Joder! ¡Mierda! —lo exterioricé. Me pasé las manos por la cara —. Tengo que hablar con Thiago urgente. Puede que tengáis razón y que eso, sumado a que follé con Cruz sin él, haya sido el detonante para que se haga la película equivocada.

Naomi chasqueó la lengua.

—¿Te comiste el Toblerone sin compartir? Avariciosa. —Bufó—. Eso, en cualquier galaxia, es motivo para hacer estallar el planeta.

—Ellos también lo hicieron solos —protesté—. Y yo con Mase… Estaba hablado. Sabíamos que podía pasar, pero… —me callé un segundo— igual para él no era lo mismo.

«Igual para él nunca hemos sido solo sexo, y lo cierto es que me parece que para mí tampoco».

Pensé en Mason: en la forma en que nos miraba; en cómo se le ablandaba la voz cuando se reía con Thi; en cómo me colocaba la mano en la nuca al besarme, con miedo a que me escapara.

Mason no era solo chispa y chistes fuera de lugar. Era lealtad en forma de cariño, disfrazado de sarcasmo. Era el tipo que te hacía sentir que el mundo era un poco menos mierda solo porque había decidido quedarse contigo cinco minutos más después del vestuario.

Él merecía un amor que no lo ocultara, merecía ser dicho en voz alta, merecía saber que yo también lo quería. A él, a los dos, sin peros, sin excusas y mirándolo a los ojos, no por WhatsApp.

—Gracias, chicas. —Me puse en pie de golpe—. Voy a buscar a Thiago, a ver si me acompaña y lo arreglamos.

—¿Y la celebración? —preguntó Avery, levantando la coronita.

—Estaremos allí —aseguré—. Y espero que con Mase.

Cogí la mochila y guardé el móvil en el bolsillo, como quien enfundaba un arma.

—Deseadme suerte.

Naomi se llevó dos dedos a la sien, versión saludo *jedi*.

Avery sonrió de lado.

—Dale un beso de mi parte. En la frente, no te flipes, que si no me manda una foto de su rabo con lacito.

Reí, pero el pulso seguía acelerado. Había llegado la hora de dejar de esconder lo que sentía y dar el gran salto.

Por Mason, por Thiago y por un futuro los tres juntos. No merecíamos menos que eso.

CAPÍTULO 78



Thiago

Mi madre me tenía la cara entre las manos, como si yo tuviera ocho años y acabara de ganar mi primera medalla en el barrio.

—Mi campeón, qué orgullosa estoy de ti —murmuró con ese acento puertorriqueño que se volvía más dulce cuando estaba feliz.

A papá le brillaban los ojos, me dio un abrazo que casi me dejó sin aire.

—Esa última diagonal… Carajo, Thiago, ni en mis mejores tiempos de clavadista hice un salto tan limpio.

Yanelis, mi hermana, llevaba a la mitad del jodido pabellón deslumbrado: uñas rojas, pelo perfectamente trenzado, pendientes grandes y una camiseta que decía *Beauty is my Goodness*.

—Papi, mami, ¿ustedes vieron a mi hermano? —chilló—. ¡Si parecía un anuncio del Tinder para cazar al vuelo nuevas solteras! Y esas trenzas… Papito, te tengo que poner el nombre de mi salón en

la camiseta con una flecha, por si me salen clientas después de cada mortal.

Me reí porque con ella era imposible no hacerlo.

—Gracias por venir —les dije—. Sé que el viaje fue una locura.

—No podíamos perdernos tu última competición —respondió mamá—. Hasta cruzar medio país en un avión que olía a *mofongo* y pies.

Iba a contestar cuando escuché pasos rápidos detrás de mí.

El corazón me dio un vuelco antes de girarme.

Camila venía directa hacia nosotros. Pelo aún mojado, recogido en dos moños altos improvisados que parecían antenas de guerra, los *piercings* brillando y los ojos cargados de ideas. Juraba que no había visto nada más bonito en todo el día.

—Hola —dijo sin aire—. Perdón si interrumpo.

La agarré por los hombros sin pensarlo y la acerqué a mi costado, como si mi cuerpo decidiera por mí y ese lugar le perteneciera.

Mi familia se la quedó mirando con la sutileza de un guepardo viendo a su presa en un documental de National Geographic.

Yanelis fue la primera en romper el silencio.

—¿No nos vas a presentar a tu amiga, hermanito?

Yo miré a Camila, ella a mí, luego a mis padres y tomé aire.

—Sí, claro. Ella es mi amiga…

—Camila —interrumpió ella, adelantando un paso—. Y soy mucho más que una amiga, encantada de conocerlos.

Les tendió la mano como la americana más segura del planeta.

Mi madre sonrió encantada, papá no daba crédito y Yanelis soltó una carcajada.

—Me gusta esta chica —sentenció—. Ya me fijé en ti antes. Tienes estilo. Eres una reina en el tapiz.

—Gracias —respondió Cami con una sonrisa que solo sacaba cuando estaba nerviosa. Mamá asintió.

—Es cierto. Tienes algo especial que te hace brillar y casi te llevas el oro en tu aparato. Fue una competición hermosa.

—Muchísimas gracias, señora Cruz —respondió agradecida.

Mi padre también intervino.

—Los saltos los ejecutaste con mucha potencia. Muy bien hechos.

—Eso fue gracias a las clases que me dio su hijo. Trastabillé un poco en uno y me costó el oro —admitió ella—, pero estoy contenta.

No pude evitar besarle la sien sin tapujos. Mi familia lo vio.

Mis padres se miraron cómplices, mi hermana abrió la boca en un «¡ah, caray!».

—Me encanta —añadió ella—. Hacen una pareja divina. Oye, ¿te haces tú misma ese peinado? Porque tienes buenas manos. Si alguna vez necesitas trabajo, puedo darte una oportunidad en mi salón. Eres latina, ¿cierto?

—Gracias. —Rio Cami—. Sí, mis padres son mexicanos, pero yo nací en Nevada.

—Ay, me encantan las enchiladas —celebró Yanelis—. Y tener una cuñada tan divina también.

—Bueno… —Cami ladeó la cabeza con esa chulería dulce suya—. Quizá, en vez de una cuñada tengas dos.

Silencio. El tipo de silencio que caía cuando alguien tiraba una granada en una sala cerrada.

Todos miraron a Camila, luego a mí. Mamá abrió los ojos como dos soles.

—Thiago Cruz —exclamó—. ¡No me digas que le has puesto los cuernos a esta muchacha tan preciosa! ¡A ti no te criamos así!

—¡Qué? ¡No! ¡Yo no! —Me atraganté.

Papá señaló con un dedo.

—Pero ella dijo… dos…

—Yo… lo siento —balbuceó Camila, mirándome como si acabara de detonar un misil—. No debí decir eso, perdón.

Y, por alguna razón que no entendí, no me asusté y sentí que sí debía decirlo y yo afrontar lo que era de una maldita vez.

No me hundí ni sentí vergüenza, sentí… libertad, la misma que ella estaba ostentando como bandera. Inspiré hondo.

—Mamá —dije—, papá, hermana. Se acercaron un paso sin darse cuenta—. No estoy solo con Camila. Somos tres. No somos pareja…, somos una trieja.

El eco de la palabra flotó en el aire. Yanelis fue la primera en reaccionar.

—¡¿Tú con dos chicas?! —chilló aguda.

Me llevé una mano a la nuca.

—No… —Tragué—. Somos dos chicos y Camila.

Un silencio más profundo y ella posando los ojos sobre Cami.

—Ay, joder. Hermana…, tú sí que sabes.

Mi padre abrió la boca para decir algo, pero mamá le puso la mano en el brazo.

—Eso ahora no importa —sentenció con firmeza—. Hijo…, ¿los tres estáis bien así? Sois… ¿Felices? ¿Os entendéis? —Carraspeó.

—Sí —respondí. Claro, seguro.

Mi madre asintió, convencida.

—Entonces, eso es lo único que importa. Si tienes un corazón grande donde caben dos, no seremos nosotros quienes se opongan a que seáis tres.

Mi pecho se aflojó tanto que casi me caigo de culo.

—¡Menudos padres tienes, joder! —susurró Camila—. Perdón… —añadió en voz baja. Todos rieron—. Nos encantaría contároslo todo con calma para que podáis entendernos mejor —dijo ella enseguida —, pero tenemos que ir a un sitio, o, mejor dicho, a por una persona. ¿Nos disculpáis?

Mi madre la abrazó sin pedir permiso.

Mi padre me dio una palmada en la espalda que significaba un «esto me lo tienes que explicar mejor» y Yanelis me guiñó un ojo, cargado de amor de hermana.

Cuando estuvimos lo bastante lejos, me pidió perdón.

—Lo siento, no medí lo que estaba haciendo…

Paré un instante y la besé.

—Lo hiciste bien, yo también necesitaba eso, aunque no lo supiera. ¿Dónde vamos?

—A hablar con Mase.

—Pues venga —dije—. A ver si este cabrón deja de huir y le arreglamos esa cabezota de una maldita vez.

CAPÍTULO 79



Mason

Cuando salí del pabellón, parecía un tipo normal que volvía a casa después de ver a su universidad ganar unos Nacionales. Gorra baja, sudadera gris, paso tranquilo. Por dentro… era un mordisco de ácido, bañado en algo dulce después de ver cómo la poli detenía a Alexander; me gustaba pensar que el karma siempre tenía su propio plan paralelo y daba cuando tocaba.

Ojalá ese cabrón se pudriera en la cárcel, era lo mejor para sus hijos.

No podía acercarme a Jaxon y a Landon ahora, tampoco a Cami y a Thiago. No podía mirarlos a los ojos y fingir que me encontraba bien porque no lo estaba.

Así que me fui directo al coche y le pedí a Oliver que me llevara a casa mientras celebraba el triunfo del equipo descorchando una botella de vodka en el asiento trasero.

El móvil vibró en el bolsillo y lo saqué, era el médico. Llevaba trece días ignorando sus llamadas. Podría seguir así, sin embargo, pulsé el botón verde en lugar del de autodestrucción.

—i¿Qué tal le va la vida, doctor?! Yo aquí, celebrando que aún no ha venido a por mí su colega la muerte.

—Mason, me dijiste que te harías las pruebas.

—*Nop*, yo no dije eso.

—Tienes que hacértelas.

Ahí estaba, la bronca clínica disfrazada de preocupación profesional.

Me apoyé contra la ventanilla.

—No me hacen falta, estoy bien —dije con ese tono de «vete a la mierda, gilipollas con bata»—. No tengo síntomas, ninguno, nada como la otra vez, así que ya tengo mi propio diagnóstico: tuvo que ser un error.

Hubo una pausa. La clase de pausa que precede a un jarro de agua fría.

—No hay errores, pero que te encuentres bien es una buena noticia, por eso necesitamos repetirlas. Puede no ser nada…, pero debemos confirmarlo. Y rápido.

Me entraron ganas de lanzar el móvil por la ventana, en lugar de eso, pronuncié una ida de olla haciéndome el valiente, o el kamikaze.

—Vale, de puta madre, voy para allá. Vaya calentando los motores, que le pido a mi chófer que cambie de ruta hacia la que descarta el retorno del cáncer.

Vi cómo Ollie clavaba sus ojos por el espejo en mí y un pequeño músculo le palpitó en el ojo.

—La máquina está averiada, no puede ser hoy, te avisaremos en cuanto esté disponible, más pronto que tarde, te lo garantizo.

—Quizá, para entonces, ya esté muerto.

Colgué. No tenía ganas de imaginarme cómo estaría calvo y la piel fluorescente otra vez.

—Señorito Fitzroy… —pronuncio Oliver.

—Ni una puta palabra, tú calla y conduce, que para eso cobras. A casa.

Mientras dejábamos atrás la ciudad, dejé que el alcohol hiciera su trabajo de demolición interna. Ni música ni luces. Solo silencio y ganas de no existir un rato.

En el móvil aparecían más de veintisiete llamadas perdidas de Camila. Quince de Thiago y muchas otras de Jaxon, Landon y el entrenador.

Mensajes, audios, de todo el equipo.

No quería abrirlos, no quería leer lo que me daba ganas de vivir porque justo por eso dolía más, pero lo hice.

Algunos de Cami que pude interpretar con voz desesperada: «Dime que estás bien». «Respóndeme, joder, ¿qué ha pasado?». «Te mato si estás ignorándonos por gusto, haz el favor de dar señales de vida, Fitzy».

Thiago: «Fitz, contesta. No quiero presionarte, pero dinos algo». «Estamos preocupados, te echamos de menos».

Mi pecho hizo un ruido raro, un remix entre un latido y una grieta.

No podía dejarles entrar, no podía permitir que vieran en lo que me convertiría si se quedaban cerca… Los iba a arrastrar conmigo y les iba bien sin mí. Hoy habían brillado como nunca y serían una pareja muy feliz.

Les escribí.

Corto, frío, cruel porque tenía que serlo:

«Necesito espacio. Fue bonito mientras duró, pero me he cansado. No seáis pesados, que hayamos follado no os da derecho a esto. Si fuerais mis amigos, lo entenderíais. Se acabó».

Envié.

Sentí asco de inmediato, pero no iba a borrar nada ni a suavizarlo.

Apagué el móvil y seguí bebiendo. Pensé en ellos, en cómo congeniábamos, en lo mucho que me hacían falta. Me negaba a ser un egoísta porque la enfermedad siempre tenía hambre y no estaba dispuesto a que los devorara conmigo.

Cuando llegué a casa, lo hice tambaleante, crucé la puerta y ni siquiera entré, me quedé arrellanado en el *hall*, tragando tequila, hiel y recuerdos como cristales.

Al rato, alguien golpeó, primero suave, luego más fuerte.

Tenía que ser alguien del servicio. Me puse en pie y abrí voceando un:

—Ya abro yo, Albert.

□□□□□

Camila

Seguía sin asimilar el mensaje del grupo, un cierre en frío, un portazo digital. Un «se acabó» escrito por alguien que parecía Mason, pero no sonaba a él.

Me ardía la cara, la garganta, el pecho.

Thiago lo leyó a la vez que yo.

—Cami… —intentó calmarme.

—Este capullo se va a enterar —solté con rabia.

—No vayas con el motor a cien. Igual necesita espacio. Igual no gestionó bien lo de… Ya sabes, nosotros.

—¡Pues que lo diga! —Bufé—. Tú siempre dices que todo se puede hablar.

—Y lo creo, lo que no significa que cada persona lo gestione a su manera.

—Pues a mí, su manera, me importa una mierda. No soy la Virgen María con tacones.

Thiago sonrió, leve, tierno.

—En eso estamos de acuerdo, pero recuerda que soy yo quien rebaja vuestra intensidad. Si llegamos como dos bestias, Mase se encerrará más. No es lo que queremos.

Respiré hondo, otra vez, y otra.

—Vale, estoy calmada… Más o menos.

El trayecto fue un castigo. Thiago respiraba como si estuviera en un retiro espiritual; yo apretaba el móvil con ganas de marcar el número de Mase y cantarle las cuarenta.

Cuando grité que abriera la puerta… No esperaba que lo hiciera, pero lo hizo y lo que vi me heló la sangre. No por el alcohol —a esas alturas, ese cabrón podría patentarlo como perfume—, sino por cómo estaba: pálido, desordenado y con esa chispa rota que te decía que algo iba muy, muy mal.

Aun así, la lengua la tenía perfecta y la usó como siempre: sarcástico, arrogante, *sexy* y con ganas de mandarnos a la mierda.

Normalmente habría rodado los ojos o reído, o contestado algo igual de sucio. Esta vez no, Thiago tampoco, lo estudiaba y Mason lo notó. Joder si lo notó.

En vez de frenar… aceleró, más bromas, más acidez, más teatro. Comentario sobre follar incluido.

Thi le preguntó qué le pasaba, Mason mintió y lo hizo tan mal que casi me reí de lo evidente. Se me atascó la risa en la tráquea, intenté contenerme, como había prometido, inútil. Dios no me hizo para la contención.

Algo olía raro, y no precisamente su desodorante —aunque él hizo el numerito de olerse la axila como un payaso—. No sacó ni media mueca nuestra y eso lo empujó más. Evasivas, frases enlatadas, actitud de «dejadme en paz, no sois nadie».

Hasta que directamente nos echó, no por orgullo ni por cabreo, sino por desesperación, una silenciosa que me rompió.

Thiago dio un paso hacia él… y Mason se tensó entero. Si lo tocaba, se desharía, lo vi clarísimo.

Entonces llamó a Albert para alzar un muro humano y darnos una patada con lazo. Mi paciencia murió ahí mismo.

Thi lo miró con dolor, yo me acerqué hasta casi rozarlo y le dije lo que pensaba, bajito, sin temblar, cerca de su boca. Él tragó sin ceder. Nos advirtió que no volvería a abrir si se nos ocurría llamar, y Albert abrió la puerta del todo.

Salimos, sobre todo, porque necesitaba pensar… Y porque la sensación fue justo esa: como si alguien me arrancara un órgano sin anestesia.

El puto Mason Fitzroy tenía mi corazón. No solo el mío, también el de Thiago. Era parte de los dos, nos gustara o no.

Y no íbamos a movernos de su puerta hasta recuperarlo, aunque a él le jodiera y a nosotros nos costara el orgullo.

Palabrita de Camila Ortiz.

CAPÍTULO 80



Thiago

Camila se detuvo en seco en mitad del camino de entrada, giró de manera brusca y casi se estampó contra mi pecho. Tenía los ojos enrojecidos, los moños a punto de caerse y el pecho subiendo y bajando como si acabara de bajar de las asimétricas.

—Me da igual que nos haya dado con la puerta en las narices —escupió—, me da igual lo que digas tú. Yo de aquí no me muevo.

—Cami…

—No. —La voz le tembló, aunque no bajó la mirada—. Ese cabrón se está desmoronando, y no es solo por nosotros, ¿vale? Esto es otra cosa. Se le nota en los ojos, en la forma en que respira, en… —se tocó el pecho—, en cómo duele. Tiene que estar pasándole algo más, algo serio, y no pienso largarme como si nada.

Cada palabra se me clavó por dentro.

»Si quieres irte, lo entenderé —añadió con un gesto brusco—. Esta ha sido tu táctica: hablar suave, no ir a saco, buscar el equilibrio. Perfecto, lo he intentado y no ha funcionado. Estoy harta de hacer caso a los demás, que si Jaxon dice que necesita su espacio, que si tú pides tranquilidad… A la mierda, ahora voy a hacer las cosas a mi manera.

Di un paso hacia ella.

—Vale, escucha… —La sujeté por las muñecas.

—No. Tengo miedo, ¿vale? No sé qué tiene, pero sé que no está bien. Si lo dejamos solo la va a liar, y no pienso quedarme cruzada de brazos viendo cómo se rompe sin hacer nada. Nunca he visto a Fitz así.

Respiré hondo y, entonces, lo solté.

—Yo también pienso como tú.

Parpadeó, desconcertada, y los músculos se le aflojaron.

—¿Entonces…?

—Entonces, nos quedamos —dije—, aunque no podemos tirar la puerta abajo, por fuertes que estemos. Tenemos que encontrar otra forma de entrar que no implique que Alfred sea nuestra única opción.

—Pues habrá que inventarse algo…

No pudo terminar porque una voz suave nos interrumpió desde la entrada.

—Disculpen… —Oliver estaba junto al coche, aún con la llave en la mano—. No quiero que piensen que estaba escuchando —dijo con calma forzada—, estaba terminando de limpiar el coche y… quizá pueda ayudarles.

Camila se adelantó como si le hubiera leído la mente.

—¿Ayudarnos a entrar?

Él suspiró, un suspiro viejo, cansado.

—Estoy con ustedes —confesó—. El señorito Mason les necesita más que nunca y creo, sinceramente, que ustedes son los únicos capaces de hacer que entre en razón.

La nuca se me erizó. Si Oliver decía eso… Sabía más de lo que queríamos oír.

—Oliver —empecé—, ¿puede ayudarnos a entender a qué nos enfrentamos? Si no fuera vital no se lo pediríamos, sé que un trabajo como el suyo exige discreción, sin embargo…

—Por una vez —me cortó— me importa muy poco la discreción o perder mi empleo. —Los ojos se le humedecieron—. Estoy harto de callar y verlo apagarse. Por favor, ayúdenlo.

Camila se tensó de pies a cabeza.

—¿Cómo que apagarse? —susurró—. Supongo que lo dice en sentido figurado, ¿no?

Oliver tragó saliva con un gesto que me heló.

—Voy a contarles lo que sé…, pero prométanme algo antes.

—Lo que sea —respondí sin dudar.

—Prométanme que van a obligarlo a vivir, aunque él no quiera.

—¿Cómo que «obligarlo a vivir, aunque él no quiera»? ¿Qué le pasa a Mase? —intervino Cami.

Me giré hacia ella y vi en los ojos del chófer que era grave.

—Tiene mi palabra —dije.

Oliver habló y el mundo se nos encogió.

□□□□□

Mason

No sé cuánto tiempo estuve tirado en el sofá porque el techo empezó a deformarse como si quisiera imitar mi cabeza. La misma mancha aquí y allá, la misma grieta, el mismo silencio. Tenía vodka corriéndome por las venas, un vaso con hielo muerto en la mano y la tele puesta sin sonido para no enfrentarme a mí mismo. Yo encajado en el sofá, como si fuese un molde hecho para hundirme dentro.

Cerré los ojos y el mundo siguió ahí, suspendido como una amenaza silenciosa, y entonces escuché algo. Un golpe de puerta, pasos rápidos. Un murmullo que no supe reconocer porque la cabeza no me daba para más. No reaccioné hasta que…

—¡Maldito cabrón!

Un cuerpo pequeño y furioso me cayó encima con la fuerza de alguien que no sabe cómo sujetar el dolor. Camila. Lo supe antes de sentir sus manos. Cayó sobre mi pecho y empezó a golpearme, como si a base de hostias pudiera arrancarme del agujero en el que me había metido.

—¡Ni se te ocurra pensar que vas a largarte de este mundo sin luchar, joder! —me gritó mientras me aporreaba, cada golpe más desesperado que el anterior.

No levanté los brazos, no frené sus puños, no me defendí; me dejé porque era lo único que sabía hacer, porque dolía menos que todo lo demás que ya me estaba destrozando.

—Cami… —murmuré con la lengua pastosa—, para.

—¡No voy a parar! —Sollozó—. ¡¿Cómo puedes hacernos esto?! ¡¿Cómo puedes?! ¡¿Qué coño se te pasa por esa cabeza de mierda?!

Noté las lágrimas empapar mi sudadera. Quise limpiárselas, aunque ni siquiera pude mover el brazo, y fue entonces cuando escuché su frase entera, la frase que me perforó.

«Largarte de este mundo».

Mi estómago se encogió, mi garganta también. Giré la cabeza y lo vi.

Thiago. Agachado junto a la alfombra y con esos ojos enormes que lo decían todo sin decir nada. Ojos llenos de miedo contenido, de rabia silenciosa, de amor que no sabía dónde poner.

—¿Quién…? —Tragué con dificultad—. ¿Cómo lo sabéis?

Cruz apoyó su mano en mi hombro. Una mano grande, cálida y suave. No me apretó, aunque el peso fue suficiente para sujetarme como si me aferrara a un borde invisible.

—Relájate, Fitz —dijo en voz baja—, no estamos aquí para castigarte porque tengas miedo. No somos tus padres, no somos tu pasado.

Camila siguió golpeándome hasta que el brazo le falló. Thiago pasó su mano por la espalda de ella en un gesto lento que me atravesó porque nunca había visto a nadie calmar así a un huracán. Ella terminó aferrándose a mi sudadera, como si intentara que no desapareciera, y se rompió; yo me partí con ella.

—No me hagas esto… —susurré yo mismo, sin saber si le hablaba a ella o a mí—. Cami, por favor, no llores así.

Qué ironía. El que tenía permitido derrumbarse era yo y la que estaba hecha pedazos era ella.

Alzó la cabeza de golpe y me miró. Tenía los ojos hinchados, rojos y hermosos de una forma que dolía.

—¿Cómo has podido ocultarnos una cosa así todo este tiempo? —me escupió, rota—. Oliver nos lo ha contado todo, no se ha dejado nada, y ni se te ocurra enfadarte con él porque lo ha hecho porque te quiere y le importas. Igual que a nosotros, tarado.

Cerré los ojos, agobiado.

«Nos lo ha contado todo».

Mi gran plan de empujar a todos lejos se había ido a la mierda.

—No quería esto —dije con la voz derrumbada—, os juro que no quería haceros daño.

—Pues lo estás haciendo —intervino Cruz, con una firmeza suave que dolía más que un grito.

Lo contemplé, ese brillo húmedo en su mirada me deshizo un poco más. No lo había visto ni cuando me habló de Alondra.

—No quería veros así —intenté explicar mientras las palabras se me atascaban—. Era justo lo que quería evitar, que me miraseis con pena, que os quedaseis atados a un enfermo que… que ya arrastró a dos personas una vez. Mis padres lo dieron todo por mí, años enteros de hospitales, de sillas incómodas, de vuelos de última hora para estar conmigo, de vivir con miedo a cada tos, a cada pitido de una máquina. Se quedaron vacíos intentando salvarme. Cuando por fin salí de aquello…, ya no quedaba nada de ellos que quisieran compartir conmigo. Nada. Solo dos personas agotadas que no sabían cómo volver a ser familia porque se lo dejaron todo en ese hospital, incluso a su hijo.

»No quiero repetir eso con vosotros. No quiero que vuestra vida se convierta en lo que fue la suya y me veáis calvo, débil y decrépito.

Camila negó con fuerza, con los dientes apretados.

—Eso no va a pasar. Te queremos, Mason. Los dos —aseveró con una claridad que me aplastó por dentro—. Siento no habértelo dicho

cuando tú lo dijiste. Me pilló de golpe y no supe reaccionar, pero es así, es así. Te queremos como amigo, como pareja y no vamos a renunciar a ti.

Me agarró la mejilla con fuerza, aunque le temblaban los dedos.

—Cami…

—No eres un proyecto fallido ni una bomba defectuosa, aunque muchos te hayan hecho sentir así. Eres nuestro imbécil favorito, Thiago ya les ha hablado a sus padres de ti y pienso hacer lo mismo con los míos, si es lo que necesitas. —La confesión hizo que mi pecho fuera incapaz de contener tanto amor. Me estaban dando mi sitio, aunque los hubiera querido apartar—. Si hay que pelear, peleamos contigo. Con uñas, con dientes, con todo, pero no nos pidas que te dejemos tirado porque ninguno va a hacerlo, y si te quedas sin rizos, te hago una peluca con mi pelo, que ya toca cortarlo y la hermana de Thiago hace maravillas con las manos.

Me emocioné con su propuesta.

Cruz se sentó a mi lado en la alfombra y apoyó la frente en la mía. Ese contacto me descosió entero, me dejó sin defensa.

—No tienes derecho a decidir por nosotros que la vida sería mejor sin ti, capitán —susurró—, porque no lo es. Te quiero, te amamos, Mason Fitzroy, y no vamos a permitir que nos apartes después de que me hayas enseñado lo que es el amor de verdad.

Me besó. Respiré como si mis pulmones ya no supieran cómo hacerlo.

—Tengo miedo —confesé contra su boca—, os quiero más de lo que creía que podía amar y…

Y todo se vino abajo. Todo lo que llevaba años sosteniendo con hilos, todo lo que había escondido bajo chistes, fiestas y ruido. Los dos me abrazaron.

—Nosotros también tenemos miedo —dijo él con una sinceridad que me abrió el pecho—, solo que preferimos tenerlo contigo a vivir sin ti.

Camila me rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cara en mi clavícula, caliente y temblorosa.

—Lo siento, Mason… —murmuró contra mi piel—, pero te aguantas. No vamos a dejarte morir solo ni que no le plantes cara al

cáncer.

Un rizo mío cayó sobre su frente. Lo aparté con la mano temblorosa.

—Sois unos pesados de mierda —susurré con una risa rota.

Thiago sonrió un poco, con esa luz que no merecía apagarse por mi culpa.

—Oliver dijo que necesitan hacerte más pruebas —añadió Camila con la voz aún temblorosa—, que el diagnóstico aún no está y que el médico te ha llamado mil veces para que vayas.

—Sí, aunque cuando el agua suena…

—Cuando el agua suena, te haces las pruebas —me cortó—, no hundes el barco sin mirar si hay agujero. Y si lo hubiera, remamos los tres y achicamos agua para mantenerlo a flote. ¿Estamos?

Los contemplé lleno de amor. Ya no olía a alcohol y a derrota, sino a algo suave parecido a una vida que no esperaba seguir teniendo.

La esperanza dolía, aunque también te salvaba.

Entendí que, si debía volver a saltar, sería con ellos. No porque fuera fácil, sino porque, sin ellos, no tendría sentido levantarme después y era en sus manos donde quería caer, hasta las últimas consecuencias.

CAPÍTULO 81



Alondra

La gente decía que uno se volvía loco por amor, yo me volví loca por la humillación.

Aquella noche, en Los Ángeles, me quedó tatuada en la memoria: yo parada en la acera, mirando a mi Santhiago con otra mujer… y después, como si eso no fuera suficiente, besándose con un hombre dentro del carro. Él nunca fue así. Nunca. Ese comportamiento no salía de su corazón, salía de alguien que se lo estaba torciendo. Alguien que llegó a su vida de repente y lo cambió todo.

Así que empecé por lo básico: averiguar quién carajo era ella.

Busqué su nombre, sus redes, cada foto donde salía. No había mucho, lo poco que encontraba estaba lleno de vacío, como si su vida hubiese sido limpiada a propósito. Eso fue lo primero que me inquietó. ¿Quién carajo se escondía así en esos tiempos? Seguí rascando, ahondando en su procedencia. Di con su familia en Las

Vegas, artículos que hablaban del gran sueño americano, que su gran fortuna nació fruto del amor de un camarero y una bailarina exótica que lucharon hasta hacerse un lugar.

¿Quién lograba eso? Alguien con muchos trapos sucios bajo la alfombra. También di con un artículo local de hacía muchos años donde se mencionaba un incidente «delicado» con una de las hijas de los Ortiz. Y ahí… supe que estaba en el camino correcto.

Me tomó días conectar las piezas. Horas metida frente a la pantalla, con los ojos ardiendo, siguiendo enlaces que parecían no ir a ningún lado. Hasta que encontré muchas cosas interesantes, entre ellas, su nombre: el del tipo que se la llevó cuando era una niña. Un malnacido que había salido de la cárcel hacía poco.

Reconocía que dar con él me costó algún que otro sacrificio con un mala pieza de mi barrio, pero lo hice con gusto al ver lo que me trajo:

El mexicano no solo estaba vivo y localizable, ahora vivía en San Juan, en mi isla, a unas calles de distancia.

Ahí entendí que Dios me decía que estaba en el camino y me estaba dando una herramienta.

Lo busqué. No fue difícil dar con él en un bar. Me acerqué y me dejé querer, como si me interesara y no me diera asco. Me metí en su cama porque la vida me había enseñado que, si querías ganarte a un hombre, abrirte de piernas era el camino más rápido.

Lo hice hablar de su pasado, lo escuché hablar de «su injusticia», de «la niña que arruinó su vida cuando iba a retirarse», y cuando ya lo tenía blandito como pan mojado, le dije lo que necesitaba oír: que tenía que poner a esa pendeja en su sitio y que yo iba a ayudarlo.

Dos meses tardé en hacer germinar la semilla de la venganza y ahora estábamos en Los Ángeles.

Él creyendo que iba a vengarse. Yo sabiendo que, cuando acabara, sería mi turno. Muerta la pulgosa, se acabó la rabia; de ahí, llamadita a la Policía para quitarme al mexicano de encima y mi Santhiago… Mi Santhiago volvería a donde pertenecía: A mí.

CAPÍTULO 82



Mason

Tenía las manos entrelazadas sobre las piernas y la pulsera de la clínica rozándome la piel cada vez que respiraba más hondo de lo que quería. La sala de espera estaba demasiado quieta, demasiado limpia, demasiado perfecta para lo que pasaba dentro de mi cabeza. Ahí estaba yo, a punto de entrar a las pruebas que podían confirmarme lo que llevaba un mes temiendo en silencio. Bueno, no exactamente en silencio. Mis intentos por acallarlo habían durado lo mismo que la paciencia de Camila y Thiago, o sea, cinco minutos desde que les cerré la puerta en las narices el día de los Nacionales.

Había sillas alineadas, un mostrador minimalista, una pantalla que iba cambiando de nombres. Nada que mi mente quisiera registrar porque todo lo demás importaba más. Importaba que la sala estuviera más llena que el pabellón de la SSU y repleta de rostros conocidos. A mi izquierda estaba Thiago, codos apoyados en

las rodillas, observándome como si pudiera detectar cada subida de ansiedad. A mi derecha estaba Camila, balanceando la pierna como si tuviera un interruptor interno. Mis padres estaban unos asientos más atrás, hablando bajo con Mariana, quien había venido con uno de mis guisos favoritos para cuando saliera. Jaxon no dejaba de pasearse arriba y abajo del pasillo en modo tigre enjaulado.

Naomi y Avery se habían situado juntas, hablando bajito. El entrenador Graham se había escapado a por un café.

Había competido con menos público pendiente de mí; la ironía era absurda.

Dos semanas habían pasado desde que Thiago y Cami me convencieron de que no podía pasar por eso solo, que querían formar parte de mi vida, que me amaban, que no permitirían que me rindiera sin haber entendido siquiera cuál era la batalla.

Acepté que esconder lo que me había pasado no hacía la enfermedad menos real. Ellos estaban en lo cierto: necesitaba estar acompañado por quienes me querían. El primero de esa lista era Reyes. Le debía la verdad.

Al día siguiente, tras una noche intensa, le pedí que viniera a casa.

Confesar fue una tortura.

Intenté tirar del humor como chaleco salvavidas, pero estaba lleno de agujeros. Jaxon me miró en silencio, con el ceño fruncido, los hombros tensos, la respiración profunda. Entendió más de lo que decía y más rápido de lo que quería. En el segundo exacto en que terminé de hablar, me agarró de los brazos, me pegó contra él y apoyó su frente en la mía.

—Fitzroy, dime que no pensabas tragarte esta mierda solo. Dime que ibas a contármelo, aunque fuera tarde —escupió con la voz rota —. Porque te juro por lo más sagrado que no pienso haber sido tan mal amigo como para que creas que no puedes venir a mí con esto.

—No fue por eso, Jax…

—Pues peor me lo pones. No vuelvas a hacer esta estupidez sin mí. Nunca. Y ya te aviso: si no te presentas a esas pruebas, voy a llevarte a rastras. No vas a morirte, ¿me oyes? No lo voy a permitir, gilipollas.

Las rodillas me temblaron.

No era miedo. Era cariño. Era alivio.

Jaxon me abrazó como solo lo hacía alguien que había perdido demasiado en la vida. No tuve que explicarle nada más. Lo entendió todo y me perdonó al instante por haber sido un capullo.

Landon vino después, porque así funcionaba la familia que elegías. El Princeso intentó mantener su pose de estatua indiferente, fracasó de manera estrepitosa.

—No te me mueras, Fitz —dijo, frunciendo el ceño—. Todavía te debo tres insultos y otra analítica de esperma. Estoy probando suplementos de zinc para mejorar la calidad de mis guerreros.

Intentó bromear, pero la voz se le quebró.

»Estoy aquí, te guste o no. Y con lo que hiciste por mí, estoy seguro de que mi abuelo puede mover cables si la cosa se tuerce y encontrar alguna mierda experimental.

La verdad era que el Princeso no estaba nada mal, y que Alexander estuviera en prisión preventiva por homicidio fue un alivio para todos.

Avery lo supo esa misma noche y me abrazó como si hubiera estado esperando la oportunidad de cuidarme desde siempre.

Naomi apareció porque Cami insistió en que necesitaba a su mejor amiga y en que nadie mejor que Parks para sacar una espada láser si hacía falta defenderme.

Mariana y el entrenador fueron el golpe final.

—Mi niño, esto no te lo guardas —dijo Mariana, sosteniendo mi cara entre las manos—. Voy a estar aquí para lo que necesites, para lo bueno y para lo malo.

—No digas eso muy alto —le guiñé—, que Graham me corta las pelotas si escucha que te casas conmigo en lugar de con él.

Él me dedicó una mirada de esas que colocaban vértebras y egos.

—Puede decírtelo sin problema porque con quien voy a casarme es con ella. Tú debes llamar a tus padres, hijo. Ellos merecen saber lo que pasa.

Intenté negarme. Me daba pánico. Mariana no aceptó ni un matiz.

—No pueden quedarse fuera. Por muy desapegados que te parezcan, son tus padres. Si no lo haces por ti, hazlo por mí.

Thiago apoyó una mano en mi espalda, con esa ternura que usaba, cuando estuve a punto de venirme abajo.

—Ella tiene razón.

Los dos juntos eran imposibles de ignorar.

Por la noche los llamé por FaceTime, y reconozco que hablar con ellos reordenó mi vida entera.

Les pedí a mis padres que solo escucharan al principio. Sus caras se rompieron a la vez. Mi padre apretó el puño sobre la mesa. Mi madre se quedó completamente quieta. Cuando por fin pude hablar bien, les dije lo que llevaba años escondiendo: que me sentía solo, incluso cuando había gente alrededor; que pensé que no querían cargar conmigo porque siempre estaban ocupados; que nunca supe pedirles lo que necesitaba.

Lloraron. No lágrimas bonitas, de las que pesaban y se clavaban.

—¿Cómo pudiste pensar eso? —jadeó mi madre—. Creíamos que te estábamos dando la vida que cualquier chico desearía. ¡Te veíamos feliz!

—Vamos a estar contigo —añadió mi padre—. Volvemos en el primer vuelo que salga a Los Ángeles.

—P-pero estáis en pleno rodaje… Sé que es importante y…

—Mason, para —interrumpió—. Está claro que no estás bien. Nosotros tampoco actuamos bien durante años y vamos a solucionarlo. El cine puede esperar, nuestro hijo, no.

Mi madre me llamó «mi bebé», como si siguiera teniendo siete años.

Respiré hondo y les solté la verdad final:

—Estoy con alguien. Bueno… con dos. —Giro de cámara hacia Camila y Thiago—. Estamos en una relación a tres.

Mi madre se llevó la mano al pecho, pero de forma tierna.

—Me alegra saber que tienes tanto amor en tu vida. Mejor que te quieran dos antes de que no te quiera nadie. Diles que gracias por cuidarte estos días.

—¡De nada, señora Fitz! —saltó Camila desde atrás.

—Lo hacemos encantados, tienen un hijo maravilloso —añadió Thiago.

Nos despedimos, colgué riéndome ante la osadía de Cruz. Ese era el primer día en años que sentí que mis padres me veían.

Al día siguiente nos tocó ir al aeropuerto a despedir a la familia Cruz, que regresaba a Miami. Thiago insistió en que tenía que conocerlos antes de que se marcharan. Fue un acierto monumental. La hermana de Thiago era pura dinamita y nos llevamos bien desde el primer segundo. Sus padres fueron igual de encantadores.

—Hermano, tu buen gusto para las mujeres está a la misma altura que el de los hombres —dijo Yanelis mientras me analizaba como si fuera un escaparate entero—. Mira a este muchacho, parece un maldito ángel del Señor. ¿Y esos rizos tan hidratados? ¿Puedo tocar?

—Claro —respondí porque no sabía negarme a nada con ese brillo en los ojos.

—¡Yani! —protestó Thi.

—Déjala.

—¡Ay, Señor! —murmuró derretida al hundir las yemas en mi cuero cabelludo, como si hubiera encontrado el secreto del universo.

—Eran mi mayor tesoro hasta que conocí a tu hermano y a Cami, ahora lo son ellos —dije por inercia.

Ella abrió mucho los ojos.

—Ay, Señor, dame fuerzas para no llevármelo a Miami.

Nos echamos a reír. Thiago me dio un codazo suave.

—No le des mucha cuerda —me susurró—, que se entusiasma rápido.

Lo dijo medio broma, medio verdad, y eso me relajó. Fue un momento entrañable, de esos que te marcaban sin darte cuenta.

Prometí pasar por la peluquería de Yanelis en cuanto pudiera. Esperaba no terminar con una peluca hecha con el pelo de Camila, pero sabía que, si mi tricología quedaba en manos de Yani Cruz, algo loco pasaría.

Las semanas siguientes las pasé estudiando como si el máster fuera a salvarme la vida. Cami y Thiago hicieron lo mismo. Tener rutinas ayudaba. Pensar también. Pensar menos, mejor.

Ahora estaba ahí, rodeado de la gente que, según yo, no tenía porque estaba solo. En realidad, siempre habían estado, el problema era que no les había abierto la puerta lo suficiente para darme cuenta.

La enfermera apareció y dijo mi nombre.

—¿Mason Fitzroy?

—Presente, el de la cara perfecta, la bata de hospital y el culo al aire. —Ella parpadeó porque era mentira, iba con ropa de calle.

Escuché un murmullo de risas contenidas.

Me puse de pie, Thiago y Camila también. Me dieron un pico cada uno y juntamos la frente los tres.

Jax se acercó cuando nos separamos, puso una mano en mi nuca y me obligó a mirarlo.

—Fitzy, escucha. Sé que estás cagado porque huele —sonreí—, pero no estás entrando ahí solo. Estamos todos contigo, todos. Tu equipo, tu gente, tu familia. Lo que venga, sea mejor o peor, lo enfrentaremos juntos, así que deja de hacerte el valiente y asume que estaremos aquí cuando salgas. Te quiero, colega.

—Y yo a ti, capullo.

Mariana me dio un beso rápido en la sien. Avery me apretó la mano. Naomi me hizo un gesto *mandaloriano* de los suyos. Mis padres tragaron saliva al mismo tiempo y me abrazaron, incluso Oliver entró para darme un achuchón de último minuto, emocionado, junto al entrenador.

Todos ellos eran mi ahora.

—Nos vemos en un rato, id al bar y tomaros algo a mi salud en lugar de acaparar la sala de espera.

Rieron.

Me giré hacia la puerta, no se movió nada. El mundo seguía igual, era yo quien me sentía diferente.

Crucé las puertas entendiendo por fin algo que había ignorado durante tiempo: Nunca fue que no tuviera a nadie, era yo quien no supo pedir ayuda cuando la necesitaba.

Ahora sabía hacerlo y había un ejército entero esperando para presentar batalla en caso de que fuera necesario.

CAPÍTULO 83



Camila

El bar parecía más pequeño de lo normal. Tal vez era yo. Demasiada gente, demasiadas voces y la cabeza anclada a una sala blanca al otro lado de la calle.

Mason estaba ahí dentro y sabía que lo odiaba, yo también. Ojalá no hiciera falta pasar por esto.

—Estás muy callada —murmuró Naomi, dándome un codazo.

Forcé una sonrisa.

—Estoy bien, Parks.

Mentira. La rodilla iba por su cuenta bajo la mesa. Avery mezclaba su bebida acariciando la mano de Jax, que tampoco estaba relajado. Thiago permanecía enfrente, brazos cruzados, gesto serio, atento a todo sin mirar nada.

—El resultado tardará días —dijo Naomi—. Angustiarte ahora no sirve de nada.

Tenía razón. Aun así, la imagen de Mason de niño, calvo y frágil en aquella foto del álbum, se me quedó pegada al paladar. Una

piedra imposible de tragar.

Mi móvil vibró y una palabra iluminó la pantalla: Mamá.

Genial. Lo último que me faltaba.

—¿Me disculpáis? Si no contesto, mi madre organiza un rescate aéreo.

Thiago levantó una ceja.

—No pasaría si hubieras atendido alguna de sus veinte llamadas.

—No tenía cabeza para eso estos días. Vuelvo ya, no tardo nada.

Mase debía estar a punto de terminar.

Salí al exterior y el cambio de ruido fue un golpe. El bar quedó atrás, apagado, mientras la luz caía sobre la fachada de la clínica. Dos coches ocupaban las plazas reservadas, intermitentes encendidos, motores al ralentí.

La voz de mi madre entró disparada por el auricular llena de reproches.

—Mamá, estoy bien —respondí, apoyando la espalda en la pared —. Sí, de verdad. Tengo mil cosas encima… Sí, también exámenes. Te llamo cuando pueda. Te quiero. Chau.

Colgué con un suspiro. No conseguía concentrarme ni medio segundo en los dramas de los Ortiz.

Guardé el móvil y me separé de la pared para regresar como prometí. No llegué a dar tres pasos.

—Pe-perdona…, ¿hablas español?

Me giré. Una chica se acercaba con una mochila colgada del hombro y cara de recién llegada. Morena, piel dorada, ojos enormes. Tendríamos la misma edad.

—Sí, dime.

Sonrió con timidez.

—Iba a ver si podías explicarme cómo llegar al letrero de Hollywood. El de las letras. Mi papá quiere ir, pero el inglés se nos está haciendo imposible.

Era evidente.

—Desde aquí es un poco lío —dije—. ¿No tenéis GPS?

Negó rápido.

—Solo usamos wifi cuando encontramos de uso libre, para no gastar datos. Estamos de turismo baratito. —Sonrió un poco—. Papá

anda con un mapa, pero se pierde. Si no te molesta…, ¿podrías explicárselo tú? Está ahí, en el carro de alquiler.

Señaló a la esquina, junto a la entrada de la clínica. Uno de los coches con los intermitentes encendidos. El sol daba de lleno en el cristal del conductor y me obligó a entornar los ojos. Cristales algo tintados, no se veía nada dentro.

Algo en mi estómago se tensó. No fue un pensamiento claro, más bien una alarma baja, incómoda. La chica se apresuró:

—Solo un momentito, te lo juro. Es que aquí nadie entiende lo que digo y yo trato, pero no sale. —Frunció la boca—. Mi inglés es una basura.

Me humedecí los labios, me estaba agobiando por nada. Si me pasara a mí en otro país, también querría que alguien me echara una mano.

—Vale. Rápido. Si no van a pensar que he huido con el camarero.

Se rio, aliviada.

Caminamos lado a lado hacia el coche.

—¿Eres de aquí? —preguntó.

—De Las Vegas. Estudio en la SSU.

—Ah, yo soy de Puerto Rico —dijo orgullosa.

La miré de reojo.

—Uno de los chicos con los que salgo también es de allí, me gusta mucho vuestro acento.

Se detuvo un segundo.

—¿Uno de los chicos?

Asentí.

—Mi vida amorosa es un caos organizado, no somos una pareja de dos, sino de tres. Dicho así, suena más complejo de lo que es.

El coche estaba cada vez más cerca. El reflejo del sol en la luna era más agresivo desde ahí, entrecerré los párpados.

Ella se colocó ligeramente detrás de mí, dejándome paso hacia la ventanilla. El motor seguía encendido, los intermitentes marcaban un ritmo constante.

Lo lógico habría sido avanzar, solo que algo en mi pecho dijo que no, que frenara.

Oí un grito de advertencia desde el otro lado de la calle. La ventanilla empezó a bajar y mi pulso se disparó sin aviso.

□□□□□

Thiago

Camila había salido a coger la llamada de su madre hacía… ¿dos minutos? ¿cinco? ¿diez? Con ella, el tiempo nunca iba en línea recta. Había dicho que volvía enseguida, aun así, algo se me clavó bajo la piel. Un aguijón discreto, inquietante. Tal vez eran los nervios, pero no me gustaba cómo sonaba dentro de mí.

Miré la puerta por tercera vez.

—Va a volver —dijo Naomi sin levantar la vista del móvil—. No se puede resistir a la comida gratis que llevas en el abdomen. To-ble-ro-ne.

Le devolví una sonrisa floja. No me salió la risa.

Sentí el pulso fuerte en las sienes. Dejé el vaso en la mesa y me puse de pie.

—Voy a ver dónde se ha metido.

—Madre mía con el amor… —murmuró Naomi—. Menos mal que yo estoy vacunada.

Empujé la puerta y salí. El sol me golpeó los ojos un segundo hasta que la vista se reajustó. Revisé la acera, primero a un lado, luego al otro. Nada.

La encontré unos metros más adelante. No estaba al teléfono. Avanzaba hacia el lateral de la clínica con una chica a su lado, hablando y gesticulando como si estuviera guiándola. Todo parecía normal, pero no lo era.

La sensación me raspó por dentro, un roce que reconocía demasiado bien. Algo que no olvidabas, aunque quisieras.

La chica giró un poco para señalar el coche. La luz besó su rostro de perfil y el pasado me atravesó sin avisar.

«No». Mi cabeza dijo que no podía ser. Mi cuerpo ya había empezado a correr.

—¡Alondra! —grité sin aire.

Ella se tensó. Camila se detuvo al oírme. Se volvió un poco hacia mí, confundida. La mano de Alondra se cerró alrededor de su brazo con esa rapidez que recordaba demasiado bien. El estómago se me encogió.

—¡Suéltala! —rugí mientras aceleraba.

Mis zapatillas golpeaban el asfalto y el aire me raspaba la garganta, pero nada me frenó. Cada paso se estiraba como si el suelo se alejara a propósito. Alcancé a ver cómo Camila intentaba soltarse y cómo Alondra la mantenía fija, con una fuerza que no encajaba con aquel aspecto de niña tranquila. Yo sabía la verdad. Sabía lo que era capaz de hacer.

La ventanilla del conductor empezó a bajar como si lo viera a cámara lenta, demasiado lenta.

Primero una tira de cristal, luego una mano asomando, el destello inconfundible del metal.

Mi voz salió antes que mi siguiente respiración.

—¡Alondra, suéltala! ¡Cami, no!

□□□□□

Mason

Salí de la clínica con una sonrisa que no me cabía en la cara, deseoso de probar el guiso de Mariana y tomarme un café bien cargado.

Todavía no había resultados.

Hoy, de momento, seguía flotando en un mar de dudas y de cariño.

Me despedí de la enfermera con un guiño y aspiré el aire de fuera como si fuera más limpio. Vi el bar al otro lado, imaginé a Cami y a Thi con todas aquellas personas tan importantes en mi vida y pensé que quizá hasta podía permitirme estar un poco… ¿esperanzado?

Entonces, vi a Thiago.

No estaba en el bar. Estaba corriendo hacia la esquina, como si alguien hubiera puesto una bomba allí.

—¿Qué coño haces corriendo, Cruz? —solté, automático—. ¿Tanto me echabas de menos que has intentado recrear una escena de aeropuerto?

No respondió ni se giró, solo escuché su grito.

—¡Alondra, suéltala! ¡Cami, no!

El nombre me taladró el pecho sin contexto, pero algo en la forma en que lo dijo me heló la sangre. Seguí su mirada.

La vi. Nuestra chica, a pocos metros de mí, pegada a una chica más baja que la sujetaba del brazo. Demasiado fuerte, demasiado tensa. Delante de ellas, un coche en una de las plazas de la clínica, intermitentes parpadeando. La ventanilla del conductor bajando.

Una mano asomaba, un brillo plateado.

No pensé, como siempre me ocurría cuando alguien que me importaba parecía amenazado. Mis músculos se pusieron en marcha antes que mi cabeza.

Había pasado años entrenando para reaccionar en décimas de segundo. Giro, impulso, salto; esto no era distinto.

Solo que sí lo era porque esa vez la caída no era mía, o sí.

Vi el perfil de Camila, los ojos abiertos de par en par. La cara de la chica girándose un segundo hacia mí. No la conocía, pero el odio que vi en sus pupilas sí. Lo había visto en padres que miraban al árbitro equivocado. En Alexander Hayes cuando el resultado no era el que esperaba.

Vi el cañón de la pistola apuntando de frente y supe que había llegado el momento de realizar mi mejor salto.

«Hazlo, Fitz».

Atravesé el aire. No fue elegante, no hubo técnica ni ángulo ni recepción limpia. Fue uno sucio, desesperado, con más corazón que cabeza. Me lancé contra ellas y las embestí de lado, intentando sacarlas de la línea.

El disparo sonó como si alguien me hubiera explotado un petardo en el pecho. El impacto llegó un segundo después, un golpe seco que me abrió en dos. El aire se me fue de los pulmones, las piernas dejaron de obedecer. El mundo hizo un *zoom* extraño. Vi el asfalto de cerca, las manos de Camila intentando agarrarme, la silueta del coche derrapando, los neumáticos chillando mientras salía disparado.

No sentí el dolor al principio, solo presión, muchísima. Como si alguien hubiera puesto un yunque en mi esternón, aunque quizá fue en mi corazón.

«Así que esto es», pensé con el helor de la muerte recorriéndome las venas. Menuda puta mierda de final.

Toda mi vida esquivando el cáncer, toda mi vida temiendo a la recaída y al final no me iba a ganar una célula loca, sino una bala de mierda.

La ironía me habría hecho reír si hubiera podido.

Oí a Thiago gritar mi nombre muy lejos, o quizá muy cerca. No estaba seguro. El sonido iba y venía como las olas. Camila también decía algo, pero las palabras se me perdían entre latidos lentos.

El cielo se coló en mi campo de visión. Azul, tranquilo, como si no acabara de pasar nada.

No quería desaparecer justo cuando por fin empezaba a entender lo que significaban para mí, pero el cuerpo ya estaba tomando decisiones sin consultarme y cada segundo se me escapaba un poco más.

Me dijeron muchas veces que tenía cara de ángel.

«Pues mira tú por dónde…», pensé mientras el calor se escapaba por el agujero del pecho. «Al final voy a serlo».

Los noté caer sobre mí. Las manos de Thiago presionando la herida, pidiendo ayuda desesperado; jamás lo había visto así.

Camila llorando, su voz quebrada, su respiración rota, sus dedos temblando en mi mejilla, como si con tocarme bastara para pegarme otra vez al mundo, y suplicando que no me muriera. Ojalá fuera tan fácil y pudiera.

Menudo ángel de la guarda se había buscado, pero sería el suyo, el de ambos.

De Camila, con su risa escandalosa y esa forma de mirar, como si pudiera construir un huracán de la nada.

De Thiago, con esos ojos capaces de convertir cualquier herida en oro.

Si no podía quedarme… Entonces los cuidaría desde donde fuera que acababan los que gastábamos todas las vidas extra. Los empujaría cuando les diera miedo saltar.

Me habría gustado decírselo, que no quería irme, que me hubiera gustado no malgastar esos trece días anteriores a los Nacionales para apurarlos a su lado. Que se cuidaran, que no se soltaran, que no fueran tan idiotas como yo y no se rindieran nunca.

«Sed felices, cabrones», quise decir.

No sé si salió, no sé si lo oyeron porque la oscuridad empezó a comerse los bordes.

Supe lo que venía con una última visión borrosa de sus caras y salté sin pensar.

EPÍLOGO 1



Mason

Si mañana hicieran *casting* para *Autopista hacia el cielo*, Michael Landon tendría que hacer la cola detrás de mí. No porque él no fuera un buen ángel —descanse en paz el señor—, sino porque después de lo que pasó en mayo, yo me gané las alas por méritos propios.

Las mías no eran blancas ni brillantes. Tenían más estilo Fitzroy: un poco dobladas, un poco chamuscadas y ese brillo chulo que dejaba claro que, si me veías aparecer entre nubes, no venía a darte una bendición. Venía a vacilarte.

Desde aquí arriba se veía todo, la grada hasta los topes, los birretes listos para salir volando, los padres con los ojos rojos, antes incluso de empezar, y él: Thiago Cruz, mi chico.

Toga negra, la espalda recta, las manos entrelazadas sobre las rodillas, ese gesto suyo de «aguanto, aunque me esté rompiendo». Desde donde estaba, veía cómo se le tensaban los dedos, cómo apretaba la mandíbula y acariciaba con el pulgar la pulsera roja que le hizo su abuela. Él nunca temblaba…, salvo cuando le faltaba algo o alguien.

Landon, Sienna y Naomi lo acompañaban porque también se graduaban hoy. Avery estaba sentada en primera fila, grabando. Camila justo detrás, sentada entre los padres de Cruz, porque a ella aún le quedaba un año para estar ahí. Aplaudía cuando tocaba, sonreía cuando tocaba, respiraba como si nada pasara. Pero cada vez que anunciaban un nombre que empezaba por eme, se inclinaba un poco hacia delante, un gesto mínimo, casi imperceptible. Como si, en el fondo, esperara oír el mío. Nadie lo veía, salvo yo, siempre lo vi todo en ella. Respiré hondo.

Me habría encantado estar abajo, entre los alumnos de máster, celebrando mi segunda graduación al lado de Cruz. Me habría encantado ver a mis padres mirarme igual que a él: con orgullo y con esa emoción suave que alguien solo tenía cuando veía que su hijo llegaba a la meta.

Cerré los ojos un instante y lo imaginé. Y entonces… Plaf.

Una palmada en la espalda que me descolocó las alas.

—¿Qué cojones haces aquí?

Me giré tan rápido que casi me descolgué.

Jaxon Reyes.

Plantado detrás de mí, brazos cruzados, cara de haber visto al fantasma de la Navidad pasada y… Bueno, siempre había tenido un punto fantasmal.

—¿Por qué no has dicho que ya te daban el alta? —soltó, ofendido de verdad.

Le devolví una sonrisa que habría sacado de quicio hasta a San Pedro.

—Pensaba meterme en una caja con un lazo rojo y aparecer como regalo de graduación. —Me encogí de hombros—. Un detallito celestial. Pero los de UPS y Amazon se han negado a enviar algo tan vivo y grande como yo. Creo que han confundido el tamaño de mi polla con el de una metralleta y han pensado que quería liarme a tiros por no haber terminado el máster.

Jaxon se pasó una mano por la cara, como si quisiera arrancarse la desesperación.

—Es coña —añadí—. Simplemente, no quería robarle protagonismo a Cruz. Hoy es su gran día y se merece que todas las

miradas sean para él.

—Si San Pedro te llega a abrir la puerta, voy yo mismo a cerrársela de un guantazo y a mandarte de vuelta de una patada en el ojete. Vaya puto susto nos diste. ¿Quién te creías que eras para ponerte delante de una bala, Superman?

—Ni de coña. Ese solo tenía un rizo negro en la frente. Yo negros no los tengo ni en las pelotas. Y lo de llevar los calzoncillos por encima, como que a mi rabo no le va, demasiado afán de protagonismo. —Él resopló—. Siento el disgusto, Jackass, tienes Fitzroy para rato. Me hace gracia que haya tenido que atravesarme una bala para que admitas que soy el amor de tu vida.

—El amor de mi vida es Avery. Tú eres un castigo divino.

—Dame un látigo, corazón, y verás cómo te pongo el pepino.

Me dio un codazo suave que me hizo arrugar la expresión.

—Ni se te ocurra volver a hacer algo así —murmuró—. Te quiero para siempre, ¿me oyes?

—Tu amor eterno llega tarde, ahora los prefiero a ellos.

Salté de la valla donde estaba subido y caí en la grada superior, desde donde tenía las mejores vistas.

Observé de nuevo el escenario y, al pasar la mirada sobre ellos, me vino todo encima.

No como un *flashback*, no como una película, sino como un único latido largo.

El disparo, la caída, la carrera de Thiago y el grito de Cami. A los camilleros que me recogieron no los recuerdo, aunque creo que vi la luz blanca del quirófano, o quizá fuera el túnel del que todos hablaban.

La bala se quedó a milímetros del corazón, lo suficiente para que hubiera un enorme charco de sangre y hacerlos correr. No lo suficiente para matarme.

Una operación delicada, tres días en la UCI conectado a mil cosas, con la respiración asistida y la sensación de que el pecho era de otro.

Catorce días más en planta; me habría quedado alguno más si los médicos hubieran decidido por mí, pero pedí el alta voluntaria, antes de que pudieran retenerme otra noche, para poder estar aquí.

Aunque no fui consciente de lo que pasó tras el disparo, mis padres me lo contaron.

Alondra no pudo huir. En cuanto Thiago gritó mi nombre, Jaxon y Landon salieron detrás de ella y la inmovilizaron en cuestión de segundos.

El conductor del coche intentó escapar, pero la Policía lo pilló en pleno Sunset Boulevard después de una persecución que salió en todos los canales.

A él le cayeron cargos por intento de homicidio, uso de arma ilegal, fuga y reincidencia. Mínimo veinte, veinticinco años antes de poder pedir algo que, estaba seguro, esta vez se lo iban a denegar, si no moría antes en alguna reyerta carcelaria, tal y como prometió a Camila su madre.

A ella la acusaron de intento de secuestro, agresión agravada y violación de la orden de alejamiento que ya tenía en Puerto Rico. Veinte, quizá treinta años.

Con los padres de Ortiz presionando y los míos de por medio, tenían todas las papeletas para cruzar las puertas del infierno antes de tiempo.

Y eso estaba bien, sorprendentemente bien. Ya tenía los resultados de las pruebas y, por fortuna, ni una puta célula cancerígena anidó en mi cuerpo.

Un pinchazo pequeño me recorrió el costado. Dolor vivo, dolor que recordaba que seguía aquí e iba a estarlo por mucho tiempo.

El decano carraspeó desde el escenario, levantó la carpeta y anunció:

—Thiago Cruz.

No escuché el aplauso. Solo lo vi ponerse de pie, sus ojos volar por encima de todas las cabezas y planear directos hacia mí. El mundo se detuvo ahí. Él no. Cruz saltó del escenario y corrió en mi dirección, subiendo los peldaños de cuatro en cuatro, sin importarle interrumpir nada. Me agarró la cara con ambas manos, como si temiera que me desvaneciera otra vez.

—¿Qué haces aquí? —Su voz tembló—. ¿Qué… haces aquí?

Sonreí porque no me salió otra cosa.

—¿A ti qué te parece? —dije—. Si el cáncer, una bala o una ex trastornada no pudieron conmigo, no iba a hacerlo un médico empeñado en retenerme un par de días más. Necesitaba compartir esto contigo y ver a mi chico graduarse con honores.

Buscó mi boca y me dio uno de esos besos que te cortaban el aliento y te devolvían la vida de golpe.

Camila llegó detrás a los pocos segundos y, en cuanto nos separamos, se estampó contra mí con un abrazo que casi me desmontó. Solté un gruñido involuntario que me encendió el costado.

—Ay, joder, perdón —murmuró, apartándose un poco.

—No pasa nada. —Me reí—. Este es dolor del bueno, Galletita. Ven aquí.

También la besé, y los tres nos abrazamos en medio de la ceremonia como si el mundo nos debiera ese momento.

El decano carraspeó desde el escenario, intentando recomponer la dignidad que Thiago acababa de destrozar.

—Señor Cruz…, debemos continuar…

Le di un empujón suave.

—Vamos, corre, que mis suegros no se pueden quedar sin ver tu lanzamiento de birrete.

—Vale, pero tú ve a sentarte con Cami y Yanelis —dijo él—. Mi hermana está emocionadísima desde que tus padres le han dicho que quieren hacerle un *spot* de peluquería para que salga en la tele… y que seamos nosotros los modelos.

—Adoro a mi cuñada. —Sonreí—. Venga, baja. Que estoy deseando que esto termine para una celebración… privada. Cuando acabes… Thi-ago de todo.

—Tú estás convaleciente —protestó Camila entre risas—. Se lo hago yo, tú miras…, o mejor lo grabo y te lo pongo cuando estés mejor, que igual no es buena idea que se te acumule toda la sangre en el rabo.

—¿Podéis no hablar de estas guarradas delante de mí? —rezongó Jaxon—. Tengo una imaginación demasiado viva y hay cosas que prefiero no pensar.

—Si quieres, para compensar la *fotopolla* que le mandé a Demasiado, podemos mandarte un clip —solté.

—¡Ni se os ocurra, salidos! —saltó él, fingiendo enfado.

Thiago volvió al escenario mientras Camila y yo bajábamos despacio hacia el lugar donde estaba su familia. Me recibieron con un abrazo enorme y la foto del abuelo de Thiago apoyada en las piernas de su abuela, como si también estuviera celebrando.

Me senté con cuidado, con la mano aferrada a la de Camila y el corazón justo donde siempre había tenido que estar: con ellos.

Los birretes volaron al aire.

Los vi brillar, suspendidos un segundo, saludando a mis alas torcidas, esas que no dejé de imaginar desde la mañana en que desperté en el hospital.

Había dado muchos saltos en mi vida. En pista, en barra, en potro. Saltos impecables y saltos que acabaron conmigo besando el suelo.

Pero el salto que de verdad importaba fue el que dio mi corazón el día que se enamoró de ellos dos.

Ellos eran mi salto perfecto, el que repetiría siempre pasara lo que pasase, y ahora os tocaba a vosotros.

«¡Escoged bien el vuestro, cabrones!».

EPÍLOGO 2



Naomi

Mis padres siempre decían que era «la deportista de la familia».

Que en idioma Park significaba:

La única que no entró en Yale, MIT, Stanford o Caltech, aun teniendo una carta de aceptación lista para firmar.

En su defensa, yo también habría elegido alguna de esas universidades si, a los dieciocho, no hubiese cometido el único acto verdaderamente rebelde de mi vida: Rechazar el sueño de mis padres para perseguir el mío.

Elegí la SSU, elegí no separarme de la gimnasia, elegí competir, elegí un camino que no tenía nada que ver con telescopios, algoritmos o contratos millonarios, sino con tapices, tiza y sudor.

¿Consecuencia?

Durante cinco años me trataron como si fuera un *droide* defectuoso: simpática, funcional…, pero un pelín por debajo de la

media Park™.

Y lo entendía.

Mi madre, exestrella del *k-pop*, ahora era una empresaria global.

Mi padre tenía premios suficientes en astrofísica como para empapelar mi habitación.

Mi hermano… Bueno, él me preguntaba cada dos semanas:

—¿Ya la has vendido?

Como si conseguir financiación multimillonaria fuese tan fácil como comprar tofu en el supermercado.

Y yo… era la que se pasó la universidad entre barras de equilibrio, cafeterías universitarias y una idea de *app* que muchos consideraban demasiado ambiciosa para ser real.

Así que, cuando terminé el máster —cargada de orgullo y de *big data*—, esperaba que el universo me enviara una señal.

Lo que recibí fue rechazo; rechazo, silencio, y un precioso combo entre «gracias por tu propuesta, pero buscamos *apps* que realmente sirvan para algo» y «tu proyecto es apasionante, pero no encaja en nuestra línea actual».

Claro, su línea actual: *apps* inútiles que te decían cuántos pasos daba tu tortuga al día. Bufé.

Estaba tan hundida que pensé que acabaría trabajando en la empresa de mi madre como becaria, agachando las orejas y dándoles la razón.

Hasta que ocurrió.

Hasta que ese lunes —porque lo importante siempre arrancaba ese día de la semana—; una notificación iluminó mi pantalla como si fuera el sable láser que llevaba años esperando para iluminar mi camino:

Dallas Cowboys — Propuesta de colaboración.

El corazón se me subió a la garganta.

Hice clic con la delicadeza de quien activaba un detonador.

El mensaje era sencillo y precioso:

Su temporada estaba siendo un desastre.

Necesitaban un cambio inmediato.

Querían probar mi *app* como herramienta de análisis predictivo.

Y ahora venía lo mejor: la guinda del pastel.

Si funcionaba, hablaríamos de contrato, patente, exclusividad y más ceros de los que mi calculadora aceptaba sin colapsar.

Era mi oportunidad, mi salto al hiperespacio, mi redención familiar, mi «soy una Park, pero a mi manera».

Hasta que recordé quién jugaba allí como *quarterback* en el equipo.

No respiré, no pestañeé. Creí que abandoné temporalmente mi cuerpo como un *jedi* intentando no gritar.

Valentino Dalton.

El puñetero hermano de Avery, la promesa de los Cowboys, el coleccionista profesional de *touchdowns* en la SSU y de mis ganas de estrangularlo.

Sonrisita, abdominales y ego XXL. Imán del caos, enemigo oficial de mi paz mental y la prueba viviente de que la Fuerza debería prohibir ciertas especies de hombres.

El mismo idiota que llevaba años sacándome de quicio, robándome la tranquilidad y mirándome como si yo viniera de otra galaxia solo porque había tenido alguna que otra cagada monumental.

Me levanté. Caminé en círculos. Maldije en tres idiomas. Le escribí a Camila:

«Tía, adivina quién me va a amargar mi futuro millonario».

Ella respondió que no podía rechazar la oportunidad de mi vida. Tenía razón.

Luego me mandó *stickers* inapropiados y un *gift* de un cohete despegando rumbo a Dallas.

Intenté decidir si el universo me estaba recompensando o troleando al más puro estilo Marvel.

Porque sí, era la oportunidad de mi vida…, aunque viniera empaquetada en el peor *packaging* imaginable.

Aceptar significaba viajar con los Cowboys toda la temporada, convivir con ellos, analizarlos y trabajar codo con codo con el señor «mírame, soy increíble y lo sé».

Sentí una arcada y, aun así, supe que no podía decir que no.

No si quería demostrarle a mi familia que no desperdicié el tiempo.

No si quería que mi nombre significara algo más que «la Park que eligió gimnasia y a la que sus amigos llaman Parks».

Así que me tome un antiácido mental, me senté, respiré como si fuera a pilotar un X-Wing por primera vez… y escribí:

«Acepto».

Me sudaban las palmas cuando presioné enviar.

—Ya está hecho, Naomi. Respira —me dije en voz alta.

Era la oportunidad que llevaba toda mi vida esperando y acababa de caer en mis manos; debería sentirme afortunada.

«Afortunada te sentirías si los Dallas Cowboys no fueran el equipo de Valentino Dalton y él estuviera en una galaxia muy, muy lejana a la tuya».

—Madura —me respondí—. Él no importa. Solo los resultados y yo. El plan es fácil: ignorarlo y analizar datos como si nunca hubiera cagado en su planta de plástico. Nada más.

Iba a salvar su temporada, conseguir mi contrato, vender mi patente, volverme millonaria a los veintitrés y cerrar tantas bocas que necesitaría un planeta nuevo con escudo antienvidia.

Así que prepárate porque te vienes conmigo de viaje, y te prometo que tanto tú como el puto Dalton: **Vais a flipar**.

LA AUTORA

Rose Gate es el pseudónimo tras el cual se encuentra Rosa Gallardo Tenas.

Nació en Barcelona en noviembre de 1978 bajo el signo de escorpio, el más apasionado de todo el horóscopo.

A los catorce años descubrió la novela romántica gracias a una amiga de clase. *Ojos verdes*, de Karen Robards, y *Shanna*, de Kathleen Woodiwiss, fueron las dos primeras novelas que leyó y que la convirtieron en una devoradora compulsiva de este género.

Rose Gate decidió estudiar Turismo para viajar y un día escribir sobre todo aquello que veía, pero, finalmente, dejó aparcada su gran vocación.

Casada y con dos hijos, en la actualidad se dedica a su gran pasión: escribir montañas rusas con las que emocionar a sus lectores, animada por su familia y amigos.

Si quieres conocer las demás novelas de la autora, así como sus nuevas obras, no dejes de seguirla en las principales redes sociales. Está deseando leer tus comentarios.

https://www.facebook.com/ROSEGATEBOOKS
https://www.instagram.com/rosegatebooks

¿Dónde puedo comprar los libros?

Todos los libros están a la venta en Amazon, tanto en papel como en digital.

BIBLIOGRAFÍA

